EL DARK ROMANCE QUE TE OBSESIONARÁ

TE ENCONTRARÉ

HUNTING ADELINE

H.D. CARLTON

Montena



TE ENCONTRARÉ

HUNTING ADELINE

H.D. CARLTON



Traducción de Alícia Astorza, Yolanda Casamayor,
Mariola Cortés-Cros y Miriam Lozano

montena

A mi ansiedad, porque, a pesar de lo mucho
que lo has intentado esta vez, conseguí
mandarte a la mierda

LISTA DE REPRODUCCIÓN

«Miracle», de Story of the Year
«Black Mirror», de Sophie Simmons
«No Rest for the Wicked», de Klergy
«Crazy», de Gavn!
«The Death of Peace of Mind», de Bad Omens
«Skull & Bones», de A. A. Bondy
«Saints», de Echos
«Danger», de Jacqui Siu
«Will It Ever Be the Same», de Young Summer
«Waking Up», de MJ Cole & Freya Ridings
«Monster», de Skillet
«Tragedy», de Zero 9:36
«Kill for You», de Skylar Grey (feat. Eminem)
«Hypnotizing», de Aaron Camper
«Sad Season», de Gavin Haley
«Can’t Get You Out of My Head», de Glimmer of Blooms
«Spellbound», de Ghostly Kisses
«Guest Room», de Echos
«Let It Burn», de Red

Advertencia:
este libro incluye contenido que puede
herir la sensibilidad, escenas de maltrato
y contenido sexual explícito.

NOTA IMPORTANTE

Como algunos y algunas ya sabréis, el primer libro de esta saga, *Haunting Adeline*, se prohibió debido a todas las advertencias que tenía. Pero es muy necesario que tales advertencias existan. Las he incluido en mi página web también.

En este segundo libro hay situaciones desencadenantes francamente oscuras, como violaciones muy gráficas (dichas escenas se describen con sumo detalle, así que, por favor, léelas con cautela). También hay violencia gráfica y gore, tortura, acoso sexual, secuestro, abuso psicológico, abuso físico, abuso mental, situaciones sexuales explícitas, tráfico de personas, trata de esclavos, *grooming*, trastorno de estrés postraumático severo y perversiones muy particulares que incluyen juegos de sangre, juegos con cuchillos, degradación y somnofilia.

Este libro es **muchísimo** más oscuro que el primero. Por favor, tomaos en serio estas advertencias. Vuestra salud mental es muy importante.

NOTA DE LA AUTORA:

Si lo que esperas es un reencuentro rápido, este libro no es para ti. Pero no te preocupes, que eso no significa que no haya una buena cantidad de «condimentos».

PRIMERA PARTE

Dejadme salir, dejadme salir, dejadme salir. PORFAVORPORFAVORPORFAVORPOR FAVOR.

POR FAVOR.
POR FAVOR, POR FAVOR,
POR FAVOR.
POR FAVOR, POR FAVOR,

DEJADME SALIR
DE UNA
PUTA VEZ.

CAPÍTULO 1

El diamante



El olfato. Ese es el primero de los sentidos que recupero. Y ojalá fuese cualquier otro, porque enseguida me siento abrumada por aromas a olor corporal y a una colonia empalagosa, y por lo que solo puedo describir como el hedor de la mismísima reencarnación del mal.

Y, en ese momento, el que aparece es mi sexto sentido, que me susurra notas de urgencia y me advierte.

Estoy en peligro.

Esas notas se convierten en una canción llena de chirridos y ruidos estridentes, que llenan mi cuerpo de un pánico desgarrador. Se me dispara la adrenalina y apenas tengo consciencia suficiente como para permanecer lo más callada posible.

Abro muy lentamente los ojos, llenos de costras, y me doy de bruces con una oscuridad total. Tardo un segundo en darme cuenta de que mis ojos están vendados.

Entonces, el maldito entumecimiento con el que me desperté se desmorona y me quedo sin aliento cuando aparece un dolor que me consume por completo y envuelve mi cuerpo en la agonía más absoluta.

Dios mío, ¿es esto lo que se siente al estar viva? No puede ser la muerte. Si lo fuese, estaría en paz. Y sí, puede que me haya enamorado de un acosador, pero que me aspen si no he logrado a pulso un buen lugar a las puertas del cielo.

Me lo he ganado, joder.

Me devano los sesos, intento pensar más allá del dolor y recordar qué coño me ha pasado. Recuerdo vagamente los mensajes de Daya pidiéndome que viniera. La prisa que sentí cuando no contestó a mis llamadas. Recuerdo también subirme al coche, encender los faros llena de pánico, una sacudida hacia delante y luego… nada.

Y ahora me encuentro aquí… No sé dónde estoy. Pero fijo que no es un sitio seguro.

Dios mío, ¿de verdad sería Daya la que me mandó los mensajes? ¿Le habrá pasado algo a ella también?

Esa posibilidad hace que me atraviese de nuevo el pánico. Las opciones se reducen y desarrollan hasta que me convierto en un amasijo de ansiedad y desesperación. Daya podría estar herida o en grave peligro.

Joder, yo sí que estoy herida y en grave peligro. Y no tengo ni puta idea de cómo voy a salir de esta.

Mi respiración se acelera aún más y el corazón me late con tanta intensidad que, al golpearme el pecho, me duele físicamente. Tengo que tirar de las pocas fuerzas que me quedan para guardar silencio.

¿Dónde coño estoy?

«¿Dónde está Zade?».

A continuación se oyen voces apagadas, amortiguadas por el pitido de mis oídos, pero que cada vez son más fuertes. Hago un gran esfuerzo para intentar escuchar por encima de los latidos de mi corazón y del dolor que se va hinchando en mi cuerpo como si fuera un globo de agua.

Por algún motivo la agonía también tiene voz, y es la hostia de alta.

—Seguro que Z la estará buscando —dice un hombre en voz baja—. Pero en cuanto lleguemos donde Garrison y dejemos la furgoneta estaremos bien. La llevaremos allí enseguida.

Un recuerdo concreto me golpea en la cabeza: destellos rápidos de cuando me sacaron del coche a rastras y el dolor que sentí después de que el cristal y el metal me mordieran la piel. Eso explica por qué me arde la espalda.

Es obvio que me han secuestrado. Ha debido de ser cosa de la Sociedad. Zade había dicho que yo era su objetivo, y sé que tenía guardias apostados en el exterior de Parsons Manor. Deben de haber usado a Daya como cebo, lo que significa que hay una alta probabilidad de que a ella también la hayan secuestrado.

«Joder, soy idiota».

Ni siquiera me detuve a pensar que, cuando Daya no contestó al teléfono, pudiese ser una trampa. Estaba tan obsesionada en ir con ella por si estaba herida o en peligro que ni se me pasó por la cabeza llamar a Zade. No solo podría haberme salvado a mí, sino también a Daya.

Aprieto los ojos mientras noto cómo me sube un sollozo por la garganta. Una lágrima se desliza entre mis pestañas y me tiembla el pecho con esfuerzo, intentando no derrumbarme. Ha sido todo culpa mía.

Zade me advirtió en innumerables ocasiones de que iban a por mí, y, a la primera trampa que me tendieron, caí.

«Eres idiota, Addie. Tonta del culo».

—¿De verdad crees que podremos ocultársela a él? Es el puto Z, colega —responde otro hombre con un ligero acento hispano.

—Solo le estamos dando a la Sociedad lo que nos ha pedido. A quién temes más? ¿A ellos o a Z?

Joder. O sea, que ha sido la maldita Sociedad. Lo sabía, pero oír la confirmación me llena el

cuerpo con una nueva dosis de adrenalina.

No sé por qué me han metido en esta mierda, pero tienen que sacarme de esta puta ensalada de depravación; yo no soy esto. Yo soy una ensalada llena de frutas y verduras. Cosas sanas que no me secuestran ni me esclavizan.

El segundo hombre murmura:

—Joder, la verdad es que preferiría no elegir.

Se oye el sonido de una mano que golpea el hombro o la espalda de alguien como para tranquilizarlo.

—Qué pena que no tengas elección, Rio. Pero da igual. Esa chica vale millones. O sea, que lo que tenemos aquí es un puto diamante. Imagínatelo, colega: la chica del mismísimo Z en una subasta. ¿Sabes cuántos enemigos tiene este tío? A la peña se le caerá la baba por convertir a su chica en su juguetito. Yo me llevo mi parte de Max, y estoy seguro de que la Sociedad te compensará a ti. Viviremos de puta madre. —Suelta una carcajada de hiena—. ¡En cuanto me llegue la pasta, me voy a comprar una puta isla privada solo para mí!

Las crueles palabras de este tío, que habla de mí como si fuera una casa en venta, me provocan una descarga de ira.

—Tu idea de la tranquilidad debe de ser diferente a la mía. Porque tendremos que escondernos con ella. Al menos, mientras Z siga vivo —responde el segundo, que se llama Rio. Su nombre me suena, y recuerdo vagamente que alguien lo gritó después de sacarme de la carretera.

—No te preocupes. Con el ritual de esta noche tendremos ventaja, y estoy seguro de que, de un modo u otro, la Sociedad acabará con Z. Nos protegerán.

La única respuesta a esta afirmación del primer hombre es un bufido burlón por parte del segundo.

Dios mío, estoy metida en un buen lío. Se me llenan los ojos de lágrimas y, por mucho que lo intente, ni los insultos más bestias que se me ocurren impiden que se desborde mi llanto como un río por debajo de la venda.

Apenas consigo contener el sollozo, que aún amenaza con derramarse abriéndose paso hacia el interior de mis dientes.

«Respira hondo, Addie. ¿Qué te enseñó Zade?».

Tardo unos instantes en ordenar mis pensamientos, pero al final se filtra su voz.

«Deja pruebas».

Apretando los dientes por el dolor, cojo lentamente algunos mechones del pelo y tiro de ellos hasta que me los arranco. Los agudos pinchazos son insignificantes comparados con lo que me duele el resto del cuerpo.

Me muevo muy lentamente, lo mínimo posible. Con los ojos vendados, no sé si pueden verme bien o no. Un solo movimiento que perciban por el rabillo del ojo les podría alertar.

Muevo los dedos hasta que los pelos se aflojan y caen.

Estoy a la caza de otro mechón cuando mis dedos tocan un chichón inmenso, y no puedo

evitar que se me escape un aullido.

Los dos tíos no estaban hablando en ese momento, pero parece como si una habitación llena de gente se hubiera quedado, en cuestión de segundos, en un silencio sepulcral.

—Bienvenida a la tierra de los vivos, bomboncito —canturrea uno de los hombres. Es el primero, el que me llamó «diamante».

—¿Adónde me lleváis? —pregunto con la voz ronca y áspera.

—A tu nuevo hogar… Bueno, hogar temporal —corrige—. Quien más pague será el que te dé tu hogar definitivo. —Se ríe como si yo fuera un perro a punto de ser adoptado por una caritativa familia.

—Qué guay —gruño—. Me ha tocado el gordo.

Uno de los dos se ríe sin que le haya hecho gracia, pero esta vez parece Rio el que habla:

—Mantén ese sentido del humor, pequeña. Porque lo necesitarás en el sitio al que vas.

Antes de que pueda abrir la boca para responder, noto un pinchazo en el brazo, seguido de una sensación de ardor que se extiende por mis venas.

Inspiro con fuerza. Y es el último aliento que respiro antes de que se haga la oscuridad.



—Tiene las constantes vitales muy inestables y le está cayendo la presión sanguínea. Hay que ponerle una intravenosa.

Me remuevo. Bajo el zumbido de mis oídos, oigo distorsionada la desconocida voz.

La agonía arde en cada centímetro de mi cuerpo, pero me siento como si estuviera bajo el agua, luchando por salir a la superficie y a la vez alejándome de ella, porque sé que el dolor no hará más que intensificarse si llego allí. Estoy envuelta en un manto de fuego, con las llamas lamiéndome las terminaciones nerviosas; cuanto más me acerco a la consciencia, más brillan las llamaradas.

Siento un pinchacito en el brazo, seguido de voces apagadas procedentes de distintas direcciones.

—Hombro dislocado, traumatismo craneoencefálico, cortes por todo el cuerpo… —La voz del hombre se apaga antes de volver a manifestarse con un grito áspero que me recorre la columna vertebral—. Maldita sea, Rio, esto no es un puto hospital con el equipo que necesito. Por lo que sé, ahora mismo podría tener una hemorragia interna.

—Vamos, tío, que estaba bien hace un momento —responde otro con un leve tono de preocupación. El compañero de Rio, creo.

—¿Bien? No tengo modo de saber qué tipo de daño ha sufrido. Es evidente que se golpeó la cabeza. Podría tener una hemorragia y morir en cuestión de segundos. ¿Vas a conseguirme un escáner para hacerle un TAC? —Cuando lo único que recibe por respuesta es silencio, añade

susurrando—: Me lo imaginaba.

La oscuridad lame el borde de mi consciencia, amenazando con hundirme de nuevo. Gimo y unos dedos me abren los ojos. Una luz brillante parpadea en ellos, pero apenas me doy cuenta.

—Señorita, ¿puede decirme qué le duele?

Un hombre mayor sustituye a la luz, su rostro se cierne sobre mí. Su imagen es borrosa, pero puedo distinguir mechones de pelo gris, un bigote poblado y ojos azul pálido.

Separo los labios, pero la lengua se me pega al paladar.

Por Dios, ¿qué me han inyectado? No tengo ni idea, pero me está desorientando y mareando.

—Sé que ahora tiene mucho dolor, y necesito que me diga qué le duele.

«Todo. Me duele todo, joder».

—El… hombro —balbuceo finalmente—. La cabeza.

—¿En cualquier otra parte? ¿En el pecho o en el estómago?

—En la espalda —jadeo, recordando una vez más que me han sacado a rastras del coche. Noto la espalda como si me la hubieran pasado por un rallador de queso.

—¿Eso es todo? —insiste.

Asiento con la cabeza, porque me agota tanta pregunta. Claro que me duelen un millón de partes más, pero no me queda energía y estoy muy muy cansada.

—Voy a anestesiarla y a curarla, ¿vale?

La claridad aflora a mi alrededor y los rasgos del hombre se afilan. Junto con otro hombre que está detrás de él, que se mueve sobre sus pies y nos observa.

«Hora de dormir, princesa».

Oscuros ojos insondables y una sonrisa malvada: Rio. Fue él quien me sacó del coche. Los recuerdos de aquella conversación se me escapan, pero sé que había algo más. No puedo pensar más allá del implacable martilleo de mi cráneo.

Justo cuando mis ojos empiezan a enfocar, mi visión se nubla de nuevo y los párpados son cada vez más pesados. No puedo resistir el profundo deseo de cerrar los ojos.

No quiero luchar contra ello. No si me aleja del dolor.



«Addie, cariño, necesito que luches por mí, ¿vale? Necesito que sobrevivas hasta que llegue a ti».

—¿Está muy malherida?

La pregunta me saca del pozo sin fondo en el que he estado a la deriva, donde solo vive la ilusión de la voz de Zade. No es de verdad, su voz no está ahí. Pero parece tan real. Es tan tranquilizadora que me esfuerzo por quedarme donde pueda oírla.

—¿Tú qué crees? La sacaste a rastras por la carretera.

A esta airada respuesta la acompaña un dolor sordo que me recorre el cuerpo. Oigo un suspiro, y el señor mayor continúa:

—Va a tener cicatrices a lo largo y ancho de la espalda por culpa de los cristales. Tienes suerte de que estuvieran bastante limpios. Gracias a eso las cicatrices no serán tan terribles.

—Eso disminuirá su valor —murmura una voz, demasiado baja para discernir quién lo ha dicho.

—Cierra la puta boca, que a ti te van a pagar a pesar de todo. ¿Qué cojones te importa?

—Esto… ¿Quizá porque tu estúpido error puede costarme la vida a mí? Por el amor de Dios, Rio. Sabía que estaba herida, pero no tanto.

No sé lo que Rio iba a decir, porque lo corta la voz desconocida, que debe de ser la del médico.

—Tiene treinta puntos de sutura entre las dos laceraciones más grandes porque la arrastraron por metal afilado y cristal. Era de esperar que eso le causara daños permanentes —dice poniéndose claramente del lado del compañero de Rio.

—Me cago en la hostia, Rio. Te das cuenta de que esto podría costarme a mí la pasta, ¿verdad? Te pedí ayuda, no que me lo jodieras todo.

—¿Y cómo coño esperabas que la sacara? ¿Que levantara el coche como si fuera Superman y lo hiciera a un ladito para poder llevármela como un héroe? —escupe Rio.

Se me encoge el pecho. Noto la aspereza de su tono como si alguien arañara las uñas en una pizarra. Ya me he despertado demasiadas veces con esa maldita voz. Y siempre me recuerda con dureza que he caído en una pesadilla y que todavía no he encontrado la salida.

—Si no le hubieses pegado semejante hostión al coche, nada de esto habría pasado, pedazo de mierda.

—Y si tú no hubieras estado drogado como un puto piojo y gritándome al oído, podrías a lo mejor haber sido el conductor de los cojones, que es lo que se suponía que debías ser.

—Señores, tranquilidad, por favor. Está despierta. La presión sanguínea le está subiendo.

Se me corta la respiración, pero no me molesto en fingir. Abro los ojos lentamente y veo a tres hombres a mi alrededor, mirándome como si fuera una rata de laboratorio en medio de un experimento.

Un horrible experimento de mierda.

Mi mirada choca primero con unos ojos oscuros. Casi negros y sin vida por la falta de calor. Su piel marrón claro está cubierta de tatuajes, y lo primero que me llama la atención son las hojas de laurel a ambos lados de la garganta. Lleva una chaqueta de cuero con cremallera, pero la tinta de los tatuajes se le arremolina también en las manos y en cada uno de sus dedos, así que lo más probable es que esté cubierto de ellos. Tiene rasgos afilados y angulosos, cejas gruesas y arqueadas, y una cicatriz que atraviesa un lado de su pelo negro, muy corto, rematando un aspecto casi salvaje. Sería atractivo si no pareciera que prefiere verme muerta.

Mis ojos se desplazan hacia el hombre que está a su lado, de aspecto sucio y con costras en la

cara por lo que parece, al consumo de drogas. Una mata de pelo grasiento cubierta por una gorra de béisbol hacia atrás, un jersey de mujer sucio y unos pantalones demasiado grandes. Es el otro hombre que me secuestró.

Finalmente miro al tercer hombre, que supongo que es el médico. Pelo canoso, ojos azules, bigote poblado y arrugas que perturban la expresión suave de su rostro. Su mirada es más relajada, al igual que el tono de su voz. Pero hay algo raro en él. Una vibración profunda y penetrante que no consigo situar.

Aparto la mirada y un frío temblor me cala hasta lo más profundo de mis huesos. El dolor sordo y punzante es cada vez más agudo, pero aún no tan potente como cuando me desperté en la furgoneta. Los analgésicos que me han administrado deben de estar perdiendo efecto, y no me importaría pedir más.

Me duelen tanto todos los músculos que me parece que alrededor de mis huesos se ha formado una dura coraza. Estoy muy muy rígida, y cada movimiento me produce punzadas.

Respiro entre el dolor y miro a mi alrededor. Estoy en una habitación blanca y oscura. Está… vacía. No parece tan limpia como la de un hospital, que es donde esperaba estar, pero tampoco estamos en una mazmorra.

No sé por qué imaginaba eso.

Casi todas las paredes blancas y sucias de la habitación, con suelo de cemento, están cubiertas por armarios plateados. Junto a la cama de hospital hay una gran mesa metálica con un cuenco del mismo material y varios instrumentos colocados sobre un paño ensangrentado.

Por toda la sala hay diferentes tipos de máquinas. Aunque no reconozco la mayoría, el aparato que pita a mi lado y controla mis constantes vitales me resulta familiar, al igual que la vía intravenosa que me llega directamente al brazo.

El médico coge un vaso de poliestireno de la mesa que hay al lado de la cama y me lo da.

—Beba despacio —me indica.

Temblorosa, cojo el vaso y le doy un sorbo. El agua fría es como echarse hielo sobre una quemadura: un alivio doloroso.

Unas mantas blancas y raídas me cubren hasta la cintura y, cuando miro hacia abajo, me doy cuenta de que no llevo nada más que una bata azul claro.

No sé por qué, pero esa es la peor parte. Pueden ver la evidencia del frío que hace aquí.

Al darse cuenta de dónde tengo puestos los ojos, el médico me habla:

—Le pido disculpas por su ropa. Tuve que cortársela para poder tratarla adecuadamente y evaluar las heridas que ha sufrido.

—Dale las gracias a Rio por eso —murmura el hombre sucio en voz baja, pero lo suficientemente alto como para que yo lo oiga a través del miedo casi constante que se me agolpa en el torrente sanguíneo.

—Cierra la puta boca, Rick —responde Rio, con el acento cada vez más marcado por la furia —. O yo mismo te mataré y, a diferencia de tu precioso diamante, nadie te echará de menos.

Este… Este terror es totalmente distinto a todo lo que haya sentido antes. No se parece en nada al miedo que Zade invocó en mí, y desde luego no es la emoción barata que me provocan las casas embrujadas y las pelis de miedo. Esto es lo que se siente cuando estás total y absolutamente jodida.

El monitor me traiciona, pues el pitido aumenta hasta que el médico lo mira con preocupación.

Casi no recuerdo lo que pasó después de que estrellaran mi coche. Sin embargo, sí que me acuerdo vagamente de la cara de Rio sobre mí después de sacarme, moviendo la boca, pero yo apenas oía sus palabras. Aunque cuatro de ellas las recuerdo perfectamente:

«Es hora de dormir, princesita».

—¿Dónde estoy? —susurro y luego toso, arrastrando parte de la flema de la garganta.

—En el puto Ritz-Carlton, princesa. ¿Dónde crees? —suelta Rio con un chasquido de la lengua y las facciones aún tensas por la ira.

Rick lo mira con una expresión acusadora en su cara picada de viruela, pero, por lo demás, no abre la boca. Se ha tomado muy en serio la amenaza de Rio.

Es evidente que Rio la cagó, y una parte de mí espera que lo maten por ello.

—Soy el doctor Garrison —dice el hombre canoso, poniéndose delante de Rio a propósito. Trago saliva y guardo silencio. Si el muy cretino espera que le diga mi nombre como si estuviésemos en una puta entrevista, ya se puede ir metiendo el portasueros por el culo—. ¿Cómo te sientes? —me pregunta tuteándome por primera vez y dando un paso hacia mí. Se me pone la carne de gallina y, antes de que pueda decirle con precisión lo que siento, continúa, como si intuyera que le voy a contestar como la listilla que soy—. Supongo que te duele la cabeza. ¿Náuseas?

Aprieto los labios. Probablemente lo mejor es que haya desviado el interrogatorio. Como no ponga límites a lo que quiero soltar por la boca, solo voy a conseguir que me maten.

Esta vez no voy a salirme con la mía como me pasó con Zade; aunque todavía me parece subjetivo eso de «salirme con la mía». Incluso cuando por fin se dio a conocer e hizo que me acojonara por completo, siempre tuve una extraña sensación de seguridad cuando le presionaba, como si en el fondo supiera que Zade nunca me haría daño de verdad. Algo que solo cobra sentido ahora, cuando ya ha conseguido colarse en mi vida.

Zade es tremendamente peligroso… para todos menos para mí. Incluso cuando tenía una pistola cargada apuntándome y la usaba como algo más que un arma.

¿Pero estos hombres? No solo me harían daño, sino que también me matarían.

—Náuseas —digo con la voz aún ronca. El doctor Garrison empieza a toquetear la vía, sustituyendo la bolsa de fluido vacía por una nueva. Espero que sea morfina.

Me bebo el resto del agua del vaso, pero no sirve de mucho para calmar la sequedad perpetua de mi garganta. Da igual cuántas veces me lama los labios agrietados, porque nunca están lo suficientemente humedecidos.

—Tienes una conmoción cerebral bastante fea. Lo que significa que tendremos que controlarte

bien. Quiero asegurarme de que no sufras más daños. —Les lanza una mirada desagradable, y me da la sensación de que ya han discutido por esto anteriormente.

Muevo la boca como si la controlara un piloto automático: la abro y me preparo para decirle que no pierda el tiempo, porque los otros dos ya se encargarán de que mi cuerpo sufra, de hecho, muchos más daños.

Como si supiera lo que voy a decir, Rio me suelta:

—Venga, atrévete. —Su voz es severa y amenazadora, y hace que mi atención vaya hacia él —. Tu coño seguirá funcionando, aunque tengas daños cerebrales.

Cierro la boca y vuelvo a mirar al doctor Garrison. Sus labios se aplanan en una línea blanca, y no parece nada impresionado por las duras palabras de Rio.

«Mantén la boca cerrada, Addie. Acabamos de hablar de esto, pedazo de idiota».

—Has sufrido un traumatismo importante y, a pesar de lo que digan —lanza una mirada desagradable a Rio—, te necesitamos recuperada al cien por cien.

Me necesitan al cien por cien para que yo tenga algo de valor. Pero no discuto, porque iría en mi contra. Curarme equivale a recuperar la energía que preciso para huir.

Me humedezco los labios y pregunto:

—¿Qué día es hoy?

—¿Tú crees que eso importa? —me grita Rick—. No puedes hacer preguntas.

Lucho contra mis ganas de contestar. Me tiemblan los labios ante el deseo de soltar todo tipo de improperios llenos de odio. Pero consigo contenerme.

—Es jueves —responde sin darle importancia el doctor Garrison, ignorando la sucia mirada del hombre mugriento.

Jueves…

Ya han pasado cinco días desde el accidente de coche.

Zade debe de estar buscándome. Probablemente fuera de sí, como loco… Madre mía, probablemente va a matar a un montón de gente. De probablemente nada. Lo hará seguro. Y, al notar que se me empieza a formar una sonrisa, sé hasta qué punto me ha corrompido ese hombre.

—¿Algo divertido? —pregunta Rick. Ahogo la sonrisa y niego con la cabeza, pero en lo único que puedo pensar es que, aunque yo muera, todos ellos también lo harán. Y su final va a ser mucho peor que el mío.

A medida que se afianzan las fantasías en todas las formas en que Zade causará estragos, me empiezan a pesar los párpados, y la fatiga lastra la pequeña descarga de adrenalina que me mantenía despierta.

Los tres hombres me observan atentamente, e incluso en mi estado de conmoción cerebral, destrozada, no necesito que ningún científico me diga que, sea lo que sea con lo que me ha drogado, no era morfina.

Mis ojos se posan en Rio, y los párpados se me cierran involuntariamente antes de forzarlos a abrirse. Sus labios se curvan hacia arriba, y en esas fosas oscuras noto una diversión perversa

cuando dice:

—Hora de dormir, princesa.

8 de junio de 2008

¿Pero qué cojones he hecho para merecer esto? Tengo veinte años. VEINTE AÑOS. Y voy a morir. Dios mío.

Y en lo único que puedo pensar es en qué le pasará a mi hermana pequeña. Mamá sería incapaz de cuidarla, aunque la vida le fuera en ello.

ME CAGO EN LA PUTA, mi hermana también morirá.

Ser consciente de eso me duele mucho más de lo que esos hombres hacen conmigo. De lo que Francesca hace conmigo.

Ese daño es físico. No tienen el poder de romperme mentalmente, porque yo ya estoy rota del todo, joder.

Molly

Capítulo 2

El cazador



No es habitual que la gente me sorprenda.

Espero lo peor de todo el mundo, incluso de mí mismo. Sobre todo, de mí mismo.

Pero, cuando esa voz se manifiesta a través de la niebla de agonía que nubla mi cabeza, lo único que siento es asombro y la fría presión del metal en la parte posterior del cráneo.

—Me alegro de que lo hayas descubierto, Jason Scott. Y ahora quiero ver tus manos o, si no, esta única bala se abrirá paso en la cabeza de ambos.

La misma sensación se refleja en el rostro de Jay cuando se le aflojan las facciones y abre los ojos de par en par, y en su voz totalmente desconcertada cuando articula:

—¡¿Tú?!

—Sí. Yo.

Me cago en la… puta.

Mi mente se acelera, repasando cada encuentro con ella y tratando de averiguar cómo coño se me ha podido pasar esto: cómo no me he dado cuenta de que es una loba con piel de cordero.

Hizo su papel la hostia de bien.

—Esto hiere mis sentimientos, ¿sabes? —digo con los dientes apretados y los músculos de la mandíbula palpitando.

—¿Por qué me da que podrás superarlo?

El grito torturado de un hombre resuena en algún lugar a mi izquierda, entre un humo espeso que lo oculta.

En algún lugar ha estallado una bomba que me ha devuelto al altar de piedra que utilizaban para sus rituales sacrificiales. No tengo ni puta idea de las heridas que haya podido sufrir, pero, si el dolor cada vez mayor que me atraviesa todo el cuerpo sirve de indicador, tengo que ir a un hospital.

Y no me hace falta que ninguna puta pitonisa me diga que conseguir ayuda no está en mi futuro próximo.

La cueva subterránea artificial en la que nos encontramos está aún invadida por el caos, y los gritos de agonía y terror que rebotan en las paredes de piedra empeoran el martilleo de mi cráneo.

En este antro es donde la Sociedad sacrifica a los niños, en una especie de rito de iniciación para dar la bienvenida a los nuevos miembros a un club que les proporciona un gran número de inocentes a los que violar y asesinar.

Aparecieron vídeos filtrados en la *Dark Web*, el primero hace nueve meses. Desde entonces, he currado día y noche para colarme en este ritual.

Y al final lo logré.

Pero es evidente que la Sociedad me vio venir y se preparó para mi llegada.

Dan, el que consiguió que yo entrara, me había dicho que habían cogido al culpable de la filtración de los vídeos.

Yo estaba demasiado distraído para darme cuenta de la trampa. Y entonces apareció otro vídeo en la red. Un vídeo que subieron a propósito, sabiendo que yo lo vería y que encontraría la forma de entrar en el club. Me atraían para poder eliminarme después.

—Me has costado una niña, Z —dice la zorra que tengo detrás de mí.

—Me parece que ya sabías que eso era un riesgo —replico, apenas sin aliento. Me duele hasta respirar, joder, y el dolor aumenta por momentos.

Con suerte y antes de la explosión, ya habían sacado de aquí a la niña que nos ofrecieron a mí y a otros tres hombres en el altar. Confié su seguridad a uno de mis hombres, Michael, y aún no sé nada de él.

—Arriba los dos. Os venís conmigo.

—Puede que en este momento esté un poco jodido, pero no te pienses que no te mataré a la primera oportunidad que tenga —advierto casi gimiendo por los pinchazos que me recorren la espalda. Joder, ojalá esto fuera como en las películas, en las que te estalla una bomba y te pones a salvar el mundo a continuación.

—No vas a hacer eso, Z. ¿Quieres saber por qué?

Me quedo de piedra. Noto cómo se me hunde la boca del estómago. Es como si la mandíbula del tiburón de la peli se acabara de abrir y mi corazón fuera el nadador desprevenido que está a punto de engullir. Más vale que no diga lo que creo que va a decir o se me va a ir la puta olla.

Mi voz es letal y tranquila cuando digo:

—Juro por lo más sagrado que te destruiré como hayas tocado a mi chica.

Solo necesito el silencio que obtengo por respuesta para que todo se vuelva negro. Mi visión se apaga y me invade un tsunami de rabia. Aprieto los puños, luchando por recuperar el control de mí mismo.

—Zade.

La urgencia tira por los suelos mi paciencia. Me grita para que me levante y encuentre a mi ratoncita. Tengo que llegar hasta ella antes de que se la lleven demasiado lejos.

—Zade.

Quién sabe adónde se la han llevado ya. Cuánto daño le han hecho.

Se me tensa el cuerpo entero al pensarlo; me vienen a la cabeza imágenes de lo que podrían estar haciéndole. Como la toquen…

—¡Joder, ZADE! Que me mires, tío.

Oigo al fin la voz de Jay, pero no puedo verlo. No veo nada.

La pistola me aprieta en la cabeza con más fuerza a modo de advertencia. No recuerdo haberme movido, pero ahora estoy de rodillas, con la columna recta mirando al frente, observando únicamente la visión de cómo destrozo el cuerpo de esta zorra, miembro a miembro, con mis putos dientes.

—Agáchate —sisea la muy puta por detrás de mí.

—Déjame… Joder, va a hacer una estupidez —se apresura a decir Jay, con la voz llena de pánico. Me estalla la cabeza de dolor cuando recibo un puñetazo en la sien. Recupero la vista y aparece el rostro de mi compadre, de mi mano derecha, con sus ojos color avellana a escasos centímetros—. Contrólate, joder —me suelta con los dientes apretados. Le palpita la vena de la sien y el sudor le corre por la cara enrojecida.

Tengo la mano alrededor del cañón que se clava en mi cabeza firmemente, a solo unos segundos de quitárselo a ella.

—Suéltalo —me ordena Jay bruscamente—. Tienes suerte de no tener una puta bala ahora mismo en la cabeza. Todavía no puedes matarla.

—Me gustaría ver cómo lo intentas —dice ella encañonándome más fuerte. Aprieto la mandíbula, suelto el arma y apoyo las manos en las rodillas. Los músculos me vibran tan fuerte, tan rápido…, y mi cuerpo parece inmóvil. Pero noto cada temblor mientras ella continúa—: A lo mejor te crees que eres poderoso, pero cualquier retazo de poder que tengas es insignificante comparado con el mío. Puedo hacer que desaparezcas y nadie sabrá jamás que alguna vez exististe siquiera.

Gruño a punto de demostrarle lo equivocada que está, pero mantengo los dientes pegados de momento. Jay tiene razón. Me está apuntando con una pistola a la nuca y puede acabar con mi vida en cuestión de segundos. Una bala es más rápida que yo, y no me cabe duda de que cumplirá su amenaza y matará a Jay después de mí.

Cierro los ojos, inhalo profundamente y me llevo a un lugar aterrador al que rara vez he tenido que ir en mi vida. El entumecimiento se extiende y la tranquilidad sustituye a la rabia candente. Mi mente enmudece y, cuando vuelvo a abrir los ojos, la columna vertebral de Jay está completamente recta.

No sé lo que está viendo, pero le inquieta.

Necesito salir de esta situación para encontrar a Addie. Solo entonces estaré más que encantado de enseñarle exactamente a esta puta de lo que soy capaz. Este jodido mundo arderá, y yo le sostendré la cara en el fuego y la veré derretirse en mi ira.

—¿Te la llevaste? —le pregunto. Sé que lo hizo, pero necesito oírlo de su boca.

Noto su aliento caliente sobre mi oreja, seguido de su voz suave y burlona:

—Yo me la llevé. Me la llevé y solo se la venderé a los que tengan los deseos más enfermizos. Y tú no puedes hacer absolutamente nada al respecto.

Hay una cosa que he llegado a odiar desde que formé Z: tengo una imaginación increíblemente vívida, y eso en este trabajo es una maldición porque, cuando veo un nuevo vídeo publicado en la *Dark Web* o me pasan información de una nueva red de trata, lo primero que me viene a la cabeza son todas esas cosas depravadas y enfermizas que les hacen a mujeres y niños.

Mi propia mente me tortura con esas imágenes. Y más tarde seguro que me atormentarán, y además será a mi chica a quien estén hiriendo.

Pero ¿ahora? Ahora estoy la hostia de contento por ello.

Porque en este mismo momento estoy disfrutando de todas las formas en las que imagino cómo voy a matar a Claire Williams.

—Entonces —empiezo al tiempo que gruño cuando una punzada especialmente dolorosa se me agudiza en la espalda—, Mark nunca te maltrató, ¿verdad?

Ella titubea.

—Oh, sí que lo hizo. Solo que, cada vez que me ponía las manos encima, él no tenía ni idea de lo que eso significaría para él. El muy imbécil jamás se dio cuenta de que era yo la que movía los hilos. Era demasiado estúpido.

Nos rodea a Jay y a mí, con la pistola apuntándome a la cabeza mientras sus labios rojos mascullan. El color que tiñe su boca rivaliza con el de su pelo. Un rojo brillante que se le enrosca alrededor de la cara y los hombros cubiertos por la túnica. Durante el ritual, era ella la persona misteriosa de la capucha; la que me ofreció el cuchillo que sabía muy bien que yo nunca usaría con esa niña. En lugar de eso, lo utilicé en la garganta de otro.

—Eso es lo mejor del género masculino. Estáis todos tan pendientes de vuestro propio culo que jamás pensasteis que la que mandara pudiese ser una mujer. Nunca sospechasteis de la esposa mansa y maltratada porque todos asumisteis que la débil era yo.

Suelto una carcajada seca:

—Error. No sospeché de la esposa maltratada porque no me cabía en la cabeza que una víctima abusara así de otras mujeres y niños inocentes.

Sonríe pícara y flexiona la cintura, clavando sus ojos verdes en los míos.

—Y a mí no me cabía en la mía que un hombre que se juega la vida para salvar a estas víctimas forzara a una mujer inocente a mantener una relación con él.

Mientras yo la miro fijamente, ella me analiza con atención, como buscando alguna emoción. Y yo solo le doy una: echo la cabeza hacia atrás y me empiezo a reír.

—¿Me has estado acosando, Claire? —pregunto alegremente para encontrarme con su mirada una vez más.

Alza los labios aún más.

—Todos somos hipócritas, Z —dice ignorando mi burla y poniéndose recta—. La única diferencia entre tú y yo es que yo elegí aprovecharme de los hombres patéticos de este mundo. Nunca van

a dejar de maltratar a los que consideran más débiles. Y nunca dejarán de violarlos y matarlos. Por eso decidí que, si este es el mundo en el que vamos a vivir, que me zurzan si no gano yo algo con todo esto.

Estiro la cara, y cuando la punzada en la espalda empeora solo aprieto los dientes.

Joder. Sí que necesito ir al hospital.

Pero necesito más a Addie.

—Desde tu posición, podrías hacer mucho bien —dice Jay echando humo, con el asco retorciéndole las facciones—. Tienes un poder inmenso. Y, sin embargo, eliges darle alas al patriarcado en lugar de cambiarlo.

Gruñe, le apunta con la pistola y se la clava en la sien. Jay se pone tieso, pero no se amilana. Mis músculos se bloquean, y el palpitante dolor se desvanece mientras veo cómo el dedo de Claire baila en el gatillo.

Como lo apriete… le aplastaré la garganta con mis botas antes de que la bala termine de atravesar el cerebro de Jay.

—Te equivocas. —Me mira—. Imagínate que destruyes todas las redes de trata, Z. Digamos que logras lo que te habías propuesto. ¿De verdad te has creído, por un solo segundo, que seguiría así para siempre? ¡Ja! En cuanto todo se asiente, el mal ya estará reconstruyendo su imperio, más fuerte y mejor que antes esta vez. —Nos mira a Jay y a mí como si estuviésemos chiflados—. No te librarás nunca del mal. Jamás.

Tiene razón, pero eso no significa que yo no pueda dejar una marca bien grande en el pozo negro de las almas podridas y crear un vacío de poder. Claro que no deliro y me creo que vaya a ser capaz de borrar por completo el tráfico de seres humanos a lo largo de mi vida. Pero eso no fue nunca el puto objetivo. Lo importante es salvar a estas niñas, a estos niños, y darles a todos los que pueda una segunda oportunidad en la vida.

Mi plan siempre ha sido desmantelar el turbio control del gobierno sobre la población y su papel en el mercado de la prostitución. Con solo hacer eso se logrará un gran cambio en el mundo.

Seguirá siendo una batalla por ganar mucho después de que yo me haya ido. El sol explotará y la Tierra se desmoronará antes de que exista un mundo perfecto. Los humanos se matarán a sí mismos antes.

¿Y Z? Z no desparecerá, ni siquiera cuando yo esté enterrado a dos metros bajo tierra. Porque criaré a toda una generación para que coja el relevo y haga lo mismo que yo.

En ese momento, Claire mira por encima del hombro y veo que se acerca un hombre con una capucha calada hasta el fondo. Solo puedo discernir que es un tío porque tiene la hechura de una torre Eiffel invertida. Unos hombros anchos y macizos que estiran la túnica, con las costuras a

punto de reventar, y que luego se estrechan hacia unas piernecitas de pollo.

El muy capullo se ha saltado tantas veces los ejercicios de piernas que ya ni se le ven de lo flacas que están.

—El coche está listo —anuncia con una voz más profunda que la fosa de las Marianas.

Claire me mira directamente, baja el arma mientras el hombre levanta la suya y mueve el dedo índice arriba y abajo.

—Arriba —dice cortante—. Ahora.

Exhalo con fuerza y me obligo a moverme, apretando los dientes por el dolor que tengo en todo el cuerpo.

Me pongo de pie con un gruñido y observo fijamente a la serpiente pelirroja que tengo delante. Es lo bastante valiente como para enfrentarse a mi mirada sin un ápice de miedo. Estoy seguro de que está acostumbrada a que los hombres la miren desde arriba, intimidantes por naturaleza. Pero Claire nunca se ha enfrentado a un hombre como yo.

—¿Qué crees que vas a hacer conmigo? —la desafío, mirándola con condescendencia, como se hace con un niño pequeño que cree que puede ganarte un pulso—. Igual soy demasiado para ti, Claire.

Sus labios se curvan en una sonrisa reservada, despreocupada, al tiempo que se acerca para demostrarme lo valiente que es.

—Patrick te llevará a la sala de interrogatorios. Vamos a hacerte algunas preguntas. —Me da una palmadita en la mejilla, devolviéndome la condescendencia—. Vas a ser de gran utilidad y nos darás toda la información que necesitemos: cómo funciona tu organización, la tecnología ilegal que utilizas y todos los datos que hayas recopilado en tus años de terrorista. Y después te obligaré a ver a tu noviecita con su nuevo amo antes de matarte yo misma.

Estiro los labios hasta formar una sonrisa feroz, y le enseño los dientes mientras me inclino hacia delante para demostrarle por qué debería estar la hostia de asustada.

—Más vale que las cuerdas estén bien apretadas —gruño. Un atisbo de miedo le cruza la mirada tan rápido como un relámpago cuando abre los ojos. Puede que la puta sea fría como el hielo, pero eso no la hace inmune a mi fuego—. Después de ti —le digo acompañando mis palabras con un gesto.

Claire me mira de arriba abajo y frunce el ceño ante mi tono de superioridad. Está acostumbrada a que la gente se arrodille a sus pies y se doblegue ante sus órdenes como el metal bajo un soplete.

Todavía no es consciente de que yo nunca he sido un hombre del montón.

Se gira con desdén y se aleja, dando la espalda como para demostrar algo. Nunca he necesitado tener miedo para matar, pero no me importa dar lecciones. Addie puede asegurarlo.

Tengo la mirada de Jay clavada a un lado de la cara, y el pánico irradia de sus ojos color avellana. No necesita decir nada, porque su expresión lo dice todo.

«Vamos a morir».

No si está en mi puta mano. Tengo demasiado que perder, mucho más valioso que mi propia vida.

El de las patas de pollo, Patrick, nos deja pasar antes de ponerse detrás de nosotros.

—Intenta no mirarme el culo —le digo.

Gruñe y me empuja hacia delante con una mano carnosa y con la pistola en la otra mano, amenazante. Giro la cabeza lentamente y lo miro por encima del hombro, con los ojos fuera de mis órbitas y una sonrisa que no siento en la cara.

—Cállate y camina —suelta, pero su voz le traiciona y tiembla al pronunciar la última palabra. Qué difícil debe de ser fingir valentía bajo la atenta mirada de un monstruo atroz con una maliciosa sonrisa.

El humo ha empezado a disiparse. Hay cadáveres esparcidos por la cueva y un océano de sangre empapa la roca. Detrás de Claire, mi pie choca con un brazo amputado, y el miembro rueda directamente hacia la cabeza de un hombre decapitado, cuya cara está congelada en una mueca de terror.

Los aullidos de dolor se desvanecen poco a poco a medida que aumentan los muertos, y no puedo evitar maravillarme ante el hecho de que la Sociedad sacrificara las vidas de su propia gente solo para lograr atraparme. Eso lo dice todo.

No solo soy una amenaza, soy catastrófico.

Claire nos conduce a la puerta por la que desapareció después de entregarme el cuchillo. Cuando antes hice el barrido rápido de la habitación no vi a ninguno de mis hombres, pero eso no significa que ahora no estén aquí entremezclados, y posiblemente muertos.

Se me oprime el pecho. Espero que no sea así. Saben a lo que se exponen, pero sus muertes serían otra responsabilidad que echarme a las espaldas.

La seguimos por un pasillo poco iluminado, que resulta ser una réplica exacta del pasillo por el que entré en la cueva. Las tiras de luces led se alinean a ambos lados con un resplandor siniestro frente a las paredes y baldosas negras.

Como venimos del subsuelo este pasillo está en cuesta y, con lo que me duele el cuerpo, es como escalar una montaña.

Jay camina muy tieso a mi lado, mirándome de vez en cuando con miedo y ansiedad. Está claro que nunca se ha visto en una situación tan peligrosa. Siempre está detrás del ordenador, jamás en primera línea. No sé cómo tranquilizarlo. Nunca he sido bueno mintiendo y, aunque confío en que nos sacaré con vida, no se lo puedo garantizar.

En cuestión de minutos, Claire abre la puerta de un empujón y nos conduce a un callejón oscuro, apenas iluminado por la luz de la luna y una farola al fondo. El sudor que me resbala por los costados de la cara se enfría al instante por el aire quebradizo de Seattle.

Claire no pierde el tiempo y nos conduce hacia una anodina furgoneta negra que espera en la entrada de la calle, con los cristales tintados tan oscuros que no se podría ver a través de ellos aunque se pegara la cara contra el cristal. Es total y jodidamente ilegal, pero esas matrículas

evitarán que los paren. Con ver el nombre de Claire, tendrían que mirar hacia otro lado.

Cuanto más nos aproximamos al vehículo, más tenso está Jay.

Me acerco a su oído:

—Tú piensa que Claire es tu hada madrina y que este es el carruaje de calabaza que te llevará con tu princesa.

—O príncipe —me corrige Jay entre dientes. Está sudando a chorros y tiene las pupilas dilatadas—. Que a mí me daría igual.

Me encojo de hombros.

—Mientras yo acabe siendo el tío Z…

Se burla, mirándome como si yo estuviera zumbado, y me dice:

—¿Tú te crees que voy a tener hijos después de ver esta mierda todos los días?

Vuelvo a encogerme de hombros y frunzo los labios.

—¿Por qué no? El tío Z los mantendrá a salvo. Puedo ser su guardaespaldas personal. A lo mejor no les gusta, pero lo haré igualmente, joder.

Menea la cabeza, con una sonrisa de oreja a oreja, porque comprende exactamente lo que estoy haciendo.

Le estoy dando un futuro. Le ofrezco la imagen de él sobreviviendo y encontrando la felicidad, tanto si decide tener minigremlins como si no.

Cuando bajamos del bordillo y nos acercamos a la furgoneta negra las puertas dobles traseras se abren de par en par. Claire se vuelve y mueve la cabeza hacia el interior oscuro, indicándonos así que entremos.

Le guiño un ojo y me dirijo a las profundidades de la furgoneta con Jay pegado a mí, mientras ella resopla cabreada por detrás de nosotros.

Si fuera cualquier otro, le diría que no se enemistara con su secuestrador. De hecho, sabiendo que Addie está en la misma situación que yo ahora mismo, le daría unos azotes en el culo si supiera que se comporta como una imprudente. Lo más inteligente siempre es mantener la puta boca cerrada y escuchar órdenes hasta hallar la salida.

Pero meter a Z en la parte trasera de una furgoneta no será nunca lo mismo que hacerlo con un civil inocente. De momento estoy seguro de que no matarán a Addie. Vale demasiado. Y, viendo mi situación ante mí, estoy aún más seguro de que Claire no va a ganar esta ronda.

Puede que sea lista, pero no lo suficiente como para noquearme. Eso podría haberle dado una oportunidad.

Me siento en el frío banco de metal, aprieto los dientes por el dolor y vuelvo a clavar mi feroz mirada en Claire. Está de pie frente a las puertas, mirándome con una leve sonrisa. Sus rizos rojos, bien definidos, brillan bajo la farola, y durante un breve momento parece inocente. Como una mujer que ha soportado años de maltrato en todas sus formas y que solo quiere disfrutar de una vida tranquila.

Pero el espejismo se rompe, y lo único que veo es a una mujer que se ha convertido en todo lo

que ella misma odia.

Me lanza una mirada de advertencia y cierra las puertas de un portazo, provocando que se enciendan las luces led del suelo.

Jay se acomoda en el banco de enfrente y se pone inmediatamente el cinturón de seguridad que está pegado a la pared de la furgoneta, mientras que Patrick se sienta a mi lado. Tan cerca que prácticamente está sentado en mi regazo.

Desvío hacia él la mirada, sin expresión alguna en mi rostro.

—No creo que te apetezca batirte en un duelo de espadas conmigo, Patrick. Porque fijo que te gano —le digo como si nada mirándole a la entrepierna.

Jay me sisea para que me calle, pero yo no aparto la mirada de donde intuyo que se esconden sus ojos tras la capucha.

—No sabes cuándo cerrar la boca, ¿verdad?

—¿Qué es lo que he dicho? —pregunto haciéndome el inocente—. Por la forma en que te has sentado en mi regazo, pensé que era esa tu intención.

—Va a ser difícil batirnos en un duelo de espadas si a ti te falta una buena con la que luchar —replica con el tono lleno de malicia.

Arqueo una ceja, poco impresionado por su amenaza.

—Aunque sea con una motosierra, se tarda mucho en cortar el tronco de un árbol. Morirás antes de llegar hasta el final.

—Tú sigue hablando —me suelta a modo de desafío.

Sonrío, pero mantengo la boca cerrada. Si Jay no estuviera aquí, seguiría provocándolo. Lo ideal sería que me atacara y, con suerte, me apuntara con un arma. Así tendría la oportunidad perfecta para desarmarlo y matarlo yo a él.

Pero puede que apunte con el arma a Jay, y no voy a poner en riesgo su vida en vez de la mía, así que por ahora esperaré mi momento. Patrick morirá. Y muy pronto.

El motor retumba y bajo mi trasero vibra el metal. El vehículo avanza, haciendo que los tres nos balanceemos bruscamente hacia un lado, empujando a Patrick aún más contra mí.

Nos miramos y, lentamente, se aleja unos centímetros.

Ya me temía yo que haría eso, joder.

Ahora que ya no tengo al muy gilipollas pegado al cuello, puedo pensar a fondo.

Pero solo tardo unos segundos en dejar que mis pensamientos caigan en picado, en que se desvanezca el espacio amortiguado al que obligué a mi mente a ir y en que vuelva esa rabia atroz.

Se han llevado a mi ratoncita.

Aprieto los ojos y agacho la cabeza. Lucho por no perder los estribos. La frágil capa de buenos propósitos que mantiene a raya mi ansiedad y mi rabia asesina se está resquebrajando. La sensación de pánico pesa demasiado y, al igual que una persona sobre hielo fino, acabará por romperse por la presión.

Pero no puedo permitir que pase eso. Todavía no.

Necesito centrarme en cómo sacarnos a Jay y a mí de aquí, y ya me resulta bastante difícil con el cuerpo entero gritándome.

Existe la opción de atacar y matar a Patrick, pero eso no detendrá el vehículo, sobre todo si oyen cómo intento escapar. La única alternativa sería disparar el arma hasta que le diera al conductor, lo que podría hacer que nos estrelláramos contra cualquier vehículo y matarnos todos. O Jay y yo podríamos intentar tirarnos y salir rodando por la parte trasera, pero ya tengo el cuerpo demasiado maltrecho como para resistirlo.

Exhalo por la nariz, levanto la cabeza y veo que Jay me está mirando, con las cejas fruncidas por la preocupación. Tiene el pelo negro pegado a la frente por el sudor y tiembla como una hoja. Está claro que la vida de mercenario no es para él.

Coño, pues claro.

El pánico de Jay y mi agonía han hecho que los dos nos olvidemos de una herramienta muy valiosa. Aún tenemos los chips *bluetooth* en las orejas. Son diminutos y transparentes; un dispositivo ilegal que pasa totalmente desapercibido a no ser que lo busques a conciencia. Tan imperceptible que a Claire ni se le ocurrió comprobarlo.

El dispositivo que llevamos en los oídos se activa con un botoncito o con una orden de voz. Lo que significa que Jay o yo tendremos que usar la palabra «llamada».

Dirijo mi mirada a Patrick.

—Entonces ¿voy a poder hacer mi única llamada cuando lleguemos?

Gruñe.

—Muy gracioso.

Silencio.

Mierda, igual se dañó con la explosión. Eso explica por qué mis hombres no han intentado localizarme. Miro a Jay y él asiente, con una gota de sudor en la punta de la nariz.

—Vamos, hombre, mi abuela está enferma. Probablemente se esté preguntando dónde estoy. —Vuelvo a mirar a Jay—. ¿No le prometiste a tu hermano que lo llevarías a Chuck E. Cheese esta noche?

Jay se esfuerza por mantener su cara impávida, pero he aquí otra razón por la que se queda detrás de la pantalla: el chaval no tiene ni puta idea de actuar.

—Sí, esto… Probablemente debería, eh, hacer una «llamada» a Baron y decirle que no puedo ir.

«Hazlo un poco más obvio, Jay, di que sí, por Dios».

Claramente, Baron no es el hermano de Jay, sino otro de mis hombres que podría ayudarnos.

En los labios de Jay se forma una pequeña sonrisa de satisfacción, pero la disimula. La llamada debe de haber tenido éxito, lo que significa que Baron estará escuchando y, con suerte, nos rastreará en cuanto se dé cuenta de que algo va mal.

Jay continúa pasado un momento:

—Probablemente es importante que sepa que nos tienen como «rehenes», ¿verdad?

Dios mío.

—Personalmente preferiría que él nunca supiera lo que te pasó y que viviera el resto de su vida preguntándoselo —replica Patrick, ajeno a la pésima actuación de Jay.

Luego, se vuelve hacia mí.

—Puedes seguir con tus jueguecitos, pero dejarás de reírte en breve.

—¿Cómo de breve? —contesto.

No puedo verle la cara, pero noto la confusión que irradia el agujero negro de su capucha.

—Me está esperando mi abuela.

Cierra el puño, y esa es mi única advertencia antes de que lo lance contra mi mejilla.

La cabeza se me inclina hacia un lado y el dolor me recorre el cráneo entero. Podría tolerar el golpe en un día normal, pero, teniendo en cuenta que acabo de sufrir una explosión, siento como si me hubiese estallado otra bomba en la cabeza.

Se me disparan los instintos y aprieto los puños por la necesidad de devolverle el golpe. La bestia que llevo dentro se agita y se enfurece, y el escaso control que tengo ya sobre mí se escapa un poco más.

«Addie. Esto es por Addie».

Consigo contenerme a duras penas. Debo darles tiempo a nuestros hombres para que lleguen hasta nosotros, aunque sé que no tardarán mucho.

—Por el amor de Dios, ¿acaso un hombre no puede llamar a su puta abuela? Gilipollas.

Sacude los hombros y se da la vuelta, y yo me echo más hacia atrás en el banco. Puede que piense que es porque tengo miedo, pero en realidad estoy a dos segundos de acabar con su vida.

Mientras esperamos me esfuerzo en relajarme, conteniendo la ira que me hierve por dentro. Eso dura la friolera de diez minutos, antes de acabar por los suelos por segunda vez en lo que va de día.

Algo pesado choca con la furgoneta por detrás, mandándonos a Patrick y a mí volando desde el banco hasta la pared que separa la parte delantera de la trasera.

La sacudida mueve a Jay a un lado, pero el cinturón de seguridad mantiene anclado al suertudo hijo de puta.

Gimo, con el dolor agudizándose en varias partes del cuerpo al tiempo que me tumbo boca arriba e intento respirar. Ya ni siquiera sé qué partes me duelen; me duele todo, joder.

Claire grita desde el asiento delantero y exige al conductor que controle el vehículo. La furgoneta sigue dando bandazos y el conductor es incapaz de recuperar el control.

Otro golpe y la furgoneta se tambalea hacia un lado y colisiona con algo sólido. Patrick choca conmigo y de mi boca salen unos cuantos improperios mientras nos deslizamos hacia Jay. Me golpeo la espalda contra la pared y nos detenemos. Tengo al monstruo aplastado encima de mí. Me pitan los oídos del impacto y tardo varios segundos en enfocar la vista. Puede que Patrick esté desproporcionado, pero sigue pesando una barbaridad.

—Jay, dime que es quien creo que es —grito aprovechando el caos y rodeando con todas mis fuerzas el cuello de Patrick con mi brazo. Sus manos vuelan hacia mi muñeca, arañándome mientras le aplasto poco a poco la tráquea. Se resiste y aprieto la mandíbula mientras lucho por mantenerlo quieto.

Estoy débil, con un dolor indescriptible, y se me aflojan los músculos.

—Claro que sí —jadea Jay con el sudor cayendo por su pálido rostro.

—Bien —murmuro antes de coger la cabeza de Patrick y partirla hacia un lado, rompiéndole el cuello y matándolo al instante.

—Esto es por mi abuela, capullo.

—Colega, ninguno de tus abuelos sigue vivo.

10 de junio de 2008

Me han drogado. Solo sé qué día es porque los pedófilos vienen el día 20. Y Francesca me ha dicho que tengo diez días para empezar a comportarme como es debido. Que deje de «indisciplinarme», o como se diga. Es la última palabra que recuerdo antes de que me clavaran una aguja en el brazo. Si pensaban que eso iba a impedir que me escapara, mira por dónde, FRANCESCA, que me las PIRO DE AQUÍ, JODER.

Me voy a por mi hermana.

Y a sacarnos a las dos de este maldito bucle de pedofilia.

Que os follen a todos.

Molly

Capítulo 3

El cazador



Claire chilla que sigan conduciendo desde la parte delantera, pero el motor se para.

Me quito de encima el cadáver de Patrick de una patada y me pongo de pie, empapado por la transpiración. Estoy a punto de desmayarme. Mi cuerpo empieza a apagarse por el trauma físico, pero todavía no puedo permitírselo.

Jay se desabrocha rápidamente y se levanta.

—Vamos, que nos están esperando —me urge notando el estado de coacción en el que me encuentro.

—Tengo que ocuparme de Claire —digo, pero esa idea desaparece en cuanto abrimos las puertas de la furgoneta. Ya se han detenido otros coches a un lado de la carretera, con gente normal que baja de sus vehículos para ver cómo estamos.

Mierda.

No puedo matar a una mujer delante de civiles, por muy tentado que esté.

Justo cuando Jay y yo estamos saliendo a gatas, Claire lo hace del lado del copiloto con una mirada salvaje.

—Ni te atrevas —sisea entre dientes. El carmín rojo de sus labios le da un aspecto asilvestrado.

—O, si no, ¿qué?

Como no contesta, le guiño un ojo para que se le encoja el culo de la rabia y me dirijo a la enorme furgoneta militar que nos espera.

—Eh, tío, ¿estás bien? —pregunta un transeúnte.

—Sí, todo bien. Gracias por parar —le digo por encima del hombro. Los brillantes faros de su coche resaltan la incrédula mirada de su rostro al verme entrar por las puertas abiertas.

Veo la cara de Michael saludándome y casi suspiro de alivio. Si está vivo significa que la niña que salvamos del ritual también lo está.

Se inclina hacia delante y me ayuda a entrar; supongo que porque la agonía se me refleja en la

cara. Noto cómo mis cicatrices se tensan, incapaces ya de ocultar su miseria. Mi habitual cara de póquer se ha hecho pedazos.

Estoy listo para encomendarme a Dios. En cuanto me desplomo en el asiento, Michael le da un golpe al lateral y salimos pitando.

—Tenemos que llevarlo a un hospital —dice Jay mirándome con preocupación—. Estalló una bomba y Zade estaba dentro del alcance de la explosión.

—¿Y por qué cojones pusieron una bomba? —pregunta Michael.

—Mi teoría es que fue una de esas bombas de autodestrucción, que se implantan específicamente para destruir todas las pruebas y a cualquiera que esté dentro. Suelen hallarse en lugares con información de alto secreto, por si hay filtraciones o por si se ven comprometidos.

—Tendremos que comprobar quién ha resultado herido por la explosión y asegurarnos de que no ha muerto ninguno de los nuestros —digo con un gruñido.

Jay asiente y vuelvo mi atención a Michael:

—¿Sacaste a la niña sana y salva?

—Sí —confirma—. Con Ruby, y está de camino a la recuperación.

Asiento con la cabeza y siento que se me quita algo de presión de los hombros, pero no la suficiente. Es como si se apoyara en ellos el Empire State Building y solo hubiese caído un céntimo.

Todavía tienen a Addie, y la rabia no deja de agitarse bajo mi piel. Voy a quemar todo el puto mundo hasta que la encuentre, y no me importa quién arda con él.



—¿Tenemos alguna información de quién pudo participar en su secuestro? —pregunto con la voz tensa por la furia mientras apago el vídeo de mi portátil. Acabo de terminar de ver las imágenes de videovigilancia del accidente de coche de Addie que han captado varias cámaras de la calle. Ver cómo la sacan del coche, la dejan inconsciente y la meten en la furgoneta me hace temblar de cólera.

Jay ya está tras su rastro gracias a las cámaras de seguridad, pero no parece ser suficiente.

Solo llevo unas horas ingresado en el hospital y estoy a puntito de largarme.

Afortunadamente, no me hirieron de gravedad. Tengo toda la espalda morada del golpetazo contra el altar, pero no he sufrido hemorragia interna alguna, que era lo que más temía.

Tuve mucha suerte de no romperme la maldita espalda, pero me ha faltado el canto de un duro.

—Publicaron su foto en un foro de la *Dark Web* un día antes de que se la llevaran. El cartel era anónimo, por supuesto, pero el anuncio decía que, si alguien traía a Addie viva, recibiría una recompensa gigantesca —dice Jay.

—¿Cuánto?

Pero no necesito siquiera que me responda. Ya he localizado el anuncio original, que han borrado. Aunque en internet no se borra nada del todo. Hago clic en el anuncio y aparece la cara de Addie. Sus hermosos ojos de un marrón claro poco común, el pelo color canela y algunas pecas que le salpican la nariz y las mejillas.

Se me encoge el corazón al ver su cara sonriente: es la misma foto que usó en la librería, en la firma de libros, la misma que me atrajo a ella al instante y que sigue causando en mí el mismo efecto que entonces.

El precio figura justo debajo, en negrita y en rojo.

Doce millones de dólares.

No deja de ser calderilla para los que la ofrecen, pero es una cantidad brutal para los peces menos gordos del estanque. Es tanto dinero que habría que esforzarse mucho para gastárselo a lo largo de una vida.

—Mierda —murmuro pellizcándome el puente de la nariz entre los dedos. Está a punto de venirme una migraña descomunal, y la inquietud invade mis sentidos. Quiero arrancarme la piel a arañazos si eso significa que al otro lado me estará esperando Addie.

Los labios de Jay se tensan:

—Sé quién contestó al anuncio y quién fue el responsable de su secuestro.

Dejo caer la mano y le dirijo una mirada a mi hombre de confianza, esperando a que suelte la consabida bomba. Me invade el pavor, y esta vez tengo la sensación de que podría matarme.

—Max —dice en voz baja.

Cierro los ojos y pierdo finalmente el control, que se escurre entre mis dedos como el interior de un reloj de arena. Era solo cuestión de tiempo, y el último grano ya ha caído.

Una oscuridad negra como la tinta me corroe cada célula del cuerpo hasta que en mi interior no queda luz.

El rojo consume mi visión y me pongo en movimiento. Mi portátil sale disparado por la habitación del hospital, y el rugido que surge de mi garganta absorbe el estruendo que produce al golpearse contra la pared.

Me revuelvo violentamente por la fuerza del desgarrador lamento que emerge de mis labios, tan largo y doloroso que se va apagando hasta convertirse en un grito silencioso. Vuelvo a respirar hondo y chillo una vez más de modo atronador, mientras cojo la mesilla de noche y la lanzo por los aires.

Cegado por la ira, la sigue el portasueros, que arrojo hacia una ventana que casi hago añicos, y ni siento el pinchazo que me produce la aguja al arrancarme la vía de la carne.

En ese momento dejo de oír, como si estuviera bajo el agua y se hubiesen diluido todos los sonidos. La marea me golpea, atrayéndome hacia sus garras y enviándome en espiral hacia el negro pozo de desesperación de las profundidades.

Mis manos cogen más equipos médicos, que estrello contra las baldosas al tiempo que la

angustia me desgarra el pecho.

«Esto es culpa mía».

«Todo por mi puta culpa».

Al ponerme de pie se oyen gritos ahogados, y noto varios pares de manos sujetándome a la vez y reduciéndome. Lucho contra ellas y sigo rugiendo, pero mi ceguera juega en mi contra.

Ahora unas correas me rodean las muñecas y el pecho, aprisionándome a la cama del hospital.

Pero estoy demasiado fuera de control.

A pesar de las manos frenéticas que intentan placarme bajo las ataduras, agito las piernas sobre la cama y me pongo de pie, haciendo fuerza contra el peso que amenaza con volver a hundirme.

—¡Por el amor de Dios, Zade!

Respiro entrecortadamente y mi visión se vuelve borrosa, con lo que solo veo fragmentos de lo que me rodea. Cuatro enfermeras asustadas y Jay se agolpan a mi alrededor, con los ojos muy abiertos y la cara pálida, y yo estoy de pie ante ellos con una cama de casi doscientos kilos atada a mi espalda.

Yo ya…

Yo ya no soy un hombre, sino una bestia que sucumbe a sus instintos más primarios. Soy la aniquilación encarnada.

—Señor, por favor, cálmese —suplica una de las enfermeras con los ojos verdes, ahora casi negros de miedo. Jadeo por la falta de oxígeno que me provoca la correa contra mi pecho.

«No puedo, no puedo. Ella no está por mi culpa».

¿Cómo coño se supone que voy a vivir con esa culpa?

Sacudo la cabeza, y mi energía va mermando poco a poco. No me salen las palabras y tropiezo, luchando por enderezarme.

—Desátenlo —exige Jay con brusquedad, apuntando a una de las correas que ya tengo sujeta alrededor del pecho. Espera a que una de las enfermeras me quite las de las manos para soltar la hebilla. La cama cae al suelo con un estruendo ensordecedor.

Los guardias de seguridad irrumpen en la sala, y patinan sobre las baldosas totalmente inundadas de cosas cuando ven la carnicería que se ha montado.

Jay se planta delante de mí y me grita:

—¡Deja de actuar como un puto lunático y contrólate! Destrozar un hospital no la salvará.

Se me va aclarando la visión, y aparece ante mí el desastre que he creado.

Esa potente furia sigue en mí, brotando de mis poros, pero consigo mantenerla bajo control. Lo suficiente para que solo eche chispas.

—Pero qué diablos… —dice un guardia de seguridad en cuyo joven rostro se refleja la incredulidad.

—Está bien —resopla una enfermera. Es una mujer mayor, con el pelo corto y rubio y unas gafas de pasta que le ocupan media cara.

Se acerca a mí como lo haría un cocodrilo con la boca abierta, con mano firme me coge del brazo y lo levanta.

Me corre un pequeño reguero de sangre por el brazo del que me arranqué la vía, a través de un desgarro en la piel de no más de medio centímetro.

—Qué… Qué herida tan fea, señor. Será mejor que se siente para que pueda curarle antes de que se desplome y se muera aquí mismo —me ordena con voz severa mientras señala con la cabeza la cama destartalada.

Es solo un rasguño, y los dos lo sabemos, pero igualmente me siento. Observo cómo coge una venda de un armario y empieza a secarme la sangre.

Unos guardias interrogan a Jay y a una de las enfermeras mientras las otras dos salen corriendo de la habitación, rojas y temblando. No logro sentir ni un ápice de culpa por eso.

No ahora, cuando tengo un agujero negro en mi pecho, donde una vez se instaló Addie.

—¿Quieres que hablemos de esto? —pregunta en voz baja, secando la sangre con un trozo de gasa.

—No —murmuro.

—Bueno —dice entre dientes poniéndome una tirita en el brazo. La tirita tiene pintados unos dinosaurios, y me limito a mirarla. Si no sintiera este vacío, me reiría de lo patético que parece todo—. Puedes decírmelo a mí o a la policía. Me consta que eres un hombre grande y corpulento, y has hecho todo lo posible por demostrarlo, y probablemente los agentes de policía no te asusten, pero preferiría que pasaras el resto de tu estancia en este hospital sin estar esposado a una cama.

Hago una pausa.

—Me volveré a poner de pie y saldré de aquí.

Me mira y se le escapa una risita entre sus labios rosados.

—Me parece muy bien. ¿Tienes el corazón roto?

Levanto una ceja y ella no cede, aunque tenga que esforzarse para tragar. Suavizo el rostro y suspiro. Ahora mismo le agradezco su franqueza.

—Podría decirse que sí. —Resoplo girando el brazo para volver a mirar la tirita: son T-Rex verdes, rugiendo con la boca abierta. Supongo que yo no tenía un aspecto muy diferente hace tan solo dos minutos.

—Se la llevaron. La han secuestrado.

La enfermera suelta un grito ahogado, en voz muy baja y suave, pero al estar yo tan vacío me parece un chillido ensordecedor.

—Es culpa mía. Yo no… —Me interrumpo a mí mismo, y decido que es mejor no decirle que no maté a un hombre que debería haber matado hace mucho tiempo—. Tengo que recuperarla.

Suelta un suspiro tembloroso y se endereza.

—Me aseguraré de que no se presenten cargos para que puedas salvarla. —Señala la tirita—. ¿Qué tal si nos evitamos más heridas que puedan costarle la vida a alguien?

La honro con una sonrisa tensa y aseguro:

—Pagaré los daños.

—Es lo suyo —dice.

Asiento con la cabeza y vuelvo mi atención al suelo. Las baldosas blancas se desdibujan cuando noto que su presencia se esfuma y la sustituye la de Jay.

—Sé dónde está Max —murmura.

Lo miro con ojos asesinos. Aprieta los labios porque sabe que con eso no me tranquiliza lo más mínimo.

—Deja que tu cuerpo se cure. Si no, no servirás para nada. Cuando ya no estés destrozado, lo cogeremos y encontraremos dónde se la llevaron. Puede que ahora puedas moverte, pero los próximos días van a ser duros, sobre todo teniendo en cuenta que acabas de andar con una cama enorme a la espalda. Tu ya de por sí más que lesionada espalda, he de decirte.

—Cuanto más espere, más probabilidades hay de que ella desaparezca. Que sufra y le ocurran cosas inimaginables —le argumento entre dientes. Los músculos de la mandíbula casi se me desgarran de lo fuerte que los aprieto.

Se inclina y me pone las manos en los hombros, bajando la barbilla hasta que me mira a los ojos. Lo fulmino con la mirada. Ojalá pudiese volver a no oír ni ver nada.

Jay es valiente hasta la estupidez y no se achanta.

—Te lo prometo, tío. Haré que el equipo la busque. Haré todo lo que esté en mi mano para acercarnos a ella. —La intensidad de sus palabras y su mirada logran aliviar mi ansiedad de manera ínfima.

No voy a poder relajarme jamás. Voy a seguir sintiendo cómo se me retuercen las entrañas y cómo el pánico me carcome el corazón, hasta que no quede nada de él.

Sé que mi cuerpo me fallará, pero nada, absolutamente nada, va a impedir que la encuentre.

Aprieto los puños y asiento. No tengo ninguna intención de quedarme en este hospital. De estar quieto. Pero, por el momento, ahora mismo discutir no cambiará nada.

Necesito descansar. Y mucho. Porque, en cuanto abra los ojos, no los volveré a cerrar hasta que tenga la cabeza de Max entre mis manos.



—No puedes tirar la puerta abajo así como así, Zade.

—Los cojones que no —ladro fulminando a Jay con la mirada mientras él se pinta meticulosamente las uñas de color púrpura berenjena en la silla que hay junto a mi cama de hospital.

Es el quinto día y estoy negro de la ansiedad y la frustración. En los dos primeros días intenté fugarme cinco veces, pero no paraban de noquearme con drogas hasta que perdí completamente

la noción del tiempo. Abandoné los intentos de fuga porque prefiero ser medio útil detrás de un ordenador en vez de estar muerto para el mundo y no hacer nada de nada.

El único motivo por el que cedí fue porque soy físicamente incapaz hasta de apretar las nalgas sin que se me oscurezca la visión del dolor.

Puede que no haya sufrido heridas que pongan en peligro mi vida, pero mi cuerpo actúa como si me hubiesen hecho las peores del mundo.

Jay maldice en voz baja al mancharse la piel con un puntito de esmalte de uñas y saca la lengua mientras lo limpia con cuidado.

Tengo mi ordenador nuevo en las rodillas, y en la cámara veo a Max y a los gemelos, Landon y Luke, descansando en el despacho del primero, bebiendo whisky caro y riéndose probablemente del gran ingreso que acaban de recibir en su cuenta bancaria.

Doce millones de dólares. El precio por secuestrar a Addie.

—Sabes que no lo hizo él mismo —me recuerda Jay, y luego levanta las manos para maravillarse ante su obra.

Suspiro, y las venas de mis manos estallan al cerrarlas con fuerza.

—Lo sé —me quejo.

Max y los gemelos estaban en una discoteca cuando secuestraron a Addie. Y eso significa que Max sabía dónde encontrarla y que contrató a unos tíos para que le hicieran el trabajo sucio. Así que quienquiera que contratase recibirá lo más seguro una parte de la recompensa. Un trabajo así no es barato y, aunque Max tiene dinero, tampoco tanto. Hasta hoy al menos no.

Nosotros estamos ahora esperando a que transfiera un pago a los lacayos a los que se lo prometió. Entonces podremos seguir el rastro del dinero y confirmar quiénes son según la información de la cuenta.

Con un poco de suerte, igual Max es tan tonto como parece y no sabe esconder bien su rastro.

Jay se ocupará de eso mientras yo me encargo de Max.

Podría enviar a otro mercenario a torturarlo y sacarle la información, pero este método será mucho más rápido y me niego a que nadie más que yo lo toque.

Solo yo le mostraré a Max lo que es el verdadero dolor. E, incluso en ese momento, solamente notará una fracción de cómo yo me siento sin Addie.

Giro el cuello y gimo al hacerlo crujir. Cuando vuelvo a mirar hacia abajo, me llega una alerta.

Acaban de transferir tres millones de dólares a una cuenta en el extranjero. Tardo dos segundos en encontrar el nombre asociado a ella.

Rick Boreman.

A través de la imagen de la cámara, Max deja el teléfono y aplaude, chocando su vaso de whisky con el de los gemelos.

Miro a Jay y pongo los ojos en blanco al verle soplar suavemente las uñas mojadas. Teniendo en cuenta lo que teclea, se va a desconchar la pintura en dos segundos. Claro que también por eso cambia de color cada dos días. Se muerde las uñas y el esmalte le ayuda a mantener a raya ese

hábito, aunque no le haya servido de mucho estos últimos cinco días.

Por mucho que intente mantener la calma, la ausencia de Addie lo tiene también a él paralizado de la ansiedad. Solo la ha visto a través de la pantalla de un ordenador, pero no necesita conocerla para saber que no se merece esto, y que si muriera… el mundo moriría con ella.

De momento, voy a empezar por Max.

11 de junio de 2008

Quiero morirme. Lo único que me mantiene con vida es mi hermanita. No he dicho su nombre. Aquí no puedo ni nombrarla.

Layla

Me duele hasta poner su nombre por escrito. Mirar su nombre y saber lo lejos que está de mí. Sufriendo tanto como yo, solo que de manera distinta. Solamente tiene un año, ¿sabéis? Es un bebé. Mamá no se hace cargo de ella. No le da de comer. No la cambia. No la quiere.

Layla <u>ME NECESITA</u>. Me largo de aquí.

Molly

Capítulo 4

El diamante



—Yo puedo salvarte.

Algo me sacude, y atraviesan mi consciencia nuevas oleadas de dolor.

—Despierta. Yo puedo salvarte.

La voz penetra en la profunda niebla que se arremolina en mi cerebro. La negrura me rodea y siento que floto en una galaxia sin estrellas, aunque un escalofrío helado me recorre el cuerpo. Algo peligroso se acerca.

Una mano me toca el brazo y me vuelve a empujar bruscamente.

—No queda mucho tiempo. Necesito que te despiertes. Yo te ayudaré.

Una fisura de luz se abre paso a través de la interminable oscuridad. Me concentro en la luz y, mientras alguien sigue sacudiendo mi cuerpo, la grieta se ensancha hasta que una luz cegadora me atraviesa los ojos.

Gimo cuando la claridad empieza a aflorar. Me cogen del brazo cada vez más fuerte y oigo la voz que me despierta del sueño con más claridad.

Me zarandean de nuevo, y el brusco movimiento acaba por despertarme.

Abro los ojos de golpe y, por razones que aún desconozco, el corazón se me sale del pecho, golpeándome la caja torácica con tanta violencia como la persona que me había estado agitando.

Logro enfocar un rostro viejo y arrugado y unos ojos de un color azul insulso a escasos centímetros de mi cara. Retrocedo, parpadeando con pánico y confusión.

—¿Qué está pasando? —digo ahogadamente.

En cuestión de segundos, la realidad se derrumba y recuerdo por qué estoy aquí. Con quién estoy.

Tuve un accidente de coche. Me salí de la carretera. Y luego me secuestraron y me trajeron a un médico que claramente ejerce de manera ilegal.

El doctor Garrison. El hombre que tengo en este momento sobre mí, mirándome con premura.

—Voy a ayudarte. Por favor, levántate.

El frío helador que atravesaba la niebla empeora cuando su mano se aferra a la mía y tira de mí hacia delante.

Grito porque el dolor ha ido a peor. Siento como si me clavaran un atizador caliente en cada una de las terminaciones nerviosas.

—Sé que duele, cariño, pero tenemos que darnos prisa antes de que vuelva Rio.

Vuelve a tirar suavemente de mí y en ese momento me doy cuenta de que me han quitado la vía del brazo.

Me resisto y, en un esfuerzo por entretenerlo, pregunto:

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Solo una noche, preciosa. Ahora levántate, por favor.

No tengo más opciones, así que me ayuda a incorporarme, metiéndome prisa mientras intenta moverme con cuidado.

—¿Dónde vamos?

Estoy a punto de perder los nervios, y la confusión enturbia mis pensamientos.

Básicamente porque no puedo entender por qué cojones me está ayudando. ¿Acaso no está metido en esto también?

Entonces me mira con una sonrisa de pirado en la cara.

—Voy a llevarte a un lugar seguro. Nadie te encontrará jamás. Te lo prometo.

Se me forma un nudo en la garganta y me esfuerzo por tragar mientras veo cristalina la situación en la que me encuentro.

«Nadie te encontrará jamás».

Puede que me esté salvando de Rio y Rick, pero eso no significa que no tenga que salvarme de él también.

—¿Por qué haces esto? —Respiro y mis ojos exploran la habitación, buscando una solución que me saque de este marronazo. Solo veo una salida, y él me lleva directamente hacia ella.

Por lo que sé de este tío, podría perfectamente encerrarme en una caja y darme de comer a través de un *glory hole*. La imagen me perturba tanto que creo que prefiero arriesgarme y quedarme con Rio y Rick.

—Me hice médico porque me gusta cuidar a la gente. Pero en los hospitales nunca me dejaron cuidar de mis pacientes como yo quería.

Se me cae el corazón al suelo y me mira con timidez, como un niño que le confiesa que está coladito por ella a la chica más guapa del colegio.

Su mano fría y suave se desliza hacia la mía, sosteniéndola como si estuviera a punto de arrodillarse y pedirme que me case con él.

—Quiero cuidar de ti, cariño. Te trataré mejor de lo que nunca lo hará esta gente. Te prometo que seré bueno contigo.

Abro la boca, pero de ella no sale ningún sonido.

¿Qué coño espera que le diga?

«Sí, por favor, llévame a tu espeluznante guarida. Nada me haría más feliz».

Quiero que me deje ir a casa. No a las garras de otro cerdo que no me dejará en paz el resto de mi vida.

Doy un paso atrás y quito la mano de la suya con cuidado. Pone cara de sorprendido y sus ojos azul pálido brillan de dolor al ver cómo mis dedos se separan de los suyos. Se comporta como si se hubiera arrodillado y yo acabara de rechazar su proposición de matrimonio.

—Yo… no creo que sea una buena idea. Sabrán que fuiste tú —digo intentando razonar con él.

No quiero rechazarlo de sopetón. Tiene pinta de estar como una cabra, y no tengo ni idea de lo que este hombre es capaz de hacer realmente.

Niega con la cabeza, me coge de la mano con bastante enfado y tira de mí. Contengo otro grito mientras me explica con impaciencia:

—No si nos damos prisa. Tengo un plan; lo único que necesito es que vengas conmigo.

Como sigue tirando de mí, mi instinto de lucha y huida entra en acción. A pesar del dolor, le suelto la mano de un tirón y retrocedo.

—Que no. No quiero irme contigo —digo bruscamente.

Su cara se transforma entonces en la de un demonio furioso, y esa frialdad que irradia de él se hace evidente. Este hombre está muerto por dentro. No es más que una tumba helada y decadente.

Noto un dolor en la mejilla antes de sentir que se mueve. Mi cabeza se va hacia un lado y me sale fuego por la cara.

Emito un grito ahogado y abro la boca mientras me cojo la mejilla dolorida, notándome algo húmedo en los dedos. Al apartar la mano veo gotas de sangre que me manchan la piel. Me ha dado una hostia con un puto anillo puesto. Un anillo de casado.

En la boca del estómago se me empieza a formar un cóctel de asco y furia, pero mantengo la boca cerrada. La situación es muy jodida y no puedo permitirme el lujo de hacer o decir lo que me dé la gana sin sufrir graves consecuencias. Y, por mucho que me tiente enfrentarme a este vejestorio, casi no me puedo mover.

«Mierda, Addie. Piensa».

Respira con dificultad y tiene la cara roja de furia. Es como mirar fijamente a los ojos de un cadáver, que solo cobra vida por el mal que lleva dentro.

—Te trataría como a una reina. No te faltaría de nada —suelta con vehemencia, moviendo la mano con rabia al pronunciar la última palabra.

Asiento con la cabeza.

—Vale —lo aplaco suavemente—. Pero me das tanto miedo como ellos.

Endereza la espalda y veo cómo la rabia le desaparece de los ojos, como si acabara de darse cuenta de que está actuando como un maldito lunático. Su rostro pasa rápidamente de la histeria a un bochorno lleno de comprensión.

—Tienes razón. Lo siento —dice dando un paso adelante—. Es que…, si quiero sacarte a salvo, tenemos que darnos prisa, y no estás cooperando.

Me tenso, pero me esfuerzo por no dar yo un paso atrás cuando me coge de las manos a modo de disculpa.

—Siento haberte pegado, cariño. Solo intento ayudarte. Por favor, ven conmigo. Te prometo que serás feliz conmigo.

El pánico y la adrenalina me aumentan hasta niveles peligrosos, haciendo que el corazón me golpee dolorosamente contra el pecho. Me cuesta mucho pensar en algo con él mirándome con tanta impaciencia y con el cuerpo como si me lo hubieran pasado por una puta picadora.

Pero, si juego bien mis cartas, esta podría ser la oportunidad perfecta para escapar. Necesito salir haciendo el menor ruido posible para no alertar a los otros dos psicópatas, lo que me deja dos opciones: darle un golpe a este payaso en la cabeza y huir, o dejar que me lleve con él y buscar más adelante otro modo de escapar. Lo que está claro es que aquí no me voy a quedar.

—Vale —susurro respirando con dificultad por la presión en el pecho.

Cuando ve que aparentemente estoy tranquila, no tarda en relajarse él, con la victoria reluciendo en su gélida mirada. Me coge de nuevo de la mano y me empuja hacia la puerta, sobre la que hay una señal roja de salida parpadeante.

Miro a mi alrededor, temblando del frío y de la oscuridad de la sala. Aquí todo es gris y plano, y las lámparas que zumban en el techo están corroídas por el polvo y cadáveres de bichos. Aquí no hay nada que le dé a este lugar… vida.

Por Dios, ¿cómo puede operar aquí? Parece que estamos en el depósito de cadáveres en lugar de en una habitación de hospital. Odiaría morir aquí, pero me da que muchos ya lo han hecho.

Apesta a muerte estéril.

Pasamos junto a la mesa llena de instrumentos, varios de ellos afilados. Si lo apuñalo en la yugular no podrá gritar y morirá en cuestión de minutos. Entonces lograría salir corriendo. No tengo ni idea de qué coño voy a hacer cuando salga de aquí, pero espero encontrar ayuda en algún sitio.

Lo miro rápidamente y me doy cuenta de que está centrado en su misión de hacerme suya. Cojo el bisturí de la mesa metálica, pero me oye llegar y se gira justo cuando voy a clavárselo en el cuello, así que solo le corto la nuca.

La sangre me salpica la cara y me doy la vuelta para que no me entre en los ojos.

Pega un alarido, se gira y me da una bofetada, lanzándome bruscamente contra el suelo.

Aterrizo sobre el coxis y grito del golpetazo. La agonía me sube por la columna y me deja sin aliento, y él se me echa encima antes de que pueda pensar qué hago, por no hablar de que no puedo respirar.

—¡Zorra! —me grita al tiempo que me rodea el cuello con las manos y me golpea la cabeza bruscamente contra el cemento.

Durante varios segundos las estrellas en los ojos me impiden ver nada. Me siento como si me

hubiesen abierto la nuca, pero las manos que me aprietan la tráquea me sacan del pozo de la agonía.

El pánico se apodera de mí, tan intenso que es como si me corriese veneno por las venas. Le araño las manos, lo lleno de zarpazos, de sangre, pero eso no lo disuade. La cara del doctor Garrison está retorcida de la rabia, con las pupilas tan dilatadas que parece que tenga los ojos negros, y con todos sus dientes amarillos y torcidos ante mí.

Me revuelvo y lucho, pero su agarre sigue firme. Y en ese momento pasa ante mí mi vida como si fuera una vieja película.

Mi madre, regalándome una de sus escasas sonrisas cuando digo alguna tontería. Mi padre, recostado en el sillón y gritando a una tele que emite un partido de fútbol: la emoción más grande que ha demostrado en su vida.

Daya, con la cabeza echada hacia atrás y riéndose a carcajadas de algo que he dicho o hecho, dejando visible el huequecito entre sus dientes delanteros. Algo que ella siempre ha odiado y que a mí siempre me ha encantado.

Y después Zade. Ese hombre con el efecto de una maldita bola de demolición, que ha sacado un fuego tan ardiente de mis entrañas que bajo él me convierto en cenizas. Sin embargo, me hizo sentir muy fuerte. Muy valiente.

Me hizo sentir tan deseada y amada…

Como un diamante.

Aunque Zade nunca me llamaría algo tan trivial y común como un diamante. Me llamaría la joya más rara de la Tierra.

Debería haberle dicho que yo…

Justo en el momento en que la oscuridad invade mi visión y solo queda un punto de luz, las manos se aflojan y algo húmedo y cálido inunda mi cara. Abro la boca de manera instintiva, jadeando desesperadamente, buscando oxígeno mientras se expanden mis pulmones.

El sabor a cobre me invade la lengua, y aspiro con tanta fuerza que se me salen los ojos de las órbitas. Tardo un momento en darme cuenta de que solo tengo la mitad de la cabeza del doctor Garrison tirada sobre mí, solo un segundo antes de que su cuerpo caiga encima del mío.

Una mezcla de tos, gorjeos y gritos lucha por dominar mi garganta. Mis ojos se abren aún más cuando veo la cabeza destrozada del médico apoyada en mi hombro y un charco de color carmesí empapándome la bata. Casi me pongo a convulsionar del ataque de tos que aún se apodera de mi garganta y ante el torbellino de emociones de estar atrapada bajo un cadáver que gotea sangre en mi boca.

Tengo más sesos suyos sobre mí de los que tiene él en la cabeza. O lo que queda de ella.

—Cálmate ya, que estás bien. —Rio aparece por encima, mirándome con enfado y algo de ira —. Acostúmbrate a ver cadáveres, princesa. Porque verás muchos en el sitio al que vas.

Agarra el cuello de la camisa del doctor Garrison, lo levanta y lo cuelga de nuevo sobre mi cara. Vuelvo a estar inmediatamente empapada de más fluidos corporales y sesos. Logro cerrar

los ojos con el tiempo justo y me tapo la cara mientras Rio se ríe y me quita el cuerpo de encima, arrastrándolo hasta la esquina de la habitación.

Por fin la presión cesa y puedo respirar sin toser, pero se me escapa un gemido.

Me acurruco hasta convertirme en un ovillo muy cerrado, intentando no pensar en la sangre que hay en mi boca, pero soy incapaz de hacerlo.

Tengo arcadas. Se me revuelve el estómago.

Me dan un empujón en el hombro con algo duro y paran las arcadas. Levanto la cabeza lo suficiente para ver la bota de Rio y escupir en ella, llenando de rojo el cuero negro.

Mato dos pájaros de un tiro: un «que te jodan, Río» y mi intento por sacar de mi boca toda la sangre del doctor Garrison que hay en ella.

Sin embargo, a Rio no parece molestarle.

—Ya ha pasado. Te pondrás bien. El tío intentaba secuestrarte.

—Igual que has hecho tú. Así que ¿me estás diciendo que tú te mereces el mismo destino? —siseo, y mi cuerpo empieza a entrar en *shock*. Tiemblo con violencia y se me están entumeciendo los brazos y las piernas.

«Mantén la calma, Addie».

«Respira».

«Tú respira».

Rio se burla y yo cierro los ojos, intentando no acojonarme.

Noto cómo se acerca. Sé que está agachado y se cierne sobre mí. Su cálido aliento me acaricia la oreja mientras sigue riéndose.

—Tienes un piquito de oro, pero en este mundo no te va a servir de nada. ¿Quieres un consejo? Hazte la tonta hasta que las únicas palabras que seas capaz de pronunciar sean «sí, señor». Así durarás más.

Se me cae una lágrima y noto cómo se empieza a formar un sollozo en la base de la garganta.

—¿Y no es eso lo que quiero? —le digo—. ¿No durar más? Mejor que sufrir para siempre, ¿no crees?

Suspira con nostalgia.

—Tienes razón. Pero aquí te vas a morir igual. Así que supongo que no es cuestión de cuánto dures, sino de cuánto te duela cuando todo se acabe.

Me tiembla el labio. Vuelve a suspirar y adopta de nuevo un tono de frustración al hablar:

—Vamos, arriba. Tenemos que ponernos en marcha.

Se levanta, se aleja unos metros y me mira de nuevo, esperando a que lo siga.

Aturdida, consigo incorporarme. El dolor empieza a instalarse otra vez en mis huesos, sintiéndolo una vez más.

—¿Puedo ducharme antes por lo menos?

Los ojos de Rio recorren mi cuerpo manchado de carmesí y me sonríe.

—Claro, princesa. Te puedes duchar. Pero, como no se te pueden mojar los puntos de la

espalda, me parece que vas a necesitar que yo te ayude.

«Mierda».



Aguanté mejor tener los ojos de Rio clavados en mi culo que estar cubierta de las entrañas de un muerto. Me mantuve de espaldas a él mientras se deslizaban por mi piel chorros de sangre. Estuve a punto de vomitar cuando vi que había trocitos de carne y esquirlas de hueso arremolinándose también hacia el desagüe.

Estuve casi todo el rato fuera del agua y me limpié con un trapo limpio y jabón en barra. Rio me indicó las zonas que debía evitar de la espalda, pero no me tocó, y le di las gracias al cabrón celestial por eso.

Lo más difícil fue lavarme y aclararme el pelo sin agacharme demasiado y dejarle a la vista lo que él llamó «máquina de hacer dinero».

Puto gilipollas.

La ducha estaba en un pequeño y singular apartamento de la planta superior del edificio, bastante más apañado que la improvisada habitación de hospital, pero no mucho más que un apartamento barato de Nueva York.

Supongo que aquí dormía el doctor Garrison cuando no estaba operando a la gente que habían llevado allí los traficantes de personas. Tenía un anillo de casado, pero no vi prueba alguna de que viviera allí con él una mujer.

Por Dios, ojalá no esté encadenada en alguna parte.

Ahora vuelvo a estar en el asiento de atrás de una furgoneta con un oscuro saco en la cabeza, empapada, atada y temblando como un motor viejo. El muy cabrón no me dijo que no había toallas limpias y se divirtió viéndome usar una bata de hospital para secarme. Más aún cuando intenté enrollarme una alrededor del pelo.

No me dejó ponérmela, diciendo que mi pelo es demasiado bonito para enrollarlo en una fea bata azul, pero, en realidad, creo que solo disfruta siendo un capullo integral.

La música de rock duro que sale por los altavoces absorbe el castañeo de mis dientes. Sigo teniendo mojada mi espesa cabellera y, aunque la calefacción está puesta, no está lo suficientemente alta como para calentarme. Si no fuera porque no estoy contorsionándome y levitando en el aire, parecería que me encuentro en medio de un exorcismo de lo que tiemblo.

Bueno, en realidad, sí que parece que estoy en uno. Todo me duele muchísimo y, con cada temblor, el dolor se intensifica.

En mi puta vida me había sentido peor.

—No te preocupes, diamante. Ya casi hemos llegado a tu nuevo hogar —canturrea Rick. Con lo crispada que estoy, su voz me chirría—. A Francesca le vas a encantar.

El tono repugnante de su voz tensa todavía más mi cuerpo. Algo en la forma en que ha hablado me dice que tengo más que temer de ella que de cualquier hombre que se cruce en mi camino.

—¿Q-quién es Francesca?

Se queda callado un momento, pero no responde Rick.

—La persona a la que te tienes que camelar —dice Rio con voz grave.

—¿Por qué?

—Porque será ella la que decida cuán miserable va a ser tu vida hasta que te vendan.

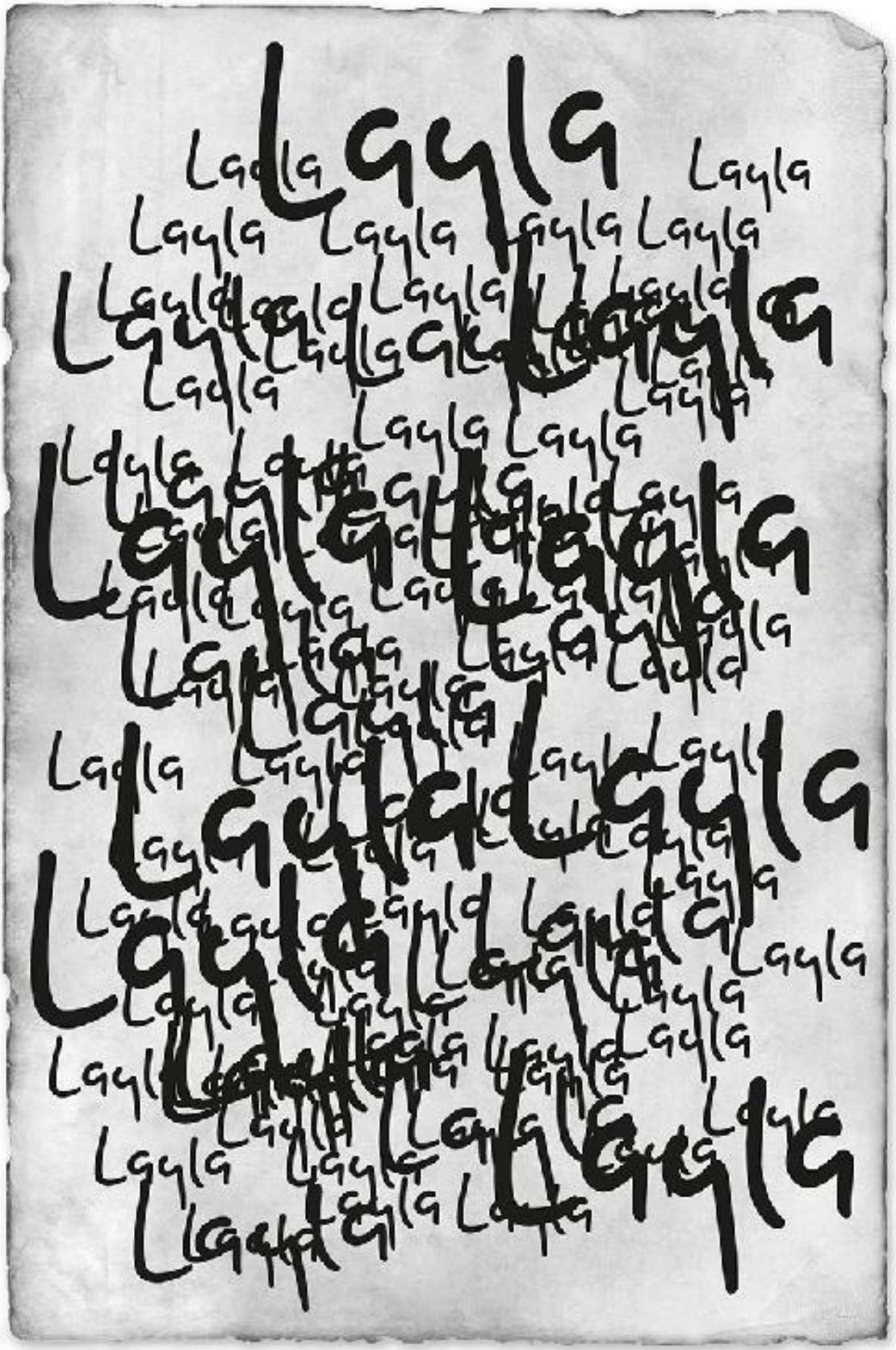
Dejo caer la cabeza y aprieto fuertemente los ojos. Solo han pasado seis días y ya me doy por vencida. El tiempo que ha pasado es mínimo, pero mi espíritu se está marchitando.

Inhalo profundamente y exhalo despacio y sin pausa.

No voy a rendirme. Sé, con cada fibra de mi ser, que Zade va a hacer todo lo que esté en su mano para encontrarme. Pero yo tampoco me quedaré sentada esperándolo. Nos encontraremos a mitad de camino si soy capaz.

Así que, si lo que tengo que hacer es ganarme a Francesca, eso es lo que haré.

Siempre fui valiente de una forma casi estúpida, hasta el punto de que he sido más estúpida que valiente. Y no voy a dejar de serlo ahora.


Layla

Capítulo 5

El diamante



En algún momento de nuestras vidas, todos tenemos miedo a morir. A algunos les pasa cuando entienden por primera vez lo que de verdad significa la muerte…, antes de que afloren la depresión, la ansiedad y otros problemas de salud mental.

Otros tienen miedo antes de encontrar algo en lo que creer, ya sea Dios o cualquier cosa espiritual.

Y hay quienes van a tientas por la vida, aterrorizados ante la idea de que un día exhalarán su último suspiro. Y yo creo que a algunos no les asusta tanto la muerte en sí, sino cómo van a morir.

Así que ¿cómo voy a morir yo?

¿Me dolerá? ¿Sufriré? ¿Estaré aterrorizada?

Gigi sintió todas esas cosas cuando la asesinó un hombre en el que confiaba y al que probablemente quería.

Cuando empezó el romance con su acosador, Ronaldo, no solo acabó su matrimonio, sino también su vida. Pero no fue ni el acosador ni su marido quien la asesinó, como cabría esperar, sino el mejor amigo de mi abuelo, Frank Williams.

Durante mucho tiempo estuve convencida de que yo tendría un final parecido a manos de mi propio acosador. Pero, en vez de eso, me rendí a su oscura persecución y acabé enamorándome de él.

Me esforcé muchísimo en huir de su presencia, y ahora lo único que quiero es correr hacia ella.

Permanecí en silencio el resto del trayecto. Al menos, verbalmente. Me castañearon los dientes durante todo el viaje y, al final, uno de los dos tíos se enfadó y subió la temperatura.

No sé cuánto tiempo pasa antes de pararnos, pero cuando lo hacemos el miedo se apodera de mis entrañas. Me armo de valor y espero mientras los dos salen de la furgoneta y cierran las puertas a la vez.

En ese momento se abre la puerta de mi izquierda, que deja entrar una helada brisa. Una mano áspera y callosa me rodea el brazo y tira de él. Es como si la parca me estuviera sujetando para llevarme a la muerte.

—Ay —grito, o más bien aúllo, de lo mucho que me duele todo cuando me muevo. Él me ignora y me indica:

—Vamos.

Es la voz de Rick.

Me agarra del brazo con una fuerza innecesaria mientras me saca a rastras del vehículo. Como si pudiese derrotarlo y escapar una mujer que acaba de sufrir un grave accidente de coche y que está herida por todas partes.

Ni siquiera sé dónde coño estamos.

Sopla una fría ráfaga de viento y se me pone la piel de gallina. Vuelven a castañearme los dientes; el frío es casi insoportable.

Me quitan el oscuro saco de la cabeza y me estremezco ante la fortísima luz. No hay mucho sol, pero, como hace tiempo que no veo la luz del día, tengo los ojos sensibles.

Entorno los ojos y mi mirada se cruza inmediatamente con el espanto que se alza ante mí.

Rick extiende el brazo hacia la casa colonial de dos plantas y me la presenta como si estuviera en un restaurante de cinco tenedores y acabaran de retirar la tapa de mi plato para revelar la mejor comida que probaré en mi vida. Yo, personalmente, nunca he estado en un sitio tan lujoso, pero, por los vídeos que he visto en internet, a mí esos platos me parecen un montón de porciones de espuma y piruletas de carne.

Así que… no me atrae nada.

La casa no está tan destartalada como había pensado, pero no se encuentra en su mejor momento, eso está claro. Las enredaderas de musgo trepan por el revestimiento blanco de madera, lo que me recuerda un poco a Parsons Manor. Solo que no es tan… bonita. Está descolorida, con las ventanas tapiadas, el porche hundido y… ¿Eso es cinta americana?

—Qué… ¿acogedora? —murmuro.

Echo un vistazo a mi alrededor y me doy cuenta de que estamos en medio de la nada, rodeados de bosques muy poblados. Es como si hubieran puesto una casa cualquiera en medio de la arboleda. Hay un camino de tierra que se abre entre una espesura de árboles, y me da que esa es la única forma de entrar o salir de aquí. A no ser que no me importe adentrarme en la maleza.

—Vamos, que hace un frío de la hostia —me ordena Rick arrastrándome tras él. Rio va delante de nosotros, echando una mirada que no sé descifrar por encima del hombro antes de llevarme a la casa, igualita a la de *Agallas, el perro cobarde.* Solo que el doble de grande.

Aunque me imagino que los horrores que pasan en esta casa son mil veces peores que los que ese perro rosa haya podido ver en toda su vida.

La adrenalina y el miedo se arremolinan en mi estómago y, aunque siento un gran peso en las entrañas, no es la sensación cálida y embriagadora a la que estoy acostumbrada. Esto es pavor.

Pavor que aumenta cuando Rick me empuja a través de la entrada y hacia el interior. Aunque el aire está viciado y mohoso, no tiene el aspecto de laboratorio de metanfetamina que me esperaba.

Esta casa parece sacada directamente del siglo XIX, con mucha carpintería, papel pintado pasado de moda y extraños recovecos y esquinas que no tienen ningún sentido. Me hallo en un enorme salón con sofás marrones de cuero agrietado, alfombras raídas con motivos florales y cuadros torcidos en las paredes. El televisor está en un rincón, con *Tom y Jerry* puesto con el volumen bajo y una telaraña encima.

Las grietas están llenas de suciedad y las superficies, cubiertas de polvo. El desigual suelo de madera, de color marrón oscuro, está torcido y cruje al menor movimiento sobre él. Supongo que, si este lugar estuviese embrujado como Parsons Manor, no podría pasar ningún fantasma sin despertar sospechas.

A la izquierda hay un comedor lleno de todo tipo de cosas. Encima de la mesa se ven latas de cerveza aplastadas, agujas y pipas de crack y un espejo circular con un montoncito de cocaína encima.

Avanzo indecisa hacia el interior de la casa, notando cómo el pozo de terror que hay en mi interior es cada vez más grande, como la boca de un tiburón justo antes de devorar a su presa.

Cuesta respirar. Huele un poco a moho y el aire de toda la casa da grima, como un abrigo de lana que raspa: espeso, incómodo y sofocante.

—Bienvenida a tu nuevo hogar —declara Rio burlón. Me ha estado observando y, aunque solo hayan sido unos segundos, llevo incómoda más tiempo bajo el peso de su mirada.

Antes de que pueda abrir la boca, tres hombres entran por una puerta que hay justo enfrente. Creo que conduce a la cocina, porque me parece ver una nevera desde donde estoy. Son muy escandalosos y se ríen a carcajadas, pero, en cuanto se fijan en mí, se callan. Se mueven progresivamente más despacio a medida que se acercan a la mesa, más pendientes de mí que de ver por dónde van.

—¿Este es el diamante? —grita uno de ellos, con los dientes tan negros que parece que tiene la boca llena de bichos.

Rick se acerca a la mesa y toma asiento con orgullo.

Sonriendo de oreja a oreja, dice:

—¡Sabes perfectamente que sí! Max ya ha hecho efectivo el cheque, así que podemos hacer lo que nos salga de los cojones, colegas.

Claman a voces, y la mirada de Rio es casi asesina.

—Putos idiotas —murmura en voz baja. A continuación, en voz alta, le recuerda a Rick—: No, tú no puedes hacer lo que te salga de los cojones, pendejo, porque tienes una puta diana gigantesca en forma de Z en la cabeza.

Rick mueve una mano quitándole importancia.

—No te preocupes, Rio. Nos esconderemos hasta que el cabrón esté muerto, y ahí sí que

podremos hacer lo que nos dé la gana. La paga de hoy ha sido muy sustanciosa. Y no solo eso, sino que además la vamos a poder probar a ella también.

La manera lasciva en que me miran hace que me encoja. Instintivamente, me rodeo con los brazos, pero eso solo provoca más gruñidos divertidos.

—No seas tímida, muñeca. Te prometo que te trataré bien —canturrea uno de ellos, con el pelo negro de punta en varias direcciones de toda la grasaza que tiene. Trago saliva, se me hace un nudo en la garganta y apoyo la mirada encima de la mesa, en un charco rojo oscuro en el que no había reparado antes.

No me quiero ni imaginar de qué podría ser.

—¿Qué pasa, princesa? ¿Que no somos lo suficientemente buenos para ti? —pregunta Rio. Lo miro y veo cómo sonríe. Pero está tenso, y la sonrisa es forzada.

Ni siquiera le contesto; vuelvo a mirar el charco de sangre. Siguiendo mi línea de visión, Rio se gira para ver qué es. Y, cuando repara en ello, suelta una carcajada.

—¿Quieres apostarte de dónde ha salido esa mancha? —Tuerzo la cara del asco y lo fulmino con la mirada.

—Apuesto a que alguna zorra perdió la virginidad ahí mismo —comenta Rick al tiempo que se enciende un cigarrillo con una sombría sonrisa.

Me crispo por completo y la ira me sube hasta la garganta.

—Eres un puto enfermo —escupo con la voz aguada llena de odio. Rick se limita a reírse y vuelve a la conversación con sus amigos. Uno de ellos se está metiendo algo con una aguja cuando noto que alguien viene detrás de mí. Me sobresalto y me doy la vuelta: ahí hay otro hombre, y casi me cago del susto.

Lleva una chica colgada al hombro.

Me quedo con la boca abierta y él posa sus ojos marrones en mí.

—¿Tienes algún problema? —grita.

Pego un brinco del terror, que va a más cuando los miembros flácidos de la chica se balancean tras él. No tengo ni idea de si está viva o muerta. No me puedo imaginar que este tío lleve a una niña muerta por la casa como un saco de patatas, pero, claro, estos gilipollas son de los que harían algo así.

Sacudo la cabeza, sin palabras, mientras camina hacia mí. Apesta, pero supongo que era de esperar teniendo en cuenta que parece que se baña en aceite de motor.

Nunca se me ha dado bien saber cuándo tener el pico cerrado, pero, en una casa llena de hombres rabiosos, lo último que me apetece es tentar a la suerte. Así que me quedo en silencio mientras él me mira con lascivia.

—Como siempre tengas la boca abierta de esa manera, no te sorprendas si alguien te mete la polla.

Abro los ojos de par en par y junto los dientes con fuerza. El hombre se ríe del chasquido que emiten al hacerlo.

Se me acelera el corazón y retrocedo unos pasos. El miedo corre por mis venas, entra en mi estómago y me corroe por dentro como si fuera ácido.

—Jerry, su habitación está lista. Esta vez con unas putas cadenas de más —dice uno de los hombres desde la mesa señalando a la chica.

Los ojos se me salen ya de las órbitas. ¿Es que se ha escapado o algo así? Tengo muchísimas preguntas, pero sé que no puedo hacer ninguna. Al menos me consuela saber que no está muerta. Porque, si no, encadenar a un cadáver es… Me estremezco solo de pensarlo.

El hombre —el tal Jerry— se cambia a la chica de hombro y se marcha sin decir nada más, dirigiéndome una última mirada mordaz.

Me chupo el labio inferior entre los dientes, y muerdo con fuerza cuando lo veo dirigirse a la cocina. Tiene suerte de que no le ladre como un perro, que es lo que quiero hacer. Lo que sea con tal de que el muy capullo se lo piense dos veces antes de volver a mirarme así. Pero eso sería una estupidez. Y en este lugar no puedo hacer ninguna.

Lo último que veo justo antes de que desaparezca por la puerta es la cabeza de la chica, que se incorpora. Unos ojos castaño oscuro se cruzan con los míos a través de una melena rubia despeinada. Una mirada llena de fuego y hielo. La expresión de su rostro me hiela el corazón, pero la espeluznante sonrisa que me dedica provoca que directamente se me caiga a los pies.

Cristo bendito, esa mirada está sacada directamente de una pesadilla.

Se me abre de nuevo la boca, pero Jerry y la chica ya han desaparecido antes de que pueda darme cuenta de lo que acaba de ocurrir: tengo miedo por ella y de ella a partes iguales.

—No te preocupes. Si eres una niña buena y haces lo que te dicen, te tendremos siempre consciente de ahora en adelante —dice Rio, atrayendo de nuevo mi atención hacia él.

No estoy muy segura de querer estar consciente.

Es más, estoy a puntito de decirle que a esa chica hay que ingresarla en un manicomio.

Pero no lo digo en voz alta teniendo en cuenta que esto sí que es un puto manicomio.

Hace un gesto con la cabeza hacia la dirección en la que Jerry y la chica desaparecieron.

—Vamos. Francesca y Rocco deberían volver en un par de horas, y ella vendrá a buscarte. Pero hasta entonces me han dado órdenes de que te muestre tu nueva habitación.

Echo un vistazo detrás de mí y observo la furgoneta negra y reluciente a través de la puerta, aún abierta de par en par. Frunzo el ceño, porque me esperaba verla hecha polvo de cuando me sacaron de la carretera. Sin embargo, esta es nueva; ni un solo rasguño. Deben de haberla cambiado en casa del doctor Garrison, y eso me revuelve el estómago.

Porque sé lo suficiente sobre rastreo como para que a Zade le hubiera resultado facilísimo localizarlos en un vehículo con el guardabarros aplastado.

Pero se me dibuja una sonrisa en la cara cuando recuerdo que Zade vendrá, que es más que capaz de encontrarme, tanto si me llevan en un puto Ferrari como en un Volkswagen de los ochenta que contamina a discreción cada vez que pisan el acelerador. Él me encontrará.

Entonces se apodera de mí un recuerdo, y se me borra la sonrisa al tiempo que el horror me

invade.

«Métela en la furgoneta, Rio. Max se va a coger un mosqueo de la hostia por haberle jodido la suya…».

Pongo los ojos como platos y, cuando me doy la vuelta, Rio me está mirando con los suyos oscuros, muy tenso y preparado para atacarme. Dirijo mi mirada hacia abajo y observo la pistola que lleva en la mano.

Supongo que se pensaba que yo iba a salir corriendo.

Y mentiría si dijese que no lo sopesé un momento, pero no soy tan estúpida como para saber que no lograría correr más de metro y medio sin que uno de ellos me alcanzara. O una de sus balas.

Estoy herida y casi no me mantengo en pie, por no decir que no tengo ni idea de dónde están las llaves de la furgoneta. Correr ahora mismo sería una gilipollez. Y, si Zade estuviera aquí, me diría que esperara el momento oportuno.

«No actúes sin pensar».

No puedo dejar que el pánico y la desesperación gobiernen mis decisiones. No si quiero salir viva de esta.

Lamiéndome los labios, doy un paso adelante, indicando que no voy a correr.

—¿Fue Max el que os mandó?

—¿Eso le oíste? —Está tranquilo. Se la sudan mis preguntas. Mueve la cabeza hacia la cocina, indicándome que lo siga. Quiero llorar.

Me aclaro la garganta y me obligo a decir:

—Pues claro que sí.

Lo sigo de cerca, y las ganas de llorar aumentan a medida que me adentro en las entrañas de la bestia. Es como si una cuerda elástica me rodeara la cintura y tirase de mí hacia la salida y, cuanto más camino, más se tensa.

Me mira por encima del hombro.

—Bomboncito, no sé qué has hecho para cabrear a ese hombre, pero se quiere vengar de ti. La *Dark Web* está invadida con tu foto y han puesto un buen precio por tu cabeza. Max contrató a Rick para que te trajera aquí, pero, como es un pinche baboso, me pidió ayuda. Si no fuera porque Max sabía dónde vivías, no habríamos conseguido esta ventaja y podríamos haber tenido que luchar contra más competidores para llegar a ti.

Se me seca la boca por completo. ¿Han puesto un precio a mi cabeza? ¿Para qué?

Supongo que no debería sorprenderme porque…, si no, ¿por qué coño iba a estar aquí?

La nueva información me distrae lo suficiente como para observar el entorno con la visión algo borrosa. Me aferro a todos los detalles insignificantes, como los armarios caídos, el runrún del frigorífico amarillo y el interminable océano de madera marrón y el espantoso papel pintado. Rio me conduce ahora hasta unos escalones de madera empinados que crujen bajo nosotros.

—¿Rick trabaja para la Sociedad?

Rio me mira con el ceño fruncido, sorprendido aparentemente de que yo sepa quiénes son.

—No, es amigo de Rocco, y este a su vez es hermano de Francesca. Ella sí que trabaja para la Sociedad, y Rocco y sus amigos le sacan provecho.

—¿Y tú trabajas para ellos?

—Sí, aunque ahora respondo ante Francesca.

Me humedezco los labios y pregunto:

—¿Quién ha puesto precio a mi cabeza?

—Quién no importa. Solo el porqué. Y ahora, venga, date prisa, que tengo que mear y, si no te mueves rápido, me bajo la cremallera y te pinto un cuadro en esa cara tan bonita que tienes.

La asquerosa amenaza me saca de mi ensimismamiento. Lo miro con asco y acelero, a pesar de lo mucho que me duele todo cuando lo hago.

De todas formas, lo mejor es terminar la conversación. Necesito concentrarme en cada detalle de esta casa. Empezando por lo silenciosa que está.

Mientras me conduce por un largo pasillo, con varias puertas a cada lado, me doy cuenta de que no es el tipo de silencio que se deriva de la ausencia de personas, sino el que se produce cuando alguien contiene la respiración, rezando para que unos pies pasen de largo.

Trago saliva con nerviosismo y miro por todas partes, intentando localizar algún detalle evidente, pero el pavor que me atenaza el corazón hace que todo esté borroso.

¿Cómo coño voy a mantener la calma y actuar con inteligencia para poder salir de aquí cuando en mi cabeza tengo ahora mismo millones de alarmas que me dicen que no hay salida?

«Siempre hay una salida, ratoncita. Lo único que tienes que hacer es encontrarla».

14 de junio de 2008

Hoy es el Culling, el día de la Cacería. Francesca no solo nos ha estado preparando para convertirnos en malditas esclavas sexuales. En putitas obedientes para violadores. También nos ha preparado para lo de hoy. Nos van a dar caza como si fuéramos pajarillos que salen volando para al poco, BUM, derribarnos de un disparo. Así de simple. ¡La mejor parte? Que NOS castigan a nosotras. Todo está diseñado para que fallemos.

Sé una buena chica. Ábrete más, cariño. Separa bien esas piernas. ¿Eres flexible? Vamos a ver si te puedes tocar la punta de los pies...

Putos gilipollas enfermos. TODOS. Espero que les joda cuando me maten sin querer al dispararme.

Me encantaría.

Molly

Capítulo 6

El cazador



La furia.

No se valora lo suficiente. No se estudia lo suficiente.

Las capacidades del cuerpo humano dejan de estar sujetas a las leyes de la física. La destrucción absoluta que habita en la punta de mis dedos podría quemar ciudades enteras, reducirlas a brasas y cenizas. Con que me rozara una cerilla, o con un movimiento de muñeca, todo hasta donde alcanzan mis ojos se consumiría en el mismo fuego negro que arde en mi interior.

Por ahora, la destrucción la guardo dentro de mí. Mi reflejo hierve, invadido por una violencia que solo se ve a través de telescopios. Nuestro universo se creó bajo la brutalidad, y ahora el cosmos reside no en uno, sino en dos ojos negros que me devuelven la mirada.

«Por tu puta culpa».

Mi puño vuela hacia el espejo haciéndolo prácticamente añicos de un solo golpe. Pequeños fragmentos estallan por el impacto y caen en el lavabo y por el suelo. El espejo pasa a ser literalmente el reflejo de lo que siente mi alma: un destrozo absoluto.

Acabo de llegar a casa del hospital y ya voy añadiendo cosas a la lista de lesiones. Pero estoy demasiado perdido como para que me importe.

Gruño, retrocedo y vuelvo a golpear el espejo con el puño. Una y otra vez hasta que solo quedan unos pedacitos retorcidos.

Hecho una furia, giro, busco el trozo más grande que encuentro y lo cojo del suelo, ignorando los bordes afiliados, que me cortan la piel. Y luego agarro otro más pequeño con la punta afilada antes de enderezarme de nuevo.

Extiendo el trozo grande ante mí y lo coloco en el ángulo adecuado para que me sirva de espejo. Con el más pequeño, me clavo la punta en la piel y empiezo a dibujar.

Voy despacio, porque mis movimientos se ven afectados por los temblores que sacuden mi cuerpo. El cristal resbala cuando lo sujeto, debido a la sangre que mana de mis nudillos y a los

bordes que me muerden la piel, y he de recolocármelo continuamente, haciéndome más cortes.

Pero con tanto ruido en mi cabeza apenas siento el dolor. Tengo la mente nublada por la furia, y cada puto órgano de mi cuerpo parece estar en una batidora.

Mi ratoncita se ha ido.

Me la han robado.

Y el hombre detrás de esto es el mismo que yo sabía que había jurado vengarse de Addie.

Y le dejé vivir.

Hostia puta, le dejé vivir para regocijarse en la rabia que le causé.

Hincho el pecho, corto con más fuerza, y donde el cristal me raja la piel burbujea la sangre, roja y brillante.

Cuando termino, suelto el fragmento y todo mi cuerpo tiembla.

Le he fallado a Addie.

Y nunca me permitiré olvidarlo.

Y ahora, con esta rosa tallada en el corazón, todavía menos.



La suela de mis botas está manchada de sangre que va dejando un rastro escarlata a medida que me acerco a la casa de Max.

Al final sí que contrató vigilantes.

No les dio tiempo a hacer demasiado: sus seis cuerpos yacen ahora en el suelo con agujeros de bala entre unos ojos que miran sin ver las estrellas, que se apagaron porque protegieron a la persona equivocada.

Me da igual si alguien los quería o no. Me importa una mierda si tenían familia o esposas e hijos pequeños en casa esperando ansiosamente a que llegaran. Papaíto se fue, niños.

Abro de una patada la puerta principal y la charla ruidosa que había en el interior da paso a una sarta de «pero ¿qué cojones?» en todas las variedades posibles.

La casa de Max es casi toda de concepto abierto, todo en negro y dorado con decoración de estilo medieval. Es un hombre muy rico, pero no hay dinero en el mundo que lo pueda proteger de mí.

A ambos lados, dos grandes escalinatas llevan a una especie de galería que rodea el interior en forma de medialuna. Mi objetivo se asoma por la barandilla, con una mirada salvaje en los ojos, mientras que dos guardias más llegan corriendo detrás de él.

Tiene el pelo rubio platino despeinado, con los mechones de punta y, cuando me ve, su mirada se vuelve feroz, con los ojos muy abiertos de la rabia.

Levanto una ceja.

—¿Te has pasado un globo por la cabeza?

Parpadea y, antes de que ninguno de ellos pueda procesar mi presencia, levanto el arma y disparo dos balas: una para cada vigilante.

Demasiado fácil.

Al parecer su dinero no ha podido siquiera comprar guardias lo suficientemente eficientes como para tenerme entretenido. Si fueran como yo me habrían atravesado a tiros antes de que una sola sílaba saliera por mi boca.

Max abre los ojos de par en par cuando sus hombres se desploman, la sangre se escurre rápidamente por las barandillas y cae sobre las baldosas inmaculadas de la planta baja. Se da la vuelta para salir corriendo, pero mi voz lo detiene en seco.

—Ven aquí, Max.

Me devuelve lentamente la mirada, y sus ojos irradian terror. Los hombres que tienen que pagar las consecuencias de sus actos apestan con un olor muy particular.

Se quedan de puta piedra, pero solo porque saben que van a morir. Y no importa en lo que crean, porque saben perfectamente que no hay posibilidad alguna de que aparezcan en las puertas del cielo.

—No sé lo que piensas que yo haya…

—No me insultes más poniendo en duda lo que sé o dejo de saber —lo interrumpo con una calma mortal en mi voz—. Lo sabes muy bien, Maximilian.

Aprieta los labios hasta formar una línea blanca muy fina, pero tiene el suficiente sentido común como para darse la vuelta y bajar los escalones, estirándose la americana para intentar recuperar su frágil apariencia de confianza. Se esfuerza por mantener una expresión tranquila, con los puños apretados y temblorosos, y el sudor le cubre el nacimiento del pelo.

Se para en el último escalón, de pie ante mí, y eleva la mandíbula. Quiere morir con la cabeza bien alta.

Qué ingenuo.

Se postrará a mis pies y me suplicará que lo perdone con los labios tan apretados contra mis botas que sus dientes dejarán huellas.

—¿Dónde está? —le pregunto con voz fría y sin emoción.

Me mira fijamente, y le tiembla la garganta cuando traga saliva.

—No me han dicho la ubicación.

—Pero estás en contacto con los hombres que la tienen —le contesto.

Parpadea y se humedece los labios mientras encuentra la respuesta adecuada.

—Ya no tengo nada que ver. Le he hecho la transferencia de su parte a Rick y me he desentendido.

Max transfirió dinero a una cuenta, así que me imagino que el único que sacó tajada fue Rick Boreman, aunque aún no estoy del todo seguro del porqué. En el vídeo del accidente de coche de Addie que grabó la cámara de vigilancia había dos hombres, y Rick no fue el que la sacó del coche volcado.

Frunzo los labios hasta arrugar las cicatrices de mi cara, asiento con la cabeza y camino hacia él lentamente, como un guepardo acechando a su presa. Siento un goteo de satisfacción según se tensa y se paraliza ante mí.

—¿Y me estás diciendo que tú no tienes manera alguna de ponerte en contacto con ninguno de ellos?

Traga saliva y sacude la cabeza.

—Rick desconectó el teléfono después de la transferencia. Seguramente para esconderse de ti.

Tarareo mientras recorro su cuerpo con la mirada, fijándome en la incómoda postura que ha adoptado y en el ángulo que forman sus pies. Está a puntito de mearse encima.

Nada le garantiza que pueda estar seguro en un sitio público, sabiendo que el peor de sus pecados fue intimidar a un par de mujeres en un restaurante.

Esta vez se ha portado muy mal.

—Entonces ¿por qué lo hiciste, Max?

—Porque tú mataste a mi padre, así que ya no hay trato —me suelta con los iris irradiando furia. Me quedo inmóvil, y lo único que hago es mirarlo mientras asimilo sus palabras.

Después de matar a Archie Talaverra, le corté las manos y las dejé en la puerta de Addie para recordarle a ella que es mía y que nadie más debe tocarla. Max se enteró y empezó a echarle la culpa de la muerte de Archie, así que hicimos un trato. Yo no mataría al padre de Max y él no tocaría a Addie. Tuve que secuestrarlo y grabar un vídeo para hacérselo entender, pero mantuvo su palabra. Hasta ahora.

Lo más gracioso es que yo no maté a su padre.

—¿Cómo dices?

Parpadea y su rostro se va poniendo cada vez más rojo.

—Que matast…

—Ya he oído lo que has dicho, joder —le grito—. Pero ¿qué te hizo pensar que fui yo?

Arruga la cara.

—Porque tú mismo lo dijiste, joder —brama dando un paso amenazante hacia mí. A mí me sale mejor cuando me lanzo a por él, obligándolo a retroceder y perder el equilibrio.

Lo cojo por el cuello de la camisa y lo acerco de un tirón.

—Explícate, Max —gruño—. Porque yo no maté a tu maldito padre. Si lo hubiera hecho, os habría matado a los dos. Hicimos un puto trato y yo cumplí mi palabra.

Sacude la cabeza y echa fuego por la boca:

—Me mandaste el vídeo en el que decapitaste a mi padre el viernes. Y en el vídeo decías: «Esto es por Adeline Reilly».

El fuego me corre por las venas, por todas y cada una de las que amenazan con salírseme del cuerpo.

—¿Era mi voz?

—¿Qué? ¡Y yo qué sé, tío! No tengo grabada tu puta voz como para compararla. Era grave

como la tuya. Eso es todo lo que sé.

Asiento con la cabeza y le dejo ver con mi mirada lo mucho que la ha cagado. No hace falta ser un genio para saber quién mató a su padre.

—¿Te molestaste en confirmar si había sido yo?

—Ay, cuánto lo siento, colega. A la próxima te llamo y te lo pregunto —replica.

Sonrío como un loco.

—¿Me estás diciendo que no tienes más recursos que esos, Maximilian? Porque yo sí, y sobre todo gran habilidad para hacerte sufrir. Si vas a vengarte de un asesinato, es mejor que estés muy seguro de quién cojones lo hizo realmente.

Se tambalea y abre la boca de par en par al darse cuenta de que ha obrado sin pensar. Vio a su padre morir de una forma brutal, decidió quién era el asesino oyendo una sola frase y mandó a Addie al matadero.

El rojo nubla mi visión y tengo que echar mano de todo mi autocontrol para mantenerlo a raya. Y para verlo todo con suma claridad, porque quiero presenciar cada puto segundo de la muerte de Max.

—¿Quieres saber quién mató a tu padre, pedazo de imbécil? La misma gente a la que vendiste a Addie. La Sociedad lo mató para que me traicionaras y fueras después a por Addie. Caíste en su puta trampa y les hiciste todo el trabajo sucio.

Sacude la cabeza.

—¿Cómo podían saber lo de nuestro trato y lo que le hiciste a mi padre?

—No sé, Max, ¿a lo mejor tu padre abrió su puta bocaza y se lo soltó a cualquiera que le quisiera escuchar? ¿Lo soltaste tú? ¿Le lloriqueaste a alguien y le dijiste cómo lo secuestré y amenacé si tú le ponías una mano encima a Addie y a Daya? ¿Me estás contando que ninguno de los dos fuisteis por ahí contándole la milonga a cualquiera con dos orejas?

Chasquea los dientes, confirmando lo que me temía.

—No es difícil averiguar que somos enemigos si no cierras la puta boca y lo cascas todo —siseo.

Gruñe cuando lo saco en dirección a la puerta principal con los pies arrastrándole por el suelo y arañándome la mano con sus uñas, presa del pánico. No tengo intención de darme prisa con él. Le sacaré toda la información que pueda antes de enviarlo al infierno.

—Espera, espera, fue un error. Vamos a arreglarlo —balbucea mientras lo arrastro escaleras abajo hacia mi coche—. ¡Iré a buscarla y la traeré!

Le dirijo una sonrisa violenta:

—No te preocupes, Max, quiero arreglar muchas cosas contigo. O, mejor dicho, arreglarte a ti.

El bisturí lleno de sangre repiquetea contra la bandeja metálica, y los gemidos de Max inundan el aire. No le hizo ninguna gracia cuando puse «Bodies» de Drowning Pool para ahogar sus gritos incesantes.

Me he reído durante toda la canción, aunque lo único que siento ahora en mi pecho vacío son llamas ardientes.

Max, por el contrario, tiene el suyo lleno de cables que dan a una máquina diseñada específicamente para reiniciar el corazón en cuanto se para. La construí cuando empecé en este negocio, pero ya casi no la uso. Al principio, mi furia contra los traficantes sexuales no tenía fin. Pero con los años descubrí que, cuanto más rápido mueran, más de ellos podré matar.

Ya he matado a Max dos veces por asfixia. En el momento en que su corazón deja de latir, la máquina lo devuelve a la vida mediante electricidad, yo procedo a torturarlo lentamente y luego lo mato de nuevo. Y vuelta a empezar.

Estaba demasiado enfadado para hablar, así que ni siquiera le había empezado a hacer preguntas.

Ahora se le ha ido la cabeza. A punto de morir y despertar solo para ver mi cara sonriente, una y otra vez. Y, sin embargo, yo aún no siento nada.

—Rick Boreman es a quien le transferiste el dinero. ¿Quién era su socio?

—R-Rio —responde—. No sé su apellido.

Habla con la voz entrecortada y tartamudea porque tiene el cuerpo hecho papilla.

—¿De qué los conoces?

—Yo en realidad n-no… C-Connor y Rick eran amigos. Yo sabía que Rick tenía contactos, así que saqué su número del teléfono viejo de Connor.

—¿Y cómo sabías en qué anda metido Rick?

—Connor habló de la posibilidad de que los Tala-la-verra pudieran meter las zarpas en el negocio, y mencionó que gracias a Rick podría tirar de contactos. No acabaron envueltos, así que nunca se volvió a hablar nada más de Rick, salvo…, salvo para eso.

Enarco una ceja. Que los Talaverra se involucraran en el tráfico de personas habría sido un puto desastre. Sobre todo, con Archie y su fama de *playboy*: muchas chicas habrían acabado condenadas a ese destino. Supongo que actué mejor de lo que pensaba al matarlos a todos.

—¿Para quién trabajan Rio y Rick?

Max sacude la cabeza y sonríe.

—Rick no trabaja para nadie. S-solo es amigo de la gente adecuada. Sabía dónde vivía tu novia y también cómo entregársela a las manos que debía. Se b-beneficiaron mu-mutuamente.

Parece que se va a desmayar, así que le doy unas palmaditas en las mejillas. Me gruñe, pero mantiene los ojos abiertos.

—¿Y Rio?

Otra sonrisa.

—¿Para quién si no? La Soc…

—Mira que eres cabezota, Max —le digo agarrando unas tijeras y pasando la punta por los espacios interdigitales de su mano. Como no me da una nueva respuesta, abro las tijeras y corto la delicada carne. Grita, pero el sonido no es lo suficientemente angustioso.

Todavía no.

—Quiero nombres. Las personas de las que dependen directamente, y a quién se la llevaron.

Se esfuerza por tragar saliva, con la cara contraída por el dolor, mientras trata de responder.

—N-no lo sé, Z. ¡Ya te he dicho que apenas los conocía! Solo lo que C-Connor nos contó de Rick, que no era nada de nada, aparte de que era amigo de un traficante. Cuando vi el anuncio, le pedí ayuda, ¡y eso fue todo!

—¿Cómo supieron el modo de secuestrarla?

Se humedece los labios y vuelve a desviar la mirada del cansancio.

—Yo s-sabía que su casa estaba c-cercada, así que teníamos que sacarla de allí. Luke sabe dónde vive Daya, así…, así que le hizo una visita. Entró, la ató y usó su teléfono para que Addie se fuera de la casa. Rick y Rio la esperaron fuera de la entrada y la siguieron.

Casi me quedo ciego de furia al saber que también pueden haber secuestrado a Daya. Nadie se mete con mi chica, y eso incluye a su familia y a sus amigos.

Addie lleva fuera siete días, y en ese tiempo solo he pensado en cómo llegar hasta Max. Ni siquiera se me pasó por la cabeza que Daya aún no se hubiese puesto en contacto conmigo, que buscara a su mejor amiga.

Si he de ser sincero, la constante agonía de su ausencia hace que todos los órganos de mi cuerpo estén contraídos, y así no puedo pensar con claridad.

—¿Dónde está Daya?

Max se ríe, emitiendo un sonido húmedo y soso.

—Tío, lo último que sé es que todavía la tiene Luke. Probablemente está rememorando los mejores recuerdos con ella.

Hostia puta. Me da que Max va a tener que esperar para morir del todo. Primero he de ir a asesinar a su amigo y sacar a Daya de allí.

—Hum. —Le corto la piel entre el meñique y el anular. Aprieta los dientes, pero eso no impide que se le escape un grito entre los huecos de los dientes.

—¡Me cago en Dios! —estalla resollando de dolor.

Lo mantendré vivo lo suficiente para atrapar a Daya. Luego, volveré y terminaré el trabajo… para siempre. No me puedo permitir el lujo de perder más tiempo con él.

—¿Quién era la persona con la que hablaste cuando contestaste al anuncio? —le presiono.

—Eran a-anónimos. ¿Tú crees que se presentan cuando contestan al teléfono? —me suelta—. Les conté que sabía dónde estaba Addie y quién me ayudaría. Ellos me dijeron que transferirían el dinero cuando la tuvieran en su poder. Eso es todo.

Le agarro la otra mano y le corto el espacio entre los dedos índice y corazón. No me ha gustado el tono con el que lo ha dicho.

—¿Sabes cuántos hombres han pasado por esta misma silla antes que tú? —le pregunto despreocupadamente, mirando su rostro destrozado.

—N-nooo —grita arrastrando la «o» en un gemido continuo.

—Yo tampoco. —Me encojo de hombros—. Ya he perdido la cuenta. Pero de lo que sí me acuerdo es que los destrocé a todos.

Max cierra los ojos con fuerza cuando me inclino hacia delante, sin valor para enfrentarse a su verdugo.

—Pero tú eres el primero que me ha destrozado antes a mí, Max. Lo admito. Me rompiste en pedacitos cuando me quitaste a Addie. Por tu culpa, ya no soy un hombre.

Me enderezo.

—¿Y sabes lo que eso significa para ti? —continúo—. Significa que ya no me queda humanidad. Ni empatía. Ni culpa. Nada. Podría hacer esto todo el puto día e, incluso cuando tu cuerpo ya no pueda dar más de sí, lo reviviría sin más.

Las lágrimas brotan por las comisuras de sus ojos, pero no surten efecto alguno en mí.

—Lo s-siento, tío. No fue deliberado —gime—. Solo lo hice por mi p-padre.

—O sea, ¿me estás diciendo que solo ordenaste que secuestraran a una chica y la vendieran a una red de trata sexual de personas? ¿Que te limitaste a condenar a una mujer inocente a la tortura, el trauma y la violación porque tu padre murió? —La voz se me empieza a quebrar al final y aprieto la mandíbula, luchando por aferrarme a la poca cordura que me queda. Me estoy viniendo abajo y se me llenan los ojos de lágrimas.

Sacude la cabeza y balbucea:

—No sé qué quieres que te diga.

Inspiro y espiro hasta que recupero lentamente el control. Asiento con la cabeza, aceptando esa respuesta sin más. Los dos sabemos que ya no queda absolutamente nada más que pueda decir para expiar lo que ha hecho.

—Solo tendrías que haber investigado un poquitín más, hombre. Aunque hubieses estado tan sumamente cabreado como para amenazarme a mí directamente…, habrías salvado la vida.

«Y mi alma».

Lloriquea. No tiene nada que decir. Entonces, cojo la minisierra y la pongo en marcha. Sus ojos, ahora casi negros, se abren de par en par, dilatados de miedo.

Ya le he destrozado la cara a conciencia con ella, pero le encuentro un uso mucho más adecuado.

—¿Sabes lo que posiblemente le están haciendo a Addie mientras hablamos? —pregunto mientras la hebilla de su cinturón repiquetea bajo el suave zumbido de la hoja de la sierra.

Vuelve a cerrar los ojos mientras le desabrocho los pantalones y se los bajo de un tirón. Arrugo la nariz. Se ha meado encima.

—P-por favor, colega —grita con sollozos que le rasgan la garganta. Se le salen los mocos por la nariz y se le meten en la boca, y yo lo único que veo es a un hombre que solo lamenta que lo

hayan pillado. Un hombre demasiado arrogante y estúpido como para pensar que no sufriría las consecuencias de sus actos—. No lo hagas.

La caverna de mi pecho se abre más y más, devorando lo que me quedaba de escrúpulos.

Mi alma no tiene cabida en el interior de un monstruo.

Así que me he deshecho de ella.

—La están violando —le digo con la voz ronca por la furia desenfrenada. No deja de perseguirme esa imagen—. ¿Te haces alguna idea de cuántos hombres?

Niega con la cabeza. Le tiemblan las piernas mientras le quito los bóxers con una sacudida, y me alegro en ese momento de llevar guantes de nailon gruesos.

—Es en lo único que puedo pensar —me ahogo en un susurro—. Me atormenta la tortura que debe de estar sufriendo. Su dolor y las ganas que probablemente tenga de morir.

Y cómo quiero morirme yo.

Lo agarro por entre las piernas, y lo único que veo es un pase de diapositivas del tormento de Addie que se sucede una y otra vez. Podría serrarme mis propios dedos y no me daría cuenta.

La están hiriendo. La asustan. La hacen llorar.

La hoja corta la piel y los músculos, provocando un grito que las películas de terror no serían capaces de imitar. Ese sonido solo es fruto del horror que muy pocos humanos experimentan de verdad.

A mí me suena a música celestial.

¿Será el mismo sonido que hace Addie?

La sangre brota a chorros, llenándonos a Max y a mí de un rojo carmesí. Respira profundamente, preparándose para soltar otro grito que nadie oirá jamás, y entonces se desmaya.

Cobarde de mierda.

Apago la sierra, meto los dedos en los dientes inferiores de Max, tiro de ellos hacia abajo y dejo que le caiga por la garganta el trozo de piel que le he quitado. Luego cauterizo la herida para evitar que se desangre mientras estoy fuera.

Todavía no he terminado con él.



No es difícil averiguar dónde vive Luke. El muy imbécil se dedica a publicar su vida entera en redes sociales. Menos el hecho de que mantiene a una chica como rehén en su casa. Esta clase de tíos parece siempre olvidar esos detalles.

A través de las puertas de su casa se oyen gritos imperceptibles. Escucho un fuerte estruendo y sonrío, porque sé que dentro voy a ver a Daya haciéndole a este tío la vida imposible.

Meto la horquilla en la cerradura, la atranco y la rompo. Y a continuación entro en su casa como si lo hiciera en mi hamburguesería favorita.

—¿Por qué te estás moviendo todo el rato? —grita Luke desde el pasillo. Saco la pistola y empiezo a enroscar el silenciador mientras me dirijo al jaleo—. ¡Estoy intentando cuidarte!

Al doblar la esquina, me detengo en seco.

Daya está atada a una silla, echada hacia un lado, con los brazos atrapados por detrás en una postura que debe de doler y mucho. Grita a través de la cinta adhesiva que tiene pegada a la boca e irradia muerte con la mirada. Cuando me ve, abre los ojos como platos y empieza a retorcerse como si quisiera hacerme saber que está ahí.

Pero ahora que la tengo delante es imposible verla mejor que yo.

Al percatarse de la reacción de Daya, Luke gira la cabeza y al que se le abren ahora los ojos de par en par es a él, que se lanza a coger su pistola. Le disparo en la parte posterior de la rodilla antes de que dé un paso, sin la más mínima emoción en mi interior hasta cuando le veo caer al suelo con un grito de agonía.

—Cálmate, Daya —le digo, acercándome a ella—. Puedo verte. Lo único que vas a conseguir retorciéndote como un gusano en un anzuelo es irritarte aún más la piel.

Resopla y espera impaciente a que la levante a ella y a la silla como un todo, le desate las cuerdas y la ayude a levantarse. Me mira, ve mis ojeras y el vacío de mi mirada, y me abraza.

Parpadeo y me quedo inmóvil un instante antes de rodearla con un brazo. Rompe en llanto y sus sollozos me hacen vibrar el pecho. Le pongo una mano en la nuca y la aprieto para tranquilizarla. Es lo único que se me ocurre para que sepa que estoy aquí y que está a salvo.

Se me hace un nudo tan grande en la garganta que no puedo hablar. Porque, aunque me alivia saber que Daya está bien, soy incapaz de tener ninguna emoción al respecto.

—Por favor, dime que sabes dónde está —me suplica agarrándome de la sudadera.

Suspiro, la cojo de los brazos y la alejo suavemente. Su aspecto no es precisamente mejor que el mío. Sus ojos verdes salvia están inyectados en sangre de tanto llorar, el pelo negro y liso lleno de enredos y la piel morena plagada de cardenales.

—Todavía no —susurro, incapaz de pronunciar esta decepción que me corroe en voz alta. Cierra los ojos, derrotada, pero asiente con la cabeza.

—La encontraremos. La encontraremos.

—¿Qué te ha hecho? —le pregunto devolviendo la conversación al parásito que se arrastra por el suelo en dirección a su pistola, que está en una mesita a tres metros de él. Me giro y disparo al arma, que acaba deslizándose por el suelo y metiéndose debajo de un sofá blanco.

Me apuesto lo que sea a que en ese mueble no se ha sentado nunca nadie.

—Nada que no le haya dejado hacer antes —murmura.

Inclino la cabeza.

—Los dos sabemos que esta vez no fue consentido.

Desvía la mirada, como avergonzada.

—Tú sabes que no eres la responsable de esto, ¿verdad? —le recuerdo moviéndola lo suficiente como para poner énfasis en mis palabras. Asiente con la cabeza, aunque no parece

muy convencida.

—Max está en mi casa. Nos ocuparemos de Luke aquí. Si quieres liberar algo de ira contenida, tú misma.

Estoy a punto de darme la vuelta cuando ella me detiene poniendo su mano en mi muñeca.

—No pierdas tu humanidad todavía, Zade. Addie es fuerte y sobrevivirá a esto.

La miro fijamente y me pregunto si ella es capaz de ver algo dentro de mí que yo no puedo.

—Ya no me queda.



Golpeo con más fuerza. Joder, he de hacerlo más fuerte.

Los gemidos que oigo como respuesta me hacen sentir un gran placer.

Y, cada vez que los escucho, solo puedo pensar en Addie. Nunca logro dejar de pensar en ella, incluso cuando a los gritos les siguen los ruegos. Más fuerte.

—Por favor —suplica sin aliento. Pero no surte el efecto deseado.

—Por favor ¿qué? —pregunto apretando los dientes, con el sudor chorreándome por la sien de tanto esfuerzo.

Aún no es suficiente.

Nunca lo será. No hasta que tenga a Addie de nuevo.

—Zade —me dice Daya—. Por favor.

Con el mazo en alto sobre el gigantesco clavo metido en la pierna de Luke, miro hacia ella. Parece que está algo mareada, pero ahora mismo no me importa.

En dos minutos he conseguido meterle un clavo en el antebrazo, logrando que penetrara hasta el fondo y se incrustara en la mesa de madera. Pero es un clavo enorme, y aún sobresale una parte.

Luke gime con toda la agonía del mundo, y sus súplicas desesperadas me hacen sentir tan bien como soy capaz.

Pero sigue sin ser suficiente, joder.

Quiero que chille tan fuerte que se apaguen sus gritos y se le destroce la laringe.

Tengo la mano de Daya apoyada en el brazo, y ahora es su súplica la que interrumpe el runrún de mi cabeza.

—Te ha hecho daño —digo rotundamente.

Ella asiente.

—Sí. Y ya estoy lista para hacerme cargo yo de él.

Suelto encima del brazo de Luke el mazo, que después rueda con estrépito sobre la mesa. El grito vibra por toda la casa.

No. Lo. Suficiente.

Me froto la nariz y me doy la vuelta, con las manos temblorosas por la necesidad de seguir martilleando hasta que la base del clavo le entre en la carne.

Ha pasado más de una hora desde que llevé a Luke a rastras hasta la mesa del comedor y le empecé a torturar. Había herramientas en el garaje, así que decidí hacer buen uso de ellas ya que él nunca podrá volver a utilizarlas.

Daya se aclara la garganta.

—¿Luke? No te duermas, colega. —Oigo el sonido de un golpe en la piel, me doy la vuelta y la veo abofeteándolo en la cara. Luke inclina la cabeza y salen más gemidos de su garganta.

—Por favor —susurra con la voz ronca. Tiene que quedarse sin voz. Y, aun así, no estaré satisfecho.

—Yo llevo diciéndote lo mismo una semana —dice Daya con la voz entrecortada. Se le llenan los ojos de lágrimas, y con eso no hace sino avivar las llamas de mi pecho.

Ella y Addie se quieren con locura. Y, como Addie es mi familia, Daya también lo es.

Lo mejor que puedo hacer es darle a Luke un escarmiento para que el resto sepa que a ellas no les pueden volver a poner un dedo encima.

Tampoco le ayuda haber jugado un papel importante en el secuestro de mi chica.

Y eso… Eso es imperdonable. A eso no va a sobrevivir.

Luke traga saliva, pero las palabras le fallan durante unos instantes.

—No era nada personal —balbucea—. Me limité a seguir las órdenes de Max.

—¿Max te ordenó que me metieras la polla? —contrataca Daya, formando un puño con su mano diminuta.

Ojalá le arree. Solo la detendría para poder darle yo mismo unos cuantos puñetazos antes de dejar que ella acabe con la miserable vida de este gusano.

—No, Daya, es que… te echaba mucho de menos.

Daya cierra los ojos y se le escapa una lágrima. No tengo ni idea de si estos dos han tenido una historia más allá de una noche juntos, pero tampoco es asunto mío. No importa, porque lo que sea que Luke le haya robado a Daya, ella se lo piensa cobrar.

—No te echaba de menos, Luke. Lo sabes, ¿verdad? —replica ella con los ojos verdes brillándole de furia. Él abre la boca, pero ella sigue—: Cada vez que pensaba en ti, era por asco. Debería haber sido más lista y saber que hallarías el modo de sorprenderme y resultarme todavía más repugnante.

—Mira, siento lo que he hecho, pero tenéis que entender que Max está loco. —Cuando me acerco un poco, sin demostrar ningún atisbo de comprensión, se desespera aún más—. ¡De verdad, tío! Si no hubiese hecho lo que me dijo, ¡habría ordenado que me matasen!

—¿Te dijo que abusaras de Daya? ¿Que la violaras?

Sopesa las palabras y abre y cierra la boca mientras busca la respuesta adecuada. O, mejor dicho, la mentira adecuada.

Daya no le quita los ojos de encima y extiende la mano hacia mí expectante. Yo tampoco

aparto la mirada de Luke mientras cojo un cuchillo de la mesa de al lado y se lo doy, porque sé lo que quiere.

No pierde el tiempo. No duda ni un segundo. Aprieta el mango negro con fuerza, y el acero reluce bajo las luces del comedor cuando lo eleva por encima de él y se lo clava en la garganta. El metal afilado atraviesa carne y hueso, silenciando sus súplicas.

Luke se queda con los ojos muy abiertos, redondos, mirando a la parca con incredulidad. Siempre es con incredulidad. Como si no lo vieran venir. O tal vez son incapaces de aceptar el hecho de que se están muriendo de verdad.

Los hombres así, que han vivido una vida de forma tan egoísta y sin tener en cuenta la de los demás, siempre son los que más anhelan la vida eterna.

Pero nunca entienden que eso es lo que los hace tan débiles, joder. La gente que no tiene consideración por su propia vida, la gente como yo… Esos somos los más mortíferos.

¿Hay algo que me impida acabar con alguien cuando yo me muera?

Nada.

Ni una sola cosa.

16 de junio de 2008



He encontrado una salida. ¡¡¡JODER!!!, la he encontrado!!! Pero... Shhh. Es mejor que no lo diga. Nadie dará jamás con este diario, pero a ver si por ponerlo por escrito la cago. Estoy temblando. Emocionada. No me pillaron en la Cacería. Esos cacho cabrones andan por ahí lloriqueando porque no lograron tocarme un pelo. Se creen que podrán cuando intenten comprarme.

Pero nunca podrán.

He hecho un dibujito de Layla y yo. Pronto estaremos juntas de nuevo. Y luego desapareceremos. <u>Para siempre</u>.

Molly

Capítulo 7

El diamante



—¿Traes mercancía a mi casa con esas pintas? —sisea una mujer bruscamente, y sus palabras hacen que yo levante la mirada. Estoy de espaldas a un sucio espejo de cuerpo entero, con la cabeza inclinada hacia atrás sobre el hombro y la camiseta subida mientras observo los puntos de mi espalda. Tengo cardenales enormes por toda la piel, que la tiñen de un color espantoso.

Me aclaro la garganta, dejo caer la camiseta, demasiado grande y sucia, me giro y me encuentro cara a cara con ella.

Frente a mí hay una mujer hermosa, maquillada como una puerta y con la piel exudando un perfume cítrico. Un vestido ajustado le ciñe las curvas y parece una enorme amazona con esas sandalias de tiras de tacón altísimo que lleva.

No va vestida acorde con la temperatura exterior, pero tiene el aspecto de poder atravesar una tormenta de nieve descalza sin pestañear. No creo que tenga más de treinta años y, aunque es guapa, se la ve cansada… y curtida. Caminar al lado del diablo te hace eso.

Esta debe de ser Francesca.

Que ahora mismo me mira fijamente, lanzándome dagas desde sus ojos marrón dorado.

«Mierda. Allá vamos».

Rio se revuelve incómodo, pero no responde a la pregunta que formuló indignada Francesca. Y esa pequeña acción me dice mucho. Si no tienes una razón válida con la que rebatir, mantén la boca cerrada. Y aunque la tengas, mantén la boca cerrada.

Entorna los ojos y recorre mi cuerpo con ellos mientras camina hacia mí, observándome. Probablemente sopesando cuánto dinero puede sacarse conmigo.

Menos mal que Rio ha encontrado ropa en la habitación de otra chica y que ya no llevo la bata de hospital. Porque su reacción sería mucho peor de la que es ahora.

Está de pie ante mí, y su perfume sofocante me hace cosquillas en la nariz. Guardo silencio y veo cómo coge con asco entre los dedos la sucia camiseta blanca y la levanta. Aguza la mirada al ver los horribles moratones que colorean mi torso. Los tengo por todas partes, y me da la

desagradable sensación de que su misión va a consistir en encontrarlos todos.

Después se pone detrás de mí, y un agudo grito ahogado atraviesa el aire cuando ve los dos cortes grandes de mi espalda.

—¿Qué le has hecho? —gruñe.

Rio mantiene la mirada fija en sus botas negras, con motas de sangre seca todavía en ellas.

—Fue un accidente de coche —responde brevemente.

—Imbécil. Esto va a tardar semanas en curarse. ¿Cuándo le pueden quitar los puntos?

Rio por fin alza la mirada, con sus ojos castaño oscuro inyectados de odio, pero con una expresión como de disculpa en la cara. Una que acaba de fabricar solo para Francesca, porque no lo siente ni de puta coña.

—El doctor Garrison dijo que de cuatro a seis semanas.

Protesta y deja caer la camiseta, y vuelve a ponerse delante de mí para mirarme.

—¿Está tomando anticonceptivos?

Arrugo las cejas y frunzo el ceño, no entiendo por qué se lo pregunta a él y cómo cojones podría saberlo Rio.

—Garrison dijo que tiene puesto el diu.

Se me saltan las lágrimas y me cuesta contenerlas. Me dan ganas de vomitar al pensar cómo pudo ultrajarme así. No tenía ni idea de que lo había comprobado, lo que significa que lo hizo mientras yo estaba inconsciente.

Afirma complacida por ello, y al fin se dirige a mí directamente.

—¿Sabes quién soy?

Tardo unos segundos en volver a controlar mis emociones, pero consigo mantenerlas lo suficientemente a raya como para responderle.

—Francesca —digo con confianza, dándole a mi voz el volumen más alto que puedo. No parece el tipo de persona a la que le gusten los murmullos.

Supongo que eso es lo bueno de ser escritora. He construido y creado tantas personalidades imaginarias que no me cuesta mucho averiguar cuál es la de cualquiera en la vida real.

Por ejemplo, está claro que Francesca no tiene paciencia y no tolera la insolencia, la pereza o la debilidad. Irradia fuerza, y espera lo mismo a cambio. Fuerza que no ha de confundirse con rebeldía, por supuesto.

Enarca una ceja bien depilada.

—Sí —dice—. Así me llamo. Pero no te he preguntado eso.

Frunzo el ceño sin saber muy bien qué responder. Antes de darme cuenta, me pellizca las mejillas con sus largas uñas de acrílico. Inspiro muy fuerte. Me clava las garras en la piel mientras acerca mi cara a la suya, con una expresión tranquila pero amenazadora.

—Soy tu *madame*. No hablarás, ni harás o incluso «pensarás» sin mi permiso, ¿te queda claro?

—Sí —susurro, aunque el sonido no se entiende bien entre mis labios apretados. Me aparta la cara bruscamente, haciendo que tropiece, y me caigo de culo. El impacto me hace soltar una

bocanada de aire, seguida de un gemido, y cierro los ojos mientras el dolor me recorre la columna vertebral.

Esta panda de hijos de puta no quiere el producto magullado y ensangrentado, pero no pueden evitar ponerme las putas manos encima. Todo de una lógica la hostia de aplastante.

No hace falta ser una experta en trata de personas para saber que nadie quiere comerse una manzana chafada. Quieren manzanas bonitas y relucientes en las que hincar el diente y desgarrarlas, pedazo a pedazo.

Francesca resopla y me mira con desdén. Respiro despacio y la miro fijamente, esforzándome por no dejar que vea ni una pizca de ira en mis ojos.

—La obediencia es lo primero que os pido. A mí personalmente no me gusta drogar a mis chicas para que me obedezcan. Quiero que estéis lúcidas y bajo control, porque eso mejora la experiencia de nuestros compradores. Nadie quiere a una fulana yonqui que apenas pueda mantener la mirada fija y agarrar una polla como es debido. Todo esto significa que, si me desobedeces o no haces lo que te ordeno, serás castigada, ¿entendido?

Bajo la mirada antes de que pueda ver en mis ojos la emoción que sale de ellos como el aceite de una sartén caliente. Me trago el nudo que tengo en la garganta y digo:

—Sí, señora.

Hace un sonido de repugnancia.

—Nunca me llames así. Me recuerda a mi madre —me suelta, la última parte en un susurro.

—¿Cómo quiere que me dirija a usted? —pregunto encontrando el valor para levantar la vista y mirarla a los ojos una vez más.

Yo ya sé perfectamente cómo me gustaría llamar a esta zorra malvada.

Rio se parte de risa desde la puerta, pero se detiene cuando Francesca le lanza una mirada mordaz por encima del hombro.

Me mira entornando los ojos, como si estuviese considerando algo.

—Llámame Francesca —responde—. Rio te va a implantar un dispositivo de seguimiento y a tatuarte el identificativo de esclava. Todas lleváis uno, y te los quitarán en cuanto tengas a tu amo.

Se me encoge el corazón y se para en cuanto menciona un dispositivo de seguimiento. No estoy segura de por qué me sorprende, pero me inyecta una nueva oleada de pánico en la sangre que me revuelve las tripas con un dolor punzante. Las lágrimas empiezan a quemarme en el fondo de los ojos, y la desesperanza se agudiza.

—Sí, Francesca —me obligo a responder, con la espalda encorvada de las emociones que me atraviesan el cuerpo, tan potentes que casi me desintegran la columna y me hacen caer al suelo bajo sus pies.

De momento parece contenta y se dirige a la puerta, deteniéndose para mirar a Rio a los ojos y ordenarle:

—Mantenla sedada. Dejaremos que se recupere una semana, antes de que se deba aclimatar a

la casa y empezar las clases. Tú la rompiste, así que tú la arreglarás. Será responsabilidad tuya hasta nuevo aviso.

Rio aprieta los labios, pero asiente. A pesar de que me acaban de decir que me van a poner una etiqueta como a las vacas, algo de alivio me recorre el cuerpo. En cuanto desaparece y cierra la puerta tras de sí, me levanto lo más rápido que mi destrozado cuerpo me permite y me arrastro hacia la cama, dejándome caer en ella.

Tengo un ángel y un diablo a ambos lados de la cabeza, cada uno posado en un hombro; el primero me dice que me acurruque para poder romperme en pedacitos, y el segundo me grita que siga luchando, que no me derrumbe como si se hubiera perdido toda esperanza.

«Mantén la calma, ratoncita. Sobrevivirás a esto. Sobrevivirás».

Me armo de valor y contengo las lágrimas. Tengo al menos una semana antes de que me introduzcan de verdad en lo que significa realmente ser víctima de la trata de personas. Una semana en la que podré ignorar las horribles cosas que les hacen a las chicas que están aquí.

Rio coge una bolsa negra de encima de la cómoda que tengo al lado. Me fijé en ella cuando entré por primera vez en la habitación y, desde entonces, la he tratado como si fuera una bolsa llena de serpientes. O sea, que no iba muy desencaminada. El dolor de la mordedura de una pitón no debe de ser muy distinto a que te marquen de por vida.

Contengo la respiración y lo miro atentamente mientras se acerca a mí, aplastando el borde del colchón lleno de bultos. Abre lentamente la cremallera de la bolsa, con un sonido que me crispa los nervios al instante. A continuación, saca una pistolita de tatuar, tinta y algo parecido a una perforadora de *piercings*, pero… no lo es.

—El rastreador primero —me dice sujetando el aparato de tortura. Saca un pequeño microchip de la bolsa, lo mete en la perforadora y gira el dedo para indicarme que me dé la vuelta.

Lo hago con miedo, y me estremezco cuando noto sus dedos rozándome la nuca mientras me recoge el pelo.

—Te va a doler —me advierte un segundo antes de que un dolor agudo y punzante me atraviese el cuello. Grito con una mueca de dolor, a puntito de volverme e inflarlo a hostias. Se me nubla la vista por las lágrimas, pero no sé si son de dolor o porque tengo un dispositivo de seguimiento en el cuerpo.

Me doy la vuelta y lo miro con asco para disimular que estoy a punto de llorar. Él hace caso omiso, abre una aguja nueva y se prepara para el tatuaje.

—¿Ese dónde va?

—En la muñeca.

En un intento por retrasar lo inevitable, me echo atrás cuando levanta las manos hacia mi brazo.

—¿Haces esto a menudo?

—Sí. Y, ahora, ¿qué te parece si haces esto lo menos doloroso posible para ambos y me enseñas esa linda manita?

Aprieto los labios y no me resisto cuando me coge la muñeca con una suavidad sorprendente y tira un poquito de mí para que apoye el brazo en el muslo de sus vaqueros. Siento cómo los párpados se me llenan de lágrimas cuando el zumbido de la pistola de tatuar vibra contra mi carne, seguido de la mordedura de la aguja.

—¿Tus tatuajes te los has hecho tú mismo? —pregunto, aunque en realidad no me importa. Estoy buscando cualquier cosa que me distraiga de lo que está haciendo.

—No —responde secamente.

—¿Cuántos tienes?

Me mira.

—Muchos.

—Este es el primero para mí —susurro—. ¿Alguno de los tuyos significa algo?

Otra mirada, esta ya un poco más cabreada.

—Algunos sí —reconoce.

Me quedo callada un momento.

—Pero ninguno es una marca, ¿verdad? —digo al fin.

Esta vez, cuando me mira, la sensación que transmite su mirada es indescifrable. No contesta, y doy la callada por respuesta.

Solo tarda unos minutos en hacerme el tatuaje, aunque estoy segura de que las líneas no le han quedado completamente rectas por todo lo que he temblado.

Cuando acaba, me cae la primera lágrima y me la quito de un manotazo. Si se da cuenta, no me lo dice.

Recoge los instrumentos, se pone recto y me mira fijamente. No puedo leer la emoción de sus ojos, pero tampoco creo que me importe.

—¿Cómo vas a sedarme? —pregunto tirando de una hebra suelta de la manta verde militar. Me arden el cuello y la muñeca, y lo único que quiero hacer es desmayarme.

¿Eso es debilidad? ¿Se decepcionaría Zade si supiera que estoy deseando caer en un pozo de inconsciencia en lugar de salir de aquí a arañazos?

«Tienes que recuperarte del todo», me tranquilizo a mí misma. Estoy segura de que hay muchas cosas que debería estar haciendo independientemente de mi estado físico: aprender patrones, escuchar cualquier cosa que pueda ayudarme…, pero estoy demasiado cansada, joder, y mi cuerpo se apaga a cada rato.

Se encoge de hombros, con un brillo extraño en sus ojos oscuros.

—Con pastillas. Pero eso no es lo que más debería preocuparte.

Rio vuelve a acercarse a mí, y sus botas resuenan en el suelo hasta que sus rodillas rozan las sábanas blancas. Se inclina hacia mí, casi rozando mi mejilla con sus labios cuando su aliento llena de aire caliente la concha de mi oreja.

—Más te vale que los hombres de aquí no vengan a por comida rápida —susurra provocándome un escalofrío.

Se me seca la garganta y se me cierra con un cúmulo de emociones. Asco y rabia, sobre todo, pero también terror. La idea de que un hombre se aproveche de mi cuerpo mientras estoy inconsciente me pone enferma. Se me revuelve el estómago y he de dominarme para contener las cálidas lágrimas que se me agolpan en los ojos.

—¿Y Francesca dejaría que pasara eso? —consigo pronunciar, con la voz ronca y tensa. Retrocede un centímetro, observando atentamente mi expresión. Miro fijamente hacia delante, negándome a encontrarme con su mirada desalmada.

—No se enteraría. —Hace una pausa, con una viciosa sonrisa en la comisura de los labios—. Y tú tampoco.

Mantengo la calma, aunque el cuerpo me tiembla y estoy a punto de perder la compostura. Se me escapa otra lágrima cuando me roza el labio inferior con el pulgar, me abre la boca y me coloca una pastilla blanca en la lengua.

—Traga —me ordena en voz baja. Lo hago si así me aseguro de no recordar nada de esto—. Buena chica.

«Que te follen».

Luego, me roza ligeramente la espalda con un dedo, dejando escalofríos a su paso.

—No te preocupes, princesa. Quizá venga a curarte bien estos puntos si a alguno se le ocurre acercarse a husmear —murmura dándome una pizca de esperanza a la que me niego a aferrarme.

Gruño y lo fulmino con la mirada a través de una visión borrosa.

—¿Te portarás mejor tú? —siseo, desafiando su moral. Sus ojos son tan oscuros como el cristal esmerilado.

Se pone derecho poco a poco y me lanza una sonrisa enigmática.

—Me da que eso nunca lo sabrás, ¿verdad?

Se gira y sale de la habitación. En cuanto la puerta se cierra se me escapan varias lágrimas. Y, en cuanto las dejo caer, se produce una inundación. Me hago un ovillo y me tapo la boca con la mano cuando sollozo.

No sé cuánto tiempo estoy así, totalmente derrumbada, llorando hasta que se me hinchan los ojos y no me quedan lágrimas. Y luego, lentamente, respiro hondo hasta que vuelvo a recomponerme. Es todo un desastre, y una parte de mí ha cambiado, pero ya no estoy en ruinas. Y, de momento, eso es lo mejor que puedo hacer.

Me limpio los ojos, respiro entrecortadamente y hago inventario de mi nueva habitación. La pastilla empieza a hacer efecto y, con el berrinche que me ha dado, me cuesta mantenerme despierta, pero no he podido asimilar nada hasta ahora sin tener a alguien respirándome en la nuca.

Me han asignado una habitación en la parte trasera de la casa, aunque de un tamaño decente. Es sobria, y el reducido espacio lo ocupan un espejo, una cama llena de nudos con una almohada finísima y una manta que raspa, una mesilla de noche y una cómoda.

Al igual que el resto de la casa, la madera cruje a cada paso, y tengo la sensación de que

acabaré por aprenderme los puntos concretos que no hacen ruido.

El lado positivo, por un lado, es que hay una ventana, imposible de abrir porque está cerrada con clavos, pero que ofrece una vista perfecta del camino de acceso, lo que me permite ver quién entra y quién sale. Por el otro, que no tengo que compartir habitación con nadie.

Antes de que Francesca apareciera, Rio me había informado de que estaban preparando para la subasta a otras cinco chicas. El trabajo de Francesca es enseñarnos a ser las perfectas esclavas sexuales: aprender a actuar, a mirar, y saber qué no hacer.

Pero en lo que consiste realmente es en enseñarnos a sobrevivir.

No le veo el puto sentido a nada de esto.

Cuanto más complacientes, obedientes y agradables seamos, menos probabilidades tendremos de sufrir abusos innecesarios, me dijo Rio. Pero no cabe duda de que los compradores tendrán un extremo brutal y sádico, y que seremos nosotras las que estaremos ahí para verlo, por muy perfectos coñitos que seamos.

Quieren que nos sintamos como si no tuviéramos escapatoria, así que más vale que actuemos bien y asumamos tanto lo bueno como lo malo. Pero eso no es sobrevivir; eso es conformarse.

Es aceptar que algún día moriremos aquí. Sin volver a ver a nuestra familia ni a nuestros seres queridos. Durante el resto de nuestras miserables vidas jamás volveremos a experimentar la libertad, la risa y la independencia. Nunca amaremos ni nos amarán de verdad.

Pues yo no lo acepto, joder.

Yo me voy a casa, a Parsons Manor.

Junto a Zade.



Un crujido al lado de mi cama me despierta de un sueño profundo en el que llevo sumida lo que parecen años. Me levanto sobresaltada, empapada en sudor frío, desorientada y confusa al no ver más que oscuridad y el suave resplandor blanco de la luz de la luna que se asoma por la ventana, en unos haces débiles bajo las sombras.

Lo único que se oye es el susurro de mi respiración agitada y los latidos de mi corazón.

Tardo varios segundos en recordar dónde estoy. Y, cuando lo hago, se me eriza el pelo de la nuca.

Alguien me vigila.

Me incorporo lentamente y mis ojos se adaptan a la oscuridad que me rodea. Giro la cabeza para mirar por la ventana, contra la que cae una lluvia ligera.

Un relámpago baña la vieja habitación en un destello de luz brillante, y aprovecho el breve instante para echar un vistazo a mi alrededor.

Aquí no hay nadie, al menos que yo vea.

Pero siento el peso de una mirada sobre mí, abrasándome el lado de la cara como un hierro candente que han dejado en un vestido de seda.

—¿Quién anda ahí? —susurro. Apenas me salen las palabras porque tengo la garganta muy seca y no he hablado en días.

Cuando nadie contesta miro hacia la mesilla y busco las muescas en el lateral del mueble. Hay seis marcas, pero, con lo oscuro que está fuera, debe ser más de medianoche. Ya voy por el séptimo día.

Antes de dejar que la pastilla de mi primer día aquí surtiera efecto, grabé una línea en la madera barata y blanda para marcar los días, y juré llevar la cuenta en cuanto despertara de mi sueño inducido por las drogas.

Rio siempre está ahí cuando me despierto, listo para acompañarme al baño y meterme sopa y agua por la garganta antes de que me vuelva a desmayar. Me ha estado poniendo droga en la comida, y sé que podría negarme, pero ¿para qué? Si me muero de hambre y me deshidrato, no saldré de aquí. Y he descubierto que no me importa beber veneno.

La segunda noche, Rio me vio rayar una línea en la madera, pero estaba demasiado drogado para que le importara. Y, por alguna razón insondable, empezó a contarlas por mí cuando le dije que estaba perdiendo la cuenta de los días que llevaba aquí.

No habla mucho, ni ha comentado nada de ningún hombre que haya intentado aprovecharse de mí. Si lo han hecho, seguro que no lo han conseguido, porque no cabe duda de que yo notaría la evidencia de ello. No creo que ninguno de ellos se molestara en traer un bote de lubricante.

Así que, tanto si es porque a Rio no le importa contarme lo bien que se está portando conmigo o porque nadie lo ha intentado…, lo cierto es que no lo sé.

Se oye otro suave crujido a mi izquierda. Miro en dirección al ruido, justo en la esquina de la habitación.

—¿Quién eres? —pregunto, aunque las palabras no se oyen mejor que la primera vez precisamente.

Contengo la respiración, esperando una respuesta. Pasan varios segundos, y entonces, casi de milagro, oigo otro crujido grave, como si alguien hubiese cambiado el peso de un pie al otro.

Algo de lo que me di cuenta poco después de mi llegada fue de que parte del yeso de la pared se había desconchado, dejando al descubierto la estructura de madera de debajo. Hay dos tablones, con un hueco lo bastante grande entre ellos como para que se cuelen todo tipo de bichos.

Se me puso la piel de gallina cuando me di cuenta, pero se me olvidó enseguida cuando Rio entró con una sopa humeante en la mano.

—¿Qué quieres? —grito esta vez.

Otro relámpago, tan rápido que apenas tengo tiempo de procesar lo que ven mis ojos.

Allí, entre los dos tablones de madera, hay un ojo. Muy abierto y mirándome fijamente. De repente, la luz se apaga y la habitación vuelve a quedar envuelta en penumbra.

Del susto que me pego, me caigo de la cama, aterrizando sobre el coxis. Pero casi ni lo noto porque estoy presa del pánico. Demasiado aterrorizada como para hacer otra cosa que no sea patalear desesperadamente y retroceder hacia la pared y alejarme así del ojo, ni siquiera soy capaz de gritar pidiendo ayuda.

Me pego a la pared, con el pecho agitado y el corazón saliéndome por la boca. La lluvia arrecia y las gotas golpean la ventana con una ferocidad que rivaliza con los latidos de mi corazón.

Clavo las uñas en la madera mientras otro fuerte crujido rompe el martilleo de mis oídos.

Ahí hay alguien. ¿Podrán verme ahora, agazapada en la esquina de la habitación?

Respiro hondo y aguanto la respiración, esperando a que algo ocurra. Es como si tuviera la cabeza metida en una guillotina, atada, en el mismo momento en el que está a punto de caer la cuchilla.

Creo que una figura atravesará los tablones; un terrorífico demonio sacado directamente de una película de terror, doblado hacia atrás sobre manos y pies y arrastrándose hacia mí a una velocidad antinatural.

Algo que disfrutaría muchísimo al otro lado de una pantalla, sana y salva.

Pero en este lugar estoy todo menos a salvo.

Otro relámpago, seguido de un fuerte trueno.

Doy un brinco, esperando ver el ojo que aún me mira entre la madera, pero no hay nada.

Se me escapa un ruido de la garganta, algo entre un resuello y una carcajada.

Me estoy volviendo loca. Tengo que estarlo.

Me pongo de pie temblando, con las rodillas casi crujiendo por los nervios. Con esto me he distraído momentáneamente del dolor constante de mi cuerpo.

Soy imbécil. Que alguien se esconda en las paredes es absurdo. Pero entonces se me escapa una sonrisa con algo que da que pensar.

La chica de Satan’s Affair solía observar a la gente desde dentro de las paredes de las casas encantadas antes de matarlos a todos. Pero no puede ser ella. Lo último que supe es que seguía encerrada.

«No hay nadie en las paredes, Addie. Te estás volviendo loca».

Pues claro. Me estoy volviendo loca.

Decidida a demostrármelo a mí misma, la única forma de saberlo con certeza es mirar. Me dirijo de puntillas al lugar de la esquina, y los fuertes crujidos acentúan cada uno de mis movimientos. Aún no me sé de memoria los lugares silenciosos. No he tenido oportunidad.

Si pudiera encender la luz, me daría menos pavor, pero es demasiado imprudente. No quiero llamar la atención y prefiero arriesgarme con el merodeador. Otra cosa más que da que pensar: me siento más segura con el monstruo de la pared que con los que llevan esta casa.

Pero, si alguna vez logro dormirme de nuevo, con drogas o sin ellas, necesito estar segura de que no hay nadie escondido observándome mientras lo hago.

Otro relámpago y me apresuro a investigar las profundidades tras las tablas.

Ahí no hay nada, al menos nada que yo sea capaz de ver. No soy lo suficientemente valiente como para apoyar el ojo contra los tablones, pero lo que ya he visto justo antes de volver a sumirme en la oscuridad me basta.

Me doy una palmada en el pecho y se me escapa la risa, entrecortada y desigual.

Cuando vuelvo a la cama, apoyo el pie en un desnivel y la madera se mueve. Me quedo quieta y miro hacia abajo. Aparto el pie y la madera se mueve de nuevo, crujiendo como si protestara.

Me pica la curiosidad y siento un poco de excitación. Me agacho tan rápido como mi cuerpo me lo permite, que es la hostia de lento. Aunque ya estoy muy recuperada del accidente de coche, sigo igual de dolorida por no moverme.

Pongo las manos en el tablón y lo deslizo todo lo que puedo hasta que queda un hueco.

Hurgo en el borde de la madera y silbo de dolor cuando mi uña se dobla hacia atrás y casi me arranca el dedo. Brota la sangre, pero la ignoro, decidida como estoy a ver si hay algo escondido en la tabla del suelo.

Por fin, encuentro un hueco y consigo levantar la tabla lo suficiente como para meter el dedo debajo. Con cuidado, saco la madera y veo un abismo negro.

Exhalo, meto la mano en el agujero y tanteo, encogiéndome del asco cuando mis dedos rozan cadáveres de bichos y Dios sabe qué más. Pero la repugnancia y el asco se transforman en emoción cuando tropiezo con algo sólido.

Lo cojo y casi me pongo a chillar al ver que es un diario.

No puede ser.

Me quedo mirándolo.

Encontrar el diario de Gigi dentro de una pared de Parsons Manor fue increíble. Algo que solo ocurre en las películas.

Pero ¿hallar otro diario dentro del suelo?

Imposible. Es que es imposible, joder.

Pero la prueba está en mis manos. Un cuaderno de cuero barato, ni de lejos tan lujoso como el de Gigi. La piel se está agrietando, o directamente no está en algunas partes. Sin embargo, es la cosa más bonita que he visto nunca.

Con los ojos muy abiertos, abro el diario y casi gimo al ver varias entradas escritas en su interior.

Miro alrededor de la habitación, casi como si buscara a alguien más para confirmar que estoy viendo lo que creo que es.

Ahora está demasiado oscuro para ver nada, así que lo vuelvo a meter dentro y coloco de nuevo la tabla, prometiéndome a mí misma que lo leeré más tarde, cuando pueda hacerlo con claridad. Luego me levanto, demasiado excitada para quejarme del dolor, y me meto otra vez en la cama.

Se me acelera el corazón, en parte por la euforia de encontrar otro diario y en parte por la

incredulidad.

«¿Diablo celestial? Si eres tú quien ha hecho esto…, gracias».

Me tumbo con una leve sensación de consuelo por tener ahora algo a lo que aferrarme mientras afronto lo que sea que vaya a venir.

La tormenta que azota el exterior me adormece y, justo cuando empiezo a dormirme, crujen unos pasos desde el interior de la pared y se alejan lentamente.

18 de junio de 2008

¡HA LLEGADO EL DÍA! Hoy por fin me escaparé de este puto INFIERNO. Dos días antes del día de marras. Que no tengo ni idea de lo que es. No creo que Francesca haya dicho en ningún momento qué pasa el día 20. Pero llevamos preparándonos todo el tiempo para el día 20.

¿Es que me van a vender? Quién coño sabrá. Conocer a mi potencial dueño, que lo más seguro es que quiera que yo me arrodille en el suelo junto a él y lo llame papi.

Yo ya no le voy a dar a ninguno de estos putos degenerados el placer de cumplir sus fantasías enfermas.

¿Dónde iré después? ¿Con Layla?

¿A las montañas? A lo mejor a un sitio frío y bonito como Alaska. ¿Quién se iría a buscarme a Alaska? Nadie. Bueno, igual los osos.

Molly

Capítulo 8

El diamante



—Qué pelo tan bonito tienes —me dice una voz suave y enigmática detrás de mí.

Inhalo bruscamente y me doy la vuelta, sobresaltada por la inesperada intrusión.

Es ella.

La chica que Jerry llevaba al hombro cuando llegué. La chica con fuego y hielo en la mirada, y la misma sonrisa espeluznante en los labios.

Su larga melena rubia le llega a la cintura y me mira con unos profundos ojos castaños desde la puerta. Está ligeramente encorvada hacia delante y muy muy delgada.

Estoy frente al espejo de cuerpo entero, intentando hacerme una trenza francesa. Rio me ha despertado de golpe esta mañana irrumpiendo en mi habitación y lanzándome unos pantalones de chándal suaves y una camiseta, y diciéndome, antes de salir dando un portazo, que me fuera preparando. No me atrevo a preguntar para qué.

Se me han acabado los siete días de purgatorio, y solo pensar en estar despierta me da náuseas.

He esperado a que me dieran más indicaciones, así que para hacer algo estoy quitándome como puedo el pelo de la cara.

—Eh, hola —digo intentando recuperar los modales.

Me pongo nerviosa al momento, me tenso bajo su mirada penetrante. Hay algo totalmente desconcertante en su presencia.

Se endereza y entra en la habitación, y se queda de pie a unos centímetros de mí.

—¿Quieres que te ayude?

Mi instinto me dice que no. Lo único que me gustaría es echarla para poder respirar de nuevo. Pero lo más prudente sería hacerme amiga de la chica espeluznante en vez de convertirme en su enemiga.

Asiento con la cabeza, sin perderla de vista mientras se acerca a mí. Lleva un vestido largo y blanco, casi transparente, que deja ver las curvas de su cuerpo y sus pezones oscuros. Desvío la mirada, dándole a entender que la respeto. Algo que, me juego el cuello, no hacen los hombres

de esta casa.

Le doy la espalda dudosa y la observo atentamente a través del espejo. Sonríe más, y veo sus dientes torcidos mientras me coge el pelo. Pega su frente contra mi espalda y me dan náuseas cuando noto que sus pezones me están rozando.

Frunzo el ceño y me alejo. Me siento muy rara. Ella suelta una risita, pero no se acerca.

En lugar de recogerme el pelo, me acaricia. Se pasa mis mechones canela por las yemas de los dedos, con un aire casi de deleite al tocarlos.

Mi malestar va a peor, incluso cuando al fin me sujeta todo el pelo. Sin embargo, es dulce conmigo y tiene los ojos puestos en su tarea.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta pasándome la mano por el pelo para desenredármelo.

—Addie —digo—. ¿Y tú?

—¿Por qué tienes el pelo tan suave? —me pregunta en lugar de contestarme. Afino la mirada porque no me gusta que me evada.

—En realidad no hago gran cosa con él. No me lo seco ni me lo tiño.

Canturrea y yo arqueo una ceja.

—Que cómo te llamas —insisto. Hace una pausa y me tiende una mano pálida. Tardo un segundo en darme cuenta de que me está pidiendo la goma del pelo. Respiro por la nariz, me quito la cinta de la muñeca y la dejo caer en su mano.

Pasan unos instantes más de silencio y mantengo fija la mirada en ella, atravesándole la cara a través del espejo, esperando aún una respuesta.

—Sydney —responde al fin con voz agradable al tiempo que empieza a hacerme la trenza.

Una parte de mí tiene la sensación de que me ha hecho esperar a propósito, como una maniobra de poder. Nada de lo que hace parece ser producto de la venganza o de la crueldad —de hecho, está teniendo muchísimo tacto mientras me peina—, pero no puedo evitar que se dispare mi sexto sentido al pensarlo.

Es como cuando alguien se ríe de algo que has dicho, pero sabes que se ríen de ti y no contigo.

—Francesca quiere que nos reunamos con ella en la habitación bonita.

No tengo ni puta idea de cuál es la habitación bonita. Así que, cuando Sydney termina de peinarme y me hace señas para que la siga, lo hago sin rechistar.

Me guía por el pasillo, detrás de una fila de chicas que caminan frente a nosotras y hacia una habitación un poco más allá de la mía.

Entramos en lo que parece un salón de belleza, y el apodo de Sydney cobra ahora sentido. No llama bonita a la sala, sino al lugar donde vamos a ponernos «bonitas».

En una de las paredes hay un perchero muy largo del que cuelga lencería de colores. En el lado opuesto veo tres tocadores llenos de maquillaje y brochas. También hay un par de espejos de cuerpo entero apoyados en otra pared y varios zapateros con un surtido de zapatos de tacón alineados en cada fila.

Trago con dificultad, sigo a las chicas y me coloco a su lado en línea recta delante de la puerta.

Supongo que estamos esperando a Francesca.

—¿Qué…? —empiezo.

—Shhh. —Una chica interrumpe mi pregunta con una orden corta y rotunda. Sydney suelta una risita a mi lado y yo cierro la boca de golpe mirando a la que, o bien se está portando como una zorra, o bien acaba de evitar que me hagan daño. De cualquier manera, le hago caso y escucho.

Tiene el pelo castaño, tan largo que le llega al culo, y los ojos color avellana. Su expresión es pétrea y mira fijamente hacia delante, pero no la estudio lo suficiente como para descifrar el sentimiento que irradian sus iris.

Está en tensión, eso está claro. Y no sé si es por lo que pasará cuando llegue Francesca o por otra cosa.

O quizá es porque la han secuestrado y vendido dentro de una red de tráfico de personas, y le da igual lo que pase, porque todo es una puta mierda.

Poco después, resuenan unos tacones en la madera cuando Francesca sube las escaleras y se dirige hacia nosotras por el pasillo. Supongo que ese es de los pocos consuelos de esta casa: que siempre sabré dónde está Francesca y si va a venir. Está claro que no es el puto Casper con semejantes monstruosidades en los pies.

¿Cuántas ampollas tuvo que sufrir antes de que se le endurecieran los pies lo suficiente como para llevar esos tacones todo el día, cada día de su vida?

¿Veinte? ¿Treinta? A lo mejor un número raro, como cuarenta y dos.

Cuando entra, su mirada descubre inmediatamente la mía. Desvío los ojos al instante, porque no estoy segura de si considera o no una osadía por mi parte que la mire fijamente.

Pasa junto a mí, y su perfume afrutado permanece como una estela mientras nos observa a cada una de nosotras.

—Tenéis todas unas pintas asquerosas —comenta con sorna, y noto el peso de sus ojos clavándose en un lado de mi cabeza en concreto.

«Sí, claro, porque fue mi puta culpa que me sacaran de la carretera y de un coche destrozado a rastras. Zorra».

Se detiene delante de una chica con el pelo color fuego, le coge un mechón naranja quemado y mira las puntas abiertas con asco.

—Te dije que te cortaras las puntas. No me hagas pedírtelo de nuevo o Jerry pasará otra noche contigo —comenta de pasada soltando el mechón y sin dejar de andar. La chica parpadea y aleja el destello de dolor que había en sus ojos, pero Francesca ya tiene su mirada de halcón puesta en su próxima víctima: una chica de pelo rubio y sucio y lunares por toda la cara y el cuello. Francesca los observa con atención.

—Ya hemos hablado de esto, Bethany. Una cosa son los lunares, pero las verrugas son inadmisibles. —Frunzo el ceño preguntándome cómo coño se puede controlar eso—. Te dijeron que no permitieras que te creciera el pelo ese que te sale cada día de esas cosas asquerosas. ¿Por

qué veo pelo?

La chica, Bethany, se mueve incómoda.

—Lo siento, Francesca. Cuando tuve gripe…

Una fuerte bofetada interrumpe sus palabras y el sonido retumba en mis oídos. Bethany se agarra la mejilla enrojecida con la boca entreabierta de sorpresa.

—¿Y todavía tienes gripe? —gruñe Francesca.

Bethany niega lentamente con la cabeza.

—No, señora. Anoche me bajó la fiebre.

Tengo los ojos prácticamente fuera de las órbitas, pero me esfuerzo por suavizar mi expresión. Lo más seguro es que este sea el primer día en que esta chica vuelva a sentirse como un ser humano.

—¡Rocco! —grita Francesca a todo pulmón, asustándonos a las seis. Parece que todas nos ponemos derechas a la vez.

Rio me ha hablado de él, pero aún no he tenido el disgusto de conocerlo. Por la tensión prácticamente tangible que hay en el ambiente, me da que es alguien a quien temer. En realidad, hay que tenerles miedo a todos, pero, por primera vez desde que he conocido a estas chicas, puedo verlo.

Todas sentimos miedo menos, por lo que parece, Sydney. Se tapa las risitas con la mano y mira a la puerta con regocijo. La observo con asco, pero no me hace ni caso.

Unos pasos pesados ascienden por los escalones, y cada golpe hace subir la tensión. Cuando entra, nos quedamos todas de piedra salvo Sydney, que vibra de emoción.

Su presencia es pura maldad. Solo sé que, cuando este hombre muera, no irá al infierno. Se quedará en la cuarta dimensión, donde continuará acechando y aterrorizando a los vivos.

Rocco es un hombre corpulento con una barriga inmensa. El sudor le recorre la piel mientras nos observa a las seis. Sí que parece el hermano de Francesca, porque los dos tienen la misma nariz aguileña, la piel morena y los ojos marrones dorados iguales.

Aunque son familia, Francesca es guapa, mientras que Rocco… es todo lo contrario.

La única belleza que ha tocado a este hombre han sido las manos de una mujer. Unas caricias que le fueron robadas con un alto precio que solo pagó ella.

Francesca levanta el mentón a Bethany:

—No se ha cuidado esas cosas horrorosas de la cara.

Rocco mira a la chica temblorosa y, aunque no me esté observando a mí, la fuerza de su mirada me llena de terror. Bethany trata de mantener el rostro inexpresivo, pero le tiembla el cuerpo entero con tanta fuerza que puedo oír cómo le chocan los huesos.

El silencio se apodera de la habitación, así que, cuando abre una navaja, el agudo sonido metálico suena como el de un relámpago.

Bethany pega un bote, y no soy la única chica que se retuerce incómoda.

—P-por favor, Roc…

—No hables —suelta con una voz oxidada que me da escalofríos. No tengo ni idea de lo que Rocco va a hacer a continuación, pero de una cosa estoy segura: esa voz va a estar en mis pesadillas durante el resto de mis días.

—Si eres fea, no vales nada para nosotros —la regaña, se acerca a ella y le agarra la cara con su palma carnosa. Ella gime cuando él le aprieta con fuerza los mofletes y le gira la cabeza hacia un lado para poderle ver mejor los lunares.

Ella se resiente, pero logra, no sé cómo, no intentar liberarse como un perro rabioso de las manos de Rocco, que le clava la punta de la navaja en la piel y empieza a cortar lentamente.

Doy un grito ahogado y estoy a punto de dar un paso adelante, pero, a mi lado, la mano de la chica de pelo castaño sale disparada y agarra la mía, apretándola con tanta fuerza que me duele.

Y, al otro lado, Sydney hace «oh, oh», como una hermana mayor que ve cómo la pequeña se mete en líos. Muevo la cabeza hacia ella con la furia saliéndome por todos los poros.

—¿A ti se te va la olla o qué? —siseo en voz muy baja.

Los ojos oscuros de Sydney se cruzan con los míos y me doy cuenta de que no son muy distintos a los de Rocco. Muertos y fríos.

—Mucho —responde ella con indiferencia.

Bethany grita mientras Rocco le sigue rebanando la cara, y yo no puedo contenerme más.

—¿Y así no crees que la estás afeando más? —exclamo. Bethany no es fea para nada, pero esta gente tiene la lógica del revés. Si un lunar con unos cuantos pelos es un problema tan grave, ¿cómo puede ser que la solución sea destrozarle la cara?

Le están dejando la cara llena de cicatrices, hostia puta.

Rocco se queda inmóvil, y Francesca gira la cabeza hacia mí, con la rabia en el rostro más que evidente, a pesar de la gruesa capa de maquillaje. Pero hay algo más en su expresión que hace que me arrepienta al segundo. No porque esté enfadada conmigo por haber hablado. No es eso.

Sino porque no podrá salvarme.

Sydney se ríe a carcajadas y se aleja mucho de mi lado. Está claro que no quiere que la relacionen conmigo o con mi mal comportamiento, aunque su forma de actuar es repulsiva.

Me muerdo el labio y dejo caer la mirada junto con mi corazón, que comienza a latir con violencia al tiempo que el miedo me corre por las venas y la adrenalina me circula por todo el cuerpo. Me dan náuseas.

Cierro los ojos con resignación, odiándome por no haber podido controlarme. Esto no es como enfrentarse a un acosador psicópata. No tiene nada de enigmático, ni se mueve entre el dolor y el placer. No hay ninguna excitación enfermiza cuando el que me mira fijamente es este hombre repugnante, imaginando, con toda probabilidad, las peores maneras en que va a ultrajarme o matarme.

Él no es Zade.

Rocco suelta a Bethany, que tiene sangre por toda la cara y le mancha con ella las yemas de sus dedos. La chica está temblando, con la cara retorcida de dolor, emitiendo gemidos

involuntarios mientras es incapaz de permanecer derecha por todos los cortes de la cara.

—¿Qué has dicho, diamante? —gruñe Rocco con la voz cargada de veneno. Aprieto los labios, porque odio que todos me empiecen a llamar por el apodo que me puso Rick.

En cuestión de segundos se me pasan miles de pensamientos por la cabeza. Me imagino distintas posibilidades para poder salir ilesa de esto. Qué podría decir o hacer para calmar el violento tornado que se me viene encima, aunque solo sea para evitar que mi mundo se venga abajo. Y, al final, me quedo en blanco.

Miro a la chica de pelo castaño que está a mi lado y que me observa como si yo fuera idiota. Porque lo soy. Imbécil profunda. Pero, joder, no podía ver cómo mutilaban a una chica por tener un puto lunar en la cara y quedarme callada.

«Cúbrete las espaldas, ratoncita. Porque nadie más lo hará».

Se me ha secado la boca y me da miedo que se me arrugue la lengua y se caiga por falta de humedad. Toda el agua de mi cuerpo la tengo ahora en los ojos, pero no me atrevo a dejar que caigan las lágrimas. Me mojo los labios, humedeciéndolos lo suficiente como para poder articular palabras, por inútiles que sean.

—Nada. Lo siento —logro pronunciar manteniendo la voz baja y suave. Una actitud desafiante hará que las consecuencias sean sin duda peores y, aunque eso lo acabe de evitar, lo que no consigo mantener a raya son los temblores. Ni el miedo.

—Niña tonta —sisea Francesca con los ojos entornados irradiando ira. Rocco camina hacia mí, con un andar lento y decidido abriendo y cerrando la navaja, una y otra vez, y con cada sonido metálico me infunde pavor.

Se detiene a escasos centímetros de mí, con su barriga cervecera rozándome el estómago y su rancio aliento quemándome las fosas nasales. Apesta a sudor y como a queso podrido que hayan dejado al sol. El poco autocontrol que tengo lo uso para no estremecerme por el hedor.

—Mírame —susurra.

Levanto los ojos y encuentro su mirada fría y apagada. Mientras nos fulminamos con la mirada, oigo un estruendo desgarrador. Se forma en lo más profundo de mi mente y va *in crescendo* hasta que casi no puedo oír nada que no sea eso.

Es una advertencia. Mi cuerpo ha creado su propia alarma, alertándome de los graves peligros que se avecinan. Como la alarma de un tornado justo antes de que el mortal fenómeno destroce vidas a su paso.

Me agarra la garganta con su manaza, curvando los labios mientras me levanta a su altura, dejándome suspendida sobre las puntas de los pies. Instintivamente le araño la mano, diciéndome a mí misma que, si muero aquí y ahora y Zade encuentra mi cuerpo, sabrá perfectamente quién fue, porque tendré su asquerosa piel bajo mis uñas.Rocco ni se inmuta, a pesar de lo mucho que se las clavo. Mi visión se va oscureciendo a medida que mi cuerpo se queda sin oxígeno, dejándome completamente vacíos los pulmones mientras estallan miles de estrellas ante mis ojos.

—No la mates, que vale mucho —suelta Francesca, aunque su voz suena lejana, como si estuviera atrapada en un vórtice.

Me da la vuelta mascullando y me tira al suelo como si fuera el envoltorio de un chicle.

Gruño del golpe cuando aterrizo de boca sobre la muñeca derecha. Pero, antes de que pueda levantarme, él ya está sobre mí, aplastándome.

Entran en acción al segundo mis instintos de supervivencia y se activa mi capacidad de luchar o huir; es decir, de luchar. Me retuerzo bajo su peso y giro los codos hacia su cabeza. Pero fallo. Hasta ahí llega mi débil intento de derribar a un hombre de más de noventa kilos tumbado sobre mí.

—¡Suéltame! —grito moviendo las caderas, desesperada por quitármelo de encima. Estoy tan desesperada que parezco un perro rabioso. Me arrancaría la carne de los huesos con los dientes si eso significara salir de debajo de él. Haré lo que sea, cualquier cosa, para escapar.

—Rocco —le advierte Francesca, interrumpiendo el pánico que ha consumido mi mente—. Tiene que curarse primero.

—Debe aprender cuál es su sitio. No tiene por qué dolerle —argumenta sin aliento de tanto forcejear con mi cuerpo. Estoy débil y dolorida todavía, y él es mucho más fuerte que ello.

Va a ganar.

—¿A que sí, diamante? Esto podría ser rápido y sin dolor. Una pequeña lección para enseñarte cómo mantener cerrada la puta boca —continúa.

Me pega la cara contra el suelo de madera, llenándome de suciedad y polvo mientras me arranca el pantalón de chándal. La tela se desgarra, y el fuerte ruido con el que lo hace me provoca una nueva descarga de terror, mientras se intensifica su agitada respiración.

—¡No! —chillo mientras me rasga la ropa interior. Ignora mis gritos y se desabrocha los vaqueros. El sonido metálico de la cremallera al bajarla es su única respuesta. Me corren ríos de lágrimas por las mejillas al sentir su carne contra mi culo.

Intento retorcerme de nuevo, pero me disuade un puñetazo en la nuca, y mi mundo estalla. El dolor ha sido mi compañero fiel desde hace una semana, pero ahora no está por ningún lado. Mi mente podría correr dos kilómetros, pero mi cuerpo es incapaz físicamente de impedir que este hombre abuse de mí.

—¡No la pegues! —exclama Francesca, más preocupada por si le llena la manzana de moratones. Pero ¿qué más le da si cuando acabe lo que voy a estar es podrida?

Con una embestida se entierra dentro de mí y grito. Es un alarido desgarrador, al igual que el estridente zumbido de mi cabeza.

—Maldita sea, Rocco, que no llevas condón —grita Francesca, mientras un suave susurro en mi cabeza se pregunta cómo puede soportar ver esto. Está ahí de pie, enfurruñada porque su hermano no lleva condón mientras viola a una chica.

Él gruñe y se ríe mientras me penetra repetidamente.

—Así lo siento todo de puta madre.

No hay nada en mi mano para detenerlo, y me quema la derrota que recubre mi piel como aceite hirviendo, joder.

Intento escabullirme a rastras de él. Clavo las uñas en la madera y me aferro a ella mientras trato de salir de debajo de su cuerpo. Se me doblan por la presión y se rompen, arrancándomelas de la piel mientras él tira de mí hacia abajo, dejando un rastro de arañazos en el suelo.

Me penetra una, dos veces más antes de salir y correrse encima de mí. Su semen me salpica en la espalda y no puedo evitar las arcadas.

Le sale un gruñido al golpearme la cara con la palma de la mano.

—¡Rocco! —Un tacón pisotea la madera en un arrebato de furia, y las vibraciones de la madera tras eso llegan hasta mis manos sangrantes.

—Puta de mierda —murmura ignorando a su hermana. Me vuelven a dar arcadas, la sensación de su esencia filtrándose en mi carne me da náuseas.

Francesca suspira, se cierne sobre mí y me coge del brazo bruscamente.

—Levántate —me espeta incorporándome. Estoy tan enfadada, tan angustiada por lo que acaba de hacer, que reacciono. En cuanto me pongo de pie, giro la cintura y le doy un puñetazo en la nariz. Rocco grita, preparándose para zurrarme, pero Francesca se interpone entre nosotros y lo bloquea—. ¡Tú no te muevas, que ya has hecho bastante! —le gruñe a su hermano sacándome a empujones de la habitación. Sigo desnuda de cintura para abajo, con la sangre corriéndome entre los muslos. Como mi cuerpo no aceptaba lo que me hizo, la intrusión ha resultado cruda y extremadamente dolorosa.

Francesca me mete en mi habitación y me da una bofetada en la cara, que me hace tropezar. La puerta se cierra de un portazo y grita:

—¿Por qué has hecho eso? ¡Niñata tonta!

Me da otro guantazo y me pitan los oídos del dolor. Me cojo la mejilla intentando alejarme de ella mientras me apoya contra la pared.

«Estás chafando la manzana, Francesca».

Me agarra la cara con las manos y me clava su manicura perfecta en las mejillas enrojecidas.

Pegando su cara en la mía, gruñe entre dientes:

—Cierra el pico, ¿me oyes? Los hombres de esta casa harán todo lo posible para hacer que tu vida sea un infierno hasta que te compren. Así que ¡ni se te ocurra pegarles, joder! —Me zarandea—. Dime que lo entiendes —susurra llena de rabia, pero manteniendo la voz baja.

—Lo entiendo —chillo con las mejillas calientes y húmedas de las lágrimas constantes.

Francesca me suelta enfadada, se aparta de mí y me lanza una mirada iracunda por encima del hombro al tiempo que recorre la habitación. Pegada a la pared me deslizo hacia abajo, incapaz de mantenerme en pie mientras los sollozos me desgarran el cuerpo. Dejo un reguero de sangre detrás de mí y ahí soy consciente de que Rocco me ha abierto los puntos de la espalda. Me paso las manos por el pelo y cojo con fuerza los mechones, deseando calmarme con todas mis fuerzas.

«Respira hondo, Addie. Respira hondo».

«Tú respira».
«Respira, ratoncita…».

Capítulo 9

El diamante



Por lo visto, siempre que mi vida da un giro de ciento ochenta grados, tengo a mano un diario que me sirve de vía de escape.

No estoy segura de cómo consiguió hacerse con un diario esta chica, pero yo hallo consuelo en las palabras furibundas de Molly. Una chica a la que le robaron la vida igual que a mí. Y a la que preparó Francesca, nada más y nada menos.

Me quedé con la boca abierta cuando leí que Francesca lleva haciendo esto desde hace al menos trece años. ¿A cuántas niñas ha visto violar, torturar y vender a dementes? ¿A cuántas les ha hecho daño ella personalmente?

Se me revuelve el estómago y se forma un nudo en mi garganta de asco al comprender las palabras de esta chica rota. Estaba llena de vida en un mundo decidido a arrebatársela. Con cada entrada, más me enamoro de ella. La siento en cada trazo de la pluma, así que paso los dedos temblorosos por ellos y recorro cada línea.

Ella es todo a lo que yo aspiro.

Cuando llego a la última página se me parte el corazón y tengo millones de preguntas. Igual de rápido que hallé un consuelo, ahora me quedo vacía y desolada una vez más.

Noto los párpados llenos de lágrimas mientras paso las páginas, nerviosa, con necesidad de más palabras suyas. Pero solo hay hojas en blanco.

¿Logró salir? ¿Consiguió volver con Layla, llevársela y tener una nueva vida? ¿Una vida mejor?

Me agoto a mí misma con preguntas de las que nunca obtendré respuesta. Al menos no mientras esté aquí encerrada.

Totalmente derrotada, cierro el diario y consigo reunir la energía suficiente para salir de la cama y arrastrarme hasta el agujero del suelo. Se me saltan las lágrimas cuando coloco de nuevo el diario en su escondite. Y, cuando vuelvo a sellar el tablón de madera, regresa a mí todo lo que había intentado no pensar.

Casi me caigo al volver corriendo a la cama, donde me acurruco, apretando los puños y notando el pulso en las yemas de mis uñas rotas. Todo mi cuerpo tiembla cuando mi mente me devuelve unos recuerdos que masacran cualquier atisbo de paz que haya podido encontrar en las palabras de Molly. Controlo con todas mis fuerzas los sollozos que, en un intento de escapar por ella, me destrozan la garganta.

No voy a permitírselo.

No creo que hubiese pasado más de media hora desde que Francesca salió furiosa de mi habitación y se fue a tranquilizar a Rocco, que al parecer había montado en cólera y empezado a destrozar la casa. Me quité la ropa sucia inmediatamente y me puse un chándal nuevo, pero no sirvió para calmarme mientras debajo de mi habitación se desataba el caos. Entonces me acordé del diario en el suelo y hallé consuelo en Molly.

No tengo ni idea de cuánto tiempo me paso mirando fijamente a la pared. Si mis ojos se desvían al suelo polvoriento de madera, lo único que veo es una imagen de mí misma tendida sobre él con Rocco encima. Observo la profanación de mi alma como una experiencia extracorpórea. De pie delante de las imágenes, incapaz de impedir que sucedan.

Intento desesperadamente pensar en otra cosa —Zade o Daya—, pero es imposible y siempre regreso al tocador. Los dos no son más que fantasmas que recorren los pasillos de mi cerebro y, cada vez que los busco, se desvanecen.

Aprieto los ojos y aumenta la frustración.

Debería haber escuchado. Sí, eso es lo que tendría que haber hecho. Permitir que mutilaran a una chica para salvarme yo.

Sacudo la cabeza y me golpeo la frente con la palma de la mano. ¿Cómo podría vivir con algo así? Si alguna vez salgo de aquí, ¿cómo se supone que voy a estar bien sabiendo que me quedé al margen mientras les pasaban a otras chicas cosas espantosas, simplemente para salvarme a mí misma?

«Se quedaron quietas mientras a ti te violaban».

Así es. ¿Y las odio por ello?

No lo sé. Algo así. En mi interior se empieza a desplegar un halo de negrura, y tengo ganas como de matarlas.

—No —susurro. No puedo pretender que todo el mundo se sacrifique igual que yo. No puedo pretender que una chica a la que están agrediendo como me agredieron a mí salve a otra. O que lo intente.

Porque ese es el puto problema. Que no hay forma de salvarlas. Bethany seguirá teniendo el corte en la piel donde estuvo su lunar. A todas esas chicas las van a violar y torturar, sin importar cuántas veces interceda yo.

Todas somos corderos a punto de morir, y que me maten a mí no va a impedir que los lobos se den igualmente un festín.

Entonces ¿qué coño se supone que tengo que hacer?

La voz de Zade susurra en mi mente, y se me encoge el corazón.

«Escoge tus batallas. Sé inteligente».

Es más fácil decirlo que hacerlo.



Me sobresalto cuando la puerta de mi habitación se abre de golpe unos diez minutos después y el pomo se estampa contra una abolladura perfectamente redonda de la pared. Es evidente que a esta puerta le llevan dando golpes mucho tiempo.

Respirando con dificultad, veo que Rio entra en la habitación con un botiquín de primeros auxilios y su habitual aspecto calmado, a pesar de haber estado a punto de tirar la puerta abajo.

—¿Ya estás liándola, princesa? —pregunta sin darle la más mínima importancia.

Me niego a contestar, aprieto los labios y lo miro con los ojos hinchados. Levanta las cejas al verme la cara, lo que hace que me ardan las mejillas de rabia. Por un breve y rápido momento parece furioso, aunque no sabría decir contra quién.

Gira el dedo en el aire para indicarme que me dé la vuelta.

—Tengo que limpiar el desastre que has provocado —me dice con el rostro tranquilo y una expresión ilegible—. Estás manchando todo de sangre.

Resoplo, ruedo sobre mi estómago y me tenso cuando siento sus dedos rozarme la camiseta por la espalda.

—No es culpa m…

—Aquí todo es culpa tuya —me interrumpe con la voz cada vez más severa—. No lo olvides nunca.

Revuelve el botiquín, suspirando como si esto fuera un inconveniente inmenso para él.

—Siento muchísimo haber interrumpido tu día de trata de mujeres —murmuro llena de rabia. Como respuesta me pone una compresa empapada en alcohol en los puntos abiertos. El ardor me hace dar un brinco y siseo entre dientes, con todo tipo de insultos en la punta de la lengua.

Puto cabrón.

—Como no cierres la bocaza, te vas a meter en situaciones mucho peores que esta —me dice —. ¿Qué necesitas para que aprendas la lección? ¿Lograr que maten a una chica?

Trago saliva y digo entrecortadamente:

—Lo siento.

Suelta una carcajada que le brota desde la garganta. Vuelvo la cabeza hacia él, enfurecida, mientras le tiemblan los hombros de la risa. Esta es la primera emoción de verdad que he visto en él hasta ahora, y le centellean los negros ojos. Me da casi tanto miedo como su ira.

—Te estás riendo de mí —digo con incredulidad.

—Muñeca, no es a mí a quien debes temer. Yo te prefiero a ti y a tu bocaza mil veces.

—Pero si acabas de decir…

—Hablas sin pensar, y eso es lo que tienes que aprender a controlar —me interrumpe atenuando su sonrisa, aunque en sus ojos sigue encendida una chispa de regocijo—. Por muy sexy que sea tu pasión, princesa, créeme: eso es lo último que quieres aquí.

Frunzo los labios, llena de asco, y vuelvo a apoyar la cabeza en la cama mientras él continúa limpiándome la espalda.

—No me llames sexy —le suelto. Porque tiene razón y no tengo nada mejor que decir.

—¿Z me matará si te llamo así? —me desafía fingiendo indiferencia. Aunque así no sonaba su voz cuando me desperté en la furgoneta y escuché a Rick y a él discutir si la Sociedad les ofrecería protección contra la ira de Zade.

Me encojo de hombros.

—Te va a matar de todos modos, así que supongo que da igual.

Se queda callado y, cuando estoy convencida de que no va a decir nada más, le oigo susurrar en voz baja:

—Lo sé.



Cuando Rio se marcha, Francesca llega por el pasillo con sus tacones resonando en el suelo. Su mano rodea el brazo de Rio y lo detiene en la puerta.

—¿Tiene peor la espalda?

Sacude la cabeza.

—No, son heridas superficiales. Estará bien —responde, aunque sus últimas palabras suenan como si tuvieran un doble sentido. Cuando ella le da la espalda, él me guiña un ojo por encima del hombro antes de marcharse, dejándome totalmente confundida.

Qué caliente y qué frío es a la vez, joder.

Francesca entra en la habitación hecha una furia, con el pelo y los ojos desorbitados. Tiene el vestido rasgado por el cuello y me pregunto qué tipo de pollo le habrá montado Rocco.

—Vete al tocador. Ahora mismo.

Con los mismos pasos hoscos sale de la habitación. Me levanto de la cama, me froto los ojos secos y corro tras ella. Rio me ha cortado las uñas rotas y me las ha limpiado, pero la que se sigue sintiendo rota en realidad soy yo. Cada paso me recuerda lo que ha pasado en esa habitación, y el estómago se me revuelve a medida que me acerco. Hago acopio de todas mis fuerzas para concentrarme en mirar la fila de chicas y no el lugar donde perdí la cabeza.

Ninguna me llama la atención. Menos Sydney.

Se muerde el labio inferior como si nada con sus torcidos dientes delanteros mientras reprime una sonrisa. A ella le hace gracia, y yo decido en ese momento que a Sydney sí que la odio.

Pasando de esta zorra psicópata, busco a Bethany. Se me hace un nudo en la garganta cuando veo una herida abierta y sangrienta donde antes estaba su lunar. Se me encoge el corazón y noto la evidencia como cuchillos afilados que me rozan las terminaciones nerviosas.

Me violaron por nada.

Mierda, ya lo sabía. Pero aun así lo siento como si me jodieran otra vez.

Me aclaro la garganta y me pongo recta, tan avergonzada y abochornada que las mejillas me arden. No sé por qué. Que me hayan violado no es algo de lo que deba avergonzarme. Puede que sea porque me siento como una auténtica gilipollas.

—Se suponía que hoy íbamos a prepararnos para la Cacería, pero vas y nos distraes a todas —me espeta Francesca.

Se me hunde el corazón como una piedra en el agua, demasiado preocupada por lo que acaba de decir como para sentir vergüenza alguna. Molly hablaba de la Cacería en las entradas del diario, pero no entró en detalles sobre qué era. Solo decía algo de una persecución.

Lamiéndome los labios agrietados pregunto:

—¿Qué es la Cacería?

Francesca sonríe.

—Es como ir a cazar animales. Los hombres cazarán y tú, querida, serás la presa.

Siento una opresión en el pecho, pero en el fondo ya sabía la respuesta. Solo que no quería creérmela. Supongo que no debería sorprenderme que cacen a las mujeres como si fuéramos presas a las que disparar y poner su cabeza encima de una puta chimenea.

Esto es solo un deporte. Para pasar el rato y descojonarse mientras un puñado de chicas corren para sobrevivir e… ¿intentar que no las alcance una puta bala o algo así?

Me cuesta contener las ganas de vomitar. No quiero que me den caza. Y parece que mi vida solo ha consistido en eso en los últimos meses.

Francesca echa un vistazo a la fila.

—El evento tendrá lugar a finales de esta semana y viene un cliente muy importante: Xavier Delano. Es uno de los mejores compradores del mercado y, si tenéis suerte, os seleccionará para la subasta. Pero solo os seleccionarán si después de la Cacería consideran que merecéis la pena.

Sus ojos glaciales encuentran los míos, y una expresión abominable le retuerce las facciones.

—Menos tú. Tú tienes una pinta asquerosa.

Me trago la réplica que tengo en la lengua y asiento con la cabeza en señal de aceptación, como una buena prisionera. De todas formas, no me apetece demasiado que me seleccionen, la verdad. Supongo que debería estar encantada por estar cubierta de cardenales y heridas de la cabeza a los pies.

Chasquea la lengua como si pensara que soy imbécil y añade:

—Pero sí tendrás que participar en la Cacería igualmente.

Pues claro que sí, joder. ¿Qué importa otra herida más?

—Además de Xavier, también vendrán otros compradores potenciales. Tenéis que darles la

mejor impresión a estos hombres. No pienso tolerar ninguna insolencia, ¿entendéis? —A mitad de la perorata desvía la mirada hacia las demás chicas, pero, para cuando termina la frase, sus ojos están de nuevo fijos en mí.

Aprieto los labios y asiento con la cabeza. Las otras chicas también lo hacen inclinando la barbilla.

—Cuanto menos interés tengan en vosotras, menos probable es que salgáis de esta casa. ¿Y sabéis lo que eso significaría? Significaría que yo no produzco a las mejores chicas; y, si eso llega a ocurrir, me enfadaré mucho.

¿Pero cómo es posible que no se le hayan podrido los dientes de todas las maldades que suelta por esa boca?

Me cuesta muchísimo mantener el rostro inexpresivo ante la confusión que me invade.

Se acerca a mí lentamente.

—Pongamos algunos ejemplos. ¿Qué haces cuando un hombre te pide que te pongas de rodillas para él?

—Me pongo de rodillas —respondo con la voz ronca.

—¿Y cuando te diga que le desabroches los pantalones y le saques la polla?

—Hago lo que dice.

Asiente con la cabeza, estudiándome atentamente.

—¿Y luego qué?

«Le arranco la polla».

Sé cuál es la respuesta más obvia. Sin embargo, también sé lo que de verdad excita a los hombres controladores.

El poder.

—Espero a que me dé permiso.

La sorpresa se dibuja en sus ojos y odio la reacción que esa mirada provoca en mí. Lo último que quiero es que una traficante sexual se sienta orgullosa de mí, pero, si he de ser sincera, eso es precisamente lo que tengo que hacer. Solo que no quiero sentirme así.

Durante nuestras sesiones, Zade me enseñó mucho sobre la trata de personas y sobre cómo se podía escapar de ella, en caso de que la Sociedad viniera a por mí alguna vez.

«Consigue que confíen en ti. Haz que te vean como un ser humano, no como un objeto al que hay que vender».

¿Importa algo que me vean como una persona? La gente así no tiene compasión por la humanidad. Porque ellos apenas son humanos.

Aspira por la nariz.

—Bien.

Y entonces pasa a la siguiente chica, la de los ojos color avellana que no había dejado de advertirme para que mantuviera la boca cerrada.

—Jillian, ¿cómo te diriges a ellos?

—Diciendo: «Sí, señor» —responde al instante con la mirada al frente mientras Francesca la observa fijamente. Nuestra captora asiente una vez y se dirige a la chica de pelo naranja:

—¿Phoebe? Cuando te hablan, ¿los miras a los ojos?

—No —responde con seguridad.

—¿Por qué? —la pone a prueba Francesca.

—Porque es una falta de respeto.

Hijos de puta. Nos quieren mansas y acojonadas. Pequeñas niñas tristes que no deberían pensar en nada más que en complacer a su amo.

Es un puto asco. Eso es lo que es.

La siguiente es Bethany, pero no está tan serena como las otras dos chicas, Jillian y Phoebe. Es evidente que la mutilaron después de que me sacaran a mí de la habitación, pero ¿quién dice que no le hayan hecho algo más?

A lo mejor, en medio de su rabieta, Rocco también la violó.

Aprieto los puños, pero mantengo los pies pegados al suelo y la columna totalmente recta y sin flexionar.

—Cuando a los hombres no les gusta algo de tu cuerpo, como, por ejemplo, un lunar peludo, ¿qué haces, Bethany?

Le tiemblan los labios y por su lenguaje corporal veo cómo lucha por no derrumbarse. Tarda un momento en serenarse antes de responder:

—Asegurarme de que no haya pelos.

Francesca asiente lentamente.

—Bien. —Le mira la herida donde tenía el lunar—. Espero, por el amor de Dios, que no tengas más en lugares que no pueda ver. Porque, si los tienes y descubro que los has descuidado, también te los cortaré.

Luego vuelve los ojos a la última chica de la fila. Es más mansa que las demás, más apocada. Tiene el pelo cortito, castaño y rizado, gafas de montura de metal y bonitos ojos de cervatillo.

Baja la mirada, incluso cuando Francesca se dirige a ella.

—Y cuando entras en la Cacería, Gloria, ¿cuál es la única regla?

Se humedece los labios y mira a Francesca antes de decir:

—Q-que no nos den —susurra con una vocecita aguda.

Arrugo la frente.

—¿Y qué pasa si lo hacen?

Traga saliva tan fuerte que se la puede oír haciéndolo al tiempo que empieza a temblar violentamente:

—N-nos… —Se para, recobra la compostura y suelta el resto de la frase. Pronuncia tan rápido las palabras que casi no se entienden—: Nos castigarían.

—Bien —dice, y luego se dirige a la salida para coger algo justo al otro lado de la puerta. Se me encoge el corazón cuando vuelve a entrar con una ballesta.

—Quiero que te largues de esta casa, Sydney, así que participarás. Pero, como intentes escaparte una vez más, te mataré yo misma. Ya no mereces ni la molestia.

Sydney ahoga un grito, como si fuera la primera vez que oye esto, pero me da la sensación de que llevan hablando de este tema desde que está en la casa.

—Solo corro porque quiero quedarme contigo —cacarea.

—Bueno, pues no puedes —responde Francesca—. Esto no es un puto hotel. Ahora que tengo el diamante en mi poder, no puedo dejar que me avergüences. Te voy a vender.

—¿Y ella qué tiene que ver conmigo? —pregunta Sydney.

—¡Ella es mi chica más preciada! Y, si alguien ve que tengo una maldita sanguijuela pegada a mí y que no se vende ni para atrás, ¡podrían considerarme indigna y llevársela de mi casa!

La rabia brilla en los ojos de la pirada y parece que esté a punto de caerse en un abismo de histeria. Cuando capta mi mirada, me gruñe, como si fuera culpa mía que Francesca no le permita quedarse.

Francesca se tranquiliza, pero la furia continúa en sus ojos entreabiertos.

—Mañana vamos a ensayar —ordena dirigiéndose a mí, desviando mi atención de la loca de Sydney. Sus ojos me miran acusadores—. Y no me importa lo especial que seas, poque no toleraré el fracaso.

¿Cómo comienzan las erupciones volcánicas? Por la presión. Y dentro de mí se está gestando más y más. El ardiente magma está subiendo, espesándose con odio, haciéndose más denso por la sed de sangre.

Al final acabaré explotando, y juro que quemaré esta maldita casa cuando lo haga.

Noviembre de 2021

Al principio no iba a hacer eso. Pero luego decidí que, si Molly no pudo ~~cont~~ continuar escribiendo su historia, yo sí que escribiría la mía.

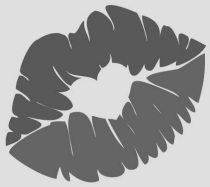
Me noto rara, pero también sé que estoy haciendo lo que debo. Y hay una parte de mí que siente que fue Gigi la que me condujo hasta este diario. Para que tuviese algo a lo que aferrarme para mantener la cordura. Así que robé un pintalabios en su honor.

Tengo una sensación inmensa de que de todas formas voy a (perder) la cordura. O que voy a estar a punto de hacerlo.

Lo único que sé con certeza es que necesito salir de aquí. Pero antes debo curarme, y tengo todas las papeletas para que en la Cacería empeore todo. Los puntos siguen ahí, en mi espalda, y el dolor solo ha disminuido en una fracción su intensidad.

Pero no puedo estar así mucho tiempo. Ya noto cómo empiezo a resquebrajarme. El peso de Rocco me acompaña siempre. Como si lo tuviese colgado al hombro.

Aunque he de aguantar. Lo único que puedo hacer es esperar el momento oportuno. Estoy segura de que Zade ya me está buscando. Y eso hace que me sienta un poco mejor, aunque me muera aquí dentro.



Capítulo 10

El cazador



—He localizado la furgoneta —dice Jay, girándose en su silla. Según he llegado de casa de Daya he entrado en su despacho.

Hace una semana que la libré de las garras de Luke y desde entonces me ha estado ayudando. La puse a cargo de la investigación de Rio y Rick, mientras Jay se centraba en buscar la furgoneta. Perdimos la pista en Oregón. El vehículo desapareció de las cámaras sin dejar rastro, y desde ese momento yo me he estado volviendo loco.

Addie lleva ya doce días desaparecida y he notado su ausencia cada puto segundo.

—¿Cómo la encontraste?

—Al final logré una coincidencia con una imagen de satélite tomada ayer.

—Cuéntamelo por el camino —le ordeno dándome la vuelta y volviendo a salir—. ¿Cuál es la dirección?

Me la da mientras se levanta de la silla, y a continuación se oye una maldición a media voz, seguida de un fuerte golpe y una o dos palabras subidas de tono.

Miro hacia atrás y lo veo intentando ponerse el otro zapato, saltando sobre un pie y casi dándose de bruces contra la pared.

Sacudo la cabeza, bajo las escaleras y le dejo que se las apañe para volver a ser un ser humano funcional.

Para cuando abro la puerta de mi Mustang, Jay ya ha cerrado la de su despacho y se dirige al coche.

Vive en una casa modesta con su hermano pequeño, Cameron, pero yo no me habría enterado jamás si no fuera por los ocasionales chillidos que se oyen cuando este último juega a cualquier cosa, solo o acompañado.

Los padres de Jay y Cameron eran drogadictos y se largaron cuando Jay tenía dieciséis años y Cameron siete. Por suerte, Jay es un auténtico genio y consiguió que las autoridades no se enteraran nunca. Ha tenido innumerables trabajos para poder pagar las facturas y procurar que su

hermano estuviese sano y salvo.

Seis años después, Jay tiene la tutela legal de Cameron y viven a todo trapo. Cameron sabe a qué se dedica su hermano y, ahora mismo, es demasiado joven para que le importe. Creo que está más preocupado por no morir en el *Call of Duty*. Y Jay está encantado de que sea así.

—Tengo que llamar a Michael para que haga de canguro —dice dejándose caer en el asiento del copiloto resoplando. Ya ha sacado el teléfono y le vuela el pulgar por el teclado.

—Colega, que tiene trece años.

Jay se detiene para mirarme, con una expresión seca en la cara.

—Exacto. Y eso significa que va a estar despierto hasta las seis de la mañana con una bolsa de Doritos en una mano y la polla en la otra, vaciándome la tarjeta de crédito a base de porno. —Inclino la cabeza de lado a lado, reconociéndolo—. Además, no me siento bien dejándolo solo —termina en voz baja.

Desvío hacia él la mirada mientras salgo a toda velocidad por el camino de entrada de su casa. Claire está decidida a hacerme daño, y eso implica poner en peligro las vidas de mis empleados y las de sus familias. Tengo muchos enemigos y, por mi culpa, mis empleados también. Nadie se mete en este trabajo sin ser consciente de eso, y de ahí que la mayoría opte por no tener mujer e hijos. Obviamente, no todo el mundo puede o quiere aislarse de sus seres queridos, así que es esencial ofrecer protección a cualquiera que se vea directamente afectado por la organización.

—Lo entiendo. Voy a llamar a algunos hombres más. No le pasará nada a tu hermano.

Jay asiente, y veo cómo se le relajan los hombros un centímetro. Es lo mismo que le dije a Addie, y la fallé.

Saco un cigarro del paquete y me lo meto en la boca.

No volveré a fracasar.



—¿Es aquí? —pregunto en tensión—. ¿Estás seguro?

Estamos en una zona de mierda de Portland, Oregón. La dirección que Jay me indicó es un edificio de ladrillo de tres plantas que parece construido en el siglo XIX y abandonado antes de que cambiara el siglo.

El edificio está ligeramente inclinado, las ventanas oxidadas y ennegrecidas por la suciedad, y el interior parece estar completamente oscuro.

—Aquí es —dice Jay en voz baja—. La furgoneta todavía está al doblar la esquina.

—Joder —maldigo apretando brevemente el volante hasta que gime el cuero—. No parece que sigan dentro. Revisaremos la furgoneta después —digo abriendo la puerta y saliendo.

Saco la pistola de la parte trasera de mis vaqueros y me acerco a la puerta rápida y silenciosamente, sin perder de vista mi alrededor en ningún momento.

—Jay, quédate detrás de mí —le ordeno. Me escucha sin rechistar y se le acelera la respiración a medida que me acerco a la puerta de cristal. No lleva ningún arma encima, solo el portátil. Me siento tentado de darle una, pero estoy seguro de que haría más daño dándole un golpe a cualquiera en la cabeza con su ordenador que disparando un arma que no sabe usar.

Miro a través de la puerta y frunzo el ceño al ver el revuelo. Tiene pinta de haber sido una oficina en su época. Hay escritorios aquí y allá que llenan el espacio, con objetos al azar esparcidos por las superficies: marcos de fotos caídos, bolígrafos y papeles.

Mis ojos escrutan la zona lo mejor que pueden, atentos a cualquier movimiento y escuchando cualquier sonido.

Al no oír ni ver nada, cojo el picaporte y tiro de la puerta, apretando la mandíbula al comprobar que está abierta.

Addie no está aquí, pero eso ya lo sabía yo. Igual que sé que algo malo pasó en este lugar.

Entro en el edificio en silencio con Jay pegado a mí. El aire es rancio y pesado, lleno de polvo y podredumbre.

—¿Por qué coño la trajeron aquí? —susurra Jay barriendo la habitación con la mirada.

Sacudo la cabeza, porque el corazón me late en la garganta y soy incapaz de responder verbalmente. Pero eso es lo que estoy a punto de averiguar.

Para no perder más tiempo me apresuro a recorrer el espacio y compruebo que algunas habitaciones están vacías. En el fondo hay una escalera con una luz tenue que brilla más allá de los escalones, y el único sonido es el callado zumbido de la bombilla.

Vuelvo a mirar a Jay y me llevo el dedo a los labios antes de subir con cuidado las escaleras. No parece que haya actividad, pero sí hay luces encendidas, así que me la voy a jugar.

A medida que llego al último escalón el zumbido se hace más fuerte, y con él me invade un olor asqueroso que me quema las fosas nasales.

Casi me atraganto de lo rancio que es. Oigo a Jay toser detrás de mí.

Mierda puta. Es un olor que conozco muy bien.

Alguien ha muerto aquí arriba, y me apostaría sin dudarlo a que el cuerpo se está pudriendo en el mismo lugar donde ocurrió.

El rellano da a una pequeña zona oscura de la que parte un pasillo del que salen hilos de luz que se extienden desde el fondo hacia nosotros. Más adelante parece haber otra escalera que conduce al último piso.

Me pongo contra la pared, le hago un gesto a Jay para que me siga, luego miro detrás de la esquina y por el pasillo, y entrecierro los ojos al ver una sala abierta con lo que parece un portasueros en la esquina.

No veo mucho más desde donde estoy, pero estoy seguro de que aquí no hay nadie. Al menos, nadie vivo.

—Vamos —susurro dirigiéndome hacia la sala y apretando los dientes mientras el olor empeora.

En cuanto atravieso el umbral, me paro en seco y Jay se choca con mi espalda.

En el suelo hay un enorme charco de sangre seca y un hombre muerto tendido justo en medio. Está hinchado, en pleno proceso de descomposición.

—Joder, joder —murmura Jay mientras los dos miramos fijamente al desconocido, con el asco reflejado en nuestra cara. Los cadáveres no me molestan, pero la putrefacción es capaz de darle la vuelta al estómago más fuerte.

Noto enseguida que unas huellas secas y ensangrentadas salen del cadáver y se dirigen hacia la puerta en la que estamos de pie. Cojo el móvil, enciendo la linterna y sigo las huellas por el pasillo hasta la segunda escalera.

—Son de una mujer —dice Jay afianzando mis pensamientos. Me acerco con cuidado de no pisar la sangre—. ¿Crees que pueden ser de Addie?

—Lo más seguro —murmuro. Las huellas pertenecen a unos pies descalzos y pequeños. A no ser que secuestraran a más chicas además de a Addie, dudo que sean de nadie más.

Analizo las esquinas de la habitación y veo algunas cámaras apuntando en direcciones distintas.

—Cámaras —grito rodeando la sangre y metiéndome en la habitación. Esas confirmarán a quién pertenecen las huellas.

El corazón me late con fuerza al ver esta guarida de Frankenstein. Hay varias máquinas instaladas, una larga mesa de metal con gran cantidad de instrumentos y una cama con una manta desordenada colocada sobre ella.

—Lleva muerto varios días —observa Jay—. Le dispararon en la cabeza. Por la espalda.

Le escucho parlotear sobre su muerte mientras escudriño cada centímetro de la habitación.

—Sigamos las huellas —murmuro con el ceño fruncido mientras intento reconstruir lo que ha podido pasar.

Jay y yo las seguimos por el pasillo y subimos por la segunda escalera. Desde el último escalón se pasa directamente a un estudio. Toda la pared es de cristal, llenando la habitación de una luz natural increíble. A mi izquierda hay una cama enorme en el centro y a la derecha una pequeña cocina, con los platos en el fregadero lleno de moscas.

En la esquina de atrás del apartamento veo un tabique de azulejos blancos con una cabina de ducha por detrás.

Las huellas conducen hasta allí, y en la esquina hay una bata de hospital ensangrentada, ahora ya seca y arrugada.

Me quedo mirando, intentando procesar qué demonios pasó.

—De alguna manera… Addie tuvo algo que ver en la muerte de ese hombre. Y luego parece que vino aquí y se duchó —concluye Jay.

Sacudo la cabeza, llegando a la misma conclusión. La furia se filtra en mi visión, tiñéndolo todo de rojo.

—Addie u otra persona le disparó por detrás —conjeturo—. Lo más probable es que fuese otra

persona si ella acabó cubierta de su sangre y luego tuvo que ducharse para quitársela.

—¿Crees que estaba delante de él? —pregunta Jay con curiosidad.

—O debajo de él —gruño y me empiezan a temblar las manos mientras inundan mi cabeza imágenes de Addie siendo agredida por el hombre de abajo. Ya debía de ser jodido lo que intentara hacerle como para que un traficante de personas tuviera que intervenir y matarlo por eso.

Mi puño sale volando hacia la pared más cercana y la atravieso. Como un robot que funciona mal, la saco y la atravieso por segunda vez. Y una tercera, una cuarta y una quinta antes de que las manos de Jay me rodeen el brazo y, aprovechando mi impulso, me eche hacia atrás. Tropiezo, estamos a punto de caernos los dos de la fuerza.

—Tranquilo, colega —ladra con el sudor acumulado en la raya del pelo.

Rujo y sacudo bruscamente la cabeza, como un león al que le han dado un golpe en la melena. Tengo los nudillos partidos y mi sangre gotea por el suelo de cemento.

—Tendremos que limpiar cualquier rastro de tu sangre —murmura.

—Podría estar herida —digo ignorándolo. Estoy dispuesto a volver a bajar las escaleras y darle una paliza a un hombre muerto. Torturarlo de las peores formas posibles a pesar de que él no pueda sentir nada.

Joder. Qué ganas tengo de atravesar el velo que separa a los muertos de los vivos, meter la mano, arrebatarle el alma y hacerle desear no haber tenido una jamás.

Cada músculo de mi cuerpo está agarrotado y rebosa tensión.

—Vamos a encontrarla.

—Hackea las cámaras —le suelto acercándome a la enorme ventana y mirando hacia la parte trasera del edificio. Jay se sienta en el borde de la cama y la mira brevemente como si lo hubiera hecho en un pozo negro de ADN, luego abre el portátil y se pone a trabajar.

Miro a través de la suciedad y veo la furgoneta negra abandonada a la salida del aparcamiento. Aprieto los puños al observar el guardabarros lleno de golpes y los daños en el lado del conductor.

Estoy a puntito de volver a perder los papeles y pegarle un puñetazo a la ventana, así que intento relajarme, cerrando los ojos y haciendo crujir el cuello.

«Mantén la calma», me digo a mí mismo. Así una vez y otra, hasta que recupero el control. He visto cosas muy chungas en mi vida, más de las que la mayoría podría soportar, pero el secuestro de Addie es lo peor que he vivido. Ya no tengo control. Aunque con ella en realidad nunca lo tuve.

Le echaré gasolina sin dudarlo a todo lo que se cruce en mi camino y le prenderé fuego, con tal de que me lleve de vuelta a mi ratoncita.

—Zade, no vas a querer ver esto…, pero tienes que hacerlo.

Capítulo 11

El cazador



«Mi vida, ¿qué te he dicho sobre lo de liarte a bofetadas cuando estás enfadado?».

¿Por qué me atormenta ahora el eco de la voz de mi madre? La destrucción está al alcance de mi mano. Solo le tengo que dar vía libre. Sería tan sencillo como encender un mechero y prender una llamita que lo destruiría todo.

—¿Zade? —La voz de Jay se cuela entre los susurros de mi madre, que se desvanece como volutas del humo de un cigarro.

A propósito meto la mano en el bolsillo de la sudadera, saco uno del paquete y lo enciendo.

La boca de Jay se abre, preparada para unas palabras que, sinceramente, ahora mismo no quiero oír.

—No me digas que no fume y no me preguntes si estoy bien —lo corto con la voz ronca de rabia.

Cierra la boca y asiente con la cabeza, mirando el vídeo de Addie en la que se la ve luchando por sobrevivir, grabado hace siete días. Las cámaras no tienen audio, así que, aunque desconozco el motivo por el que el médico quiso secuestrarla, eso no cambia el hecho de que lo intentara, que me queda claro en el momento en que él la insta a salir de la cama y ella se resiste todo el rato.

Ella lo atacó con una especie de bisturí, y él la agredió a modo de represalia. Y luego le volaron la nuca mientras estaba encima de ella.

Y, aunque eso me jode enormemente, no es lo que más me hace hervir de rabia la sangre. Es el gilipollas que mató al médico, que luego la siguió escaleras arriba y la vio ducharse, joder.

«Rio».

Daya ha hecho los deberes y ha investigado a fondo. Si bien había mucha información sobre Rick Boreman, no se sabía casi nada de Rio, aparte de que nació y se crio en Puerto Rico, su expediente académico y que emigró a Estados Unidos cuando tenía dieciocho años. Fuera de eso, no pudo encontrar mucho más sobre él. Solo el apartamento en el que vive de alquiler y dos

multas por exceso de velocidad.

Yo puedo desmentirlo.

—Es un poco raro que este tío tenga cámaras en su habitación solo frente a la ducha y la cama —murmura Jay, más para sí mismo. Estoy demasiado ocupado inhalando el humo del cigarro como si me diera la vida en vez de quitármela. Si vuelvo a ver ese vídeo, es probable que saque la pistola y le dispare al monitor hasta que no queden más que fragmentos de plástico y metal.

Los dedos de Jay van por el teclado tan deprisa que me parece ver volar restos de su esmalte de uñas morado. El vídeo de cuando Addie estaba aquí desaparece y en su lugar se ven grabaciones archivadas de hace años.

Quienquiera que fuera este tío, llevaba décadas ejerciendo ilegalmente. Le traían a gente herida unas cuantas veces al mes; gente con pintas cuando menos dudosas.

Arrojo el cigarro al suelo y lo aplasto con la bota, echando el humo mientras veo a Jay pasar por encima de varias grabaciones. Justo cuando levanto la bota para apartar la colilla de una patada, me quedo quieto y aprieto la mandíbula.

«No tires basura al suelo».

Este lugar va a acabar convertido en cenizas cuando termine con él, pero le dije a Addie que no lo haría más, y voy a cumplir mi palabra.

Recojo la colilla, la meto en el bolsillo y me obligo a volver a concentrarme en la pantalla.

En ella aparecen varios vídeos de mujeres duchándose y, a cada vídeo que pasa, aprieto los dientes más y más fuerte hasta que amenazan con resquebrajarse todos los huesos de mi cara.

Todas llevan batas de hospital antes y después de la ducha, y muchas de ellas también vendajes o escayolas. Eran pacientes a las que, sin saberlo, grababa el médico para su disfrute personal.

Jay tiene el ceño fruncido ante cientos de vídeos en la pantalla. Pero entonces hace una pausa, y la duda impregna el aire.

—¿Qué? —pregunto, recorriendo con la mirada la pantalla hasta encontrar lo que él está viendo. Tardo un segundo en hacerlo, y entonces se me para el corazón—. Pon los vídeos.

Jay sacude la cabeza y dice:

—Ya sabes lo que pasa en ellos, Z. No tienes…

—Maldita sea, Jay, tengo que verlos. Sabes que es así y punto, joder.

Suspira, asiente dejando caer los hombros y hace clic en el vídeo. Es como en los rituales: yo no estaba allí para salvarlos en aquel momento, pero si ahora hago la vista gorda arderé en el infierno.

En la pantalla, el médico lleva a su cama a una mujer inconsciente que acaba de llegar de la segunda planta, donde probablemente le ha curado las heridas.

La tumba, le quita la bata de hospital y luego se quita él su propia ropa. Y profana su cuerpo inconsciente durante varios minutos. Se me revuelve el estómago del asco; una repugnancia que va a más, junto con un torbellino de ira y el deseo, cada vez mayor, de resucitarlo y poder

matarlo yo mismo.

Mientras Jay sigue revisando los vídeos, nos damos cuenta de que esa mujer era una de los cientos de pacientes a las que seguramente agredió mientras estaban inconscientes.

Y algunos pacientes también eran niños.

—Creo que ya hemos visto suficiente. No quiero seguir mirando esta mierda —dice Jay con la voz tensa e irregular.

Asiento con la cabeza al tiempo que aprieto los puños.

—Busca rápidamente quién es este tío.

Hace lo que le pido y me doy la vuelta. Quiero otro cigarro.

—Doctor Jim Garrison —me comunica quince minutos después—. Estuvo casado con Wilma Garrison, pero ella murió de un ataque al corazón en 2004. Hay varias denuncias de dos hijas de ella que alegaron sospechas sobre la muerte de su madre, pero él ordenó que incineraran a Wilma antes de que se pudiera hacer una autopsia, así que nunca salió nada. En el 2000 lo despidieron de un hospital por mala praxis, y compró este edificio tan solo unos meses después. Le metieron unas cuantas demandas, pero debía de tener un buen abogado porque se libró de todas por falta de pruebas. Parece que desde entonces este era su centro de operaciones.

A mí lo que me parece es que era un puto enfermo que les hacía barbaridades a sus pacientes, lo despidieron por ello y montó su propio chiringuito para llevar a cabo sus más oscuros deseos. Lo más seguro es que matara a su mujer; puede que ella descubriera lo que se traía entre manos o puede que, simple y llanamente, se cansara de ella.

—Vuelve a poner los vídeos de cuando traía a los pacientes. Quiero ver si reconozco a alguien.

Jay analiza de nuevo la cámara de la segunda planta, agradecido por ello porque ha tenido bastante con los que acabamos de ver. En las imágenes cientos de rostros diferentes traen heridos de todas las edades. La mayoría son mujeres y niños, pero también hay algunos hombres. Supongo que víctimas de tiroteos a los que, literalmente, les salió el tiro por la culata.

Jay da con un vídeo en el que el médico está curando, me parece, a una niña de cinco años con una herida de bala en el muslo. A los pies de la cama, un hombre gigantesco con el pelo castaño claro recogido en un moño y tatuajes por los brazos y el cuello observa fijamente cómo trabaja el médico.

Jay coloca el dedo en una tecla, listo para pasar al siguiente vídeo, pero le pongo una mano en el hombro y le detengo:

—Espera. Quiero ver este.

Tengo una sensación en las entrañas que no puedo explicar, pero que me dice que este tengo que verlo.

Me acerco más a la pantalla y me fijo en el hombre tatuado y en la niña que ha traído. Podría tratarse de un traficante de la zona y, si hay niñas heridas de bala, no me quiero ni imaginar por lo que deben pasar estos niños.

El médico está desesperado intentando estabilizar a la niña, le administra lo que supongo que es anestesia y, a continuación, la opera rápidamente, mientras la sangre brota de la pierna de la niña cuando extrae la bala. Parece como si el médico estuviese gritando, pero, tras pasarlo a doble velocidad, le vemos acabar con la niña y salir de la habitación. Durante todo el rato, el hombre tatuado ha estado inmóvil como una estatua, sin apenas moverse.

Frunzo el ceño y me centro en la pantalla mientras el hombre rodea la cama, levanta la mano y le aparta suavemente el pelo de la cara de la niña. Todavía está inconsciente por la anestesia, así que es imposible saber qué sentimientos tiene la niña hacia él.

Aprieto la mandíbula y miro con suma atención, intentando interpretar su ternura. ¿Es la de un pedófilo o la de alguien que la salvó? ¿Y cómo coño acabó la niña con una bala en la pierna?

No sé muy bien qué es, pero hay algo en este vídeo que me parece… importante.

—Mándame todos estos archivos y luego analizamos las cámaras de seguridad exteriores a ver si podemos descubrir el vehículo en el que se fueron.

Le doy a Jay una palmada en la espalda a modo de agradecimiento silencioso antes de volverme hacia las ventanas mugrientas.

Ha estado gestionando mi actitud como un campeón porque, incluso sumido en la tristeza y la furia, todavía soy capaz de reconocer que me estoy comportando como un insoportable gilipollas.

—Mierda —murmura Jay mientras teclea cada vez con más fuerza e intensidad. Aprieto los dientes, porque intuyo lo que me va a decir antes de que salga de su boca—. Detrás no hay cámaras. Tampoco hay cámaras orientadas hacia el aparcamiento desde otros edificios. Lo siento, tío. No tengo nada.

Echo la cabeza hacia atrás, inspirando profundamente por la nariz mientras un fuego negro me atraviesa los nervios. Addie hace solo una semana que se fue de aquí, pero eso es muchísimo tiempo dentro de las redes de tráfico de personas.

—¿Me has mandado los archivos? —pregunto. Ni siquiera reconozco mi propia voz.

—Sí —confirma Jay. Oigo ruidos mientras recoge sus cosas, porque intuye la destrucción en el horizonte.

—Sal de aquí, Jay.

—Sí, me piro pero ya.

—¿Jay?

Hace una pausa.

—¿Sí?

—Pon cámaras que apunten hacia estas ventanas. Y espera solo hasta después de que las rompa —le ordeno.

Duda, pero finalmente acepta y se marcha.

Le doy dos minutos para largarse. Dos minutos en los que se desata una batalla en mi cabeza, sale a la superficie y se desangra por el suelo, igual que el muerto hinchado que hay en la planta

de abajo.

Mi cuerpo se mueve de forma automática. Me dirijo a la habitación de hospital, rebusco en un armario, hago acopio de cortinas, ropa y todo lo que sea inflamable, y lo reparto por el edificio. A continuación, cojo líquidos con base de alcohol y los esparzo por el suelo. Los incendios en los hospitales son más frecuentes de lo que la mayoría cree, así que este dato me viene de la hostia para la destrucción que pretendo causar.

Después, cojo todas las sábanas que encuentro en el estudio y las ato hasta formar una cuerda muy larga que dejo a un lado.

Con la respiración agitada, me dirijo a un armario enorme de la cocina y vacío el contenido. Lo arrastro hasta la gigantesca ventana, lo apoyo cómodamente contra ella y doy un paso atrás.

Respiro profundamente, inhalando cada gramo de ira que me da la energía suficiente para asestarle una patada al mueble con todas mis fuerzas. El armario rompe los cristales y las telarañas que se extienden por toda la ventana. Con un gemido profundo, doy otra patada y el armario sale volando por los aires tras un crujido.

Me corto la piel con algunos fragmentos, pero apenas lo noto. Como tampoco siento el ensordecedor estruendo del armario al estrellarse contra el suelo.

Bajo a la segunda planta, donde yace muerto el médico, y me pongo guantes y una mascarilla que encuentro entre sus suministros. El hedor me atraviesa la nariz y los ojos, y la FFP2 no sirve de nada para filtrarlo.

Con dos capas de guantes agarro el cadáver por el cuello de la camisa y lo llevo a rastras hasta su estudio, donde este puto enfermo solía llevarse a las pacientes y violarlas mientras estaban inconscientes.

Independientemente de sus actividades extracurriculares, está claro que el médico estaba metido hasta las cejas en el tráfico de personas, lo que significa que con esto no solo enviaré un mensaje a la Sociedad, sino que también recibirán uno todos los traficantes que hayan tenido la desgracia de pisar este lugar.

Sabrán que Z lo sabe.

Tengo el estómago del revés por el fétido olor, y el vómito amenaza con subírseme por la garganta mientras arrastro el cadáver hasta la ventana. Cojo la última botella de alcohol y vierto todo su contenido encima del cuerpo.

Aguanto la respiración, agarro la cuerda hecha con sábanas, ato un extremo alrededor del torso de este depravado, por debajo de los brazos, y el otro a la estructura de la cama.

Y a continuación lo tiro por la puta ventana. Las patas del somier chirrían contra el suelo de hormigón mientras recorre unos metros antes de detenerse en seco.

Satisfecho, me quito los guantes y la mascarilla, saco otro cigarro, lo enciendo y le doy una calada profunda al tiempo que me siento en el borde de la cama. Acerco el mechero a una de las cortinas del suelo. El material prende y se extiende rápidamente.

Y luego disfruto del cigarro mientras veo cómo mi ira cobra vida ante mis ojos.

En el cerebro tengo ruido y silencio a la vez, un sonido blanco que ahoga cualquier pensamiento coherente. Siento a la vez todo y nada en absoluto, y nunca he sido más peligroso.

Nunca he sido tan letal.

Me río y disfruto viendo cómo arde este puto sito. Aquí ocurrieron cosas espantosas. Muchas víctimas, muchas mujeres y muchos niños a los que trajeron para curarlos temporalmente y después llevarlos a otro lugar y destrozarlos de nuevo.

Me levanto despacio y salgo de la sala. Mi cuerpo nota el calor, y el sudor me baja por la frente y la nuca. El humo me llena los pulmones y las llamas abrasan mi piel.

Sin embargo, no siento absolutamente nada.

Justo al salir del edificio respiro el aire fresco y veo a Jay totalmente desquiciado. Toso un par de veces, limpiándome los pulmones lo mejor que puedo antes de dar otra calada al cigarro.

—¿Estás de coña, colega? ¿Estás fumando mientras quemas un edificio? Acabas literalmente de inhalar una tonelada de mierda del incendio.

Ignorándolo, camino hacia la parte de atrás, donde el cadáver cuelga de la cuerda hecha de telas. El humo lame los marcos de la ventana y, aunque las sábanas empiezan a arder, las había dejado secas a propósito.

Me llevo el cigarrillo a los labios e inhalo una última vez antes de tirárselo al médico, cuyo cuerpo prende en llamas al instante.

Sonrío, y el humo sale de entre mis dientes.

Así está mejor.

Una señal clarísima para que todos los hijos de puta que se crucen en mi camino sepan lo que les espera: una bestia que ha hallado en el fuego su hogar.

Estas llamas se apagarán, pero las del infierno son eternas.

«Te veré allí, hijo de puta».

Le doy la espalda al infierno que he creado y me alejo contento.

Le dije a mi ratoncita que dejaría de tirar basura, pero algo me dice que, esta vez, a ella no le importaría.

Noviembre de 2021

La tía me la ha jugado, joder. Mierda, qué difícil me resulta hasta escribir ahora mismo de lo muchísimo que tiemblo.

Lo estaba haciendo fenomenal en el entrenamiento. Francesca hacía de mi cazadora, y durante un buen rato no pudo encontrarme. Pero, cuando lo hizo, descubrí que se tardan varios segundos en cargar otra flecha.

Diecisiete, para ser exactos.

Estaba actuando con cabeza: cronometré el tiempo que había corrido antes de esconderme. Le tendí una trampa para que disparara la flecha y yo pudiese salir corriendo otra vez. No me daba. Lo estaba haciendo DE PUTÍSIMA MADRE.

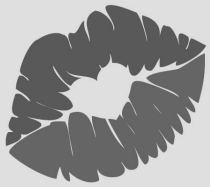
Entonces, la puta Sydney salió de detrás de un árbol, como si la muy zorra me estuviese esperando.

Y a continuación... ¡me puso la puta zancadilla! ¡LA ZANCADILLA! Como una niña en el patio del colegio.

¿Quién cojones hace algo así?

Aterricé de morros y dos segundos después me dio la flecha en la pierna. Por suerte, las de entrenar son de plástico, pero eso no viene para nada al caso.

Sobre todo, cuando una flecha clavada en la espalda será un juego de niños en comparación con lo que me van a hacer para castigarme.



Capítulo 12

El diamante



—¿Qué se siente al ser una fracasada? —susurra una voz detrás de mí.

Me recorre un escalofrío por la espalda al instante. Me giro y veo que tengo su cara a centímetros de la mía. Doy un paso atrás. Cierro el puño, tentada de estampárselo en la puta nariz.

Estoy de pie en mi habitación, a punto de desabrocharme los vaqueros y mirar los desperfectos, cuando se acerca ella sigilosamente por detrás.

—¿A ti qué cojones te pasa? —siseo. Se queda mirándome con los ojos muy abiertos y una sonrisa congelada en su puta cara de loca.

Trago saliva, inquieta y completamente alucinada.

—Creo que la mejor pregunta es qué es lo que no me pasa —replica riéndose. Se balancea sobre las puntas de los pies y sus ojos recorren mi cuerpo destrozado.

Francesca nos llevó al bosque de detrás de la casa a entrenar para la Cacería. Ella y sus hombres usaron flechas de plástico para derribarnos, disparándonos como si fuéramos cervatillos que huyen del hambriento estómago de un cazador.

El objetivo es que no te den, y el ardor que siento en la parte posterior del muslo me recuerda constantemente que he fallado estrepitosamente. Estuve a puntito de conseguirlo, pero entonces ocurrió lo de Sydney.

Me estaba esperando y sacó el pie justo cuando pasaba yo intentando esquivar las flechas de Francesca. Caí de boca sobre la fría tierra y, para cuando volví a levantarme, una flecha había surcado el aire y se me había clavado en la parte de atrás del muslo.

No me ha roto la piel, pero sé que mañana me levantaré con un moratón. Aunque estoy segura de que se quedará pequeño al lado de los que me hagan cuando reciba mi castigo.

—¿Qué coño te he hecho? —exclamo abriendo los brazos. Aumenta su sonrisa, y el brillo de sus ojos demuestra lo zumbada que está—. Estamos exactamente en la misma situación. ¿Por qué te comportas así?

—Oí a Francesca hablar de ti poco después de que llegaras. Dijo que prometías mucho y que podrías llegar a ser su mejor chica si lograba corregir tu actitud. Y entonces ayer cogen y te violan. Y yo le vi la cara a Francesca. Vi cómo estuvo a punto de interceder. Y eso no lo ha hecho jamás ni por mí ni por ninguna de las otras chicas. Pero entonces… —Levanta un dedo—. Entonces le diste un puñetazo a Rocco y le rompiste la nariz. Él quiso castigarte, ¿y sabes lo que hizo ella? Le dijo que la castigara a ella en vez de a ti. Eso sí que es algo que nunca ha hecho por ninguna de nosotras.

Me pregunto por qué Francesca hizo algo así.

—A ti te da privilegios que nosotras no tenemos porque cree que eres especial. Pues adivina qué, «diamante». Que yo no creo que seas especial para nada.

«En realidad, no importa lo que pienses, ¿verdad, zorra?».

No estoy muy segura de si Francesca seguirá teniendo confianza en mí después de haber suspendido la prueba de hoy, pero la audacia se me cala en los huesos igualmente.

Si ve potencial en mí —tanto como para protegerme—, es muy posible que yo consiga que me vea como una persona.

Nos consideran ganado. Un producto que debe moldearse hasta ser perfecto y enviar después al mejor postor. Sin embargo, cuanto más me considere como algo más allá de una etiqueta con el precio colgando, más se apiadará de mí. Eso podría hacer que Francesca bajara la guardia. Que se le escapara información o que me diese privilegios que podrían ayudarme a huir.

Mis pensamientos se aceleran con las posibilidades que eso entrañaría para mí. Sé que no estaré exenta del horror que conlleva la trata de personas, pero tal vez pueda salvarme de una parte de él.

Sydney entiende todo esto perfectamente, y quizá con toda la razón no esté nada contenta con ello. Hay un desequilibrio de poder, y las otras chicas podrían empezar a pensar igual que esta loca.

—Nos vamos a ir todas de aquí —le recuerdo—. Pronto nos mandarán con quien más dinero pague, y ya dará igual cómo Francesca me trate o me deje de tratar.

—No dará igual —gruñe—. Quiero quedarme aquí y, ahora que también estás tú, ella no lo permitirá. Ya la has oído.

Aprieto la mandíbula. Sydney no quiere que el diamante brille, porque eso significa que esperan que ella también lo haga. Y, cuando brillamos, pasamos a ser lo bastante buenas como para que nos vendan. Hay una cosa que a Francesca le importa por encima de todo lo demás: su reputación. Y solo existe algo que Sydney desea más que nada: que no la vendan. Por eso se porta tan mal y está todo el día dando por saco. No le importa que la castiguen, siempre que Francesca siga pensando que no es apta para ser subastada.

—¿Por qué tienes tantas ganas de quedarte aquí?

—Porque es mi casa. No tengo nada fuera, y prefiero estar aquí que encerrada con un viejo gordo con la polla como un gusano. ¡Y tú lo estás estropeando todo!

Parpadeo. Interesante descripción, pero no del todo errónea.

—«Aquí» también te violan, Sydney —señalo.

Se encoge de hombros.

—No está tan mal. Es a lo que estoy acostumbrada y con lo que me siento cómoda.

Parpadeo otra vez. No entiendo cómo alguien puede acostumbrarse a que la violen y la peguen. Aunque ella ha dejado caer que no tiene adónde ir. Con lo cual, fuera de esta casa la vida para Sydney está carente de toda esperanza. No existe. Seguramente, una vida llena de noches en la calle con cualquier tío.

Y supongo que para ella estar en una casa con los monstruos que ya conoce es más seguro que irse con un hombre que ha pagado dinero y se cree su dueño.

Los hombres tienen la curiosa costumbre de creerse con derecho sobre las mujeres, sobre todo cuando no las respetan. Como si su respeto fuera un factor determinante de cómo merecen ser tratadas.

Al menos los hombres de esta casa tienen normas y límites sobre lo que pueden hacernos. Principalmente mutilarnos o causarnos un daño permanente. Los hombres de la calle o los que nos compran en una subasta no las tienen.

—Así que esto es lo que hay, ¿no? —digo—. Vas a seguir aterrorizándome porque quieres engañar al sistema, cuando ninguna de las dos tendremos esa opción en ningún momento. Tal vez seas tú la que se cree especial cuando no lo eres.

Suelta una risita aguda que me destroza los nervios. Luego se da la vuelta y se marcha sin decir palabra, mirándome por encima del hombro de un modo indescifrable.

La persona por la que nos peleamos preferiría que nos vendieran al mejor postor, así que Sydney no solo está jodiéndome a mí al hacer que yo no supere una prueba, sino que directamente me está infligiendo un trauma.

Abuso. Violación. Cosas que ningún ser humano debería tener que sufrir, sobre todo por culpa de los celos o la mezquindad.

—Me la has jugado, Sydney —le digo y se detiene en seco—. No lo olvidaré.

De espaldas, echa la cabeza a un lado y desliza la mano por el marco de la puerta, como si se entretuviera con la idea mientras toca la madera con los dedos.

Finalmente, me mira una vez más por encima del hombro, con una sonrisa cerrada en los labios.

—Me voy a divertir mucho contigo, diamante. —Me guiña un ojo y se va, paseándose por el pasillo antes de desaparecer en una habitación al fondo.

La fulmino con la mirada durante todo el camino, y sé muy bien que siente el calor quemándole la espalda.

Lo más seguro es que a la muy puta le ponga todo esto, y mi lado vengativo va a estar encantado de joderla de la peor manera que se me ocurra cada vez que pueda.



En el piso de abajo resuenan unas estridentes carcajadas, que casi hacen vibrar el suelo bajo mis rodillas. Francesca y Rocco son los únicos que viven aquí, pero a él le gusta invitar a sus amiguitos violadores todos los días para que se metan grandes cantidades de droga en vena y hagan lo que quieran con las chicas cuando les dejan.

Aunque Rio y Rick deben de haber estado prácticamente viviendo aquí ahora que no los puede ver nadie. De todos modos, yo no hago más que rezar para que Rick me lo ponga fácil y se pire de esta casa, pero el muy payaso es demasiado vago y, con el flujo interminable de drogas que hay a su disposición, ha perdido definitivamente la cabeza. Ahora tiene dinero para que le den su basura directita en la mano.

En cualquier caso, son todos un puto asco, incapaces de cerrar el pico y dejar de hacer comentarios repugnantes cada vez que estamos cerca de ellos.

«Maldita sea, lo que daría por follarme ese culo apretado».

«¿Ves cómo rebota? Imagina cómo debe de ser cuando se la meta por detrás».

«Joder, tiene unas tetas para morirse. Estoy deseando follármelas».

Cada palabra me revuelve más y más el estómago, y las entrañas se me encogen como un trapo mojado enroscado en una cuerda llena de nudos. Las palabras de Sydney son lo único que hace que yo no diga ni pío.

Francesca tiene grandes esperanzas puestas en mí, y yo tengo que hacer todo lo que esté en mi mano para seguir bajo esa luz, aunque eso signifique romperme las muelas de la fuerza que me lleva mantener la boca cerrada.

Aún estoy medio dormida cuando Francesca se pasea ante nosotras. Ayer fue el entrenamiento para la Cacería, y me pasé la noche entera esperando el castigo, pero nunca llegó. Así que, cuando al amanecer irrumpió en mi habitación, yo todavía ni había cerrado los ojos.

—El protocolo es importante —empieza Francesca, caminando de un lado a otro de la fila, con sus tacones de diez centímetros acompasando el latido de mi corazón.

Siempre parece estar preparada para salir a una pasarela y desfilar, y me pregunto si pone tanto empeño en que su exterior parezca bonito porque su interior es un cementerio de huesos y podredumbre. Con lo bien que se le da vestir cadáveres, debería haberse montado una funeraria.

Se detiene ante mí y mantengo la mirada fija en sus pies. Tiene la punta del zapato un poco arañada. Me pregunto cuánto le molestará eso.

—Mírame.

Lo hago al instante, sin vacilar.

—Bésame el pie —me ordena levantando el zapato por la punta. Una parte de mí se pregunta si me ha leído la mente y me está castigando. Sin embargo, decido que probablemente sea el cabrón celestial, al que ahora le encanta ponerme a prueba.

Mi reacción inmediata es la ira absoluta. Mi boca empieza a acumular saliva, dispuesta a escupirle en el zapato, pero logro contenerme. A duras penas.

La duda me recorre la espalda, y necesito literalmente fuerza física para echarla hacia delante y hacer lo que me dice, posando suavemente mis labios sobre su sucio zapato.

—Ahora chúpalo.

Retuerzo los labios, que amenazan con emitir un gruñido, pero hago lo que me dice y lo lamo rápidamente, acumulándose en mi lengua la suciedad y Dios sabe qué más.

Supongo que sabe igual que su alma.

Cierro los ojos con fuerza, tratando de controlar los gritos de mi cabeza, antes de levantarme de nuevo, manteniendo baja la mirada. Como la mire a ella, verá la muerte en mis ojos.

Como si lo intuyera, se inclina hacia delante y me pasa un dedo por debajo de la barbilla. El metal frío de su anillo se filtra en mi piel al levantarme la cabeza.

—Sé que duele, pero, como vuelvas a dudar, la próxima acabarás besando el suelo con los dientes.

Reprimiendo las ganas de vomitar, asiento con la cabeza y susurro:

—Lo siento.

Sonríe coqueta y se endereza, satisfecha.

—Cada segundo que vaciléis es un motivo más para castigaros. Vuestro amo espera obediencia. No seréis más que pequeños zombis sin cerebro.

Sydney suelta una risita, levanta los brazos hacia delante y gruñe como un zombi de verdad. Yo abro los ojos de par en par, pero ninguna podemos reprimir la sorpresa, mirándola como si estuviera loca.

Bueno, qué cojones. Es que la muy zorra está como una cabra.

Francesca gruñe, se abalanza sobre ella y le da una bofetada en la cara. El sonido resuena en toda la sala. Del golpe se le va la cabeza a un lado y le vuela el pelo por el rostro. Sydney mira a Francesca a través de su pelo de modo inquietante y se vuelve a reír.

Francesca dobla la cintura.

—Tú sigue riéndote, Sydney, y yo seguiré dejando que Rocco te abra el culo hasta que me quepa a mí mi propio culo en él.

Trago saliva y vuelvo a mirar al suelo. Está como una puta cabra, pero no puedo evitar sentir compasión.

¿Sería Sydney una chica normal antes de que la secuestraran? ¿Tendría una vida normal, un trabajo, amigos, y saldría los fines de semana a ligar?

¿Quién era antes de morir por dentro?

Después de todo un día de entrenamiento agotador para aprender a servir a nuestros futuros amos, nos llevan la cena a nuestras habitaciones. A ninguna nos dejan comer juntas, y supongo que será porque no quieren que nos hagamos amigas, que unamos nuestras fuerzas y planeemos escapar juntas o alguna mierda por el estilo. Cuanto más solas nos sintamos, más desesperadas estaremos.

Nos dan sopa y galletas saladas. Es muy poca comida, pero, según Francesca, así no engordaremos. Al parecer, hasta los traficantes sexuales son gordófobos y también practican el *body shaming* con las mujeres. Qué más da que la única manera que tengan de meterla sea teniendo que robar el coño donde hacerlo.

Acabo de terminar de comer cuando oigo a Francesca chillar en el piso de abajo con un ruido de furia que resuena por toda la casa. Me quedo muy quieta y dejo lentamente el plato de sopa en la mesilla al oír unos pasos por la madera, aunque esta vez creo que no lleva tacones. Sube furiosa las escaleras y camina a toda prisa por el pasillo. Cuanto más se acerca a mí, más rápido me late el corazón.

Mi puerta se abre de golpe y entra en mi cuarto, haciendo que el pomo de la puerta haga más profundo el cráter de la pared por la fuerza.

Doy un respingo y me levanto de la cama, con el corazón desbocado. Se acerca a mí a pisotones y con la mirada fija.

—Lo estabas haciendo muy bien —escupe.

Abro la boca y sacudo la cabeza, sin habla, al tiempo que la confusión y la adrenalina se agitan en mi cerebro.

—¿Qué…?

—No te hagas la tonta —sisea antes de darme un revés que me atraviesa la mejilla y me hace soltar un grito ahogado.

Instintivamente, me agarro la mejilla del *shock*, que me paraliza por completo.

La vuelvo a mirar cuando me planta un zapato en la cara. O lo que queda de él. Son los mismos que llevaba antes, los mismos que me hizo besar y lamer: unos *stilettos* negros con tacón dorado. Solo que ahora la punta dorada del tacón está rajada, y tiene profundos arañazos en cada centímetro.

—Tú has hecho esto —me acusa—. ¡Se lo has hecho a todos mis putos zapatos!

Vuelvo a sacudir la cabeza, con los ojos muy abiertos y dejando aflorar una queja tras otra.

—Yo no he sido, Francesca, te lo juro. Yo no…

Otra fuerte bofetada en la misma mejilla interrumpe la verdad. Su pecho se agita de la rabia. Emana ira por los poros, y está tan furiosa que noto cómo me azotan las llamaradas de furia.

Se me llenan los ojos de lágrimas y tiemblo mientras intento que no caigan. No quiero mostrar ni un ápice de debilidad. Porque se creerá que lloro de culpabilidad. Se me nubla la vista y se me amontonan en la lengua todo tipo de insultos. Tengo que tragar varias veces para reprimirlos.

—Vi la mirada en tus ojos, «diamante». No finjas que no estabas planeando mi muerte. Eres

una mocosa malcriada y hacer «esto» —me dice poniéndome el zapato en la cara— no te va a hacer ningún favor.

—Fran…

—¡Cállate! —grita completamente iracunda. Me agarra del pelo y me tira al suelo, mientras un fuego ardiente me recorre el cuero cabelludo. Chillo. Ahoga el sonido rápidamente apretándome la cara contra el suelo de madera y empieza a bajarme las mallas.

Se me salen los ojos de las órbitas y el pánico empieza a anular mis sentidos.

—¡Espera, espera, Francesca, no fui yo!

Pero ella no me escucha.

—Esta será la última vez que me faltas al respeto. ¿Me has entendido? —grita cuando ya me ha bajado la tela más allá del culo.

Me retuerzo para intentar zafarme, pero me clava las uñas en la cadera y me obliga a volver al suelo. Aun así, no puedo dejar de luchar, sobre todo cuando intenta abrirme las piernas.

—¡Para! —grito con la vista nublada del pánico y un montón de lágrimas.

—Ven aquí —le dice a alguien, pero no veo a quién. Solo siento un peso presionándome y mi cuerpo empieza de verdad a luchar.

—¡Espera, espera, por favor, por favor, no fui yo! Yo no lo he hecho —sollozo desesperada por escapar pero incapaz de hacerlo. El peso me oprime la cabeza, impidiéndome ver o moverme, aunque puedo sentirlo todo.

Oh, Dios mío, puedo sentirlo todo. Introduce en mí el tacón roto de su zapato y grito mientras me desgarra.

—Por favor, por favor, por favor —grito. Grito y grito y grito, pero ella ya no me escucha.

Desaparecen sus manos y el peso de la persona que estaba sobre mí.

Francesca me tira de la cabeza hacia atrás y me obliga a mirarle su rostro retorcido por la ira. Está de rodillas, y con los ojos desorbitados sisea:

—No vuelvas a destrozar mis cosas o sufrirás algo mucho peor que esto. Juro por Dios que te haré desear la muerte. ¿Entendido?

Los sollozos me atormentan la garganta, y casi me sale la baba por la boca mientras grito:

—¡Yo no he sido!

Se echa hacia atrás y vuelve a pegarme. Me zumban los oídos, y ella sigue golpeándome sin pensar, una y otra vez, hasta que del dolor me quedo sin aliento.

—¡Maldita zorra inútil! —grita. Vuelve a levantarme la cabeza, pero yo ya soy incapaz de verla a través de los ríos que manan de mis ojos. Suelto una súplica ininteligible tras otra, pero ya ni siquiera yo sé lo que digo—. ¿Sabes lo que pasa cuando te vuelves inútil? Que acabas enterrada en una tumba sin nombre en algún lugar donde nadie te encontrará jamás.

Por fin me suelta casi golpeándome la cabeza contra la madera al hacerlo. Me hago un ovillo al instante, con el objeto todavía dolorosamente alojado en mi interior, pero no tengo fuerzas para sacarlo.

Los gemidos me desgarran la garganta, tan fuertes que no se puede oír nada más, casi incapaz de respirar. Francesca sale corriendo de la habitación, dejándome allí temblando con violencia y llorando a mares.

Noto de nuevo un cuerpo sobre el mío, que se agita inútilmente. Intento defenderme con los puños, pero no logro tocar nada.

—Shhh —susurra la voz. En cuanto me doy cuenta de que es la de Sydney, lucho con más fuerza aún, gritándole que se quite de encima, pero ahora mismo es demasiado para mí.

Se ha envuelto por completo en mi espalda, y sus piernas me rodean con fuerza la cintura y se encierran en mi estómago mientras me acaricia el pelo.

—Shhh, está bien —susurra de nuevo—. Ahora estaremos juntas.

La poca energía que me quedaba se disipa y lo único que soy capaz de hacer es sollozar.

Me coge la cara enrojecida y me levanta la barbilla. Apenas distingo sus grandes ojos castaños y una suave sonrisa. Me acaricia el pelo con las manos, cuidadosa, y las baja por mis mejillas, mirándome como si fuera su posesión más preciada.

—Bienvenida a casa —murmura.

Noviembre de 2021

¿Sabes que es lo más curioso del dolor? Que nunca hay un momento en el que simplemente pare. Como si fuera un interruptor que se enciende y se apaga. El dolor se va desvaneciendo. Poco a poco. Tan despacio que ni siquiera notas cuándo ya se ha ido del todo. En un momento lo sientes y aprendes a vivir con él, y de repente te das cuenta de que simplemente... se ha ido. Puf.

Me preguntaba cuánto tardaría en desaparecer el dolor mientras Sydney estaba alrededor de mí y no me soltaba. Cuando al fin lo hizo, era porque había llegado el momento de mi castigo.

Otra injusticia por culpa de la chica que tenía colgada como un koala.

Pero, claro, ¿cómo coño vamos a ~~dic~~ discernir qué es o no injusto cuando ya el mero hecho de que yo esté aquí es una injusticia monumental? Qué más da.

Me sacaron el zapato ensangrentado y lo sustituyeron por cosas muchísimo peores. Los amigotes de Rocco se lo pasaron de puta madre esa noche.

No sintieron dolor. Pero yo sí.

Aún lo siento. Losientolosientolosiento.

Y creo que esta vez va a tardar mucho tiempo en irse del todo. Tengo esa puta sensación.



Capítulo 13

El cazador



—Ellos trafican en el mercado negro —me cuenta Jay. Yo estoy mirando la grabación del hombre tatuado, el que llevó a una niña con una herida de bala al hospital de mala muerte del doctor Garrison—. Con órganos, para ser más específicos.

—¿Quiénes son «ellos»? —pregunto observando atentamente cómo el hombre saca a la niña herida del hospital, la coloca con cuidado en el asiento trasero de un Camaro rojo y se marcha a toda velocidad. O no le importaba evitar la única cámara de la fachada del edificio, o no se dio cuenta de que estaba allí. Tengo su número de matrícula.

Jay me da una foto. Es del hombre tatuado con otros tres más. Por su lenguaje corporal, parecen muy cómodos entre ellos.

—Ellos. Se llaman a sí mismos la Hermandad del Basilisco. Y todo el mundo los conoce en el mercado negro por traficar con órganos. Ryker, Daire, Kace y Slade. Nadie sabe sus verdaderos apellidos.

Cierro los ojos, reprimiendo el temperamento. Últimamente lo controlo poco o nada.

—Antes de que te pongas como una hidra y te dispongas a matar a nadie, Shere Khan, dicen que en realidad no son tan malos como los pintan.

Lanzo una mirada a Jay, pero me ignora. Doy más miedo que Shere Khan el tigre, y él lo sabe.

—¿Por qué dices eso?

—Por algunos comentarios que he leído en foros de la *Dark Web* —dice, encogiéndose de hombros—. No sé por qué, pero me da la sensación de que esos rumores son ciertos.

Ya veremos.

—En cualquier caso, seguro que están al tanto de las idas y venidas de las redes de trata —especulo.

Jay me mira fijamente, y con ese silencio me dice que está de acuerdo conmigo.

Si venden o subastan a Addie, estos tíos podrían rastrearla, lo que significa que necesito tener unas palabritas con la Hermandad del Basilisco.

—Dame un segundo y me pondré en contacto con ellos —digo incorporándome y haciéndole un gesto a Jay para que se aparte. Refunfuña algo sobre que el ordenador es suyo, pero no le hago caso.

Jay es buenísimo en lo que hace. Asombroso, diría yo.

Pero yo soy mejor.

Me siento y abro varios programas. El primero es un *software* de reconocimiento facial. Me da una coincidencia con todas las cámaras en las que han aparecido sus caras. Me quedo algo impresionado cuando veo las pocas que son.

El rostro de Ryker es el que más aparece: el mismo hombre grande y con cara de mala hostia que llevó a la niña al médico. A diferencia de las imágenes pixeladas del hospital, las de esta cámara captan una imagen nítida de él.

Tiene un aspecto interesante: rasgos afilados, pelo largo que al parecer siempre lleva recogido, ojos pálidos de color gris verdoso, barba de tres días y un *piercing* en la nariz. El tipo de cara que hace que las mujeres caigan a sus pies.

A los otros tres tampoco creo que les cueste conquistar a una mujer, aunque son increíblemente distintos entre sí. Es evidente que no son hermanos de verdad, pero estoy seguro de que actúan como si lo fueran.

—Te llevarás muy bien con ellos —me dice Jay por encima de mi hombro—. Todos estáis en un negocio en el que mantenerse a la sombra es clave. Y, sin embargo, cada uno de vosotros destaca como un caramelo en medio de un plato de gachas. Caramelos muy apetecibles, ya que estamos.

Bueno, ya. Yo no pedí ser guapo.

No le hago caso y reduzco la búsqueda hasta el último lugar donde se les vio: Portland, Oregón. Una ciudad enorme y un buen sitio donde esconderse.

También es un lugar importante en la trata de personas. Campa a sus anchas la prostitución, que es una de las formas de trata más flagrantes. La policía se pasa más tiempo deteniendo a las chicas que intentando salvarlas.

Viva Estados Unidos.

En el vídeo parece como si estuvieran haciendo algún tipo de intercambio. Podrían ser drogas, pero la cocaína o la heroína son juegos de niños al lado del tráfico de órganos. Será intuición, pero no creo que ninguno sea drogadicto.

Reviso diferentes programas hasta que por fin doy con las imágenes de hace dos semanas de la cámara Nest de una casa de una zona residencial. El Camaro rojo entra por el camino de acceso y los cuatro hombres salen del coche.

Una mujer mayor los recibe moviendo la mano animadamente en la puerta principal. La Nest capta el audio, así que, cuando se oye la voz de ella, queda claro que la dueña de la casa es de la familia o les cae bien.

Los saluda con mucho alboroto, y los hombres van hacia ella como unos niños lo harían con

su abuela.

—¡Nunca voy a poder aceptar lo mayores que estáis! —exclama abrazando primero a Ryker y luego a los otros tres.

—¿Qué pasa, Mamá T? —dice Daire con una sonrisa. Rodea a la mujer con un brazo y le despeina el pelo corto plateado con la otra. Ella lo regaña cariñosamente mientras desaparecen en el interior de la casa y sus voces se apagan rápidamente.

Cierro el programa, abro el navegador y busco la ruta más rápida para ir a Portland. Me da que voy a pasar mucho tiempo allí.

—¿Vas a su casa?

Giro la cabeza y veo a Jay por el rabillo del ojo, con una mirada de desaprobación.

—¿Y adónde si no?

—Los vas a cabrear.

—A ella no le voy a hacer daño —digo con el ceño fruncido.

—¿Y tú crees que eso a ellos les importa? Tu presencia será ya de por sí una amenaza.

Le doy la vuelta a la silla completamente, arqueo una ceja, me reclino y cruzo los brazos.

—¿Tengo aspecto amenazador?

Echa la cabeza hacia atrás y suspira dramáticamente.

—Los dos sabemos que eres una mala zorra, Zade. Esa no es la cuestión. —Alargo la mano y le doy un golpe con el puño en el muslo en respuesta a que me llame mala puta, ganándome así un «au».

—No, la cuestión es que esta es mi opción más rápida. Les daré una muy buena razón para que vengan conmigo, y me aseguraré de que lleguemos a un acuerdo que nos beneficie a todos. No tengo tiempo para aprenderme los entresijos del tráfico de personas. Es complicadísimo, y mi objetivo principal los últimos años ha sido localizar las redes a las que llevan a las chicas que ya han secuestrado. A Addie la pueden vender cualquier día si es que no lo han hecho ya, así que necesito cubrir mis bases. Mientras trato de encontrar dónde la tienen, necesito a alguien que entienda el negocio y que vigile cuándo o adónde se la van a llevar.

Jay suspira, porque sabe que yo voy a hacer lo que quiero igualmente.

—De acuerdo. Pero no seas un capullo con esa mujer.

Sonrío.

—No te preocupes. Las damas me adoran.



—¡Fuera de mi casa ahora mismo, cabronazo! —grita Teresa, también conocida como Mamá T, señalándome con el dedo—. ¿Piensas que puedes entrar en mi casa así como así? ¿Quién te crees que eres?

Me repantingo en el sofá, meneando el trasero hasta que me siento cómodo.

—Un hombre muy desesperado, Teresa Baker —digo echándole un vistazo a la casa despreocupadamente. Es muy acogedora, y todo tiene su sitio.

Paredes color crema con sofás a juego, cuadros de flores granates a una distancia exacta, muebles de madera a juego cuyas superficies marrones relucen como si les hubiera quitado el polvo hace un segundo y medio, y una jaula blanca colgada en un rincón, con un pequeño Piolín gorjeando en su interior.

¿Tendrá un Silvestre también?

Se mofa:

—¿Y eso qué demonios tiene que ver conmigo?

—Conoces a algunos hombres con los que necesito hablar. ¿Te suena Ryker? ¿Slade, Daire o Kace?

Su rostro palidece al instante y entreabre sus finos labios rojos mientras busca una respuesta.

Demasiado despacio, Mamá T.

—Llámalos. Que vengan enseguida. Eso es todo lo que quiero.

Suelta una carcajada divertida.

—Tú sabes que te van a matar, ¿verdad?

—¿Y por qué, si lo estamos pasando la mar de bien?

Me mira, se sienta en su silla y descuelga el teléfono. Probablemente sea una de las quince personas del mundo que todavía tiene teléfono fijo.

Sus ojos verdes me miran como cuchillos afilados mientras se lleva el teléfono a la oreja. Le sonrío de oreja a oreja, aunque me da que ha resultado un poco aterrador.

—Ven aquí ahora mismo y tráete a tus hermanos —dice después de que alguien conteste, mirándome enfadadísima. Añade rápidamente—: No, no estoy herida. Ha venido un hombre que os quiere ver a los cuatro.

Quien sea que esté al otro lado del teléfono debe de estar de acuerdo, porque Mamá T cuelga el teléfono sin decir nada más. Me sigue mirando mal, cuelga un poco bruscamente y se hace un silencio incómodo.

Mamá T no es para nada una mujer de su edad al uso, ni se corta un pelo cuando me mira sin apartar los ojos. A pesar de sus cincuenta y tantos años, tiene mucho rollo: tatuajes en el cuello, un *piercing* Monroe, un aro en la nariz y los labios pintados de rojo oscuro.

—Han secuestrado a mi chica —le digo con la esperanza de apaciguar un poco su ira.

Lo cierto es que no tengo ningún interés en hacerle daño a una mujer mayor. Odio incomodarla, pero debo hacer esto para conseguir lo que necesito. Prefiero que se sienta relajada en mi presencia; lo relajada que pueda sentirse una persona cuando tienes a un hombre de casi dos metros y lleno de cicatrices por todo el cuerpo sentado en el sofá de tu casa.

Me mira sin comprender, esperando a que continúe.

—Se la llevó gente muy mala y poderosa. Podría estar en cualquier parte del mundo en este

momento. Y resulta que tus chicos son especialistas en lo que yo posiblemente necesite para localizarla.

Apoya los codos en las rodillas separadas y parece como si mirara más allá de mi carne y dentro de mi alma. Me quedo quieto. Nunca me ha molestado que la gente me vea tal como soy.

—Eres un hombre malo y poderoso.

Me encojo de hombros.

—Y también alguien con muy poco tiempo que perder. Tengo muy clara mi hombría, así que no me cuesta nada admitir si necesito ayuda.

Levanta las finas cejas y me mira como diciendo «al menos, tienes eso a tu favor».

También me gustaría pensar que soy guapo, pero lo dejaré pasar.

—¿Y qué te hace pensar que mis chicos te ayudarán? ¿Vas a hacer que mi vida sea tu moneda de cambio?

—Claro que no —gorjeo como el pájaro que pía en la jaula—. Solo un hombre débil haría daño a una mujer inocente para conseguir lo que quiere.

Arquea una ceja, poco impresionada. No puedo evitar sonreír.

—Lo acabas de decir: soy un hombre malo y poderoso. Tengo contactos y muchos recursos propios. Con cualquier cosa que necesiten, yo puedo ayudarlos, en cuanto mi chica esté sana y salva.

Asiente con la cabeza, aunque no parece convencida. No me preocupa lo que me pidan estos tíos. Si hay algo que no sepa, no me costará averiguarlo. Cuando llegue el momento de cobrar, Addie estará junto a mí y tendré todo el tiempo del mundo para conseguir lo que me pidan.

—Bueno, no apruebo tus métodos, pero estuve casada en una ocasión y habría matado por tener aunque fuera una fracción del amor que tú sientes por tu chica.

—Venga ya, todavía tienes tiempo. Aún puedes encontrar a tu gran amor.

Pone los ojos en blanco.

—Estoy demasiado mayor para esa mierda. Ya tengo a mis hijos, y eso me basta. Pero la próxima vez ¿te importaría llamarme? Casi me da un maldito infarto.

—Lo siento, Teresa —digo con sinceridad y la mano en el corazón. Pero solo consigo que me vuelva a poner los ojos en blanco.

—Llámame Mamá T.

Sonrío, contento de que me haya aceptado. Se lo dije a Jay: las damas me adoran.



Si la Hermandad del Basilisco no respetara a Teresa, habrían tirado la puerta abajo para llegar hasta mí. Pero, en lugar de eso, entran rápidamente y los cuatro casi tropiezan entre sí al hacerlo.

Teresa ya los está esperando en la puerta, con las manos en alto en un gesto tranquilizador.

—Calmaos, chicos. No ha venido a hacerme daño.

Slade la agarra por los brazos y la hace girar para comprobar si está herida. Ella se zafa y le da un manotazo.

—Basta, que estoy bien. Puedo cuidar de mí misma.

Los ojos de Ryker me ven inmediatamente. Corre hacia mí, pero, antes de que pueda dar un paso más, Teresa lo coge del brazo.

Él gira la cabeza hacia ella, sorprendido, y ella lo fulmina con la mirada.

—¿Estás sordo, joder, o es que yo ahora soy muda? ¿Qué te he dicho? No está aquí para hacerme daño, así que cálmate.

Ryker me mira de nuevo, con una mezcla de ira y desconcierto en la cara.

Le doy un mordisco a una galleta de chocolate y le sonrío con los labios cerrados mientras mastico.

Qué ricas están estas galletas, joder.

—¿Quién coño eres? —ladra Ryker mientras los otros tres lo rodean. Con el pecho inflado como un pavo, la barbilla erguida y las manos preparadas para sacar las armas.

Teresa pone los ojos en blanco y murmura en voz baja, saliendo de detrás de ellos para sentarse en su silla con un resoplido irritado.

«Los hombres sois como niños».

Me levanto lentamente y me limpio las migas de las manos en los vaqueros.

—Z. —Es mi única respuesta, y Ryker frunce el ceño.

—Z —repite secamente como si no me creyera.

—Eso es lo que he dicho.

—¿Como la letra «z»? —pregunta Daire. Tiene dos *piercings* microdermales de diamante por encima de una gruesa ceja negra, que brillan cuando la arquea.

—Sí —digo. Las presentaciones no tienen sentido si se pueden contar con los dedos de una mano las personas que me han visto la cara. Cualquiera podría decir que soy yo, pero todos fracasarían a la hora de demostrarlo.

Slade resopla, poniendo en blanco sus ojos oscuros, que hacen un interesante contraste con las ondas de pelo rubio sucio que le caen por encima.

El único que no tiene mucho que decir es Kace, que se aparta y me observa atentamente. Si fuera más cobarde, me incomodaría.

—Digamos que me importa una mierda que seas Z: ¿por qué estás aquí y qué haces en casa de Teresa?

—Bueno, para ponerme en contacto con vosotros, claro. Perdonad que me haya plantado así, pero el tiempo apremia —respondo con una sonrisa. Ryker gruñe en respuesta.

Conmovedor.

—¿Os suena el doctor Garrison?

Se produce un silencio colectivo unos instantes, y entonces Daire se ríe entre dientes:

—Fuiste tú, ¿verdad? El que le prendió fuego a él y a su casa.

—Sí, claro que fui yo —respondo—. Encontré unas imágenes intrigantes con la cara de Ryker por casualidad. Lo suficientemente intrigantes como para que las investigara, y es como si el mismísimo Dios me hubiese hecho un regalo. Dicen por ahí que todos vosotros os dedicáis a un negocio… muy particular. Y necesito vuestros servicios.

Ryker echa un vistazo a Teresa, que nos contempla a todos con un tedio absoluto.

Como nota que Ryker quiere mantener el secreto, Mamá T mueve la mano:

—Idos todos de aquí. Es la hora de mi siesta.

Ryker me mira antes de acercarse a una mesa auxiliar junto a la silla de Teresa y coger un recibo arrugado y un bolígrafo. Ella refunfuña cuando él empieza a garabatear en él, pero no lo detiene.

Se endereza y me da el papelito.

—Nos has pillado en medio de algo. Nos vemos en esta dirección dentro de cuatro horas. No llegues tarde. Y ahora lárgate.

Arqueo una ceja al ver que en el papel pone crema de hemorroides, pero rápidamente decido que no es asunto mío lo que le moleste en el culo a Teresa.

—Seré puntual —digo—. Adiós, Mamá T.

—Buena suerte —me dice. Le hago un gesto con la mano antes de abrir y cerrar la puerta tras de mí.

No necesito suerte, sino la ayuda de cuatro hombres que probablemente me van a dar tanto por culo que quien al final va a necesitar la crema de las hemorroides voy a ser yo.

Capítulo 14

El diamante



«Así me gusta, ratoncita. Abre esa boquita y chúpamela…».

«Has sido una chica mala, ratoncita. ¡Cómo te gusta que te castigue!».

«Podría pasarme los días comiéndote el coño y nunca tendría bastante…».

«¡Joder, nena! Soy adicto a ti…».

Me despierto de un sobresalto y, por un maravilloso segundo, creo que estoy en Parsons Manor con Zade; inundan mi mente imágenes de sus ojos disparejos y su sonrisa autocomplaciente. Pero los recuerdos se van disipando cuando, al moverme con tanta brusquedad, siento en la cabeza un dolor punzante de cuchillas afiladas; su voz de tenor se apaga mientras el pálpito que irradia mi entrepierna se transforma en una maldición lanzada por una pérfida bruja que no me permite olvidar.

La luz que atraviesa las polvorientas cortinas parece reírse de mí. La migraña se intensifica, así que entrecierro los ojos e intento acostumbrarlos a la luz fijándolos en la sucia ventana.

Hace frío, pero no parece que nos vaya a castigar la habitual lluvia.

El de allí arriba es un verdadero cabrón. ¿Por qué si no habría elegido que brillara el sol en un día tan espantoso?

Hoy se celebra la Cacería y los cuchicheos han tomado la casa.

Por si esto fuera poco, no tengo el cuerpo tan machacado como pensaba. En cuanto al alma… Esa está hecha añicos. Por lo menos puedo tirarme un pedo sin miedo a desmayarme. Eso debería ser bueno, ¿no?

Error. Si no me pudiera mover, tendría una excusa para librarme de la Cacería.

A pesar de la paliza que me dieron hace tres días como castigo por no pasar la prueba, se me están curando las heridas y de nada serviría mentir acerca de mi integridad física cuando hay otras chicas a las que obligan a participar. Me sentiría como una cobarde.

«Alabado sea Dios por esos pequeños dones de la vida y por permitirme ver la luz de un nuevo día y tirarme pedos como es debido. Por mi coño moreno, amén, cabrón».

A Phoebe, Bethany y Gloria las violaron a la vez que a mí. Jillian no se atrevió a levantar la cabeza cuando pasó a nuestro lado, pero Sydney se rio descaradamente de nosotras. Me moría de ganas de agarrarla por la cabellera y estamparla contra el mugroso suelo. Al fin y al cabo, estuve en ese mismo suelo lesionada y rodeada de tipejos desnudos por su culpa, por el numerito que montó con Francesca.

En lo único que era capaz de pensar mientras me pasaban de tío en tío era en cuánto la odiaba: odiaba ese sentimiento de superioridad y la odiaba a ella por haberme saboteado.

Fue eso lo que me ayudó a soportar el degradante toqueteo y las penetraciones violentas de tíos que no eran mi sombra.

Rio me llevó a la cama después, ya que no era capaz de mantenerme en pie por el abuso que había sufrido mi cuerpo. No se atrevió a mirarme a la cara. ¿Cómo iba a hacerlo si no movió un dedo mientras esos tipejos abusaban de mí? Luego recogió lo que quedaba de esta pobre chica y la acompañó a la cama solo porque Francesca se lo pidió.

Por lo menos se dignó a hablar conmigo. Me contó la historia de un ser mitológico que al parecer había aterrorizado Puerto Rico. Me juró que, cuando él era pequeño, estaba jugando con su hermana menor cuando lo vio durante unos instantes. Después desapareció.

No sé a qué vino esa historia. A lo mejor intentaba distraerme y supongo que funcionó. Me regaló un monstruo fantástico para que me olvidara de los de carne y hueso.

—¡Levanta de ahí! —No me esperaba la hostia que sucedió a la orden y dejo escapar un grito, mezcla de dolor y sorpresa. Ni siquiera la he oído entrar, pese a sus ruidosos tacones. ¿Habrá cambiado de zapatos?

Subo la cabeza y me encuentro a Francesca observándome detenidamente. Tiene el ceño fruncido, en claro contraste con sus labios rosa fuerte. Me mira decepcionada, haciendo que me sienta insignificante. Odio esa sensación.

Abro la boca para hablar, pero no me salen las palabras. ¿Qué voy a hacer? ¿Disculparme?

Después de que me atacara con el tacón roto y de que me violaran en manada los amigos de Rocco, no se atrevió a mirarme en todo el día. Ayer conseguí por fin convencerla de que había sido Sydney la que había roto sus cosas.

No me pidió perdón. Ni siquiera mostró remordimientos, aunque encerró a Sydney un día entero en un sótano que hay en la casa. Casi siento vergüenza al admitir que fue reconfortante oír sus gritos. He cambiado tanto… No hay quien reconozca a la antigua Addie.

Nunca antes había deseado lastimar a nadie ni había sentido el impulso de agarrar una navaja y rajarle el cuello a alguien de oreja a oreja.

Ese sentimiento se apodera de mí. No puedo contenerlo y Sydney no es la única a la que va dirigido. Estoy cabreada con todos los que habitan esta casa, con la excepción de las víctimas inocentes como yo.

Pero sobre todo con Francesca y con cada uno de los tipejos que me robaron un pedacito del alma esa noche; un trozo que ni siquiera Zade será capaz de reponer: en mi inocencia siempre

existirán lagunas.

—Vete a prepararte al camerino. Los invitados llegarán pronto. —Me mira de arriba abajo con sarcasmo—. Ponte guapa. —Sus palabras se me clavan en la piel como alfileres. Tras esto da media vuelta y se va, taconeando en el suelo de tarima.

Hago rechinar los dientes. Me cuesta un esfuerzo sobrehumano no gritar de ira, dolor o de simple frustración. En lugar de eso, me obligo a mover mi magullado cuerpo, me levanto del camastro y camino sigilosamente hasta el camerino.

El murmullo de voces masculinas que llega desde abajo consigue que se me forme un nudo en la garganta y me esfuerzo por tragármelo.

Me encuentro con Phoebe en la puerta y las dos apartamos la vista en cuanto nuestras miradas se cruzan. Somos incapaces de conectar, a pesar de haber compartido el mismo sufrimiento. Cuando entramos en la habitación, llevamos la pena, la vergüenza y el dolor grabados en la frente.

Bethany y Gloria están revisando la ropa de un perchero que ha debido de colocar Francesca para que elijamos nuestro atuendo. Las prendas no son provocativas, sino que de la barra metálica cuelga ropa de abrigo.

Me imagino que, con el frío que hace, sería poco práctico que cinco chicas que corren por su vida lo hicieran con un tanga incrustado en el culo y unas borlitas colgando de los pezones.

Jillian está sentada frente al tocador, aplicándose corrector a ver si así consigue disimular las oscuras ojeras que circundan sus ojos. Nuestras miradas se cruzan un segundo, pero aparta la vista inmediatamente. No la había visto desde que nos castigaron. Al parecer ha estado enferma y se ha saltado las dos últimas clases.

Un enjambre de abejas furiosas se me agolpa en la garganta al verla. No puedo evitar este incontrolable rencor que maneja los hilos de mi corazón, convirtiéndolo en una marioneta de destrucción masiva.

¿Consiguió dormir aquella noche, oyendo a tres chicas gritar de dolor y suplicar que pararan? Súplicas, súplicas y más súplicas.

Por favor.

Para, por favor.

Por favor, te lo pido.

Por favor, por favor, por favor…

¿Habrá llegado a cansarse de la palabra? ¿Le sonará hueca? Como aquellas que, a base de repetirlas, pierden su significado. Acaban siendo un galimatías, una cacofonía de diferentes tonos que no tiene ningún sentido; una palabra es una compleja creación del ser humano para comunicar sus deseos y necesidades, pero ¿para qué coño sirve si no hay nadie escuchando?

Vuelven a cruzarse nuestras miradas. Un brillo luminoso decora sus párpados. Aparecen de nuevo la pena, la vergüenza y el dolor.

Consiguió salir ilesa aquella noche y, por lo que parece, el sentimiento de culpa de la

superviviente la ha estado devorando por dentro.

Me voy aplacando y me regaño a mí misma por dirigir mi ira hacia quien no se la merece. Jillian solo trata de sobrevivir, como todas nosotras. Esto no es culpa suya.

Entonces entra Sydney, toda engreída, y mi rabia injustificada contra Jillian se dirige hacia la persona que más se la merece. Actúa como si no se hubiera pasado el día gritando en un sótano.

Me dirijo al tocador que está junto al de Jillian con movimientos robóticos. Mis huesos parecen bisagras oxidadas cuando alargo el brazo para alcanzar la brocha rosa fuerte y el corrector. Necesitaría echármelo a paladas para conseguir disimular los rastros del dolor, pero me conformo con unos toquecitos.

Con manos temblorosas me aplico el producto que se supone que va a esconder mi sufrimiento. Se oye a Bethany y Phoebe hablar de fondo; susurros preñados de miedo y consuelo.

Qué traviesas.

Me planteo cotillear la conversación, pero me distraigo cuando Sydney se despoja de la ropa hasta quedarse desnuda. Tanto Jillian como yo tenemos una panorámica perfecta a través de nuestros espejos. Las dos nos quedamos de piedra, con las manos suspendidas en el aire, mientras observamos a la trastornada que está a nuestras espaldas elegir la ropa del perchero.

Los susurros de Bethany y Phoebe se van amortiguando y enseguida la habitación está inquietantemente prendada de ella.

No soy capaz de apartar la mirada mientras canturrea, coge una camisa del perchero y la estudia como si fuera una chica normal de compras en una boutique elegante. No le molestan en absoluto los ojos puestos en su piel desnuda.

Me centro en Jillian para desviar la atención. Se mira fijamente en el espejo, tratando de evitar el cuerpo desnudo de Sydney.

—¿Tienes algún consejo? —le pregunto con un hilo de voz, ronca de tanto gritar.

Veo que la pregunta la descoloca por el rabillo del ojo. Recobra el dominio de sí misma y continúa aplicándose el corrector, carraspeando.

—Borra tus huellas —dice tranquila con su fuerte acento ruso. Tiene una voz bonita. A los amigos de Rocco también les gusta—. Y corre solo si es necesario. No se trata de llegar lejos, sino de asegurarte de que no te encuentren. Podrías correr durante horas y seguirías guiándolos hacia ti.

—No pueden cogerte si no saben dónde estás —digo en voz baja. Suena áspero y entrecortado, aunque no me molesto en repetirlo—. ¿Y las trampas?

—Conté la distancia que había entre ellas como bien pude. Hay una cada diez metros más o menos. Mantienen una distancia constante para que los cazadores puedan evitarlas.

Me muerdo el labio.

—Gracias por ayudarme.

—No hace falta que digas nada.

Más me vale o tendremos problemas las dos.

Caemos en un profundo silencio. No me ofrece ningún consuelo, pero tampoco es lo que espero de ella. Ni de nadie.

Veinticinco minutos después, estamos todas vestidas con vaqueros y camisas de manga larga. La ropa no nos protegerá de los elementos y mucho menos de las puntas de flecha metálicas que se clavarán en nuestro cuerpo a velocidad de vértigo. De todas formas será la adrenalina la que nos impulse a correr, así que tampoco pasaremos frío.

Al oír los tacones de Francesca que resuenan en la escalera, el pánico se adueña de mí, provocando que cualquier sensación de control a la que me aferraba se resbale entre los dedos como si los tuviera untados de aceite.

—¿Estáis listas? —Su voz tiene el mismo efecto que un puñetazo en la boca del estómago. La observo a través del espejo. Pasa revista y chasquea la lengua cuando juzga que estamos presentables.

»Vamos. Es hora de comer. Después os enseñaremos a comportaros con corrección esta noche. La Cacería empezará al anochecer. Si sobrevivís, se os pedirá que os mezcléis con los invitados cuando todo termine.

Intercambiamos miradas de pánico y hasta de sorpresa en el caso de Sydney.

Bethany levanta una temblorosa mano pidiendo permiso para hablar:

—¿Estás diciendo que tenemos que hacer la Cacería… de noche? —pregunta indecisa.

Francesca arquea una ceja.

—Eso he dicho.

Tras esto se da media vuelta y sale de la habitación, esperando, sin duda, que la sigamos. Salimos detrás de ella despacio, no sin antes buscarnos con los ojos para compartir el miedo.

Estamos jodidas. Estamos todas jodidas.



«En fila india, chicas. Debemos estar en una fila bien formada cuando saludemos a vuestros potenciales violadores. Causad una buena impresión y tal vez sean amables cuando os violen».

Las sonoras carcajadas y las voces profundas consiguen que se me forme un nudo en la garganta. Pareciera como si el corazón quisiera escaparse de mi cuerpo; salir de su jaula dorada y abrirse camino con uñas y dientes para huir de su cautiverio.

Joder, creo que me voy a desmayar.

Me tiemblan las piernas, así que me aferro al pasamanos con tanta fuerza que mis nudillos pierden todo el color. Es eso o me caigo de bruces al suelo.

—Contrólate —me susurra Jillian con dureza desde atrás.

—Me lo dice la que se libró del castigo hace tres días —me defiendo.

Eso la pone en su sitio. He sido una maleducada, pero que se joda; tampoco es que tenga un manual de instrucciones sobre cómo resetear mi cerebro para no dejarme arrastrar por el miedo y mostrarme tranquila. Para cuando llegamos al piso de abajo y entramos en el salón donde nos esperan los cazadores estoy a punto de hiperventilar.

A estos hombres no les pega nada estar aquí.

Esta casa es un lugar sórdido y de nada sirve limpiarla ni ordenarla, sigue pareciendo una puta mierda. Y estos cinco hombres que esperan en el salón llevan trajes de Armani, relojes incrustados de diamantes, y los envuelve un halo de perfume que cuesta más que el alquiler de mi coche.

Dejan de conversar para volverse a mirarnos y me percato de que no hay diferencia en el color de sus ojos; se ven todos muertos.

—Francesca —la llama uno de ellos cariñosamente—, son todas muy hermosas.

Tiene el pelo corto rubio ceniza, los ojos azules y luce un bronceado que le sienta bien. Da la sensación de pasarse sus días holgazaneando en un yate con alguna supermodelo que se viste únicamente con un biquini rojo, y que vive felizmente ignorante de que a su *sugar daddy* le pone salir a cazar mujeres inocentes como si fuera un deporte.

Menuda suerte la suya.

Sus ojos se detienen en los míos. Le crece la sonrisa cuando los otros tres tipos asienten con gruñidos. Se supone que debo ser dócil y sumisa, pero tardo un poco más de la cuenta en bajar los ojos al reluciente suelo de madera, cortesía de una servidora. Tuvimos que conseguir que este sitio estuviera presentable. Y qué mejor que una mano de cera para lograr semejante hazaña.

Siento cómo su mirada me quema la sensible piel. Definitivamente he sido muy lenta. La adrenalina me corre por la sangre, provocándome aún más náuseas de las que ya tengo. No cabe ninguna duda: va a ser él quien intente darme caza esta noche.

—La del pelo naranja, ¿tiene el coño a juego? ¿O lo jodió todo tiñéndose la melena de ese color? —pregunta otro de los hombres. Tengo que morderme la lengua para no soltarle una fresca. Phoebe está temblando a mi lado cuando Francesca se lo confirma, revelando una información superprivada con esa voz tranquila y agradable.

¡Será zorra!

—A mí me gusta esa —declara. Me vuelvo hacia él. Me fijo en sus pobladas cejas negras, sus ojos pequeños y ese barrigón—. Quiero ver ese pelo cayéndome en cascada por el puño mientras me chupa la polla.

Se me forma un nudo en la garganta y, arriesgándome, entrelazo mi dedo meñique con el de Phoebe y le doy un suave apretón. Como estamos tan cerca las unas de las otras, nadie se percata de mi rápido movimiento.

—Por supuesto, Ben —responde Francesca amable. Al tal Ben casi se le cae la baba cuando su gélida mirada se calienta, volviéndose perversa. Eso es algo que tenemos en común él y yo en este instante: solo podemos pensar en maldades.

—Y yo creo que quiero a esta —interviene el rubio, haciendo un gesto con la cabeza en mi dirección. Todavía no ha desviado su ardiente mirada de mí, provocando que me corra el sudor por la espalda y que sienta náuseas.

—¿Estás seguro, Xavier? —le pregunta Francesca—. No es una de las candidatas. Tiene que recuperarse de sus heridas. —Se me cae el alma a los pies al enterarme de que es el pez gordo del que nos habló: Xavier Delano. No podía ser de otra maldita forma. Tenía que ser yo su presa.

«¿Dios? ¿Por qué siempre tengo que ser yo la que atraiga al lobo feroz?».

Se humedece los labios con la lengua, dibujando una sonrisa aviesa.

—Nunca he estado tan seguro de nada en mi vida. Sé que la voy a catar pronto. Si no es esta noche…, será otra.

Me quedo pálida y me cuesta cada vez más aguantar el vómito, que quiere salir y manchar esos zapatos de piel de serpiente de Armani que lleva. Así pegaría mejor con el ambiente sórdido de la casa.

Los demás eligen también a sus presas, y enseguida salimos detrás de Francesca en dirección al denso bosque. Cantan los grillos y el viento hace estragos en nuestras frágiles figuras. Si no estuviéramos tan tensas, nos doblaríamos como juncos para enfrentarnos a las fuertes rachas de viento.

Una gigantesca hoguera arde con furia detrás de nosotras. Hay decenas de personas alrededor del fuego, arrebujadas en ropa de abrigo y con una bebida en la mano. Han colocado además unas pantallas grandes en distintos emplazamientos. Según Francesca, los cazadores van a llevar cámaras en la ropa para retransmitir la caza y que lo puedan disfrutar el resto de los asistentes.

Se me acelera el pulso al observar las titubeantes sombras que proyecta el fuego desde atrás y que se acercan a los innumerables árboles que tengo enfrente. Las seis exudamos el olor del pánico cuando formamos la fila. Estoy sudando en frío. Las botas se hunden en el barro, tragándose mis pies la fría tierra. Una parte de mí desearía desesperadamente que el suelo fuera de alquitrán para quedarme atrapada allí.

Me asolan los recuerdos de haber corrido a toda velocidad por este bosque y haber estado tan cerca de la victoria, hasta que apareció Sydney por detrás de un árbol con una sonrisa malvada en el rostro que delataba sus malas intenciones.

¿Y si lo vuelve a hacer? Juro que la mataría. Me arrancaría la flecha del cuerpo y la apuñalaría con ella.

A nuestras espaldas, los hombres preparan sus arcos. Me crispa los nervios el ruido metálico de las flechas cuando cargan el carcaj. Me arriesgo a echar la vista atrás y casi se me salen los ojos de las órbitas al descubrir que llevan algo sobre los ojos: gafas de visión nocturna.

Cabrones. Todo está amañado en este puto juego.

—Muy bien, chicas —dice Francesca—, repasemos las normas. Os darán una ventaja de diez minutos. Tenéis que permanecer dentro de los confines del laberinto. Si os pillan saliendo de la zona, se os castigará con la muerte: dispararán a matar, no para atraparos. Al final del laberinto

hay un claro. Si llegáis hasta allí, estaréis a salvo y no se os hará ningún daño. Si permanecéis dentro del laberinto, no os ha alcanzado ninguna flecha y se agota el tiempo estipulado, también estaréis a salvo y nadie os lastimará. ¿Queda claro?

Nadie dice nada, así que da la callada por respuesta.

—¿Qué era lo que decían en *Los juegos del hambre*? «Que la suerte esté siempre de vuestra parte» —interviene uno de los machos. Suena a la voz de Xavier.

Un coro de risas sucede al chiste malo, pero, antes de que mi falta de autocontrol me meta en un lío, grita:

—¡Corred!

Salimos pitando de allí, esprintando por el bosque con cuidado, atentas a las trampas. Habrán colocado cables tensados entre los árboles a la altura del tobillo para que nos tropecemos y quedemos colgadas de ellos, listas para que vengan a recogernos. Hay montículos de ramas a ambos lados haciendo las veces de improvisadas barreras para confinarnos en el laberinto. Por un lado, consiguen que nos obcequemos en salir de allí y nos olvidemos de escondernos, y por otro nos desorientan e incitan al pánico.

Y vaya si funciona.

Me paro y me escondo rápidamente detrás de un tronco. Se me va a salir el corazón por la boca. Los muros del laberinto se extienden a lo lejos, dando cobijo a un sinfín de árboles.

No ha sido necesario borrar mis huellas hasta este momento. Lo que cuenta viene ahora. Empiezo a arrancar hojas y palos para buscar una rama grande. Tengo las manos congeladas, pero casi no lo noto por la adrenalina.

Me está costando demasiado encontrar una rama que tenga hojas, aunque sean quebradizas, en la oscuridad de la noche, y es aún más complicado conseguir lo que me propongo.

Tras el consejo de Jillian, estuve devanándome los sesos sobre cómo borrar mis huellas sin tener que andar parando cada dos por tres para borrarlas. Decidí improvisar una escoba y colocármela a la espalda con un cinturón que robé del camerino.

Dijo que no era importante alejarse mucho, pero creo que es mejor hacer las dos cosas: llegar lo más lejos posible sin dejar rastro. Por lo menos de esto saldrá algo bueno: voy a aprender a escapar de aquí para cuando llegue el momento.

Sujeto con fuerza la rama llena de hojas, me la coloco en la espalda a la altura de la cintura y utilizo el cinturón de seda para amarrarla bien, haciendo unos cuantos nudos con la tela. Después empiezo a caminar deprisa, volviendo la cara cada poco para no darme de bruces contra un árbol y asegurarme de que la rama funciona. Parece que sí, aunque no podría asegurarlo con tanta oscuridad. Me vale.

Me pongo en marcha, contando los pasos y alzando la rama del suelo con cuidado cuando llego a los cables. Avanzo a un ritmo rápido y constante. Me aferro con fuerza al cinturón con una mano por si acaso, mientras que la otra la tengo extendida delante de mí para evitar estamparme contra lo que sea que me depare la naturaleza.

Corro de un árbol a otro para mantenerme a cubierto. Unos minutos más tarde, llego a un callejón sin salida y veo, con el rabillo del ojo, un destello naranja a mi izquierda: Phoebe. Por supuesto no ha sabido borrar sus huellas mientras corre. En estos instantes es muy peligroso estar a su lado. Pese a eso, me niego a quedarme callada si puedo evitar que la atrapen.

—Phoebe —la llamo, susurrando lo más alto que puedo.

Da un patinazo y se vuelve hacia mí, con la respiración entrecortada. No puedo verle la expresión de la cara, pero imagino que se parece a la mía: de pánico, con los ojos dilatados por el miedo.

—Borra tus huellas. Los estás guiando hacia ti —le digo alzando la voz, pero todavía en un susurro, mientras me voy en dirección contraria. No sé si me hará caso; lo que sí sé es que es demasiado tarde. Los ha atraído hasta aquí y, si quiero asegurar mi supervivencia, tengo que alejarme todo lo posible de ella.

La rama que arrastro a mis espaldas hace demasiado ruido, así que aminoro la marcha, contando los treinta pasos y pendiente de los cables. Inspiro profundamente para que me bajen las pulsaciones. Ya debería estar lo bastante lejos de Phoebe.

Así que, cuando me vuelvo y la veo detrás de mí, pierdo los estribos.

—¿Qué coño haces? —le pregunto, procurando mantener la voz baja, lo que hace que me salga un gallo.

—Por favor, deja que me quede contigo —implora. No ha cogido ninguna rama para borrar sus huellas. Ni siquiera se ha molestado en intentarlo.

—¡Qué coño te pasa! Pues claro que no. Vas a conseguir que me maten —le suelto. Estoy hiperventilando y miro en todas direcciones buscando algún movimiento en la oscuridad. Seguro que ya se han acabado los diez minutos de ventaja, y ellos llevan gafas de visión nocturna y nosotras no. Podrían estar en cualquier sitio.

Me agarra del brazo con su pálida mano, atrayéndome hacia ella, clavándome las uñas. Ahora que puedo verla, parece una demente.

—Te lo suplico, no podría soportar que me lo vuelvan a hacer. Déjame ir contigo, por favor.

Intento librarme de su agarre, pero no me lo permite.

—No voy a dejar que te vayas sin mí.

Mierda. Esto es lo que consigo por no ser como Sydney y alegrarme de ver fracasar a las demás.

—Vale, joder. Puedes venir conmigo, pero suéltame. —Por fin me libro de su férreo agarre. Tomo una decisión en una milésima de segundo y retrocedo sobre nuestros pasos unos seis metros, me coloco la escoba delante y empiezo a barrer sus huellas mientras camino de espaldas hasta que la alcanzo de nuevo.

»Ve delante de mí y corre lo más rápido que puedas —le pido—. Y no hagas nada que pueda matarnos a las dos. Al menos, nada más de lo que ya has hecho.

Mis palabras le han dolido, pero no siento remordimientos. Estoy cabreada porque, por culpa

de mi amabilidad, lo más probable es que acabe con una flecha en la espalda. Y lo que más me enfurece es no atreverme a dejarla inconsciente de un puñetazo y abandonarla allí mismo.

Saldría ganando, sí, pero me sentiría como una mierda. Por ese motivo la llamé cuando la vi. Es joven, está desesperada y muerta de miedo, y yo doy la sensación de que sé lo que me hago. ¡Cómo no se va a aferrar a mí!

Por suerte, esta vez Phoebe me hace caso y corre delante de mí. Me he vuelto a colocar la rama a la espalda para borrar las huellas de nuestras pisadas. Una capa de sudor recubre cada centímetro de mi piel, llegando a gotearme en la frente y en la espalda, haciendo que me escuezan los puntos. Exhalo bocanadas de aire y sufro un momento de pánico absurdo cuando me pregunto si podrán seguir el rastro de mi aliento.

Tenemos que retroceder sobre nuestros pasos unas cuantas veces y juraría que he visto este puto árbol tres veces ya. Me siento cada vez más frustrada y cansada, así que me detengo e insto a Phoebe a buscar un árbol grande tras el que esconderse. Yo encuentro uno perfecto en dirección sudoeste, a unos metros de distancia, desde el que puedo ver con claridad el espacio que nos separa a las dos.

Tengo arcadas, me falta el oxígeno y voy a acabar vomitando. Necesito recobrar el aliento y estoy cada vez más obsesionada con la idea de que, aunque no puedan seguir nuestras huellas, van a oírnos.

—No hagas ruido —susurro, aunque soy yo la primera a la que le cuesta no hacerlo. A mi cuerpo le importa una mierda el silencio. Lo único que quiere es acaparar oxígeno, cueste lo que cueste.

Me centro en recuperar el aliento mientras permanezco atenta a cualquier ruido de pisadas. Un búho ulula en la suave brisa que recorre el bosque como antítesis a esta situación oscura y peligrosa. Solo falta que suene música de Michael Myers de fondo.

Casi se me sale el corazón por la boca cuando oigo un crujido tras un arbusto cercano, pero no era más que un conejo, que se marcha rápidamente. Cuando por fin estoy consiguiendo recuperarme del susto, se oye una voz:

—Putiiitaaa…

Mierda. No sé si habrá sido coincidencia o si es que no he borrado bien las huellas, pero el cazador de Phoebe nos ha encontrado. Intercambiamos una mirada de espanto. Sé que mis pupilas están igual de dilatadas por el miedo que las suyas.

—¿Qué hacemos? —vocaliza sin sonido alguno. Sacudo la cabeza de un lado a otro sin saber qué responder. ¡Qué coño voy a saber yo! No tengo ni idea de dónde está y solo con que asome la punta del codo por detrás del árbol nos localizará al instante.

¿Sube el marcador si me dan con la flecha de otra? Seguro que acaban castigándome, aunque no fuera yo la presa.

—Putiiitaaa —vuelve a llamar Ben. Me atrevo a asomar la cabeza por uno de los lados del tronco y veo una sombra moverse a unos seis metros de distancia.

Mierda. Está muy cerca.

Si nos quedamos en silencio, igual tenemos suerte y se aleja en dirección contraria. A lo mejor piensa que nos hemos ido por otro lado y nos da la oportunidad de escapar. Pero en este instante el menor ruido nos delataría. Es peligroso hasta respirar.

Tampoco es que pueda hacerlo.

Phoebe se cubre la boca con la mano y cierra los ojos con fuerza. Las lágrimas que se le acumulan en las pestañas brillan a la luz de la luna. Está a punto de tener un ataque de pánico si no lo está teniendo ya. Y estos, según mi experiencia, raramente son silenciosos.

Me llevo un tembloroso dedo a los labios para mandarla callar. Se me escapa una lágrima, que me nubla la vista, al darme cuenta de que hay muchísimas posibilidades de que me alcance una flecha y de que me violen brutalmente por ello.

Otra vez.

No puede controlarse y se le escapa un gemido. Se me hiela la sangre. Unos pasos se acercan casi a cámara lenta.

—¿Estás ahí, putita? —dice en voz queda, como si nos estuviera susurrando al oído.

«Joder, Addie. Piensa en algo. ¿Qué haría Zade en tu situación?».

Actuaría como un puto héroe, eso es lo que haría. A Zade no le interesa salvarse a sí mismo, sino a los demás. Así que… ¿qué esperaría de mí?

Que me salvara a mí misma. Eso es lo que querría. El problema es que la Cacería no está pensada para que la presa salga ilesa.

Antes de que pueda decidir lo que voy a hacer, veo la cara de pánico de Phoebe. Como si estuviera intentando huir, su cuerpo emerge de detrás del árbol, mientras levanta despacio su temblorosa mano, con la que apunta detrás de mí.

Se me cae el alma a los pies y, por un instante, me quedo paralizada. Tengo la atención dividida de nuevo: la mitad de mi cerebro entra en pánico porque Phoebe está a descubierto; la otra mitad se encuentra aterrorizada porque hay alguien a mi espalda.

No cabe duda: es Xavier. Me ha localizado.

Oigo el roce de las hojas y el crujir de las ramas a mi derecha. Me vuelvo hacia allí y apenas puedo distinguir el brillo de un arco a la luz de la luna.

El tiempo se acelera y me da una hostia en la cara cuando veo dos flechas que se dirigen a nosotras: una la ha disparado Ben, la otra viene de atrás. Silban en el viento y, por instinto, me dirijo agachada al árbol que está a mi izquierda.

La flecha pasa por el hueco que hay entre los árboles y se clava, con un ruido sordo, en el tronco de uno de ellos, a escasos centímetros de mi rostro, consiguiendo que me pare en seco.

Grito aterrorizada. Cuando levanto la mirada, veo que el primer disparo tampoco ha alcanzado a Phoebe. No volveremos a tener tanta suerte. Nos quedan apenas diecisiete segundos para escapar de allí.

«… Tres, cuatro, cinco…».

—¡Corre, Phoebe!

Avanzamos entre el barro y las hojas con dificultad, dando patadas para abrirnos paso entre el follaje.

—¡Salta! —chillo. Intento llevar la cuenta de los pasos. Levanto la rama que llevo puesta a duras penas y las dos saltamos para esquivar la trampa, aunque por poco quedamos enganchadas en ella.

Nuestros esforzados pasos resuenan en la tierra. No hay forma de esconderse. Lo único a lo que aspiramos es a esquivar las flechas plateadas. El camino que trazamos tiene como único objetivo escapar de ellos. No podemos buscar la salida.

Evitamos alguna que otra trampa y, unos minutos después, los pasos de Phoebe se detienen de repente. Me doy la vuelta y la encuentro replegada sobre sí misma, respirando con tanta fuerza que parece estar a punto de ahogarse. Tiene la cara del mismo color que su pelo y se ha puesto bizca.

—No puedo correr más —dice casi ahogada y a punto de tener una arcada—. No puedo.

—De eso nada. Sí que puedes. Venga, Phoebe. Ya casi lo hemos conseguido.

Niega con la cabeza. Retrocedo sin querer cuando veo una flecha disparada desde uno de los lados, a unos diez metros de distancia. No puedo evitar que se me escape un grito cuando me doy cuenta de que ha alcanzado a Phoebe en el hombro.

Lo primero que hace es dejarse caer de bruces al suelo, a lo que sucede un lamento agonizante. Gruñendo de dolor, consigue ponerse de pie y adelantarme. La sigo, confusa, hasta que la veo pisar el cable de la trampa, tirarse al suelo sobre él y agarrarlo con fuerza.

—Addie, vete de una puta vez —grita con tanta fuerza que se le quiebra la voz. Tengo la cara desencajada al llorar de incredulidad, de pena.

Pero una flecha que corta el espacio y el tiempo me hace lanzarme de cabeza al suelo. De nuevo se ha clavado a escasos centímetros de mi cara.

Me impulso con las manos en el frío suelo para ayudarme a avanzar y casi caigo de bruces de nuevo intentando recuperar el equilibrio.

«Corre, ratoncita. Viene a por ti».

Cuando llevo corriendo unos cinco metros, un fuerte chasquido resuena en el cortante viento. Cojo aire y, cuando me vuelvo, veo a Ben colgando en el aire con el tobillo atrapado en una cuerda. El arco que sujetaba cae al suelo con un ruido sordo justo al lado de Phoebe.

Me quedo perpleja y se me escapa una risita al oír los gritos de furia de Ben, que se retuerce como un gusano en su anzuelo mientras se balancea de un lado a otro. Incluso desde aquí, a cientos de metros de distancia, oigo los gritos de escándalo e indignación de los que se quedaron en la casa.

Phoebe ha debido de esperar a que Ben estuviera lo bastante cerca para soltar el cable justo cuando estaba a tiro.

—¡Bájame de aquí! —grita Ben. A pesar de que las sombras esconden su cara, sé que está

colorado como un tomate—. ¡Te mataré! ¡Vas a pagar por esto!

Sé que lo hará. Phoebe también lo sabe.

Nuestras miradas se cruzan por un momento, pero Phoebe enseguida se vuelve hacia el arco que está en el suelo.

—Phoebe… —la aviso.

—Van a matarme de todas formas —dice con voz áspera, sujetando el arco con las manos mientras intenta cargarlo. Miro a mi alrededor, nerviosa, y me escondo detrás de un árbol por si hubiera más flechas. Necesito salir de aquí ya, pero no consigo decidirme.

—No lo hagas, pequeña —nos llega la voz de Xavier desde los árboles. Me enfurezco, luchando con la necesidad de correr y la de permanecer junto a Phoebe. Ninguna de las dos podemos verlo, pero la atención de Xavier parece centrarse en la chica que está cargando un arma peligrosa y que está deseando matar.

—¡Ayuda! ¡Ayúdame, joder! —grita Ben, retorciéndose con furia, pero en vano. Está colgando sobre la cabeza del ángel exterminador y su flecha no mostrará clemencia con los malvados.

—¡Por el amor de Dios, Xavier! ¡Mátala! ¡Acaba con…!

Ella los ignora a los dos, apunta con el arco y, justo cuando está apretando el gatillo, otra flecha la alcanza en el hombro que estaba sano.

Sus gritos resuenan en el aire, pero su flecha ha dado en la diana, justo en la cabeza de Ben, matándolo al instante y dejando la última frase a medias.

Me tapo la boca con la mano cuando veo la sangre caer como una catarata encima de ella, que se ríe como una demente y no se da ni cuenta.

De nuevo me mira a los ojos. Quiero decirle tantas cosas, pero nada parece suficiente. Tengo la piel de gallina y lo único que quiero decirle es lo orgullosa que estoy de ella; lo valiente y admirable que es. Las dos sabemos que no va a sobrevivir a la noche, pero ha sido su decisión.

—Vete —dice moviendo mudamente los labios. Echo un último vistazo y me voy de allí con la esperanza de que haya sabido leer en mis ojos todo lo que no le he dicho.

—Puedes correr todo lo que quieras, pequeña, pero no escaparás —grita Xavier. Su amenaza me persigue mientras avanzo por el laberinto. La distracción de Phoebe me ha dado la ventaja necesaria para huir de allí.

Con decisión, avanzo tan rápido como puedo zigzagueando por el laberinto. Aguanto la respiración cuando otra flecha perfora el aire y se clava en un tronco a treinta centímetros de mí.

Puede que estos hombres sepan cazar. Lo que quizá no saben es que a mí me ha cazado un hombre mucho más aterrador. Ya he sido un ratón cazado. Ya me he sentido asustada e indefensa cuando me devoraba el mayor depredador de todos.

Pero yo no soy su ratoncita, y ellos no son Zade.

Nunca me someteré a ellos.

Capítulo 15

El diamante



He conseguido despistarlo.

No solo eso, sino que además he logrado salir del laberinto y estoy a salvo.

«Nadie os hará daño».

Seguro que es mentira, pero por ahora me vale.

Tampoco es que me haya parado allí. Me adentré tanto en el bosque que no tengo ni idea de dónde estoy. No se oye ni un alma. Me recuerda tanto a Parsons Manor que hasta me duele. Me falta el aliento y cada vez que respiro con fuerza me ahogo con el oxígeno que inhalo. Eso no ayuda. Estoy a punto de vomitar y de desmayarme, aunque parece que mi cuerpo no decide por dónde empezar.

Me siento bastante segura porque no saben dónde estoy, así que me deshago de la rama que llevo a la cintura y me dejo caer con la espalda apoyada en un árbol. Las piernas no me aguantan más.

Se me cierran los ojos, pero lucho por no dormirme. No importa lo segura que me sienta, en este mundo nunca sabes lo que puede pasar. Xavier podría encontrarme por azar y aprovecharse de que estemos solos. Nadie me oiría gritar y, si por casualidad alguien me oyera, dudo que le importara una mierda.

Me quito el sudor de las cejas para contemplar los alrededores. Al principio lo único que veo son árboles hasta que, a lo lejos, distingo algo metálico que brilla a la luz de la luna.

Me pica la curiosidad. Espero un poco más para recobrar el aliento y me obligo a levantarme y avanzar hacia el extraño objeto sin dejar de mirar por encima del hombro para asegurarme de que nadie me siga.

El objeto se va volviendo más nítido conforme me acerco y vuelvo a quedarme sin aliento cuando descubro lo que es: un tren abandonado. Una larga fila de vagones que se pierde dentro del bosque en ambas direcciones. Están todos oxidados por la acción de los elementos. Me salta el corazón de alegría y la emoción se abre paso.

Escapar.

Es la única palabra que me viene a la cabeza cuando veo el tren abandonado. Todavía no sé cómo, pero estoy segura de que será un buen refugio cuando por fin pueda largarme de aquí.

Miro otra vez por encima del hombro. No me ha seguido nadie, así que me acerco al tren y recorro el frío metal con las manos. Tengo tantas ganas de refugiarme en él y no volver a esa casa… No sé si conocen la ubicación del tren, aunque no les costará nada averiguarlo gracias al dispositivo de localización que me han implantado en la nuca.

Si este tren ha de ayudarme de algún modo, tiene que ser cuando nadie pueda rastrearme.

Casi me muero del susto cuando un bocinazo rompe el silencio, provocando que las criaturillas del bosque se dispersen rápidamente con un gañido. Miro por encima del hombro, jadeante, y oigo unos gritos que anuncian el final de la Cacería.

Seguro que me están buscando. Siento la tentación de extirparme el dispositivo de localización con una rama afilada y escapar de allí, pero estoy paralizada por el miedo. Lo tengo todo en contra.

«Sé lista, ratoncita».

Vuelvo por el camino por donde he venido. Me ha entrado la paranoia de que, si no sabían de la existencia del tren, lo mismo lo descubren por mi culpa. No quiero arriesgarme.

Marcho al trote unos minutos hasta que vislumbro a una chica morena desaparecer detrás de un árbol.

—¡Ey! —la llamo. Tengo la esperanza de que sepa volver a la casa.

La persona sale de detrás del árbol y me doy cuenta de que es Jillian.

Se vuelve hacia mí. Tiene los ojos muy abiertos y respira con dificultad. No tiene peor pinta que yo, lo que no deja de ser un alivio.

—¡Lo has conseguido! —dice con dulzura. Nos reunimos a mitad de camino. Me observa de arriba abajo, probablemente buscando heridas.

—Eso parece —le respondo, casi sin aliento. Nunca había tenido que gastar tanta energía hasta que Zade empezó con su entrenamiento.

—¿Sabes volver? —le pregunto.

Echa un vistazo alrededor.

—Eso creo. Y, si no, seguro que vienen a recogernos.

Asiento con la cabeza y nos ponemos en marcha.

—¿Habías estado ya en una de estas cacerías? —le pregunto.

Parece conocerlas demasiado bien para ser su primera vez.

—No. Solo se puede participar una vez —me responde.

Siento un gran alivio al oír que no tendré que volver a pasar por esto.

—A no ser que seas Sydney —murmuro.

Jillian suelta un bufido.

—Cierto. Conoce el laberinto como la palma de su mano.

—¿Fue ella quien te enseñó a salir de él?

Lo niega con la cabeza.

—Cuando llegué era aún más desafiante que tú. Francesca pensó que sería demasiado arriesgado que participara en la Cacería hasta meterme en vereda. Eso me dio la oportunidad de estudiar cómo pasaban por esto las otras chicas. Aprendí mucho de ellas. —Hace una pausa—. También fui testigo de lo que ocurría después. Tienes que estar preparada para…

Una carcajada de satisfacción la interrumpe. Las dos nos estremecemos y nos giramos hacia su procedencia. Mi pobre y cansado corazón vuelve a ponerse a mil por hora cuando aparece Xavier de detrás de un árbol.

—Bueno, diamante, supongo que has demostrado que estaba equivocado. —Se ríe entre dientes mientras hace un barrido por mi cuerpo, como si fuera un depredador.

A pesar de que cazarnos les alimenta el ego, no deja de significar que no somos dignas para la subasta. Por eso les permiten castigarnos esa noche. Haber escapado de Xavier puede que le haya herido el orgullo, pero no deja de ser un logro.

Gracias a eso puede quedarse conmigo.

—Supongo que sí —le contesto tragando saliva, nerviosa.

Frunce los labios y asiente con la cabeza. Luego nos indica con el mentón la dirección por la que debemos ir.

—Será un placer acompañarlas, señoritas. Si no les molesta… —dice con voz profunda.

Jillian y yo intercambiamos una mirada antes de asentir con la cabeza. ¿Qué coño íbamos a decir si no?

«Pues claro que no, piojoso. Lárgate».

Si fuera tan fácil…

Nos conduce por el exterior del laberinto para evitar las trampas. Tardamos treinta y cinco agotadores minutos en llegar hasta la casa. Treinta y cinco minutos con sus momentos de silencio incómodo, conversación forzada y la expectativa de que me compren.

Jillian y yo estamos agotadas y nos tropezamos unas cuantas veces. Nos tiemblan las rodillas y tenemos los nervios a flor de piel.

Francesca nos está esperando en la linde del bosque cuando llegamos. Observa cómo salimos los cazadores y las presas con las manos juntas. Parece un poco trastornada, posiblemente porque una de sus chicas se ha cargado a un tío, pero, cuando me ve, enseguida se hace cargo de la situación y busca heridas en mi cuerpo. Una sonrisa discreta asoma por la comisura de sus sonrosados labios cuando ve que no hay ninguna. Se le iluminan los ojos. Puede que tenga las manos manchadas de sangre, pero su diamante sigue brillando, ¿no?

Encantada de ayudarte, zorra.

Phoebe también está de vuelta, apoyada en la pared trasera de la casa. Le sangran las heridas que manchan su espalda. Le han extirpado las flechas y la están curando para que deje de sangrar. Esto me sorprende y me asusta a partes iguales, pues se ha cargado a un hombre esta

noche. No esperaba que saliera viva de ese bosque.

Luce pálida y delira por el dolor. Aun así, hay cierta serenidad en su semblante que nunca le había visto. Me obligó a salvarla y luego cambiaron las tornas y acabó salvándome ella a mí.

Querría estrecharla entre mis brazos y decirle que todo va a ir bien. No es que ninguna de las dos creamos que vaya a salir de esta con vida, pero sé que, una vez muerta, irá a un lugar mejor.

Sydney sale corriendo del bosque sin un rasguño. Reconozco que me molesta. Por suerte, Gloria viene detrás de ella, ilesa esta vez, y se me acerca con la cara orgullosa. Quiero sonreír, pero ese instante de felicidad se desinfla en cuanto aparece un tiarrón con Bethany echada al hombro. Lleva una flecha incrustada en la espalda. La miro horrorizada y siento náuseas al ver que la flecha está alojada profundamente en la columna vertebral. Está empapada de sangre, al igual que el hombre que la trae.

Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no romper a llorar, pero me niego a volver la cara. No se merece que ignoremos su dolor. Otro de los hombres recoge a Phoebe y se las llevan a las dos.

Me tiembla el labio, así que me lo muerdo rápidamente para que no se dé cuenta Francesca. No sé cómo puede mantener la calma Zade en momentos así. A lo mejor porque tiene la certeza de que se los va a cargar a todos, mientras que yo… Joder, me siento tan indefensa…

Procuro no mostrar ninguna emoción, aunque no sé si me está saliendo bien. Al fin y al cabo, estoy presenciando cómo se llevan a dos chicas a un destino peor que la muerte.

Sydney se acerca y se coloca junto a mí, no sin antes chocar con mi hombro a propósito. Jillian y Gloria me flanquean por el otro lado. Francesca, toda maquillada, se vuelve hacia nosotras y nos mira con una mezcla de orgullo y agotamiento.

—Solo dos. ¡Qué buena noticia! —dice, e incluso aplaude como una nutria marina, aunque queda deslucido. Me pregunto si también la castigarán a ella por lo de Phoebe.

Me encantaría ser yo quien la castigara. Cogería una de esas flechas y se la clavaría en un ojo.

—Como recompensa, podéis elegir la cena que queráis. ¡Como si es del McDonald’s! Ya sé que la comida de allí no es muy sana, pero haré una excepción.

Estoy a punto de intervenir, pero la ira ahoga mis palabras con la fuerza de un corsé victoriano. Me alegro de que sea así, porque no me habría salido de la boca más que veneno.

Sobrevivimos a la Cacería y nos dan comida del McDonald’s como premio. Es demasiado estúpido para ser cierto.

Sydney me salva de mí misma dando saltitos toda ilusionada.

—¡Mi cena favorita! —exclama, casi perforándome el tímpano. Su tono hace que me estremezca. Aprieto los labios con fuerza y me trago las palabras, que saldrían como dardos envenenados.

Me tiembla todo el cuerpo.

—Buena idea, Francesca. Sus patatas fritas son las mejores —añade Gloria con voz seca. Con solo una mirada me doy cuenta de que tanto ella como Jillian están tensas, esforzándose por

mantener una expresión agradable en la cara.

—Perfecto. Entrad a arreglaros. Hay una fiesta esta noche y se espera que os mezcléis con los invitados. Causad buena impresión y mostradles respeto. Quién sabe, podrían ser vuestros compradores.

Gira sobre uno de sus pies y avanza, esperando, como siempre, que vayamos tras ella. Sydney la sigue de un brinco, no sin antes lanzarme una mirada de reojo que me hiela la sangre.

No sé a qué coño viene esa mirada, pero no tiene muy buena pinta.

Nada relacionado con Sydney la tiene.



—Coge más aire —me suelta Francesca, que está detrás de mí.

—Lo intento —digo casi sin voz mientras tira de las cuerdas por trigésima vez. Me comí lo del McDonald's y por supuesto no me ha sentado nada bien. ¿Quién coño se siente bien después de comer eso? Para colmo, Francesca está empeñada en que me regrese toda la comida a la boca.

—Creo que ya está bastante apretado —me quejo.

Estoy casi segura de haber oído cómo se me rompe una costilla. Me parece una crueldad que me hagan llevar un corsé con este vestido. Al parecer los hombres que operan dentro de las redes del tráfico sexual son tan predecibles como los que culpan de las violaciones a la ropa que llevan puesta las chicas. Sienten veneración por las cinturas estrechas, aunque nada le gana a la capacidad de aguantar las arcadas cuando te meten la polla hasta la garganta.

Francesca termina de atar el corsé y me ayuda a ponerme el vestido por la cabeza. Llevamos todas el mismo: un modelito de seda que nos realza las curvas, hoy más pronunciadas que nunca. La tela me tapa justo hasta debajo del culo. Si revoloteara por ahí una mariposa, mandaría el vestido volando por los aires como si fuera alérgico a la alada criatura.

Si me tiro un pedo, se acaba todo.

Francesca me pasa las manos por los mechones color canela mientras me observa por el espejo. Estamos en el camerino, donde el resto de las chicas, que ya han pasado por esta tortura, se están maquillando.

—Tienes que hacer algo con este pelo. Es bonito, pero te tapa ese cuello tan elegante que tienes. Tampoco te disimules las pecas cuando te maquilles. Resaltan tus inusuales ojos.

Fuerzo una débil sonrisa, temerosa de que si muevo un músculo más reviente el corsé a la altura de la barriga.

—Ya se me ocurrirá algo. Igual me hago un recogido —le contesto agradablemente.

—Ya se lo hago yo —se ofrece Sydney contenta.

Se me borra la sonrisa de un plumazo y se me detiene el pulso. No quiero que esa zorra se acerque a mí. Tengo clarísimo que está tramando algo.

Estoy a punto de protestar cuando Francesca se vuelve hacia ella y dice cortante:

—Como quieras, pero, si algo le sucede a su pelo, me aseguraré personalmente de que te corten una mano.

Sydney sonríe aún con más ganas.

—Pues claro que no. Nunca se me ocurriría…

Francesca se mofa de ella como si no se creyera una palabra, pero se va de allí.

Si no la cree, ¿por qué se marcha?

Yergo la cabeza, entorno los ojos y observo a Sydney con detenimiento cuando se me acerca por detrás. Me devuelve la mirada por el espejo. Sus ojos brillan con una emoción indescifrable.

Me empieza a examinar detenidamente el cabello mientras sonríe de forma enigmática. Tengo los hombros a la altura de las orejas; la tensión que existe entre nosotras se hace más palpable.

—¿Cuánto tiempo llevas en esta casa? —le pregunto tras unos minutos de silencio.

Sus hábiles dedos me separan el pelo en mechones, los coloca a un lado de la cabeza y empieza a hacerme una pequeña trenza de raíz.

—Cuatro años —responde.

—¿Cómo has podido librarte tanto tiempo de las subastas? —le pregunto asombrada.

Me muestra una sonrisa de satisfacción.

—Me esfuerzo por parecer lo suficientemente inestable como para que no me vendan y a la vez demasiado valiosa como para deshacerse de mí. Hago bien mi trabajo. —Me guiña un ojo.

Trago saliva sin saber muy bien cómo responder a eso.

Me mira con astucia y añade:

—Rio me trata muy bien últimamente. Viene a mi habitación todas las noches. Dice que no hay mejor coño que el mío.

Enarco una ceja. Rio se ha negado a tocarnos en las clases y nunca le he visto mostrar ningún interés. Lo que me sorprende no es que folle con una de nosotras si hay consentimiento, sino que ella piense que me importa.

—Si eso te hace feliz, me alegro por ti —digo en tono monocorde.

Se queda quieta un momento.

—¿No te importa?

—¿Por qué iba a importarme?

—Le gustas.

Pongo los ojos en blanco, molesta por esta pose de niñata. Actúa como si fuéramos dos adolescentes preparándonos para el baile de fin de curso y cotilleando sobre chicos. Se le da bien el papel de la típica zorra que aparenta ser amable, pero cuyas edulcoradas palabras esconden un insulto cruel. Por desgracia para ella, no me apetece jugar a esto.

—Tienes un hombre en casa esperándote, ¿no? ¿Cómo se llama? ¿Z? —pregunta al ver cómo reacciono. Me da un tirón de pelo. Me quejo, pero no le respondo.

—Con cuidado —le salto. Sigue sonriendo, esperando a que conteste a su pregunta.

»¿Y a ti qué te importa? —le pregunto, calentándome cada vez más cuando me pasa las manos por los enredos sin el más mínimo cuidado.

—Un portorriqueño sexy está loquito por ti y a ti no te importa. —Se encoge de hombros—. Supongo que siento curiosidad por ese hombre que hace que tengas tanto valor. ¿Está buscándote?

Rio no está loco por mí, pero prefiero ignorar eso.

—¿No nos buscan a todas?

—No —dice simplemente, encogiéndose de hombros. Casi hasta siento una pizca de simpatía por ella—. ¿Y piensas que será capaz de salvarte?

Aprieto los labios, me parece que paso de contestar. Si digo algo mínimamente incriminatorio, lo usará contra mí. Tergiversará mis palabras y correrá a Francesca con el cuento de que planeo escaparme.

—Espero que nuestros seres queridos lo intentarán al menos. Eso es lo que hace la gente que te quiere.

Espero haberla herido.

Me recoge el pelo para hacerme una coleta a media altura.

—¿Crees que también me salvaría a mí? —pregunta con tranquilidad.

Mantiene la vista en el suelo para que no pueda leer la expresión de su cara. Zorra manipuladora…

—Creo que nos salvaría a todas —le digo. «Y luego te mataría con sus propias manos».

Por fin levanta la vista del suelo. Tiene un inquietante brillo en los ojos.

—Si me salvara, se lo agradecería haciéndole una mamada. También le dejaría que me la metiera por el culo, si es lo que le gusta.

Entorno los ojos y rechino los dientes con tanta fuerza que estoy a punto de reventar una muela.

—Nunca te pondría la mano encima —le suelto—. Tampoco te dejaría que lo tocaras a él.

Una sonrisa triunfante le ilumina la cara. Por mi parte, me pego una hostia mental por haberle dado lo que quería.

—Creo que sí me dejaría, cuando se diera cuenta de que soy muchísimo mejor que tú. Llevo mucho tiempo aquí, sé cómo hacer que un tío se corra en cinco segundos.

Me recoge el pelo en un moño despeinado, que tal vez me hubiera parecido bonito si pensara que todo lo que no sea estar fea esta noche va a llamar la atención de forma equivocada.

En cuanto aleja las manos del pelo, me levanto, me vuelvo hacia a ella y, siguiendo el buen ejemplo de Zade sobre cómo actuar como una psicópata, la cojo por el cuello, la giro bruscamente y la estampo contra el tocador. Los frascos de perfume y las brochas de maquillaje se caen al suelo. Oigo un grito ahogado a mi espalda.

Abre los ojos sorprendida cuando me acerco a escasos centímetros de su cara.

—Sigue sacándome de mis casillas, Sydney. Si me tenías por una niña frágil, vas a recibir un

baño de realidad. Te he aguantado hasta ahora porque me da pena que papá y mamá no te quieran…, ni Francesca. Pero, como sigas metiéndote conmigo, atente a las consecuencias.

Está furiosa. Por fin se le cae esa máscara de niña buena. La habitación está bien iluminada, sin embargo parece que su enfado, que se intensifica por momentos, beba de las sombras que habitan en las esquinas. Tiene la barbilla inclinada hacia abajo y me mira desafiante. No me da ningún miedo. Me he enfrentado a cosas peores. Lo único que consigue es reavivar ese morbo que tanto echo de menos. Me da tal subidón de adrenalina… Esto sí que me pone.

—Eres un parásito, Sydney.

—Y tú vas a morir —murmulla. Me río en su cara.

—Entonces tú morirás también, zorra.

Le doy otro empujón y la estampo contra el tocador, derribando más objetos.

Me giro para dejarle claro que no le tengo ningún miedo y reparo en que Gloria me está mirando con los ojos como platos tras esas enormes gafas que lleva, mientras que Jillian sigue vistiéndose en un rincón como si nada.

No he dado más que un par de pasos cuando se oyen las fuertes pisadas de Francesca subiendo por las escaleras. Sydney elige el momento exacto para fingir un ataque de tos cuando está cerca.

En cuanto ve a Sydney tirada sobre el tocador, tosiendo mientras se sujeta el cuello exageradamente, ya sé lo que va a intentar.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta Francesca enfadada.

Sydney me señala con el dedo.

—Quería asfixiarme. Me empujó contra el tocador y ha intentado ahogarme.

Francesca se vuelve hacia mí. Me la quedo mirando sin parpadear, impertérrita.

No voy a entrar en el juego de acusaciones sobre quién tuvo la culpa y mostrarme tan emocionalmente inestable como ella.

Sus ojos marrones me evalúan con detenimiento, pero la adrenalina manda y lo único que puedo sentir ahora mismo es… felicidad. El subidón ha calentado cada centímetro de mi cuerpo y ha descendido hasta la parte baja de mi estómago.

Si Zade estuviera aquí…

Me libro de esos pensamientos a la fuerza antes de que me arrastren. Si me dejara llevar, ¿con quién iba a follar? ¿Con mi amigo invisible? Por no hablar de lo embarazoso que sería ponerme cachonda aquí mismo, en el peor sitio del mundo.

Después de un silencio cargado de significado, Francesca se vuelve hacia Sydney y le dice:

—Seguro que te lo merecías.

Contengo la sonrisa antes de que aparezca. Joder, qué difícil es no dejarse llevar cuando responde con un grito indignado.

—Id a vuestras habitaciones hasta que os llame —nos ordena con dureza.

Sydney pasa a mi lado como un torbellino, pero he adivinado sus intenciones, así que me he apartado de su camino antes de que pueda chocarse conmigo. Solo consigue enfurecerse aún

más. Vuelve la cabeza hacia mí y me lanza una mirada de odio antes de desaparecer.

Carraspeo y bajo la cabeza. Espero que Francesca lea el gesto como una señal de sumisión y no como un último y desesperado intento de disimular el placer que siento.

No me quita la vista de encima y empiezo a transpirar por el nacimiento del pelo. Jillian y Gloria, manejando bien la situación, forman una fila a mi lado que consigue distraerla.

—El objetivo esta noche es pasarlo bien. Comportaos como señoritas, no como putas, pero mostraos dóciles y sumisas. Podéis beberos una sola copa. No permitiré que os comportéis como unas vulgares borrachas. —Tras una pausa añade—: Haced que me sienta orgullosa, chicas.

Capítulo 16

El cazador



La Hermandad del Basilisco tiene su sede en un banco de un barrio residencial de Portland. Por supuesto estaba abandonado, aunque siga en su sitio el letrero con el nombre de la sucursal en negrita azul. La fachada está recubierta de pizarra, supongo que sustituyendo al cristal que había cuando funcionaba el negocio.

Pero lo que me llama la atención es que lo han convertido en un minirrascacielos. Tengo clarísimo que este banco no tenía tan buena pinta cuando estaba abierto ni había construidas cinco plantas encima de él.

Abro la puerta del coche y doy una última calada al cigarrillo antes de tirar la colilla al suelo y apagarla con la bota.

«Deja de tirar basura».

Claro, nena.

Recojo la colilla y la deposito en una bolsa de reciclaje que llevo en el coche repleta de filtros naranjas.

Salgo del Mustang, lo cierro de un portazo y camino despacio hacia el edificio. El aparcamiento está vacío, por lo que imagino que esconden los coches en uno privado de la zona.

Unas cuantas cámaras vigilan mis movimientos mientras me acerco. Levanto la vista y miro de frente a la que está colocada sobre la entrada. A los pocos segundos se abre la puerta.

Dos de los cuatro hermanos me esperan al otro lado: Ryker y Kace. El primero tiene los brazos cruzados y me mira con desprecio; el segundo lleva las manos en los bolsillos y permanece estoico. Ninguno de los dos me quita el ojo de encima, así que levanto las manos y les digo con una sonrisa:

—Os juro que no vengo a robaros. Palabra de niño bueno.

—De ser así ya estarías muerto.

Bajo las manos y sonrío más abiertamente sin dignarme a responder. Prefiero sacarlos de sus casillas poco a poco.

Estamos en lo que era la sala principal del banco; la zona de los cajeros está cerrada. Se trata de una habitación mal iluminada con el suelo grisáceo de parqué encerado y las paredes de color azul marino. Hay un único sofá de cuero apoyado contra la pared de la izquierda, que me imagino que utilizan para interrogar a las visitas inoportunas o a aquellos que no les inspiran confianza antes de dejarlos pasar a su casa.

—Tienes dos minutos para decirme qué coño quieres —dice Ryker.

—Joder, sin presión, ¿no? —Separo las piernas y me cruzo de brazos para mostrarme relajado —. Vayamos al grano: la Sociedad ha secuestrado a mi chica y la han vendido a una red de trata.

—¿Eres el gran Z y no eres capaz de encontrarla? —pregunta Kace, desafiante.

Permanezco impasible sin desviar la mirada. Sus ojos son de un azul gélido y no se inmutan, muestran nada más que indiferencia al cuestionar mis habilidades.

—Soy capaz de muchas cosas, Kace —le respondo con frialdad, transmitiendo un poco de esa oscuridad que infecta mis entrañas—. Por ejemplo, soy muy bueno averiguando dónde vive tu hermana gemela. Claremont Drive, creo recordar. Sus hijas, Kacey y Karla, han crecido tanto… ¿Qué edad tienen? ¿Once años?

Suelta un gruñido y da un paso hacia mí claramente cabreado. Ryker saca la mano con rapidez y se la coloca en el pecho, impidiendo que se acerque más.

Sigo hablando sin darles tiempo de amenazarme. No me interesa lo más mínimo la familia de Kace.

—Se llama Adeline Reilly. La trasladaron a la clínica del doctor Garrison para curarle las heridas tras un accidente de coche que ellos mismos provocaron. El médico tiene cierta inclinación a llevarse las pacientes a su habitación y hacer con ellas lo que quiera. No así con Addie, a quien intentó secuestrar. Fue asesinado por uno de sus secuestradores, Rio Sanchez, y, cuando se marcharon, destruyeron toda la red. Claro que soy capaz de encontrarla, pero soy consciente de que, cuanta más gente la busque, antes lo conseguiré.

»Soy un hombre paciente, pero no cuando se trata de rescatar a mi chica.

Permanecen unos segundos en silencio, analizando mis palabras.

—¿Para qué nos necesitas?

—Traficáis con órganos, ¿no?

Ryker ladea la cabeza, meditando la pregunta.

—Si ya sabes eso, ¿por qué querrías trabajar con gente que se dedica al tráfico de órganos y que no dudaría en comprar a tu novia?

Me encojo de hombros con indiferencia y añado:

—No vais a hacerle daño y estoy dispuesto a mirar hacia otro lado con vuestros asuntos.

Si me entero de que se están cargando a gente para enriquecerse con sus órganos, se acabó el trato. Aunque tengo el presentimiento de que los rumores son ciertos y no es ese el caso.

Kace mueve la cabeza con incredulidad.

—Conocéis los entresijos del mercado de la trata. Estoy más que convencido de que sabéis

cómo localizar cualquier mercancía que salga a subasta o que se ponga a la venta —continúo.

—¿Y qué sacamos con esto?

Separo los brazos y les muestro mi mejor sonrisa. Por dentro me siento vacío, lleno de humo, pero he aprendido a disimular mis emociones e incluso a borrar toda expresión de mi rostro si viene al caso.

—Tengo muchísimos recursos. Os firmaré un pagaré en un trozo de papel, que os podéis guardar en el bolsillo para cuando lo necesitéis. De un solo uso, eso sí, como los vales de descuento.

Kace entorna los ojos y me mira como si fuera un hermano pequeño pidiéndole que me deje jugar con sus amigos.

—¿Y qué te hace pensar que vamos a necesitar de tus servicios? —pregunta con brusquedad.

Eso me ha herido el orgullo.

—Cosas más extrañas han pasado —respondo relajando los brazos.

Vuelven a quedarse en silencio. No esquivo la mirada de ninguno de los dos. Que tengan claro que no me afectan lo más mínimo sus tácticas de intimidación.

Ryker apunta en dirección a la puerta con un movimiento de cabeza y dice:

—Sígueme.

Kace observa fijamente a su hermano, queriéndole decir algo con esa mirada que no me molesto en descifrar. Esa conversación silenciosa no dura más de tres segundos. Al final Kace se da por vencido y sigue a Ryker sin discusión, no sin antes mirarme por encima del hombro con desconfianza.

«No sé quién te hizo tanto daño, tío».

Tampoco me importa una mierda, la verdad.

Han instalado un lector de huellas en el picaporte, que se abre en cuanto reconoce la de Ryker.

Entro detrás de ellos y no puedo evitar sorprenderme al encontrarme en el sueño húmedo de cualquier soltero.

La habitación es enorme y completamente diáfana. El techo tendrá una altura de treinta metros. Toda la estancia está decorada con tonalidades de color marrón y negro y no hay más que cuatro paredes. Una escalera a la derecha conduce a una galería que rodea el edificio y que alberga decenas de puertas, y un ascensor negro que queda a mi izquierda. Los pisos de arriba tienen sus propias terrazas flotantes y me pregunto para qué coño necesitan tanto espacio.

Tacha esto último: a quién le importa.

Lo que sí que me interesa es esa cámara acorazada con la puerta pintada de negro que hay justo enfrente de mí. Me pica la curiosidad. ¿Qué se esconderá detrás de esa puerta?

Silbo con admiración, impresionado e incluso un poco celoso de su infraestructura.

—El tráfico de órganos parece rentable, ¿no? —digo en voz baja.

—Cierra el pico —me suelta Kace mientras se dirige a uno de los sofás de cuero en el que está recostado Daire, a pecho descubierto y con las piernas completamente abiertas.

Tengo que mirar dos veces al darme cuenta de que lleva una cadena enroscada en la muñeca. Esta conduce a un collar abrochado al cuello de una chica, que se encuentra arrodillada a sus pies. Solo lleva puesta una cinta negra que cubre sus pechos, por lo demás está completamente desnuda. Tiene la cabeza agachada y las manos colocadas cuidadosamente sobre sus pálidos muslos. Una mata de pelo negro le cubre el rostro, no sé si a propósito.

Creo que Addie preferiría arrancarme las pelotas a arrodillarse a mis pies. Por suerte, yo me arrodillaría con gusto ante ella y, ya puestos, le besaría los dedos de los pies. Poco a poco mi boca iría ascendiendo hasta llegar a su entrepierna. No creo que eso la molestara.

Daire me sonríe. El fuego de la chimenea arranca destellos de los *piercings* que lleva en las cejas. No le importa lo más mínimo mi presencia, lo que no evita que tenga ese brillo desafiante en los ojos.

Slade está sentado al otro lado. Ha girado su cabeza rubia para mirarme.

Cuánta hostilidad.

—He aceptado ayudarlo —anuncia Ryker, sentándose junto a Daire. Ni siquiera mira a la chica, por lo que asumo que está acostumbrado a los hábitos sexuales de su hermano.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué ganamos a cambio? —pregunta Slade directamente a su hermano, aunque sin quitarme la vista de encima.

—Ahora que lo dices —digo. Levanto un dedo para indicarle que me conceda un segundo y busco a mi alrededor hasta que encuentro un papel y un bolígrafo, les hago un pagaré y se lo entrego a Slade.

Se queda mirando el trozo de papel, perplejo, y de nuevo levanta la vista hacia mí.

—Para empezar, no utilices el papel de los demás para escribir tus mierdas. En segundo lugar, ¿me estás tomando el pelo? No te necesitamos para nada.

Sonrío. ¿Le pone nervioso que encuentre una factura de pomada para las almorranas entre sus papeles? Debería saber que no necesito un trozo de papel para averiguar en qué gasta su dinero Slade.

—Puedes fingir que mis recursos no serían de provecho para tu negocio, pero así no llegarás muy lejos.

Hace una bola con el papel y lo tira a la chimenea. No puedo evitar que se me escape una risita. No me molesta su actitud: qué se puede esperar cuando un extraño irrumpe en tu vida con exigencias…

Pero, quieran o no, me van a ayudar.

—Tendrás que contarme donde oíste esos rumores de los que hablas —interrumpe Ryker—. Lo último que queremos es que se corra la voz.

—Os diré en qué foros los he leído. Lo demás es cosa vuestra.

Ryker asiente con la cabeza.

—Son un peligro…

—Porque son ciertos —termino yo la frase por él. Entiendo lo que implicaría. Su forma de

actuar se sustenta en su reputación.

—¿Te fías de él? —pregunta Slade, enarcando una ceja.

Ryker se encoge de hombros con despreocupación.

—Somos cuatro contra uno.

Sonrío de medio lado, igualmente despreocupado. Me siento en el sofá junto a Slade, que me mira amenazante, cosa que ignoro como un buen chico. No me cuesta mucho hacerlo cuando es un chihuahua quien me amenaza.

—Entonces, si no sois unos degenerados…, ¿podéis explicarme cómo coño traficáis con órganos de forma educada?

—Nos encargamos nosotros mismos de extraerlos antes de la venta. Si el donante ya está muerto, lo pagamos bien, le extirpamos los órganos valiosos y desechamos el resto. Después los vendemos en el mercado negro. Si el donante está vivo, lo mandamos de vuelta a casa.

Hace una pausa, esperando a que reaccione, pero no pienso hacerlo. Me mantengo callado y, un segundo más tarde, continúa con su historia:

—Daire es el que mejor conoce el sistema de compraventa. Se encarga de localizar la mercancía y está al tanto de lo que entra y de lo que sale —me informa Ryker. Estoy extrañamente sorprendido. Daire me guiña un ojo con una sonrisita en los labios.

»Slade negocia los precios y lleva las cuentas. Establece las condiciones y maneja el dinero; Kace extrae los órganos y se encarga de su conservación; yo me aseguro de que se cumpla lo acordado. Nuestra prioridad es interceptar a aquellas personas que están siendo sacrificadas para vender sus órganos y devolverlas a su casa.

—Pero vosotros vendéis órganos —clarifico.

—Por supuesto. Prestamos un servicio a familias desesperadas. Gente que está a la espera de un trasplante o aquellos que no se pueden permitir pagar la factura del actual sistema de salud. Qué más da si es bajo manga si llega a quien lo merece. Que el mercado negro esté repleto de gente sin escrúpulos no significa que todo el mundo sea así. Aunque sea necesario que lo aparentemos.

—Si únicamente les extirpáis los órganos a los muertos, solo podréis vender piel y huesos. No parece un negocio muy rentable.

Ryker y Slade intercambian una mirada, meditando qué hacer. Enarco una ceja mientras espero a que se decidan.

Slade se vuelve hacia mí y me dice:

—Kace solía trabajar en una funeraria. No es médico, por eso acudíamos al doctor Garrison para las heridas más graves, pero, además de su conocimiento funerario, sabe cómo dormir a la gente sin dolor.

—Dormirlos… para toda la vida —añado, vocalizando lo que no se ha atrevido a decir.

—Exacto.

Miro a Ryker y Slade con los ojos entornados intentando entender lo que quieren decir. Daire

está acariciando el pelo de la chica, ajeno a nuestra conversación.

—Ayudáis a la gente a suicidarse.

Slade me mira muy seriamente.

—Con su consentimiento. Se trata de gente con muy poca calidad de vida; ya sea porque tiene una enfermedad terminal, está vieja y cansada o porque tiene algún problema de salud mental. Sea cual sea su motivación, lo han elegido ellos, y son ellos los que deciden donar sus órganos. Kace los duerme, extrae los órganos y finalmente mueren. Sin dolor.

Asiento lentamente con la cabeza, reflexionando sobre lo que acabo de oír. Mucha gente se preocupa de la vida únicamente cuando están en el vientre materno, pero pierden el interés una vez que llegan a este mundo. Me pregunto si las personas eligen este camino porque no encontraron la ayuda que necesitaban.

Frunzo los labios y afirmo:

—Oregón aprobó la Ley de Muerte Digna.

—Le gente que acude a nosotros no viene de los estados que aprobaron esa ley. Para solicitar la muerte asistida tienes que demostrar que eres residente —explica Slade.

—¿Y adónde va el dinero que sacáis por sus órganos?

—Depende de los deseos del difunto. A veces piden que se lo demos a la familia y honramos sus deseos. A la mayoría, sin embargo, bien sea porque no se lleva bien con sus parientes o porque no les queda nadie, no les importa lo que hagamos con él, con tal de que ayude a los demás.

—Es un ingreso estable —interviene Ryker— y mueren con dignidad. Además, nos permite mantener un perfil bajo. Nos encantaría ser tan fieros como Z e ir matando a todo degenerado que se ponga en nuestro camino, pero son esos degenerados los que nos entregan a las víctimas que salvamos.

Ladeo la cabeza.

—¿Y la chica a la que dispararon? ¿Qué ocurrió?

La mirada de Ryker se enturbia, tornándose de un color verde musgo.

—Nos la entregó así uno de los traficantes. No nos contó qué había pasado, solo dijo que ya no le servía de nada y que podíamos vender sus órganos. Iba a morir de todas formas.

En este rincón del mundo hasta los muertos son rentables.

—Si los matarais, habría cada vez menos gente dispuesta a sacrificar la vida de los demás. Habría muerto una niña menos y nadie habría vendido sus órganos.

Ryker se incorpora y apoya los codos en las rodillas.

—Eso es lo que hacemos… cuando podemos. De ahí que necesitemos tener fama de asesinos despiadados. Pero, si nos cargáramos a todos los traficantes, levantaríamos sospechas y ahí se acabaría todo. No contamos con un entramado de empresas internacionales como tú, somos solo cuatro personas. Eso significa que, si nos pillan, dejaremos de salvar miles de vidas. Sabes igual que yo que son parásitos y que se reproducen como conejos. No conseguiríamos nada

cargándonos a unos cuantos, seguiría habiendo un pozo negro a rebosar de degenerados. Salvamos más vidas de esta forma. Esto no significa que no nos hayamos manchado las manos de sangre.

Frunzo los labios y asiento con la cabeza.

—Estoy de acuerdo —reconozco—. Qué suerte tener una supermultinacional a vuestra disposición. A lo mejor la próxima vez queréis guardaros el pagaré. ¿No os parece? Podéis hasta venderlo por eBay, se cotizan bien.

Slade aprieta los labios y mira para otro lado.

—Que te jodan, gilipollas.

Capítulo 17

El diamante



Me plantearía birlarle una navaja a uno de los invitados si no fuera por el collar que llevo al cuello. Me escabulliría por la puerta de atrás, desaparecería en la oscuridad de la noche y me sacaría el localizador que tengo insertado en el cuello con una rama puntiaguda, sin importarme no llevar ropa de abrigo. Prefiero morir a solas en medio del bosque a que me mate un traficante sexual.

Y Francesca lo sabe. Sabe que todas correríamos ese riesgo. Por eso nos pusieron unos collares con un colgante de rubí adornando nuestro cuello. Se aseguró de dejarnos bien clarito que tenían un localizador y que no podríamos quitárnoslos sin llave.

Todos en la casa se dejan llevar por la diversión y el glamour: hombres de punta en blanco, que llevan cientos de miles de dólares colgando de sus muñecas. No sería difícil escapar mientras miran para otro lado.

Nunca entenderé por qué la gente más degenerada se esfuerza tanto por estar guapa. Por mucha purpurina que le lances a una serpiente, la muy zorra no deja de ser venenosa.

—Estás muy guapa —me dicen desde atrás con voz profunda. Me doy la vuelta, sobresaltada, y me encuentro a Xavier, que sonríe con lujuria.

Francesca dio instrucciones claras de que nos mezcláramos con los hombres, así que me he quedado en el salón. Después de todo el esfuerzo que hicimos limpiándolo y todavía tiene ese tufo a desesperación. Hay demasiado horror incrustado en sus grietas. Da igual cuánto lo frotes, nunca se librará de él.

Fuerzo una sonrisa y me separo un poco de él con la cabeza gacha. Una oleada de calor desagradable me recorre el cuerpo, como cuando tienes un virus estomacal y estás encerrada en el coche. Siento sudores fríos.

—Gracias —le digo procurando sonar relajada. Me observa fijamente mientras recorre mis curvas, muy despacio, recreándose en ellas. Me muero de ganas de darle una patada en los huevos y salir corriendo de allí, pero no tengo más remedio que quedarme parada y aguantar, con

orgullo, negándome a doblegarme como a él le gustaría. Es el único desafío que me puedo permitir a excepción de quitarle la copa de champán de la mano y rompérsela en la cara.

«Relájate, ratoncita».

No me ha atrapado esta noche, así que no puede castigarme. Sin embargo, algo me dice que a Francesca no le importaría que me pusiera la mano encima.

Por eso necesito portarme bien.

—Has estado increíble, a pesar del numerito que ha montado esa otra chica infame. —Su tono es amable. Está claro que intenta mostrar una imagen algo más afable, aunque me produce la misma sensación que meter la mano en una chimenea que lleva siglos sin usarse.

»Tengo que admitir que las cacerías, si bien son divertidas, siempre me han parecido contraproducentes —continúa.

Me aclaro la garganta suavemente.

—¿Puedo preguntar por qué?

Me sonríe como si me tuviera calada.

—Os enseñan a escapar. Es una tradición que se remonta siglos atrás, pero, si quieres mi opinión, prefiero que mis mujeres no aprendan a huir de mí.

Asiento lentamente con la cabeza.

—Tiene sentido —admito.

En serio, lo tiene.

La Cacería está pensada para ponernos a prueba. Si fuéramos débiles y frágiles, nos moriríamos enseguida y tendrían que estar reemplazándonos constantemente. Está diseñada para quebrantar nuestro espíritu. Nos infunde terror y la esperanza de escapar al mismo tiempo, y todo para arrastrarnos de vuelta a la casa.

Pero Xavier no deja de tener razón: nos enseña a escapar.

Se acerca más a mí, invadiendo mi espacio personal. El fuerte olor a madera de su colonia me perfora las fosas nasales. Quiero gritarle que se aparte de una puta vez, pero no creo que le siente bien.

No soy capaz de relajar los músculos por mucho que lo intente, y tengo los hombros encogidos. Muevo nerviosamente los dedos queriendo cerrar la mano en un puño, pero me contengo.

—Dime, Adeline, ¿intentarías escapar si fueras mía?

«Sin dudarlo. Correría hasta que mis pies fueran puro hueso, y aun entonces seguiría corriendo».

—Claro que no —respondo, manteniendo el tono tranquilo.

Deja escapar una carcajada, mezcla de diversión y condescendencia. Siento su cálido aliento en la mejilla y su áspera barba en el contorno de la oreja cuando se me acerca al oído.

—No podrías ni aunque quisieras —susurra—. No aguantarías de pie. Te temblarían las piernas de forma incontrolable de lo duro que te habría follado.

Acompaña sus palabras con una caricia a lo largo de mi espalda. Cierro los ojos centrándome en no temblar para no salir corriendo mientras le rezo al cabrón celestial para que nunca me encuentre.

—¿A que suena bien, diamante? ¿Crees que te seguirás acordando de Z cuando acabe contigo?

Abro los ojos de golpe. Me ciega la ira. Esta vez sí que tiemblo, pero de rabia.

«Dios, ¿estás ahí? Te necesito. Necesito que hagas uno de tus trucos para que evites que me cargue a este hombre».

Echa la cabeza atrás lo suficiente para estudiar mi expresión. Vuelvo la cara porque soy incapaz de esconder la ira y mantengo la boca cerrada.

¿Qué coño quiere que le responda?

«Por supuesto, superpedófilo, me olvidaría de Zade y solo podría pensar en tu endeble pollita».

Que te jodan, imbécil.

Deja escapar otra carcajada, mientras yo me muerdo la cara interior de las mejillas hasta que noto un sabor metálico, y luego sigo mordiéndolas un poco más.

—No me has contestado.

—No —susurro, mirando al suelo para que no se note que miento—. Creo que sería muy difícil pensar en nada que no fueras tú.

«Y en las ganas que tengo de matarte».

—Ah, ¿sí? —pregunta emocionado.

—Claro. —Se me escapa un chillido cuando me coge el culo con la mano con brusquedad, acercándome a sus anchos pectorales. Noto que se me agarrotan todos los músculos al sentir su polla enhiesta contra el vientre. Se me revuelven las entrañas y juro que sería un acto de justicia poética vomitarle en la cara.

Contonea las caderas contra mi cuerpo y estoy a punto de perder la paciencia cuando alguien carraspea detrás de mí. Xavier me suelta y aprovecho para separarme unos pasos, recolocándome el vestido, que esta desaliñado por su toqueteo. Me arriesgo a mirar y encuentro a Rio a mi lado, con las manos detrás de la espalda y el rostro inexpresivo.

—Perdón por la intromisión —dice, con una leve inclinación de cabeza—. Me han pedido que le cambie los apósitos de la espalda antes del evento. Además, es la hora de acudir a la habitación roja —informa con voz aséptica, aunque amable.

Xavier se alisa la chaqueta del traje y me dedica una mirada abrasadora, y que me niego a devolver. Inclina la cabeza en señal de reconocimiento y se marcha. Me vuelvo hacia Rio, que mueve el mentón en dirección a la entrada de la cocina, desde la que se accede a uno de los baños.

Lo sigo todavía temblorosa. Espero no ser demasiado vacilante y torcerme un tobillo con estos tacones. Francesca sería capaz de reabrirme los puntos con sus propias manos por un error tan estúpido.

Seguimos en silencio incluso después de entrar al baño. Mis hombros se relajan un poco cuando cierra la puerta y por fin estamos solos.

Me pregunto cuándo empecé a sentirme segura con Rio.

Admito que le estoy agradecida. No es un aliado ni mucho menos, pero es el menor de mis enemigos en esta casa.

—¿Qué coño es la habitación roja? —le pregunto.

Rio se me queda mirando.

—Una habitación que hay en la parte de atrás, cubierta de lona y máquinas de tortura. Supongo que te imaginas por qué la llaman la «habitación roja».

Trago saliva.

—¿Van a llevar allí a… Phoebe y Bethany?

—Sí, la usan solo para las que no superan la Cacería.

Se me parte el corazón y se me revuelve el estómago. Ahora mismo les estarán haciendo cosas inconfesables. Creo que voy a vomitar…

—Date la vuelta —me ordena.

Entorno los ojos. No aprecio la forma en que me da órdenes. Cuando me ve así, suspira y añade:

—Por favor.

Resignada, me doy la vuelta.

—¿Por qué me salvaste? —le pregunto con tranquilidad mientras le veo sacar el botiquín de debajo del lavabo y ponerlo sobre la encimera amarillenta. Seguro que era blanca en sus buenos tiempos.

—¿Qué te hace pensar que te he salvado? —responde mientras coge las vendas y una crema calmante para las heridas—. Vas a tener que subirte el vestido.

Suspiro y hago lo que dice. Sé a qué atenerme con él. Además, no es la primera vez que tengo que desnudarme para que me cambie los apósitos. Me subo el vestido hasta las axilas. Me entristece darme cuenta de lo poco que me afecta desnudarme delante de los hombres.

Llevo un tanga tan deshilachado que es como si no lo tuviera puesto. Me desata el corsé con cuidado y con cada vuelta que desanuda respiro un poco mejor. Cuando me lo quito, cojo una bocanada de aire y siento tanto gusto que casi duele. Tengo la tripa colorada y se me han quedado marcas del material de lo apretado que me lo puso Francesca.

—Tendrás que volver a atármelo —le digo.

Suelta un gruñido.

—Entonces pórtate bien. Puedo apretarlo más que ella.

Siento un escalofrío cuando me roza la espalda con sus dedos para levantar el esparadrapo de los viejos apósitos.

—Así que vas a fingir que cambiar los apósitos no ha sido una excusa —lo provoco—. Me curaste justo antes de la fiesta, hace dos horas.

—¿Quieres que te deje sola la próxima vez? —me la devuelve tenso y un poco impaciente.

—No —susurro.

—Entonces acepta el favor y deja de joder.

Cierro la boca de un golpe. Esta vez no me cuesta seguir órdenes. Da igual que no lo quiera admitir: vio que Xavier se estaba sobrepasando e intervino. No parece el comportamiento típico de un traficante. Prefiero agradecerle la intrusión que machacarlo a preguntas y que desista de hacerlo.

Todos sabemos que esta no será la última vez que un hombre me ponga las manos encima. Me noto la piel de gallina.

Estoy metida en esto por culpa de Rio. O al menos en parte. Jugó un papel muy importante y eso nunca podré olvidarlo. Pero tampoco olvidaré la amabilidad que me ha mostrado cuando tenga que enfrentarse a la pistola de Zade.

No sé si podré salvarle la vida, pero me aseguraré de que tenga una muerte rápida.

Carraspeo y me humedezco los labios.

—¿También vas a proteger a Phoebe y a Bethany?

Suspira.

—No puedo ayudarlas.

—Y eso es todo —espeto con un gruñido—. Vas a quedarte ahí sin hacer nada mientras violan y torturan a dos chicas inocentes.

Tarda en responder. Parece que le he dado donde le duele.

—Así soy yo, muñeca. Un hombre malísimo sin remordimientos.

Mentiroso. Si no tuviera remordimientos, no estaría en este baño ahora mismo limpiándome una herida que no necesita cura.

—¿Por qué lo haces? —susurro, siseando cuando el alcohol entra en la herida—. ¿Es por dinero?

Suelta un bufido.

—Me importa una mierda el dinero. De nada te sirve cuando estás muerto, así que ¿para qué lo querría?

—Entonces ¿por qué? —insisto. Suspira mientras abre un paquete nuevo de gasas.

—No eres la única que está esclavizada a gente poderosa —dice cortante. No quiere seguir hablando de ello. Pero no le hago caso.

—Zade te va a acabar matando. Así que, si vas a morir de todos modos, ¿por qué seguir?

Me pega un trozo de esparadrapo con brusquedad, claramente frustrado con mis preguntas.

—¡Puñeta! ¿Por qué no utilizas esa cabecita y te lo imaginas tú sola? —me suelta, con el acento marcado por el enfado—. Si alguien no se queda por su vida, ¿qué podría retenerlo aquí?

Se me desencaja la cara cuando caigo en la cuenta.

—Están usando a alguien contra ti. ¿Algún familiar?

—Mi hermana pequeña. Si me porto bien, no la venderán.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué no te escapas con ella?

—Porque no puedo llevármela. No sé dónde está, ¿entiendes? ¿Has acabado ya con el interrogatorio o quieres que te cuente también cómo perdí la virginidad?

Cierro la boca de golpe. Ya me ha contado bastante. No voy a forzarlo a seguir.

Rio termina de colocarme el apósito.

—Se te van a caer los puntos enseguida —dice mientras se deshace de la basura y recoge el botiquín. Entonces se agacha a por el corsé y me lo coloca a la cintura con destreza, dejándolo mucho más holgado que Francesca.

Cuando termina, suelto el vestido y me lo coloco en su sitio, sumidos los dos en un silencio incómodo.

—Gracias —le digo. La palabra me deja un regusto amargo en la boca.

Se me queda mirando y añade:

—No me lo agradezcas todavía, princesa.

Abre la puerta y sale del baño sin decir nada más, dejándome sola. Me da un vuelco el corazón. Esas palabras no auguran nada bueno. Entonces me viene a la cabeza la excusa que le puso a Xavier: «Me han pedido que le cambie los apósitos de la espalda antes del evento».

¿Qué evento? ¿No hemos tenido ya uno? ¿No es esta la fiesta postevento?

Siento el miedo en las entrañas. Salgo del baño y vuelvo al salón, dándome cuenta de que la Cacería no era más que el calentamiento. Algunos hombres andan rezagados por los rincones, completamente despreocupados, bebiendo y riéndose; las chicas forman un grupo en el centro con la espalda recta y mirando al suelo.

Todas menos Sydney, claro, que se muestra desafiante, mirando a los ojos a los hombres. Incluso llega a sonreírles.

Me coloco junto a Jillian y le pregunto en voz baja:

—¿Qué está pasando?

Cuando vuelve la vista hacia mí, me doy cuenta de lo pálida que está.

—Lo peor de la noche —susurra. La ansiedad se mezcla con el horror que ya sentía hasta convertirme en un manojo de nervios. ¿Era esto para lo que me dijo en el bosque que tenía que prepararme?

Quiero preguntarle más cosas, pero justo en ese instante oigo unos gritos. Cierro la boca de golpe y hago rechinar los dientes cuando el sonido se hace cada vez más intenso. Me retumba el corazón y me sudan las manos. Son Phoebe y Bethany las que gritan y, aunque no sepa lo que está pasando, sé que no es nada bueno.

Es aterrador.

Estoy tan nerviosa que no puedo parar quieta. No estoy segura de lo que ocurre, pero sé que no quiero averiguarlo.

Los dolorosos chillidos se acercan cada vez más. Dos hombres arrastran a las mujeres por el

pelo, desnudas y tan ensangrentadas que están casi irreconocibles. Como Ben está muerto, se encarga de Phoebe un tipo que tiene una espesa mata de pelo negro y barba y que parece tan despiadado como sus compañeros. El que lleva a Bethany es algo mayor, delgado, de labios finos y con gafas.

Casi no puedo sofocar el grito, abrumada por el horror y el pánico. Jillian y Gloria cambian el peso de una pierna a otra; están a punto de llorar. Sydney las mira con indiferencia hasta cuando las lanzan a nuestros pies.

Phoebe y Bethany yacen casi inertes en el suelo. Me entran ganas de vomitar al ver cómo han mutilado sus cuerpos. Tengo que volver la vista, ya que soy físicamente incapaz de asimilarlo. Les faltan miembros y parte de la piel. Tienen cortes por todo el cuerpo y les han arrancado trozos de carne. Se forma un charco de sangre debajo de ellas que se va ensanchando, llegando a filtrarse bajo nuestros pies.

—Son todas vuestras, chicas —anuncia el moreno, todavía resollando por el esfuerzo y la emoción. Llevan la ropa manchada de sangre.

Los ojos de todos los hombres brillan ansiosos, pero estos dos parecen sentirse eufóricos tras torturar a ambas chicas. Tienen los pantalones desabrochados, las camisas abiertas y su pelo está revuelto. Al moreno le gotea sudor de la nariz, mientras que la camisa del otro está salpicada de sangre.

Observo estos detalles con los ojos bien abiertos, aunque a mi cerebro le cueste procesar lo que ve.

Francesca entra justo después y mira a las chicas con una mueca. Luego nos observa a nosotras con parsimonia y entereza. Ha visto y hecho tanto… ¿Habrá algo que pueda perturbarla?

—Gracias, caballeros, por traerlas —dice con amabilidad.

Gloria es la primera en perder los papeles: se da la vuelta y se cubre la boca con la mano para contener el llanto y las arcadas. A Francesca le brillan los ojos de la ira cuando se vuelve de golpe hacia la temerosa chica.

—Ni se te ocurra vomitar en el suelo, jovencita, o te cortaré la lengua —amenaza. Se le forman grietas en el maquillaje por la tensión del rostro.

Gloria asiente con la cabeza, aunque sigue pálida y está a punto de perder el control. Yo por mi parte me repito una y otra vez que no debo vomitar ni dejarme llevar por lo que siento.

Francesca se acerca asegurándose de no pisar los charcos de sangre con sus preciados tacones. Nos observa inexpresiva.

—Llevadlas afuera y acabad con su sufrimiento.

No puedo abrir más los ojos y Sydney se ríe detrás de mí. Tengo que esforzarme muchísimo para no darme la vuelta y pegarle un bofetón.

—¿Qué quieres decir? —Se me ha escapado la pregunta, aunque me arrepiento al instante cuando se vuelven todos a mirarme.

—Quiero decir —dice Francesca entre dientes— que vais a poner fin a su mísera existencia y, después, cavaréis sus tumbas y rezaréis por no ser la siguiente.

Capítulo 18

El diamante

Me cuesta procesar lo que está ocurriendo: Rocco y uno de sus amigos salen de entre los invitados, cogen a las chicas en brazos y se dirigen a la puerta.

Las demás los siguen. Yo las miro horrorizada, con la cara desencajada. Me faltan las palabras…

Esto no puede estar pasando.

Es imposible.

Asumo que no hay quien escape de esta pesadilla al ver los inexpresivos ojos color miel de Francesca.

—Vamos —vocaliza en silencio. Pestañeo rápido. Mi cuerpo sigue sus instrucciones mecánicamente. Me dirijo a la puerta sin sentir nada, como si estuviera viviendo una experiencia extrasensorial. Solo acierto a percibir mis movimientos: los pies que me arrastran hasta los escalones del porche de atrás, donde sigue encendida la hoguera, sus llamas aleteando en el aire gélido, ardientes lenguas que lamen el oscuro cielo y de las que ascienden, arremolinándose, nubes de humo.

Los invitados salen detrás de nosotras. Su excitada charla consigue acallar a los grillos. El viento parece acompasarlos, vibrando de alegría y anticipación. Esto no está bien.

Dos chicas van a morir esta noche y, sin embargo, lo más sobrecogedor de su muerte es la magnificencia que la rodea.

Dejan caer al suelo a Phoebe y Bethany. El golpe las hace gemir aún más alto. Tengo los músculos de las piernas agarrotados y las siento pesadas, por lo que casi no puedo mantener la fila con las otras tres chicas.

Estamos de pie frente a ellas. Cada una procesamos las emociones de diferente manera: Jillian muestra resignación, mientras que Sydney rezuma entusiasmo; en cuanto a Gloria y a mí, nos miramos aterrorizadas por lo que está por venir.

Francesca se encuentra al otro lado de la hoguera. Las oscuras sombras que proyecta y el rojo

luminoso de las llamas realzan sus rasgos, como un demonio salido del infierno.

—Estas chicas fueron declaradas indignas en la Cacería —declama Francesca. Los hombres guardan silencio. Me imagino que es una de las pocas ocasiones en las que están dispuestos a callarse para escuchar a una mujer.

»Hemos mantenido esta tradición durante siglos. En este negocio, solo las más fuertes sobreviven; solo las que aguantan y perseveran enfrentándose a todo lo que se pone en su camino. Estas chicas que veis ante vosotros… Ellas sí que son dignas. Y van a demostrar su valía acabando con la vida de aquellas que fracasaron.

Francesca vuelve sus expectantes ojos oscuros hacia nosotras, pero no soy capaz de apartar la vista.

Rocco se acerca a nosotras cargado con grandes piedras. Sydney coge la suya con rapidez, casi temblando de la emoción.

Me mira de arriba abajo ansiosa, con cara de satisfacción. Cojo una piedra a regañadientes. Me sorprende lo pesada que es.

Jillian y Gloria recogen la suya. Sus manos temblorosas se repliegan en torno a la dura piedra. A Gloria se le salta una lágrima, que resbala por sus angelicales mejillas.

Al darse cuenta, Rocco se le acerca, la agarra de las mejillas y se la chupa, lamiéndole toda la cara con su asquerosa lengua. Cuando ella chilla, Rocco le responde con una sonrisa siniestra.

—Que no te vea llorar más, niñata, o te unirás a ellas.

—No me obligues a hacerlo —implora en un susurro mientras su cuerpo se estremece bajo las manos de Rocco.

—¿Qué prefieres? ¿Lanzar la piedra o que te la lancen a ti? Estás a tiempo de elegir.

Cierra los ojos con fuerza y asiente con la cabeza, aceptando su destino.

Rocco la aparta de un empujón, complacido, y se coloca detrás de Francesca sacando pecho y con las manos juntas a la espalda, como si fuera un soldado honrando la muerte de un compañero.

Anida en mi pecho un agujero negro que devora toda la bondad que me quedaba. Los observo a los dos, y noto tal furia en los ojos que seguro que brilla con más intensidad que la hoguera que tengo delante.

No sé si tengo más ganas de matarlo a él o a su hermana.

Todo el mundo guarda silencio. El ambiente está cargado de una energía aplastante. Hasta los grillos han dejado de cantar, como si las criaturas del bosque también pudieran sentir la angustia.

Sydney es la primera en atacar: levanta el brazo y golpea a Phoebe con la piedra sobre una de las heridas del hombro, riéndose como una maníaca.

Pongo una mueca de dolor. Estoy cada vez más horrorizada al contemplar su despreocupado vaivén. Phoebe grita solo unos segundos después y, por fin, me dejo llevar por el instinto: aparto a Sydney de un empujón e ignoro su quejido de protesta cuando aterriza con torpeza con la piedra que lleva en la mano.

Veo por el rabillo del ojo que Jillian y Gloria están arrodilladas frente a Bethany, golpeándola con su piedra en la cabeza para acabar con su vida lo más rápidamente posible.

La adrenalina circula por mis venas y voy a acabar echando el corazón por la boca. Pongo a Phoebe de medio lado para no ver sus graves heridas.

Sydney viene gateando en nuestra dirección con una mirada asesina y, rugiendo por el esfuerzo, la golpeo en la cabeza con la piedra. Ignoro el grito de sorpresa de Francesca. El golpe ha sido certero y ha dejado inconsciente a esa puta loca.

Vuelvo a centrarme en Phoebe. La abrazo con delicadeza, apoyo su cabeza en mi pecho y la mezo.

—No permitiré que sufras —le susurro al oído rápido, con desesperación. Se me escapa una lágrima, que me resbala caliente por la mejilla—. Tú me has salvado, Phoebe. Has sido tan fuerte y valiente. Siempre serás mi heroína. ¿Me oyes?

—Sí, t-te oigo —dice medio ahogada, pues sus fuertes sollozos le sacuden el pecho. Respiro profundamente y alargo la mano hacia el fuego para coger una rama de la pira. Casi no siento las llamas lamiéndome la piel.

Rocco viene corriendo hacia mí, pero no llega a tiempo. Hundo la rama afilada en la yugular de Phoebe, que convulsiona en mis brazos. La sangre emana de su cuello formando un riachuelo. La abrazo con fuerza, aunque mi alma haya quedado destrozada.

Estallo en llanto. Coloco mi frente sobre la suya sin notar siquiera la sangre que me está empapando.

Lágrimas de pena e ira me resbalan por las mejillas. Lo único que puedo hacer es aferrarme a ella, acunándola mientras muere en mis brazos.

—Duerme, Phoebe —susurro con la voz entrecortada—. Es hora de dormir.

Todo se apaga tan rápido como empezó, pero no la suelto. Lloro sobre su cuerpo inerte mientras me debato entre el alivio de saber que ya no sufre y la desesperación que me produce el que tuviera que morir.

Hoy ha muerto la hija de alguien.

La única esperanza que me queda es que quienquiera que amase a Phoebe sea capaz de perdonarme por ser yo quien se la arrebató.



Dos meses después

Giro la base del pintalabios rojo hasta que lo saco del todo. Me lo aplico meticulosamente sobre el labio superior con mucho cuidado de no salirme. Continúo con el inferior, después froto el uno contra el otro y los separo con un chasquido.

Observo mi reflejo con detenimiento. Me cuesta reconocer a la persona que me devuelve el espejo. Tengo muchísimas ojeras, lo que me recuerda que debo ponerme más corrector antes de mi cita con Xavier. Solo le gusta verme cansada después de haberme follado.

Todavía no me han subastado. Francesca dice que ya casi estoy lista y que, cuando llegue el momento, Xavier se asegurará de pujar más que nadie.

Aunque no sea oficial, está clarísimo que él será mi amo. Por eso este último mes Francesca le ha permitido visitarme una vez por semana.

Esta noche será la cuarta que pasemos juntos. Cuando se marcha, me acurruco haciéndome una bolita y dejo que Rio me limpie. A Xavier le pone cachondo verme sangrar y, como ya estoy apalabrada, tiene permiso para marcarme. Dentro de lo razonable, dice Francesca, pero ¿qué hay de razonable en todo esto?

Mantengo en alto el pintalabios y me pregunto si será el color de mi sangre lo que le pone cachondo o el contacto del cuchillo al traspasar la frágil barrera de mi piel.

Bajo la mano y contemplo mis ojos color caramelo en el espejo. ¿Cuándo fue la última vez que sonreí de verdad? La última noche que pasé con Zade, creo. ¿Hace cuánto? Si no me equivoco estamos en enero y la última vez que nos vimos fue poco después de lo de Satan's Affair. Me he perdido nuestras primeras vacaciones juntos: Acción de Gracias y Navidad, y probablemente su cumpleaños, aunque ni siquiera sé cuándo es. Mi beso de Año Nuevo fue sustituido por la polla de Xavier incrustada hasta la garganta. Por si no se me había ocurrido suicidarme hasta ese momento…

¿Qué fue lo que dijo Zade para hacerme reír? Algo ridículo, pero ya no me acuerdo de qué era. Lo que sí recuerdo es que no pudo aguantarse la risa cuando no supe qué responder. Y me acuerdo también de que mis traidores labios querían reírse, aunque traté de mantenerlos a raya.

Ojalá nunca le hubiera escondido ninguna sonrisa. Ya ni siquiera sé si soy capaz de sonreír.

Se me contraen los músculos de la cara cuando intento forzar las comisuras de los labios, estirándolas para dejar a la vista los dientes. No importa cuánto lo intente, no me llega a los ojos. Es antinatural. Torpe.

Aterradora.

Vuelvo a relajar los músculos mientras me planteo qué podría devolverme la sonrisa.

—Pues claro, Addie —susurro—. Ya sabes qué hacer.

Levanto el carmín, lo coloco en la comisura de los labios y trazo una línea curva desde allí, atravesando la mejilla hasta llegar a los ojos. Hago lo mismo en el otro lado hasta que tengo una gran sonrisa dibujada en el rostro.

El Joker sabía lo que hacía.

Me siento un poco mejor. Cierro el pintalabios y lo dejo rodar por el suelo. Oigo fuertes pisadas que se acercan por el pasillo hasta llegar a la habitación.

Se me acelera el pulso. Me pregunto si Francesca me permitirá dejarme la sonrisa dibujada. Solo por esta noche.

Se me acerca y en cuanto se da cuenta de lo que he hecho me mira desconcertada, con los ojos abiertos de par en par. Suelta la mano y me pega tal hostia a la altura de la sien que consigue derribarme.

—¿Qué coño te pasa? —se queja.

Me retiro los mechones de pelo de la cara para ver su enfado.

—Lo siento, Francesca —le digo con tranquilidad—. Solo quería sonreír.

Resopla enojada.

—No puedes perder los papeles. Lo último que necesito es otra Sydney. Estás a pocas semanas de ser vendida, diamante. Ni se te ocurra arruinarlo todo.

Frunzo el entrecejo, asiento con la cabeza y me disculpo con ella. Hace un efecto raro con la sonrisa pintada en la cara.

—Límpiate eso y prepárate. Xavier llegará en diez minutos.

Qué pena. No habrá sonrisas para mí esta noche.

El aliento de su hondo jadeo me roza la cara. Su excitación se intensifica cuando apoya la punta de acero en mi estómago. Todavía no ha atravesado la piel, pero mis receptores del dolor reaccionan como si lo hubiera hecho.

—Quiero verte cubierta de sangre, diamante —me susurra colocado encima de mí, mientras su polla espera erecta lista para penetrarme.

Ya estoy manchada entera de rojo. Ha hecho tantos cortes en mi cuerpo que las sábanas blancas son ahora de color carmesí.

Nada es suficiente.

Se me escapa un quejido cuando me la mete. Me sobrevienen arcadas, que amenazan con arrojarle bilis por encima, pues tengo el estómago vacío. Francesca no me deja comer mucho los días de visita. Dice que no quiere verme hinchada.

—¿A que te gusta sentirme dentro de ti, pequeña?

Cierro con fuerza los ojos y asiento con la cabeza, a pesar de que no es cierto.

Invade mi cuerpo como si se tratara de un parásito, un inquilino molesto que se alimenta de mi fuerza vital como una sanguijuela.

La afilada punta del cuchillo atraviesa finalmente la piel y recorre mi estómago con el filo, arrancándome un gemido. Sale sangre de la herida, provocando que acelere el ritmo de sus caderas.

—Joder, es tan bonito —gruñe jadeante.

Se me escapa una lágrima. Rezo para que esté tan distraído que no la vea, o me hará cortes más profundos.

Quiere que me retuerza bajo el agudo acero y que me ponga tan cachonda como él con el dolor. Quiere que lo disfrute y, cuando se da cuenta de que no es así, se enfada. Según él solo tengo que acostumbrarme, adaptarme. Pero ¿cómo coño va a habituarse alguien a que lo rebanen como a un puto cerdo?

Se me escapa otro alarido cuando cambia el cuchillo de zona y empieza a clavármelo despacio, como si quisiera darme tiempo a acostumbrarme.

Preferiría que acabara conmigo de una puta vez, pero creo que lo sabe.

Empuja dentro de mí cada vez más fuerte, haciendo que el cuchillo se hunda más en mi cuerpo. Cierro bien fuerte los ojos y aspiro profundamente. Mientras él da sacudidas, mi alma se rompe en mil pedazos.

No creo que Xavier vaya a quedarse conmigo mucho tiempo. ¿Cómo iba hacerlo? Acabaré desangrándome.

—Cuando te lleve por fin a casa —jadea—, me voy a beber tu sangre. Me alimentaré de ella a todas horas.

Se me revuelve el estómago y siento arcadas de nuevo. Está describiendo una imagen abominable y perturbadora. Ya solo le queda declararse caníbal o vampiro en ciernes.

Se da cuenta del horror que se refleja en mi cara, gruñe y me acerca el cuchillo a la garganta.

—¿Ves esta vena de aquí? Un cortecito de nada y podría estar bebiendo de ti hasta que no fueras más que un cadáver putrefacto. ¿Es eso lo que quieres?

«Sí, por favor, mátame. Aquí y ahora, y me harás muy feliz».

—No —le digo casi sin aliento, con la voz rota por el dolor. Jamás me atrevería a pedírselo porque entonces no lo haría. Xavier nunca aceptaría darme lo que quiero. Sobre todo, porque sabe que no lo quiero a él.

—Entonces dime que me deseas —me exige como si me hubiera leído la mente.

—Te deseo —repito enseguida, aunque son palabras huecas. Le gustaría reclamar un pedacito de mi corazón, pero en ese lugar existe un vacío, una nada que jamás podrá ocupar él.

Responde con un gruñido al notar la frialdad de mi voz y se hunde con ímpetu dentro de mí. Si se cree que me la está metiendo hasta el fondo, lo siento mucho por él. No me gustaría que descubriera el tamaño de la de Zade.

De la única manera en la que me hace daño su polla es porque es un apéndice suyo.

Me muerdo el tembloroso labio inferior con los dientes esforzándome por tragar. La malicia lo absorbe rápidamente y se refleja en sus ojos azules. Es como si los hubiera cubierto con una capa negra, envolviendo su color de oscuridad.

Mueve la mano por mi estómago. Se para a la altura de una herida y hunde su pulgar, arrancándome un grito antes de seguir avanzando. Tamborilea burlón con los dedos sobre mi carne, con una sonrisa malévola en el rostro.

Tengo una esponja en la tráquea chupando el odio como si fuera agua y está tan hinchada que siento la garganta herméticamente sellada.

Me acaricia el clítoris con suavidad. Le brillan los ojos cuando sus dedos dan con ese punto que consigue que se me tense el cuerpo.

—Por favor, no —suspiro. Las lágrimas me queman en los ojos. Odio ese punto. Ya sabe algo más de mí.

Se le encienden los ojos completamente excitado.

—Dímelo otra vez —me ordena. Su voz suena a pecado. Cierro los ojos y me imagino una cara con una cicatriz y unos traviesos ojos yin yang sonriéndome tras la capucha.

Trago saliva y digo con voz áspera:

—Te deseo.

Me cuesta no desmoronarme cuando oigo sus jadeos. Esto está mal. Suena mal. Sus caricias están mal… Él es el hombre equivocado. Sonríe cuando lo digo y me toca más deprisa.

—Di mi nombre, diamante —me ordena.

Aprieto la mandíbula como respuesta.

Nunca lo diré. Nunca.

Lleva intentándolo desde que empezaron las visitas, pero ha sido en vano.

Al ver que permanezco callada, vuelve a empotrármela mientras sigue estimulándome el clítoris. Se me tensa aún más el cuerpo. Un sentimiento traidor se va acumulando en la parte baja de mi estómago. Sigo en silencio. Me niego a ceder más de lo que ya he cedido.

Xavier cree que no le he dado nada, pero se equivoca. Se lo he dado todo. Simplemente no valora lo que me ha arrebatado: la piel suave y tersa que mutila; los pedacitos de cordura que se descaman con cada roce de su piel; cada uno de los presagios sobre el día que seré suya; la capacidad de tocarme y de ser tocada sin querer rajarme el cuello; mi dignidad, mi autoestima, sentirme cómoda con mi cuerpo; mi valía.

No tienen ningún valor.

Porque lo que realmente quiere es cada pedazo de mi alma destrozada, y que yo quiera cada pedazo de la suya.

Pero mi alma ya está apalabrada. La reclama un hombre malvado con la intención de quedársela para sí mismo. Supongo que quiere darme la suya a cambio.

No sé qué hacer con eso, la verdad.

—Ya lo dirás un día, diamante. Vas a pasar conmigo el resto de tus días —me jura.

Cierro las piernas en torno a su cintura cuando empieza a follarme más duro. Se inclina para lamerme los pezones. Aprieto los dientes y noto cómo me sube la bilis.

—Esto es mío —dice con un gruñido—. Todo esto es mío.

Aprieta los dientes sobre la maltratada cumbre de mi seno y la muerde hasta que veo borroso por el dolor y me arranca un grito del pecho. Ni aun así se apiada de mí. No para hasta que le gotea sangre de los dientes. Casi deseo que vuelva al cuchillo.

Menuda tragedia.

Por fin me suelta. Tiene una mancha de sangre en el labio y los ojos dilatados mientras sigue

metiéndomela cada vez más rápido, sin dejar de estimularme el clítoris.

Poco a poco, me voy olvidando del dolor que lacera mi seno. Inspiro profundamente y siento una pausa en la respiración muy a mi pesar…

El orgasmo hace estragos con mi cuerpo y… ¡Mira! ¡Por ahí se marcha mi cordura!



—Estoy hasta la polla de estos frascos de Neosporin —dice Rio a mi espalda.

Xavier ya se ha marchado. Hoy ha sido especialmente cruel: ha reabierto heridas que tenía ya curadas en la espalda y me ha hecho alguna nueva en los pechos y el estómago. Cada vez llega un poquito más lejos.

Se supone que la Cacería sirve para seleccionar a las que tienen resistencia, a las que pueden con todo, pero no sé hasta qué punto seré capaz de sobrevivir a otra noche con él.

—Lo siento —mascullo, demasiado cansada para regañarlo. Tengo la mirada fija sobre las muescas talladas en la mesilla con las que llevamos la cuenta. Lo encuentro deprimente.

—Estás rindiéndote, princesa —suspira, apoyando el botiquín sobre la cama. Empezó a llamarme así cariñosamente tras la Cacería y ya no me suena como un insulto, como me ocurría antes.

Francesca no lo relevó de sus funciones, así que ha seguido curándome. Nunca lo admitiremos, pero creo que encontramos consuelo el uno en el otro.

—¿Y a ti qué te importa? —me quejo con la mirada fija en la pared. Agarra unas cuantas toallitas de papel y me da unos golpecitos en las heridas de la espalda para enjugar la sangre. Estaban empezando a cicatrizar.

Después de todo, Francesca no tenía que haberse preocupado por las cicatrices del accidente de coche. He tenido la suerte de encontrar a alguien a quien no solo le gusta admirarlas, sino que siempre deja algo de propina.

Sigo desnuda. Ya no me perturba estar así en la presencia de hombres, pues ocurre a todas las putas horas. Y todo porque vivo con una zorra psicótica.

Sydney se cabreó muchísimo conmigo cuando la dejé inconsciente la noche de la Cacería e intentó cortarme el pelo con unas tijeras como venganza. Por suerte, Jillian intervino y lo único que consiguió fue que la castigaran.

Desde entonces tiene una misión personal: tenderme trampas por tonterías a la mínima oportunidad, como dibujar en las paredes como una niña pequeña, romper platos, tirar la comida o estropear la ropa del camerino.

La mayoría de las veces, Francesca sabe que no fui yo, pero está tan cansada de las interminables riñas que lo paga con las dos. A Sydney no le importa que la castiguen siempre y cuando yo sufra también.

No he tenido más remedio que aceptar los castigos: pasar una noche con Rocco y sus amigos. Al principio intentaba defenderme, pero nunca ha servido de nada.

—Por suerte para ti, se te tienen que curar las heridas, así que no habrá más visitas hasta que haya pagado por ti.

Me lo quedo mirando, sorprendida. Francesca no me ha dicho nada, pero no deja de ser un alivio. A veces me revela información que no debería darme. Nunca le he preguntado por qué. Me da miedo que deje de hacerlo si lo hago. Después de que me contara lo de su hermana, entramos en un compañerismo cómodo. Los dos estamos presos de nuestros demonios y aceptamos que no podemos ayudarnos el uno al otro a liberarnos de nuestras cadenas.

Me encojo de hombros.

—Eso no cambia las cosas. Los demás van a seguir divirtiéndose conmigo. ¿Quieres ponerte a la cola? —le pregunto con brusquedad.

Se ríe despreocupado.

—No me interesas.

—Ah, ¿no? ¿Ni las otras?

Recuerdo que Sydney intentó enfurecerme asegurándome que Rio se estaba colando en su cuarto por la noche. No me importó entonces y seguiría sin importarme ahora. En cualquier caso, estoy casi segura de que mentía.

Rio ha tenido muchas oportunidades de follarme a mí o a las demás. Y, aun así, nunca le he visto ponerle un dedo encima a nadie más allá de lo necesario. Al principio procuraba hacerme sentir incómoda, pero no lo ha vuelto a hacer desde el secuestro. Ahora actúa como si no me conociera cuando hay gente delante.

Un día le pregunté por qué se comportaba así, por qué fue tan cruel conmigo al principio y a qué vienen esos silencios si después es otra persona cuando estamos solos. Me miró con mucha seriedad y me dijo: «Los hombres de esta casa buscan tus puntos débiles. Yo no quiero ser uno de ellos».

Presiona un poco más fuerte de la cuenta sobre una de las heridas y se me escapa un quejido.

—Eso sí que no. Calladita o tendré que dejar que se te infecten las heridas.

Suelto un bufido, pero no digo nada más. Sus amenazas no significan nada y los dos sabemos que ya no me asusta. Tampoco creo que sea lo que pretende.

—Francesca dijo que faltaban unas semanas para que fuera suya. ¿De cuántas estamos hablando? —le pregunto. Tengo la voz ronca, consecuencia del rato que he pasado con el depravado.

—Tres.

Cierro los ojos y asiento con la cabeza. Aprieto los dientes cuando me limpia otra herida abierta.

—Vienen chicas nuevas la semana que viene —me sigue contando Rio.

—¿Cuántas?

—Tres. Hay sitio suficiente ahora que no estáis más que tú y la loca.

Siento una punzada en el corazón al recordarlo. A Jillian y Gloria las enviaron a la subasta hace una semana, dejándome sola con Sydney. Desde la noche que tuvimos que acabar con la vida de Phoebe y Bethany, nuestra formación se intensificó.

Que nos consideraran dignas no significa que no pudiéramos fallar. Francesca nos sometió a agotadoras clases de etiqueta: cómo dirigirnos a nuestros amos, cómo hablar, comer o complacerlos sexualmente.

Están meticulosamente diseñadas para someternos. Nos azotaron, violaron y privaron de comida si cometíamos un error. Y, como en la noche de la Cacería, nos forzaron a castigarnos las unas a las otras. Para cuando las dos chicas fueron llevadas a la subasta ya no nos podíamos ni ver.

Incluso después de que vendieran a Jillian y Gloria, las penosas clases no se suavizaron. Ya no queda huella de los moratones y me han quitado las grapas, pero una línea blanca recorre mi espalda afeándola. Y, aun así, Francesca no permite que nos subasten. Ni idea de por qué.

A pesar de estar apalabrada, Francesca ha de seguir el protocolo. Debo colocarme sobre un escenario para que todos puedan pujar por mí. Lo que pasa es que está garantizado que ganará Xavier.

Es uno de los hombres más ricos del mundo, según él. No sé a qué se dedica y ni siquiera si reside de forma legal en el país, pero supongo que eso no es relevante.

A pesar de lo que piense Rio, nunca voy a dejar de luchar. Me niego a empezar alegremente una nueva vida con Xavier. Lo que sí que le voy a permitir es que me saque de aquí.

Su objetivo es mantenerme cansada, sumisa e ignorante. No he salido de estas cuatro paredes desde la Cacería. No he sentido el calor del sol en las mejillas ni he atrapado un copo de nieve con la punta de la lengua. Tienen miedo de Zade y de lo que este podría hacerles, así que lo más seguro es tenerme escondida, sin ver la luz del día.

Tres semanas más y a Xavier no le quedará más remedio que sacarme de aquí y arriesgarse a que me encuentre Zade. Y yo haré todo lo posible por ayudarlo.

Rio termina de vendarme la espalda y me da la vuelta para limpiarme la herida del estómago. Mantiene la mirada fija en su tarea, sin desviarla a un pezón.

—Procura no echarme de menos cuando me vaya —murmullo, con la mirada perdida en el techo.

Me doy cuenta de que levanta la mirada antes de volver a concentrarse en una herida especialmente profunda. Va a necesitar puntos adhesivos.

—Rezaré por que tengas una corta vida —responde. Le sonrío, y esta vez es de verdad. La primera en meses. Al final resulta que no necesitaba el pintalabios.

Ha sido un detalle que diga eso.

Los pasos de Francesca avanzan por el pasillo, pero ni Rio ni yo nos inmutamos, ya que todavía tienen que curar algunas heridas.

Me vuelvo hacia ella cuando irrumpe en la puerta. Se fija durante un segundo en mi cuerpo con una expresión inescrutable en sus ojos.

«¿Te parece que estoy guapa, Francesca?».

—Termina de curarla rápido, Rio. —Él deja lo que estaba haciendo y se vuelve para mirarla por encima el hombro. Parece muy seria—. Claire está aquí y quiere hablar con ella.

Enero de 2022

Cuando la gente piensa en Año Nuevo, se imaginan a quién van a besar cuando se acabe la cuenta atrás. Yo lo pasé con los labios de un extraño por todo mi cuerpo y su polla inserta en lugares donde no debería estar. No tenía derecho.

Por un momento sentí alivio cuando Francesca me contó que Xavier iba a visitarme una vez a la semana. Ahora, tras las dos primeras visitas, no puedo imaginarme por qué. Es más cruel que Rocco y sus amigos.

Estos solo tratan de obtener placer, mientras que Xavier prolonga mi sufrimiento hasta que me deshago en sollozos. Odio que me haga llorar. Hace que me sienta débil e indefensa.

Peor aún, lo pone furioso. Quiere que disfrute, pero lo último que haría yo es disfrutar de lo que me hace.

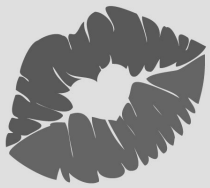
Mientras me clava el cuchillo en la piel, mirándome con detenimiento,

~~anci~~ anticipando el instante en que me voy a derrumbar, me imagino todas las formas posibles de hacerlo sangrar.

No es lo peor que me ha hecho. Qué va.

No podía ser un violador normal y preocuparse de su propio placer. Joder, la mitad de los tíos son así. Pero no, él quiere asegurarse de que yo también tenga un orgasmo.

Y lo ha conseguido. Y hace que me quiera morir.



Capítulo 19

El cazador



Hace una semana

Del cuerpo de la mujer penden rubíes y esmeraldas, sujetos a sus curvas con unas finas cadenas. Por lo demás, está completamente desnuda, expuesta a la denigrante mirada masculina.

—La puja comienza en doscientos mil dólares —anuncia una voz femenina por el altavoz incorporado en mi sillón de cuero. No sé qué está más vacía, si esa voz o la mirada de la chica que se contonea sobre el escenario.

No escatiman en nada en estas subastas: la zona de pujas tiene la forma de una rueda gigante, con un escenario en el centro rodeado de quince cubículos de cristal, que le proporcionan a cada postor la intimidad necesaria para pujar por mujeres víctimas de la trata. El cristal está tintado de forma que los hombres puedan ver el escenario y a la vez mantener el anonimato. Jay y yo hemos descubierto que los cristales se pueden destintar gradualmente, lo que permitiría que se viesen sus caras.

Pienso jugar con esta característica un poco más tarde.

Le doy una calada al cigarrillo, del que asciende un hilo de humo que se esparce por el reducido espacio. Aprieto el botón para pujar por la chica.

—Doscientos cincuenta mil dólares —dice la voz de mujer, monótona, al segundo.

Hay alguien más pujando. Antes de que la voz pueda terminar de hablar, vuelvo a pulsar el botón, haciendo que incremente la cifra a trescientos mil dólares.

Es la quinta chica que compro esta noche. También es la quinta en ser subastada. Todas las chicas, cada una de ellas, van a venirse conmigo.

Envío el pago desde mi cuenta una vez confirmada la compra. Todos estarán muertos antes de que acabe la noche y, cuando eso ocurra, Jay transferirá el dinero de vuelta a mi banco. No es que me haga falta, pero me niego a engrosar las arcas de la Sociedad.

Tengo que pujar tres veces más antes de que se confirme la compra. Doy otra calada al

cigarrillo. Siento un cosquilleo cuando empujan a otra chica al escenario. Se tropieza, pero consigue recuperar el equilibrio y evitar la caída, a pesar de los tacones de doce centímetros que lleva.

Es una chica de apariencia tímida con grandes ojos de cervatillo y unas gafas que le cubren la mitad del rostro. Pujarán por ella porque su apariencia es juvenil, casi infantil. Igual que las cinco anteriores, lleva el cuerpo cubierto de joyas que valen más de lo que cualquiera de estos hombres estaría dispuesto a pagar por ella.

Clic.

—Cincuenta mil dólares.

—Quedan tres chicas después de esta —susurra Jay.

No digo nada. Estos cubículos tienen micrófonos ocultos y quiero que su muerte sea una sorpresa.

Clic.

—No creo que Addie esté aquí.

Ya lo sabía, pero Jay, el bueno de Jay, albergaba alguna esperanza. No estoy en este lugar porque creyera que Addie fuera a aparecer de repente en el escenario para que la sacara de esta atrocidad.

A ella no la van a subastar. Claire nunca se arriesgaría. Sabe que la vigilo y es muy consciente de que dispongo de los medios necesarios para rastrear a las víctimas de trata, así que no tendría sentido que utilizara con ella los canales habituales, que conozco a la perfección, porque podría rescatarla sin problemas.

Con ella actuarán de otro modo, de eso estoy seguro.

Han pasado ya dos meses desde que se la llevaron. Cada día que pasa crecen mi cansancio y mi enfado.

Estoy perdiendo la cabeza, la paciencia, la fuerza, todo… Sigo en pie por pura convicción, por desesperación.

No sé dónde la tienen escondida, pero está fuera de la red y no la han trasladado. Probablemente porque saben que, de ser así, la encontraría. Cuando mantienen a las chicas en un solo sitio es casi imposible encontrarlas. Si no siguen los canales habituales y no las trasladan ni las venden, no las puedo rastrear. Ni siquiera la han llevado a la ciudad más cercana. Ni una sola cámara en el planeta ha grabado la cara de Addie desde que salió del hospital.

Tampoco las de Rio ni Rick, que son dos de las tres personas que me podrían conducir hasta ella. Doy por hecho que sus secuestradores la acompañan, pero Claire… Ella sabe cómo pasar inadvertida. Las pocas veces que he logrado localizarla, ha estado rodeada de un ejército, e infiltrarse requeriría de una planificación, lo que es imposible porque enseguida vuelve a desaparecer. Es como seguir una pista falsa: sus movimientos están concebidos para despistarme. Tengo el firme propósito de desenmascarar a Claire, pero utilizarla para encontrar a Addie ha sido una pérdida de tiempo y recursos.

Y eso… Eso no funciona.

Por este motivo estoy aquí esta noche, para destruir otra facción del gobierno en la sombra. Y lo más importante: tengo la esperanza de que una de estas chicas haya visto a Addie. Jay ha identificado a todas las que han participado en la subasta y algunas de ellas son de Oregón. Si no han sacado a Addie del estado, cabe la posibilidad de que vengan de la misma casa que ella.

Clic.

—Cuatrocientos cincuenta mil dólares a la una…

Vendida.

También compro a las tres chicas que la suceden. No puedo oír ni ver el cabreo de los demás postores, pero lo intuyo por la guerra de precios que se desata con cada nueva puja. Al final todos acaban abandonando, supongo que con la intención de comprar una chica en otra subasta.

La última víctima baja del escenario y, unos instantes después, llaman con suavidad a la puerta.

—Jay, bloquea todas las puertas del edificio y cierra las salidas con barricadas. Hoy no sale nadie de aquí más que yo —le indico rápidamente antes de decir en voz alta—: Pasa.

—Entendido —responde Jay en el momento en el que Lee Morrison entra en el cubículo. No es el dueño de la casa de subastas, sino quien se encarga de que todo funcione: acompaña a los postores a sus habitaciones, se asegura de que el alojamiento sea adecuado y supervisa las entradas y salidas de las chicas para que vaya todo sobre ruedas y no haya ningún contratiempo.

—Cierra la puerta, por favor —le pido todavía de espaldas a él. Oigo el clic de la puerta al cerrarse unos segundos después.

—Caballero, ¿dónde quiere que le llevemos sus ganancias? —me pregunta timorato pero respetuoso. Se siente incómodo.

Me parece bien.

—Mis ganancias —repito—. Eres consciente de que son seres humanos, ¿verdad? Igual que tú.

Lee carraspea.

—Lo siento mucho, señor. ¿Adónde quiere que le llevemos las chicas?

—Hay una limusina aparcada en la parte trasera del edificio. Asegúrate de que nadie les ponga la mano encima.

—Sí, señor.

—Díselo —le exijo con calma—. Díselo por radio ahora mismo.

Titubea. Mi petición lo ha pillado por sorpresa, pero al final hace lo que le digo. Les comunica por radio que deben trasladar mis ganancias a una limusina intactas. Cuando recibe confirmación, vuelve a carraspear.

—¿Necesita algo más, señor?

—En lo que a las chicas respecta, no.

Da por hecho que no necesito nada más. Oigo cómo pivotan sus pies sobre la fina alfombra

negra y zangolotea con el pomo de la puerta.

—Antes de irte —digo, provocando que se pare en seco—. ¿Has comprado alguna vez una chica?

Vuelve a tartamudear.

—Bueno, aquí no.

—¿Y en otro sitio?

—Sí, claro —responde unos segundos después.

Murmuro como si nada, a pesar de que su respuesta me enfurece.

—Señor, ¿puedo preguntarle por qué…? —interrumpe su pregunta de golpe cuando me levanto y lo encaro. No sé si será por las cicatrices o la mirada asesina que le lanzo, pero hay algo en mi cara que ha provocado que se desvanezcan las palabras y que abra los ojos de par en par.

De espaldas a la puerta, alarga la mano buscando a tientas el pomo mientras me acerco a él.

Rápido como un latigazo, lo agarro del cuello, sofocándole el grito. Lo levanto del suelo hasta ponerlo a mi altura mientras patalea y me araña para que lo suelte. Lo miro fijamente a los ojos, dilatados por el miedo.

Solo veo mi monstruoso reflejo.

Le dije que esas chicas eran seres humanos, pero no que yo también lo fuera.

Le enseño los dientes y le digo con un gruñido:

—¿Cuántas mujeres has arrojado sobre ese escenario condenándolas a una vida de miseria y sufrimiento? ¿Cuántas has comprado para ti, sometiéndolas a actos horribles?

Se le está poniendo la cara morada y se le ha descolgado la mandíbula como si se tratara de un pez, pero de esa asfixiada garganta no sale ni un sonido. Aprieto más fuerte, disfrutando de la forma en que se le hinchan las venas de la frente. Me pregunto si sería capaz de hacerlas reventar.

—Venga, Lee. Sé que tienes mujer e hijos. ¿Cómo puedes mirarlos a la cara cada noche sabiendo que has condenado a gente como ellos a un destino espeluznante?

Lo suelto antes de que pierda la consciencia. Inspira con fuerza cuando lo obligo a ponerse en el sillón en el que yo he estado sentado las dos últimas horas, comprando mujeres que él nos ha presentado con orgullo a mí y a otros catorce hombres.

Le pego un puñetazo que casi lo deja inconsciente. Eso me da unos minutos para coger la mochila negra que he traído conmigo, llena de cuerda y cinta americana. Los vigilantes de la puerta, Beavis y Butthead, la revisaron cuando entré al edificio, pero lo único que hicieron fue sonreír, dando por sentado que lo llevaba para las chicas que pensaba comprar.

Les devolví la sonrisa porque son unos idiotas y porque van a morir.

Saco el rollo de cinta americana rápidamente y le ato las manos y las piernas con ella. Trata de justificarse, pero, cuando se da cuenta de que no funciona, se contonea como un gusano en un anzuelo. No sé qué espera conseguir con eso.

Cojo entonces una lata de líquido para encendedores y lo rocío con él. Se le abren aún más los ojos y se revuelve con ahínco, intentando romper la cinta como si fuera el increíble Hulk.

—Jay, diles que entren —le ordeno.

—Enseguida.

Dejo a Lee a solas con su lucha. Salgo del cubículo para ver entrar a mis hombres en el edificio y presenciar cómo se deshacen de los vigilantes en cuestión de minutos. Nadie va a salir de esta subasta con vida.

Mientras mis hombres se hacen cargo de los empleados y los guardias, yo me introduzco con parsimonia en cada uno de los cubículos. Jay va desbloqueando las puertas a mi paso de una en una, luego entro, reduzco a los despiadados violadores que los ocupan y los ato como he hecho con Lee.

Para cuando termino con los quince cubículos, una fina capa de brillante sudor me cubre la piel. La mayoría de sus ocupantes son gente mayor, aunque había alguno más joven que presentó batalla. Una batalla patética, eso sí, pero una batalla al fin y al cabo.

Hago rotar el cuello para liberar la tensión de los hombros.

—¿Están las mujeres a salvo en la limusina?

—Sí, y los demás están todos muertos —me informa Jay.

—Dile a Michael que coloque la cámara en el escenario —le ordeno al tiempo que saco un cigarrillo y lo enciendo.

Me encuentro en el cubículo número quince, justo al lado del de Lee. Sigue retorciéndose en el sillón de cuero suplicándome que lo suelte. Me pregunto cuántas mujeres y niños le habrán suplicado a él.

Michael sube sin prisa al escenario cargando con un trípode y una cámara. Mientras la instala, le pregunto a Jay:

—¿Has conseguido averiguar cómo destintar los cristales?

—¿Lo dudabas? —me replica.

—Veámoslo pues, genio.

Unos segundos más tarde, las paredes de cristal empiezan a aclararse hasta que son completamente transparentes y puedo contemplar a mi alrededor a los hombres atados a sus sillones de cuero, luchando con todas sus fuerzas por soltarse y fracasando en su intento.

Jay da un silbido.

—Joder, tío.

Diría que los quince hombres se han quedado de piedra a la vez, confusos y petrificados conforme van asimilando lo que ven sus ojos: catorce hombres que están en la misma situación que ellos. Incluso Michael está parado en el escenario observando la escena que lo rodea con una sonrisa en los labios. Al final, todas sus miradas se concentran en mí.

—¿Ves esto? —le pregunto al que está a mi lado—. ¿No es emocionante? Vas a mostrarles su destino.

—Ave María, llena eres de gracia. El Señor esté contigo.

Enarco una ceja y espero pacientemente mientras reza por una salvación que no le va a llegar.

—Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

—¿Crees que vas a salvarte? —le pregunto.

—Por supuesto —me responde con convicción.

Sonrío.

—Te quedan nueve avemarías. Quiero oírte rezar mientras ardes.

Niega con la cabeza frenéticamente, volviendo a sus plegarias mientras se le derraman las lágrimas.

—Ave María, llena eres de gracia. El Señor esté contigo…

Doy una última calada al cigarrillo y se lo lanzo de un capirotazo. Lo he rociado de líquido para encendedores, como a los demás, por lo que prende fuego al instante.

Su rezo se transforma en gritos. Me decepciona tanto que no haya sido capaz de terminar su segundo avemaría antes de sucumbir al dolor…

Pese a ser un hombre temeroso de Dios, estoy convencido de que será el diablo quien se haga cargo de él.

Dejo que se queme el puto trastornado y me dirijo al siguiente cubículo, el de Lee.

—¿Me has echado de menos? —le pregunto, al tiempo que saco una caja de cerillas y enciendo una.

—Por favor, ten clemencia, haré lo que me pidas. Por favor, no lo hagas.

—¿Lo que yo te pida?

—Lo que quieras.

Me doblo por la cintura y clavo mi pupila en su diabólica mirada.

—¿Sabes lo que quiero, Lee? Quiero que experimentes el mismo dolor que siento yo a diario. Quiero que sufras como un cabrón. ¿Sabrás hacer eso?

Grita enérgicamente, pero no es nada comparado con los quejidos que se le escapan cuando le lanzo la cerilla y, en cuestión de segundos, su cuerpo empieza a ser devorado por las llamas.

Entro en los cubículos y le prendo fuego a cada uno de sus ocupantes. Cuando he acabado con todos, le hago una señal a Michael para que le dé al botón de grabar.

La cámara rotará sobre el trípode automáticamente para retransmitir en la *Dark Web* cómo se queman vivos los quince hombres. Para disfrute de pedófilos y traficantes sexuales… y para disfrute de Claire.

Esa zorra también va a arder. Acuérdate bien de lo que digo.

—Señoritas, debo decirles que no es la primera vez que estoy en una limusina rodeado de chicas, y, por lo que recuerdo, esto no funcionaba así —declara Michael en voz alta.

Ruby lo regaña a la vez que yo le doy una colleja, lo que arranca una carcajada de la chica que está a mi lado.

Michael y yo nos colamos en la limusina con las ocho chicas que han sido subastadas. Por suerte, había tenido la precaución de traer un montón de ropa para que se cambiaran.

Mientras estaba ocupado prendiéndoles fuego a una manada de pedófilos, Ruby estaba en la limusina con las chicas asegurándoles que estaban a salvo y que se iban a casa. Aun así, como hombres que somos, no se sienten especialmente cómodas con nuestra presencia; están recelosas de nuestras intenciones.

Y por supuesto no ayuda que Michael se esté comportando como un imbécil.

—De hecho, agradezco el sentido del humor —dice la chica que está a mi lado con un fuerte acento ruso—. Prefiero que la gente no me trate como si fuera de porcelana. Hace que me sienta menos vulnerable.

—¿Lo ves? —murmulla Michael indignado mientras se frota la nuca.

—Me vale —reconozco—. Pero se lo merecía.

—¿Los mataste? —pregunta escudriñándome. Es bonita. Tiene el pelo largo castaño y ojos color avellana. Me recuerdan a los de Jay. Me viene a la cabeza su imagen sobre el escenario cuando pujaba por ella con la frente alta y la espalda recta como una vara.

Está claro que no se asusta con facilidad.

Enarco una ceja.

—¿Te refieres a la gente que pujó por vosotras?

—Sin contarte a ti, claro.

—Así es.

Se queda callada un instante, luego mira para otro lado.

—Me parece bien.

Yo también aparto la mirada para dejar de someterla a mi escrutinio.

—¿Quieres que mate a alguien más?

Sorbe por la nariz.

—Se me ocurren unos cuantos.

—¿Qué te parece si hacemos un trato? Yo mato a quien tú quieras si me dices si reconoces a esta chica.

Se vuelve a mirarme y esta vez no esquivo sus ojos.

—Enséñamela —susurra. Saco el teléfono y busco la foto de autora de Addie. Siento una punzada en el corazón al verla. Inclino la pantalla para que la contemple la chica rusa.

—Se llama…

—Addie —murmura. Se me para el corazón.

—¿La conoces?

—Estaba en la misma casa que yo. Por lo que sé, sigue allí.

—¿Dónde? —salto, incapaz de suavizar el tono.

—No lo sé —responde, adoptando un tono más áspero—. ¿Seguimos en Oregón?

—Sí, estamos en Jacksonville.

—Entonces no está lejos. Me taparon los ojos cuando salimos de la casa, así que no sé dónde queda, pero conté los minutos que duró el trayecto y no fue más de una hora. Lo único que puedo decirte es que la propietaria se llama Francesca y lleva la casa con su hermano. Está en una zona boscosa.

Respiro profundamente y, por un instante, veo los ojos atentos de Michael. Se me acelera el pulso al escuchar que Addie puede estar a tan solo una hora de distancia. La paciencia y la disciplina han saltado por la ventana. Me queman los dedos de las ganas de buscar ciudades cercanas en un mapa e ir de casa en casa derribando puertas de una patada hasta encontrarla.

Uno de los motivos por los que vine aquí esta noche era porque cabía la posibilidad de encontrar a alguien que la hubiera visto, pero, para ser sincero, nunca me imaginé que pudiera tener tanta suerte.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto con la voz crispada.

—Jillian.

—Podrías decirme… ¡Joder!… ¿Está…?

—Está viva —interviene al verme en la necesidad de preguntarle cómo está, pero consciente de que la respuesta es que no está bien—. Lo ha pasado un poco mal con una de las chicas de la casa, Sydney. No paran de atacarse la una a la otra y lo único que consiguen es que las castiguen a menudo.

Noto unos temblores imperceptibles en las extremidades, que se van intensificando conforme Jillian avanza con su historia.

—Ya tiene comprador, por lo que sé. Ha estado visitándola.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que a punto estoy de romperme los músculos del esfuerzo.

—¿Cómo se llama? —le pregunto entre dientes.

Se queda callada, según parece intentando hacer memoria. Entonces una vocecilla interviene y responde la pregunta por ella:

—Xavier Delano —dice. Jillian y yo nos volvemos hacia la chica. Tiene el pelo corto y castaño y lleva unas gafas redondas.

»Ese es su nombre —confirma—. Yo también estaba en la casa con Addie.

—Gracias…

—Gloria —añade.

—Gracias, Gloria. ¿Necesitas que mate a algún cabrón por ti?

Sonríe y niega con la cabeza.

—Ya hay suficiente sangre en mis manos.

Qué extraño. Yo siento justo lo contrario. Nunca habrá bastante sangre en las mías.

Capítulo 20

El diamante



Presente

—Mierda —murmulla Rio cuando se va Francesca, apresurándose.

Frunzo el entrecejo y se me acelera el pulso al verlo preocupado.

—¿Quién es Claire?

Se vuelve hacia mí y observo cómo borra toda expresión del rostro, como si bajara las persianas de golpe para cubrir sus ojos. No sé quién será esa mujer, pero debería tenerle miedo.

Rio ignora mi pregunta y continúa cambiándome los apósitos. Acto seguido me agarra por el brazo y me incorpora con brusquedad. Se acerca al armario y empieza a lanzarme ropa sin orden ni concierto.

—Rio, ¿qué coño te pasa? —le suelto justo cuando una camisa me aterriza en la cara.

—Es por culpa de Claire que estás aquí. Ella te señaló —me dice en un susurro. Luego se me acerca y empieza a vestirme como si fuera una niña pequeña, pero estoy tan desconcertada que no le digo nada. El corazón me late con fuerza y el pánico circula libremente por mis venas.

No tengo ni idea de quién coño es esta persona. Lo que sí está claro es que existe alguna conexión con Zade. ¿Por qué si no iba a señalarme una completa desconocida?

Y, aun así, juraría que conozco a una Claire, pero me siento tan confusa que no recuerdo de dónde, ni qué pinta tenía ni por qué era importante para mí o para Zade.

Me pone las manos sobre los hombros; tiene el semblante serio.

—Ten mucho cuidado con esa boquita tuya, princesa. De hecho, será mejor que no abras el pico.

Cierro la boca y asiento con la cabeza. Últimamente estoy demasiado cansada, o débil, para defenderme. Cuando llegué a esta casa estaba furiosa y, en dos meses, unos dedos proverbiales han apagado ese fuego, dejando nada más que un rastro de humo.

Tal vez baste una chispa para que vuelva a encenderse…

Sigo a Rio por el pasillo con el estómago revuelto por la ansiedad. Siento un dolor punzante en la entrepierna que me recuerda a cada paso lo que estoy intentando olvidar con toda mi alma. Ese es el propósito de Xavier. También consigue que me plantee que tal vez Zade ya no me desee. Eso ya lo he aceptado. Nunca pensé que podría perder su obsesión por mí, pero ya no puede ser de otra forma. Estoy sucia.

Rio camina delante de mí sin mirarme y a cada paso el nudo de mi estómago se hace más patente. Ha construido una muralla de hielo a su alrededor tan sólida como la tensión de sus hombros. Tengo la sensación de que se está distanciando de mí, como si me fueran a mandar a la guerra y esta fuese la última vez que nos viéramos.

Hay días que todavía lo odio por lo que me hizo, pero me mentiría a mí misma si dijera que no hemos creado un vínculo entre nosotros. Estos dos últimos meses me ha apoyado emocionalmente y he empezado a entenderlo un poquito. Si ahora actúa así es por algo. Y esto me pone muy nerviosa.

Bajo sigilosamente las escaleras. Se oyen voces en el salón. Rocco está bebiéndose un vaso de agua en la cocina mientras me mira con sus ojos pequeños y brillantes.

Mantengo la cabeza gacha, viendo mis pies descalzos avanzar por el sucio suelo. Lo limpié hace dos días, pero Rocco y sus amigos se comportan como si hubiera cristales rotos e insisten en llevar sus botas embarradas dentro de la casa.

Me concentro en un rastro de pisadas que se dirigen al salón, donde se juntan con un par de huellas de zapatos de tacón. La recién llegada también lleva los zapatos manchados de barro. Qué maleducada.

Alguien carraspea suavemente y levanto la vista. Me arrepiento al instante. Casi me derrumbo sobre las sucias huellas al darme cuenta de quién es.

Claire. ¡Pues claro que sé quién es! Es la esposa de Mark, el senador que intentó secuestrarme y a quien Zade asesinó brutalmente la noche de Satan’s Affair.

Recuerdo que la conocí la noche que Mark me invitó a su fiesta. Parecía una mujer frágil, sumisa, agradable.

¿Por qué me eligió a mí? ¿Como venganza por la muerte de su marido? Tiene que ser por eso. Zade se cargó a Mark y se la está devolviendo ahora haciendo que me secuestren y me vendan.

Pero ¿por qué coño se enfada? Está claro que su marido abusaba de ella.

—Hola, Adeline —me saluda Claire con una sonrisa adornada de carmín rojo. No parece la misma que cuando la conocí. No es por su aspecto, sigue teniendo su media melena roja oscura enmarcándole la cara y esa belleza envejecida. Es porque parece… feliz, como si se sintiera exultante. No está disgustada ni afligida por la muerte de su marido.

Tardo un poco en responder porque todo esto me ha pillado por sorpresa. Estoy muy confusa.

—Hola, Claire.

Junta las manos envueltas en unos guantes negros y da un paso en mi dirección.

—Entiendo que estés algo confundida, querida. Siento mucho que te hayas visto envuelta en

todo esto. —Hace un gesto con la mano, dando a entender que con «todo esto» se refiere a la casa en la que estoy atrapada.

«No finjas que no me habrías secuestrado de todas maneras».

Mantengo la boca cerrada. ¡Qué coño voy a responder a eso! ¿Quieres que le quite importancia y diga: «Recórcholis, no pasa nada. Me lo estoy pasando de miedo»?

—¡Qué mala suerte que te vieras enredada con alguien como Z! Entró en tu vida y lo puso todo patas arriba. ¿No te parece?

«Eso es cierto».

—Supongo —admito.

—Me ha causado muchos problemas últimamente. Hace poco asesinó sin venir a cuento a unos cuantos compradores en una casa de subastas y se llevó a las chicas.

Siento una emoción en la boca del estómago que libera a las mariposas. Me escuecen los ojos por las lágrimas, pero no dejaré que salgan. Oírla hablar de Zade y el caos que está desatando es… Es casi reconfortante. De alguna manera, la gente que formaba parte de mi vida antes de que me secuestraran estaba empezando a difuminarse, como si fueran fantasmas. Zade, Daya, mi madre… Nadie parecía ya de carne y hueso.

Pero lo que me está contando Claire, los problemas que está causando Zade, hace que vuelva a ser real. Y vaya si lo necesitaba.

—¿Se llevó a Jillian y Gloria? —pregunto con la voz ronca mientras intento contener las lágrimas. Siento tantas emociones que no me caben en el pecho, aunque sobre todo noto alivio.

—Así es. Y no voy a consentir que suceda lo mismo contigo. Ha habido un cambio de planes, así que he querido aprovechar esta oportunidad para venir a ver al preciado diamante en persona antes de que hagamos la entrega. La suerte que tuvieron Jillian y Gloria… no la tendrás tú.

Se me queda la garganta seca.

—¿No me vais a subastar?

—Por supuesto que no. Ese nunca fue el plan.

¿Sabía esto Francesca? Me ha estado diciendo que me iban a subastar desde que llegué, pero no parece sorprendida por lo que acaba de contar Claire.

Miro a Claire sin comprender muy bien lo que sucede.

—Un hombre inteligente y con muchos recursos se siente unido a ti. En el instante en el que pongas un pie fuera de esta casa, le resultará fácil rastrearte.

Esta información hace que albergue esperanzas. Zade sabe cómo encontrar a la gente. Imagino que si no me ha encontrado ya es porque me han encerrado en una casa en tierra de nadie durante dos meses. Hallar una pista sobre mi paradero es casi imposible, pero, en cuanto me saquen de aquí, perderán esa ventaja.

—Francesca me ha informado de que hay un comprador muy distinguido que ha puesto los ojos en ti. Para que permanezcas escondida, haremos una venta directa.

Se me abre la boca de la sorpresa. No sé muy bien qué sentir. Con una venta directa les será

fácil esconderme, pero eso no es lo que había planeado.

Asiento con la cabeza. Mi corazón retumba.

—Vale —le digo.

Me sonríe con condescendencia, como si fuera una niña pequeña a la que han mandado a la cama y que no tiene otra opción que obedecer. Supongo que es exactamente así.

—Xavier ya ha pagado por ti y vendrá a recogerte en tres días. Francesca seguirá con las lecciones para prepararte para tu nueva vida. Te dirá todo lo que necesitas saber para que tú y Xavier seáis felices juntos.

Efectivamente. Claire está tan desequilibrada como Mark.

Puede que sea el resultado de los abusos sufridos, o puede que no. Sea como fuere, no es mejor que su marido. Su dolor no justifica que torture a otras personas. No así.

—Francesca y yo revisaremos los detalles. No hay nada de lo que tengas que preocuparte. Solo quería darte las buenas noticias —continúa. La emoción le ilumina los ojos, que brillan como las estrellas antes de desaparecer: moribundas pero refulgentes con una luz que presagia que lo destruirán todo a su paso.

Tenía la esperanza de poder escapar si me subastaban. O por lo menos conseguir que me grabara alguna cámara o incluso robar un teléfono para mandar un mensaje. Cualquier cosa para darle una pista a Zade. Ya no será tan fácil, aunque no es imposible.

Me paso la lengua por los labios agrietados y fijo la mirada en las estrellas de la muerte que anidan en su calavera.

—¿Puedo preguntarte algo? —le digo con amabilidad.

Se pone seria, pero asiente con la cabeza.

—¿Por qué?

Francesca da un bufido, pero Claire levanta una mano para silenciarla. Me resulta tan satisfactorio presenciar eso. Da unos pasos hacia mí.

—Cuando damos con una chica tan bonita como tú, es difícil mirar para otro lado. Lo que solemos hacer es asignarte a alguien. Un novio, si quieres llamarlo así. Alguien en quien confiar y de quien te puedas enamorar. Se habrían encargado de ti y tú podrías haber disfrutado de cierto tipo de libertad y a la vez nos harías ganar dinero. Sin embargo, alguien te vio antes que nosotros y, de repente, te convertiste en una mujer muy valiosa.

Tengo el ceño fruncido y me cuesta tragar saliva. Llego a la conclusión de que Claire es igual que Mark: se dedica a buscar mujeres y niños y los entrega a la Sociedad. Pero esa forma que tiene de hablar…

—Este negocio, este entramado…, es mío. Es todo mío —aclara Claire—. Yo soy la Sociedad, querida, junto con dos socios. Mark pensaba que era él quien llevaba los pantalones en nuestro matrimonio, sin llegar a darse cuenta de que siempre fui yo quien decidía. Zade me hizo un favor al librarme de ese desgraciado, por muy divertido que fuera dominarlo. No estoy enfadada porque tu novio lo matara. Lo que me cabrea es que intente destruir lo que tanto esfuerzo me ha

costado levantar. Vuestras insignificantes y patéticas vidas forman mi imperio. Ni loca voy a dejar que Z me lo arrebate todo —escupe su nombre como si se le hubiera metido una mosca en la boca, y su cara refleja profundo asco y cólera.

Lo único que puedo hacer es observarla perpleja, desconcertada al averiguar que todo esto es obra suya, que es Claire quien maneja los hilos.

¡Joder! El presidente y todos los líderes mundiales resultan inofensivos comparados con ella.

Aprovechando que me he quedado muda, se dirige a Francesca:

—Charlemos, Franny. Tenemos asuntos que tratar.

Francesca sonríe a Claire complaciente.

—Por supuesto. —Se gira hacia mí, borrando la sonrisa y me dice—: Vete a tu cuarto y no salgas hasta la cena. —Tras esto, vuelve a sonreír a Claire.

Debe de dolerle la cara de tanta gimnasia que está haciendo.

Asiento con la cabeza, me doy media vuelta y me apresuro hacia las escaleras. Rio está de pie a la entrada de la cocina con las manos juntas a la espalda. Nuestras miradas se cruzan un instante, pero no sería capaz de descifrar la expresión de sus ojos ni aunque me fuera la vida en ello. Me alegro de que no me siga. Encerrarme en el cuarto es justo lo que necesito ahora para poder planear mi huida.

Xavier tenía razón en una cosa: la Cacería es un arma de doble filo. Me enseñó a escapar de aquí, y eso es justo lo que pienso hacer.

Un aliento cálido perturba mi profundo sueño, y el roce de unos mechones de pelo que me cosquillean la nariz provoca que me revuelva en la cama.

Tardo unos segundos en desconectar del sueño tan extraño que estaba teniendo. A la vez que voy recuperando poco a poco el sentido de la realidad, me invade una sensación de rencor y peligro. Todavía tardo unos segundos más en darme cuenta de que hay alguien respirándome en la cara.

Entro en estado de alerta: la adrenalina y el miedo se adueñan de mí.

Abro los ojos despacio y ahogo un grito al ver a Sydney inclinada sobre mí, con la cara a pocos centímetros de la mía, y termino de despertarme de golpe.

Tiene la mirada de una loca: un brillo psicótico refulge en sus ojos mientras me mira con una sonrisa enajenada. Más que respirar, resopla, jadeando de la emoción que le emana a borbotones de la garganta con cada exhalación.

Me hundo cuanto puedo en el colchón. El corazón me late desbocado y me cuesta respirar.

—¿Qué coño haces, Sydney? —grito, a pesar de que intentaba hablar bajo.

Estoy a punto de mearme en la cama del miedo, que se incrementa cuando se encarama

encima de mí y me caen sus rubios mechones sobre la cara de manera que no veo nada.

Me muevo por instinto. Pataleo sobre la cama para colocarme bien y ponerme de pie, pero me ha cogido por el cuello impidiendo que me mueva. No llega a ahogarme, pero aun así entro en pánico y soy incapaz de recordar ninguna de las llaves que me enseñó Zade.

—Sé lo que vas a hacer —susurra. Casi no la oigo de lo fuerte que me retumba el corazón en los oídos.

»Vas a intentar escapar y yo pienso contárselo todo. —Coge una bocanada de aire y ríe como una maníaca mientras me revuelvo intentando librarme de ella—. Con un poco de suerte, te matarán de una puta vez.

Me agarra más fuerte con las manos y por fin consigo recordar el entrenamiento. Introduzco uno de mis brazos entre los suyos y giro el cuerpo con todas mis fuerzas, haciéndola volar sobre uno de los laterales de la cama.

Cae con estruendo en el suelo y nos quedamos inmóviles las dos, atentas a los ruidos por si alguien se hubiera despertado. El dormitorio de Francesca está al otro lado de la casa, en la planta de abajo, pero eso no significa que no puedan oírnos los demás.

Suele haber dos o tres vigilantes en la puerta de entrada para asegurarse de que no escapemos.

Sydney entorna los ojos. Sé que va a volver a atacarme. Tengo las piernas atrapadas dentro de las sábanas, así que me muevo primero para deshacerme de ellas y me lanzo a los pies de la cama. Ella me ataca agarrándome por un tobillo, intentando arrastrarme de vuelta adonde estaba. Pataleo con fuerza y consigo liberarme de su agarre y salir por el otro lado.

Se incorpora lentamente con la barbilla gacha y una mirada terrorífica, desafiándome desde el otro lado de la cama.

—¿Qué coño te pasa? —digo lo más alto que puedo sin dejar de susurrar.

—He averiguado lo que tienes planeado y no pienso permitir que suceda.

Me cuesta controlar la sorpresa y la cara de congoja que debe de mostrar mi rostro.

—No tengo nada planeado —niego rotundamente.

Me ignora.

—Nadie va a tratarte mejor que a las demás para que luego escapes a tu destino —me dice con fiereza.

—¿Tratarme mejor que a las demás? —repito perpleja—. Has estado metiéndome en problemas desde que llegué aquí.

—Y aun así te quiere más a ti —se queja. Sacudo la cabeza, incrédula. Lo único que ve en mí Francesca es una máquina de hacer dinero; mucho dinero. No quiere a nadie más que a sí misma.

—A lo mejor te querría más si no te portaras como una puta demente —le suelto, cada vez más cabreada. Rodea la cama en mi dirección hasta que me doy cuenta, demasiado tarde, de que estoy arrinconada.

—Voy a contarle a Francesca tus intenciones —me dice, ignorando mi pulla.

—¿De qué hablas? —le pregunto haciéndome la tonta y confiando en que no sepa nada. Los

dos últimos meses los he pasado planeando diferentes maneras de escapar de aquí. Tras la sorpresa que me dio anoche Claire, se me ocurrieron algunas ideas que podrían funcionar ahora que sé que no me van a subastar. Pero Sydney está a punto de echarlo todo a perder.

Señala hacia el suelo de la habitación y se me desencaja la cara del miedo. Me vuelvo hacia ella, sorprendida.

Se encoge de hombros. Tiene una sonrisa de felicidad en los labios. Entonces, caigo en la cuenta: era ella quien estaba escondida tras la pared aquella noche, quien me observaba mientras dormía. Debió de esconderse cuando la descubrí y siguió vigilándome cuando encontré el diario.

Joder, ¿cuánto tiempo llevará leyéndolo? ¿Y cuántas veces me habrá visto dormir?

—¿Cómo te escondiste detrás de la pared?

Se encoge de hombros y sonríe como una loca.

—Hay un montón de cosas sobre esta casa que no sabes, diamante. Conozco los secretos de todo el mundo, incluidos los de Francesca. ¿Por qué te crees que me ha permitido quedarme tanto tiempo?

—¿Qué secretos?

—¡A ti te los voy a contar! —se burla.

No sé qué puede saber de Francesca, pero me da igual. Lo que sí que sé es que, esta noche, una de las dos no va a salir viva de esta habitación.

Si Francesca se entera de que intento escaparme y de cómo quiero hacerlo, harán todo lo que esté en su mano para que no me vaya de aquí jamás.

Y eso no va a ocurrir.

Tendrán que encerrarme en un submarino en las profundidades del océano para mantenerme alejada de Zade.

Estoy de pie en un rincón del dormitorio mientras ella continúa junto a la cama. Es muy probable que haya intuido la conclusión a la que he llegado, ya sea por la determinación que se refleja en mi rostro, o por el hecho de que no he tratado de huir saltando por encima del colchón.

El tiempo parece ralentizarse. Las dos permanecemos inmóviles. Y, de repente, entramos en acción a la vez: ella viene a por mí, mientras que yo me lanzo de un salto al cajón de la mesilla, donde guardo un par de bolígrafos por si me quedo sin tinta, y que ahora son lo único que puede salvarme la vida. No de Sydney, sino de Xavier.

Me agarra por el pelo justo cuando abro de golpe el cajón y encuentro uno de los bolígrafos. Consigo agarrarlo con los dedos antes de que me lance contra la pared. Me doy un fuerte golpe mientras doy puñetazos a ciegas, intentando que me suelte la melena.

Me muerde en el hombro, clavando bien los dientes. Se me escapa un chillido agudo. Procuro contener el grito de rabia que amenaza con salir de mi boca mientras veo la sangre resbalándole por los dientes.

Cegada por el dolor, levanto la mano y clavo el bolígrafo donde puedo. Siento cómo atraviesa la carne y los tendones. Da un grito entrecortado y me suelta, pero, antes de que se escape, me

lanzo sobre ella y nos escoramos hasta caer al suelo. Ya no nos importa que nos pillen.

Que se joda esta zorra.

Forcejeamos intentando recuperar el control. Consigo inmovilizarla y me coloco encima de ella. Aparto sus garras con una de las manos y con la otra le incrusto el bolígrafo en el cuello, que se me resbala entre los dedos, pringoso, cuando lo ensarto en la carne.

Me rastrilla la cara con las uñas, dejando unos surcos punzantes que pasan a segundo plano, ya que sigo apuñalándola a ciegas, aferrándome al resbaladizo boli por pura determinación. La apuñalo una y otra vez. Estoy agotada por el esfuerzo; la adrenalina y el pánico son los únicos que me mantienen alerta. Finalmente, su cuerpo se relaja mientras se forma una piscina de sangre a su alrededor.

Me cuesta respirar, estoy cubierta de sangre y delirante por la adrenalina. Mis sentidos están apagados, en estado de *shock*. Nada puede alterar este aturdimiento.

Observo su cuerpo lleno de agujeros. Su mirada se dirige al techo sin ver ya nada, y tengo la sensación de que sus ojos no parecen muy diferentes de cuando estaba viva.

Se abre la puerta y entra Rio, quien, al ver a Sydney en el suelo conmigo a horcajadas, se para en seco. Hace calor. Tengo tanto calor…

—Joder, princesa. ¿Qué has hecho?

Más que oír sus palabras las interpreto por la forma en que se mueven sus labios. Señalo hacia Sydney y digo con la voz ronca:

—La he matado.

Entra tranquilo y cierra la puerta después de asegurarse de que no haya nadie más.

Apenas oigo el sonido que hace la puerta al cerrarse por el tifón que brama en mis oídos. Camina sin hacer ruido alrededor de la cama para ver mejor lo que ha pasado. Abre la boca de la sorpresa y creo que silba, aunque tampoco consigo oírlo.

Lo único que puedo hacer es mirar.

—Ven aquí —me dice, haciéndome una señal con las manos. Pestañeo y me pongo de pie sobre mis temblorosas piernas. Consigo dar un paso antes de resbalarme en el charco de sangre y agarrarme como puedo a la cama. Rio me sostiene por el brazo, me ayuda a levantarme y me alejo de la sangre.

Me coge la cara entre las manos, escrutándome con sus oscuros ojos. Tras esto, me tuerce la cara de una hostia. El ruido blanco va transformándose en un pitido hasta que mis sentidos vuelven a funcionar: ya puedo oír, ver, tocar, saborear y olerlo todo.

El sabor del óxido es lo primero que captan mis sentidos. Rio me coge otra vez la cara y me obliga a centrarme en él.

—Mírame a mí, mamita. ¿Qué coño vas a hacer ahora?

Abro la boca, pero no sé qué decir. Al final, contesto:

—Escapar.

Niega con la cabeza, baja los brazos y da un paso atrás. Se me queda mirando, pero, como

siempre, soy incapaz de descifrar la emoción que empaña sus ojos.

—No debería haber dicho eso —susurro al darme cuenta de que no me lo va a permitir. Mierda. Entro en pánico al percatarme del lío en el que estoy metida.

He matado a Sydney porque iba a desvelar mi plan de huida y ahora me van a encerrar en un submarino y me obligarán a vivir con los peces.

Al pillarme Rio con las manos en la masa, se ha ido todo a la mierda. ¿Cómo coño voy a escaparme de aquí ahora? No me lo va a consentir. Ni de broma. Está en juego la vida de su hermana.

—Mierda —murmuro. Sin darle importancia a las manos ensangrentadas, me toco el pelo para retirármelo de la cara, intentando asimilar que me han pillado antes incluso de poner un pie fuera de la casa—. No puedo vivir con los peces, Rio. Odio los tiburones.

Rio frunce el ceño.

—¿Qué coño estás diciendo?

—Mierda, mierda, mierda, joder…

Rio murmulla entre dientes algo en español, me agarra del brazo y me acerca a él.

—De verdad que te agradezco la clase de vocabulario, pero necesito que cierres el pico de una puta vez —me suelta—. Mírame.

Hago lo que me pide, pero tengo la cabeza en otro sitio.

—¿Y cómo piensas escapar? Tienes dos opciones: kilómetros de bosque en los que te perderás y en los que seguramente mueras, o caminar por una carretera en la que te encontrarán con facilidad.

Dejo caer las manos y las cierro en un puño para ver si así puedo aplacar el temblor. El volcán ha entrado en erupción y todavía siento las réplicas.

—Hay un tren abandonado ahí afuera. Lo encontré la noche de la Cacería. Pensaba seguir las vías —le explico. La parte lógica de mi cerebro me está gritando que deje de contarle mis planes porque podría traicionarme. Pero se apodera de mí la parte que quiere confiar en Rio. Desesperadamente. Solo por esta vez.

—¿Y los vigilantes que hay en la puerta? —me pregunta en voz baja.

Niego con la cabeza mientras se me escapa una lágrima.

—No lo sé —digo entre sollozos —No sé… No hay forma…

—Cállate, estúpida —vuelve a reñirme, aunque con la voz suave—. Voy a bajar y me encargaré de los vigilantes. Dejaré la puerta de entrada abierta. Haz lo que quieras y vete donde te dé la gana. Es tu decisión.

Frunzo el entrecejo. Me cuesta unos segundos ordenar las ideas y centrarme en lo que está ocurriendo.

—Rio, no puedes… —me quejo—. No debes arriesgar la vida de tu hermana por mí.

Mueve los músculos de la apretada mandíbula y me perfora con la mirada. No tengo ni zorra idea de lo que está pensando.

Traga saliva.

—Ya pensaré algo. Creo que sé dónde puede estar.

Entonces se me ocurre una idea.

—Hagamos un trato —digo precipitadamente—. Tú me ayudas a escapar de aquí y Z salvará a tu hermana. Dime su nombre y dónde está, y él se encargará de sacarla de allí.

Abre y cierra la boca; por primera vez, le he dejado sin palabras.

—Trato hecho.

—¡Espera! El dispositivo de localización. No puedo marcharme con él en el cuello.

—Date la vuelta —me ordena, haciendo girar el dedo. Me muerdo el labio y hago lo que me pide. Me estremezco al sentir cómo me roza bruscamente al retirarme el pelo a un lado.

—¿Cómo vas a…? —dejo la pregunta a medias al notar algo punzante abrir una herida e introducirse en el cuello.

—Dios. La próxima vez avísame —le suelto, encogiendo los hombros al notar la punta del cuchillo dentro de la piel.

—Él no está aquí, mamita, pero yo sí. Y necesito que te estés quieta.

Exhalo cuando un líquido caliente me resbala por la espalda y, tras unos dolorosos segundos, sale el metal. Lo tira a la cama de un capirotazo y se acerca a mí. Noto su aliento en la oreja.

—Katerina Sanchez. Tiene 15 años. Creo que está con una formadora llamada Lillian Berez. La última vez que me enseñaron una foto suya fue hace tres meses. Había un campo de girasoles de fondo.

Me suelta y se aparta mientras yo me vuelvo hacia él.

—Gracias —le digo tranquila—. Me aseguraré de que la rescaten.

Me lanza una mirada que me deja claro que se las arreglará para acecharme si no cumplo con mi palabra. Puede venirse a Parsons y unirse a los fantasmas de la casa cuando quiera.

—Uno de los amigos de Rocco está durmiendo la mona en el sofá. Anda con sigilo y no pasará nada.

—Entendido. —Asiento con la cabeza. Me embarga una oleada de gratitud que no tengo ni idea de cómo mostrarle a Rio. Aunque probablemente me daría un tortazo si lo intentara, ya que desprecia cualquier tipo de alabanza casi tanto como llamar la atención. Igual es porque se odia a sí mismo.

—Dile a tu hombre que me dé un poco de ventaja, ¿vale? —dice retrocediendo.

Frunzo el ceño.

—Tú corre lo más rápido que puedas.

Se humedece los labios con la lengua lentamente y me observa de arriba abajo por última vez, como si estuviera grabando mi imagen en su retina.

—Adiós, princesa.

—Adiós, Rio —susurro.

Tras esto, se marcha con sigilo.

No pierdo ni un segundo. Me abalanzo al armario, que está junto al cuerpo de Sydney, resbalándome con la sangre que me baña los pies. Abro los cajones precipitadamente y saco una camiseta de manga larga y una sudadera. Agarro un par de calcetines, rodeo la cama y empiezo a limpiarme la planta de los pies como bien puedo con la manta. Me pongo los calcetines y los zapatos, cojo mi diario del suelo y bajo las escaleras sigilosamente.

El miedo me ha mantenido encerrada en mi habitación y ha impedido que baje las escaleras, ya que sabía que habría alguien esperándome al otro lado de la puerta de entrada. Me ha estado controlando durante dos meses, me ha hecho sumisa, pero ya no tengo esa opción. He asesinado a una persona y, si no me marcho de aquí, seré yo la próxima. Ni siquiera eso, rezaría por que me mataran, porque sé que no dejarían que la muerte me llevara tan pronto.

Saco una bolsa de debajo del fregadero, encogiéndome por el miedo cada vez que cruje. Encuentro unas cuantas botellas de agua en el armario y una caja de barritas de cereales. Tendrá que bastar. No me puedo permitir llevar más peso. A continuación, abro el cajón de la cocina y saco dos cuchillos para protegerme.

Mi plan es llegar hasta las vías de tren y seguirlas para escapar. Con suerte, podré resguardarme en alguno de los vagones si necesito descansar. Cuento con que piensen que me he ido por la carretera y que mandarán a la partida de búsqueda hacia allí cuando se den cuenta de mi huida.

Me consideran un diamante porque Zade me ama, pero se olvidan de que es eso precisamente lo que me ha convertido en una roca inquebrantable. Me ha enseñado muchísimo acerca de mí misma y, más importante aún: me ha enseñado a perseverar.

Estoy a punto de salir de la cocina cuando un ronquido ensordecedor me deja de piedra. El corazón me late a mil por hora. Los amigos de Rocco suelen pasar aquí la noche cuando están demasiado puestos. Supongo que haría falta una estampida de elefantes para que este se despertara. Aun así, no puedo estar segura. Depende de la cantidad de droga que se haya metido.

Echo un vistazo al otro lado de la cocina y veo a un tipo mugriento tirado en el sofá con la boca medio abierta. Es Jerry. Viene con frecuencia y es uno de los más vengativos cuando nos castigan a Sydney y a mí.

Hay un pedacito de mí que desearía acercarse a él y rebanarle el cuello con uno de los cuchillos. Sin embargo, no soy capaz de hacerlo. A pesar de sentir el deseo de matar a todos los que habitan esta casa, yo no soy una asesina despiadada como Zade.

Por lo menos no solía serlo. Ahora ya no estoy tan segura.

Con el corazón encogido, avanzo con sigilo hacia la puerta. Pego un salto del susto cuando oigo un ronquido especialmente ruidoso y repugnante.

Estoy todavía en medio de la habitación cuando la bolsa se rasga y se cae una de las botellas, que choca ruidosamente contra el suelo y se aleja rodando.

Estoy a punto de gritar del susto, pero logro contenerme a tiempo, atrapando el quejido en la garganta. Me vuelvo rápidamente hacia Jerry. Ha dejado de roncar, pero parece que sigue

dormido.

Una cantidad peligrosa de adrenalina me corre por las venas y veo borroso de lo fuerte que me late el corazón.

Rodeo con las manos el fondo de la bolsa, encogiendo los hombros cuando cruje por el contacto, y me acerco de puntillas a la botella de agua. Me agacho y la recojo con cuidado.

Cierro los ojos con fuerza durante unos segundos para calmarme. Tengo las manos pegajosas y me sudan la línea del pelo y la espalda. Nunca había sentido tanto miedo y estoy tan desbordada que soy incapaz de excitarme. No hay nada más que eso: pánico.

Exhalo despacio, me pongo de pie e intento agarrar de nuevo el fondo de la bolsa, pero, antes de que pueda hacerlo, se cae otra botella al suelo.

Me atraganto con mi propia saliva y, como si me moviera entre melaza, levanto la cabeza lentamente para mirar a Jerry. Tiene los ojos abiertos de par en par y clavados en mí. Por unos instantes nos quedamos mirándonos el uno al otro, suspendidos en el tiempo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —me pregunta incorporándose en el sofá y bajando las piernas.

Casi no puedo oírlo por el ruido de mis latidos y tengo la visión borrosa. Estoy a punto de desmayarme de miedo. Si avisa a Rocco o a Francesca, me matarán, igual que a Rio si se enteran de que me ayudó. Después venderán a su hermana y nunca saldré de aquí.

«Piensa, ratoncita».

Trago saliva y me pongo recta. Mantener la boca cerrada será lo mejor por ahora. No tengo ninguna excusa para estar aquí.

—¿Estás intentando escapar, diamante?

Sacudo la cabeza para negarlo. Abro más los ojos cuando se pone de pie y empieza a acercarse a mí. Doy un paso atrás por instinto, dándole una patada a la botella de agua.

—Entonces, ¿quieres decirme qué coño haces?

De nuevo niego con la cabeza. Lo único que se me ocurre es que les quería llevar algo de comer a los vigilantes, que no deja de ser una estupidez, y lo último que quiero es que se ría. Seguro que no lo haría con moderación, ya que siempre es el más ruidoso del grupo.

Se queda parado contemplando mis curvas. En cuanto veo esa chispa en sus ojos oscuros ya sé en lo que está pensando el cabrón. Dibuja con los labios una sonrisa insidiosa.

—Ven aquí —me ordena.

Lo único que puedo hacer es negar con la cabeza de nuevo, como una muñeca rota a la que solo le queda esa función.

Suelta un gruñido y me agarra por el brazo. Me estremezco cuando me arrastra hacia él. Invaden mis sentidos su olor corporal, el aroma a cigarrillos viejos y su mal aliento.

—Escucha bien lo que te digo, diamante, o le pediré a Rocco que se una a mí. ¿Qué prefieres? ¿A mí solo o a los dos? —me suelta con brusquedad, aunque en voz baja. Parece que me quiere solo para él, así que no me va a delatar por ahora.

Me escuecen las lágrimas en los ojos. Asiento con la cabeza rápidamente, procurando calmarlo. Las drogas suelen volverlos irritables y su comportamiento es impredecible.

—Buena chica —canturrea, dejando de agarrarme tan fuerte—. Quiero que te des la vuelta, te bajes las bragas y te toques la punta de los dedos de los pies. Quiero follarte por detrás.

Miles de pensamientos invaden mi mente mientras me giro. Lo hago con movimientos lentos para ver si se me ocurre qué coño hacer. Ni de broma voy a dejar que este gilipollas me viole otra vez.

Me da un fuerte codazo.

—Date prisa.

—Deja que ponga la bolsa en el suelo —le susurro con voz temblorosa. Carraspea con fuerza, pero no protesta, así que me agacho y saco el cuchillo de la bolsa con destreza, esperando que mi cuerpo tape lo que estoy haciendo.

—Será lenta la muy zorra —maldice cada vez más impaciente. Me tira de la cinturilla intentando bajarme las bragas.

Me pongo recta de forma que consigue bajármelas hasta la mitad del culo, me giro por la cintura y lo acuchillo. Se le abren los ojos y se queda sin palabras por la sorpresa. El filo le corta el cuello.

Me pongo manos a la obra. Me subo las bragas, agarro la bolsa, las malditas botellas de agua y salgo pitando de allí, dejando a Jerry ahogándose en su propia sangre.

El corazón me late tan fuerte que hasta me duele cuando salto el porche y bajo por los precarios escalones sin siquiera inmutarme al descubrir dos cadáveres apilados junto a ellos. A los vigilantes les han rebanado el cuello.

Casi sin aliento, rodeo la casa hacia la parte trasera. No veo a Rio por ningún lado y le rezo a Dios para que se haya marchado ya de aquí: puede que sea el único que salga de esta con vida.

Capítulo 21

El cazador



—Serás hijo de puta. Voy a acabar contigo —me suelta Daire sentado en su silla frente al ordenador. Ha girado la cabeza para mirarme de forma que la barbilla le queda a la altura de los hombros.

Pongo los ojos en blanco.

—Siempre dices eso y, al final, no ocurre nada.

No me importaría que lo intentara. Son asesinos profesionales igual que yo, y no me vendría mal una pelea al estilo tradicional para liberar la tensión de los músculos. El peso de cargar con la frustración, la ira y la ansiedad me está pasando factura. Me he embarcado en algunas misiones en Oregón para desmantelar bandas criminales y, a pesar de ayudarme a aliviar el estrés, nunca parecen suficiente.

Me aparto y camino de un lado para otro por detrás de él. Su despacho se encuentra dentro de la cámara acorazada, aunque no te darías cuenta si no fuese por la puerta redonda. Vaciaron la habitación y la convirtieron en un sótano. A la entrada hay una escalera que conduce a un piso inferior que ha sido ampliado por debajo de la planta calle. Allí es donde se encuentra el despacho de Kace. Está decorado con el mismo estilo que el resto del banco, con distintas tonalidades de marrón, crema y negro. Todo allí rezuma dinero.

Y por supuesto su despacho es el sueño húmedo de cualquier friki de los ordenadores: la mesa de trabajo ocupa una pared entera y está llena de monitores y televisores. En la habitación hay instaladas bombillas led de distintos colores, que resaltan su angulosa cara mientras busca en diferentes canales registros de Addie en alguna ubicación.

—Te estás acercando demasiado. Tengo tu puto aliento en la nuca.

Exhalo exageradamente, lo que provoca que se vuelva como un rayo para pegarme un puñetazo en las pelotas. Evito el golpe con facilidad, pero, al hacerlo, me tropiezo con uno de sus pies y no me queda más remedio que retroceder.

Touché.

—Eres peor que una esposa mirando por encima del hombro de su marido infiel —me dice cortante.

—Diría que tanto la mujer vilipendiada como yo tenemos nuestras razones.

Se queja entre dientes mientras acerca la cara al monitor para analizar la cuadrícula. Su mascota sigue arrodillada a nuestro lado cabizbaja, pero me parece advertir una sonrisa en sus labios.

—¿Has averiguado la procedencia de Jillian y Gloria? —le pregunto.

Daire lo niega con la cabeza.

—Todavía no. No me cuesta nada seguirles la pista a las que pasan por un piso franco como los que desmantelas tú, porque se trata de puntos de control y las chicas entran y salen de allí. Sin embargo, muchas de las víctimas pasan por casas de instrucción antes de que las subasten. Suele tratarse de viviendas residenciales, a menudo fuera de la red para poder proteger a sus dueños. No sé quién es Francesca, pero claramente se encarga de la formación y sabe esconderse.

Tiene un mapa muy completo con las rutas y puntos de control e insiste en que, si hubieran puesto a Addie a la venta o la hubieran trasladado, él lo sabría. No hay muchos lugares en la *Dark Web* donde se pueda colgar una lista de nombres de mujeres para su venta. Ni siquiera para los padres que quieren hacer negocio con su descendencia. Daire tiene acceso a cada una de ellas. Existe además una red establecida para las subastas y para trasladar a las chicas a los pisos francos y otros eventos en los que la gente importante puede comprar mujeres y niñas, y a los que Daire también tiene acceso.

Sin embargo, Addie es demasiado valiosa para trasladarla por los canales habituales. Claire no es tan tonta. Por eso hemos cambiado el objetivo y queremos rastrear a esta tal Francesca, pero no existen casas a su nombre en el estado de Oregón.

—¿Cuál era su paradero antes de que desaparecieran? —pregunto. Hemos reducido la búsqueda a ciudades que se encuentran a una hora de distancia en coche de Jacksonville, donde tuvo lugar la subasta, pero, a no ser que haya cámaras dentro del edificio o en el exterior, no hay forma de confirmar si Addie está en uno de ellos.

—Antes de la subasta, se vio a Gloria montándose en un vehículo en Grant Pass, y a Jillian la recogieron en Portland. Era prostituta, así que es más que probable que ya traficaran con ella con anterioridad.

—¿Habremos llegado a un punto muerto con esos coches?

—Eso parece —confirma—. Condujeron hasta algún lugar sin cámaras y allí se les pierde la pista.

—¡Mierda! —Empiezo a caminar de un lado para otro de nuevo. Lo mismo sucede con Xavier Delano. Pudimos rastrear su vuelo a Portland, Oregón, y un automóvil local lo llevó hasta las afueras, pero, después de eso, vuelve a desaparecer. Se han tomado muchas molestias para no dejar ni un puto rastro hasta la vivienda.

Daire hace clic sobre el mapa mientras dice:

—Hay cientos de miles de casas en las zonas que nos interesan. Addie podría estar en cualquiera, pero no puedo restringir más… —Deja la frase a medias y entorna los ojos, concentrado, mientras murmura—: Interesante…

—¿El qué?

—Hay un viejo ferrocarril que solía utilizarse para transportar chicas cerca de Grant Pass. Aquí dice que todavía está en uso, a pesar de que esta vía lleva décadas cerrada.

Se mete en Google Maps e inserta las coordenadas del ferrocarril. Después acerca la imagen con el zoom para que nos la muestre en 3D. Hay un tren abandonado en las vías. Los vagones están corroídos y oxidados por la acción de la naturaleza.

Está en medio de una zona boscosa, rodeado por árboles. Una década más y habría quedado totalmente cubierto por la vegetación.

—Es extraño que la consideren una vía en uso —dice Daire, frunciendo el ceño y poniendo una mueca.

—¿Habrá alguna vivienda cerca de allí?

—No perdemos nada por mirar —responde. Levanta la vista hacia mí—. Que tengas claro que no hay forma de asegurarse de que haya mujeres retenidas en ninguna de las casas a no ser que eches la puerta abajo. ¿Quieres un consejo? No lo hagas.

Enarco una ceja como única respuesta. Pone los ojos en blanco y me vuelve a dar la espalda al darse cuenta de que está hablando con la misma persona que ha irrumpido en su cuartel general sin avisar para hablar con ellos. ¿Por qué no iba a hacer lo mismo con los demás?

Me quedo en silencio.

—Voy a necesitar una sesión extralarga con mi mascota después de lidiar contigo —murmura.

—No hay de qué.

Sonríe satisfecho, pero enseguida se concentra en la pantalla para guiarse por el bosque. Pasa el tiempo y no encuentra nada y vuelvo a caminar impaciente de aquí para allá. Voy a acabar abriendo un foso en el suelo detrás de él.

—Aquí hay algo —informa a los veinte minutos, consiguiendo que me centre de nuevo en él. Me coloco a su espalda y me acerco hacia la pantalla para ver mejor.

Si el muy cabrón vuelve a quejarse de que estoy demasiado cerca, me llevaré a su mascota y la dejaré tirada en cualquier sitio solo por joder. Este cabrón debería estar agradecido de tenerme tan cerca.

Se ve una casa destartalada entre los árboles. Se diría que vivió su apogeo a principios del siglo XX. Aun así, parece habitable, es grande y está muy bien escondida.

Se me acelera el pulso y, por primera vez, siento un atisbo de emoción.

—¿Cuál es la ubicación?

—Está en Merlin, Oregón, a unos quince minutos de Grant Pass. —Hace una pausa—. Y como a una hora de Jacksonville.

Estoy temblando.

Cuando hicieron la foto por satélite, había una furgoneta roja aparcada enfrente de la casa. Saco mi portátil y reviso el número de la matrícula para buscar a su dueño.

—Rocco Bellucci —murmuro mientras reviso sus antecedentes—. Tiene denuncias por intoxicación etílica, violencia de género y agresión.

Daire se encoge de hombros.

—Como el 90 por ciento de la población masculina.

Después me centro en buscar al dueño de la casa y el nombre de Rocco aparece de nuevo. Doy unos golpecitos con los dedos en el portátil. Parece que mis terminaciones nerviosas canalizan toda la ansiedad. Esta casa es sospechosa, pero no hay nada en ella que indique que está destinada al tráfico sexual.

No está registrada a nombre de nadie conocido y no hay prueba alguna de que retengan a chicas en contra de su voluntad.

Me saco el teléfono del bolsillo y llamo a Jillian. Cuando me prometió que me ayudaría si tenía más preguntas sobre Addie, le pedí a Ruby que le consiguiera un móvil de prepago.

Deja sonar el teléfono unos segundos, que se hacen eternos, antes de contestar, aburrida, con ese acento ruso.

—¿Diga?

Esta chica es tan achuchable como un peluche.

—Mencionaste que Francesca tenía un hermano —afirmo.

—Así es. Es una de esas personas que me encantaría que mataras.

—¿Y bien? ¿Cómo se llama?

—Rocco. No conozco su apellido.

Me da vueltas la cabeza. La posibilidad de haber encontrado a Addie es demasiado impactante.

—¿Holaaa? —se oye al otro lado del teléfono.

—¿Os mantuvieron encerradas en una casa de tres pisos de estilo colonial?

Le doy tres o cuatro datos más que sean reconocibles y, como no me contesta directamente, me entran ganas de partir el teléfono por la mitad.

—Es ahí —dice por fin.

«Hostia».

—¿Jillian?

—Dime.

—Voy a matar a tanta gente en tu nombre…

Lo último que oigo antes de colgar es una carcajada. Me fijo en los ojos de Daire, abiertos de par en par.

—¿La hemos encontrado?

—La hemos encontrado —le confirmo. Acto seguido, apunto las señas de la casa.

Nos llevará unas cuatro horas llegar hasta Merlin desde Portland, pero necesito tiempo para

prepararme. No sé cuánta gente habrá en la casa hasta que llegue allí, así que necesitaré estar en contacto con Jay, y me llevaré a Ruby y a Michael por si hubiera más mujeres aparte de Addie. También contaré con mercenarios que nos seguirán de cerca por si necesitáramos refuerzos.

—¿Z? —Me vuelvo a mirarlo—. ¿Y si ya no está allí?

Noto un tic nervioso en el ojo solo de pensarlo. Hay muchas probabilidades de que sea así. Lo bueno es que, como mínimo, atraparé a gente que puede conducirme hasta ella.

Mantengo la mirada y, por un instante, doy rienda suelta a mis oscuros pensamientos.

—Entonces morirá un montón de gente.



—Tengo noticias —dice Jay a través del manos libres. Son las seis de la mañana y sigue siendo noche cerrada; el sol todavía no despunta por el horizonte y la carretera está inmersa en una densa niebla que no nos permite ver con claridad.

Estamos a cinco minutos de la casa de Francesca y de Rocco Bellucci. Daya ocupa el asiento del copiloto, y Michael y Ruby nos siguen en otro coche. La propiedad se encuentra a unos diez minutos del río Rogue, por lo que está rodeada de parque nacional.

Anoche conseguí hackear un par de satélites. Al gobierno le gusta decirnos que a los satélites no les interesan nuestras casas, pero eso no significa que no tomen fotos de ellas cada cierto tiempo.

Jay las está hojeando, aunque no ha encontrado a Addie en ninguna de ellas.

—Dime.

—He enviado un dron a sobrevolar la casa —empieza— y está todo patas arriba. Hay unos treinta hombres rastreando los alrededores; una mitad en el bosque que hay detrás de la casa y la otra mitad en la carretera.

Justo cuando termina de hablar, nos adelantan dos deportivos negros a toda velocidad y veo a unos cuantos hombres a pie unos metros más adelante.

—¡Mierda! —murmuro. Desacelero poco a poco hasta parar el coche a la altura de uno de ellos—. Jay, mantén a Michael informado y envía un dron para que nos vigile.

Bajo la ventanilla y el tipo se inclina para hablar conmigo, observándonos a Daya y a mí con impaciencia.

—¿Va todo bien? —pregunto.

—Todo bien. No hay nada de qué preocuparse.

—Parecéis un pelotón de búsqueda. ¿Necesitas ayuda?

—No hace falta. Estoy buscando a mi perro.

Enarco una ceja y Daya se lo queda mirando perpleja.

—Pues sí que te importa el perro.

—Sí, esa perra tiene un valor incalculable —responde—. Largaos de aquí, capullo, que estáis interrumpiendo el tráfico.

Ya estaba subiendo la ventanilla y pisando fuerte el acelerador.

—¿Lo has oído, Jay? —le pregunto, casi sin respiración.

—Así es. ¿Crees que hablaba de Addie?

Sacudo la cabeza, donde mis pensamientos bullen a más velocidad que el coche.

—Jillian mencionó que había más mujeres en la casa, así que podría ser cualquiera, pero es muy probable que sea Addie. No creo que hubiera este despliegue por una muchacha normal y corriente.

—Le pega hacerlo. Es valiente.

Me muerdo el labio. Una plétora de sentimientos se concentra en mi pecho: emoción, miedo y orgullo.

Tomo una decisión rápida y me dirijo hacia el tren. No tengo ni idea de en qué dirección habrá ido, pero sé que es lo bastante lista como para descartar la carretera. Habría demasiadas opciones de que la atraparan y la devolvieran a la casa. Cabe la posibilidad de que haya encontrado el tren y lo esté utilizando para salir del bosque. O para refugiarse en él.

El teléfono de Daya vibra por enésima vez, y suspira mientras teclea un mensaje.

—¿Su madre otra vez?

—Así es —dice con resignación—. Está destrozada desde que desapareció Addie. Creo que les ha contado a todos los policías del estado lo que ocurrió con su madre porque todavía no la han encontrado.

—¿Está al tanto de que igual la rescatamos hoy?

Asiente con la cabeza.

—Se lo conté. Igual debería haber esperado. Supongo que quería infundirle ánimos. Han pasado ya dos meses y creo que está convencida de que Addie ha muerto.

Desvío la mirada hacia Daya un instante.

—Va a recuperar a su hija hoy mismo. Llámame loco si quieres, pero tengo el presentimiento de que está cerca.

La voz de Jay irrumpe en el coche antes de que Daya pueda responder.

—¡Mierda!

—¿Qué pasa? —salto enseguida.

Hay un par de fotos por satélite de hace un par de meses en las que hubo una macrorreunión en la casa. He mirado por si había especial afluencia de vuelos y reservas de hoteles, y vaya si las hubo. Decenas de personajes influyentes de todo el mundo volaron hasta aquí y pasaron la noche en hoteles cercanos. Entre ellos Xavier Delano. Se ha estado quedando en un hotel a unos 45 minutos de aquí una vez por semana durante el último mes.

Ya dijo Jillian que la visitaba a menudo.

—Qué hijo de puta —murmulla Daya.

Empiezo a sentir una ira candente en el pecho, donde tengo alojado un obstinado volcán listo para entrar en erupción en cualquier momento. Ya ha pasado varias veces, y siempre desemboca en la muerte de un buen puñado de traficantes sexuales y un par de edificios devorados por las llamas. Mejor será que me concentre o me dejaré llevar por la ira y acabaré estampándome en la cuneta.

Conduzco hasta que la carretera se termina y no me queda más remedio que desviarme a derecha o izquierda.

—Jay, ¿hay que seguir recto para llegar a las vías del tren?

—Sí, están a unos treinta metros de distancia —me confirma.

—Vamos a seguir a pie. Tengo unos cuantos hombres preparados para atacar y quiero que los envíes a la casa por si acaso. No quiero que se escape nadie.

—Hecho.

Giro a la izquierda y conduzco unos metros hasta llegar a un sendero. Hay un solar al lado, así que lo utilizo como aparcamiento.

—Ponte el pinganillo —le digo a Daya mientras me coloco el mío. Michael ha aparcado junto a mi coche, y los cuatro nos bajamos de nuestros autos.

—¿Crees que es Addie? —pregunta Michael.

—No podría asegurarlo, pero creo que sí. No puede haber ido muy lejos.

Ruby ahoga un grito y se lleva la mano al corazón. Siempre ha sido muy dramática.

—Pues será mejor que nos demos prisa. Tiene que estar asustadísima, la pobre.

Michael asiente con la cabeza. Una incipiente sonrisa se dibuja en sus labios.

—Guíanos hasta las vías del tren —le digo a Jay por el *bluetooth* mientras saco un cigarrillo del paquete.

—Esos van a acabar contigo —se queja Jay. Levanto la cabeza y veo un dron a unos quince metros. Levanto la mano y le dedico una peineta. Jay se ríe entre dientes y nos dice por dónde avanzar.

Tardamos unos cinco minutos a buen paso en encontrar el tren.

—¿Es muy largo?

—Más de lo habitual. Se extiende unos tres kilómetros; 800 metros hacia la derecha y el resto a la izquierda.

Me vuelvo hacia Michael.

—Tú y Ruby id por la derecha, Daya y yo iremos por la izquierda.

Asiente y se pone en marcha acto seguido.

—Nos vemos pronto —dice despidiéndose con la mano. Ruby lo sigue con rapidez.

—¡Ruby! —la llamo—. Llevas una pistola, ¿no?

—La duda ofende —me responde sin siquiera mirar atrás. Sonrío satisfecho y parto en dirección contraria, nervioso por las expectativas.

Esta noche voy a volver a casa con mi ratoncita. ¿Y después?

Después nos comeremos el mundo juntos.

Capítulo 22

El diamante



Se me queda enganchada la punta del pie en una piedra y trastabillo hacia delante, aunque consigo recuperar el equilibrio antes de comerme el suelo. El frío me ha calado hasta los huesos y no siento las manos ni las piernas.

No sé cuánto tiempo llevo corriendo, pero he contado los vagones que he ido dejando atrás: doce. Solo doce vagones.

Está oscuro como una noche sin luna. Un búho ulula a lo lejos, sonido que enseguida queda ahogado por mi propio nombre.

—¡Diamaaanteee!

Llevo oyendo los gritos de los amigos de Rocco desde que llegué al tren. Estoy a punto de vomitar, lo que los conduciría hasta mí, bien por el ruido del esfuerzo, bien por el charco de vómito que dejaría como rastro.

Al no estar muy familiarizada con el bosque, me costó un rato encontrar de nuevo el ferrocarril. Solo he recorrido estos bosques dos veces y en ambas ocasiones fue atravesando un gigantesco laberinto lleno de trampas. Como no tengo la cabeza despejada, decidí rodearlo. No quise arriesgarme a tropezar con una de las trampas.

—¡Diamaaanteee! —vuelven a gritar. Siento arcadas por el exceso de adrenalina.

Las voces se oyen lejanas, pero no he borrado mis huellas. No he tenido tiempo. ¿Sabrán rastrearlas? No creo, aunque eso es irrelevante; será Francesca quien lo haga, ya que fue ella la que me persiguió cuando practicábamos para la Cacería.

Voy por el vagón número veinte cuando vuelvo a tropezarme. Esta vez no consigo recuperar el equilibrio y me voy de bruces contra el suelo, aterrizando torpemente a cuatro patas. El dolor que me causa el impacto se propaga por mi cuerpo. La bolsa sale disparada por el aire y otra puta botella se escapa rodando. Agacho la cabeza y me centro en respirar.

Inspirar, espirar, inspirar… ¡Mierda! Me falta el aire.

Pongo una mueca con mi cara entumecida y noto cómo un sollozo me sube por la garganta

como una araña trepadora.

«Sigue luchando, cariño. No te rindas».

Ya no sé qué hacer, Zade. ¡Qué coño voy a saber yo!

Sacudo la cabeza para librarme de esos pensamientos, respiro profundamente y procuro controlar la situación. Vuelvo a coger aire y me obligo a levantarme. Me sacudo las manos para quitarme las piedrecillas, hojas y ramitas que se me han clavado en las palmas.

Me fijo en el vagón que está a mi lado. No parece muy distinto a los demás: es blanco y está corroído y oxidado. Sin embargo, en este hay una escalera anclada al lateral.

Si sigo a la intemperie mucho rato, acabarán encontrándome. Será mejor que tenga donde resguardarme y poder recuperar las fuerzas. Sigo en estado de *shock* y el cuerpo no me está respondiendo por eso, y también por la adrenalina.

Me limpio la nariz, recojo mis exiguas pertenencias y las sujeto bajo un brazo, mientras que con el otro me agarro al frío metal y empiezo a subir por la escalera.

—Una arañita subió por el desagüe… —canturreo con voz ronca. Me salto uno de los peldaños y me caigo de nuevo. Me golpeo en la rodilla con el metal, lo que me manda oleadas de dolor por toda la pierna. Quejándome, termino de subir y gateo hasta el centro del vagón. Me acerco hasta la escotilla, hago girar la palanca y la abro de un tirón, consumiendo así las pocas fuerzas que me quedan.

—… Vino la lluvia y se la llevó. —Echo un vistazo dentro del vagón, pero no veo más que vegetación abriéndose paso entre las hendiduras. Lo mismo estoy metiéndome en mi tumba, pero prefiero morir aquí.

Definitivamente no parece mal sitio para morir.

Me despierto con la sensación de que hay algo rozándome la pierna. Me quedo paralizada por el pánico un momento y luego me incorporo de golpe. Casi se me escapa un grito.

Durante unos instantes, creo estar de vuelta en la casa, a horcajadas sobre Sydney, con el bolígrafo en la mano.

Respiro profundamente unas cuantas veces antes de que remita el pánico y cerciorarme de dónde estoy.

Me miro las manos, jadeante, y me doy cuenta de que siguen manchadas de sangre. La ropa también está empapada y ha traspasado la tela, manchándome brazos y piernas. Me pica y me escuece la piel, que se está descamando.

Mareada, con frío e incómoda, observo el interior del vagón. Está sucio y la atmósfera se halla enrarecida. Crecen vides entre las grietas, pero por lo demás está vacío. Dejé la escotilla entreabierta y una brizna de sol se filtra por la ranura iluminando el interior de forma que veo

con claridad.

Carraspeo. Me duele la espalda de estar en la misma postura mucho rato. Justo cuando me estoy recolocando, me detengo al ver una ardilla parda sentada a unos metros de distancia, olisqueando el suelo sin quitarme ojo de encima.

—Hola, preciosa —susurro. Tengo la voz ronca de dormir. Me río tontamente y, completamente fascinada, la observo acercarse con cautela hasta que se encuentra a unos centímetros de mí. Cuando intento acariciarla sale disparada, así que me reclino hacia atrás.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto en voz baja cuando se sube de un salto a mi pierna. Sus diminutas garras se me clavan a través del chándal.

Durante unos minutos nos observamos la una a la otra. Por primera vez en meses me siento un poco relajada. Esta criaturilla, que mucha gente considera pequeña e insignificante, consigue llenarme los ojos de lágrimas cuando la veo limpiarse la cara.

Llevo rodeada de cuerpos inertes tanto tiempo que me sorprende presenciar algo tan vivo.

Sorbo por la nariz y me seco el rastro de lágrimas de las mejillas, que vuelven a humedecerse enseguida.

—A mi abuela le encantaba observar a las ardillas desde la ventana salediza, ¿sabes? —digo en voz alta—. Así que te voy a llamar May, porque mayo era el mes de su cumpleaños y creo que le habrías encantado.

La ardilla emite unos ruiditos y avanza por mi pierna hasta llegar al pie. Me entra la risa cuando empieza a mordisquear la punta de la zapatilla, dándole un tironcito.

Suspiro por la sorpresa cuando veo otra ardilla acercarse por el rabillo del ojo.

—Si sois dos —digo con tono agudo, pero en voz baja. May se baja de un salto de mi pierna y se acerca a su compañera. Juegan a perseguirse, consiguiendo arrancarme otra sonrisa.

Las vides crecen por las paredes del vagón hasta alcanzar la escotilla. Con una mezcla de pena y afecto, observo cómo trepan por la vid y escurren sus suaves cuerpecitos por la ranura.

—Adiós, May —susurro. Vuelvo a sentirme sola.

En lugar de dejarme llevar por ese sentimiento, me fuerzo a levantarme. Las piernas y los brazos se quejan.

No recuerdo lo que pasó después de introducirme en el vagón. Sé que casi me tuerzo el tobillo, pero debí de quedarme dormida poco después. La luz que penetra por la ranura tiene un tono azulado, por lo que deduzco que debe de ser temprano. No creo que hayan pasado muchas horas.

Seguro que me siguen buscando y tengo que tomar una decisión, pero me cuesta mucho: ¿debería seguir avanzando o sería mejor quedarme escondida hasta que abandonen la búsqueda por el bosque? Siento verdadero pánico del momento en el que pierda el refugio del tren abandonado. Quedaré a la intemperie con solo dos cuchillos para defenderme.

Decido alejarme lo más que pueda. Engullo una barrita de cereales y me bebo de un trago medio botellín de agua. Más me vale comer y beber con moderación. Lo que me apetece es deshacerme de estos estúpidos botellines por los que casi me pillan, pero no sé cuánto tiempo

estaré huyendo y los voy a necesitar.

Cuando decidí saltar al vagón, no se me ocurrió plantearme cómo iba a salir de él. Ahora me arrepiento. Busco a mi alrededor por si hubiera algo con lo que impulsarme, pero no encuentro nada.

Mierda.

«Hola, Dios. Te propongo un trueque: si me ayudas a salir de aquí, te dejo que me quites diez años de vida de un plumazo. Con eso y el estrés que he vivido, me quedarán unos cinco años por delante. Me parece bien».

Ahora que tengo la cabeza un poco más despejada, puedo afirmar rotundamente que no quiero morir aquí.

Aunque parece que va a ser así.

Me vuelven a asaltar las lágrimas y me falta el aire.

Justo cuando voy a empezar a hiperventilar, oigo voces afuera. Inspiro bruscamente, paralizada por el pánico, al oír hablar a dos personas. No consigo captar lo que dicen, pero reconozco el ruido de un *walkie-talkie*.

Mierda. Son ellos.

Empiezo a hiperventilar.

Me tapo la boca de un manotazo. De repente me ha entrado la paranoia de que pueden oír mi respiración a través del grueso acero. Levanto la cabeza hacia la escotilla. Se me detiene el pulso cuando me llega una voz amortiguada que dice:

—La escotilla está abierta.

Estoy aterrorizada. Lo único que se me ocurre es coger los cuchillos con cuidado, uno en cada mano, y dirigirme al rincón más lejano del vagón, que permanece a oscuras.

Esto no me servirá de nada cuando abran la entrada del todo y miren dentro, pero ¿qué más puedo hacer? Nada, por lo menos hasta que se acerquen.

Alguien sube por el lateral del vagón y el sonido reverbera a través del metal y por mi cuerpo, haciendo que se me acelere el pulso.

Me aferro a los cuchillos, temblando al oír cómo un hombre se encarama al techo del vagón.

—¡Oye! —grita alguien. El hombre se queda inmóvil. Como está más cerca de la escotilla puedo oírlo mucho mejor.

—¿Y tú quién coño eres?

No capto la respuesta, pero no parece haberle gustado mucho al tipo del techo.

—¿Qué coño has dicho, gilipollas? No se te ha perdido nada aquí.

La otra persona está cada vez más cerca, aunque todavía no consigo oír bien lo que dice.

—¿Y a mí qué coño me importa que esto no sea propiedad privada? ¿Quién te crees que eres para interrogarme?

Confusa y aliviada, oigo cómo el hombre desciende del vagón, supongo que para enfrentarse al intruso.

Intento agudizar el oído, pero es imposible con el ruido de mis latidos. No entiendo una palabra.

Gritan cada vez más, aunque buena parte de los improperios proceden del tipo que estuvo a punto de encontrarme.

Justo cuando parece que van a pasar a las manos, se hace un silencio absoluto al que sucede un sonido metálico, como un silbido. ¿Será una bala? No he oído ningún disparo, pero es muy difícil percatarse de nada con este estruendoso pulso.

¿Acabo de oír a alguien decir «cabrón»? No estoy segura.

Miro hacia la escotilla con los ojos desorbitados y los nervios hechos jirones cuando me doy cuenta de que una persona vuelve a subir por la escalera del vagón.

Ay, no.

No, no, no, no y no.

Ha vuelto.

Se me escapa un sonoro alarido que intento amortiguar con la mano cuando el hombre se acerca a la escotilla ruidosamente.

Si quiere que salga, va a tener que venir a buscarme. Y pienso luchar.

Prefiero rajarme el cuello a volver a esa casa. A volver con Xavier.

La escotilla cruje al ceder y me entran ganas de vomitar. Estoy a punto de desmayarme cuando le veo la cara.

Abro los ojos hasta lo imposible y el pánico se transforma en incredulidad.

Uno de sus ojos es de un azul tan claro que parece blanco, con una cicatriz que lo atraviesa; el otro ojo marrón tan oscuro que se asemeja a la obsidiana. Puedo discernir sus rasgos con claridad, pese a que lleva puesta la capucha negra, y la mirada que me devuelven sus ojos es de absoluto alivio.

—¿Zade?

—Joder, cielo, quédate ahí. No te muevas.

—¿La has encontrado? —pregunta una voz femenina con urgencia. Oigo sus pasos en la escalera, pero estoy tan impactada por lo que acaba de pasar que me cuesta prestar atención. Zade salta al interior; el golpe de su cuerpo al caer hace que vibre todo el vagón.

Se me escapa un gemido y casi me atraganto del alivio, mientras me acerco a trompicones hasta chocar con él, formando una maraña de extremidades.

Me coge en brazos enseguida y le rodeo la cintura con las piernas. Se deja caer al suelo de rodillas abrazándome tan fuerte que me cuesta respirar.

Todavía no me lo puedo creer. Me tiembla todo el cuerpo por los sollozos que no soy capaz de controlar. Siento unas sacudidas tan profundas que me resuenan los huesos del esfuerzo.

—Ya estoy aquí, ratoncita. Ya estoy aquí —dice casi como un mantra—. Joder, estás congelada. —Le falla la voz de la emoción mientras me acuna. Le tiembla todo el cuerpo, está claramente luchando por mantenerse entero.

Nos vamos desmoronando poco a poco. Las astillas se desprenden de nosotros y caen a nuestro lado como una cascada de angustia. Y sé que, cuando Zade recoja los pedacitos y nos recomponga, quedaremos unidos para siempre.

Me va besando suavemente, aunque con urgencia, en cualquier parte de mi cuerpo que tenga a tiro: en la cabeza, las mejillas, el cuello, los hombros, mientras me acaricia de arriba abajo intentando calentar mi fría piel, aunque casi parece que estuviera rindiéndome culto.

No sé cuánto tiempo pasamos así. Al final dejo de llorar, lo que no significa que Zade me suelte.

—¿Addie? —me llama una voz suave. Abro los ojos de la sorpresa y me vuelvo rápidamente para ver la cabeza de Daya asomar por la escotilla. La suave y oscura piel de su rostro está húmeda y tiene los sabios ojos verdes anegados de lágrimas.

—Dios mío, Daya —digo con la voz ronca, sin poder creérmelo.

—Vamos a sacarte de aquí, cariño —me apremia Zade—. Hace frío y este lugar todavía está plagado de gente que te anda buscando.

Me limpio la nariz y asiento con la cabeza. Zade me levanta y Daya me agarra por las manos para ayudarme a salir del vagón. Se me lanza a los brazos en cuanto pongo un pie fuera. Me aprieta casi tan fuerte como Zade.

—Ni se te ocurra volver a abandonarme —me dice entre llantos, con la voz temblorosa. Asiento con la cabeza y a punto estoy de volver a derrumbarme.

Sin embargo, nos interrumpe el grito de una mujer, que estalla en un batiburrillo de palabras que suenan parecido a «ay, mi madre, la has encontrado. Tiene que estar congelada» o algo así.

Daya y yo dejamos de abrazarnos para observar a la mujer pelirroja y a otro hombre que no reconozco venir rápidamente hacia nosotras. Un segundo después, Zade salta, se cuelga de la escotilla y se impulsa para salir con facilidad del vagón.

—¡La has encontrado! —vuelve a gritar la mujer.

—Por Dios, Ruby, no hace falta que lo pregones a los cuatro vientos. Todavía hay gente buscándola.

Hace un gesto de despreocupación con la mano.

—Bah, puedes con ellos.

Y vaya si lo hará. Sobre el suelo descansan dos cadáveres sangrando por el pecho.

—¿Cómo pudiste…?

—Dio un par de pasos a un lado y disparó alcanzándolos a los dos en el pecho con una sola bala —responde Daya, mientras me lanza una mirada que me dice «está como una puta cabra, pero mola».

Ruby se acerca al vagón y hace un gesto con las manos indicándome que baje.

—Ven, cariño. Te ayudaré a entrar en calor.

Me la quedo mirando sin saber muy bien qué decir. Mi cerebro parece gelatina y me está costando procesar lo que ocurre. Daya me da un empujoncito y empiezo a descender por la

escalera despacio. Casi me tropiezo con los peldaños. La mujer, que debe de ser Ruby, me rodea con el brazo en cuanto pongo un pie en el suelo.

—Ya estás a salvo, cielo —me arrulla mientras me frota el bíceps para entrar en calor mientras avanzamos junto al tren abandonado.

Vuelvo la vista atrás y localizo a Zade a unos metros de distancia: no me quita ojo de encima, como si temiera que volviera a desaparecer si me pierde un segundo de vista.

Por fin estoy a salvo. Entonces ¿por qué me siento como si estuviera en el infierno?

SEGUNDA PARTE

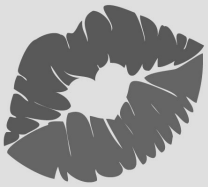
21 de enero de 2022

No creo que mi cuerpo esté preparado para abrazar la libertad. Nada parece real. Estoy esperando a que se descorra el telón y... Tachán: sigo atrapada en esa casa con la polla de un tío cualquiera en la cara.

Joder.

Soy libre.

Y aun así quiero morirme.



No es el mismo carmín de siempre y me he echado a llorar por eso.

Capítulo 23

El cazador



—Dime que traes buenas noticias —le pido con los brazos cruzados a la altura del pecho.

Jay se pone serio y niega con la cabeza. No había ni rastro de Francesca y Rocco Bellucci cuando mis hombres llegaron a la casa. De hecho, estaba completamente vacía, con la excepción del cadáver de un hombre degollado en el salón y un par de cuerpos apilados en las escaleras del porche. Eso significa que Rio y Rick también huyeron. Tengo la sospecha de que se marcharon antes de que llegara yo, en cuanto descubrieron que Addie había escapado.

Esos gusanos son escurridizos, aunque no podrán esconderse para siempre.

—¿Qué tal está Addie? —me pregunta Jay con gesto de preocupación. Me mira por encima del hombro como si pudiera verla desde la entrada.

Es la primera vez que viene a Parsons Manor y, por lo que puedo deducir de su lenguaje corporal, diría que está listo para salir pitando de aquí. La puerta se cerró de golpe tras él en cuanto puso un pie dentro de la casa. Ha habido mucha actividad desde que Addie ha vuelto. Si bien nunca ha sido un lugar acogedor, últimamente transmite una energía siniestra.

Quería llevármela a mi piso, pero Addie se negó con el pretexto de que llevaba encerrada mucho tiempo y no quería volver a sentirse así. Por eso decidí proteger la casa con lo último en tecnología (ilegal en algunos casos) para asegurarme de que no ocurra nada sin que yo me entere. No sé qué estará tramando Claire, pero Parsons Manor es intocable.

Después de encontrar a Addie, la llevé con unos amigos de confianza: Teddy Angler y su hijo Tanner. Teddy es un cirujano jubilado y ha estado trabajando para Z desde que fundé la organización, acogiendo y curando a quien necesitara cuidados. Su hijo es enfermero y lo ayuda a menudo ahora que ya está mayor.

Nos quedamos en su casa una semana. Fue quien le curó las laceraciones que cubrían su cuerpo y la herida abierta que tenía en la nuca. También le metió líquidos. Estaba deshidratada, desnutrida y tenía el cuerpo marcado por los abusos que había sufrido.

Me negué a mirar para otro lado, incluso cuando se apoderaban de mí unas ganas

incontenibles de acabar a dentelladas con los que vivían en aquella casa.

No sé si recuerda el tiempo que pasó allí, pues estaba en estado catatónico.

Lleva un mes en casa. Al principio esto estaba plagado de agentes de policía y medios de comunicación. La policía le pidió que hiciera declaraciones y querían información sobre el secuestro. En cuanto a la prensa, estuvo interesada en el caso por tratarse de una autora conocida. No me avergüenza reconocer que he amenazado físicamente a un buen número de *paparazzi* por intentar colarse en la vivienda.

Me habría encantado colgar a uno de ellos a la entrada como castigo ejemplar, para mostrarles lo que les podría pasar si ponían un pie dentro de la propiedad.

Los ánimos se han calmado un poco, pero tuvieron la funesta consecuencia de que Addie se encerrara aún más en sí misma. Se pasa los días metida en su habitación, arrebujada en sus sábanas de seda negra como si fuera alérgica al aire libre.

Las dos primeras semanas después de que la rescatáramos casi no hablaba y cambiaba de humor a menudo: pasaba de la más absoluta desolación, con la mirada perdida sin reaccionar a nada, a llorar desconsolada. Estuvo viniendo una terapeuta, la doctora Maybell, a hablar con ella para ayudarla a salir de ese encierro. Creo que le vino bien.

Verla así me rompe el corazón. Lo único que quiero es recoger las piezas y entregárselas a ella para que tenga algo a lo que aferrarse.

Pero no hay nada que hacer. Ni siquiera me deja acercarme. En cuanto estoy a un paso de distancia, pierde los estribos. Se niega a que la toque y eso me está consumiendo, porque es lo único que deseo.

Daya y Serena la visitan con frecuencia. Addie se siente más a gusto con sus abrazos que con los míos.

—Sigue viva —le respondo, aunque no estoy del todo seguro de que sea cierto. Respira, eso sí, pero viva no está—. Se va recuperando poco a poco. Ya habla y a veces hasta sonríe o suelta una carcajada. Tendrá altibajos durante una buena temporada.

Me fijo en las heridas que tengo en las manos, todavía en carne viva de anoche.

Todas las noches patalea en la cama y grita agitada. He aprendido a despertarla con precaución. A veces me ataca con todas sus fuerzas, sin ver a quién araña, convencida de que soy uno de los demonios que la acechan en sus pesadillas.

Durante el día vaga como un fantasma, aunque tampoco es esta una comparación acertada, pues los fantasmas de Parsons Manor son más activos que ella.

Para ser sincero, estoy muy frustrado. No porque le esté costando salir de ese estado de *shock*, sino porque no tengo ni puta idea de cómo ayudarla.

He aprendido a convivir con la impotencia porque no puedo rescatar a todas las chicas. Pero ¿Addie? Ni de coña voy a fracasar con ella, así la tenga que salvar de sí misma.

—Seguro que sale adelante, Z —me asegura Jay, al darse cuenta de la angustia que me enturbia los ojos.

—Ya lo sé. Es la mujer más fuerte que conozco.

Jay asiente con la cabeza y me entrega un ramo de rosas.

—No quiero molestarla. ¿Se las puedes dar de mi parte?

—Claro. Gracias, tío —le digo quitándole el bulto de la mano. Lleva las uñas pintadas de rosa fosforito y alguna está ya desportillada.

—¿Sabes algo de Katerina?

Asiente con la cabeza.

—Está como Addie: no habla mucho y parece algo inestable. Es una chica muy joven y ha pasado por tanto…

Cuando Addie se montó en mi coche, me dio dos nombres de mujer y me suplicó que salvara a una de ellas de un campo de girasoles: la hermana de Rio, Katerina, y su formadora, Lillian Berez. No sé por qué me ha pedido que salve a la hermana de Rio, lo único que me dijo es que era muy importante para ella. Katerina tiene quince años y vive esclavizada por una mujer cruel. Independientemente de quién fuera su hermano y las ganas que tenga de matarlo, ella no debe pagar por los pecados de este, y necesitaba ayuda.

Como estaba ocupado con Addie y su recuperación, envié a Michael y a uno de mis mercenarios para que se encargaran de todo. Si no llega a ser porque Addie insistió en que estaba cerca de un campo de girasoles, habrían tardado muchísimo más en encontrarla. Sin embargo, se resolvió todo en un par de días y la sacaron enseguida de allí. Al contrario que con Addie, no se esforzaron mucho en esconderla.

Ahora se encuentra en una de mis casas de acogida y recibe tratamiento por su severo trauma.

—¿Su hermano sigue escondido?

Jay se me queda mirando.

—Ya lo sabes. Sigue en Arizona.

Asiento con la cabeza. Acto seguido levanta el pulgar, señala por encima de mi hombro hacia la puerta y dice:

—Será mejor que me marche. Dile que le mando recuerdos.

Echa un vistazo final al salón, recorriendo con los ojos hasta el último rincón, como si esperara encontrar un espíritu observándolo a él. Siento unos ojos clavados en la nuca, pero, sean de quien sean, no se manifiesta. Jay se da media vuelta y cierra la puerta con suavidad tras de sí mientras una fría corriente de aire me acaricia por detrás.

Ignoro al fantasma y me dirijo al piso de arriba a ver a mi chica. Su madre se fue hace una hora y suele dormir una siesta después de esas visitas.

La primera vez que vi a Serena Reilly fue… interesante. Addie no le había hablado de mí, lo cual no me sorprende, ya que no se llevaban bien desde antes de que apareciera en su vida. Poco le importó que fuera yo quien encontró a su hija, sus sentidos arácnidos la avisaron de lo peligroso que puedo ser.

No se equivoca.

Entreabro la puerta y asomo la cabeza. Addie está sentada con el diario abierto apoyado sobre las piernas y escribiendo como si se le fueran a escapar las palabras. Siento un gran alivio al comprobar que hoy tiene un buen día… Dadas las circunstancias, claro.

No me presta atención, así que me quedo apoyado en el umbral, contento solo con verla escribir. Las puertas del balcón están un poco abiertas y entra el aire fresco. Hace mucho frío en la habitación, pero ella no parece darse cuenta.

Los últimos días ha estado escribiendo muchísimo en el diario. No sé de dónde lo ha sacado, pero le sienta bien; es un salvavidas. La doctora Maybell siempre les recomienda escribir a las chicas que rescato. Es más sano que reprimir los sentimientos hasta que te consumen.

A los pocos minutos, coge el carmín, se pinta los labios carnosos con él y marca el diario con un beso. Se vuelve hacia mí, cierra el cuaderno de un golpe, lo deja en la mesilla y se limpia los restos con un pañuelo de papel. Por fin se encuentran nuestras miradas.

—Veo que sigues siendo un perturbado —comenta con seriedad mientras hace una bola con el pañuelo y lo lanza a la mesilla.

Sonrío y me acerco despacio. Se pone tensa, así que me siento en la esquina opuesta de la cama para darle espacio.

Estoy muy a favor de traspasar los límites con Addie, pero no con esto. Mis métodos no han sido especialmente honorables en el pasado, pero lo último que quiero es empeorar su trauma. Ya ha sufrido bastante. Lo que menos necesita ahora es a otro tío egoísta que le arrebate lo que no está dispuesta a dar.

Cuando esté preparada para aceptarme de nuevo, no prometo que no vuelva a forzar los límites. Quiero que recupere esa parte de ella misma que seguro que cree perdida. Pero eso lleva tiempo y requiere confianza.

Soy un hombre muy paciente.

—Siempre lo seré, nena —murmuro mientras le dedico una sonrisa traviesa. Ella me la devuelve y siento que está a punto de estallarme el corazón.

Ese pequeño gesto me hace sentir como si me acabara de entregar el mundo en sus pequeñas manos.

—Jay te ha traído rosas —le digo entregándole el ramo. Lo coge por los tallos y huele las flores.

—Ha sido un detalle. Debería haberme presentado… Es tu amigo y nos salvó la vida. Debería darle las gracias en persona —dice con cara de culpabilidad.

Le hice un resumen de lo que sucedió la noche del ritual: que Jay se dio cuenta de que la Sociedad me había tendido una trampa y vino a avisarme. Él hacía guardia en una furgoneta aparcada una calle más abajo por si algo iba mal y teníamos que escapar a toda prisa, pero para cuando llegó allí la bomba ya había explotado. Todavía no le he contado qué es la Sociedad y tampoco ha mostrado mucho interés.

Me encojo de hombros.

—Jay no va a irse a ningún sitio y entiende que todavía no estás preparada para socializar.

Da un resoplido.

—Interactuar con la gente suena agotador. Hablando de tareas agotadoras… Tengo que ducharme —admite, arrugando la nariz.

—La verdad es que apestas —le digo, riéndome abiertamente cuando me lanza una mirada asesina.

Últimamente reaparece su viejo yo de vez en cuando y me responde con una pulla por algo que le he dicho, me dedica una tímida sonrisa o, como ahora, deja claro que quiere darme un derechazo en la cara.

Saboreo cada momento.

—Se supone que tienes que decir que huelo a flores.

—Cariño, hay flores ahí afuera que huelen a culo. Así que, efectivamente, hueles como esas flores.

Se me queda mirando unos instantes antes de regalarme una amplia sonrisa.

Joder.

Estoy loco por ella.

—Vale. Supongo que no te lo puedo discutir. —Se vuelve hacia la puerta del baño de su habitación—. No habrá ninguna cámara ahí dentro, ¿verdad?

Enarco una ceja disfrutando de la forma en la que mueve los labios.

—No las he quitado.

Me mira con el ceño fruncido.

—¿Por qué no?

Le sostengo la mirada para que vea que hablo en serio.

—No voy a mirar, Addie, a no ser que me des una razón.

Relaja el entrecejo al darse cuenta de lo que insinúo.

—No voy a autolesionarme.

—Vale —contesto. Su palabra es suficiente—. Voy a mudar la cama. Tendrás sábanas limpias cuando salgas.

Sale lentamente de la cama. Estoy tan orgulloso. Me dispongo a sacar una de las esquinas de la sábana cuando se para en la puerta del baño y, mirando por encima del hombro, me dice:

—Oye, Zade.

—Dime.

—Gracias.

—Recuerda que tu madre viene mañana.

No han pasado más que unos días desde la última vez que estuvo aquí Serena, pero está intentando retomar la relación con su hija. Me alegro de que sea así, aunque resulte un tanto fatigoso.

Addie se da la vuelta para ponerse de cara a mí. Sigue envuelta como un burrito entre las sábanas. Está empeñada en marchitarse, pero planeo canalizar su trauma por vías más saludables cuando esté preparada.

Me escudriña con esas piscinas de dulce caramelo y el ceño ligeramente fruncido. Le rodean los ojos unas oscuras sombras que llegan a desdibujarle las pecas.

—¿Es obligatorio que venga?

Me encojo de hombros.

—No tiene por qué. Una palabra tuya y cierro todas las puertas con llave.

Aparta la mirada, pero no tan rápido como para esconder la culpa.

—No he debido decir eso —admite—. Es mi madre.

Me acomodo a su lado, lo más cerca posible de la pared de piedra, teniendo mucho cuidado de no tocarla aunque me tiemble el cuerpo de las ganas.

No nos hemos tocado desde que la encontré en el tren y cada segundo que pasa es como si me apuñalaran el corazón. Sé lo que es sentir ganas de Addie Reilly, pero esta es la primera vez que me niego a actuar para calmar la sed.

—Cuéntame algo de ella. Háblame de ti.

Enarca una ceja y me hace reír, porque está muy mona.

—¿Quieres decir que no lo sabes ya todo sobre mí?

—Por supuesto que no. Al menos nada importante. Puede que sepa a qué instituto fuiste o en qué universidad estudiaste hasta que decidiste dejarlo, pero eso no significa que sepa si eras feliz. No sé si te sentías sola o triste. O si alguna vez un chico te arrinconó en la biblioteca y te asustó. —Hago una pausa. Esa última escena ha conseguido cabrearme—. Si ocurrió algo así, solo tienes que darme un nombre. Eso es todo.

Addie resopla y pone los ojos en blanco.

Nunca quiso mantener conversaciones íntimas conmigo antes de que la secuestraran, pues estaba empeñada en odiarme. Y, cuando por fin se relajó, solo tuvimos un par de noches antes de que se la llevaran.

Se arrebuja más en las sábanas, mirándome a través de sus densas pestañas. Siento una punzada en el corazón y el deseo incontrolable de besarle cada una de las pecas que le adornan la nariz y las mejillas.

—Mi madre me odia. Bueno, odiarme igual no, pero no le caigo bien. Creo que es porque nunca me ha entendido. A ella le gustaría que fuera formal, correcta, elegante; que me apuntara a concursos de belleza, me casara con un hombre rico y viviera fastuosamente. Supongo que quería para mí la vida que ella no pudo tener y, cuando hice justo lo contrario, quedó muy decepcionada.

—Bueno, por lo menos te vas a casar con un hombre rico —comento. Me deja clavado en el sitio con una mirada.

—Entonces nunca podré casarme contigo. Es mi objetivo en esta vida decepcionar a mi madre con cada decisión que tomo.

Enarco una ceja.

—No me subestimes, Addie. Soy capaz de convertirme en un hombre pobre solo por ti.

Lo niega con un movimiento de cabeza.

—Ni siquiera sé tu apellido ni tu fecha de cumpleaños.

Sonrío.

—Disculpa. No pensé que fuera importante.

Se me queda mirando fijamente, con un descaro que parece evocar el de todas las mujeres del mundo en esa única mirada. Solo consigue que me ría más.

—¿No estamos teniendo una conversación íntima? Además, no paras de amenazarme con casarte conmigo. Es justo que sepa tu apellido.

—¿Significa esto que te vas a tomar en serio mis amenazas y vas a decir que sí?

Suspira. Me la ha dejado a huevo y ella también se ha dado cuenta.

—Es una pregunta sencilla. Cualquiera la incluiría en su primera cita. O incluso antes, no vaya a ser que tu acompañante resulte ser un acosador obsesivo que además asesina gente.

Echo la cabeza hacia atrás y me río con ganas.

—Mi cumpleaños es el siete de septiembre.

—Virgo. No me sorprende. Más —me incita descaradamente mientras espera a que responda la siguiente pregunta. Me muerdo el labio. Estoy tentado de darle una zurra para que tenga un motivo para ser tan descarada.

—Meadows, pequeña. Ese es nuestro apellido.

—Tu apellido. No vayas tan rápido. Se espera de ti que supliques.

No puedo evitar que una amplia sonrisa me embellezca el rostro.

—Me encanta suplicar.

—Como tú veas, perturbado. Estábamos hablando de mi madre, no de matrimonio.

Me pongo cómodo, mirándola de frente y con la cabeza apoyada en la mano. Parpadea cuando le toco la barbilla para que me preste toda su atención y se retira con suavidad. No dejo que me afecte. Vamos poco a poco.

—Tu madre no te odia a ti, Addie. Se odia a sí misma. Y no está molesta contigo porque no lleves la vida que siempre quiso vivir ella; lo que le molesta es que vivieras como querías y ella no.

No aparta los ojos de mí mientras reflexiona sobre lo que he dicho.

—Lo mejor que puedes hacer es seguir viviendo así, ratoncita. Sigue siendo esa exitosa escritora que disfruta de las pelis de terror y de las ferias encantadas; que adora a su abuela y la mansión gótica que heredó y a la que le dan morbo los fantasmas que habitan en ella. Nunca le

has pedido permiso a nadie para ser tú misma.

Arruga la nariz como si estuviera indignada.

—Así que también eres listo —se burla con tono aborrecido, aunque se le ve una chispa de luz en los ojos—. Despreciable. ¿Hay algo que se te dé mal?

Sonrío de forma sugerente, disfrutando del rubor que le ha subido a las mejillas.

—Uy, puedo ser muy malo. Por lo que he oído, se mejora con la práctica.

Refunfuña y me da un empujoncito. Después se gira, poniéndose de espaldas. Los dos sabemos que se está riendo, pero todavía no está preparada para admitirlo.

No pasa nada. Me sobra tiempo.

18 de febrero de 2022

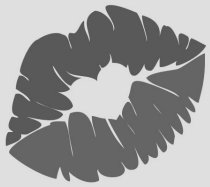
Un día, Sydney le contó a Francesca que yo había pintado con rotulador en las paredes. El dibujo era de un monigote decapitado que estaba todo cubierto de sangre. Después me enteré de que Sydney estaba con la regla.

Por supuesto me culparon a mí y Francesca me hizo limpiar la sangre con mi cepillo de dientes.

No te preocupes. No volví a usarlo nunca más. Rio me pasó uno a escondidas. De nada les sirvió pensar que me lavaba los dientes con el mismo cepillo con el que había restregado sangre de regla.

Me ~~pat~~ planteé afilar el mango del cepillo como si estuviera en la cárcel y clavárselo a Sydney en el ojo. Entonces sí que dibujaría en las paredes, solo que sería un monigote tuerto y lo cubriría con la sangre del ojo.

Eso sí que tendría gracia.



Capítulo 24

El diamante



—Tengo una pregunta incómoda que hacerte —empiezo a decirle, pero enseguida me arrepiento cuando veo a Zade sonreírme con picardía. Probablemente piensa que le voy a pedir algo raro.

Es la primera vez que voy a alejarme de la propiedad y tengo la ansiedad por las nubes. Ha pasado ya una semana desde que hablé con Zade sobre mi madre. Consiguió que me sintiera… mejor. Al menos lo suficiente como para salir de la cama a diario, ducharme, dar paseos hasta el acantilado, respirar aire fresco y, bueno, vivir.

Creo que he llegado a ese punto en el que necesito sentirme como un ser humano. Sin embargo, hay un tema que no se me va de la cabeza y que no me deja avanzar.

—¿Puedes…? ¿Podrías llevarme en coche a la clínica?

Lo normal sería que condujera yo, pero me sale urticaria solo de pensar en sentarme detrás de un volante. Mi coche quedó destrozado tras el accidente y, a pesar de que Zade me ha comprado uno nuevo, no puedo montarme en él sin sufrir un ataque de ansiedad. Además, a este le falta la mancha de kétchup en el techo y la echo de menos. Sigo sin acordarme de dónde surgió, aunque estoy casi segura de que fue una patata frita voladora que salió disparada cuando pasé por el badén a toda velocidad.

Por eso he decidido que me lleve Zade: es más molesto, pero así no entro en pánico.

Se le relaja la cara. Creo que sabe lo que le estoy pidiendo.

—Claro, cariño. —Señala con la cabeza en dirección a la puerta—. Te espero en el coche.

Se queda de pie parado y me mira.

—Por cierto, no hay nada incómodo entre nosotros. Si necesitas que te depile el culo, lo hago encantado. —Se encoge de hombros—. O, ya sabes, si se te enquista un pelo en la vagina y necesitas que te lo saque…

Abro la boca incrédula, pero acto seguido entorno los ojos y me cruzo de brazos.

—¿Cuántas mierdas me viste hacer cuando me espiabas como un pervertido?

Solo consigo que se ría todavía más a la que sale por la puerta.

Juro que lo odio.

Pero me alegro de que no me haya hecho ninguna pregunta.

¿Cómo se le dice a alguien que quieres hacerte pruebas porque se te han estado follando y podrían haberte contagiado alguna enfermedad venérea sin que nadie se sienta incómodo? Da igual cómo lo pongas, no hay forma de que suene bien.

Tengo que agradecerle a Francesca que obligara a Rocco y a sus amigos a usar condón. La única excepción fue la primera vez que me violó Rocco. Decía que perderíamos valor si nos contagiaban algo. Tampoco es que sirviera de mucho porque no utilizaban condones cuando nos obligaban a mamársela. Creo que su único objetivo era que Francesca se sintiera un poco más responsable.

Según Rio, hubo un incidente antes de que llegara yo, cuando uno de los tíos les contagió la sífilis a las chicas. Desde entonces, Francesca ha sido concienzuda y no les permitía participar en las clases a no ser que se comprometieran a hacerse pruebas con regularidad. Aun así, no creo que pueda una fiarse de que mantuvieran las pollas limpias.

Xavier utilizaba condón, aunque hubo una vez en que este se rompió. Me muerdo el labio. Estoy a punto de estallar de la ansiedad solo de pensarlo. ¿Y si me han dejado preñada? Llevo un diu, así que es bastante improbable, pero no imposible.

Se me cae el alma a los pies solo de pensar en la cara de asco que pondría Zade si se enterara de que estoy embarazada de otro tío.

Lo conozco lo bastante bien para saber que jamás me miraría así, pero no deja de atormentarme la idea. No lo culparía si lo hiciera. Ese asco es lo que siento yo cada vez que me veo reflejada en un espejo. Por eso intento evitarlos a toda costa.

Voy a hacerme un test de embarazo y, si he sido así de desafortunada, iré directa a tirarme desde la azotea del edificio.



Llevo fuera de casa dos horas y cuarenta y siete minutos y estoy hecha polvo. Sigo con la ansiedad por las nubes y me asquea la idea de que pueda estar tan sucia como me siento.

—Tienes cara de necesitar un helado —dice Zade. Gira a la izquierda con la mano abierta sobre el volante. Lo encuentro tan… sexy. Ver a Zade conducir es como una caricia estimulante antes del sexo.

Para empeorar las cosas, lleva la chupa de cuero sobre la sudadera. Todavía no he sido capaz de articular palabra.

Parpadeo. Estoy un poco mareada después de sacarme sangre. Le pedí a la médica que hiciera test de todas las enfermedades de transmisión sexual conocidas, especialmente del herpes, ya que

es la más terrible y silenciosa. Perdí la cuenta de cuántos tubos de sangre me sacó. No apartaba la vista del código de barras que llevaba en la muñeca y, cuando la gasa detuvo el sangrado, me puso una tirita llena de *smileys* en el brazo. Me reí. Luego lloré cuando me confirmaron que no estaba embarazada.

—¿Helado? —repito con un hilo de voz.

—¿Te gusta el helado?

—Bueno, sí —tartamudeo, demasiado sorprendida por lo aleatorio de la pregunta.

—¿Cuál es tu sabor favorito?

—Menta y chocolate —respondo mientras lo veo girar de nuevo. Va en dirección contraria a Parsons. Supongo que se dirige a Lick n' Crunch, que está a unas manzanas de distancia. Es una tienda familiar que vende los mejores helados artesanales de Seattle.

La idea de ir a por helado con Zade es tan normal y mundana que siento que es lo mejor que podría pasarme. Y ver a Zade comerse el helado será tan raro como sexy.

—Dentífrico, entonces.

Suspiro.

—*Et tu, Brute?* No sabe a dentífrico. No se parecen en nada.

Entramos en el aparcamiento. Le brillan los ojos y tiene una sonrisilla dibujada en el rostro. Este cabrón solo quiere chincharme.

—Dentífrico —se reafirma, aunque no estoy del todo segura de que lo crea de verdad. Tiene cara de picardía y, aun así, no puedo evitar seguirle la corriente.

Me desabrocho el cinturón, me vuelvo hacia él y entorno los ojos.

—La menta es una delicatessen y tú no eres más que un simplón incapaz de apreciarlo.

Suelta una carcajada mientras termina de aparcar el coche. La menta dista mucho de ser una delicatessen (lo contrario, más bien), pero no pienso ceder.

—¿Me estás diciendo que tengo que refinar mi paleta de sabores?

—Por supuesto —respondo seria.

Se inclina hacia mí. El cuero cruje con el movimiento y a mí se me corta el aliento. La intensidad que rodea a este hombre me inunda los sentidos. Su aroma me envuelve y consigue que me tense cuando me roza levemente la mandíbula con los labios.

—Tu coño sí que es una delicadeza, nena. Podría ser lo único que comiera y jamás me cansaría de ese sabor a ti. ¿Es eso lo bastante refinado?

Me sube un sofoco por el cuello y siento fuego hasta las mejillas. Se me abre la boca del impacto. Me da muchísima vergüenza el gritito traicionero que se me ha escapado, y que ha conseguido que me ruborice todavía más. Suelta una risita y se baja del coche en un segundo.

Busco a mi alrededor dónde se me ha caído el corazón. No cabe otra explicación. ¿Por qué si no me siento tan vacía cuando no está? Igual el muy cabrón se lo ha llevado consigo.

Suspiro.

Eso es lo que ha pasado. No hay duda.



Se acerca el cambio de hora, que arrancará al mundo de las garras de la depresión. Eso de que el sol se ponga antes de las cinco de la tarde no hace más que añadir una nota de melancolía al día.

Todavía hace frío y aun así estamos sentados en un banco cerca de Lick n' Crunch, viendo pasar a la gente y tiritando mientras me tomo el helado.

Zade pidió un cucurucho de menta y chocolate, y la sonrisa que puso fue más amplia que la del gato de Cheshire cuando me lo quedé mirando.

—Todo mi mundo gira en torno a ti. Si tú quieres menta con chocolate, pues yo también —dijo.

—¿Te gusta acaso?

—Me gustas tú. ¿Vale con eso?

—No.

Después se marchó y se sentó con cara de satisfacción mientras le daba chupadas al helado. No parece que le dé asco. Admito que me he pasado la mitad del tiempo intentando averiguar si me está tomando el pelo o realmente le gusta.

Todavía no lo tengo claro.

Lo fulmino con la mirada cuando me pilla observándolo y me guiña un ojo. Me doy la vuelta antes de que vea la sonrisa que está a punto de escapárseme.

La gente camina ajetreada, arrebujada en sus abrigos, entrando y saliendo de las tiendas.

Capta mi atención una persona que camina por la carretera. Sus facciones son masculinas y lleva un vestido morado muy voluminoso. Sonrío. Mi madre no soporta a la gente excéntrica de Seattle, pero yo siempre he admirado su seguridad y esa habilidad que tienen para sentirse bien con sus cuerpos.

—Espero que sea feliz —murmullo. Cuando Zade me mira con curiosidad, señalo con un gesto de cabeza a la persona del vestido morado—. El mundo puede ser un lugar muy cruel. Por eso le deseo que sea feliz.

Zade se mantiene callado un momento.

—La felicidad es efímera. Lo que importa es que está viviendo la vida como quiere.

—¿Eso es lo que piensas? —le pregunto mirándolo a los ojos—. ¿Que la felicidad es efímera?

—Completamente —dice por fin—. No se trata de algo concreto a lo que puedas aferrarte. Es vapor de agua en el aire. Lo único a lo que aspiramos es a respirarlo cuando está cerca, y a esperar que vuelva después de que se lo lleve el viento.

Asiento con la cabeza. Estoy de acuerdo.

Tiritando, termino lo que me queda de cucurucho mientras una corriente heladora me agita el cabello, lanzando los mechones al viento. Zade me recoge el pelo y lo coloca a mi espalda. No puedo evitar que se me tense el cuerpo, aunque no le pido que pare. Se quita la chupa y me

envuelve con ella, sujetándome el danzante pelo bajo su peso y calor.

—Gracias —susurro, arrebujándome aún más en el abrigo, sobrepasada por la emoción todavía no sé por qué. La chupa huele a cuero, especias y un poco a tabaco y, al inhalar este olor tan reconfortante, se me humedecen los ojos. Tal vez porque hacía muchísimo tiempo que no me sentía tan bien, y eso me provoca ganas de llorar.

Me sonríe con dulzura, con esos ojos disparejos tan relucientes. Ni siquiera la cicatriz que le atraviesa el ojo blanco puede empañar la serenidad que refleja su rostro.

—No hay de qué, cielo.

Los latidos del corazón resuenan en mi pecho y por fin me doy cuenta de por qué me siento tan sensible.

Me vuelvo para contemplar la ciudad, apoyo mi cabeza en su hombro e inspiro profundamente.

Puede que la felicidad sea efímera, pero nunca he estado tan segura de que vaya a volver a sentirla.

2 de marzo de 2022

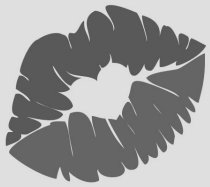
Cuando me secuestraron, esperaba que me lo arrebataran casi todo, especialmente la cordura. Eso, sin duda, lo consiguieron.

Lo que no me esperaba era que me quitaran las ganas de ser acariciada por Zade. Vale, tiene sentido, lo sé. Pero nunca fui capaz de resistirme a sus caricias y ahora quiero prenderme fuego cada vez que me toca.

No es justo por mi parte. Simplemente no quiero que me toque nadie. Hace que me entren escalofríos. Solo con pensar en ello me vienen a la mente todas las sucias manos que tocaron mi cuerpo.

Uno de los amiguitos de Rocco solía darme crema por el cuerpo porque estaba obsesionado con la suavidad de mi piel. Se corría solo con eso. Y a mí me daba por pensar en esa peli en la que salía Hannibal Lecter: «Dese crema por todo el cuerpo o le doy otro manguerazo».

Joder. Me parece que el amiguito de Rocco era el peor. Era como si te diera un masaje horrible un cuarentón drogadicto que no era capaz de encontrar el clítoris a no ser que lo tuvieras cubierto de coca. Y aun así se las arreglaría para volverlo a perder.



Capítulo 25

El diamante



—¿Puedo llevarte a un sitio? —me pregunta Zade.

Acabo de salir del baño tras ducharme y estoy dando tirones con el cepillo a mi pelo enredado. Me ensaño con un nudo especialmente rebelde sin preocuparme de que se me rompa el cabello.

—Cariño, te lo estás maltratando. Déjame peinarte.

Derrotada, hundo los hombros, me arrastro hasta él y me siento en el suelo entre sus piernas.

Me quita el cepillo de la mano y empieza a peinarme con suavidad el pelo mojado, desenredándome la melena con cuidado.

Es agradable, pero me siento demasiado cansada para apreciarlo.

Han pasado otras dos semanas, pero esta batalla está llena de altibajos. Resulta que uno de los tíos me contagió clamidia, alentando esa sensación de suciedad que tengo incrustada hasta los huesos.

Lloré y le confesé el diagnóstico a Zade y volví a llorar con más ganas cuando me demostró su apoyo. Me he tomado el tratamiento, pero ese persistente rechazo que siento se dilata, clavando sus garras en lo más profundo de mi ser.

Creo que Zade ha utilizado todas las palabras que existen en el idioma para convencerme de que no soy repugnante y de que no ha cambiado su forma de verme. Sin embargo, eso no afecta a la forma en que me veo a mí misma.

Zade tenía razón: la felicidad es efímera. No obstante, estas últimas semanas ha hecho todo lo que está en su mano por ayudarme a recuperar cualquier atisbo de tranquilidad.

Termina de peinarme, coloca el cepillo sobre la cama y me recoge el pelo. Casi me atraganto de la sorpresa cuando empieza a trenzarlo.

—¿Y dónde has aprendido tú a hacer eso? —le pregunto. Estoy tentada de retorcerme como un perro que se persigue el rabo solo para poder verlo con mis propios ojos.

—Me enseñó Ruby —responde como si nada—. Hubo una niña pequeña que rescaté hace unos años que no dejaba que la tocara nadie excepto yo. Le encantaban las trenzas, así que

aprendí a hacerlas. Se me acabó dando muy bien.

Me tiembla el labio, así que me lo muerdo para que no se me escape un sollozo.

Qué cabrón. Cuando pensaba que no podía enamorarme más de él, se saca esto de la manga.

No se puede negar que será un padrazo algún día. Pese a que me asusta pensarlo, no quiero que nadie excepto yo tenga el privilegio de presenciarlo.

—Ah —susurro.

—Pásame el coletero —dice. Levanto el brazo, lo coge de la muñeca y me lo pone en la trenza.

—Gracias —murmuro. Me incorporo y me vuelvo para mirarlo. Estoy inmersa en una lucha interna: por un lado, quiero cobijarme en su regazo, pero, por el otro, se me ponen los pelos de punta solo de pensarlo—. ¿Adónde querías llevarme?

—Quiero que veas algo… y a alguien también. Creo que podría ayudarte.

Frunzo el ceño, pero a la vez asiento con la cabeza con curiosidad por saber lo que piensa que puede ayudarme. Por lo que a mí respecta, soy un caso perdido. Desesperada. Indefensa. Y todos los sinónimos que existen.

Durante los cuarenta y cinco minutos que dura el trayecto, Zade me cuenta cómo casi lo expulsan del instituto y no le dejan graduarse por hacer una gamberrada el último curso. Lanzó bombas de purpurina por todo el recinto y tuvieron que pasar lo que quedaba de año escolar rodeados de destellos sonrosados.

Un día de estos voy a tener que pedirle que me enseñe fotos de cuando era pequeño. Dice que siempre tuvo heterocromía. Seguro que volvía locas a las chicas.

Por fin nos detenemos frente a un portón enorme donde se encuentran apostados varios guardas. En cuanto identifican el coche de Zade, lo dejan pasar sin dudarlo.

Avanzamos por un camino de gravilla que conduce a lo que parece un pueblecito. En el centro hay un edificio alargado enorme, rodeado de otros más pequeños.

También se ve un inmenso invernadero, donde se concentra la mayor parte de la actividad. La gente se arremolina con cestas llenas de frutas y verduras. Un grupo de niñas pasean juntas, riéndose y bisbiseando en dirección a uno de los edificios pequeños. Por lo que puedo ver, son todas niñas o mujeres.

—¿Dónde estamos?

—Aquí es donde vienen las víctimas supervivientes si no tienen un lugar seguro al que regresar.

Me lo quedo mirando de golpe, para después volver la vista a lo que me rodea, asimilándolo todo con nuevos ojos.

—¿En serio? ¿Cuántas hay?

—Ciento treinta y dos —responde. El hecho de que sepa el número exacto de memoria me emociona de una manera extraña, de una forma con la que no estoy conforme.

—¿Y para cuánta gente habría alojamiento?

Se encoge de hombros mientras aparca frente al edificio más grande.

—Para las que sea necesario. Soy dueño de varias hectáreas. Si se necesita otro dormitorio, no tengo más que construirlo.

Parpadeo.

—Definitivamente eres ridículamente rico.

—Claro, pero en realidad todo repercute en la organización.

Abro la boca admirada. Exploro la zona, conmovida por la tranquilidad que transmite.

—¿Son estas las únicas casas de acogida que tienes?

—No, hay casas por todo el país. Z acabará expandiéndose al extranjero y construiremos allí también para ofrecerles un lugar seguro a las supervivientes.

—¿Cómo has podido mantenerlo oculto de Claire?

—Me esfuerzo mucho para que sea imposible rastrear mis bienes. Todo está a nombre de un alias y no hay forma de vincularlo a mí. También dispone de una cantidad ingente de seguridad y se trata de una zona de exclusión aérea. Me he cerciorado de que sea el lugar más seguro que existe.

Muevo la cabeza sin saber qué decir. Recuerdo haberle oído mencionar alguna vez que disponía de casas para quienes que no las tuvieran, pero verlo con mis propios ojos hace más palpable lo maravilloso que es Zade. Si nos olvidamos de sus inclinaciones psicóticas, nadie ha hecho nunca nada parecido a lo que hace él.

—Vamos, cielo, que hay un par de personas a las que quiero que veas.

Frunzo el ceño sin imaginarme quién puede ser, pero me desmonto del coche tras él. Avanzamos por uno de los caminos cuando vemos a Ruby dirigirse a nosotros. Un grupo de niñas corre tras ella riéndose mientras intentan seguir su ritmo. Suelta un chillido emocionada y acelera el paso en cuanto nos ve.

—Madre mía, Addie. Cariño, estás preciosa —dice con voz cantarina. En cuanto está lo suficientemente cerca me da un cálido abrazo y, por un instante, estoy demasiado aturdida para reaccionar. Finalmente, la rodeo con mis brazos y me entran ganas de llorar. Qué vergüenza.

Se separa de mí, arrullándome con sus palabras.

—¿Vienes a quedarte, cielo?

—No, no. Solo me está enseñando este sitio —respondo.

—Bueno, tendrás que venir a visitarnos más a menudo. Estas chiquillas te curan el alma.

Sonrío mientras observo a tres chicas y un chico formando un círculo y parloteando entre ellos. Creo que tiene razón. Son adorables. Entiendo que un sitio como este pueda resultar reconfortante.

—Así lo haré —respondo amable.

Acto seguido, Ruby nos deja seguir nuestro camino y Zade me lleva al interior del invernadero.

Me quedo parada, con la boca abierta al contemplarlo todo.

El vapor de agua se adhiere al aire bañando de rocío las plantas, mientras destellos de color interrumpen el interminable verde aquí y allá.

Solo se me ocurre describirlo como una jungla en miniatura, sin la fauna salvaje. Aunque casi me arrepiento de esta última afirmación cuando dos niños pequeños pasan como aviones por mi lado riéndose a carcajadas. Llevan agarrados unos nabos mientras una mujer los persigue suplicándoles que dejen de correr.

Zade me coge de la mano y me lleva hasta dos chicas jóvenes que están cavando en la tierra y plantando semillas.

—Katerina Sanchez —llama Zade con tranquilidad y casi me caigo del susto cuando una de las chicas vuelve la cabeza. Su cara me resulta familiar, aunque se trate de un rostro femenino y más joven y haya perdido uno de los ojos.

—Dios mío —susurro, paralizada cuando la niña nos mira con extrañeza sin saber quiénes somos.

—¿Sí? —dice con cautela.

Zade sonríe.

—Me llamo Zade. Todavía no he tenido la oportunidad de presentarme, pero… —interrumpe sus palabras bruscamente cuando la chica se despoja de los guantes y está a punto de tirarlo al suelo de un abrazo. A pesar de la sorpresa, enseguida se recupera y la rodea con sus brazos, dándole golpecitos en la espalda.

—Estoy libre gracias a ti —dice con la cabeza apoyada en su pecho de forma que amortigua sus palabras—. Gracias. Mil gracias.

Se ríe.

—Creo que deberías agradecérselo a la chica que tienes detrás. Ella me avisó de que debía ayudarte.

Sin dudarlo, la chica se vuelve hacia mí y me rodea con su abrazo, apretando con más fuerza de la que esperaba. Da igual cuánto lo intente, no soy capaz de contener las lágrimas. Les doy rienda suelta y hasta se me escapa un hipido cuando la abrazo con fuerza.

—¿Fue Rio? —me pregunta en voz baja. Tiene la voz llorosa.

—Así es —le digo con voz áspera. Se separa lo bastante para verme bien el rostro. Sus oscuros ojos marrones recorren mis facciones.

—¿De qué lo conoces?

Miro a Zade, pero no parece que le moleste la conversación, a pesar de querer matar a su hermano.

—Él… Bueno, estaba en la casa a la que me llevaron después de secuestrarme —carraspeo—. Cuidó de mí y me ayudó a escapar.

Le tiembla el labio.

—No es muy buena persona —dice, y me sorprende tanto que se me escapa una sonrisa—. Pero no lo es porque es un hermano extraordinario. Ha sacrificado mucho por mí.

Asiento con la cabeza mientras me seco las mejillas, aunque no sé para qué, si se me siguen escapando las lágrimas.

—No creo que la gente sea blanca o negra, Katerina, aunque estoy segura de que su amor por ti sí lo es.

Sonríe y asiente con la cabeza, aceptando con facilidad lo que le digo.

—Me sacaron el ojo porque intentó escapar de Francesca. Tenía diez años. Nuestros padres se habían muerto el año anterior y él estaba atrapado con esa mujer siniestra. Nunca se lo perdonó a sí mismo y, a pesar de que no lo he visto desde entonces, sé que ha hecho todo lo que le han pedido para que no me lastimaran.

—¿Y lo hicieron? —le pregunto—. ¿Volvieron a hacerte daño?

Lo niega con la cabeza, pero hay un torbellino de oscuridad en su mirada.

—Lillian no era nada amable, pero no volvió a lastimarme.

Algo me dice que, aunque a ella no la tocaran, a otras chicas sí. Estuvo encerrada en esa casa durante cinco años. No puedo ni imaginar los horrores que habrá presenciado.

—Katerina, ¿puedo preguntarte por qué les hacía tanta falta tu hermano? ¿Tanto como para utilizarte a ti para chantajearlo?

Es algo que me ronda desde que Rio me habló de ella. ¿Por qué amenazarlo con la vida de su hermana para que trabajara para ellos? No les resultaría difícil encontrar a hombres dispuestos a cumplir sus órdenes por el precio adecuado.

Traga saliva.

—Creo que… era el favorito de Francesca.

Frunzo el ceño sin saber muy bien a qué se refiere.

—¿Su matón favorito o…?

Niega con la cabeza y se pone seria.

—He oído a Lillian decir cosas terribles sobre ellos. Sobre cómo a Francesca le encantaba la forma en que Rio… se ocupaba de ella.

Se me desencaja la mandíbula cuando me doy cuenta de lo que insinúa.

—Ah.

Entonces, abro los ojos de par en par al asaltarme otro pensamiento.

—Aaah.

Francesca se tiraba a Rio, pero presiento que no era con consentimiento. Lo violaba sin importarle sus deseos y, por lo que parece, estaba encariñada de él.

Miro a Zade a los ojos, pero no se le mueve un músculo. Me asola una tristeza incontenible que confunde aún más lo que siento por Rio. De algún modo nos hicimos amigos mientras estaba atrapada en la casa. Durante dos meses me forzaron a hacer cosas en contra de mi voluntad, y no me di cuenta de que Francesca estaba haciendo lo mismo con él.

Hay una parte de mí que sigue aferrada al odio, pero está debilitándose. Me secuestró. Me dio de comer a las fieras despiadadamente y permaneció impávido mientras unos tipos cualesquiera

acababan conmigo. Y él recogía los pedacitos después. Los juntaba en sus manos y los llevaba a mi habitación, donde los recolocaba meticulosamente, aunque suene cutre.

Quiero odiarlo, pero no sé si lo consigo.

—Gracias por contármelo —digo con dulzura.

Le tiembla el labio inferior.

—Sé que perdí un ojo, pero creo que Rio ha perdido mucho más. Espero que esté bien y a salvo donde quiera que se encuentre.

Pestañeo derramando lágrimas nuevas y asiento con la cabeza.

—Yo también.

Dejamos que Katerina vuelva a sus labores de jardinería después de prometerle que volvería a verla. Zade presiente mi estado de confusión y se mantiene callado mientras me conduce a otra zona de la reserva. Hay dos mujeres en el gallinero, recogiendo los huevos.

Cojo aire y me quedo clavada en el suelo cuando una de ellas se da la vuelta y le veo bien la cara.

—Jillian —digo en voz baja. Se vuelve al oír su nombre y casi se le salen los ojos de las órbitas.

—Dios mío —dice, con su acento más marcado por la emoción. Deja la cesta con los huevos apresuradamente y viene corriendo hacia mí.

Nos encontramos a mitad de camino y nos fundimos en un fuerte abrazo.

Cuando las vendieron a ella y a Gloria, no la podía ni ver por culpa de los juegos psicológicos de Francesca, pero todo aquello se difumina ahora que somos libres.

No puedo ver bien por las lágrimas, pero, cuando nos separamos, observo que sus ojos están también llorosos.

—¿Cómo estás? —le pregunto entre hipidos, riéndome cuando arruga la nariz.

—Todo lo bien que se puede esperar, que no es mucho.

Asiento con la cabeza.

—Igual que yo. Parece una muerte agonizante.

Pone una mueca y se encoge de hombros, fingiendo despreocupación.

—Yo también me siento así. He estado viendo a la doctora Maybell. Y todo esto… —señala con el dedo hacia la granja— ha sido de gran ayuda. Verte rodeada de gente que ha pasado por una experiencia similar a la tuya y tener algo que me mantenga ocupada evita que recaiga. Solía vivir en la calle y una parte de mí no quería que me rescataran, porque tendría que volver a esa vida. Así que esto… Esto me ha salvado de verdad.

Se vuelve hacia Zade, claramente incómoda por lo que acaba de admitir, pero se limita a poner la espalda recta en lugar de avergonzarse. Compartir sentimientos es… difícil.

—Me alegro de haber sido de ayuda —se limita a decir Zade, que se mantiene impertérrito, pero cuyos ojos brillan con calidez.

Pese a ser un asesino despiadado, la mirada esperanzada de una superviviente lo hace temblar.

Le impacta a él tanto como a mí porque, cuando estás atrapada y aterrada, la esperanza es lo primero que pierdes, y eso es devastador. Por ese motivo, volver a sentirla es uno de los mejores regalos que nadie podría darte.

Me tiembla el labio. Me debato entre volver a abrazarla o dar media vuelta y pegarle un buen morreo a Zade. Me siento tan feliz por Jillian… Parece como si algunas heridas de mi alma sanaran un poquito.

Buscamos un sitio tranquilo junto a uno de los corrales y hablamos durante una hora larga mientras Zade ayuda a otra de las chicas con las gallinas, dejándonos a nuestro aire. Me cuenta parte de su vida antes de que la secuestraran y yo le cuento la mía. Me ha hecho prometerle que le traería uno de mis libros firmados y, para ser sincera, consiguió emocionarme y romperme un poco el corazón al mismo tiempo. Echo de menos escribir, aunque soy consciente de que aún no estoy preparada para retomarlo.

Finalmente dejamos que Jillian vuelva a su tarea mientras Zade me muestra el resto del pueblo. Hay aulas para las niñas, talleres para las más mayores y muchas actividades para que se mantengan ocupadas. Las adultas aprenden habilidades y oficios para reincorporarse al mercado laboral. También les enseñan a desenvolverse en la vida y les proporcionan las herramientas necesarias para llegar a ser completamente autónomas.

Por supuesto no se le pide a nadie que se marche, pero lo último que desearía Zade es despojar a la gente de su libertad. Por eso no les pone trabas a quienes quieran salir y vivir su vida con cierta normalidad.

Hay también un establo con caballos en el que se ofrece terapia equina para las supervivientes. Y por supuesto cuentan con varios terapeutas residentes, como la doctora Maybell.

Mi memoria se comportaba de forma errática al principio, pero no me he olvidado de su calidez. Las pocas veces que vino a verme me ayudó más de lo que me imaginaba. Y espero volver a verla muy pronto y hacerlo con regularidad.

Pasamos horas jugando con las niñas y hablando con otras supervivientes. Incluso llego a conocer a Sarah, la niña pequeña que insiste en que Zade sea su papá. Reflejaban sus ojos una calidez empalagosa cuando se volvió hacia mí mientras Sarah se le tiraba encima y, por un instante de locura, casi digo que sí allí mismo.

Será un padrazo algún día, pero no hoy. No puede ser cuando yo todavía estoy aprendiendo a recoger los pedazos de mi vida sin cortarme.

Cuando volvemos al coche me embarga la emoción. De ver lo que ha construido Zade, lo bonito que es, y ver a Jillian y oír hablar de Rio. Estoy hecha un puto lío.

—¿Aún quieres matarlo? —pregunto, sin molestarme en clarificar de quién hablo. Lo sabe perfectamente.

—Sí —admite.

—¿Incluso después de conocer a su hermana y enterarte de lo que ha sufrido?

Se queda en silencio unos instantes.

—El sufrimiento de una persona no justifica el dolor que causa a los demás.

—Tienes razón, pero tampoco tenía alternativa —le rebato.

Zade se pone serio. Sale del aparcamiento y avanza por el camino de gravilla.

—Cariño, no hay una respuesta correcta. Si lo que quieres es que lo perdone, ya te puedes ir olvidando. Es directamente responsable de que casi te mataras en el accidente, del secuestro y de llevarte a un lugar donde te violaron y abusaron de ti repetidamente. ¿Qué coño quieres que diga? ¿Que también él es una víctima y me olvide de todo?

Me quedo callada. De la misma forma que las personas no somos blancas o negras, tampoco lo son nuestras emociones. Rio me causó muchísimo dolor y no importa cómo se comportara después en esa casa, porque Zade no lo vivió. Él no llegó a conocer a Rio de la forma que lo hice yo, así que siempre lo verá como el hombre que ayudó a arruinarme la vida. No se lo puedo echar en cara. Tampoco yo lo perdonaría si estuviera en su lugar.

—Lo siento.

Suspira.

—No tienes que pedir perdón, ratoncita.

Abren el portón para que salgamos y se incorpora a la carretera.

—¿Puedes llevarme a un sitio? —le pido.

—Donde quieras.

Alargo el brazo y le muestro el código de barras que me tatuó Rio en la muñeca.

—Quiero hacerme un tatuaje.

Sonríe.

—¿De mi nombre?

Suelto una carcajada.

—Sigue soñando, chaval.

14 de marzo de 2022

Zade se esfuerza por convencerme de que me tatúe su nombre en la muñeca, pero le dije que esa era una maldición para cualquier pareja. Incluso se ofreció a tatuarse mi nombre en el trasero. Por muy tentador que fuera, no acepté.

En lugar de eso, me tatué una detallada rosa que disimula por completo el código de barras. El tallo sube en espiral rodeándome el brazo. Le dije a Zade que ahora ya tenía mi propia rosa y que nunca se marchitaría, y juraría que se le humedecieron los ojos.

Es bonito y me ayuda a avanzar en la dirección correcta.

Casi todas las mujeres y las niñas de la casa de acogida tenían también códigos de barras. Algunas prefieren cubrirlos, aunque no es así en la mayoría de los casos. Las hay que prefieren dejarlos como están, como recordatorio; igual que hace Zade con sus cicatrices.

Otras, como yo misma, preferimos pasar página y olvidar esa parte de nuestra vida.

Por primera vez desde que llegué a casa, me siento un poco más liviana que antes. Como si estuviera sanando.



CAPÍTULO 26

El diamante



«Tu manera de sangrar es preciosa, diamante. Parece como si tu cuerpo estuviera destinado a que lo cortara mi cuchillo».

Apoyo la temblorosa mano, que sigue aferrada al cuchillo hasta que los nudillos se me ponen blancos. Tal vez no haga falta que prepare esta ensalada.

«Joder, ¿verdad que duele mucho, diamante? Mira cuánta sangre».

«Mi color preferido siempre ha sido el rojo y, Dios mío, qué hermosa estás cubierta de él».

De repente, una mano me roza el hombro y todos esos recuerdos cobran vida. Xavier está detrás de mí, dispuesto a arrebatarme más. Y no puedo permitirlo. No sobreviviría.

—¡No! —grito justo antes de darme la vuelta para lanzarle el cuchillo a la cara. ¿Le gusta ver su propia sangre? Voy a enseñarle lo magníficamente bien que le sienta a él también.

Una mano me coge por la muñeca y frustra mis intenciones, pero que se joda. No va a detenerme, esta vez no.

—Ratoncita —susurra. Esa palabra confunde lo suficiente a mi cerebro como para que la cara de Xavier se desvanezca y vea la de Zade.

Con el corazón acelerado y la vista nublada por las lágrimas, abro la mano al instante y el cuchillo repiquetea estrepitosamente contra las baldosas del suelo.

Mierda, casi apuñalo a Zade en la cara. Tengo los ojos desorbitados por la conmoción y no acierto más que a mirarlo fijamente, dudando de si él también es una aparición. Me estudia con detenimiento y muestra una cautelosa inexpresividad mientras me baja la mano.

—Cuidado, ratoncita, ese es mi activo más preciado.

Parpadeo y por fin logro decir:

—Nunca le cuentes esto a mi madre.

Zade frunce el ceño y abre la boca, luego la cierra hasta que decide su respuesta.

—¿El qué?

Libero mi muñeca y noto cómo la sangre me hierve por la adrenalina que aún no ha

desaparecido y ahora también por vergüenza.

—Lo que acaba de pasar ha sido muy dramático y, si alguna vez se entera de que soy como ella, me muero.

Zade parpadea; en sus iris de color yin yang se vislumbra un destello de diversión.

—Así que te morirías, ¿eh?

Asiento una vez con la cabeza, bruscamente.

—En la más absoluta de las miserias.

Se le forma una sonrisa.

—Entonces ni se me pasaría por la cabeza.

Resoplo y vuelvo a asentir, luego me aliso la camisa para mantener las manos ocupadas y evitar que apuñalen a nadie, me doy la vuelta, abro un cajón y saco otro cuchillo.

—Bien.

Él guarda silencio durante unos segundos.

—¿Quieres hablar del intento de asesinato que se acaba de producir?

—La verdad es que no —respondo cortando otro trozo de zanahoria.

—Pero yo sí quiero.

Suspiro, dejo el cuchillo sobre la encimera y me giro de nuevo hacia él.

—Zade, creo que preferiría hablar de cuando tenía catorce años y mi madre trataba de convencerme de que los cinturones de castidad eran la última moda antes que hablar de que he intentado apuñalarte.

Hace otra pausa.

—Vale, veo que hay mucho que poner en claro, y no estoy seguro de por dónde empezar.

—Exacto, ¿te parece normal? Le dije que también podía convertir el cinturón de castidad en un cerco eléctrico, así no me haría pasar por toda esa experiencia.

Arquea una ceja mientras lucha por no sonreír.

—Claro, nena, eso no es nada dramático.

Lo miro con expresión divertida.

—Has venido. ¿Por qué? ¿Necesitas algo?

—Solo a ti, ratoncita.

Joder. ¿Por qué tiene que elegir tan bien las palabras? Sabe exactamente lo que hace y lo mucho que yo lo disfruto en secreto.

Entorno los ojos, y él sigue hablando con el labio ligeramente torcido.

—Aunque la Sociedad no me asusta, ahora mismo somos presa fácil y Jay y yo debemos ocuparnos de algunos asuntos. Y hay otras cosas que tengo que discutir contigo, empezando por quién te convirtió en un objetivo.

—Claire, ¿verdad? —pregunto.

En su rostro se refleja un gesto de sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

—Vino a visitarme.

Su semblante se vuelve inexpresivo, pero no es más que un espejismo. La ira se arremolina bajo la superficie y sale a borbotones a través de su tono endurecido.

—¿Qué te dijo?

—Básicamente me fustigaba diciéndome que el gran hombre tras la cortina siempre había sido ella. Había ido hasta allí porque sabía que me estabas buscando y quería evitar que se encargaran de mí de la forma habitual para asegurarse de que no me encontraras.

Mueve la cabeza arriba y abajo lentamente.

—No voy a meterte prisa, pero en algún momento necesitaré saber si viste alg…

—Quiero ayudar —lo interrumpo. Y eso no me produce la ansiedad que pensaba. En cambio, me genera cierta sensación de alivio.

Cuando Zade me llevó al santuario hace unos días, algo cambió dentro de mí. Ver que todos esos supervivientes mejoraban, intentaban sanar y eran capaces de crear un entorno tan feliz me removió algo en el pecho.

Me hizo darme cuenta de que eso es lo que en realidad necesito. Un objetivo, algo por lo que trabajar que me haga verdaderamente feliz. Y ahora sé lo que es.

—Add…

—No me digas que no soy capaz o que no estoy preparada. He tenido la hostia de tiempo para pensar. Y no quiero ser una víctima insufrible, ¿vale? No quiero dejarles ganar y, lo que es más importante, quiero…, no, necesito ayudar.

Se cruza de brazos.

—De acuerdo. ¿Cómo te gustaría ayudar?

Encojo los hombros.

—Te contaré todo lo que sé. Y, si vas a alguna misión, quiero ir contigo.

Arruga el entrecejo y me recorre con la mirada antes centrarse de nuevo en mis ojos.

—De acuerdo —concede de nuevo. Tanta complacencia casi me hace sospechar. Esperaba que me encerrara en la típica torre como a Rapunzel.

Al percatarse de mi expresión, me dice:

—Nunca voy a tratarte como si estuvieras desvalida o fueras inútil. Siempre he sabido lo fuerte que eres. De modo que, si quieres ayudar, me parece bien. Estaré encantado de que vengas conmigo, nena, pero con algunas condiciones.

—¿Qué condiciones? —pregunto con cierto recelo.

—Empezaremos a entrenar de nuevo. Lo retomaremos donde lo dejamos y te enseñaré no solo a defenderte, sino también a pelear. Tienes que aprender a usar un arma correctamente y, por el amor de Dios, Adeline, espero que no cometas ninguna estupidez cuando trabajemos sobre el terreno.

Me quedo boquiabierta por la acusación y digo:

—¿Qué te hace pensar que cometería alguna estupidez?

Las cejas le vuelven a saltar hasta la frente.

—¿Vas a decirme que enfrentarte a tu acosador en plena noche no fue un poco estúpido?

Cierro los dientes con un chasquido. Puede que tenga algo de razón.

—Eres valiente. Increíblemente valiente, además de una superviviente nata, y eso es admirable de cojones. No sabes lo orgulloso que estoy de ti. Pero también eres impulsiva y reaccionas sin pensar, y me niego a perderte otra vez, ¿queda claro? No lo permitiré. Por eso tienes que escucharme y no puedes largarte a hacer lo que te dé la gana porque creas que estás ayudando. Somos un equipo, nena. ¿Entendido?

Me muerdo el labio mientras reflexiono sobre sus palabras. Si algo he aprendido es que determinados ambientes me quedan inmensamente grandes.

—Entendido —convengo—. No voy a dármelas de lobo feroz… todavía.

La sonrisa que ofrece por respuesta sugiere que el lobo feroz en realidad es él y, sinceramente, debería darle la razón.

Pero me niego a admitirlo. Se le subiría a la cabeza y entonces tendría que clavarle el cuchillo en la cara para hacer explotar su ego sobredimensionado.



—Nena, apunta a la yugular, no a la oreja —señala Zade con paciencia. Aun así, me pone de los nervios y estoy a punto de darle un cuchillazo a él—. Ajusta los pies… —Le da una patadita a uno de ellos—. Estás desequilibrada y no sostienes el cuchillo correctamente.

He mejorado mucho desde que empecé a entrenar con Zade hace tres semanas, pero parece que no es suficiente. Nunca lo es.

Tengo delante un maniquí de gelatina con innumerables marcas de puñaladas, la mayoría bastante alejadas de donde se supone que debo acertar.

Por mi cabeza pasan una a una las imágenes de varias personas, y yo me voy imaginando que son el maniquí. Es algo que suele ayudarme, pero luego siempre me quedo paralizada por el recuerdo del cuerpo sin vida de Sydney bajo mis pies o por la sensación de cortarle la garganta a Jerry con el cuchillo.

La culpa que impregna mis manos me tiene asfixiada, y cada vez me siento más frustrada conmigo misma. Con él. No soy como él. No puedo matar a alguien y… superarlo.

Me doy la vuelta y le lanzo dagas con los ojos en lugar de con las manos.

—No te sientes mal por lo que has hecho. Por la cantidad de gente que has matado. ¿Cómo puede ser que no te afecte?

—¿Por qué iba a afectarme? —dice desafiante inclinando la cabeza hacia un lado con una sonrisa de diversión. Podría decir que parece un lindo cachorrito, pero estaría mintiendo. En realidad, parece una bestia feroz que ha estado encerrada demasiado tiempo y tiene hambre. De

mí, en concreto.

—No sé… ¿Por cuestiones morales? —digo como si la respuesta fuera obvia. Y es que lo es —. ¿Por culpa? ¿Por remordimiento?

—Las mismas personas a las que quieres matar son los padres fundadores de la moral de nuestra sociedad. Aniquilé cualquier expectativa que tuvieran hacia mí y luego les rebané la garganta para demostrarles que nunca lograrían controlarme. Solamente ellos responderán por sus crímenes, y yo no tengo ningún problema en ser el verdugo. Si no estás dispuesta a hacerlo, te…

Alzo la mano en el aire para interrumpirlo.

—No hagas eso. No me ofrezcas una salida.

—No es una salida, es una opción. Addie, quiero que hagas algo que puedas controlar. Si eso implica quedarte en casa, tienes mi apoyo. Si implica cometer una ola masiva de asesinatos, también estaré a tu lado, cariño. Aún tienes pesadillas sobre Sydney y Jerry, y cargas con esa culpa para protegerte. Si no eres capaz de aceptar lo que sucedió, ¿cómo vas a aceptar quitarle la vida a nadie más? Porque te adelanto que a partir de ahora no será en defensa propia.

—No sé cómo aceptarlo, Zade. Me siento como si intentara justificar un asesinato.

—¿Del mismo modo que yo justifiqué acosarte? —Hace las comillas en el aire alrededor de la palabra «justifiqué» porque ambos sabemos que Zade era totalmente consciente de lo que hacía y de lo mal que estaba.

»¿Meterte una pistola por el coño y hacer que te corrieras sobre ella? ¿O el resto de las veces que me dijiste que no y yo lo hice igualmente? —sigue diciendo. Se intensifica el rubor de mis mejillas y la cara me arde al recordar la estúpida pistola—. ¿Sabía que estaba mal? Por supuesto. Pero está claro que eso no fue ningún impedimento para mí. Tienes que descubrir tu propia moralidad y con qué estás dispuesta a vivir. No respecto a lo que te han enseñado, sino a lo que sientes en tus entrañas.

—¿Así que tu libro de la moral recoge el acoso y las agresiones a las que me has sometido?

—No —dice ampliando su sonrisa—. Estaba obsesionado contigo desde el momento en que te vi. Todas esas emociones oscuras y retorcidas que sentía eran la forma más pura de lo que soy. Y decidí mostrártelas en lugar de ocultarlas. Nunca dije que fuera buena persona, ratoncita, y decidí que podía vivir con eso. Igual que con asesinar a un puñado de pedófilos y traficantes de personas.

—Estoy bastante segura de que la gente a la que matas se autoconvence de eso mismo para poder dormir por las noches —comento con aspereza.

—No lo dudo —admite sin problema mientras da un paso hacia mí—. Y tampoco dudo de que muchos de los que dicen ser buenos y honrados estarían dispuestos a matarme por los delitos que he cometido contra ti. Pero esa es la diferencia. Yo nunca he dicho que fuera un hombre bueno.

El rubor que me sube por la cara me calienta las mejillas bajo su intensa mirada.

—Haces que ser malo parezca muy fácil.

—Tengo mucha práctica.

La tiene, lo que suscita más interrogantes. Entorno los labios mientras el pulso me late erráticamente y me armo de valor para hacer la pregunta que tengo en la punta de la lengua. Me asusta lo que pueda pasar cuando lo haga.

Ya le había explicado a Zade que me iba a llevar cierto tiempo acostumbrarme a algunos aspectos sobre él. Y ahora que he pasado por lo que he pasado… todos esos viejos sentimientos vuelven a surgir. No el odio ni el deseo de alejarme, sino la necesidad de aceptar y comprender sus contradicciones y su moral sesgada.

—Entonces ¿qué te lo impide? —me apresuro a decir.

Inclina la cabeza y espera.

—Follarme —le digo sin rodeos—. Antes parecía que nada te lo impedía. ¿Qué te lo impide ahora?

Guarda silencio unos instantes.

—Que no sería capaz de vivir conmigo mismo —murmura mirándome pensativo—. Sabes perfectamente que esta vez tu reacción sería muy distinta.

Cruzo los brazos y ladeo la cadera.

—¿Tú crees?

—Sí —dice con firmeza—. Si te inmovilizara en el suelo, ¿crees que al principio te resistirías y luego acabarías restregándome el coño por la cara porque he despertado algo en ti? ¿O crees que te resistirías como si tu vida dependiera de ello y luego acabarías mentalmente destrozada por el trauma?

Trago saliva, la verdad me sabe a tierra en la lengua.

—Nunca me oirás decir que soy un hombre bueno. O que soy amable. Ni siquiera honorable. Ya no soy así… y la verdad es que nunca lo fui. Nací con un alma ennegrecida y buenas intenciones. Y existe una gran diferencia entre ser una persona innecesariamente mala y hacer cosas malas con la esperanza de que de ahí salga algo bueno. Voy a dejar que decidas por ti misma en qué categoría estoy.

No espera a que le responda; me da la sensación de que quiere que primero piense sobre ello.

Se acerca a mí y los músculos se me agarrotan al instante. Entonces me doy cuenta de que no me hace falta pensarlo. Aunque estoy muy traumatizada, lo único que deseo es que me abrace más fuerte.

—¿Quieres también la respuesta sencilla? —me pregunta con esa voz cada vez más profunda que hace que se me dispare el pulso—. Que te quiero, Adeline Reilly. Y sé que tú también me quieres. Cuando esté dentro de ti, tan solo pensarás en cómo hundirme más adentro. El único miedo que sentirás será el de que algún dios te lleve al cielo demasiado pronto.

Mi corazón se resbala y se estrella contra la caja torácica, lo que me delata por completo. Las rodillas serán las siguientes, pero eso ya sería vergonzoso de cojones.

Sonríe; su mirada se vuelve depredadora.

—Aunque ya me encargaré de infundirte otros miedos.

Lentamente, empieza a caminar a mi alrededor mientras yo me quedo paralizada. Su calor me oprime la espalda y su aliento me abrasa el lateral del cuello. Los instintos de luchar o huir tratan de abrirse paso, pero siento que pierdo el control sobre ellos.

—Tú siempre serás la ratoncita y yo nunca dejaré de perseguirte. Esperaré pacientemente a que estés lista para que te toque, pero, no te equivoques, Adeline: cuando lo haga te va a doler.

Sus despreciables palabras me provocan un escalofrío glacial, más frío que los fantasmas que se aparecen en esta mansión. Antes, eso me habría asustado. Es más, después de que me hayan perseguido las personas más crueles de la humanidad, debería estar cansada de esa historia.

Sin embargo, no siento más que una ligera emoción y… consuelo. De algún modo, Zade ha conseguido darle la vuelta a nuestro juego del gato y el ratón. Ahora me alivia tener la certeza de que él siempre va a encontrarme. Y dicha certeza, a pesar de que aún no estoy del todo preparada para estar con él…, hace que me entren ganas de correr.

Solo para que pueda atraparme.

Con el aire contaminado por la tensión, me agarra la mano, me hace darme la vuelta con él y apunta con el cuchillo al maniquí.

—Deja de visualizar a toda la gente a la que quieres matar y visualiza a la gente a la que ya has matado. Recrea aquella noche en tu cabeza. Reprodúcela una y otra vez hasta que clavarles el cuchillo en el cuello te parezca liberador.

Tardo demasiado tiempo en quitarme de la cabeza al depredador que tengo detrás, pero al final lo consigo.

Cuando por fin revivo aquella noche en mi mente, solo quiero encogerme hasta hacerme una bola. Y recordar cómo le hundí aquel bolígrafo a Sydney en el cuerpo hasta que sus ojos se quedaron sin vida. O cuando le clavé a Jerry el cuchillo en el cuello y vi cómo se le salían los ojos de las cuencas.

Me protegía de ellos. Sin embargo, llevo el peso de sus muertes sobre la espalda como si fueran inocentes.

Durante la siguiente hora, la lucha continúa. Me frustro cada vez más conmigo misma y me analizo hasta la saciedad para averiguar por qué me siento culpable, sobre todo por Sydney. ¿Es porque ella también fue una víctima? Se vio obligada a hacer lo mismo que yo, a soportar la brutalidad del tráfico sexual que acabó provocándole un brote psicótico.

Una y otra vez, le doy vueltas en la cabeza hasta que por fin encaja.

Puede que llevaran a Sydney a la locura, pero ella ya tenía el alma rota. Aunque merecía mi compasión, eso no la excusaba de sus actos. No le daba derecho a herir a otras personas. Y no significa que me haya equivocado al acabar con su vida.

Pero Jerry, Claire, Xavier y el resto de las personas que decidieron que yo no era más que un objeto no merecen más de lo que ya me han robado. Ni mi compasión, ni mis remordimientos, ni mi culpa. Yo no decidí que me violaran y me maltrataran, pero sí que decido degollarlos por ello.

Cuando llego a la segunda hora, los movimientos que repaso con Zade se vuelven naturales. Deslizarle el cuchillo por el cuello al maniquí me hace sentir justo como él decía. Liberada.

Tal vez otros piensen que quitarle la vida a alguien no está bien en ninguna circunstancia. Que nadie puede juzgar a nadie. Creo que hubo un tiempo en el que yo pensaba lo mismo. Pero entonces me di de bruces con el auténtico mal. Con personas que no son humanas en absoluto, sino seres mezquinos que nunca dejarán de destruir este mundo y todo lo bueno que hay en él.

Ahora me doy cuenta de que mirar hacia otro lado y dejarlo en manos de Dios es solo un pretexto que usan muchos. Es permitir que el mal campe a sus anchas porque creen que la vida del más allá es aún peor.

Si tanto miedo les da, ¿por qué esperar para enviarlos allí?

Ahora me doy cuenta de que es egoísta. Les asusta tanto no conseguir entrar en el cielo que son incapaces de tolerar el asesinato, aunque sirva para salvarles la vida a mujeres y niños inocentes.

¿No los hace eso igual de malvados?

Condenar a los que se atreven a convertirse en verdugos no los convierte en mejores personas. Los hace complacientes.

Cuando ya han pasado tres horas, jadeo con fuerza, el sudor me resbala por la cara y la espalda, y me siento revitalizada.

Entonces vuelvo a mirar a Zade y es como si lo viera con otros ojos. Me pregunto si él también me ve diferente y si será capaz de olvidarse de quien solía ser y amar a la persona en la que me he convertido.



—Adeline, creo que esta casa está poniendo a prueba tu salud mental —anuncia mamá de modo tajante mientras se quita pelusas imaginarias de sus vaqueros Calvin Klein.

No suelo verla con otra ropa que no sea un vestido, una falda o un traje pantalón.

Me siento muy especial.

—¿Por qué lo dices? —pregunto con voz monótona y totalmente indiferente.

Mientras me mezo en la silla de Gigi, contemplo el paisaje sombrío. Hoy hay tormenta, y las ventanas están empañadas por la lluvia. Inclino la cabeza; estoy bastante segura de estar viendo cómo se forma la huella de una mano en la ventana.

Dejando a un lado la mano espeluznante, sentarme aquí me trae una sensación de paz y nostalgia. De un tiempo en el que otra versión de mí miraba por la ventana y mi sombra me acechaba en la oscuridad y me observaba. Un tiempo del que aborrecí cada segundo, sin saber si lo odiaba porque tenía miedo o porque lo disfrutaba.

—Cariño, ¿has visto las ojeras que tienes? Es difícil pasarlas por alto. Son muy oscuras. Y

nada menos que en tu cumpleaños.

Esa es mi madre en su modo más dulce. Cariñoso. Preocupado. Y, francamente, resulta del todo agotador. Desde que he vuelto a casa se ha esforzado más por…, no sé, por arreglar las cosas conmigo, supongo. Por supuesto, mi padre no está para nada por la labor, pero no puedo decir que me importe.

Que hayan secuestrado a su hija debe de haber hecho que mi madre se diera cuenta de una o dos cosas en cuanto al estado de nuestra relación y de lo completamente destrozada que estaba —y está—. Respecto a quién tiene la culpa…, estoy segura de que respondería cosas diferentes en función de su estado de ánimo.

Pero lo está intentando. Así que me parece justo tratar de no echarla de casa. Sobre todo, el día de mi cumpleaños. Ya estoy agotada y, al parecer, ahora se me notan las ojeras.

Zade me despertó con la habitación cubierta de rosas y un precioso cuchillo negro con un entramado púrpura en el mango. Cada vez los manejo mejor, pero todavía sigo aprendiendo y su regalo me pareció un testimonio de su fe en mí.

Luego, Daya quiso ir a almorzar, y ahora ha venido mamá y yo estoy lista para una siesta. Estar con gente sigue siendo extenuante.

—Me pondré corrector.

—Tal vez deberías volver a quedarte conmigo en casa. Alejarte de ese… salvaje…

Doy un resoplido que acaba convirtiéndose en una carcajada. Que mi madre llame «salvaje» a Zade es…, bueno, gracioso. Cierto pero gracioso.

Mi madre me mira como si le hubiera dicho que me voy a rapar la cabeza y a vivir el resto de mi vida en una furgoneta fumando de una cachimba.

La verdad es que no suena tan mal. Excepto quizá lo de quedarme calva.

Me muerdo el labio para contener la risa y sonrío mientras ella se muestra cada vez más alterada.

—No le veo la diversión a salir con un delincuente —murmura dándose la vuelta con gesto ofendido.

—¿Y qué pasa si la delincuente soy yo? —pregunto.

Ella suspira.

—Adeline, si te ha obligado a hacer algo…

Pongo los ojos en blanco.

—Madre, tranquila, no me ha forzado a nada. Y estoy bien. De verdad. Es evidente que he pasado por una experiencia traumática y no siempre me resulta fácil dormir.

Se revuelve en el sofá de cuero, preparándose para decir algo más, pero la interrumpo:

—Y aquí en Parsons Manor estoy bien.

Cierra la boca y frunce los labios, que lleva pintados de rosa. Yo suspiro y una puñalada de culpabilidad me atraviesa el pecho.

—Mamá, agradezco que te preocupes, de verdad. Pero voy a tardar un poco en adaptarme de

nuevo y que todo vuelva a ser normal.

«Normal». Al decir esa palabra siento como si me tragara un puñado de clavos oxidados. Nunca seré normal. Creo que nunca lo fui.

Y si alguien puede dar fe de ello es mi madre, la mujer que me ha llamado «rara» durante la mayor parte de mi vida.

Se queda callada un momento, con la mirada fija en el suelo de baldosas ajedrezadas y perdida dentro del huracán que está tamizando su cráneo y que acabará escupiendo por la boca. Siempre me ha parecido que se le desataban tormentas en la cabeza… Así de destructivas eran sus palabras.

—¿Por qué no me hablaste de él? —pregunta bajando la voz. Levanta la cabeza y me mira; sus ojos, azules como el cristal, están llenos de dolor. No sé si esa imagen me hace sentir más culpable o me cabrea.

—Porque nunca me has hecho sentir lo suficientemente segura como para contarte nada —respondo sin rodeos.

Se le mueve la garganta al tragarse el amargo comentario.

—Addie, ¿por qué…, por qué necesitabas sentirte segura para hablarme de él? —pregunta frunciendo sus esculpidas cejas—. Me refiero a que, si él fuera… normal, no te habría supuesto ningún problema. Si lo hubieras conocido en una librería, en alguno de tus eventos o incluso en el supermercado. —Hace una pausa—. ¿Por qué necesitabas sentirte segura?

Entorno los labios y me giro hacia la ventana.

—¿Te hace daño, Addie?

Casi se me rompe el cuello de lo rápido que me vuelvo hacia ella.

—No —digo con gesto serio, aunque eso no es del todo cierto.

¿Me ha hecho daño? Sí, pero no como ella cree. Zade nunca me pondría un dedo encima si estuviera enfadado. El tipo de dolor que me inflige no es muy ortodoxo y, aunque una parte de mí siempre lo ha disfrutado, es verdad que me daña.

Pero yo lo deseo igualmente.

—Entonces ¿por qué?

Suspiro mientras decido hasta dónde debería contarle. ¿Se gana la vida matando gente? Eso sería demasiado. ¿Me ha acosado? No es algo que mi madre fuera a olvidar nunca, por muy culpable que se sintiera.

Así que opto por decir la verdad. La parte que no lo delata como un psicópata con un pequeño problema de apego.

—Mamá, salva a mujeres y niños del tráfico de personas. Está muy involucrado en ese oscuro rincón del mundo.

Ella inhala con fuerza, endereza la columna y abre los ojos de par en par, indignada.

—¿Te secuestraron por su culpa?

—No —contesto—. No fue culpa suya, y no te olvides de que fue él quien me salvó. De no ser

por él, yo ahora no estaría aquí… viva.

Sacude la cabeza con gesto de confusión y pregunta:

—Entonces ¿por qué tú? ¿No está él relacionado con esa misma gente?

Me encojo de hombros para fingir una despreocupación que no siento.

—Hubo muchos factores, pero ninguno tuvo que ver con sus actos. Eso es lo importante.

Suspira emitiendo un sonido entre la frustración y la aceptación.

—¿Es peligroso?

—Sí —admito—. Pero no para mí. Él me quiere y, además, me quiere por lo que soy. Nunca ha querido cambiarme.

La indirecta la hace estremecer, pero esta vez no se defiende.

—Solo porque te quiera no significa que sea bueno para ti —concluye.

Frunzo los labios y me paro a considerar lo que ha dicho.

—¿Qué es bueno para mí entonces, mamá? Tú lo sabes mejor que yo, ¿verdad? ¿Un tipo sensato que sea médico o abogado?

—No seas tonta —me dice en tono cortante—. ¿Por qué no un agente de policía, que solo lleva un arma porque…?

—Porque protege a la gente —la interrumpo—. O más bien tú consideras que protege a la gente. ¿De verdad quieres abrir ese debate ahora mismo? ¿No te das cuenta de que Zade hace lo mismo? Él rescata a personas inocentes para que no las secuestren ni las esclavicen.

Aprieta los labios en un claro gesto de desacuerdo, pero sin ninguna intención de seguir discutiendo. Es la primera vez que ocurre algo así y no espero que dure mucho.

Esta vez soy yo quien suspira. Me reclino hacia atrás en la silla.

—No quiero que discutamos sobre él porque eso no va a cambiar nada. Lo conozco mejor de lo que tú nunca lo harás y, si quieres odiarlo, estás en tu derecho. Pero hazlo donde yo no tenga que oírlo —digo con aire cansado y resolutivo.

Estoy demasiado agotada como para seguir peleándome con ella. No hacemos otra cosa, y hace más de una década que no sirve de nada.

—Vale —resopla enfadada y arrepentida—. Déjame al menos que te lleve a cenar por tu cumpleaños. ¿Qué te parece? No hablaremos de tu novio.

La miro fijamente y la tensión que siento en el pecho se alivia un poco. Sonriendo, muevo la cabeza arriba y abajo.

—Me parece bien. Voy a prepararme.

Me levanto y, mientras me dirijo a las escaleras, me dice:

—No te olvides de ponerte corrector, cariño. Lo necesitas.

7 de abril de 2022

Creo que mamá se dio cuenta de la ansiedad que me provocaba volver a estar fuera de casa. En medio de la cena, acabó por venirse abajo y comentó que debería medicarme, a lo que respondí que preferiría fumar hierba.

Por supuesto, rompió su promesa y me preguntó si Zade era el que me suministraba «la marihuana». Le dije que la que traficaba con drogas era yo lo bastante alto como para que lo oyera el camarero, así que se dedicó a masticar la comida especialmente fuerte durante toda la cena, irritada y ~~xajsh~~ avergonzada por mis bromas.

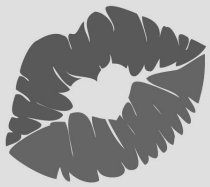
Pero la verdad es que me hizo gracia. Al final ella también se dio cuenta de lo divertido de la situación y se unió a mis carcajadas cuando el camarero escribió su número de teléfono en la cuenta.

Ella cree que quiere sexo. Yo, que intenta conseguir hierba gratis.

Bueno, y puede que sexo también. Pero hierba, seguro.

Sea como fuere, reírme me hizo bien, y me da la impresión de que en estos momentos mi madre va a dejar que me salga con la mía con tal de volver a verme sonreír.

Y el hecho de que se esté esforzando de esa manera..., bueno, me hace sonreír.



CAPÍTULO 27

El diamante



El sonido de los tacones de Francesca rebota contra el techo y hace que el corazón se me suba de golpe a la garganta. Daya mira hacia arriba, inquieta por el ruido, pero acostumbrada a las peculiaridades de Parsons Manor.

A mí, en cambio, me da un infarto silencioso. Llevo oyendo esos pasos secos desde que volví y, aunque en realidad no son los de Francesca, creo que los malvados fantasmas de esta casa saben que rondan mis pesadillas y disfrutan dándoles vida.

Cierro los puños con fuerza para aplacar los temblores mientras me devano los sesos en busca de algo que me distraiga.

—Quizá debería meterme a monja —planteo.

El comentario hace que Daya se detenga a medio servir. Está llenando un vaso de vino tinto y yo me siento… rara. Como si no pudiera estar aquí disfrutando del vino porque he asesinado a gente y he escapado de una red de tráfico sexual.

Estamos sentadas en la isla de la cocina y no puedo evitar regodearme en la nostalgia. Solo he estado fuera dos meses y medio, pero parecen años. Y, aunque se me hace raro, también me hace sentir bien. Me refiero al hecho de estar otra vez aquí con ella, bebiendo como si no hubiera pasado el tiempo.

Daya me mira y parpadea, desconcertada por mis palabras, y desliza el vaso hacia mí.

—Te quiero, pero no durarías ni un día.

—Qué falta de respeto —murmuro dándole un sorbo al vino. Su sabor amargo invade mis papilas gustativas y me hace estremecer. Me gusta que el vino sea más dulce, pero Daya solo tenía este en la nevera.

—¿Quieres meterte a monja porque no toleras que te toquen en general o porque no toleras que te toque un hombre?

Me hurgo en el padrastro de una uña.

—Cualquier hombre, por eso el entrenamiento me está resultando muy difícil. Tiene que

tocarme y, cada vez que lo hace, me entra el puto pánico y dudo entre quedarme inmóvil y ponerme hecha una furia.

Después de que Zade y yo acordáramos que íbamos a acabar juntos con la Sociedad hace un mes, sentí que algo se me removía en el pecho. Había nacido un propósito, y eso me ha ayudado a levantarme de la cama cada mañana y entrenar.

Pero no es una solución mágica para todo. Miro a Zade y sigo sintiendo todo lo que sentía después de haberme entregado a él. El magnetismo, la conexión y el amor. Me ha dado el espacio que tanto necesito, pero veo que eso lo está matando por dentro. Y, aunque me siento culpable cada vez que me alejo, a la vez siento alivio.

Sin embargo, ahora también han aparecido otros sentimientos, cosas que sé que no tienen nada que ver con él, sino con el sexo. Solo de pensarlo me entran ganas de vomitar, y ha enraizado en mí el miedo de que cada vez que Zade me muestra algún tipo de afecto vaya a derivar en eso.

Jugó un papel tan fundamental en nuestra relación antes de que me secuestraran que es difícil adiestrar a mi cerebro para que piense que va a suceder algo diferente. Zade es un ligón y, aunque no ha dejado de hacer comentarios de índole sexual, no ha hecho ni un solo intento de seducirme.

—Y entonces me enfado —continúo diciendo con el ceño fruncido mientras me bebo el merlot —. Lo ataco y le digo cosas horribles, y él se jode y las aguanta.

—Cariño, vas a tardar un tiempo en superar el trauma. Sufres de estrés postraumático, como le pasaría a cualquiera. No tengas prisa.

—Creo que sería más fácil si no estuviera enamorada de él —admito haciendo círculos con el dedo alrededor del vaso, lo que crea un sonido suave que alivia la confusión que reina en mi cabeza.

»Aún me siento atraída por él, ¿sabes? Cuando me toca, quiero disfrutarlo. Pero no puedo. Ni siquiera se ha insinuado sexualmente, pero mi mente enseguida piensa en eso y entonces vuelvo a esa casa con Xavier.

—¿Le has hablado a Zade de él?

Tomo otro trago de merlot antes de responder.

—Sí. Tras acordar que íbamos a trabajar juntos nos sentamos y se lo conté todo. Bueno…, todo no. Obvié los detalles más escabrosos. Pero él sabe los pormenores de lo que tuve que pasar y me explicó cómo me había encontrado. Comentó algo sobre una hermandad y me contó todo lo que había sucedido con Max.

La tristeza invade sus ojos verde salvia, y me doy cuenta de que se pone nerviosa porque empieza a juguetear con el aro que lleva en la nariz.

—Sí, a mí… también me salvó. De Luke.

Me acerco y le cojo la mano, apretándosela con fuerza. Zade ya me había contado lo que le había ocurrido a Daya, pero quería esperar a que fuera ella la que sacara el tema. Si entiendo de algo es de no querer revivir ciertas cosas.

Todos hemos sufrido de formas muy distintas, pero el origen de nuestro dolor es el mismo.

La Sociedad. Claire.

Daya fue el señuelo con el que me sacaron de Parsons Manor para que Rio y Rick pudieran secuestrarme. Por descontado, Luke fue el que la obligó a pasar por un infierno, pero nada de eso habría ocurrido si no fuera porque Claire le hizo creer a Max que Zade había matado a su padre y luego me señaló como objetivo. Max saltó sobre mí de inmediato, enfadado y con intención de vengarse.

—Lo siento mucho, Daya. Siento tanto que te hiciera eso… —Se me quiebra la voz al pronunciar la última palabra y un torrente inesperado de lágrimas me nubla la vista.

Daya se cubre la cara en un intento por contener las lágrimas.

—Joder, Addie —dice con poca vehemencia—. No te atrevas a hacerme llorar.

Pero es demasiado tarde: antes de terminar la frase se le escapa un sollozo. Acerco mi silla y la atraigo hacia mí para abrazarla; a la mierda mis propios demonios. Ella me rodea la cintura con los brazos y ambas damos rienda suelta a nuestras emociones.

El dolor se escapa por las grietas de nuestro abrazo; somos como dos pilares que caen a la vez, incapaces de mantenerse en pie sin el apoyo del otro.

Cuando nos separamos, tengo la cara enrojecida y llena de mocos y manchas moteadas, y sé que el rímel me resbala por las mejillas. Le he dejado a Daya babas en los mofletes, muy cerca de los círculos de maquillaje que se le han formado alrededor de los ojos. Entre lo inyectados en sangre que están y cómo contrastan con su piel marrón oscura, resaltan con un color verde claro que es casi sorprendente.

En cualquier caso, las dos estamos ridículas e inmediatamente estallamos en carcajadas, que acaban por fundirse en una nueva ronda de lágrimas. Al final, ninguna de nosotras sería capaz de decir si ríe o llora, pero de una u otra forma nos hace sentir bien.

—Ahora me duele la cabeza —digo con voz ronca secándome las lágrimas ennegrecidas. Luego cojo un pañuelo de papel y me sueno enérgicamente la nariz.

—Bebe más vino. Lo empeorará, pero al menos estarás mamada.

Me río y le doy un sorbo mientras ella también se suena la nariz.

—Por cierto, ¿dónde está Zade? —pregunta.

—Pues no lo sé. Después de la sesión de entrenamiento, se fue enseguida, dijo que tenía que ocuparse de algo. No especificó de qué se trataba, y en ese momento yo estaba demasiado sudada y mentalmente agotada como para que me importara.

Las dos nos encogemos de hombros. Quizá se había dado cuenta de que nos habíamos quedado sin papel higiénico y necesitaba reponerlo, no lo sé. Creo que, si fuera algo importante, me lo habría dicho.

Durante la hora siguiente, Daya y yo nos acabamos la botella de merlot y noto que estoy agradablemente achispada. También decido que a partir de ahora voy a tener mucho cuidado con la bebida. Me hace sentir casi demasiado bien y me niego a utilizarla como muleta.

Prefiero superar mi trauma de forma saludable. Es decir, asesinando a Claire con mis propias manos.

Estamos riéndonos de un estúpido vídeo que alguien ha colgado en las redes sociales cuando la puerta principal se abre de golpe y oímos dos voces gritarse la una a la otra.

Una es la de Zade. La otra pertenece a una chica.

Los ojos de salvia y los de caramelo se encuentran en un choque de confusión y de «¿pero qué coño…?».

Con un ligero tambaleo, me levanto y me dirijo hacia la puerta principal. Luego doy media vuelta rápidamente y corro hacia mi amiga cuando veo a quién ha traído Zade a casa.

—Daya, hay una loca en la casa. Sal corriendo.

—¡¿Qué?! —pregunta ella con tono de alarma.

—¡No me llames loca! —chilla la chica desde la entrada. Mi cuerpo responde encogiéndose. No había tenido el placer de conocerla y me parecía bien vivir la vida sin ese placer.

Con los hombros a la altura de las orejas, giro lentamente sobre mi propio eje y veo cómo Zade se me acerca; parece exhausto y molesto. Detrás de él está la chica asesina que acechaba tras los muros en Satan’s Affair.

Sibel.

—Nena, tenemos una invitada.

Observo a la chica y voy cambiado de postura, incómoda; no sé qué coño responder.

Me aclaro la garganta y me animo a decir:

—Ya lo veo.

Sibel nos mira a Daya y a mí con una amplia sonrisa. La última vez que la vi, iba vestida como una muñeca, con un maquillaje que imitaba una cara de porcelana agrietada.

Aunque lleva su cabello castaño de color chocolate recogido en coletas altas al igual que en esa ocasión, ya no va maquillada como una muñeca. Sería preciosa si la mirada desquiciada de sus ojos no distrajera tanto. Está como cuando salió en la tele tras ser detenida por asesinar a cuatro políticos.

Con Zade.

Salvo que a él nunca lo atraparon por esos asesinatos.

—Señoritas, esta es Sibby —dice Zade con aire cansado dirigiendo su mano hacia ella antes de acercarse a mi lado. Me tenso a medida que se acerca y reparto mi atención entre ver cómo se reduce el espacio entre Zade y yo, y vigilar a la loca.

Los cuatro hombres a los que asesinó no conforman ni siquiera una minúscula parte del número total de personas a las que ha matado. Estuvo en esa feria encantada durante cinco años e hizo lo que quiso. A cualquiera que considerara malvado, se lo cargaba de forma horripilante.

Yo ya he vivido suficientes experiencias con jóvenes asesinas y de verdad que no quiero más.

Sibel nos saluda animadamente con la mano y en sus ojos castaños centellea la emoción. Después se pone a echarle un vistazo a mi casa tratando de captar cada detalle de Parsons Manor.

—Vaya —dice con asombro—. Es espeluznante. Me parece perfecta. —Cuando gira la cabeza hacia mí, doy un visible respingo del que no me siento muy orgullosa—. Espero que no te importe que mis secuaces y yo nos quedemos un tiempo —dice.

—¿Hay más? —le pregunto a Zade volviéndome hacia él con las cejas arrugadas. Él suspira.

—Hay quien dice que no son reales, pero sí lo son —explica Sibel, que no parece avergonzarse lo más mínimo al admitir que ve a gente que los demás no pueden ver.

Zade me mira sonriente.

—Sibby está loca —dice.

Ella da un pisotón en el suelo y lo fulmina con la mirada.

—No estoy loca, Zade. Que tú no puedas ver lo que yo veo no significa que sea rara.

Ladeo la cabeza, completamente desconcertada por cómo ha llegado hasta aquí. Lo último que supe de ella es que estaba encerrada en un psiquiátrico a la espera de juicio.

—Se ha escapado —explica Zade al percatarse de mi cara de confusión.

—Ah —contesto yo, que no tengo ni idea de qué decir.

—Qué… ¿bien? —interviene Daya tratando de averiguar si es una buena noticia.

Zade suspira por millonésima vez.

—Sibby está en la lista de los más buscados. Se tomó la justicia por su mano —Zade hace una pausa para echarle una mirada feroz— y se fugó del psiquiátrico. Teniendo en cuenta que cargó con la culpa de algo que hicimos los dos, me pareció que lo justo era ofrecerle un lugar donde quedarse. Solo durante un tiempo.

La joven asiente una vez, como si Zade hubiera resumido perfectamente la historia de su vida.

—Voy a llevarla a mi casa. No espero que la dejes quedarse aquí…

—¡Pero esto es superespeluznante! —exclama como si esa fuera una buena razón para quedarse. Y, bueno…, en cierto modo lo es.

—… así que nos iremos pronto. Solo quería presentártela, puesto que estoy… —hace una pausa, mirándola— irremediablemente unido a ella —acaba diciendo mientras se vuelve de nuevo hacia mí—. Sin duda estoy irremediablemente unido a ella.

Sibel frunce el ceño y abre la boca para decir algo, pero Daya la interrumpe.

—Oye, un momento, ¿qué quieres decir con que «se tomó la justicia por su mano»? —pregunta lanzándole a Sibel una mirada de sospecha.

—Me cargué a mi terapeuta —contesta ella deshaciendo su sonrisa—. No era mi intención matarla. Olía a pino, así que no era un demonio. Juro que ha sido la primera y la última persona a la que he hecho daño sin que se lo mereciera.

Me quedo boquiabierta.

—Zade —susurro con creciente incomodidad. Sibel me mira; se da cuenta de que mi miedo es cada vez mayor.

—Por favor, no me temas. Hueles a las flores más maravillosas. Nunca te haría daño.

—No va a hacerte daño, nena —me tranquiliza Zade con voz calmada. Cuando levanto la vista

para mirarlo, me encuentro con unos ojos desparejados llenos de sinceridad.

—Si hubiera sabido que iba a pasar algo así, lo habría discutido primero contigo —me asegura —. Había quedado con Jay cuando se supo que Sibby había escapado. Resulta que estaba escondida por la zona. Con helicópteros y mierdas por todas partes. Fui a buscarla y me la encontré intentando meterse en una alcantarilla. Tomé la decisión en una décima de segundo.

—Vale —digo ofreciéndole una sonrisa tensa para hacerle saber que no estoy enfadada. A pesar de que la presencia de Sibel es un poco desconcertante, entiendo por qué Zade decidió ayudarla.

Ella asumió toda la culpa de lo que ambos habían hecho y nunca lo delató. Muy poca gente haría algo así, sobre todo cuando no te deben nada. Y eso merece todo mi respeto.

Sibel levanta un perverso cuchillo rosa.

—¡Y ha recuperado mi cuchillo! La policía se lo había quedado porque era el arma homicida y Zade lo sacó de allí.

—El tema la estaba volviendo loca, en el sentido estricto de la palabra, así que no me quedó otra opción —aclara en tono cortante.

Ella se encoge de hombros, contenta por haber recuperado su cuchillo de una manera o de otra.

La miro fijamente y le doy vueltas a una idea que se me ha ocurrido. Estoy un poco indecisa, pero creo que sería más fácil para Zade estar solo en un sitio. Prácticamente se ha mudado a vivir conmigo y, por extraño que parezca, ha sido muy reconfortante. Mi parte más egoísta no quiere renunciar a eso.

—Aquí hay espacio de sobra. Sibel puede quedarse.

Ella da un grito muy fuerte y se pone a saltar de puntillas y a aplaudir como una niña pequeña. Su reacción me hace sentir un poco mejor, pero solo porque me parece tierna.

—Mis amigos me llaman Sibby —dice y, por la ansiosa expresión de su cara, me da la impresión de que espera que la considere como tal.

—O cazademonios —añade Zade. Ella le responde con una mirada insolente.

—Vale, Sibby. Bienvenida… a casa.

Vuelve hacia mí sus oscuros ojos, que irradian pura alegría. Una amplia sonrisa se apodera de su rostro y, cuando reanuda sus saltitos, calma un poco más mi desasosiego.

—Addie, no tienes por qué hacerlo.

Hago un gesto con la mano.

—No pasa nada. Ha dicho que no va a hacernos daño y, si tú confías en ella, para mí es suficiente.

Parece que quiere besarme, así que me pongo un poco nerviosa, pero enseguida suaviza su expresión y me brinda una sonrisa sencilla y agradecida.

—Se irá en cuanto tú quieras. Sin preguntas. —A Sibby no parece gustarle demasiado oír eso, por la forma en la que deja de saltar y lo mira, pero está claro que a Zade le importa una mierda.

Asiento con la cabeza y suelto la tensión que aún albergaba.

—Sibby lucha muy bien. En parte porque…

—No estoy loca —interrumpe ella entornando los ojos.

Zade le echa una mirada que dice «sí, vale, y yo soy Jackie Chan».

—En cualquier caso, sabe luchar. Podría ayudarte con el entrenamiento.

Mi corazón se ablanda al oír lo que no dice.

«No soportas que te toque, así que aquí tienes a alguien que puede darte lo que yo no puedo».

—Gracias —susurro. Ahora más que nunca, estoy frustrada conmigo misma. Acepto su oferta porque reconozco que no es algo que vaya a cambiar de la noche a la mañana. Pero juro esforzarme más para poder darle a Zade también lo que se merece.

Todo mi ser.



Zade deja caer una bolsa de hielo sobre mis hombros y yo gimo, tanto por lo helada que está como por lo bien que me sienta. El entrenamiento ha hecho mella en mi cuerpo, pero también en el mejor de los sentidos. Estoy más fuerte que nunca y esa sensación es adictiva.

Desde que llegó Sibby, hace un par de semanas, he mejorado mucho. Es más pequeña que Zade y se mueve con mayor rapidez que él, además de que es bastante más impredecible.

Llevamos varias horas sentados alrededor de la isla de mi cocina, analizando cómo sacar a Claire de su escondite. Ella también desapareció, igual que todos los que estaban en la casa de Francesca. Y, ahora que estoy con Zade, no hay nada en el mundo que pueda impedirle encontrarla.

Zade cree que la mejor forma de localizarla es a través de su abogado, Jimmy Lynch. Lleva veintisiete años trabajando para Claire y su difunto marido, lo que lo convierte en un amigo de confianza.

A él también le gustan los niños.

La semana pasada Zade le hackeó el teléfono y pudo comprobar las ingentes cantidades de pornografía infantil que se había descargado. Empezó a poner anuncios en los sitios porno que Jimmy utilizaba con la esperanza de que mordiera el anzuelo. Como cabía esperar, lo hizo, tanto en su teléfono como en su portátil, a lo largo de tres días.

Se trataba de un virus que, por supuesto, había diseñado Zade y que, sin que Jimmy lo supiera, se liberó en sus dispositivos en cuanto hizo clic en el anuncio. En cuestión de segundos, Zade fue capaz de infiltrarse en sus sistemas e implementar *software* espía en ellos.

A partir de ahí, observó las interacciones por correo electrónico entre él y Claire. Aunque barajó la opción de meter un virus en el ordenador de Claire a través de un correo electrónico de suplantación de identidad, ella es demasiado inteligente para caer en eso, así que la única

alternativa de Zade es manipularla para que introduzca un USB con el virus en su portátil. Y la mejor manera que tenemos de conseguirlo es crear una demanda masiva contra ella. Es muy común que los abogados transmitan información a través de memorias USB, sobre todo si hay una gran cantidad de pruebas en su contra.

Por desgracia para Claire, desde que se escondió ha despedido a muchos de los empleados que trabajaban en la finca. Personal de limpieza, un par de chefs y un jardinero. Parece evidente que no tiene pensado volver a su mansión… ni conservarla.

Zade ha dedicado la última semana a ponerse en contacto con esos trabajadores; les ha preguntado por sus experiencias en la casa y, en última instancia, los ha animado a demandar a Claire por acoso laboral y agresión.

A cambio, Zade les ofrecerá protección y dinero. Por suerte, todos han aceptado. Y es que, francamente, la falta de seguridad y de recursos era lo único que los mantenía en silencio. Mark agredió sexualmente a muchas de las empleadas y amenazó con hacerles daño a ellas y a sus familias si hablaban. Y Claire, por su parte, cometía abusos físicos y era propensa a ponerse violenta cuando algo no cumplía sus estándares.

Ya han presentado las demandas, así que mañana pondremos en marcha la segunda fase del plan y sustituiremos las memorias USB de Jimmy por las de Zade.

Una vez que Zade tenga acceso al portátil de Claire, la vigilará durante un tiempo. Nosotros, entretanto, nos centraremos en nuestro otro objetivo.

—Francesca y Rocco son unas serpientes viscosas —nos comunica Daya con mirada iracunda mientras sus dedos vuelan sobre el teclado—. Y Xavier es un cobarde.

Daya nos está ayudando a localizar a mis antiguos captores —y violadores— mientras Jay sigue concentrado en Claire.

—La imagen del satélite mostraba una camioneta roja aparcada en la entrada a nombre de Rocco. ¿No la hemos vuelto a ver? —pregunta Zade añadiendo más cheddar rallado a los macarrones antes de volver a meter la olla en el horno para que estén crujientes. Verlo hacer algo tan doméstico me resulta… extraño.

Nunca pensé que vería a un acosador y asesino profesional con unas manoplas para el horno, pero ahí está… Si además llevara un delantal, estaría convencida de que me he caído por una madriguera y me he golpeado la cabeza con la raíz de un árbol.

Mierda, creo que eso ya ha ocurrido, porque ahora no dejo de imaginarme a Zade ataviado únicamente con un delantal. Lo que no debería ser muy tentador…, pero lo es.

—Encontramos la camioneta abandonada en el norte de California. Luego le perdimos la pista —responde Daya salvándome sin saberlo de adentrarme en ese peligroso camino. Tengo la sensación de que la fantasía solo se habría vuelto más extraña.

—¿No hay ninguna cámara callejera cerca? —pregunto.

—Nop —responde ella marcando el sonido de la «p»—. Si han llegado hasta aquí no ha sido por pura suerte. Saben cómo evitar las cámaras. Me imagino que a estas alturas ya habrán

abandonado también el coche al que se cambiaron.

Zade asiente; guarda silencio mientras procesa la información. Desde aquí puedo ver cómo giran sus engranajes internos.

—Como podemos suponer que están conduciendo, empieza por echar un vistazo a las cámaras de las gasolineras que hay por los alrededores. Te llevará mucho tiempo, pero comprueba a cualquiera que te parezca sospechoso. Es posible que se queden escondidos en el coche y usen un señuelo para que les eche gasolina y pague por ellos. Pondré a algunos más de mis hombres a ayudarte. Y, aunque probablemente solo paguen en efectivo, no está de más verificar si también han utilizado tarjetas de crédito.

—En algún momento Francesca tendrá que usar el baño —añado—. A ver, sinceramente, no me la imagino en cuclillas en una cuneta o usando un baño portátil. Así que estaría bien emplear el reconocimiento facial.

—Estaría bien —concuerda Zade al tiempo que me dedica una pequeña sonrisa. Reprimo el orgullo que quiere apoderarse de todo mi cuerpo. La feminista que llevo dentro no necesita la aprobación de ningún hombre.

—Se puede configurar un bot de reconocimiento facial que nos avise si alguna cámara la detecta. Ya sea de restaurantes, tiendas o gasolineras. Pero no podemos fiarnos de él porque, aunque lo más probable es que a quien veamos en público sea a Francesca, ella también cuenta con la ventaja de que sabe disfrazarse mejor que los hombres. El reconocimiento facial es avanzado, pero no infalible.

Inclino la cabeza de un lado a otro en un gesto que indica «tienes razón».

—Si alguien sabe maquillarse, es ella —admito—. Tiene mucha práctica en dar vida a los muertos, tanto con su propio rostro como con el de las chicas que retuvo como prisioneras.

Las manos de Daya continúan volando mientras ejecuta las indicaciones de Zade sin vacilar.

Sibby tiene la barbilla apoyada en una mano y tamborilea con los dedos sobre la mesa con la otra, claramente aburrida. Le interesa más la acción que todo lo que tenga que ver con hacer planes.

—Yo localizaré a Xavier Delano —dice Zade lanzándome una mirada cargada de intención—. Creo que será fácil de encontrar. Me da la sensación de que no es tan listo como los demás a la hora de cubrir sus huellas.

—Eso sería tremendamente egocéntrico por su parte. Ni que no supiera que Z y yo…, hum…, estábamos juntos… o como quieras llamarlo. —Zade sonríe ante mi vacilación. Pongo los ojos en blanco, con la intención de ignorarlo, pero entonces Daya me traiciona y resopla mientras me mira con expresión divertida.

Gilipollas.

Todos ellos.

—Dejadme en paz —les digo—. No sé qué etiqueta ponerle.

—¿«Follamigo»? —propone Daya; aunque no suena del todo bien. El ceño fruncido de Zade

indica que piensa lo mismo.

—¡«Amante»! —aporta Sibby alegremente.

Tuerzo el labio con asco. No soporto esa etiqueta.

—¡Ah, «admirador»! —dice Daya chasqueando los dedos como si hubiera dado en el clavo.

—«Un amor verdadero» —suspira Sibby con nostalgia. Luego se vuelve hacia un lado, como si estuviera escuchando algo y pone los ojos en blanco—. Vale, «cinco amores verdaderos».

Miro alternativamente a esas dos idiotas mientras van soltando palabras que podrían definir mi relación con Zade.

—¿Y simplemente «acosador»? —interrumpo secamente.

—Vamos, nena, no es así como me llamabas cuando gritab…

—Cállate si no quieres que empiece a gritar los nombres de otros hombres; te garantizo que no me hace falta tener tu polla cerca para hacerlo.

El desafío le centellea en los ojos, señal de que esta conversación está cayendo rápidamente en picado.

—¿De verdad quieres provocar una extinción masiva por unos nombres? Grítalos, ratoncita, te reto. Elijas los que elijas, ya no existirá ni un puto hombre llamado así. ¿Qué tal si empezamos con «Chad»? Seguro que podemos vivir sin los «Chad» que hay en el mundo.

Me quedo con la boca abierta.

—Eres tan… excesivo.

Se encoge de hombros y se da la vuelta para sacar los macarrones con queso del horno.

—Eso no cambia nada, joder.

Vuelvo a fijar los ojos en los de Daya, que los tiene tan abiertos como los míos. La miro como diciendo «¿ves lo que tengo que aguantar?», a lo que ella responde «buena suerte, hermanita de la caridad».

Dirijo la vista hacia Sibby y veo que tiene la mirada perdida y le susurra a uno de sus secuaces cómo utilizar los polos del congelador de formas insalubres.

Por Dios. No vivo más que con psicópatas.

Ya lo sabía, pero no me jodas.

«Oye, Dios, ¿te importaría enviarme algún medicamento que arreglara el nefasto trabajo que has hecho con estas dos almas dementes?».

Sacudo la cabeza y me giro hacia Zade, que está sirviendo los macarrones con queso en varios platos, junto con los filetes que ha cocinado a la parrilla. Eso fue algo que me sorprendió de Zade: cocina de puta madre.

—¿Cuánto crees que tardaremos en localizar a Xavier?

—Depende de lo accesible que sea. Podría encontrarlo en una hora, pero si se ha ido a una isla remota y ha apostado a un ejército a su alrededor, tardaría algo más en llegar hasta él. Ten en cuenta que este hombre es absurdamente rico y no tiene nada mejor en lo que gastarse el dinero, así que podría ser del todo posible.

Echo a un lado la cabeza con curiosidad.

—¿Más rico que tú?

—Desde luego. A mí no me interesa acumular más de lo necesario. El dinero es una ilusión, y muy poderosa. Convierte a los hombres en gilipollas endebles que no muestran ninguna consideración real por la vida humana, salvo por la suya propia. Xavier usará su dinero para protegerse. Básicamente porque es un cabroncete y, bueno… —me observa con una sonrisa salvaje—, porque doy bastante miedo, joder.

Cuando sirve la cena, me deja para el final. Se me eriza el vello de la nuca y el cuerpo se me acalora a medida que se aproxima. Al ponerme el plato delante, se cierne sobre mí y me hunde su calor bajo la piel. Entonces se inclina y me provoca un cortocircuito en el cerebro. Soy incapaz de decidir si quiero abrazar la oscuridad o huir de ella.

Su aliento caliente me recorre la oreja mientras susurra:

—Nena, además de dar miedo, estoy muy muy enfadado. Y, cuando estoy enfadado, acaban rezando por irse al infierno.

Un escalofrío me recorre la espalda, y la piel de gallina se propaga por mi cuerpo como la peste negra. Inclino la cabeza hacia él y lo miro a los ojos. El corazón se me sube a la garganta y me palpita erráticamente en el cuello mientras una tensión tangible circula por el espacio que nos separa.

En contra de mi buen juicio, deslizo los ojos hacia su boca, lo que hace que aumente la tensión. Él se pasa deliberadamente la lengua por el labio, y mi mirada, como si fuera un imán, se queda pegada a ese acto lento y pecaminoso.

Cuando vuelvo a mirarlo a los ojos, tengo la boca entreabierta y mis pulmones se han quedado sin oxígeno.

—Odio interrumpir este precioso momento, pero Sibby se está quitando la ropa.

La voz de Daya me saca de golpe del trance en el que Zade me había metido y, casi con violencia, vuelvo la cabeza hacia Sibby.

En efecto, está en proceso de quitarse las medias de color verde neón.

—¡Sibby! —grito exasperada—. ¡Deja de quitarte la ropa, no vamos a hacer una puta orgía!

28 de abril de 2022

No quiero ser dramática, pero prefiero volver a ver cómo Rocco mata a una prostituta que oír a Sibby follar con sus secuaces. Creo que me molesta porque es muy libre en el sexo y yo... no. Al menos ahora.

Me hace recordar lo rota que estoy.

Joder, quizá porque estaba en una casa donde mataban prostitutas.

La mujer le rozó la polla con los dientes sin querer. Murió por eso. Nos estaban dando una clase y, esta vez, teníamos que aprender a complacer a nuestros amos con otras mujeres. Había que aprender a «trabajar en equipo». Traían a prostitutas continuamente para que nos enseñaran cosas, pero esta estaba asustada. Se dio cuenta de lo que pasaba y no pudo evitar que le castañearan los dientes.

Le estaba haciendo una mamada a Rocco y un segundo después tenía los dientes literalmente en el puto suelo. Él la había pegado tan fuerte que le había sacado los dos dientes delanteros. Como es lógico, EVIDENTEMENTE, le salía sangre por la boca y algo de sangre cayó sobre él, lo que lo puso aún más furioso.

De repente sacó una pistola y le pegó un tiro en la cabeza.

Quería que enterráramos el cuerpo, pero Francesca intervino y dijo que no podíamos tener ampollas en las manos. Muy considerado por su parte.



CAPÍTULO 28

El cazador



Me aprieto el puente de la nariz con los dedos y me pregunto cuánto Tylenol voy a necesitar para acabar con el dolor de cabeza que me está provocando Sibby.

Ahora mismo se encuentra en medio de una puta discusión.

Con ella misma.

—Mortis, ya te lo he dicho, la policía me busca por todas partes. No podemos salir a dar un paseo ni estar un rato a solas, ¡estamos atrapados!

Se queda callada mientras escucha lo que sea que su novio imaginario le esté diciendo.

Se le escapa un sonido de disgusto.

—Yo también echo de menos esas cosas, pero la situación es la que es. Timmy, ¡deja de intentar quitarme la ropa delante de Zade!

—Si haces eso, de verdad que voy a perder el control —le digo echándole una mirada asesina. De todas formas, ya estoy a dos segundos de perderlo. Ella clava sus ojos llenos de inocencia en los míos.

—¡No es culpa mía! —chilla. Señala con el dedo un punto inespecífico, supuestamente donde ella cree que se encuentra el culpable—. La culpa es de él.

Gruño y me froto la cara bruscamente con las manos. La discusión comenzó porque Sibby quería ser quien colocara las memorias USB en el despacho de Jimmy Lynch. Tan solo le recordé que nadie debía verla, y la conversación tomó otro rumbo.

Al parecer, sus secuaces pretendían ir a un puto sex shop que estaba a unas manzanas del despacho de Jimmy. Le dije que no, y aquí estamos.

Conocer su realidad, en la que cree sin reservas que sus secuaces son reales a pesar de que la gente le dice que no existen, resulta tan fascinante como triste.

Sé que su infancia fue horrible, tanto como para crear personas que le hicieran compañía y la ayudaran a superar unas circunstancias tan increíblemente difíciles. No es más que una chica cuya única referencia del mundo es una secta diabólica vagando sin rumbo por una ciudad

extraña, completamente sola.

Su cerebro trataba de protegerse a sí mismo, y así nacieron los secuaces.

—Hoy hace frío. Podemos abrigarte con ropa de invierno para que nadie te reconozca —razono con ella—. Pero no puedes ir a ningún otro sitio. Nada de desvíos. Ni de paradas en boxes. Nada. A menos que quieras acabar de nuevo en el psiquiátrico.

Se pone a mirar a lo lejos.

—¿Has oído, Mortis? Así que no intentes convencerme para que me porte mal. O me encerrarán otra vez y no volverás a verme en toda tu vida.

Debe de estar de acuerdo con ella porque se vuelve hacia mí con una sonrisa de satisfacción en la cara.

—Todos conformes. No te preocupes, Zade. Puedes confiar en mí.

—¿Sabes qué? Te creo, cazademonios.

Me responde con una sonrisa que le ilumina toda la cara. Y entonces me doy cuenta de que Sibby es una chica preciosa.

De verdad espero que algún día encuentre algo real.



—Joder, estás ridícula —afirmo con aspereza mientras la observo con aire crítico.

Ella me mira como si la hubiera herido con mis propias manos.

—¿Por qué? —pregunta llevando la vista a su atuendo.

Parece un puto pastel de Cheetos, pero de color rosa neón. Va envuelta en varias capas de ropa, con un enorme anorak acolchado tres tallas más grande que le llega hasta los tobillos y apenas oculta las botas de lluvia amarillas de lunares. Para colmo, ha vuelto a maquillarse, aunque ha evitado el *look* de muñeca rota. Supongo que la herida era demasiado reciente. Por suerte, Addie le ha estado enseñando a hacerlo correctamente y, si no fuera por la monstruosidad de su indumentaria, no estaría tan mal.

Dejé que Sibby hiciera algunas compras online poco después de su llegada, y resulta que no tiene ni idea de qué talla lleva ni de cómo vestirse.

Hasta ahora solo se había puesto la ropa que le proporcionaba su padre y los disfraces que encontraba en las casas de Satan’s Affair. Así que se limitó a pedir un montón de mierdas al azar en la primera talla que se le ocurría, y la mayor parte no le queda bien.

Sibby es diminuta. Mide cerca de un metro y medio, y tiene muy poca carne en los huesos. Addie me mira; ambos tenemos cara de arrepentirnos por no haberla vigilado mientras compraba.

—Es que todo el mundo se va a fijar en ti. Se supone que tienes que pasar desapercibida, no ir por ahí como un elefante en una cacharrería.

Frunce el ceño.

—¿Estás diciendo que parezco un elefante?

Addie se muerde el labio.

—Vamos a intercambiar las chaquetas. Sibby, puedes ponerte la mía.

Ella refunfuña, pero al final se la cambia. Addie se coloca el anorak rosa fucsia y se sube la cremallera, pero la prenda no le queda mejor que a Sibby. La sonrisa que se me dibuja en la cara casi se me borra de golpe en el instante en el que Addie la descubre.

Me señala con el dedo y el anorak hace frufrú con el movimiento.

—Te voy a reventar…

—Es mono, nena —le digo, y luego amplío la sonrisa cuando ella entorna los ojos y me clava una mirada que promete muerte y destrucción.

Me encantaría ver cómo lo intenta.

Cojo un gorro negro y se lo pongo a Sibby en la cabeza y luego le envuelvo el cuello con un grueso pañuelo negro que le cubre la parte inferior de la cara. Me siento como un padre que viste a su hija.

Pese a estar en busca y captura, ella es la menos reconocible, aparte de Daya. Y, aunque preferiría que se encargara la mejor amiga de Addie, a Sibby le hacía mucha ilusión ser útil. Ha estado encerrada en la mansión durante un mes y se ha vuelto aún más loca de lo que ya estaba.

Era fundamental sacarla de casa antes de que lo mandara todo a la mierda y se follara sin ningún pudor a sus secuaces imaginarios sobre la mesa del comedor. Ya estuvo a punto de hacerlo, y Addie y yo quedamos profundamente traumatizados por el suceso.

Le doy un auricular *bluetooth*, la enseño a usarlo y suspiro cuando me pregunta si le puedo dar otro a cada uno de sus secuaces. Dice que se van a preocupar si no oyen lo que pasa.

—Sabes que no pueden venir todos, ¿no? —le recuerdo. Ella tuerce los labios y mueve arriba y abajo la cabeza.

—Esta vez vendrán Mortis y Jackal. Así que solo lo necesitarán ellos.

Le doy el gusto y le entrego dos más, que ella se apresura a pasarle al vacío, con lo que los dispositivos caen al suelo. Tengo que acordarme de recogerlos cuando no me vea.

Ella sonríe, satisfecha, y yo me dispongo a colocarle la cámara corporal. La engancho a su abrigo y la ajusto para asegurarme de que está en un buen ángulo.

—Esto no lo toques. Necesito ver todo lo que haces. Yo te iré guiando a través del auricular del oído, así que escúchame cuando te hable —le explico con firmeza.

Hace un gesto con la mano y suelta una risita.

—Ya lo sé. No te preocupes, Zade. Te prometo que no voy a salir corriendo.

—Ni a asesinar a nadie —refunfuña Addie junto a mí.

Sibby mira a Addie.

—Si me encuentro a un demonio, dejaré que se vaya. Puedo sacrificar cargarme a uno o dos si eso nos ayuda a acabar con el más grande de todos.

Con eso me basta. Siempre que me haga caso.

Cuando estamos listos para irnos, Addie se sienta a mi lado en el asiento del copiloto y conducimos hasta el despacho de Jimmy, del que aparcamos a un par de manzanas. Sibby tendrá que caminar el resto del trayecto, y esta es la parte que más me preocupa. Va muy tapada y apenas se la reconoce bajo tantas prendas, pero no hay duda de que Sibby es bastante… singular.

Lo que demuestra en cuanto sale del asiento trasero, da un portazo y empieza a dar saltitos por la acera como una puta bufona.

Suelto un gruñido, giro el portátil hacia mí y abro la imagen en directo de su cámara corporal. Addie se inclina a mi lado para ver mejor la pantalla y me envuelve en su dulce aroma a jazmín. Inhalo profundamente y me siento tentado de darle un mordisco porque huele de maravilla.

Pronto. Lo haré pronto.

Su rostro se debate entre la risa y la preocupación.

La preocupación puede ser por la misión o por el estado mental de Sibby, es difícil saberlo.

Sin embargo, Addie se ha ablandado con Sibby. Aunque sigue desconfiando de ella, que es lo más inteligente que puede hacer, creo que ve a Sibby tal y como es: una chica perdida en busca de amor y amistad. Incluso cuando habla con sus secuaces o se enfada de forma irracional porque me he comido la última tartaleta rellena —que, por cierto, yo mismo compré—, es dulce, increíblemente leal y bastante divertida.

Todavía no sé qué cojones vamos a hacer con ella, pero lo averiguaré en cuanto me haya ocupado de Claire.

Sibby sigue saltando por la Quinta Avenida y es objeto de miradas que van desde «veo esta mierda todos los días» hasta «estoy harto de ver esta mierda todos los días». No le perturba ni lo más mínimo recibir atención negativa.

Supongo que está acostumbrada.

Por fin llega a la manzana donde se encuentra el despacho de Jimmy. En lugar de seguir recto, gira a la derecha y se dirige hacia una calle lateral para poder acceder al despacho por la entrada posterior.

No hay muchos viandantes en esa zona, por lo que es menos probable que la pillen.

Cuando llega a la puerta, se detiene, a la espera de oír mi señal. Los dispositivos de alarma de Jimmy son muy eficaces contra adolescentes rebeldes, pero para mí es como romper una galletita salada. Su sistema de defensa se desmorona bajo mis dedos y, en menos de diez segundos, le doy luz verde a Sibby.

Ella se agacha y empieza a forzar la cerradura, que cede rápidamente y le permite abrir la puerta instantes después.

El edificio de oficinas no es muy grande y yo ya tengo los planos en la pantalla del ordenador.

—Gira a la izquierda —le digo cuando llega a un punto sin salida. Ella hace lo que le pido y se adentra por un corto pasillo hasta llegar a la recepción.

El repugnantemente enorme escritorio de madera situado justo en el centro de la sala está

vacío, pero tiene escrito el nombre de Jimmy en la parte frontal. Por si alguien se pierde y no sabe dónde está, supongo.

La sala es extravagante. Suelos de baldosas blancas brillantes, paredes grises y plantas colocadas por toda la habitación para darle vida.

—Sigue hasta dejar atrás el escritorio. ¿Ves esa puerta con el nombre de Jimmy en la placa? Ese es su despacho.

—Pero su nombre está por todo el edificio, ¿no? —se queja. Addie resopla detrás de mí; está escuchando la llamada con su propio auricular *bluetooth*.

Sibby zarandea la puerta, pero se da cuenta de que está cerrada y el pomo no tiene cerradura.

—Dame un segundo —digo abriendo mi programa para comprobar el sistema de seguridad del edificio. La puerta tiene una cerradura automática que solo se puede abrir mediante la aplicación de su teléfono.

Pongo los ojos en blanco. Estas porquerías son de mal gusto, además de un derroche de dinero. Suelen ser sistemas de seguridad de lujo que parecen avanzados, aunque en realidad resulta facilísimo hackear la aplicación y abrir la puerta.

Es patético, pero me beneficia.

—Está abierta —confirmo.

Rápidamente, entra en la habitación y cierra la puerta tras ella.

—¿Es seguro encender la luz? —pregunta con la voz algo apagada a causa de la bufanda.

—Sí, pero usa la linterna que te di —le digo. El despacho da a la parte trasera del edificio, y toda precaución es poca.

Ahora mismo está cenando con unos compañeros de trabajo y va camino de emborracharse con un whisky por el que ha pagado demasiado. Tengo a Daya vigilándolo mientras me aseguro de que Sibby no se lleve sorpresas inesperadas. Basta con que aparezca un empleado porque se ha olvidado algo.

Enciende la linterna y nos revela el ostentoso despacho de Jimmy.

—¿En serio tiene su nombre grabado en su propio escritorio? —pregunta Addie a mi lado con tono seco.

—A lo mejor es un jefe proactivo y ha ido dejando recordatorios por todas partes por si alguien desarrolla alzhéimer precoz y se olvida de su nombre.

—Creo que eso sería una bendición si me viera obligada a trabajar para él.

Sibby avanza por el despacho mientras mira los distintos archivadores que hay a su alrededor.

—¿Dónde guarda los rotuladores? —pregunta. Addie suelta otro bufido.

—Lápices, lápices de memoria —corrijo; aunque ni siquiera sé por qué me molesto. Le he dicho cómo se llaman un millón de veces y sigue nombrándolos así.

»Podrían estar en su escritorio. Lleva su nombre, por si dudas acerca de dónde está.

—Tonto, no lo dudo —dice Sibby entre risas.

Addie y yo nos miramos sonriendo. No siempre pilla el sarcasmo.

Vemos cómo Sibby se acerca al escritorio: la madera de cerezo está reluciente y no hay ni una mota de polvo a la vista.

Encima, todo está perfectamente ordenado y colocado en líneas rectas. O Jimmy o alguien del personal de limpieza tiene TOC.

Tira del cajón de arriba y gime dramáticamente cuando ve que no se abre.

—¿Cierra sus propios cajones? —se queja.

—Tan solo tienes que forzar la cerradura —le digo con calma rezando para que no le dé una rabieta y se ponga a apuñalar la silla de cuero del ordenador con el abrecartas.

Lanza un suspiro y rebusca en el bolsillo de la chaqueta hasta que saca su kit y se pone manos a la obra, todo ello sin dejar de refunfuñar.

Tarda quince segundos en abrirlo, y estoy tentado de preguntarle si al final ha sido para tanto. Pero prefiero no arriesgarme a que se enfade. Ya se han roto bastantes platos durante el último mes de forma innecesaria. No tiene ni idea de cómo regular sus emociones, aunque he estado trabajando ese problema con ella.

Al abrir el cajón encuentra una cestita llena de memorias USB y cumple con su cometido de sustituirlas por las mías mientras se mete las de Jimmy en el bolsillo del abrigo. Más tarde las revisaré en un portátil de repuesto para ver si contienen algo de valor.

A mi lado, Addie se baja la cremallera del anorak tan rápido que casi se la arranca mientras un hilo de sudor le desciende por la frente. Me observa y se cruza de brazos.

—No pares por mí, ratoncita.

—Tengo la sensación de que estás haciendo que haga mucho calor aquí a propósito —refunfuña inclinándose hacia delante para bajar la calefacción.

—Si quisiera desnudarte, te quitaría la ropa yo mismo.

Arquea una ceja.

—¿Estás diciendo que ahora no quieres que me la quite?

Curvo las comisuras de los labios y me aseguro de recorrerle el cuerpo lenta y ardientemente con la mirada. Si piensa que el coche hace que le suba en exceso la temperatura, voy a demostrarle lo caliente que la puedo poner tan solo echándole un vistazo.

Se sonroja y un intenso color rojo le tiñe las mejillas al moverse, mientras aprieta sus firmes muslos. La polla se me endurece dolorosamente en los vaqueros cuando me los imagino envueltos alrededor de mi cabeza. A ella le gusta intentar asfixiarme con ellos, pero yo moriría con gusto entre sus piernas.

—Deja de comportarte de forma inapropiada —suelta con sus ojos de color caramelo abiertos como platos.

Es tan endemoniadamente guapa que duele. Sobre todo, cuando se enfada.

—Imposible —murmuro, pero de momento la dejo en paz y me centro de nuevo en la pantalla.

Sibby vuelve a colocar la cestita de lápices USB en el cajón, que empuja suavemente hacia dentro y vuelve a cerrar con las ganzúas. Después se dirige hacia la puerta.

—¿Necesitas que te lleve algo más? —pregunta. Antes de que pueda decir nada, gruñe—: Jackal, deja de tocarlo todo. Nos vas a meter en un lío.

—Sibby, céntrate —le digo.

—Lo siento —murmura tras sisearle otra exigencia a Jackal. En realidad, nadie está tocando nada, pero, si Sibby cree que sí, podría tratar de arreglarlo y acabar descolocando algo de verdad.

Es de suma importancia que Jimmy no se dé cuenta de que alguien ha estado en su despacho, más aún cuando lo tiene tan ordenado. Podría ponerse paranoico y evitar usar las memorias USB.

Borraré por completo las imágenes de las cámaras, pero no es tan fácil borrar pruebas físicas.

—Lo has hecho muy bien, Sibby. Sal de la habitación. No toques nada más.

—Yo no he tocado nada que no debiera… Sí, Jackal, me estoy chivando. Tú eres el que se comporta como un idiota.

Addie reprime una sonrisa, y decido que, aunque Sibby es un verdadero incordio, es buena para Addie. Hace que todos nos sintamos un poco más… normales.

Sibby sale del edificio sin ningún problema, hasta que dobla la esquina y se choca contra el pecho de alguien.

La cámara corporal se cae, sale rodando y cuando se detiene solo se ve la acera.

—¿Sibby? —pregunto con el corazón a mil por hora. Su cara está por todo el país. Canales de noticias, redes sociales… Si esta persona la reconoce, estamos jodidos.

—Uy, mierda —dice el tipo con voz apagada—. ¿Se encuentra bien, señorita?

—Me has hecho mucho daño —gimotea Sibby—. Pero hueles como un árbol de bayas, así que lo voy a pasar por alto.

—Oh, no —susurra Addie—. Sibby, no puedes decir esas cosas. Se ha hecho público que asocias a tus víctimas con el olor.

Sibby se calla, lo que nos permite oír claramente la respuesta del hombre.

—Qué afirmación tan rara.

—Es que soy un bicho raro —dice Sibby con una risa forzada. Por el gruñido y el ruido que hace, debe de estar ayudándola a levantarse.

—Gracias por su ayuda —dice ella con un deje de nerviosismo en el tono.

—Claro, sin problema. Supongo que la próxima vez debería mirar por dónde voy —responde amablemente. Parte de la ansiedad que se aferra a mi pecho disminuye hasta que le oigo hablar de nuevo.

—Oye, ¿te conozco de algo?

—No, acabo de llegar a la ciudad —contesta Sibby. Su voz se vuelve más grave.

—Tranquila —dice Addie en voz baja.

—Perdona, pero tu cara me suena mucho. ¿No tienes familia por aquí?

—Soy de la Costa Este, tonto. Tengo que irme, ¡hasta luego!

—No te vayas muy rápido —le digo.

—Todavía me está mirando —informa ella con la respiración agitada—. Probablemente

Mortis lo ha asustado. La gente no los mira con buenos ojos fuera de las casas encantadas. No está acostumbrada al maquillaje y a todo lo demás.

—Estoy segura de que Mortis lo ha hecho bien —asegura Addie mirando fijamente al ordenador, a pesar de que la cámara se ha quedado atrás.

Por suerte, no tarda más que unos instantes en llegar al coche. Abre la puerta de golpe y entra a toda prisa en el asiento posterior con un suspiro de alivio.

No pierdo el tiempo y salgo rápidamente de la plaza de aparcamiento. Durante varios minutos de tensión, todo está tranquilo. Sin embargo, como es típico en Seattle, estamos metidos hasta el cuello en un atasco e incluso avanzar un par de manzanas me lleva más tiempo del que me gustaría. Justo cuando Addie deja ir un suspiro de alivio, convencida de que estamos a salvo, se oye la sirena de un coche de policía dos manzanas más abajo, seguida de unas luces parpadeantes.

—Mierda —murmuro con la certeza de que viene a por nosotros. Estamos atrapados entre los coches, pero los demás vehículos ya empiezan a apartarse hacia los laterales para dejar paso a la policía.

Joder, aquel hombre la reconoció. Debió de llamar a las autoridades en cuanto ella se fue. Y seguramente dio la casualidad de que había un agente demasiado cerca.

—Puede que no sepan en qué coche se metió —asegura Addie, aunque su voz delata sus nervios.

En cuanto acaba de pronunciar estas palabras, la voz del policía resuena con estruendo desde el altavoz mientras nombra la marca y el modelo de mi coche y exige que me detenga.

—Vale, no he dicho nada —recula ella con tono temeroso. La observo y noto cómo aprieta de nuevo los muslos y los pezones se le endurecen bajo la camiseta de manga larga. Se puede palpar el terror en su rostro y el sudor le perla el nacimiento del cabello.

Su cuerpo responde al miedo como el metal a la electricidad. Cuando está a merced de las corrientes, cobra vida.

Sonrío, pero mantengo la boca cerrada, más que nada porque Sibby está en el asiento trasero y un policía se está acercando y me va a tocar bien los cojones. Necesito concentrarme y tengo la sensación de que Addie va a poner a prueba mi disciplina.

No es la primera vez que participo en una persecución entre vehículos, pero sí que es la primera en la que también tengo que preocuparme por la vida de otra persona.

—Agárrense, señoritas —digo. El coche de policía ya casi se me echa encima y sigue dando órdenes a gritos por el altavoz.

Me tomo un segundo para mirar a ambos lados antes de girar repentinamente el vehículo en U y pisar el acelerador.

El coche de policía me sigue a toda prisa tratando de no chocar contra el tráfico que circula en sentido contrario y esquiva por poco a un todoterreno.

—Ya ha mordido el polvo —comenta Sibby, que se ha girado por completo para observar a

nuestro perseguidor desde la luneta posterior.

»Yo también estuve en una persecución de coches, ¿sabes?

—Ya lo sé —digo apretando los dientes mientras tomo una curva a demasiada velocidad. Mi Mustang se inclina hacia un lado antes de volver a caer sobre las ruedas, haciendo que Addie jadee y clave las uñas en el asiento de cuero y luego emita un gemidito con la garganta.

La verdad… Vaya puto infierno. Si estuviéramos solos, conduciría con una mano y con la otra me ocuparía de ella. Me siento tentado de hacerlo igualmente, pero sé que a Addie no le gustaría que la pequeña cazademonios de atrás lo presenciara.

Enderezo el coche y vuelvo a girar por una calle lateral. Pronto toda la ciudad estará inundada de coches de policía emitiendo la marca, el modelo y la matrícula de mi vehículo a través de sus radios.

Me queda muy poco tiempo porque no solo quiero dejarlos atrás, sino también volver a casa de Addie antes de que me vuelvan a descubrir.

—No fue muy bien —dice Sibby totalmente despreocupada por nuestra situación.

—La mía tampoco está yendo muy bien —dice Addie con el cuerpo en tensión.

—Conmigo estás a salvo, ratoncita —le digo centrando la atención en un coche de policía que se dirige hacia nosotros a gran velocidad por una calle lateral.

Tengo el flujo sanguíneo cargado de adrenalina, pero mis músculos están lánguidos y relajados mientras zigzagueo entre el tráfico y hago algún que otro giro. En pocos minutos, varios agentes se dirigen hacia mí desde todas las direcciones.

Llamo a Jay varias veces, pero no responde.

Justo cuando me dispongo a llevar a los policías directamente hasta su casa, se le oye por el altavoz.

—Me voy a cagar cinco minutos y cuando vuelvo os habéis metido en una persecución a todo gas —dice exasperado.

—Un hombre se chocó contra Sibby al salir y la reconoció. Llamó a la policía y aquí estamos.

Oigo un aluvión de sirenas procedentes de todas las direcciones y el cuero del asiento de Addie gime bajo sus uñas. La agitación le hace palpitar el pecho y los ojos, dilatados por el miedo, se mueven a un lado y a otro.

—Veo que te sigue un dron —advierte—. Te diré dónde puedes girar.

Addie vuelve a moverse; se frota los muslos y hace ruiditos guturales.

Joder.

—Addie, nena —le digo mirándola.

—¿Sí? —balbucea con los ojos muy abiertos y fijos en la carretera.

—Necesito que dejes de distraerme.

Entreabre la boca y se encuentra con mi mirada intermitente, que se centra a veces en la carretera y otras en ella.

—No estoy haciendo nada —insiste, pero sus mejillas sonrojadas y la dureza de sus pezones

dicen lo contrario.

Sibby asoma la cabeza entre los asientos y la va girando a un lado y al otro hacia ambos.

—Tal como están las cosas, mis secuaces ya se sienten incómodos —dice mirándonos mal—. Si vais a hacer guarradas, aseguraos de que todos podamos participar.

Addie se tapa la cara.

—Sibby, por el amor de Dios. En primer lugar, no estamos haciendo nada. En segundo, si lo estuviéramos haciendo, no dejaríamos que te unieras a nosotros.

Sibby parece molesta por la noticia y, mientras tanto, yo hago otro giro cerrado. Un segundo después, Jay me dice que tuerza a la izquierda, con lo que el coche vuelve a volcar hacia un lado.

—Pues no me parece muy amable por vuestra parte —comenta Sibby.

—No a todo el mundo le gusta el sexo grupal como a ti, Sibby —le digo con cierta sequedad. Me cuesta creer que nos pongamos a hablar de esto justo ahora.

Vuelve la cabeza hacia mí con los ojos marrones abiertos de par en par.

—¿De verdad? ¿Por qué? Es muy divertido.

Addie niega con la cabeza.

—Quizá para ti. Pero Zade ya tiene una larga lista de cabezas que arrancar por haberme visto desnuda.

—Es la puta verdad —asiento distraídamente mientras escucho otra indicación de Jay. Las sirenas empiezan a desvanecerse a medida que me voy distanciando de ellas.

Hasta que una sale a toda velocidad de una calle lateral y casi golpea la parte de atrás de mi Mustang.

Suelto un gruñido.

—Jay. ¿Puedes avisar para la próxima?

—Mierda, lo siento, mi hermano entró a preguntar si podía pedir pizza.

Me cago en todo.

—Zade, deberías considerar seriamente dejar que Addie amplíe horizontes.

—Oye, cazademonios —digo a modo de introducción—. Ahora necesito que te calles.

Resopla, pero al final vuelve a sentarse. Aún la oigo susurrar:

—Es un capullo posesivo. Me alegro de que a vosotros os guste compartirme.

Addie contiene una sonrisa mordiéndose el labio y casi me distrae lo suficiente como para salir volando hacia una zanja. Se acabó. A partir de ahora me pienso encargar de estas mierdas yo solo.

Tengo a mi novia retorciéndose a mi lado y a una tía cachonda en el asiento de atrás que está poniendo a prueba mi paciencia. Juro por Dios que, si se le insinúa a Addie, le parto la cara.

A quince metros delante de mí otro coche de policía se acerca a toda pastilla y casi colisiona con los vehículos que circulan en sentido contrario. Se endereza antes de dirigirse directamente hacia mí. Intenta hacerme creer que no se va a mover. Les gusta hacer eso para obligar a la gente a obedecer. Pero el muy imbécil no se da cuenta de que más adelante hay una calle lateral y yo

controlo este coche como un auténtico profesional.

—¿Ves la calle?

—Sip.

—Cuando estés en ella, gira una a la derecha y dos a la izquierda justo después. Con eso deberías perderlos a todos de vista.

Addie extiende la mano y me agarra el brazo mientras hunde más la espalda en el asiento, como si eso fuera a salvarla.

—Zade —gimotea con los ojos muy abiertos.

—Tranquila, cariño —la tranquilizo dulcemente. Piso el freno, doy un volantazo hacia un lado y encajo mi Mustang en el pequeño callejón. El coche se me va un poco por detrás, pero no tardo en recuperar el control. Unos segundos después, el coche de policía vuelca contra el lateral de un edificio, incapaz de conseguir lo que yo acabo de hacer.

Luego sigo las instrucciones de Jay y giro donde me ha indicado. Y, tal y como me ha asegurado, los dejo a todos atrás. Supongo que los helicópteros llegarán en cualquier momento, así que piso el acelerador. Parsons Manor está a diez minutos, y yo llego en tres. Sin duda van a intentar localizar mi coche, pero, por suerte, puedo meter el Mustang entre los árboles hasta que sea seguro deshacerme de él.

Me detengo bruscamente justo después de traspasar la línea de bosque, lo que obliga a Addie y Sibby a sujetarse para no salir despedidas hacia delante.

Se hace el silencio, que Addie rompe a intervalos con su respiración agitada. El sol se oculta tras la bahía y la luz se ahoga lentamente bajo la superficie.

—¿Nos hemos muerto? —chilla.

Sibby vuelve a inclinarse hacia delante.

—Qué tonta eres. Si aún respiras es que estás viva. —Inhala profundamente—. Y hueles tan bien como siempre.

Addie la mira ojiplática, con el rostro pálido a causa del *shock*. Si no desprendiera calor en oleadas y me estuviera poniendo la polla como el granito, me reiría.

—Sibby, sal del vehículo, por favor —le digo con dureza. Ella pone los ojos en blanco, pero me hace caso y saca a sus hombres imaginarios del coche antes de cerrar de un portazo.

—¿Estáis a salvo? —pregunta Jay a través del teléfono.

—Estamos bien —le digo—. Gracias, tío. Te llamo luego.

Cuelgo la llamada antes de que articule ninguna otra palabra y dirijo la vista hacia Addie. Parece que mi mirada la pone aún más tensa, y mentiría si dijera que eso no me excita.

Sin dejar de mirarla, encuentro la palanca que hay en el lateral de mi asiento y la acciono, lo que me permite reclinarlo al máximo. Ella se sobresalta y el suave cuero vuelve a gemir bajo sus dedos mientras lleva la vista de un lado a otro. Debe de estar determinando si podría salir del coche antes de que yo me abalanzara sobre ella.

La tensión es increíblemente palpable, y mi polla presiona con firmeza contra la cremallera de

los vaqueros. Siento un dolor de la hostia, pero bienvenido sea.

—Ven aquí —le ordeno bruscamente.

—Zade… —Su voz ronca se entrecorta y la incertidumbre contamina su decisión. Se debate entre acatar la orden o salir corriendo.

Joder, espero que salga corriendo. Dios sabe cuánto me gusta perseguirla.

Seguramente lo ha recordado porque traga saliva y, con movimientos inseguros, se arrastra hasta mi regazo. Algunos mechones de su cabello de color canela se deslizan sobre mis hombros y el pecho mientras se acomoda y se deja caer suavemente sobre mis muslos. Sé que puede sentirme entre sus piernas, como demuestra su profunda inhalación.

Por el momento, mantengo quietas las manos. Ella ha decidido tocarme —acercarse a mí—, pero sé que lo hace únicamente porque aún siente el miedo y la adrenalina de la persecución de coches. Es la misma combinación que la llevó a luchar contra mí en todo momento mientras ardía y se retorcía con mis caricias. En cuanto vuelva a la realidad, volverá a acobardarse ante mí.

Tan solo quiero recordarle lo placentero que es. Darle algo a lo que aferrarse cuando se pierda tanto en sí misma que no sea capaz de encontrar el camino más allá de los demonios que le gritan.

Introduzco los dedos por la cortina de pelo que nos oculta del mundo exterior y los mechones se me prenden a las manos. Ahora está oscuro y el aire fresco de abril se filtra por las rendijas. El agua ha acabado engullendo al sol, y yo me pregunto si ella me dejará devorarla también.

Se agarra a los laterales del asiento y de nuevo hunde las uñas con fuerza, lo que me hace sentir una oleada irracional de celos porque no me las está clavando a mí.

—Más cerca, ratoncita —digo en un susurro—. Necesito sentir que eres real y no solo otro de los fantasmas que rondan Parsons Manor.

Una exhalación temblorosa me recorre la mejilla cuando relaja su cuerpo sobre el mío hasta amoldarse a mí por completo. Siento en el pecho cada uno de los latidos de su corazón, que se sincroniza con el mío en una balada de anhelo y dolor.

Suelta una de las manos del asiento y la dirige hacia la consola central para buscar algo. Levanto las cejas en señal de sorpresa cuando saca un cigarrillo y mi mechero negro.

Luego me coge las manos y las coloca sobre su trasero.

—Puedes tocarme hasta que se consuma este cigarrillo.

Sonrío, encantado con el ultimátum. Seguro que espera que le estruje las tetas y le pase la mano por el coño, pero se equivoca. No soy un adolescente falto de sexo que no tiene ningún control sobre sí mismo ni sabe cómo durar más de treinta segundos.

La voy a tocar en todos los sitios que no la hagan sentir suficiente placer. Desde el interior de los muslos hasta la zona donde se le juntan con el culo, y desde su cinturita hasta las costillas y el lateral de las tetas. Cuando en la lengua solo le quede el sabor a ceniza, le demostraré que el arrepentimiento sabe peor.

Gira la barbilla hacia el cristal, pero me sigue mirando fijamente mientras se mete el cigarrillo entre los labios y lo enciende con una llama que se encuentra demasiado cerca de mi cara. El resplandor ilumina sus insólitos ojos castaño claro y crea un efecto sorprendente bajo la parpadeante luz naranja. Las sombras le bailan por las líneas del rostro, oscureciéndole las pecas de las mejillas.

En ese momento, decido que no puede ser real y que me he vuelto loco, igual que la muñequita que solía acechar las casas desde el interior de las paredes.

Estoy dispuesto a prenderle fuego al coche tan solo para verlo arder a nuestro alrededor y poder contemplarla bajo el resplandor de las llamas. Cuando apaga el mechero, volvemos a sumirnos en la oscuridad y la luz trémula de la luna es lo único que me permite ver sus curvas ensombrecidas.

La punta del cigarrillo se ilumina cuando aspira el humo, que luego exhala suavemente y se arremolina entre nosotros. Le miro la boca con fascinación, desesperado por ver esos labios envolviéndome a mí.

—¿Soy tangible o dejarás que me escurra entre tus dedos como el humo de este cigarrillo? —pregunta con voz áspera. Suena tan sensual que se me encienden todas y cada una de las terminaciones nerviosas.

En lugar de dejarme responder, retuerce la mano y me pone el cigarrillo entre los labios. El ardor de la nicotina y el mentol me bajan por la garganta hasta llegar al pecho. Entonces lo retira, se inclina hacia delante y roza sus labios entreabiertos con los míos.

Empiezo a mover las manos, que le susurran sobre las costillas y la hacen estremecer mientras las llevo hasta sus caderas, donde las aprieto con firmeza antes de deslizarlas hasta el interior de sus muslos.

Exhalo y el humo pasa de mi boca a la suya antes de escaparse en espirales por entre los resquicios. No me besa, pero se mantiene suspendida sobre mí permitiendo el mínimo de los roces.

Entonces vuelve a retirarse hacia atrás y le da otra calada al cigarrillo. Lo lleva de su boca a la mía y, de vez en cuando, tira la ceniza por la rendija de la ventanilla. Yo no dejo de mover las manos, aunque se puso a temblar al poco de empezar a tocarla.

El aire crepita a nuestro alrededor, y está claro que no me hace falta prenderle fuego al coche cuando nuestra química es como dinamita y abrasa todo lo que nos rodea.

—Nuestras bocas están tocando el mismo punto —dice con voz temblorosa—. ¿Eso cuenta como besarse?

—Dímelo tú, ratoncita. Cuando te hago clamar a Dios, ¿eso cuenta como rezar?

Curva el labio inferior por debajo sus rectos dientes y un gruñido toma forma en lo más profundo de mi pecho.

—Si me estás enseñando dónde morder, te aseguro que esos dulces labios no serán más que el principio.

No se digna a responderme de inmediato y vuelve a darle una calada al cigarrillo, que luego sacude para que caiga la ceniza.

—¿Me harías sangrar? —me pregunta con voz ronca mientras el humo nos envuelve.

—Solo si me lo pides —murmuro—. Aunque preferiría verte cubierta de mi propia sangre.

Parece que mi respuesta la sorprende, así que aprovecho y me inclino hacia delante para rozarle la línea de la mandíbula con los labios. Dijo que podía tocarla, pero nunca impuso que fuese solo con las manos.

—Lo que fuera que te hicieran sentir esos hombres no es lo que yo voy a hacerte sentir, ratoncita. Ya sea con tu piel entre mis dientes, contra mi cuchillo o sobre mi lengua.

Ella se estremece y yo le doy un mordisquito en la mandíbula para demostrarle lo que digo.

—Se ha consumido —dice con voz áspera; luego se aparta de mí, tira el cigarro por la ventanilla y la sube hasta cerrarla—. No te olvides de recogerlo.

La tensión aumenta mientras espero a que abra la puerta y baje de mi regazo. La noto confundida, así que deslizo los labios a lo largo de su mandíbula y hacia su boca hasta que quedan a pocos centímetros de distancia.

—Puedes besarme hasta que se disipe el humo —digo murmurando.

No tarda ni un segundo en estrechar sus labios contra los míos. Le hundo las manos en el pelo y las enrosco con fuerza mientras le devoro los labios. Su sabor es sublime y la sensación de su lengua deslizándose contra la mía resulta embriagadora.

El mundo podría caerse a pedazos a nuestro alrededor, deshacerse en cenizas como el cigarrillo entre nuestros labios, y yo no me enteraría.

Los jadeos entrecortados y los gemidos desesperados se mezclan entre mis dientes, y tan solo puedo pensar en cómo podría hacer que esto durara para siempre.

Como si oyera mis pensamientos, se separa de mí, y su afán por escapar es tal que casi se choca contra el volante. Tiene el pelo desparramado por la cara y me mira fijamente con los ojos muy abiertos y llenos de pánico.

Está muy tensa, como una cuerda a punto de romperse.

—El humo se ha disipado —susurra antes de abrir la puerta, salir corriendo y desaparecer en un instante.

Atenazo los dientes y aprieto el puño, que estoy a punto de estrellar contra el volante.

Entre gruñidos, abro la puerta prácticamente de una patada, cojo la colilla y la tiro a la bolsa de basura que hay en el coche, y después cierro dando un portazo. La tensión y la rabia se acumulan en mis músculos, y hacer crujir el cuello no me ayuda a aliviarlas.

Eso solo puede hacerlo mi ratoncita a la fuga y, en lo más profundo de esa parte tan oscura de mí, espero que ella esté sufriendo por mi pérdida tanto como yo por la suya.

CAPÍTULO 29

El cazador



Inclino la cabeza hacia un lado mientras observo perplejo al hombre que corre.

—¿Por qué corre así? —pregunto con auténtica preocupación por si a Rick le gusta meterse por el culo objetos extraños. A lo mejor se le ha quedado alguno atascado porque, joder, ¿¿quién corre así??

—Buena pregunta… —responde Jay a través del auricular, aparentemente tan desconcertado como yo. Él lo ve mediante un dron que sobrevuela al torpe corredor.

Llevamos siguiendo a Rick Boreman desde que huyó de la casa de Francesca. No fue difícil encontrarlo, pese a sus esfuerzos por permanecer oculto. Estoy seguro de que su insignificante y marchita alma se quedó hecha añicos cuando se dio cuenta de que disponía de millones de dólares y no podía largarse a una isla tropical a gastárselos en coca y *strippers*. Supongo que el tipo no tiene el cerebro tan frito por las drogas como para no darse cuenta del enorme objetivo en el que se ha convertido.

Él es una de las dos personas responsables del secuestro de mi chica, y eso no es algo que me vaya a tomar a la ligera.

Suspiro, apunto con la pistola y disparo. La bala le alcanza en la parte posterior de la rodilla y lo hace caer al suelo con un intenso gañido.

—¡Puto chupapollas! —grita mientras su voz se quiebra como la de un niño de doce años. Incluso el tono parecía el de un chaval que acaba de aprender a soltar palabrotas y las mete en todas las frases porque intenta hacerse el guay.

—¿De verdad te atreves a llamarme chupapollas cuando eso es lo que has estado haciendo los últimos cuatro años para salir del paso? —replico arqueando una ceja mientras me acerco a él.

Estamos en un callejón húmedo y oscuro, con basura desparramada a ambos lados que desborda los contenedores. O puede que haya una familia de mapaches desechando la podredumbre indeseable. Me pregunto si conservarían el cuerpo de Rick una vez muerto.

El pavimento está frío y mojado, y de la entrada del callejón cuelga una bombilla naranja que,

pese a emitir un zumbido, ofrece luz suficiente como para bendecirme con la cara marcada por la viruela y el pelo grasiento metido bajo un gorrito de Rick.

—Que te jodan —escupe sujetándose con manos temblorosas la rodilla ensangrentada. O lo que queda de ella. Se balancea hacia delante y hacia atrás, gimiendo en agonía mientras me mira con el ceño fruncido y lleno de odio.

Incluso Addie es capaz de mirar con más intensidad, y eso que nunca me ha odiado de verdad. Al menos no como está a punto de odiarme el aquí presente y renqueante Rick.

Me agacho y le echo una mirada de arriba abajo, diseccionándolo como si fueran huesos de mierda fosilizada. Un año los monitores del campamento de verano nos obligaron a hacerlo y sentí un tremendo asco. Más o menos el mismo que siento al contemplar la triste excusa de hombre que tengo delante.

En aquel momento no llegué a entender el puto sentido del ejercicio. Ahora supongo que me va a resultar útil porque Rick es más de lo mismo. Un montón de mierda llena de huesos que, a diferencia de la primera vez, voy a disfrutar extrayendo.

Uno a uno.

—Pero eso no es lo que debería avergonzarte. Lo que debería avergonzarte es de quién son las pollas que has estado chupando. ¿Te suena Xavier Delano?

Suelta un gruñido y luego aparta la mirada, negándose a contestar.

Max le dio tres millones de dólares por secuestrar a Addie. Ya se ha gastado más de la mitad.

Aparte de su adicción a las drogas, Rick tiene problemas con el juego. Con los caballos, en concreto. Y además se le dan la hostia de mal. Todo el dinero que gana lo mete en el culo del caballo equivocado y al final sale con mierda. Para compensar las pérdidas que le reporta su hábito, se ha dedicado a atender a algunos hombres ricos a lo largo de los años. Xavier es uno de ellos.

—¿Sabes quién soy?

Suelta lo que se supone que es una carcajada, pero más bien suena como una tos húmeda.

—¿Debería saberlo? —dice.

—Veo que vas a hacer daño, tío —le respondo sonriendo.

Él vuelve a gruñir.

—Déjame adivinar: Z. No me extraña que ocultes tu cara; eres feo de cojones.

—No me hagas llorar, Rick. Me lo estoy pasando demasiado bien —le digo inexpresivo.

—Esto es por ese estúpido diamante, ¿no? ¿Ya has matado a Max? Porque espero verlo en el infierno para darle de hostias por haberme metido en esa mierda. —Se ríe de nuevo, como lo haría una hiena—. Esa puta zo…

Se me desata una explosión de furia en el pecho, levanto la mano y lo agarro por la quijada, apretando hasta que chilla como el puto cerdo que es.

—Acaba esa frase y te arrancaré la lengua con mis propias manos para hacer que te ahogues con ella. Y no deberías llamar estúpida a mi chica cuando eres tú el que estás tirado sobre un

montón de basura con una bala en la rodilla —le advierto.

Aunque se le ve cabreado, se guarda todos los insultos que tenía preparados para soltar. Diría que se ha vuelto más listo si no fuera porque está intentando acercar la mano disimuladamente al cuchillo que lleva en el bolsillo de atrás. El mango sobresale por completo. Algunos piensan que estoy ciego del ojo izquierdo, por la decoloración y la cicatriz que lo atraviesa, pero, aunque así fuera, hasta una abuela con bifocales podría ver lo que trama.

Espero pacientemente para que piense que tiene una oportunidad. Envuelve el mango con los dedos, se lo saca del bolsillo y trata de acuchillarme en la cara. Le cojo la muñeca y se la rompo antes de que pueda parpadear, con lo que el cuchillo se le cae de la mano.

Se pone a gritar con los ojos desorbitados de asombro mientras contempla su mano flácida e inútil. Cuando le aprieto la cara con más fuerza, vuelve a luchar por soltarse.

—Tío, ¿en serio? ¿Un puto cuchillo de cocina? —pregunto al tiempo que recojo la patética arma. Es lo que solía coger Addie cuando intentaba odiarme, y yo me reía cada vez que se lo veía incrustado en el puñito.

Addie podría cortarme. Este puto payaso no tiene ni la menor oportunidad.

Gime y se revuelve sacudiendo bruscamente la cabeza para tratar de librarse de mi mano, que sigue encajada en su cara.

—¡Suéltame, joder!

—Mierda, me lo has pedido tan amablemente que supongo que no me queda más remedio que hacerlo —digo liberándolo. Sorprendido, abre de nuevo los ojos como platos y luego se pone en pie. O al menos lo intenta. Se vuelve a caer al instante, pero no se amilana. La desesperación es más potente que una herida de bala en la rodilla.

Si el gobierno pudiera embotellar esa emoción, formaría un ejército de superhumanos. Es una potente fuerza motriz que crea habilidades extraordinarias.

Levantar un coche para salvar a tu hijo moribundo que está atrapado bajo el neumático. Correr con una pierna rota. O, en este caso, correr con un disparo en la rótula.

Alzo la pistola y le disparo a la otra rodilla, con lo que vuelve a aplastarse contra el suelo. A ver si es capaz de correr con las dos destrozadas. Incluso podría entrar en el *Guinness de los récords*. La persona que más ha corrido sin rodillas.

Vuelve a gemir, intenta levantarse una y otra vez, pero no lo consigue. Echo la cabeza hacia atrás y me descojono de risa. Una pena, me habría gustado ver la foto de Rick en uno de esos libros.

—Perdona, tío, no he podido evitarlo. Tenía muchas ganas de dispararte otra vez.

Los improperios le explotan entre los dientes amarillos y partidos mientras rueda por el suelo gritando a pleno pulmón.

—¿Te quieres callar de una puta vez? Alguien podría oírte y entonces me meterías en un lío —lo regaño, pero intensifico la sonrisa cuando escupe otra retahíla de palabras pintorescas por la boca.

La verdad es que esta zona de la ciudad es una mierda. Rick no puede salir del país legalmente, ya que el gobierno le ha suspendido el pasaporte por no pagar la pensión alimenticia y ya no le queda dinero suficiente como para comprarse uno falso. Así que ha intentado esconderse en las afueras, a pocas horas de Seattle, pero ahora mismo eso juega en su contra. Es probable que le hayan oído gritar varias personas, pero nadie va a ayudarlo.

Y el motivo es que se encuentran inmersos en sus propias actividades delictivas y con las narices o las venas obstruidas por cualquier droga que hayan podido encontrar. Seguro que subiendo la carretera hay algún tipo muerto tirado a un lado de la calle y más de uno le ha pasado por encima y ha seguido su camino.

Es el típico vecindario en el que nadie se mete en lo que no le importa. El lugar perfecto para cometer un homicidio. Además, hace buen tiempo.

—Z, ¿ya estás otra vez jugando con tu comida? —interviene Jay con desesperación.

—¿En qué lo has notado? —pregunto poniéndome de pie y caminando hacia el lugar donde Rick yace en el suelo.

Intenta alejarse a gatas, arrastrándose poco a poco con los brazos. Se le está agotando la desesperación y la resignación se instala en él.

—Vas a arder conmigo en el puto infierno —me espeta el triste hombrecillo escupiendo saliva por la boca—. Espérate y verás, joder.

Suspiro con nostalgia mientras me subo las mangas.

—Eso espero, Rick. Así podré torturarte allí también.

Le pateo el lateral del estómago hasta que se cae de espaldas, con lo que queda de sus rodillas sangrando profusamente.

No tiene fuerzas, tan solo reza para que le llegue la muerte, en lugar de intentar escapar de ella. Y, aunque sobreviviera, ¿qué clase de vida le esperaría sin rodillas? El cabrón ya es bastante bajito, no puede permitirse perder más centímetros.

Me pongo en cuclillas, le levanto la barbilla y le presiono el filo del cuchillo contra la garganta. No se resiste, solo le gruñe a la parca desde detrás de la hoja.

—¿Unas últimas palabras?

—Yo… —Le corto el cuello, interrumpiendo algo más que su respuesta.

—No me importa, la verdad —digo mientras abre los ojos sorprendido y separa los labios antes de empezar a ahogarse con su propia sangre.

—Uf, ¿te importa silenciar el auricular? Lo oigo borbotear desde aquí —se queja Jay en mi oído. Pongo los ojos en blanco y lo ignoro mientras sigo serrándole la garganta a Rick.

El cuchillo corta menos que el pomo de una puerta y atravesar músculo y hueso me lleva mucho más tiempo del que me gustaría.

Por fin consigo separarle la cabeza del cuerpo; el brazo me ha quedado dolorido por el esfuerzo. Su sangre me cubre como si fuera aceite y parece que acabe de salir del plató de *Carrie*.

Después de tirarle la cabeza sobre el pecho, me limpio las manos en los vaqueros, rebusco en el bolsillo de la sudadera y saco un cigarrillo. Muevo el cuello para reducir la tensión, enciendo el pitillo e inspiro profundamente. El tabaco me llena los pulmones y me calma al instante.

Inhalo muerte para eliminar las ganas de crearla.

—Rio ha reservado un vuelo a Grecia —me comunica Jay. Desde que Addie se escapó, ha estado saltando de un lado a otro del país y, como le ocurrió a Rick, no tiene suficiente dinero en la cuenta bancaria como para fabricarse un nuevo alias, de modo que es fácil rastrearlo. Y si yo puedo encontrarlo, Claire también.

Tiene los días contados independientemente de quién llegue a él primero. Preferiría ser yo quien le clavara un cuchillo en la garganta, pero hay una ratoncita que me lo impide.

No lo ha dicho en voz alta, pero no quiere que Rio muera. Lo que más me cabrea es que no puedo culparla del todo. El trauma hizo que formara un vínculo con él y, por mucho que eso me saque de mis putas casillas, también me alegro de que tuviera a alguien que mirara un poco por ella en aquella casa.

Aunque eso no invalida el hecho de que ella estuviera allí por él. Puede que la ayudara a escapar y le limpiara las heridas, pero aun así primero contribuyó a destruirla. Que te tomes el tiempo de recoger los pedazos de un plato después de destrozarlo no significa que no sea tu puta culpa que se rompiera.

Por lo tanto, debería morir.

Exhalo una espesa columna de humo y a continuación saco un pequeño recipiente de líquido para encendedores del bolsillo.

—Sigue atento por si alguien más lo intenta localizar, sobre todo Claire. Envía también a uno de mis mercenarios para que le siga la pista. Estoy seguro de que le han puesto precio a su cabeza y habrá que encargarse de todos los que vayan a por él —le ordeno a Jay—. De todas formas, seré yo quien le meta una bala en el cerebro.

—Recibido —murmura justo antes de que se le empiece a oír teclear, lo que me fastidia hasta el punto de hacer que me tiemble un ojo. Qué. Puta. Rabia.

—Pásatelo bien en tu… aventura.

Lanzo un gruñido y en el auricular suena un clic que indica que la llamada ha finalizado. Entonces, destapo el bote que contiene el líquido para encendedores y lo vierto sobre el cuerpo y la cabeza cortada de Rick.

Después de darle una última calada, tiro el cigarrillo sobre su cadáver y retrocedo mientras estalla en llamas.

«El viaje al infierno no va a ser fácil, renqueante Rick. Pásatelo bien en tu aventura».

CAPÍTULO 30

El diamante

Un mes después

—¿Por casualidad Francesca lleva el pelo corto y rubio? —pregunta Daya irrumpiendo en el salón con el portátil en la mano.

—No —respondo con los ojos empañados por el sudor. Sibby baja la mano, que había cerrado en un puño y tenía lista para dirigirse a mi cara.

Me froto los ojos y siento cómo aprieta el calor ahora que ya no me distrae la *banshee* chillona que disfruta utilizándome como saco de boxeo.

—Bueno, pues ahora sí.

Se me iluminan los ojos y me olvido por completo de lo acalorada y agotada que estoy.

—¿La has encontrado?

—Vaya si la he encontrado. Aunque de puta casualidad. La cámara de una vieja cafetería la identificó en un pueblecito de Carolina del Sur hace unas ocho horas. Iba al baño y una camarera se chocó con ella. Las gafas de sol que llevaba salieron volando y bam…

En cuanto Daya acaba de pronunciar estas palabras, el puño de Sibby vuela hacia mi estómago.

Me doblo sobre mí misma, sin oxígeno en los pulmones mientras el dolor me estalla por todo el abdomen.

Los ojos se me salen de las órbitas y solo alcanzo a soltar un resuello.

—Sibby, ¿qué coño haces? —vocifera Daya.

—El combate no había acabado —dice ella encogiendo los hombros—. No te engañes nunca pensando que estás a salvo, aunque huelas a flores bonitas. ¿O te has olvidado de que soy una asesina?

Todavía encorvada, toso mientras giro la cabeza y miro a la bruja malvada con el ceño fruncido.

A ella se le escapa una risita y se aleja, satisfecha porque hoy me ha enseñado una valiosa lección.

—La voy a matar —resoplo enderezándome y lanzando otra tanda de miradas mortíferas hacia el pasillo por el que ha desaparecido. Vuelve a estallarme la tos en la garganta—. Pero primero voy a recuperar el aliento —digo con voz ronca dejándome caer sobre las baldosas ajedrezadas agotada por el cansancio.

He estado entrenando con ella y con Zade todos los días, a todas horas. Entre los dos han conseguido que me plantee coger el camino fácil y los envenene mientras duermen con tal de obtener un poco de paz y tranquilidad.

Sin embargo, mentiría si dijera que no me estoy convirtiendo poco a poco en una tipa bastante dura.

El último mes ha estado lleno de altibajos. Zade se ha visto obligado a comprarse un coche nuevo, puesto que el suyo no solo fue identificado en Satan's Affair cuando atraparon a Sibby, sino que ahora también es el vehículo en el que la han visto huir.

Por suerte, Zade nunca pone nada a su nombre, así que todavía no han sido capaces de identificarlo. En cualquier caso, conducirlo ya no es seguro, y hubo un momento en el que pensé que le iba a hacer un funeral al puto cacharro.

Los USB que Sibby le robó a Jimmy no contenían nada útil y, como la pillaron fuera de su despacho, la paranoia se apoderó de él y lo destrozó todo.

En circunstancias normales se le podría atribuir a la casualidad que ella estuviera fuera del edificio, pero Claire es muy conocedora de la relación que hay entre Sibby y Zade, sobre todo teniendo en cuenta que su marido fue una de sus víctimas, de modo que Jimmy también la conoce.

Por eso habían borrado todos los dispositivos y se habían deshecho de ellos, incluidos los lápices de memoria. No obstante, Zade lo vio venir, así que envió a uno de sus mercenarios a casa de Jimmy para colocar algunos USB adicionales en ese otro despacho.

Dio resultado.

Hace dos semanas, Zade recibió una alerta que le informaba de que Claire había conectado una de esas memorias a su portátil. Todos sus antiguos empleados están inmersos en pleitos contra ella, y se puede decir que el pelo de Jimmy se ha vuelto dos tonos más blanco. No hay ninguna esperanza de que vayan a ganar, pero Zade ya se ha asegurado de recompensarles por el tiempo y el esfuerzo que han invertido. Ahora todos tienen trabajos estables y protección frente a Claire.

Desde entonces nos hemos centrado en descifrar sus mensajes y en recabar el máximo de información sobre sus negocios. Al final pudimos localizarla en una isla remota al otro lado del mundo. Estamos estudiando cómo sacarla de allí, pero Zade quiere obtener tanta información como sea posible sobre la Sociedad antes de matarla.

Fue desmoralizante averiguar que la influencia de Claire va mucho más allá de lo que

habíamos imaginado. Está metida en todo: organizaciones benéficas, cientos de miles de organismos y empresas, bancos, grandes farmacéuticas y la industria médica, el sistema judicial y, por supuesto, todo el puto gobierno. Llevará años deshacer todo el daño que ha hecho y borrar su influencia.

—Yo te ayudaré a matarla —dice Daya mientras se sienta a mi lado y cruza las piernas—. Pero, primero, Francesca. Cuando ella y la camarera se chocaron, Francesca montó en cólera y abofeteó a la mujer. Llamaron a las autoridades, pero Rocco la ayudó a salir de la cafetería a punta de pistola y ambos consiguieron llegar al Chevy Impala marrón oxidado en el que viajaban. Se dieron a la fuga y pude seguirles la pista hasta el motel en el que se alojan.

—Hostia puta —digo con los ojos muy abiertos—, los has encontrado.

Ella sonríe.

—Que empiece el espectáculo, cariño.



Estoy muy nerviosa.

Me limpio las manos húmedas en los vaqueros y respiro hondo para calmarme.

«Puedes hacerlo», me digo a mí misma, e inmediatamente me dirijo al diablo celestial que hay arriba: «¿Verdad que sí, Dios? Dime que tengo razón».

Zade y yo nos subimos a su jet privado veinticuatro horas después de descubrir dónde se han estado ocultando Francesca y Rocco. Como cuenta con mercenarios diseminados por todos los estados, hizo que uno de ellos nos dejara un coche preparado en el aeropuerto. Una hora más tarde, estoy delante de su puerta.

Y me ha entrado un poco el pánico.

El motel que tengo enfrente parece salido directamente de la serie *Bates Motel*. Destartalado y propiedad de un asesino en serie.

Los hermanos se han alojado aquí durante las últimas tres noches, y la parte de mí que clama venganza no puede estar más contenta. Mi antigua esteticista siempre ha vivido rodeada de mugre, pero se paseaba por ahí como si le sobraran el dinero y la clase. Por encima de todo habría deseado vivir a todo lujo, pero se vio obligada a quedarse en una casa de mierda con su hermano por exigencia de Claire.

La ubicación de la casa era perfecta para esconder a las chicas y acoger la Cacería, por lo que Claire no le permitía trasladarse a un lugar más agradable, algo de lo que Francesca se quejaba a menudo. Así que, al no conseguir lo que quería, invirtió todo el dinero que ganaba en su guardarropa para dar la impresión de que le iba muy bien en la vida.

Y este lugar… es el fondo del barril en términos de suciedad.

Justo lo que esta zorra se merece.

—¡Servicio de habitaciones! —grito llamando a la puerta roja con los nudillos.

Se oyen gritos que proceden del interior, pero no son más altos que los del caso de violencia doméstica que se está produciendo dos puertas más abajo.

Tampoco son más altos que los de la excitada pareja que hay tres puertas más adelante, que emite fuertes gemidos y gruñidos desde su habitación.

—¡Lárgate! —contesta Francesca desde el otro lado. Después se oye una bofetada.

—¡Estúpida zorra, eso es lo que nos ha llevado a esta situación! No puedes dejar quietas las putas manos.

—Mira quién fue a hablar —dice ella entre dientes—. Qué pasa con todas mis chicas, ¿eh? ¿Crees que dirían que dejaste quietas las manos?

—Cállate la boca ahora mismo o te mato.

—¡Hazlo! —grita—. De todas formas, lo hemos perdido todo, Rocco. Hace casi un mes que no sabemos nada de Claire, solo nos ha dicho que no podemos salir del puñetero país. Nos estamos quedando sin dinero porque no podemos acceder a nuestras putas tarjetas, estoy harta de esta estúpida peluca y en este motel hay cucarachas.

Tengo la mano suspendida en el aire, lista para llamar de nuevo, pero debo admitir que esa fiestecita de la autocompasión me ha entretenido bastante.

—¡Servicio de habitaciones! —Vuelvo a llamar y sonrío cuando Francesca contesta con un fuerte chillido.

Sibby estaría orgullosa.

El revelador sonido de sus tacones avanzando con ímpetu hacia la puerta me borra la sonrisa de la cara. Por un momento, me olvido de respirar cuando mi mente me transporta de nuevo a aquella casa, donde temía cada paso que golpeaba el suelo de madera.

La puerta se abre de golpe y me arranca de mis pesadillas, que se materializan ante mí.

Está furiosa, su respiración es agitada como la de un toro y tiene los ojos muy abiertos y clavados en mí.

—Hola, Francesca. ¿Me has echado de menos? —pregunto forzando una amplia sonrisa. Verla me está afectando mucho más de lo que esperaba, pero eso no minimiza la rabia asesina que siento hacia ella.

En todo caso, la acentúa aún más.

Rocco se acerca por detrás de ella; se le mueve la papada al caminar. Francesca se ha quedado paralizada en la puerta, parece afligida, y yo tampoco soy capaz de moverme.

«Respira, Addie. Ya no pueden hacerte daño».

—Tiene que ser una puta broma —dice Rocco sacándonos a Francesca y a mí del estado de consternación en el que nos encontramos.

Ella va a cerrar de un portazo, pero yo interpongo el hombro para evitarlo y la madera de la puerta reverbera contra mí.

Zade me ha dado unos dispensadores de epinefrina que ha rellenado con pequeñas dosis de

anestesia. Rápidamente, saco uno del bolsillo delantero y se lo clavo en el cuello antes de que me arañe con las uñas en la cara.

Francesca cae al suelo justo cuando Rocco se abalanza sobre mí como un defensa de fútbol americano y su cuerpo me aplasta contra la pared, dejándome sin aliento. Me golpeo la cabeza contra ella, con lo que aprendo por las malas que está hecha de hormigón. Veo una explosión de estrellas ante mis ojos y lo único que puedo hacer es desviar a ciegas las manos de Rocco hasta que me las quito de encima. Consigo asestarle un golpe en la garganta —ahora mismo está muy débil— y me escabullo por debajo de su brazo. Él se ahoga y se atraganta, lo que me da tiempo para recuperar el norte.

La última vez que me violó también fue la última vez que me iba a ver indefensa.

Se da la vuelta gruñendo y comienza a balancear el brazo, que acaba apuntando directamente hacia mi cara. Me agacho y le doy una patada en el estómago, pillándolo por sorpresa. Sin darle tiempo a recuperarse, le doy otra patada. Esta vez entre las piernas.

Él grita con los ojos desorbitados y doblado por el dolor. Cojo el otro dispensador y se lo incrusto en el cuello, haciendo que sus gemidos se desvanezcan en el silencio.

Uno de los vecinos ha puesto música rock altísima y el otro escucha el canal de noticias de la tele a todo volumen. Por suerte, ninguno de los dos parece que tenga la menor intención de comprobar cómo estamos.

Jadeante, me giro y veo a Zade apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y una sonrisa de satisfacción. Sus ojos yin yang reflejan una mezcla de ardor y orgullo, y no puedo evitar sentirme en la puta cima del mundo.

—Buen trabajo, ratoncita —alaba con voz profunda y suave como la mantequilla.

—¿No has querido participar?

Sonríe.

—Mi chica lo tenía controlado.

Se me hincha el pecho. Que Zade me ame es un sueño, pero que confíe en mí es otro hecho realidad.

—Gracias —digo suspirando mientras una gota de sudor me resbala por la espalda. Me pongo las manos en las caderas y observo al dúo que yace sin conocimiento en el suelo.

Deben de pesar bastante.

Me sacudo el polvo de las manos, me dirijo hacia él y le doy unas palmaditas en el pecho mientras le digo:

—Te dejo que los saques de aquí.

El gruñido con el que me responde Zade me hace acelerar el paso mientras me escabullo junto a él, pero en la cara me florece una sonrisa genuina.

Cuando echo un vistazo rápido hacia atrás, veo que me mira con la cabeza girada sobre el hombro como si planeara hacer algo conmigo más tarde.

No hará nada, pero debo admitir que la idea me crea cierta intriga.

Tras comprobar que no hay nadie alrededor, Zade arrastra rápidamente a Rocco al asiento de atrás y mete a Francesca en el maletero.

Aún tardarán en despertar, pero igualmente acelera de camino al aeropuerto.

Afortunadamente, no se despiertan hasta la mitad del vuelo que nos lleva de vuelta a casa, momento en el que los volvemos a dejar inconscientes para que no nos den ningún quebradero de cabeza.

Es más de medianoche cuando llegamos a la imponente mansión gótica, y las gárgolas situadas a ambos lados del tejado nos miran fijamente.

Supongo que estarían de acuerdo con lo que hacemos si estuvieran vivas.

Esta vez ayudo a Zade. Él coge a Rocco y yo saco a Francesca del maletero. Se me cae sin querer, lo que le arranca una risita a Zade mientras sube a Rocco por los escalones del porche y lo introduce en la casa por la puerta principal.

Menos mal que Francesca está delgadísima. La obsesión que tenía con su imagen hacía que comiera como un conejo. Me agacho, la levanto por los brazos y me la echo al hombro; luego avanzo a toda prisa hasta entrar en la mansión.

Los kilos que perdí durante mi cautiverio los he recuperado sustituyéndolos por músculo. No solo vuelvo a tener un peso saludable, sino que estoy en mejor forma que nunca. Tonificada donde es necesario, con músculos en los brazos y las piernas, y luciendo un culo más redondeado.

La mayoría de los días me sigue costando mirarme al espejo y verme guapa como antes. Pero no es por mi aspecto, sino por cómo me siento. A mis ojos, mi cuerpo está manchado de sucias huellas que no se van por mucho que las frote.

Dejo que el cuerpo de Francesca caiga al suelo y su cabeza se estrella contra las baldosas ajedrezadas. Tengo gotas de sudor en el nacimiento del pelo, así que me tomo unos instantes para recuperar el aliento.

Francesca y Rocco pensarán que Zade va a torturarlos y matarlos enseguida. Pero se equivocan. Tengo planes mucho más ambiciosos en mente. No solo para ellos, sino también para Xavier Delano.

Ha estado escondido en su isla privada con un pequeño ejército a su alrededor, pero un informante le ha dicho a Zade que tiene planeado viajar a Los Ángeles a finales de mes. La isla no está lejos de la Costa Oeste, y el vuelo tan solo durará un par de horas, pero es imposible ocultarle un enorme jet negro al control de tráfico aéreo. A no ser que quiera arriesgarse a chocar de frente con otro avión y volver a tierra hecho trizas.

Eso sería demasiado embarazoso.

De modo que, hasta que le echemos el guante a Xavier, Francesca y Rocco pasarán el rato con los fantasmas del sótano. Quedó terminado cuando renové Parsons Manor, pero sigue siendo espeluznante de cojones.

Cuando Sibby divisa a las nuevas adquisiciones, se pone a saltar arriba y abajo de emoción.

—¡Sin duda huelen a podrido! —grita curvando los labios con asco. Después señala a Rocco y dice—: Ese huele a huevos podridos. Y la otra, a calabaza pocha.

Zade y yo nos miramos; nuestra expresión dice «¿pero qué cojones…?».

—¿Calabaza? —pronuncia confuso en silencio. Yo me encojo de hombros, demasiado agotada como para que me importe. Me he pasado la mayor parte del día viajando y solo quiero irme a la cama.

—Sibby, cógela por las piernas. La bajaremos entre las dos —le digo.

Ella se gira para hablar con sus secuaces.

—Luego me dais un baño para quitarme su hedor.

—Dios mío —digo volviendo la vista hacia Zade—, mañana tendré que limpiar la bañera.

Él sacude la cabeza; parece preocupado.

—Échale agua bendita. Mucha agua bendita.

29 de mayo de 2022

Estoy enamorada de Zade.

Qué bien sienta escribirlo, teniendo en cuenta que soy demasiado gallina como para decírselo a la cara. Pero no porque me preocupe su respuesta. De hecho, estoy bastante segura de esa parte.

El problema es que quiero decírselo cuando no esté pensando en otros hombres. Vale, eso ha quedado un poco raro. No es que piense en los que me han violado en esos términos. Parece que los desee o algo por el estilo.

De verdad, los odio. A todos. Y no me dejan en paz. Cada vez que cierro los ojos, ahí están.

¿Y cómo coño se supone que voy a decirle que lo quiero cuando unos segundos después recordaré la sensación de tener a otro hombre dentro?

Es muy jodido. Estoy muy jodida.

CAPÍTULO 31

El diamante

Odio las turbulencias con todas mis fuerzas.

Justo cuando empiezo a pintarme los labios de rojo, se oye un estruendo en el avión y ahora tengo carmesí por toda la puta mejilla.

Mientras resoplo, cojo una toallita de bebé de mi equipaje de mano y me la limpio.

El vuelo de Xavier llegó anoche a Los Ángeles, así que nos dirigimos hacia allí en el jet privado de Zade. Nos han informado de que esta noche irá a un exclusivo club clandestino, por lo que es indispensable que parezcamos adinerados. Puesto que ver de nuevo a Xavier me produce mucha ansiedad, he decidido ocupar el tiempo arreglándome durante el vuelo en lugar de ahogarme en mis propios nervios y sudar hasta que se me corra el maquillaje.

Me pregunto si Xavier se ha sentido así alguna vez. Su arrogancia no es más que una prueba de lo estúpido que es. Lleva varios meses sin saber nada de Z y cree que está lo suficientemente a salvo como para salir de su escondite durante todo un fin de semana.

Para ser sincera, tiene toda la lógica del mundo. Si pensó que podía comprarme y usarme como esclava sexual sin que Zade lo descubriera, es probable que sienta la confianza de entrar en un club y pensar que volverá a salir por su propio pie.

El club que frecuentará está orientado a personas con deseos oscuros. Según ha investigado Zade, todas las mujeres que trabajan allí lo hacen por voluntad propia, lo que nos permitirá centrarnos únicamente en Xavier.

Eso es una verdadera bendición. A ambos nos resultaría mucho más difícil ir a un lugar donde se trafica con mujeres o se abusa de ellas y no acabar derribando por completo el edificio.

Y, sinceramente, en ese caso me preocuparía por Zade.

Sin duda ha removido cielo y tierra para encontrarme, y desde entonces no ha parado. Ha localizado a los amigos de Rocco y a varios de los invitados que asistieron a la Cacería y los ha puesto a criar malvas. Bueno, técnicamente, habría que decir que son polvo en el viento.

Entre entrenarme y velar por mí, atrapar a Claire, a Xavier, a mis captores y a cualquiera que

haya puesto un pie en esa casa…, no sé cómo le queda espacio en la cabeza para pensar.

También intentó desmantelar algunas subastas más, pero ahí fue donde le puse el límite y le pedí que trajera a sus otros mercenarios para que se encargaran de ese asunto por él de forma temporal. No me costó mucho convencerlo, lo que demuestra lo agotado que estaba.

Trabaja como una máquina, y últimamente he tenido que obligarlo a relajarse con sesiones de besuqueo. El gilipollas consiguió que me hiciera adicta a sus labios tras la persecución en coche y ahora ni siquiera puedo enfadarme porque al parecer es lo único que nos mantiene cuerdos a los dos.

—Estás preciosa —dice una voz profunda de barítono detrás de mí. Me giro y veo a Zade apoyado en el marco de la puerta de la minisuite, mirándome como si fuera un vaso del mejor whisky y pudiera matar tan solo por un sorbo.

—Gracias —murmuro pasándome las manos de forma nerviosa por el vestido. Es de un color tan rojo como la sangre, no lleva tirantes y el corte acaba por debajo de la curva de mi trasero en un lateral, mientras que en el otro se estrecha dramáticamente hacia abajo dejando que la seda fluya hasta el tobillo.

Me recuerda al vestido que llevé cuando fuimos a la finca de Mark el año pasado. Estoy segura de que no volveré a ver un vestido rojo sin recordar lo que me hizo en aquel cine.

Sobre todo ahora, cuando se acerca lentamente con mi cuchillo negro y púrpura y una correa en la mano, y me contempla con un brillo diabólico en la mirada.

Llevo unos tacones negros de más de diez centímetros y, aun así, me siento como una niña pequeña al lado de Zade. Debe de pasar de los dos metros.

—No te los olvides —dice mostrándome el cuchillo y la correa de encaje—. Tienes que ir protegida.

—Ni se me ocurriría —murmuro embelesada por él. El corazón me obstruye la garganta cuando se inclina ante mí—. ¿Qué haces? —digo muy bajito mientras extiende sus largos dedos y me agarra el tobillo. Su tacto es eléctrico y me tiembla la pierna al sentir el lento roce de su piel. Contengo la respiración y el corazón se me acelera cuando su mano desaparece bajo la seda y se desplaza hacia arriba.

—Coronar a mi reina —canturrea.

—¿Qué quieres decir? —mascullo entre dientes distraída, temblando por las corrientes eléctricas que me suben por la pierna.

—Las coronas son un símbolo de poder. Eso es lo que debe ser para ti este cuchillo.

Estoy temblando, y en mi vientre se acumula un calor líquido. Es una sensación a la que aún me estoy volviendo a acostumbrar cada vez que Zade se atreve a tocarme.

El último mes se ha vuelto más valiente: me roza siempre que puede y aprovecha cualquier excusa para tocarme, dejando los dedos más de lo necesario. Por la noche, cuando me pierdo en alguna pesadilla, dejo que me abrace un rato, ya que me siento más segura con él que en mi propia piel.

A veces, en esos momentos, me besa suavemente por la mandíbula, sin insistir demasiado, pero haciendo que me familiarice con el sentir de su afecto. Lo deseo y lo busco cada vez más. Y, últimamente, he empezado a notar que no es suficiente. Como si necesitara más.

Al darse cuenta de que me estoy excitando, gira la cabeza y me da un suave beso en la rodilla, sin parar de mirarme a través de sus espesas pestañas negras. Me aprieto el labio inferior entre los dientes y él me responde con unos ojos ardientes.

Baja su abrasadora mirada y retira la tela del vestido hacia un lado, dejándome las piernas al descubierto. He decidido prescindir de las bragas con este vestido; la seda es demasiado fina y hace que se marquen todas las costuras. Si levantara la tela un centímetro más, podría ver entre mis muslos.

Se le abren las fosas nasales y siento cómo se me calienta la cara, que se ruboriza aún más cuando se inclina hacia mí.

«Puedo olerte».

Me lo dijo hace mucho tiempo, cuando hizo que huyera y me escondiera en Parsons Manor con la promesa de castigarme si me encontraba.

Tengo la sensación de que ahora mismo puede olerme y sabe lo mucho que lo anhela mi cuerpo.

—Levanta la pierna, nena —me exige bruscamente con la voz ronca de deseo. Le obedezco y observo cómo introduce mi pie por la correa de encaje y la sube hasta la parte superior del muslo, acercando los nudillos peligrosamente a mi coño.

»¿Te acuerdas de cómo usarlo? —pregunta moviendo la hoja del cuchillo entre sus hábiles dedos. Por más que lo intento, no logro entender por qué es una de las cosas más sexis que le he visto hacer nunca.

—Ajá —digo con voz aguda. Me cuesta apartar la mirada de la hoja oscilante y dirigirla hacia su cara. Cuando lo hago, noto un aire desafiante en sus ojos desparejados y me siento capaz de afrontarlo—. Y tú, ¿sabes usarlo?

Nunca sabré por qué lo incito, incluso cuando la cautela permanece tras la nube de lujuria.

En sus labios se dibuja una sonrisa perversa que hace que mi cuerpo se ruborice. Ya estoy acalorada y apenas me ha tocado.

No sé muy bien qué pretende hacer, pero su mirada me dice que va a ser algo infame.

—No puedes cortarme con él —le digo con seriedad. Durante un segundo, en sus ojos brilla un destello de rabia, que desaparece antes de que el fuego se extienda. Y sé que es consciente de por qué se lo pido. Ha habido varias noches en las que he confesado las cosas que me habían hecho en aquella casa, incluida la perversión de Xavier de abrirme en canal mientras me violaba.

Me entra el pánico unos instantes porque temo que se detenga al recordar que otros hombres han utilizado mi cuerpo. En completa tensión, me quedo esperando el desastre. No lo culparía si me rechazara, pero me desgarraría el corazón igualmente.

En lugar de eso, gira la hoja y la agarra por el filo con la mano. Luego desliza el mango contra

mi muslo de forma suave y burlona. El miedo comienza a disiparse y el alivio me cala hasta los huesos. Pero incluso ese sentimiento se desvanece de golpe cuando el mango acaricia mi coño, tan solo con un leve roce.

Ahora no siento más que expectación y la siempre persistente cautela. Las turbulencias vuelven a sacudir el avión, como una representación física de lo que siento en mi interior.

—¿Sabías que recuperar algo que te han robado puede ayudar a superar un trauma? —pregunta.

—Sí —digo en un murmullo.

—¿Y que, si algo te hizo daño en el pasado, darle un nuevo significado puede resultar de ayuda?

Levanta los ojos y centra toda su atención en mí.

—¿Quieres que le dé un nuevo significado a este cuchillo?

Dudo un momento y luego hago un gesto afirmativo con la cabeza. Entonces otro tipo de miedo se apodera de mi cuerpo: el que siempre me ha atraído. Y cuánto lo había echado de menos.

—Súbete el vestido —me exige con rudeza en tono grave y áspero. Enseguida hago lo que me dice, subiendo la tela lo suficiente como para dejar al descubierto el vértice de mis muslos.

Sus fosas nasales se ensanchan y aprieta la mandíbula un breve instante antes de darme una orden:

—Envuélveme la mano con la tuya.

Arrugo el entrecejo, hago lo que me dice y le cojo la mano con la que sujeta con fuerza la hoja.

—No me gustaría que esas manos tan bonitas sufrieran ningún corte. Así que vas a guiarme.

Sacudo la cabeza y empiezo a sentir que me echo atrás.

—No voy a tocarte —me promete—. Tú mandas, ratoncita. Yo solo me aseguraré de protegerte la mano. En lugar de permitir que este cuchillo te provoque dolor, úsalo para darte placer.

Se me cierra la garganta y siento un impulso fortísimo de salir corriendo. Pero eso es precisamente lo que me hace permanecer inmóvil. No quiero que Xavier gane. Me niego a que atormente mi vida de forma tan terrible que un simple objeto inanimado tenga el poder de controlarme.

Asiento con la cabeza y guío su mano hacia arriba, con la respiración entrecortada cuando el mango se desliza por mi raja.

Zade observa mis movimientos atentamente, con los dientes apretados y los músculos de la mandíbula palpitantes. Le empieza a chorrear sangre por la muñeca y, por razones que no puedo explicar, le aprieto la mano con mayor fuerza, lo que genera más regueros de sangre. Suelta un gruñido desde lo más profundo del pecho, pero no me hace parar.

Me muerdo el labio y se me escapa un gemido mientras lo introduzco dentro de mí, con las

piernas temblando.

Normalmente, no creo que disfrutara follándome a mí misma con el mango de un cuchillo. Pero usar la mano de Zade para hacerlo añade una capa de placer que no sería capaz de encontrar yo sola. Ver cómo gotea su sangre de entre nuestras manos, en lugar de la mía…, me hace sentir cosas que no puedo explicar.

Se me acelera la respiración cuando deslizo el mango dentro de mí hasta la empuñadura y los dedos de Zade hacen presión contra mi carne. Le retumba un rugido de protesta en el pecho, pero mantiene su promesa y ni siquiera retuerce su mano contra mí.

—Dime cómo te hace sentir —me pide con voz seca, cautivado por el modo en el que tiro de su mano hacia abajo para volver a llevarla hacia arriba, lo que me produce una fuerte sacudida de felicidad.

—M-muy bien —digo gimiendo con ojos parpadeantes mientras continúo hasta que encuentro un ritmo que amenaza con hacerme olvidar mi propio nombre.

—Más despacio —me indica mientras su mano se curva bajo la mía. Me obligo a hacerle caso y mantengo un ritmo gradual que hará que se prolongue el placer.

»Ahora obsérvate. Mira lo guapa que estás cuando te follas a ti misma.

Con la boca entreabierta y el pecho agitado, echo un vistazo entre mis muslos resbaladizos y lo que veo me pone aún más eufórica.

—¿Ves cómo tus fluidos nos resbalan por las manos, nena?

Tanto su mano como la mía están cubiertas por su sangre, y mis fluidos se unen a la mezcla abriendo caminos a través del carmesí que nos mancha la piel.

El vientre se me contrae; me empieza a crecer un orgasmo.

—Sí —digo entre gemidos.

—¿Sabes lo que veo yo? Lo fuerte que tu coño aprieta el cuchillo —gruñe con el rostro en tensión a causa del deseo—. Como si suplicara que lo llenaran.

—¿Te gustaría que en lugar del cuchillo fuera tu polla? —digo jadeante disfrutando de la forma en la que se le encienden los ojos. Me encanta la idea de que solo pueda soñar con follarme y se vea obligado a ver cómo lo hace el mango de un cuchillo. Una ráfaga de energía recorre mi cuerpo y soy incapaz de contener la sonrisa.

Alza la vista hacia mis ojos; en sus iris se refleja algo peligroso. Se me tensa el abdomen y el orgasmo va en aumento. Pero no siento temor hacia él, sino compasión.

—¿Duele saber que no me puedes tocar? —pregunto antes de soltar un nuevo gemido cuando el mango entra en contacto con ese punto que hay dentro de mí—. ¿Corta más esa certeza que este cuchillo?

—Sí —confiesa con un tono grave y oscuro.

—Pues no me puedes tener —digo para provocarlo. Me mira con detenimiento, comprende lo que estoy haciendo y no le gusta. Aun así, nunca me desobedecería, porque sabe que eso haría añicos la confianza que he depositado en él.

Mostrar respeto duele una barbaridad cuando tienes las manos atadas.

Me meto el cuchillo cada vez más adentro, más rápido y, cuando llego al punto álgido, decido que voy a dejar que me saboree un poco para intensificar su agonía.

Tan solo necesito un empujoncito, pero esta vez no seré yo la que le suplique que me deje correrme.

Será él quien me lo suplique a mí.

—¿Quieres lamerme, Zade? —le pregunto con los ojos ya casi en blanco—. Estoy a punto de correrme.

Baja la mirada hacia nuestras manos y la necesidad de contenerse hace que enseñe los dientes.

—Sí —responde ahogado.

—Pídemelo por favor.

El destello de peligro que le atraviesa los ojos y la salvaje curvatura de sus labios conforman una promesa de venganza, pero no duda en su respuesta.

—Por favor, ratoncita.

—Un lametón —concedo—. Haz que valga la pena.

Me echa una última mirada analítica, se inclina hacia delante y me estremezco al sentir la calidez de su aliento sobre mi coño.

Luego desliza la lengua contra mi clítoris, lenta y firmemente. Entonces lanza un gruñido y ya no me puedo contener. Me quiebro sobre él, gimiendo al tiempo que mi mundo se rompe en pedazos. Llevo rápidamente la mano libre hacia su pelo para aferrarme a algo mientras se me doblan las rodillas.

Se levanta a toda prisa, recoge mi cuerpo y lo estrecha contra el suyo. Nuestras manos siguen apretadas contra mi coño mientras me sobrevienen los espasmos.

Presiono la frente contra su pecho y cierro los ojos con fuerza a la espera de que los restos del orgasmo se desvanezcan poco a poco.

Me coge la cara con ambas manos antes de deslizármelas por entre los mechones de cabello y luego tira de ellos para echarme hacia atrás la cabeza mientras me estruja la boca contra la mejilla.

—Dámelos —exige bruscamente.

Con las réplicas del orgasmo todavía recorriéndome los nervios, decido dejarle entrar y giro la cabeza para dirigir mi boca hacia la suya. Sus labios capturan los míos de inmediato, y el placer que experimento rivaliza con el que todavía me irradia de entre los muslos.

Me besa profundamente y me arranca un pequeño gemido ronco antes de acercarse a mi oreja para rozarla con los labios. No salgo de mi asombro cuando se mete la mano en el bolsillo, saca una rosa y me la pone detrás del pabellón auditivo.

—Algún día volverás a sentirte segura conmigo —susurra con una voz peligrosamente suave —. Y, cuando llegue ese día, más te vale rezar para que me sienta generoso.



En cuanto entro en el Supple, el club donde esperamos encontrarnos con Xavier, siento como si una entidad siniestra se acercara y me envolviera.

Me he puesto una media máscara negra con tachuelas sobre los ojos que oculta la mitad superior de mi rostro. Aunque en este club no son obligatorias, la mayoría de los asistentes las lleva, ya que prefieren conservar el anonimato. Es decir, quieren mantener intacta su reputación.

La potencia de los sonidos graves hace vibrar el mármol negro y dorado que se extiende por la pista principal, flanqueada por una barra a cada lado y un escenario al fondo con asientos alrededor.

En lugar de los típicos ritmos de baile, suena una música lenta y pesada, y la mujer del escenario baila sensualmente siguiendo el compás. Lleva un conjunto negro de braga y sujetador con un vestido de malla con incrustaciones de diamantes por encima. Una máscara roja le cubre el rostro, enmarcado por el oscuro cabello que se disemina en ondas a su alrededor.

Me quedo extasiada unos instantes. Sus curvas esbeltas se balancean al ritmo de la música con gran precisión, lo que atrae a los espectadores como polillas a una llama ardiente.

Aunque no se quita la ropa, ni siquiera necesita desnudarse para interpretar el baile más sexy que he presenciado jamás.

—Nena, concéntrate —me susurra Zade al oído desde el *bluetooth*. Su voz profunda y rasgada me provoca un escalofrío. Probablemente ese tono se deba a que ha visto cómo la observaba. Ha pirateado las cámaras de todos los rincones de la sala y, pese a la mala calidad de las imágenes, supongo que ha visto lo embelesada que me he quedado.

Siento el rubor en las mejillas, que luego se propaga hasta la boca del estómago. Este lugar ya me está clavando las garras, y eso que apenas he pasado de la puerta principal.

—Baila muy bien —digo en mi defensa negándome a avergonzarme por apreciar la belleza de otra mujer.

—No me había fijado —responde.

Aunque suene extraño, lo creo, y eso acrecienta el calor que se me acumula en el vientre.

Hay varias personas sentadas en los taburetes, pero la sala no está ni mucho menos abarrotada. Veo un asiento vacío en la parte central de la barra izquierda, así que voy directa hacia él.

Necesito una copa antes de acceder al piso de abajo, que, según Zade, es donde se realizan los actos verdaderamente depravados.

El camarero es un joven que viste traje y pajarita con un elegante chaleco negro. Lleva su oscuro y brillante cabello peinado hacia atrás y luce un fino bigote que le cubre el labio superior. Seguramente esa es la pinta que tenía Edgar Allan Poe en sus años mozos.

—¿Qué desea, señorita? —pregunta con amabilidad clavando sus oscuros ojos en los míos.

—Un Martini, por favor —respondo.

Me trae la bebida un par de minutos después y acepta mi dinero en efectivo con una agradable sonrisa. Por suerte, no intenta entablar ninguna conversación trivial y se centra en la barra y en el resto de los clientes.

Echo un vistazo a mi alrededor mientras le doy un sorbo al Martini, cuyo ardor se desliza por mi garganta y me calma los nervios. No puedo evitar sentirme observada, aunque supongo que ese es precisamente el propósito de este lugar. Al parecer, aquí el voyerismo y el exhibicionismo se dan por sentado. No hay muchos sitios donde encontrar intimidad, y la mayoría de los clientes no se molesta en buscarlos.

En realidad, es más desconcertante que incómodo. Me pregunto qué sentirá la mujer del escenario, con tantos pares de ojos recorriendo cada una de sus curvas. ¿La hace sentirse bien? ¿O ignora el peso de las miradas de la gente y se deja llevar por la música?

Me acabo mi bebida, aparto la copa y me bajo del taburete antes de caer en la tentación de pedir otra. Por mucho que me guste la idea de sucumbir al agradable colocón que provocan unas cuantas copas, quiero que mi juicio esté intacto cuando llegue el momento de hablar con Xavier.

Teniendo en cuenta el poco tiempo que he tenido, me he preparado al máximo para volver a verlo, pero no soy tan ilusa como para creer que no va a abrir viejas heridas en cuestión de segundos. Sin embargo, ahora me he convertido en una mujer mucho más fuerte que antes y ya no volveré a sangrar por él.

Una vez que baje las escaleras, Zade no tardará en seguirme. Aunque confía en que sabré cuidar de mí misma, se niega a dejarme sola.

Es innegable que su presencia me da fuerzas y, cuando me enfrento a uno de mis maltratadores, me gusta reunir todas las que puedo.

Tras una lenta exhalación, encuentro la cortina que conduce al piso de abajo; se abre y se cierra para dar paso tanto a hombres como a mujeres. Agacho la cabeza y entro siguiendo a una pareja que no deja de toquetearse mientras camina.

Noto cómo el olor a sexo impregna el aire cuando salgo por la cortina del otro lado.

Aquí abajo, son muchos los cuerpos que ocupan el espacio, y al menos la mitad de ellos están desnudos. Varias mujeres llevan los pechos al descubierto para que otros los toquen y los besen. Algunos hombres han metido la mano por debajo de algún vestido o en el pantalón de otro hombre.

En este lugar no hay nada prohibido, y tengo que recordarme a mí misma que todo es consentido. No es como cuando nos castigaron a las otras chicas y a mí y nos llevaron a una habitación llena de cuerpos desnudos en la que varias de nosotras no queríamos estar.

Me detengo un momento para asimilarlo todo. Necesito familiarizarme con ese tipo de sexo que, si bien roza lo innatamente perverso, aporta nada más y nada menos que placer y deseo. Para todos los implicados.

Siendo sincera, tengo envidia. Echo de menos la libertad del sexo y lo cómoda que me sentía con él. Incluso cuando un hombre peligroso e imponente me obligaba a hacerlo, mi cuerpo lo

pedía a gritos, aunque mi cabeza gritara lo contrario. Ahora, tan solo de pensarlo me hace sentir como si me hubiera tomado una droga dura y estuviera demasiado colocada. La sensación es desesperante porque no es posible obtener el control, así que acaba por convertirse en una batalla sin fin para convencerse a uno mismo de que no cunda el pánico.

Me obligo a relajar los hombros y echo un vistazo a la sala en busca de alguien que se parezca a Xavier. La mayoría de los presentes llevan máscaras que les cubren la mitad de la cara, pero les dejan la boca al descubierto para… finalidades varias.

Con el corazón latiéndome intensamente, me abro paso entre los cuerpos para buscarlo, pero no lo encuentro.

Zade no se pone en contacto conmigo hasta quince minutos después.

—Lo he encontrado. Está en el pasillo de las salas de observación.

Veo el pasillo a mi izquierda y trago saliva al ver lo oscuro y poco acogedor que parece. Contengo la respiración y me escabullo entre los cuerpos en movimiento esquivando algunas manos sobonas.

El corazón me retumba en el pecho cuando entro en el pasillo. A ambos lados del techo se alinean unas luces de neón rojas que iluminan el espacio con el color del libertinaje. En cierto modo me recuerda a una casa encantada, pero, en lugar de gritos de terror, se oyen gritos de placer.

—Addie, puedes hacerlo —me anima Zade con voz suave. Debe de estar oyendo mi agitada respiración. El sudor me cubre la frente y la nuca mientras entro en una habitación que hubiera pensado que solo iba a ver en las películas.

Cada una de las paredes que me rodean cuenta con tres enormes ventanas de cristal. Detrás de cada una hay una habitación con una pareja en alguna de las fases del acto sexual. En la que tengo justo enfrente, hay una mujer a cuatro patas con un hombre de pie detrás que la azota en el culo con un bastón.

La pareja de mi izquierda practica sexo oral. El hombre sostiene en brazos a la mujer, que se encuentra boca abajo. Inclino la cabeza hacia un lado y me pregunto si hacer eso sería demasiado difícil.

A mi derecha, la mujer está encadenada a la cama y se retuerce mientras un hombre vestido de cuero la azota.

Debe de haber altavoces en las habitaciones, porque oigo sus gemidos con la misma intensidad que si estuviera junto a ellos.

Hay varios mirones tanto dentro como fuera de las habitaciones. Observan a las parejas mientras se tocan sutilmente a sí mismos o a la persona que tienen al lado.

Me muevo con aprensión y comienzo a sentirme fuera de sitio.

—Ya viene, nena —me alerta Zade, pero apenas lo oigo. Estoy tan hipnotizada por lo que ocurre delante de mí que no me doy cuenta de que alguien se acerca… hasta que su voz penetra en mi oído.

—¿Cuál te parece más fascinante?

Me sobresalto y no logro contener un grito ahogado. El corazón se me sale del pecho y el susto ha hecho que se me revuelva el estómago.

Reconocería su voz en cualquier parte. La oigo tan a menudo en mis pesadillas que tengo miedo de no poder olvidarla.

Xavier está de pie a mi lado, con las manos metidas en los bolsillos de forma despreocupada mientras observa. Tiene media cara cubierta por una máscara negra con un diamante plateado pintado sobre un ojo.

—Siento muchísimo haberte asustado —murmura. Sin embargo, la sonrisa de su cara indica que no lo siente en absoluto.

Aún no me ha reconocido. Llevo una peluca de color castaño oscuro para ocultar mi identidad, pero imagino que se dará cuenta de quién soy en cuanto me oiga hablar. Mi voz ronca siempre ha sido fácilmente identificable.

La presencia de Xavier es sofocante, y tardo unos segundos en apartar la mirada mientras lucho por ralentizar mi corazón.

Hecha un manojo de nervios, trago saliva y me coloco ante la pareja que tengo enfrente. Ahora el hombre se está follando a la mujer por detrás, y a ella se le ven los cardenales de color rojo brillante que él le ha hecho en el culo y en los muslos. Tiene las manos esposadas a la espalda y el hombre las utiliza como punto de sujeción. La mujer profiere gritos agudos de placer y, una vez más, yo siento una punzada de envidia.

—¿Eres muy tímida? —me espeta. Entorno los labios, que llevo pintados de rojo, y hago un gesto afirmativo con la cabeza esperando que eso le satisfaga.

«No seas tímida, diamante, vamos a ver lo bien que me chupas la polla».

Cierro con fuerza los ojos y aparto la cara para que no vea el enorme esfuerzo que estoy haciendo por mantener la compostura.

—Nena, estoy justo detrás de ti —susurra Zade. No me giro para mirarlo, pero igualmente puedo sentirlo. Su fuerza es mucho mayor que la del hombre que tengo al lado.

Me relajo al instante. Puede que Zade sea Hades, pero el dios oscuro nunca se ha caracterizado por inclinarse ante nadie que no sea su mujer. Eso me hace sentir que tengo una pequeña dosis de poder; la suficiente para reavivar mi confianza.

Xavier ya no puede hacerme daño. No puede tocarme, cortarme ni utilizarme. Es un pobre diablo que se hace pasar por un ser poderoso. Pronto le recordaré que no es más que un hombre y que yo soy la parca que se ha forjado bajo sus propias manos.

—Si quieres, puedo hacer que te relajes —sugiere Xavier a mi lado con voz más profunda—. A tu izquierda hay habitaciones privadas.

—Vale —acepto con timidez.

Me coge la mano y el tacto de su piel me produce un escalofrío por todo el cuerpo. Había olvidado lo muerto que está. Me empuja hacia unas puertas dobles situadas en la esquina de la

habitación. Miro sutilmente a Zade y veo que se ha puesto una máscara que le cubre toda la cara. Es negra con un diseño de puntos geométricos y tiene el ceño fruncido y un corte en el ojo. Sus ojos yin yang quedan ocultos y en su lugar solo se ven dos pozos sin fondo.

Hay que reconocer que tiene un aspecto aterrador. Y mentiría si dijera que no he notado algo en la parte baja del estómago, una sensación que ha acabado hundida entre mis muslos.

Me doy la vuelta y me concentro mientras Xavier me conduce a un pasillo lleno de puertas negras. Hay un silencio sepulcral.

—Habitaciones insonorizadas —señala Xavier mirándome con una sonrisa perversa.

Me muerdo el labio y los nervios se me ponen a flor de piel cuando entramos a una habitación privada. Las luces led situadas alrededor del techo tiñen de azul el blanco de las paredes. En el centro hay una cama individual negra con esposas en el cabecero y el piecero. Y, junto a ella, una cómoda, probablemente llena de todo tipo de juguetes.

—Xavier, ¿debería preocuparme que estas habitaciones estén insonorizadas? —le pregunto, ya sin importarme que reconozca mi voz.

Gira lentamente la cabeza hacia mí; la sorpresa se refleja en sus ojos azules. Incluso bajo la máscara, no puede ocultar su reacción.

—Veo que mi diamante ha vuelto a mí —dice curvando los labios en una sonrisa. Me recorre el cuerpo con los ojos, contemplándome sin prisa y deteniéndose en el tatuaje de una rosa que llevo en el antebrazo.

»Dios mío, estás fantástica. Ese debe de ser el motivo por el que no te he reconocido de inmediato. —Dirige su mirada hacia mi melena—. Y tienes el pelo más oscuro. No me gusta demasiado.

—Eso me ha dolido, la verdad —respondo secamente.

La ira centellea en sus iris y me resulta imposible contener la sonrisa.

Mueve la cabeza arriba y abajo, al parecer para sí mismo.

—Sospecho que has vuelto para matarme.

Ladeo la cabeza.

—¿Crees que podría? —pregunto. Aunque en realidad no me interesa lo más mínimo recibir su aprobación.

Se ríe echando la cabeza hacia atrás y deja al descubierto su garganta. Un tajo en la yugular. Bastaría con eso. Pero no quiero matar a Xavier.

Esta noche no.

Su risa se desvanece y, si estuviera respirando más fuerte, no habría oído el sutil chasquido que se ha producido detrás de mí.

Me giro y el corazón me da un vuelco cuando muevo la manilla y descubro que ha bloqueado la puerta. Lo que significa que está automatizada.

—El propietario es muy amigo mío —explica Xavier en tono sombrío—. Si queremos pasar más tiempo con las chicas del que están dispuestas a darnos, tenemos… medios para conseguir

que se queden un poco más.

Me vuelvo de nuevo hacia Xavier y observo que tiene la mano en el bolsillo. Debe de disponer de algún tipo de botón ahí guardado para activar las cerraduras.

Tengo el pulso descontrolado, pero aun así alzo la barbilla y trato de mostrar una confianza que estoy lejos de sentir.

Ni Zade ni yo sabíamos que aquí se daban estas situaciones. Una de las reglas más importantes de este club es que no hay cerraduras, así las mujeres están más seguras y cómodas. Parece que el dueño es un cabrón baboso y sabe cómo ocultar lo que en realidad sucede. Me pregunto a cuántas mujeres han atrapado en estas habitaciones y cómo hicieron para que guardaran silencio. La reputación del Supple es impecable, lo que significa que sus tácticas intimidatorias surten efecto.

—Has bloqueado las puertas —digo en voz alta para que Zade me oiga.

—¿Qué coño acabas de decir, nena? —Su voz me llega un segundo después, y sé que ya se está abalanzando hacia la puerta.

Para proteger la intimidad de los que usan las habitaciones privadas, aquí no permiten cámaras. Pero lo sorprendente es que ni siquiera haya una cámara oculta, como Zade pensaba. Eso significa que ahora estoy aquí encerrada y él no podrá ver nada de lo que pase.

La adrenalina bombea por todo mi organismo y el miedo se me acumula en las entrañas.

Puede que sea más fuerte de lo que era, pero eso no significa que el estrés postraumático no me siga teniendo cogida por el cuello. El trauma no es algo que desaparezca sin más. Aunque he mejorado, todavía queda mucho por hacer, y tengo la sensación enfermiza de que Xavier me machacará hasta hacerme volver a ese oscuro lugar del que tantas semanas me costó salir.

Es el hombre del saco de mis pesadillas. La cara que no me puedo sacar de la cabeza. Las cosas por las que me hizo pasar fueron mucho peores que las que me hicieron Rocco y sus amigos. Lo suyo fue algo personal.

Yo no era solo el cuerpo que se pasaban de uno a otro. Era una posesión a la que le dedicaba tiempo. Alargó mi sufrimiento todo lo que pudo, y esos son los momentos que más me atormentan.

Le supliqué una muerte que nunca me iba a conceder, dándole poder sobre una vida que nunca le perteneció.

Pero ahora me niego a acobardarme. Me niego a volver a cederle ningún tipo de control sobre mí. Esta noche voy a recuperar ese poder y a hacer que desee haberme clavado aquel puto cuchillo en la garganta.

El pomo de la puerta se agita detrás de mí, lo que atrae la atención de Xavier. Aprovecho la oportunidad y le lanzo el puño directamente a la nariz con un movimiento brusco.

La cabeza se le va hacia atrás, con los ojos desorbitados por la sorpresa. Antes de que pueda recuperarse, arremeto contra él asestándole un nuevo puñetazo en el estómago y luego otro en la sien.

Ruge con fiereza mientas levanta un brazo y me golpea en un lado de la cabeza, desagarrándome la mejilla con el anillo de oro que adorna su dedo. Le brota sangre de la nariz mientras se abalanza sobre mí con una mueca de odio.

Caemos bruscamente contra la puerta y yo me quedo sin aliento. Entonces me agarra por los bíceps y me tira al aire con todas sus fuerzas mostrando una expresión de pura rabia.

Salgo volando entre gritos y aterrizo torpemente en el suelo sobre mi hombro, de forma que también me golpeo la sien contra el suelo de baldosas. Una explosión de estrellas inunda mi campo de visión mientras la voz de pánico de Zade se ahoga en mi oído.

Habrá puesto a Jay a trabajar para que desbloquee las puertas y no tardará mucho en averiguar cómo hacerlo, pero Xavier puede matarme en tan solo un segundo.

Pese a la visión borrosa, veo cómo el puño de Xavier vuela hacia mi cara. Me aparto instintivamente y su mano rebota contra el duro suelo. Se pone a gritar mientras sacude la mano para mitigar el dolor.

Aprieto los dientes e intento darle una patada, pero consigue agarrarme por el tobillo y luego me arrastra hacia él.

Su rostro se contorsiona con furia animal. La sangre mana de su nariz rota, filtrándose por las grietas de sus dientes.

Lucho contra él sacudiendo la pierna con todas mis fuerzas hasta que consigo liberarla el tiempo suficiente para lanzarle el pie a la cara.

Se da la vuelta justo a tiempo y el tacón solo le roza la sien.

—Zorra de mierda —gruñe mientras me agarra de nuevo las piernas y se sube encima de mí. Me revuelvo con violencia, pero solo consigo facilitarle que me ponga boca abajo y me sujete las manos con las rodillas. Me desgarra el vestido y, por un momento, pierdo el control y caigo presa del pánico. Grito con todas mis fuerzas cuando me levanta el vestido por encima del culo.

Por más que lucho, no logro que deje de apretarme más y más entre sus muslos y mis esfuerzos resultan inútiles.

El ruido metálico que hace al desabrocharse la hebilla es lo que finalmente me saca de mis casillas.

Ni de puta broma este cabrón va a volver a acercarme la polla.

Sin dejar de jadear, me quedo quieta y apoyo la cara sobre la fría baldosa.

Él se ríe; cree que me he rendido como todas las otras veces. Normalmente me quedaba tumbada y aguantaba, consciente de que resistiéndome solo conseguiría empeorar las cosas.

—Muy bien, diamante. Buena…

Suelto un rugido y me rebelo contra él, lo que lo coge desprevenido y lo obliga a inclinarse hacia delante. Y entonces echo la cabeza hacia atrás y lo golpeo justo en la nariz.

Él suelta un agónico gemido y pierde fuerza al sujetarme. Entonces me giro al tiempo que le dirijo el puño directamente hacia la tráquea.

Los ojos casi se le salen de las cuencas y sus gritos se ahogan cuando se ve en la necesidad de

coger oxígeno. Justo en ese momento, la puerta se abre de golpe con un sonido atronador.

Zade entra con paso decidido; la furia de su rostro es tan potente que todos sus rasgos distintivos se diluyen en ella.

—No lo mates, Zade —le grito. Vuelvo a entrar en pánico, aunque de otro tipo, cuando coge a Xavier por la parte de atrás de la americana y lo levanta como si estuviera sujetando a un gato por el puto pescuezo. Lo agarra con tanta fuerza que se le vuelve a abrir el corte de la mano y empieza a chorrearle sangre por la muñeca.

»¡Zade! —chillo mientras corro hacia ellos al ver que saca la pistola de la parte posterior del pantalón, con el silenciador ya acoplado. No me oye, así que hago lo único que se me ocurre: agarro el cañón de la pistola y lo giro hasta que me apunta a mí.

Se vuelve hacia mí y me mira con una mezcla de rabia e incredulidad.

—No. Lo. Mates.

Todavía con la respiración agitada, gruñe, me quita la pistola de las manos y se la mete de nuevo en los pantalones. Después le da un puñetazo en la cabeza a Xavier y lo deja inconsciente. A pesar de que ahora es un peso muerto en sus manos, sigue sosteniéndolo como si fuera tan ligero como una pluma.

Está demasiado ocupado mirándome a la cara y enseñándome los dientes.

—Ratoncita, si vuelves a hacer eso, te reclinaré sobre mis rodillas y usaré este cañón en ese culito tan prieto que tienes. ¿Me has entendido?

Hago una mueca y asiento con la cabeza; ahora me doy cuenta de lo cerca que ha estado de dispararme. Aunque hubiera sido culpa mía, él nunca se lo habría perdonado.

—Dame una bofetada, un puñetazo, una patada en las putas pelotas. Pero no apuntes mi pistola hacia ti.

Vuelvo a hacer un gesto afirmativo con la cabeza, ahora que nadie me ataca y parece que vuelvo a la realidad. La voz de Zade se convierte en un susurro lejano y voy estrechando lentamente la vista para paliar la pérdida de visión periférica.

Estoy entrando en colapso y lucho por mantener la cordura.

Xavier ha intentado violarme. Y ha estado a punto de conseguirlo.

«Abre las piernas, diamante».

«Tienes un tono muy rosado. Me muero de ganas de enrojecerlo con sangre».

Jay debe de decirle algo a Zade porque suelta rápidamente a Xavier, cuya cabeza se estampa contra la baldosa con un golpe carnoso, y se vuelve a poner la máscara en el rostro.

Los de seguridad irrumpen en la habitación un instante después, distrayéndolo antes de que pueda ver lo asustada que estoy. Dos hombres con traje de tres piezas nos apuntan con sendas pistolas.

—¡Soltad las armas! —grita uno de ellos. Zade levanta las manos y las mías instintivamente hacen lo mismo.

—No hace falta que griten, caballeros. Solo estaba salvando a mi chica de ser asaltada por este

hombre de aquí.

Los dos guardias miran a Xavier, que yace inconsciente en el suelo, pero no parecen dispuestos a soltar las pistolas.

—¿Ese es Xavier Delano? —pregunta uno de ellos, tratando de verlo bien.

—No —miente Zade. El rostro de Xavier sigue cubierto, pero, si ha venido aquí con la suficiente frecuencia, podrían reconocerlo por el pelo o la estatura. A veces, algo tan simple como unas manos puede ayudar a identificar fácilmente a una persona con la que has tratado.

Yo reconocería esas manos a un kilómetro de distancia…

Los guardias se adentran en la habitación para intentar ver mejor a Xavier. El corazón me late tan fuerte que me duele el pecho, y la vista se me nubla.

Estoy cayendo en una espiral, y saber que eso podría hacer que me dispararan no es suficiente para ponerme en el buen camino.

—P-por favor —digo entre susurros—, intentaba hacerme daño.

Los guardias se miran el uno al otro y bajan despacio las armas; parecen ligeramente preocupados por la incoherencia de mis palabras. Aunque en realidad eso da igual. Xavier es demasiado importante como para dejar que nos vayamos de rositas.

—Addie —susurra Zade. Al principio no estoy segura de lo que intenta expresar, pero luego hace un gesto hacia arriba con la barbilla, como diciéndome que siga por ahí.

Que los distraiga. Eso es lo que quiere.

Aunque por la tensión de sus músculos y por cómo avanza hacia mí, diría que está a punto de mandarlo todo a la mierda y venir a mi encuentro. Se ha dado cuenta de que me estoy rompiendo y duda entre consolarme y sacarnos de aquí con vida.

Inclino hacia abajo la barbilla para indicarle que lo he entendido. No me va a resultar difícil actuar cuando igualmente estoy al borde de perder la cabeza. Se me caen las lágrimas y me tiembla el labio. Suelto un gemido, me agarro el pelo con las manos y tiro de él.

—Quería v-violarme —digo entre sollozos.

—Vale, vale, oye, tranquila. Lo solucionaremos.

Me pongo a gritar y a sacudir la cabeza, y los guardias se quedan tan sorprendidos por mi arrebato que sueltan las pistolas. Se miran el uno al otro con ojos desorbitados y mantienen una conversación silenciosa; uno pregunta «¿qué coño hacemos, tío?», y el otro responde «ni puta idea, está fatal».

—Oye, cálmate, ¿vale? —dice el primer guardia en el tono menos tranquilizador que he oído en mi puta vida. Luego se vuelve hacia su compañero—. Pide refuerzos.

Pero una bala atraviesa el cráneo del segundo guardia antes de que el primero acabe de hablar.

En cuestión de segundos, Zade ha sacado su pistola y lo ha tiroteado, ayudándose del silenciador enroscado en el extremo para no hacer ruido al cometer el crimen.

El primer guardia abre los ojos de par en par y trata de apuntar, pero una bala le atraviesa la frente. Su cabeza cae hacia atrás y se desploma en el suelo junto a su compañero.

Zade no pierde el tiempo. Levanta a Xavier y se lo echa al hombro, luego me coge de la mano y tira de mí.

—Vamos, pequeña. Cuando subamos al avión, pienso abrazarte como nunca.

No sé si llego a responderle mientras me arrastra hacia el final del pasillo. Va hablando en voz baja, seguramente dándole alguna orden a Jay, pero los gritos de mi cabeza ahogan sus palabras.

Mi cuerpo se mueve en piloto automático. No recuerdo cómo nos sacó de allí. No recuerdo las tres horas que duró el vuelo de vuelta a casa. No recuerdo nada más que el peso de Xavier sobre mí y el tintineo de su hebilla, que no deja de resonar en mi cabeza.

31 de mayo de 2022

Cuando Xavier terminaba de hacer lo que quería conmigo, me acariciaba. Sí. Raro de cojones.

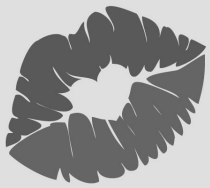
Pero, mientras lo hacía, me decía que tarde o temprano Zade iba a dejar de quererme. Que los hombres como él no soportaban pensar que otro hombre hubiera tocado algo suyo. Durante un tiempo, lo creí.

Y, aunque no se equivocaba, tampoco tenía razón.

Subestimó la obsesión de Zade, y nunca he estado más agradecida de que lo hiciera.

Dios mío, es evidente que no estoy bien.

Aunque supongo que más raro sería si a estas alturas todavía fuera normal, ¿no?



CAPÍTULO 32

El diamante



Tiemblo como un viejo aparato de aire acondicionado a punto de escacharrarse.

Acabamos de llegar a casa. Zade está en el sótano ocupándose de Xavier y yo me aferro desesperadamente a mi última pizca de cordura. El desasosiego se me pega a los huesos y me siento como un animal encerrado en su propia jaula.

Con el corazón a mil por hora, cierro la puerta de mi habitación y camino de un lado a otro mientras me paso las manos por el pelo y tiro de él con fuerza en un patético intento de calmar la ansiedad.

«No te preocupes, diamante, te lo haré despacio. Quiero que sientas cada centímetro de mí».

No, no quiero.

Se me llenan los ojos de lágrimas y sacudo la cabeza para librarme de esa puta voz demoniaca.

Debo de haberme olvidado de echar el pestillo de la puerta, porque minutos después Zade irrumpe en la habitación y la cierra de un portazo mientras un fuego abrasador le consume los ojos.

—Tenemos que hablar, Adeline. He dejado que lo proceses todo durante más de cuatro horas. Ahora necesito que hables conmigo.

La histeria me consume, ¿qué parte es la que no entiende? No quiero escuchar sus putas palabras ni verbalizar las mías. Tengo demasiadas en la cabeza y me estoy ahogando en ellas.

Me giro para huir hacia las puertas del balcón. No tengo ni idea de lo que voy a hacer una vez allí —puede que arrojarme por la barandilla y acabar con todo—, pero antes de que haya tomado ninguna decisión Zade ya me está pasando el brazo por la cintura y dándome la vuelta.

En cuanto mis pies tocan el suelo, me zafo de sus brazos y me giro hacia él.

—Basta —le digo—. Déjame en paz, Zade.

—¿Cuántas veces vas a huir antes de darte cuenta de que no puedes escapar de mí? —dice gruñendo mientras invade mi espacio personal sin darme un respiro.

Doy un paso atrás para escapar de su intensidad. Pero él no me suelta y vuelve a acercarse a

mí hasta que me aplasta contra la pared.

—Todas las veces que haga falta hasta que tú te des cuenta de que no quiero que me atrapen —respondo al borde de la ira. Ni siquiera estoy segura de por qué estoy enfadada, solo sé que me molesta que él esté molesto.

«Diamante, déjame sentir cada centímetro de tu dulce cuerpo. Joder, me encanta tocarte. ¿A ti no te encanta tocarme, nena?».

—Te estás ahogando, Addie. Deja que te ayude.

Entorno los ojos y cierro la boca en una fina línea recta.

—¡Estoy bien! —le discuto acaloradamente cada vez más a la defensiva simplemente porque tiene razón.

Me estoy ahogando. Y lo más aterrador es que no siento la necesidad de subir a la superficie para respirar.

—No estás bien. ¿Y sabes qué? Yo tampoco. No estoy para nada bien, joder.

La mano le tiembla cuando me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja.

Este hombre ha demostrado tener una gran fortaleza, como un pilar de piedra que han intentado derribar de forma despiadada. El caso es que la piedra también se desmorona. Y se rompe, se desconcha y se agrieta. Incluso cuando se mantiene en pie, siempre le faltan trozos.

Y ahora lo tengo aquí delante, desmoronándose mientras hablamos.

—Sueño con las formas en las que los haré sufrir —murmura—. Sueño con su sangre en mis manos, entre mis dientes. Mataré a todos y cada uno de ellos por ti, ratoncita, y me regocijaré como un cabrón al hacerlo.

Lo miro fijamente con el labio temblando, pero me obligo a mantenerme firme. Al principio, sentía todo tipo de emociones mientras estaba atrapada en esa casa. Y luego ya no sentí nada.

Ahora lo único que me queda es un montón de pedazos rotos en las manos, donde se supone que debería estar mi corazón, y no sé cómo arreglarlo sin hacerme cortes aún más profundos.

—No te necesito, Zade. No necesito que hagas nada por mí.

Me agarra por la nuca y me acerca a él.

—Mira, Adeline, eso es justo lo que no vamos a hacer —vocifera enseñando los dientes—. No vamos a actuar como si fueras tan fuerte que ya no me necesitaras. ¿Quieres saber por qué, nena? Porque hay muy pocos hombres en el mundo capaces de matarme. Y yo te necesito, joder. ¿Me entiendes?

Aprieto los dientes, negándome a responder.

—¿Crees que, de alguna manera, necesitarme te hace débil?

—¿No es así? —le suelto.

—Claro que no, nena, te hace más fuerte. —Se inclina hacia mí y me acerca la cara—. Puede que posea cada aliento de tu cuerpo, pero no te equivoques, Adeline, tú también posees el mío. Puedes dominarme como quieras. Doblegarme, romperme. Moldearme y manipularme. ¿Crees que eso me hace débil? ¿O crees que soy lo bastante fuerte como para admitir que, aunque mi

cuerpo pueda vivir físicamente sin ti, nunca recuperaría mi puta alma?

Me desliza la mano por el pelo y aprieta los mechones con fuerza.

—Sin ti me haría añicos. Pero contigo soy indestructible.

Respiro profundamente y tenso la mandíbula en respuesta a las distintas reacciones que circulan por mi cuerpo.

Aunque la más destacada, la peor, es la de hacer todo lo que esté en mi mano para alejar a este hombre de mí.

Se me eriza la piel bajo su tacto eléctrico. Esas chispas que antes me hacían sentir en la gloria ahora parecen púas que me atraviesan la carne.

—Todos los hombres que posaron sus ojos sobre ti mientras estabas en esa casa morirán de forma lenta y dolorosa. Ya he matado a bastantes de ellos…, pero aún no es suficiente.

Me atrae hacia él y me tenso cuando me rodea con su cuerpo.

Muchos hombres han hecho lo mismo. El sudor me empapa la piel cuando toman mi cuerpo, su piel se desliza contra la mía. Se desliza dentro de mí. Sobre mí. A mi alrededor.

¿Cómo puede ser que con él me sienta como en casa, tan a salvo, y a la vez tenga la sensación de que me están enterrando viva?

Noto cómo sus labios me susurran en el pómulo y el pánico se dispara. Me falta el aire y se me contraen los pulmones cuando acerca la otra mano para tocarme. Veo pasar los recuerdos ante mis ojos y me pongo a temblar. Rostros, tantos rostros. Sonríen mientras me lo quitan todo.

Sus putas bocas podridas susurran palabras obscenas.

«Qué guapa eres».

«Vas a estar preciosa con esos labios alrededor de mi polla».

«Joder, me podría correr con solo tocarte».

«Tus tetas son perfectas, ¿cuánto pagaste por ellas?».

«No me puedo controlar. Te necesito ahora mismo».

«No me puedo controlar».

«No me puedo control…».

—Suéltame —susurro.

Se queda quieto, con la boca sobre mi mejilla.

—Para… Deja de tocarme, joder.

Lo oigo tragar saliva.

—Eso es como pedirme que me arranque el puto corazón.

—Si yo puedo vivir sin él, tú también —le digo.

Parece hecho de piedra maciza mientras procesa mis palabras. Y lo único que quiero es destrozarlo. Hacer que se derrumbe contra mis puños.

Se aparta lentamente y sus ojos desiguales se clavan en los míos.

¿Qué es lo que ve cuando me mira?

¿Ve la ira que se revuelve bajo la superficie? Como al mirar hacia abajo desde la boca de un

volcán para saber cómo es por dentro. Rojo. Ese es el puto color que lo inunda todo.

Y, aunque así es como son todos los seres humanos en su interior, yo ya no estoy llena de sangre. Solo de fuego.

—¿Piensas en ellos cuando te toco? —pregunta con voz más dura.

El fuego se aviva, se me acumula en la boca del estómago y asciende por mi pecho como si fuera lava.

¿Quién le ha dado derecho a tocarme? ¿Quién se lo ha dado a nadie?

El temblor se intensifica hasta el punto de que me tiritan los huesos y me castañetean los dientes.

Fuego.

Me muevo sin pensarlo, cojo la pistola que lleva en la cintura de los vaqueros y se la arranco de un tirón. En cuanto se da cuenta de lo que he hecho, retrocede y levanta las manos en señal de rendición.

Le apunto con el arma a la puta cabeza y lo único que quiero es volársela. Quiero ver cómo le explota el cerebro alrededor de la bala.

Porque no estoy mirando a la cara del hombre que amo.

Ni siquiera lo veo.

Todo lo que veo es a un hombre sin rostro que intenta llevarse parte de mí sin mi puto permiso.

Y quiero que arda por ello.

Tengo los ojos llenos de lágrimas y se me nubla la vista. Me tiembla tanto la mano que la pistola no para de vibrar, pero está lo suficientemente cerca como para acertar de lleno. No me importa si la bala le da en la cabeza, en la garganta o en el pecho.

—Ratoncita —dice muy bajito. Cierro los ojos con fuerza para sacarme ese dulce susurro de la cabeza. No quiero oírlo. No quiero que se mezcle con las otras voces.

Hay tantas…

«Joder, qué apretadito. ¿Seguro que ya te han follado?».

«Shhh, no llores, diamante, solo te dolerá un segundo».

«No puedo esperar a oírte gritar».

«Déjame ver esa sangre, nena. Enséñame lo fuerte que te destrozo con mi polla».

—Tú eres igual, ¿verdad? —digo amargamente con la voz entrecortada—. También me has forzado, ¿recuerdas? Te has llevado una parte de mí… Me has robado. ¿Por qué te crees tan diferente?

Me queman los ojos de las lágrimas que me brotan. Y, en cuestión de segundos, se derraman y me caen por las mejillas.

—¿Esos recuerdos no te dejan dormir? —pregunta con voz suave—. ¿Te atormentan?

Me enseña los dientes y veo que en sus ojos también se refleja la ira.

—¿No piensas en mis caricias como un puto regalo del cielo?

—¡Ya no! —grito apuntándole con la pistola. Inhalo profundamente y noto cómo un sollozo me sube por la garganta.

Él asiente despacio mientras se atenúa la ira de sus ojos. En el fondo, entiendo lo que le pasa. Sé que no está enfadado conmigo.

Está enfadado porque no puede hacer nada.

Se siente desesperado.

Una maldita causa perdida.

Porque yo nunca seré la misma. Y él lo sabe.

Pero lo que no sabe es lo que eso significa para él. Para nosotros.

El sollozo se me escapa, pero la rabia persiste.

Avanza hacia mí lentamente, como si se aproximara a un animal asustado con dientes feroces. No despega sus ojos de los míos, y estoy a punto de volver a caer en ese control paralizante que ejerce sobre mí. Y, cuando lo tengo justo delante, aprieta su frente en el cañón de la pistola.

—¿Esto te hace sentir poderosa? —murmura.

Suelto otro sollozo, pero no bajo el arma.

—¿Hace que te sientas viva otra vez?

Frunzo el ceño, pero no logro reunir el valor necesario para responder. Soy incapaz de explicar lo que me hace sentir; solo sé que me hace sentir algo.

—Lo que pasa es que te has olvidado de que el corazón que late dentro de tu pecho no es tuyo, joder —dice gruñendo—. Es mío. Y, si mi corazón ha dejado de funcionar, entonces ya puedes apretar el gatillo, ratoncita. Acaba con lo que queda de mí. No quiero vivir si no soy la razón por la que respiras.

Me rompo y cierro los ojos para evitar que fluya el torrente de lágrimas, pero es como poner un trozo de papel sobre una tubería a punto de estallar.

Mi rostro se retuerce mientras me consume la más pura agonía.

—Quiero dejar de sentir —digo atragantándome. Apenas he pronunciado estas palabras, un sollozo desgarrador me estalla entre los labios.

—Deja que… Joder, Addie, deja que te abrace —dice con aspereza y voz entrecortada.

Me arranca la pistola de las manos y la tira sobre la cama, y entonces me eleva entre sus brazos con ligereza y me estrecha contra su pecho macizo.

Abro la boca y grito. Grito y grito hasta que mi voz se quiebra por la presión. Hasta que temo que la fuerza que estoy haciendo me destroce la garganta.

Quiero salir desesperadamente de mi cuerpo. Tan solo para poder escapar de esta sensación.

No. Lo que quiero es volver a sujetar esa pistola con la mano para poder volverla contra mí.

Mi garganta estalla en un último grito; está tan lleno de dolor que hace que Zade se arrodille.

Y el pilar finalmente se desmorona.

El crudo sonido se apaga y se convierte en un gemido ronco y entrecortado.

Respiro hondo, llenándome los pulmones de un oxígeno que no quiero, pero estoy demasiado

perdida en mi dolor para gritar como querría.

Zade me agarra con más fuerza y tiembla con angustia mientras se aferra a mí. Mete el rostro en mi cuello y simplemente… escucha.

Escucha cómo su corazón se rompe dentro de mi pecho.

Las voces de mi cabeza se amplifican y me clavo las uñas en el cráneo, desesperada por que se callen. Pero sus manos me detienen; agarran las mías y las atrapa entre nuestros pechos.

—Ya no están aquí —susurra en tono irregular—. Escúchame a mí, pequeña.

Niego con la cabeza, pero él sigue hablando. Me recuerda la primera vez que me vio y lo insegura que parecía en aquella habitación llena de gente. Dice que era como si estuviera atrapada en una caja de cristal y los demás me observaran desde fuera como a un animal del zoo. Luego habla de la primera vez que me enfrenté a él. De cómo salí corriendo mientras gritaba como una *banshee*, con fuego en los ojos y escupiendo veneno por la lengua. Recuerda lo mucho que le sorprendió mi valentía y cuánto significó para él ese momento.

—He visto a la mujer que apenas soportaba estar en su propia piel y a la mujer que se sentía cómoda en una mansión gótica, rodeada únicamente de sí misma y de los fantasmas que la acechaban. Me encantaron esas dos versiones de ti y también me encanta quién eres ahora: una persona tan llena de fortaleza como de vulnerabilidad. Aun así, llevas fuego en el corazón, algo que no cambiará nunca. Adeline, eso nunca te lo podrán arrebatar.

Sus palabras tan solo consiguen hacerme llorar con más fuerza; sin embargo, tal como prometió, las voces comienzan a desvanecerse.

Es difícil calcular el tiempo que pasa hasta que por fin me calmo lo suficiente como para hilvanar una frase.

—A veces no sé si podré llegar a tolerar tu tacto —confieso en un susurro desgarrado.

—¿Y eso te parece bien? —replica—. ¿Es así como quieres vivir tu vida? Temiendo que te toque un hombre, que te toque yo.

¿Lo es? Una parte de mí quiere que me encierre en mí misma y no deje que ningún otro hombre vuelva a ponerme las manos encima. No quiero ver esas imágenes en mi mente cada vez que siento una piel deslizarse contra la mía.

Pero hay otra parte de mí que se rebela y lucha contra esa idea. La misma parte que me permitió usar su mano y el mango de ese cuchillo como desahogo. No quiero permitir que esos hombres me quiten más de lo que ya me han quitado.

Porque, si lo hago, nunca pararán. Seguiré entregando cada pedazo de mí hasta que no quede más que un contorno de tiza.

—No sé cómo… volver a sentirme bien con ello.

—¿Ni siquiera con tu propia mano? —dice con rudeza. Se aparta y me deja suavemente en el suelo.

—Recuperaste el poder con aquel cuchillo. Ahora puedes recuperarlo también respecto al contacto físico. Déjame que te enseñe.

Arrugo el entrecejo y lo miro con los ojos hinchados llena de confusión.

Su mirada rutilante escudriña mi rostro y no me hace falta ningún espejo para saber que tengo la piel enrojecida y las mejillas empañadas de lágrimas secas.

Me pasa el brazo por encima para alcanzar una rosa que hay en la mesilla y hace girar el tallo entre los dedos. Las espinas le atraviesan la piel y de los pinchazos le brotan gotitas de sangre.

—No cortaste las espinas —le susurro.

—Te he estado protegiendo para que no sufrieras, pero a veces abrazar el dolor es la única manera de superarlo. Quítate el vestido —ordena con calma. Parpadeo y abro la boca, pero él me interrumpe—: Adeline, confía en mí. No voy a hacerte nada que no quieras.

Me quedo mirándolo; el corazón se me acelera mientras las expectativas que ha verbalizado flotan entre los dos.

Trago saliva con fuerza, me llevo la mano a la espalda y me desabrocho el vestido a tientas, de forma que la parte de arriba me cae por los brazos. Deslizo la prenda rápidamente por mi cuerpo antes de que me dé tiempo a pensar en lo que estoy haciendo. Lo que me está obligando a hacer.

—Buena chica —dice con la respiración agitada—. El sujetador también, Addie. Quítatelo todo.

Sacudo la cabeza, los vestigios de las voces empiezan a oírse más alto.

—Deja de pensar. Haz lo que te digo.

Me muerdo el labio, me desabrocho el sujetador sin tirantes y lo tiro a un lado.

—Buena chica —me halaga con los ojos firmemente clavados en los míos. Espero a que baje la vista, pero se resiste a hacerlo.

«Qué diamante tan bonito, mira…».

—No pienses, Adeline.

Cierro los ojos con fuerza y trato de sacudirme los pensamientos de la cabeza.

Tengo demasiada tensión en el pecho, y el pánico empieza a apoderarse de mí de nuevo.

—Zade…

—Shhh —me hace callar. Se sienta en el suelo y se apoya en la estructura de la cama con las piernas abiertas. Los músculos se me tensan hasta el punto de que el cuerpo me vibra por la necesidad de escapar—. Siéntate aquí —dice con firmeza dando unas palmadas en el suelo, entre sus piernas.

Dudo unos segundos hasta que me armo de valor para hacerle caso y arrastrarme hacia él. Llevo la vista a cualquier parte menos a su cara. Si lo miro, podría echarme atrás.

—Ponte de espaldas a mí.

No puedo evitar sentirme aliviada antes de girarme y acomodarme entre sus gruesos muslos.

Todavía estoy muy tensa, pero ahora me es más fácil respirar.

—Voy a inclinarte hacia mí —me advierte. Con el labio entre los dientes, le hago un gesto afirmativo con la cabeza y dejo que me rodee el cuerpo con la mano y me presione el pecho para guiarme hacia atrás.

Es como intentar doblar una cuchara de metal. Cuesta, pero al final consigue apoyarme en su pecho. Su calor penetra en mi piel, como cuando el sol te brilla en la cara el primer día cálido de primavera tras un largo y frío invierno.

—Muy bien, cariño. Relájate.

Tengo que tragar varias veces para disipar el nudo que se me ha formado en la garganta.

—Respira —susurra.

Lo hago. Al menos lo intento.

Expulso el oxígeno tartamudeando como un motor viejo. Cada vez que inhalo, tengo la sensación de estar respirando sustancias químicas. Todo quema. Todo ejerce presión sobre mí.

—Coge esto —me dice sosteniendo la rosa en su mano vendada. Por la muñeca le resbalan diminutos regueros de sangre, y hay algo en ello que me resulta tranquilizador, igual que cuando se cortó en la mano al sujetar el cuchillo para darme placer.

Ver sangrar a otra persona hace que no me sienta tan sola.

Cojo la rosa e inmediatamente se me clava una espina en la piel, pero apenas la noto. Tengo toda mi atención puesta en el calor que emana de su cuerpo mientras lo aprieta contra mi espalda.

—Cariño, ¿puedo tocarte los muslos? —pregunta en voz baja y profunda. Asiento de nuevo y él me separa las piernas con sus grandes manos. Estoy totalmente concentrada en el movimiento, y el terror es cada vez mayor. Siento un hormigueo en la punta de los dedos y sé que muy pronto me subirá por las extremidades hasta que deje de sentirlas.

—Relájate —susurra—. Voy a hacerte una pregunta y quiero que pienses muy bien la respuesta, ¿vale?

Respiro hondo y retengo el aire unos segundos antes de soltarlo. Luego muevo arriba y abajo la cabeza mientras trato de calmarme.

—¿Qué hace que te sientas poderosa, Addie? ¿Tener la pistola en la mano? ¿Apuntarme con ella a la cabeza y saber que podrías acabar con mi vida?

Se me saltan las lágrimas y me asalta cierto sentimiento de culpa.

—Lo sien…

—Adeline, no quiero que te disculpes ni que te sientas culpable. Lo que quiero es que me digas la verdad. ¿Qué sentías mientras me apuntabas a la cabeza con una pistola?

Aprieto los labios, acallo la vergüenza e intento ver más allá. ¿Qué sentí?

Sentí… que tenía el control. La vida de otra persona estaba en mis manos y yo, solo yo, podía decidir si apretaba el gatillo. Me pertenecía algo precioso. Algo irreversible. Y era del todo… mío.

—Me sentí poderosa —admito.

—¿Y qué te hace sentir el poder? —pregunta él con voz más grave mientras me sube una mano hasta el cuello, esquivando mis pechos. Su tacto es sensual pero… seguro.

»Deja que te sienta aquí.

Me desliza la mano lentamente por la tráquea, dándome tiempo para rechazarlo. Al ver que no

digo nada, me aprieta la mandíbula, me obliga a levantar la barbilla y me tira de la cabeza hacia atrás, contra su pecho. Yo fijo la vista en la blancura del techo mientras la ansiedad me recorre el cuerpo.

—Concéntrate, Adeline. ¿Qué te hace sentir el poder?

Suelto otra exhalación temblorosa y hablo sin pensar demasiado.

—Hace que me sienta bien.

—Vale —murmura—. Quiero que te centres en esa sensación. En tu mente, apúntale con el arma a quien quieras. A mí. A cualquiera de los hombres que te hicieron daño. Lo que te haga sentir bien.

Cierro los ojos y la primera persona que me viene a la mente es Xavier. Está arrodillado frente a mí, rogando por su vida. Sigo sintiendo el peso del metal, pero, a diferencia de hace unos minutos, mantengo la mano totalmente quieta. Ningún temblor violento sacude mi cuerpo mientras sostengo la vida de Xavier entre las manos.

Le apunto con la pistola a la cabeza, saboreando las súplicas que le brotan de los labios. Y entonces aprieto el puto gatillo.

—Ahora tócate entre las piernas —susurra Zade, que ha notado cómo mi respiración se ha acelerado por un motivo muy distinto.

Lentamente, llevo la mano hacia abajo y la deslizo entre mis piernas. La humedad se acumula en mis dedos, y el descubrimiento me sorprende tanto que me olvido por completo de todo lo demás. Por un momento, disfruto del hecho de que estoy excitada.

Me quedo sin aire y me invade la vergüenza, pero Zade también lo nota. Con mi garganta todavía atrapada en su mano, gira la cabeza hasta que me roza la concha de la oreja con los labios.

Su cálido aliento me roza la cara mientras me susurra con rudeza:

—¿Sabes lo dura que se me pone la polla cuando pienso en cómo voy a tomarme mi tiempo torturando a los hombres que te hicieron daño?

Abro la boca, pero no sale ningún sonido. Se evaporan en mi lengua cuando Zade desplaza sus caderas hasta mi espalda y me clava la evidencia de sus palabras en la parte baja de la columna vertebral.

Debería repugnarme. Pero no es así. Y me aferro a ese sentimiento mientras dura. No me importa que sea retorcido, es mucho mejor que la agonía constante.

Cierro la boca y hago un gesto afirmativo con la cabeza, doblegándome ante estos pensamientos mientras la vergüenza se atenúa.

—Ahora voy a tocarte la mano —susurra.

Sigue agarrándome por la garganta mientras envuelve su mano libre sobre la mía, aún con la rosa sujeta en el puño. Aprieta con fuerza y las afiladas espinas se me clavan en la piel.

Inhalo profundamente profiriendo un silbido entre los dientes antes de apretarlos para soportar el dolor. Y entonces hace descender nuestras manos hasta que los suaves pétalos me rozan el

coño.

Cierro los ojos mientras desliza los pétalos arriba y abajo, cubriendo la rosa con mis fluidos. Siento que me ruborizo cuando la levanta de nuevo y me enseña cómo gotea.

—Zade…

La sangre me resbala por el brazo cuando me suelta la garganta, me coge la otra mano y la lleva hasta la rosa para guiar mis dedos por los pétalos.

—¿Sientes lo suaves y húmedos que están estos pétalos? —dice susurrando. Me paso la lengua por los labios y asiento lentamente—. Eso es lo que siento cuando estoy dentro de ti.

«Joder, tu coño es el paraí…».

—Aférrate a esa sensación de poder, cariño. No la dejes ir.

Se me han vuelto a tensar los músculos. Me estremezco, expulso la intrusiva voz y la sustituyo por una imagen en la que les apunto a la cabeza con una pistola. Aprieto el gatillo con calma y firmeza.

Me relajo mientras Zade empuja mis dedos corazón y anular hacia el centro de la rosa, como haría si fuera mi coño.

Las punzadas de dolor que sentía en la mano se desvanecen y arraiga en mí un profundo placer. Mientras meto y saco los dedos de la rosa con la mano de Zade sobre la mía, vuelvo a sentir sensualidad y erotismo por primera vez en mucho tiempo.

Noto cómo aumenta la presión entre mis piernas, desesperada por conseguir liberarse. Se me aparecen diferentes rostros en la mente como en una película, y todos encuentran el mismo final. La presión crece y crece hasta que estoy segura de que el simple roce de uno de mis dedos me llevaría al límite.

—Zade —suplico sin saber lo que estoy pidiendo.

—Dime qué necesitas —replica mientras sigue guiando nuestros movimientos con la rosa.

—Yo… Tócame.

—No dejes de sentir esta rosa —me ordena con ternura. Hago un gesto de afirmación con la cabeza y siento un nudo en el estómago cuando me mete la mano entre las piernas.

El suave roce de sus dedos casi me hace poner los ojos en blanco. Me hundo una y otra vez en la rosa mientras él me presiona el dedo corazón contra el clítoris y empieza a hacer círculos sobre la carne abultada.

Arqueo la espalda y no puedo contener el agudo gemido que se me escapa mientras me recorre el éxtasis más puro.

Me obligo a sentir a Zade, a sentir que un hombre me toca. Que me hace sentir bien. Y que disfruto cada segundo. Y entonces aparto a esos otros hombres de mi mente y pienso solo en el que me envuelve con su cuerpo.

No quiero correrme viendo las imágenes de los monstruos depravados que me robaron, aunque les esté volando la cabeza. Solo quiero ver al hombre que me lo ha dado todo. Una bestia que ha doblegado mi voluntad para que sucumbiera ante él, pero que, sin embargo, también me ha

mostrado el verdadero significado del amor y la devoción.

—Zade —gimoteo cuando el orgasmo alcanza su punto álgido. Le oigo sisear entre dientes mientras me hace círculos sobre el clítoris más deprisa. Su otra mano todavía envuelve la mía, que sigue sujetando el tallo de la rosa. Entonces flexiona la muñeca y me clava aún más las puntiagudas espinas. El dolor se mezcla con el embriagador placer y ambos se elevan en un grito ronco.

Por mi brazo siguen cayendo pequeños riachuelos de sangre, cuyas gotas se vierten desde el codo hasta el abdomen. Al mirar hacia abajo, veo cómo el rojo de los chorros se dirige hacia el punto donde Zade me toca.

Se me abre la boca, la euforia aumenta mientras lo observo. Tiene la mano enorme, con los dedos largos y unas gruesas venas que parecen palpitar mientras me frota el clítoris.

Es tan erótico que me resulta imposible aguantar más. Lanzo un grito cuando por fin me dejo ir, y el orgasmo me alcanza con tanta potencia que casi hace que me caiga al suelo.

Zade gruñe y me acaricia el coño mientras yo me dejo llevar por las oleadas posteriores. Empujo las caderas contra su mano mientras su nombre llena el aire que nos rodea.

Siento cómo se tensa debajo de mí, pero estoy demasiado ida como para preocuparme. Demasiado desesperada intentando que esta sensación no se acabe nunca.

Los dos soltamos la rosa al mismo tiempo y, sin pararme a pensar en lo que hago, me giro y le cojo la cara a Zade con las manos mientras dirijo sus labios hacia los míos.

En su pecho vibra un profundo estruendo y vuelve a agarrarme por la mandíbula, lo que nos ofrece un mejor ángulo mientras me devora.

Su lengua azota la mía, saboreándome hasta dejarme los labios amoratados y en carne viva. El orgasmo se ha desvanecido hace rato.

Sin embargo, la felicidad permanece. Por primera vez desde hace meses, esos hombres malvados no me atormentan. No oigo sus voces. Ni sus risas ni sus bromas crueles.

Y eso hace que mi cuerpo se sienta mucho más ligero.

Finalmente, se aparta y lo único que puedo hacer es mirarlo maravillada: esta es la persona que ha conseguido ahuyentar a los monstruos de mi cabeza.

Volverán, pero tampoco es que Zade vaya a irse a ninguna parte.

—Gracias —digo en un susurro.

Cierra los ojos y roza suavemente sus labios con los míos.

—Siempre estarás a salvo conmigo, ratoncita. Siempre.

Con fuerzas renovadas, me doy la vuelta entre sus brazos y le abro de golpe la americana haciendo saltar varios botones mientras él alza su ardiente mirada hacia la mía y se pasa la lengua muy despacio por el labio inferior. Le he manchado de rojo la mejilla con mi mano ensangrentada y verlo así casi me hace perder la cabeza.

Joder, su aspecto es tan salvaje que creo que me van a estallar los ovarios. Me va a dejar embarazada tan solo con mirarlo.

—¿Seguro que quieres ir por ahí? —me pregunta con voz pecaminosa.

—Es lo que quiero —digo en voz baja, aunque temblorosa.

Se incorpora un poco y la prenda se le desliza por los brazos. Luego le levanto la camisa hasta dejar a la vista sus abdominales y los oscuros tatuajes que lleva grabados en la piel. Le paso las manos sobre su duro abdomen, que dejo manchado de sangre, y continúo subiéndole la camisa, pero él me detiene.

—No te exijas demasiado. Esto no iba sobre mí.

Cuando va a inclinarse hacia delante, le coloco la mano sobre el pecho y lo empujo hacia atrás con firmeza. Sus ojos bicolores se abren como platos del asombro.

—Zade, déjame intentarlo. Aún no te voy a follar. Solo quiero tocarte.

CAPÍTULO 33

El diamante

Nunca había visto a Zade indeciso. Al menos hasta ahora, mientras analiza cada ápice de mi expresión para determinar si debería dejar que lo tocara.

Entonces, como un monstruo que aparece rasgando la carne, la bestia se apodera de él. Me agarra por la mandíbula y acerca mi cara a la suya.

—¿Crees que estás preparada para mí? Veamos hasta dónde estás dispuesta a llegar para complacerme.

Me levanta de encima de él y me deja a un lado, luego se pone en pie y se me queda mirando con una expresión ilegible. Su rostro parece moldeado en frío mármol.

Se da la vuelta y se dirige hacia una silla negra situada unos metros delante de mí. Algunas noches se sienta allí si no puede dormir, esperando y vigilando por si tengo una pesadilla… Siempre observándome.

Junto a la silla hay una mesita con un vaso y una licorera llena de whisky. Se sirve tres dedos y se coloca en la silla con las piernas abiertas, el brazo colgando de un lateral y el vaso entre las puntas de los dedos.

Me mira y le da un sorbo al whisky antes de volver a su posición.

—Ponte a cuatro patas y ven hacia mí —me ordena con una voz tan áspera como la roca volcánica, pero tan cautivadora como el whisky especiado que se acaba de tragar—. Enséñame lo guapa que estás al suplicar por mi polla.

El calor me sube por el estómago y noto que mis muslos se vuelven más resbaladizos.

En una décima de segundo, decido coger la rosa y colocármela entre los dientes, deleitándome con los pequeños pinchazos que las espinas me provocan en los labios.

El sabor a cobre me florece en la lengua mientras cumplo sus órdenes y avanzo a cuatro patas sobre las manos y las rodillas con su preciosa rosa en la boca y un sensual contoneo de pechos y caderas.

Los ojos se le iluminan y se le abren las fosas nasales. Su fría actitud se desvanece y por las

grietas se filtra el deseo más crudo.

Cuando llego hasta él, me arrodillo y pongo la rosa en mi regazo.

—¿Te ha parecido que estaba lo suficientemente guapa?

Suelta una risita, se termina el whisky y deja el vaso sobre la mesa.

—Eres tan sumamente hermosa que quiero arrancarles los putos ojos a todos los que tengan el privilegio de mirarte —dice con voz ruda lamiéndose los labios como un depredador.

Se incorpora lo suficiente como para quitarse la camisa por encima de la cabeza, con lo que se queda completamente desnudo de cintura para arriba. Al verlo se me hace la boca agua y siento que mi cuerpo se vuelve a ruborizar por su delicioso aspecto pecaminoso.

Hay algo excitante en una piel bronceada cubierta de tatuajes negros… Dios mío, diablo celestial, muchas gracias por inventar a un hombre como Zade.

Me quedo mirando la cicatriz que le atraviesa los abdominales y decido que quiero ser tan fuerte como Zade. Un hombre que se ha enfrentado a la muerte con una sonrisa infinidad de veces, solo para darse la vuelta y volver a hacerlo. Una y otra vez.

Le paso delicadamente los dedos por la huella de color carmesí que le cruza el abdomen, embriagada al ver cómo se retuerce bajo mi tacto. La tensión se condensa hasta que parece que estoy caminando por lava.

En cuestión de segundos mi mandíbula vuelve a estar en su mano y, con el pulgar, me extiende los puntos de sangre por los labios.

—Quiero ver esa sangre por toda mi polla —murmura—. Quítame el cinturón.

Mientras sigo sus órdenes y le desabrocho hábilmente la hebilla con los dedos, el metal tintinea y hace aflorar recuerdos de cuando me apretaba el cuello con el cinturón mientras me follaba la boca.

Quiero volver a sentir eso, pero sé que aún no estoy preparada.

Me suelta la mandíbula y no tardo ni dos segundos en desabrocharle el botón y bajarle la cremallera, que me deleita con el sonido de los dientes metálicos al abrirse. Antes de que la haya bajado del todo, su polla se libera de golpe y, esta vez, se me seca la boca.

De algún modo, había olvidado lo intimidante de su tamaño.

Me paso la lengua por los labios, agarro la rosa, separo las rodillas y vuelvo a deslizar sus suaves pétalos por mi raja, empapándolos una vez más con mi lubricación.

Él me observa con atención mientras me incorporo y le deslizo el tallo lentamente por la cadera dejando que las puntiagudas espinas perforen la sensibilidad de su carne. Respira con siseos y los ojos le brillan con fiereza.

Me muerdo el labio ensangrentado y le paso los pétalos por el capullo disfrutando al ver cómo se le contrae el vientre. Las venas se le marcan a lo largo del miembro, y yo las recorro hasta la punta con la flor cubriéndolo de mi humedad.

—Addie —me advierte cuando se la deslizo hasta los huevos y hago que se le tense todo el cuerpo. Sonrío con picardía mientras me inclino hacia delante y le doy un suave beso en la polla

mirándolo fijamente tras las pestañas de forma sensual.

Suelta un gruñido y se le acaba la paciencia. Me atrapa el pelo entre sus puños, acerca su cara a la mía y sus afiladas palabras me retumban en el oído:

—¿Quieres que intercambiemos el sitio y te suplique de rodillas? He esperado mucho tiempo para sentir tu boca alrededor de mi polla, ratoncita, y haría cosas terribles por ti si fuera necesario.

—Ten paciencia, mi amor —le susurro con el coño aún palpitando por sus gemidos. Cualquier pequeña muestra de cariño lo vuelve muy maleable, así que, una vez más, la sensación de poder se dispara.

Le coloco la palma de la mano sobre el pecho y lo empujo hacia atrás, poniéndolo en tensión. Mientras nos miramos fijamente, saco la lengua y le lamo alrededor de la punta de la polla; sus labios se contraen en un gruñido y le arden los ojos. Nunca parece humano cuando está dentro de mí.

Me centro en él, bloqueando las voces antes de que de verdad entren en mi cabeza y aferrándome a verlo derretirse como el hielo ante mí. Esa visión me proporciona el control que tan desesperadamente necesito, y me doy cuenta de que es mucho más fácil mantenerme en el presente si tengo algo que saborear: a Zade a mi merced.

Lo introduzco más profundamente en mi boca mientras le paso la lengua por el capullo y le arranco una mezcla de gemido y gruñido.

Me desliza los dedos por el pelo, los entrelaza con los mechones y me sujeta con fuerza. Se le escapan gemidos de entre los labios, lo que aviva mi excitación. Hundo las mejillas y lo chupo hasta que la punta me llega al fondo de la garganta. Incluso entonces, no cedo ni un centímetro y contengo una arcada hasta que los ojos se me llenan de lágrimas.

Aguanto unos instantes hasta que ya no puedo más y retrocedo con una pequeña arcada liberando su miembro, del que cuelga un hilo de saliva teñida de rojo que lo une a mi labio inferior.

Tal y como él quería, tiene sangre de mi boca esparcida por toda la polla, y entonces un pensamiento enfermizo se me pasa por la mente.

«Entiendo por qué a Xavier le gustaba tanto».

—Sigue chupando —dice entre dientes volviéndome loca de deseo. Inspiro hondo y contengo la respiración mientras me lo trago una vez más y las lágrimas comienzan a brotar debido a su extremo tamaño.

Me agarra la nuca para que mantenga la posición mientras él mueve las caderas adelante y atrás con un gruñido que le retumba en lo más profundo del pecho.

El coño me palpita en respuesta y, por embarazoso que parezca, casi me entran ganas de llorar. Estaba convencida de que siempre iba a estar rota, de que nunca podría volver a tocar ni ser tocada. Pero darle placer a Zade no hace que me sienta débil e indefensa, tal como pensaba. Verlo perderse en mi boca me hace sentir como una reina sentada en su trono.

Joder, en este momento me necesita tanto que el hecho de saber que puedo quitarle este placer… Aprieto los muslos para aplacar el creciente deseo.

Me folla la boca como un salvaje. La saliva me chorrea por los labios, frente a los que he colocado la mano para poder masajearle la polla en toda su longitud. Él reacciona rechinando los dientes.

Paro para coger aire y nuevos hilos de saliva conectan su polla a mi boca.

—Saca la lengua, nena.

Hago lo que me dice sin tan siquiera pararme a pensarlo mientras lo miro a través de mis húmedas pestañas.

—Joder, qué buena chica eres —dice con voz ronca. Se coge la polla y me golpea con ella en la lengua varias veces, con el entrecejo fruncido y la boca entreabierta.

Es como la combinación entre una bestia y un dios; algo totalmente antinatural.

Y entonces me doy cuenta de que nunca debí temer su tacto. Los que me mancillaron eran hombres, pero Zade nunca fue un hombre.

Intento mover la cabeza hacia delante para contrarrestar la fuerza con la que me tira del pelo, pero él se resiste y me agarra los mechones con mayor intensidad. Levanta la otra mano y me restriega los pulgares por debajo de los ojos para que se me corra el rímel y me caiga por las mejillas.

Con un estruendo en el pecho y voz gutural, me dice:

—Pareces una puta preciosa.

En mi interior se enciende un destello de ira, y él reacciona con una simple sonrisa. Entonces acerca mi cabeza hacia la suya de un tirón y la punta de su polla se roza con mis pechos. Baja la vista y veo que una chispa le centellea en la mirada. Cuando vuelve a mirarme a los ojos, sé exactamente lo que piensa.

—Ratoncita, nunca fuiste una puta para esos hombres. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué? —digo muy bajito.

—Porque nunca poseyeron ninguna parte de ti. Tomaron algo que no era suyo. Eso no te convierte en una puta, sino en una superviviente.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Agacho la cabeza y las dejo caer para disimular la debilidad, pero él me la levanta, negándose a dejar que me esconda.

En los labios se le dibuja una sonrisa diabólica.

—Pero sí que eres mi puta. Lo eres todo para mí, cada día más. Me perteneces por completo, Adeline. Incluso cuando gritabas y llorabas diciendo que no me querías, no podías dejarme. Fueron muchas las noches en las que te pusiste delante de la ventana para que te mirara. Te enfrentabas a mí en lugar de huir y me provocabas a sabiendas de lo que iba a ocurrir. Y, cuando sí que huías, solo lo hacías de boquilla. Gravitabas hacia mí, igual que yo gravitaba hacia ti. Y eso es algo que ningún otro hombre tendrá jamás.

Tiene razón. Nunca actué como debía cuando él me acosaba.

Es innegable la contradicción que supone agredir y acosar a una mujer al tiempo que intentas salvar a otras de lo mismo. También es innegable que, a pesar de todo, hay una parte retorcida de mí que siempre lo disfrutó. No se trataba de que mi cuerpo sucumbiera a él, sino de que lo hiciera también mi alma.

Xavier quería obtener de mí lo que solo Zade podía lograr. Quería que mi cuerpo revelara una verdad oculta y le mostrara que nuestra conexión iba más allá del contacto carnal. Por eso, cuando entendió que la única verdad que iba a encontrar era que yo nunca lo querría, se puso furioso y se desesperó.

Solo Zade podía descubrir esa verdad.

La atracción de la semejanza, de su oscuridad hacia la mía. Mientras yo intentaba escapar, él me obligaba a ver quién soy en realidad.

Lo que hay entre Zade y yo es incomprensible para el resto del mundo. Apenas puedo entenderlo yo misma. Sin embargo, me cuesta seguir dándole importancia. Nunca voy a tratar de justificar lo que me ha hecho, pero lo perdono. Más aún, lo acepto.

Me dijo que quería que me enamorara de sus partes más oscuras, y es lo que he hecho.

De cada una de sus retorcidas partes.

Al notar mi determinación, me vuelve a tirar del pelo.

—Escúpeme en la polla, nena. Mójamela bien.

Con los ojos clavados en los suyos, saco la lengua y dejo que la saliva se acumule antes de dejar que caiga sobre su polla.

—Nunca se está demasiado mojado, ¿verdad, gatito? —digo con timidez replicando lo que me dijo en nuestro primer encuentro.

Él sonríe, y ese acto condena mi espíritu. Levanta la mano y me pasa el pulgar con dureza por el labio inferior.

—Sigue así, ratoncita. Esa lengua afilada no es lo único capaz de mojarme. Podría correrme tan solo con pensar en tu sangre cubriendo mi polla.

Me muerdo el labio; el tono peligroso que ha usado es como una inyección de miedo que se extiende por mi organismo. Un escalofrío me recorre la espalda y golpea cada vértebra en su descenso.

Me siento en la puta gloria.

Le restriego mi saliva por todo el miembro, arriba y abajo, y se oyen unos sonidos crudos. Baja la vista y me mira con la boca abierta como si rezara para que lo desafíe.

—Buena chica —dice—. Ahora inclínate hacia delante y pon mi polla entre esas preciosas tetas que tienes.

Me muerdo el labio y hago lo que me pide lanzándole una mirada seductora. Puede que no deje de exigirme cosas, pero sigue estando a mi merced. Lo sé por la forma en la que inclina la cabeza hacia atrás, por el gemido que se abre paso por su garganta y por cómo se le balancea la nuez.

Se entrega a mí como el Titanic se entregó al océano. Indestructible —insumergible— para todos menos para mí. Soy el mar embravecido que lo conquistó y lo hundió hasta ponerlo a mis pies, y él no pudo detenerme.

Empuja sus caderas hacia arriba y yo lo aprieto más entre mis pechos, al tiempo que bajo la barbilla para dejar que otro hilo de saliva le caiga desde mi lengua.

Ver cómo me mete la polla entre las tetas hace que se me contraiga el coño y los fluidos me resbalen por los muslos. Ahora soy yo la que lanza un gemido, que atrae su mirada hacia mí.

—¿Esto hace que se te moje el coño? —masculla entre dientes mientras arremete con una fuerte embestida—. Gimes como una puta al ver cómo te follo las tetas. ¿Querrías que fuera tu coño?

—Sí —confieso fascinada por la fiereza de sus ojos. El corazón se me acelera, pero confío en Zade. Confío en que sabe hasta dónde presionarme.

—Frótate el clítoris, quiero que te corras cuando yo lo haga —me ordena apartándome las manos de los pechos y sustituyéndolas por las suyas, que aprietan con fuerza mis tetas alrededor de su polla.

Estiro la mano hacia abajo y hago círculos con el dedo sobre mi clítoris, estremeciéndome y acercando las caderas a mi mano enérgicamente.

La cabeza se me empieza a ir hacia atrás y los ojos se me ponen en blanco cuando doy vueltas más deprisa con el dedo. Zade me golpea bruscamente con la mano en el pecho y yo bajo la cabeza de inmediato con un aullido.

—Mírame, ratoncita.

Mueve las caderas con embestidas cortas y rápidas, y yo me quedo embobada contemplándolo, extasiada ante la imagen de un dios deshaciéndose.

—Joder, Addie. Voy a dejarte las tetas cubiertas de semen. ¿Estás lista para mí, nena?

Asiento frenéticamente con la cabeza, sin voz a causa de los gemidos que brotan de mi boca.

Empieza a hacerme daño con las manos al agarrarme, pero apenas lo noto porque el vientre se me contrae y estoy a punto de volver a caer al vacío por segunda vez esta noche.

Sus caderas vacilan un segundo y luego se pone a gritar y a maldecir mi nombre mientras me pinta la piel con chorros de su semilla. Yo estallo en el mismo instante, estremeciéndome con violencia y sacudiéndome contra mi mano de manera desenfrenada.

Caigo cada vez más hondo en las profundidades de su depravación y me doy cuenta de que no quiero volver a salir jamás.

Tardo unos segundos en enfocar la vista y dejar atrás el éxtasis. Cuando vuelvo en mí, estoy sin aliento y ruborizada. Zade se inclina, me coge por debajo de los brazos y me sube a su regazo.

Luego alcanza su camisa del suelo y me limpia con ella.

Tiene el rostro relajado en una mueca de satisfacción, en la que se dibuja una leve sonrisa. Hasta que bajo la vista hacia su pecho y veo algo en lo que no había reparado.

—¿Qué es eso? —le pregunto con voz ahogada a causa de la sorpresa. Hace una bola con la camisa y la tira a un lado, luego fija su mirada en la mía.

—Un recordatorio —responde simplemente.

Intento tragar, pero las palabras se me atascan en la garganta como si fueran pan seco.

—¿Qué has hecho? —balbuceo. Las yemas de los dedos me queman cuando rozo su cicatriz más reciente, como si se hubiera marcado a sí mismo y la carne todavía crepitara.

Ante mí se abre una macabra rosa que le marca la piel directamente sobre el corazón, atravesando su antigua cicatriz. Una puta rosa. Se ha grabado un símbolo de su amor por mí en el pecho.

—¿Por qué?

En su penetrante mirada se arremolina una vorágine de emociones. Arrepentimiento. Vergüenza. Culpa. Furia. Todas prevalecen mientras me mira fijamente como si yo fuera un espejismo que se desvanece y no supiera cómo dejarme marchar.

—Ya te dije que no me escondo de mis fracasos —responde con tono suave—. Lo que te ocurrió fue un fracaso del que me responsabilizo. Y esto me lo recuerda a diario.

Sacudo la cabeza, sin palabras. Abro la boca varias veces, pero no me sale nada.

—Zade —balbuceo por fin—. No fue culpa tuya.

—Quizá no directamente, pero eso no me exime de culpa. Max te vendió por rencor hacia mí y debería haberlo matado cuando empezó a darte problemas. Ese fue mi primer error, y por eso te secuestraron.

Aprieta los puños y los músculos de la mandíbula le vibran contra la piel. Podría estallar en cualquier momento.

—Y ese fue mi segundo error —dice con aspereza—. No te protegí lo suficiente. Es cierto que no puedo estar siempre contigo, ambos lo sabemos, pero les resultó demasiado fácil llevarte. No volveré a cometer ese fallo.

Me acaricia el pelo con la mano antes de rozarme suavemente la nuca.

—No me importa si tengo que prenderle fuego al mundo hasta que no quedemos más que tú y yo. El mundo puede arder a nuestro alrededor y yo seré feliz en el caos contigo siempre que la única persona que suponga un peligro para ti sea yo.

Apretando los dientes, clavo una uña en la rosa de su pecho. Él sisea pero no me detiene.

—Deja de culparte porque otros estén mal de la cabeza. Tú no me convertiste en un objetivo. No me entregaste en nombre de la venganza y el dinero. Y no me secuestraste y me vendiste al tráfico sexual. Lo que hiciste fue encontrarme y salvarme.

Clavo la uña con más fuerza y se forma una media luna ensangrentada sobre la rosa.

—Tú me rescataste y eso nunca lo olvidaré. Y la única forma de devolvértelo es salvándome a mí misma. Tengo que hacerme más fuerte y no dejar que lo que esos putos enfermos me hicieron controle mi vida. Puede que esté dañada, pero no me han hecho pedazos. Mi rosa todavía conserva sus putas espinas, Zade. ¿Entiendes lo que te digo?

Sin darle tiempo a responder, me inclino hacia delante y recojo las gotas de sangre con la lengua. Luego me la paso lentamente por los labios y distribuyo el carmesí por mi boca como si fuera pintalabios.

Sus ojos se dirigen rápidamente hacia ese movimiento y noto la agitación en su pecho.

—Quería conocer a qué sabe que otra persona sangre por mí —susurro.

Zade aprieta los dientes.

—Yo siempre sangraré por ti —susurra antes de agarrarme por la mandíbula y unir suavemente sus labios con los míos para lamer su propia sangre—. Sigues siendo mi ratoncita indefensa, pero solo en lo relacionado con mis irresistibles proezas —me dice retirándose hacia atrás y dedicándome una sonrisa de cretino.

Cierro los ojos y suelto una carcajada. Se me escapa una lágrima mientras las emociones me suben por la garganta. Los vapores de la felicidad han vuelto y espero por Dios que esta vez duren un poco más.

—Eres gilipollas.

—No, nena, tan solo soy un masoquista que no se cansa de tu belleza, ni siquiera cuando le sacas sangre. —Baja la mirada hacia las gotitas que le brotan sobre la piel, donde le he clavado la uña.

Aprieto los labios.

—Entonces supongo que la gilipollas soy yo.

2 de junio de 2022

Me avergüenza reconocer que la primera vez que vi una rosa con las espinas cortadas junto a un vaso de whisky vacío me eché a llorar. Aún ahora, siempre las deja por ahí.

Me embargó la melancolía. Y una parte de mí deseaba desesperadamente volver a la época en la que no era más que una chica normal cuya mayor preocupación consistía en ser el centro de atención de una sombra ~~egni~~ enigmática.

La nueva Addie pondría los ojos en blanco ante la antigua Addie y se mofaría al oírla quejarse de un acosador, cuando lo peor aún estaba por llegar.

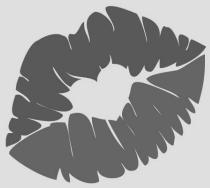
Muchas veces, mientras estaba tirada en aquella incómoda cama de la casa de Francesca, lloraba sin remedio porque sabía que mis problemas nunca volverían a ser tan sencillos como antes. Lloraba porque la chica que se hacía fotos a sí misma desnuda y adoraba su cuerpo había desaparecido. La chica que se reía con ganas, que escribía palabras que conmovían a los demás e iba por la vida sin mirar atrás.

Quiero que vuelva esa chica.

Porque ahora apenas puedo mirarme en el espejo.

Me resulta difícil sonreír. No he escrito ni una sola palabra desde que estoy en casa. Al menos no para un libro.

Y tengo miedo. Tengo mucho miedo de que me arrebaten esta libertad tan fácilmente como lo hicieron la primera vez.



CAPÍTULO 34

El diamante



—Al corro de la patata, comeremos ensalada… —canta Sibby a pleno pulmón saltando alrededor de los tres cuerpos que se retuercen atados a las sillas—. Achupé, achupé, ¡sentadita me quedé! —grita dándole una patada al respaldo de la silla de Rocco en la última palabra. El berrido es tan alto que hasta yo doy un respingo.

Suelto un largo suspiro de sufrimiento. Lleva todo el puto día cantando y sus burlas han llegado hasta el punto de que Francesca se lo ha hecho encima oficialmente.

Tengo que admitir que ha sido muy divertido.

Zade ha dejado que se lo pasara bien y les sacara a estos tres toda la información posible —después de jurar con el meñique y dar su palabra de honor de que no iba a matarlos—. Como era de esperar, a Sibby se le da tan bien la tortura psicológica como la física. Hizo que se quisieran morir sin tan siquiera tocarlos.

Me da la sensación de que, en parte, se debe a su atroz forma de cantar, pero eso no tengo intención de decírselo.

Se ha pasado la última semana consiguiendo los nombres de las personas que asisten a la Cacería todos los años —ya sea como espectadores o como participantes—, los del resto de los traficantes que compraron chicas y, por supuesto, toda la información que Francesca y Xavier poseen sobre Claire.

—Rio Sanchez —canturrea Sibby—. ¿Sigues sin querer decirme dónde está?

Francesca pone los ojos en blanco, adoptando una pose que le permita ocultar lo mucho que le asusta la chica que da vueltas a su alrededor como un tiburón hambriento.

No funciona.

Sibby da miedo.

—Ya te lo he dicho, no sé dónde está. La ayudó a escapar y luego huyó. Es todo lo que sé y, la verdad, ¡te lo entregaría encantada porque yo también lo quiero muerto! —dice culminando la frase con un chillido frustrado. Se ha puesto roja como un tomate y jadea. Las duras líneas de su

rostro reflejan ira, dolor y frustración. Se le ha corrido y agrietado el maquillaje, lo que la hace parecer diez años más vieja.

Lo más probable es que muera con la cara llena de acné y eso me parece justicia poética.

Pliego los labios hacia dentro en un intento de ignorar la aguda punzada de dolor que siento en el centro del pecho. Cada vez que pienso en Rio y en lo que pasará cuando Zade le ponga las manos encima… me entran ganas de llorar.

Mis sentimientos hacia él son complicados y no estoy segura de llegar a entenderlos de verdad. Y menos ahora que he conocido a su hermana y me he enterado de que la zorra malvada que tengo delante lo obligaba a hacer mucho más de lo que yo pensaba en un principio.

Dije que no me iba a sentir culpable cuando Zade lo atrapara. Pero entonces me salvó. Y, ahora, no puedo decir que vaya a detener a Zade…, pero tampoco que no vaya a sentir nada.

—¿Lo quieres muerto porque ayudó a escapar al diamante o porque te traicionó y abrió una grieta en ese corazoncito de hielo que tienes? —le pregunto.

Sus ojos escupen fuego mientras me fulmina con la mirada.

—No era más que un buen polvo —gruñe furiosa.

Me doblo por la cintura y estrecho los ojos.

—¿Tenías que amenazarlo con matar a su hermana cada vez que querías que te follara?

Rocco resopla en tono de burla y Francesca gira la cabeza hacia él, ofendida. Está pálido, sudoroso y parece cansado, pero la malicia de sus ojos es inconfundible.

—Dejó de amenazarlo con eso después de los dos primeros años, y creo que lo hizo porque él se cansó de oírlo.

—¡Cállate de una puta vez! —chilla ella enojada mientras su rostro adquiere un espantoso tono púrpura. No le pega mucho a su tez.

—¡No! ¡Estamos en esta puta situación por tu culpa! —responde él también a gritos—. Porque no pudiste controlar a aquella estúpida zorrita y te negaste a deshacerte de ella. ¡Y míranos ahora!

A Francesca le tiembla el labio inferior.

—Sydney se merecía…

—¡No se merecía una mierda! —ruge.

—¡Sí que se lo merecía!

—O a lo mejor es que te guardaba los secretos —digo secamente. La cabeza de Francesca se gira hacia mí tan rápido que casi se hace un favor a sí misma y se la rompe.

—¿Qué te contó? —exige con voz ahogada y ojos de loca.

Me encojo de hombros con indiferencia, sin revelar nada. Sydney no me dijo una mierda, pero Francesca no tiene por qué saberlo.

—¿Sydney lo sabía? —pregunta Rocco con rabia.

Francesca abre los ojos como platos y se vuelve hacia Rocco, desesperada.

—No sé cómo, pero se enteró. El caso es que amenazó con decírselo a Claire si yo permitía

que la subastaran. Hizo como que no sabía nada porque era lo único que la mantenía en la casa, a salvo con nuestro secreto.

Arrugo el entrecejo mientras trato de descifrar qué es lo que sabía Sydney exactamente.

—¿Y por qué no la mataste? —gruñe Rocco con los dientes apretados.

—¡Claire no me dejaba! Me obligó a ocuparme de ella como castigo por no haber conseguido controlarla —gimotea Francesca prácticamente suplicándole a su hermano.

Rocco aparta la mirada.

—¿Por eso ya no dejabas que la gente se la follara?

Ahora sí que me he perdido. Sibby y yo nos miramos, y supongo que me lo nota en la expresión porque se acerca, se le pone delante a Francesca y le dice en tono exigente:

—Dime qué es lo que hacías. No me gusta quedarme fuera de la conversación.

Francesca gruñe, pero se acobarda rápidamente cuando Sibby levanta el cuchillo rosa hacia su ojo y profiere una amenaza:

—Te lo arrancaré y haré que lo mastiques.

Qué asco.

—Ganábamos dinero bajo cuerda. La gente nos pagaba por pasar una noche con alguna de las chicas. Además, era un buen pellizco, pero entonces Sydney se enteró y lo utilizó en mi contra.

Las cejas se me disparan hacia arriba porque me sorprende que fueran tan descarados como para aprovecharse de las chicas a espaldas de Claire, pero en realidad no sé de qué me sorprendo… Son los putos Francesca y Rocco.

Incluso Xavier silba y los mira con una sonrisa torcida. Está tan agotado como los otros dos.

—Qué valientes. Claire os habría asesinado lentamente si se hubiera enterado.

Rocco se burla.

—Deberíamos habernos ahorrado todos esos putos dolores de cabeza y haber dejado que lo contara —suelta—. Ya venía loca de la secta esa de los cojones. ¿De verdad piensas que Claire la habría creído? —Cierra la pregunta con una risa condescendiente. Xavier se encoge de hombros como diciendo «ahí me has pillado» y Francesca tan solo lo mira boquiabierta.

Ninguno de ellos se fija en la chica paralizada que tienen delante, con la columna vertebral recta como una escoba y la conmoción plasmada en la cara.

—¿Qué secta? —interrumpe al fin Sibby.

Francesca abre la boca y luego la cierra.

—No lo sé —dice con sorna—. Lo único que me han contado es que una chica se cargó al líder y poco después la secta se disolvió. Fueron de un lado a otro sin rumbo porque no sabían qué coño hacer con sus vidas.

A medida que habla, se me van abriendo gradualmente los ojos.

Es imposible.

—¿Cómo llegó Sydney a Washington? —le pregunto.

—¿Tú qué crees? Vivía en la calle y un traficante la recogió y me la mandó para que la

preparara —responde en un tono salpicado de veneno—. Soy una de las mejores del mundo en lo mío, y su caso era particularmente difícil. Invertía mucho trabajo en ella. —La última parte se la suelta a Rocco, acompañada con una mirada de desdén.

—Sibby, ¿la conocías?

Se vuelve hacia mí, con cara de pocos amigos.

—¿Qué aspecto tenía?

—Pelo rubio, ojos marrones. Con dos dientes frontales torcidos. Y un lunar en la comisura de los labios.

Traga saliva con esfuerzo, pero finalmente hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—Sí, la conocía. Era mi hermana. Bueno, todos los niños eran mis hermanos. Papá era el único que podía dejar a alguna embarazada… —Se le va apagando la voz, parece estupefacta.

La verdad es que tiene mucho sentido que Sibby y Sydney vengan de la misma secta. Ahora que lo pienso, actúan de forma parecida. Extraña, espeluznante, con una madurez atrofiada. Las dos son psicópatas asesinas, pero al menos Sibby tiene un corazón de oro, mientras que el de Sydney era del color de la puta ceniza.

Su expresión se vuelve sombría y me mira con toda la seriedad del mundo.

—¿Intentó matarte? ¿Era ella la que no dejaba de hacerte daño?

Aprieto los labios y hago un gesto de afirmación con la cabeza.

—Lo siento, Addie. Acabó allí por mi culpa.

Frunzo el ceño y digo:

—Sibby, no fue culpa tuya.

—Sí que lo fue —insiste—. No tenía adónde ir porque yo maté a papá. Todos se quedaron solos. Ella nunca habría…

Le cojo la mano y se la aprieto con fuerza.

—Sibby, no podías saber lo que iba a pasar. Le hiciste un favor a todo el mundo matando a ese hombre. Era un demonio, ¿recuerdas?

Le tiembla el labio, pero asiente.

—Sydney también lo era, y seguramente olía a huevo podrido. Me alegro de que la mataras.

Le doy un beso rápido en la mejilla, con la esperanza de librarla de cualquier sentimiento de culpa.

—Vete para arriba. Lo has hecho muy bien y tenemos todo lo que necesitábamos. Solo quiero hacer una pregunta más.

Sonríe y da un brinco hasta las escaleras, ya sin rastro de tristeza.

Dirijo la mirada hacia Francesca.

—¿Qué fue de Molly?

Confusa, arruga las cejas, así que me veo en la necesidad de aclarárselo:

—La tuvisteis retenida en 2008. Escribió un diario que luego yo encontré bajo las tablas del suelo de mi habitación. Yo también empecé a escribir en él. De hecho, ese es el motivo por el

que Sydney quería matarme. Yo planeaba escapar y ella lo descubrió al leer el diario.

Se le agria la expresión y casi puedo ver cómo los recuerdos pasan ante sus ojos.

—Se escapó. Fue la primera y la última chica que logró huir… hasta que llegaste tú —dice murmurando la última parte con indigencia.

Se me dibuja una sonrisa en los labios y siento un inmenso orgullo.

Tanto por Molly como por mí.

—Gracias. —Me pongo a aplaudir y hago que los tres se sobresalten, entonces les ofrezco mi mejor sonrisa—. Ha llegado el momento.

Los ojos de Francesca, de color dorado, se abren en una mueca de miedo y confusión. No hace mucho, era yo la que estaba en su piel. Ahogada en la impotencia y la tristeza, preguntándome cómo era posible que me estuviera pasando todo aquello. Y allí estaba ella, mirándome con la misma expresión que ahora adopto yo.

No mostró ningún tipo de piedad hacia mí. Y mi trato va a ser el mismo multiplicado por diez.

Puede que se preocupara por mí, pero no lo suficiente como para salvarme de sí misma.

—¿El momento? —repite titubeante.

Mi sonrisa se intensifica y no me molesto en ocultar lo vengativa que me siento.

—De la Cacería —contesto con la voz untada en miel y azúcar—. Y tú, querida, eres la presa.

Muchos autores sufren el síndrome del impostor en algún momento. Cuando logramos algo que nunca creímos posible, cosas con las que solo habíamos soñado a menudo se convierten en las situaciones más difíciles de superar.

«¿Me lo merezco?».

Es algo parecido a lo que Francesca, Xavier y Rocco deben de estar pensando ahora mismo: miran la arboleda que hay delante de Parsons Manor y se sienten como unos impostores en su propia vida.

Solo que, en lugar de ser incapaces de aceptar sus logros, son incapaces de aceptar su destino.

«¿De verdad soy tan vil, tan malvado, que merezco ser cazado como un puto animal?».

Podría responderles, pero prefiero mostrárselo.

Tengo a Zade a un lado y a Sibby al otro; ambos sujetan una ballesta de forma relajada entre las manos. Su frío y resplandeciente metal es idéntico al mío, y el peso me resulta familiar. Llevo tiempo practicando para esto.

El corazón me late en los oídos y ahoga los incesantes lloriqueos de Francesca. Estamos de pie detrás de ellos; la anticipación satura el aire fresco.

—¿Sabes? —digo tan alto que la hago estremecer—. Si yo me hubiera puesto a llorar, me habrías dado una paliza.

Ella sacude la cabeza y se niega a responder. La tiene inclinada hacia abajo y una mata de pelo ralo le cubre los hombros, dejando entrever lo mal que está envejeciendo. La columna vertebral se le marca a través de la piel y de la raída camiseta que lleva.

Xavier y Rocco están a su lado sacando pecho y tratando por todos los medios de aparentar que son fuertes y valientes.

Hombres varoniles.

Me gustaría ver si siguen aferrados a esa idea cuando corran para salvar la vida o si mueren en un charco de orina y arrepentimiento.

—Vosotros tres tenéis más suerte que yo. Aquí no hay laberintos ni trampas. Solo la afilada punta de nuestras flechas.

—¿Y qué pasa si no nos encontráis? Nos escaparemos y estaréis jodidos —replica Xavier con gran pomposidad. Ahora mismo debe de pensar que es muy listo.

—No os escaparéis —digo sonriendo.

Él eleva la barbilla, ansioso por demostrarme que me equivoco.

—Yo tuve que seguir varias reglas, pero a vosotros solo voy a daros una. No podéis escapar por la entrada de la casa. Hay guardias armados apostados por todo el camino. Si queréis escapar, tendréis que cruzar toda la finca y encontrar la carretera.

Se pone rígido y yo sonrío aún más. Xavier pensaba que podía girar a la izquierda, correr seis metros, llegar a mi entrada y escapar por ahí. Si ellos me lo pusieron difícil, lo menos que puedo hacer es devolverles el favor.

—¿Cuál de ellos te parece más sabroso? —pregunta Sibby saltando de puntillas, emocionada e inquieta.

Frunzo el labio con asco y arrugo la nariz.

—No seas asquerosa. No somos caníbales.

Sibby se burla.

—Nunca contaminaría mi cuerpo con carne de demonio. Nosotros no nos los vamos a comer, pero los buitres sí.

—La chica tiene facilidad de palabra —dice Zade con sequedad y un tono ligeramente divertido.

No cabe duda.

—Recuerda, Sibby, no dispares a matar. Encuéntrala y tráenosla a uno de nosotros cuando caiga —le recuerdo.

Aunque refunfuña, no lo discute. Quiero verlos morir a todos, así que los mataremos a la vez, como en la Cacería.

—¿Preparados? —grito. Los hombros de Francesca suben y bajan al ritmo de sus sollozos, pero no le hago caso.

Xavier y Rocco no responden verbalmente, aunque sus cuerpos se tensan.

—Corred —ordena Zade, que no puede evitar reírse cuando Francesca da una zancada, se

tropieza de inmediato y está a punto de caer de bruces al polvoriento suelo.

Sibby suelta una risita y se pone a saltar con más ahínco. Ella será quien vaya a la caza de Francesca, mientras que Zade perseguirá a Rocco, y Xavier… es mío.

Zade quería ponerlos en fila y ver si podía atravesarles la cabeza a los tres a la vez con una sola flecha, pero yo quería que probaran su propia medicina. Quería que sufrieran como lo hice yo. Que se atragantaran con la amargura de que tu vida esté en manos de otros y que esas personas simplemente la tiren al suelo y la pisoteen.

Solo un monstruo es capaz de crear otro monstruo. Y eso es exactamente en lo que me he convertido.

Sibby sale disparada detrás de Francesca y una canción infantil resuena por el bosque. Zade da un paso adelante, se detiene y se gira para mirarme. La capucha negra solo deja entrever la cicatriz que le atraviesa el ojo blanco y uno de los lados de la boca.

—Estás realmente divina con tus ropas de lobo, pero ten por seguro que te las arrancaré del cuerpo en cuanto Xavier haya muerto. Diviértete cazando, ratoncita. No serás el único depredador que anda suelto.

La sensación de calor que invade mi vientre disminuye en cuanto baja los ojos, que vuelve a dirigir hacia mí llenos de ardor antes de darse la vuelta y salir a la caza de Rocco.

Le he contado algunas de las cosas que me hizo el adorable hermano de Francesca. Cuando su cuerpo suelte el último aliento, no le quedará ni una gota de sangre. Y, por primera vez, no me avergüenzo de encontrar placer en la muerte de otro.

Me muerdo el labio y me adentro en el bosque. La temperatura desciende mientras me abro paso en silencio entre la vegetación y las hojas crujen bajo mis pies. Un fuerte escalofrío me recorre el cuerpo de arriba abajo, pero sigo caminando con velocidad y firmeza.

Xavier confía en poder escapar, pero, con lo profundos que son estos bosques, estamos seguros de que ninguno encontrará la salida antes de que los alcancemos.

El sonido del viento entre las hojas, de los pájaros que cantan y de los animales que susurran entre la maleza se desvanece a medida que logro concentrarme en lo que necesito oír: ramas que chasquean, hojas que crujen bajo las pisadas y una respiración agitada.

A mi izquierda veo claramente una huella de su bota, así que me giro y le sigo el rastro.

Transcurren unos quince minutos llenos de tensión en los que a veces voy corriendo a un ritmo constante y otras andando. Como no hay paredes de laberinto que los mantengan confinados en una zona, es fácil que se pierdan.

Xavier cree que puede encontrar la manera de salir de aquí, pero tardaría horas, y eso si no le hago dar media vuelta.

De repente, me sobresalta un estruendoso chillido que espanta a los pájaros que hay entre las ramas. Luego se oye una risa malvada y aguda. Me ha parecido que la que gritaba era Francesca y, si no le ha dado ya, poco le ha faltado.

Exhalo agitada; el corazón me va a mil por hora y el sudor se me acumula en la parte baja de

la columna.

Otro grito de Francesca, esta vez con final abrupto —es probable que Sibby la haya hecho callar de algún modo—. En ese preciso instante, que debería haber quedado oculto tras el final del grito, se oye el crujido de una rama.

Giro rápidamente la cabeza en esa dirección, hacia mi izquierda, y veo una mano fugaz que desaparece tras el tronco de un árbol. Está a menos de diez metros por delante de mí.

Aprieto la mandíbula, levanto la ballesta y apunto. En cuanto salga de detrás de ese árbol, no importa hacia dónde se dirija, será blanco fácil.

¿Se sentirá como una mosca atrapada en una tela de araña? Obligado a permanecer quieto mientras la viuda negra lo acecha a lo lejos.

Es estimulante. De nuevo esa sensación embriagadora palpitando entre mis muslos y haciendo que me ruborice y se me entrecierren los párpados.

Afino el enfoque hasta que el miedo de Xavier es lo único que veo, huelo y saboreo. Qué impotente debe de sentirse, sabiendo que se acerca su final.

—¿Qué se siente? —pregunto lo suficientemente alto como para que me oiga.

Se oye otro grito en la distancia, esta vez de Rocco. Pero están tan lejos que apenas penetra en la mortaja que nos cubre a mi presa y a mí.

No contesta, quizá con la esperanza de que yo no sepa exactamente dónde se encuentra. Como si no sintiera cada una de sus respiraciones a través de los hilos de mi telaraña.

—¿Te mueres de miedo? —le insisto dando otro paso en silencio. Veo que asoma una franja de su codo y sonrío—. ¿El corazón te late tan fuerte que parece que se te va a salir por la garganta?

Se levanta algo de viento y me revuelve el pelo, creando sinuosas ramas con mis hebras de color canela.

Cuando amaina, inhalo en profundidad.

—¿Hueles eso, Xavier?

Se mueve, el codo desaparece y unas hojas crujen bajo sus pies.

—Huele a muerte.

La quietud se instala a nuestro alrededor. Es tan densa que hasta los pájaros se callan. Y entonces salta de detrás del árbol. Cuando mi dedo está a pocos milisegundos de apretar el gatillo, se gira abruptamente hacia la dirección opuesta. Intenta hacerme disparar la flecha antes de tiempo.

Aunque no ha funcionado como él quería, me ha hecho perder el equilibrio, de modo que me recupero un segundo más tarde y a él ya le ha dado tiempo a escabullirse tras otro árbol.

Disparo la flecha justo cuando desaparece y un grito de sobresalto me taladra los oídos. No me paro a ver si le he dado. De inmediato, cojo una flecha del carcaj que llevo a la espalda y empiezo a recargar la ballesta. El corazón se me acelera, pero mantengo las manos firmes mientras él vuelve a salir corriendo.

«No te precipites, Addie. Mantente serena».

En cuanto la vuelvo a tener cargada, salgo corriendo tras él y veo que un rastro de sangre salpica sus pisadas.

La desesperación le nubla el juicio y va cojeando de un árbol de tronco enorme a otro con la pierna a rastras. La flecha que le he disparado le sobresale por la pantorrilla y, mientras corre, la sangre mana a borbotones de la herida. Apunto una vez más, inspiro profundamente y suelto el aire al tiempo que aprieto el gatillo.

La flecha atraviesa el aire cálido del verano y se aloja en el centro de su espalda. Tras lanzar un aullido desgarrador, acaba cayéndose de bruces.

Sus agónicos gemidos me calientan la sangre y me alegran el corazón. Se arrastra hacia delante clavando las uñas en la tierra, intentando escapar… ¿Adónde? El único sitio al que va a ir es al infierno.

—¡Que alguien me ayude! —grita con todas sus fuerzas sin poder evitar que se le quiebre la voz al final.

—Hostia, qué vergüenza das —digo aproximándome a él. Cuando estoy lo suficientemente cerca, le doy una patada en la pierna herida y sonrío mientras me maldice y escupe sangre con la saliva.

Me agacho junto a él y ladeo la cabeza para contemplar el lamentable estado en el que se encuentra. Su pelo rubio está empapado de sudor, que se desliza en forma de gotas por su rostro enrojecido. Y esos brillantes ojos azul celeste —los mismos que me han visto llorar y sangrar— están tan llenos de rabia y dolor que casi parecen negros.

—Estúpido conejo, te dije que no ibas a poder escapar de mí.

Oigo crujir las hojas a lo lejos junto con lo que parece alguien maldiciendo y forcejeando. Se acerca lentamente mientras Xavier me insulta de una forma que podría enviar a mi madre a la tumba de forma prematura. Sus afrentas me resbalan, pese al empeño que pone en hacerme daño. Ya me hizo el suficiente cuando era yo la que estaba indefensa y sin fuerzas.

Ahora, él no es nada.

A mi espalda se oye un profundo gruñido que desvía mi atención. Zade se acerca arrastrando por el cuello a un Rocco enloquecido y salpicado de sangre de pies a cabeza. Con la capucha negra quitada, la barbilla inclinada hacia abajo y esos ojos yin yang fijos en mí, hace que pierda toda función cognitiva.

Es un dios oscuro que encarna la destrucción y la muerte, pero yo nunca había estado tan enamorada.

Aunque Rocco no es un hombre pequeño, Zade lo arrastra como si no pesara nada en absoluto. Cuando lo deja caer al suelo, recibe algunas palabras desagradables que ignora oportunamente.

—¿Puede correr?

—Flecha en la columna vertebral —contesta abreviando.

Se me seca la boca a medida que se aproxima y soy incapaz de hacer otra cosa que no sea

mirar cómo se agacha, y entonces él me toma del cuello y estampa sus labios contra los míos.

Milisegundos.

Esa es la insignificancia de tiempo que tardo en responder. Me separa los labios con la lengua, saboreándome a fondo y arrancándome un embarazoso gemido de la garganta.

Se retira lo suficiente para cogerme del pelo y echarme la cabeza hacia atrás de un tirón hasta que no tengo más remedio que mirarlo a los ojos.

—Un buen hombre se sentiría mal por haber corrompido algo tan puro.

—Tú nunca has sido un buen hombre —susurro repitiendo las palabras exactas que tantas veces me ha dicho.

—No —reconoce—. Pero siempre he sido tuyo.

Trago saliva y abro la boca para replicar, pero Zade me suelta el cuello y se hace a un lado sin darme tiempo ni a parpadear. Aún jadeando, me doy la vuelta y lo veo sosteniendo la punta de una flecha a escasos centímetros de mi cara mientras le gotea sangre por el brazo.

Xavier forcejea con él tratando de empujar la flecha hacia mí, pero no lo consigue. Me quedo boquiabierta y tardo bastante en procesar lo que acaba de ocurrir.

Mientras estaba distraída, Xavier se ha arrancado la puta flecha de la pantorrilla y ha intentado apuñalarme con ella. Zade se ha dado cuenta, a pesar de no haber apartado su mirada de la mía en ningún momento.

—Dios, joder —digo agitada—. Eso no mola nada, tío.

Si Xavier me hubiera matado antes de que yo lo matara a él, aceptaría la muerte con gusto. Y, si Zade intentara resucitarme, lo detendría y me negaría a volver. ¿Cómo iba a mirarme a mí misma al espejo después de un fracaso tan épico?

Zade le arranca la flecha a Xavier del puño y se queda envuelto en una furia sombría. Si sigue así, se va a destrozar la carne y los huesos de la mano. Aún se está curando del cuchillo, pero no muestra ningún signo de dolor.

Xavier enseña los dientes entre la agonía y la frustración, y percibo que está listo para atacar de nuevo.

Le quito la flecha a Zade y le hundo la punta a Xavier bajo la barbilla, obligándolo a mirarme.

—Mira cuánta sangre —musito replicando sus propias palabras con una sonrisa sardónica.

Zade cambia de posición. Se agacha detrás de mí y se coloca contra mi espalda con una rodilla a cada lado. Xavier desvía la mirada por encima de mi hombro; sus ojos son dos pozos de odio.

Me quedo sin aire y un escalofrío invade mi cuerpo al sentir la mano de Zade deslizándose por mi abdomen. Luego baja hasta la cintura de mis mallas, que abre lentamente con las puntas de los dedos.

Xavier sigue el movimiento con los ojos y su rostro va enrojeciendo a medida que Zade baja la mano.

—¿Qué haces? —pregunto pese a que la respuesta es obvia. Esto está terriblemente mal, pero cuando me roza el clítoris con los dedos el coño me palpita.

—Mientras le robabas todo a mi chica, ¿sabías que en el único en quien pensaba era en mí? —pregunta él ignorando lo que he dicho. Me muerdo el labio y el interior de mis muslos se humedece mientras continúa tocándome suavemente.

Xavier gruñe, pero no se digna a responder.

—Quiero enseñarte por qué —dice Zade con un tono oscuro y pecaminoso en su oscura voz.

Empieza a tocarme con más firmeza y se me escapa un leve gemido. Avergonzada, cierro los ojos, aunque Xavier no puede ver nada más que el contorno de la mano de Zade.

—No seas tímida —me susurra Zade al oído—. Enséñale por qué nunca tuvo ninguna oportunidad contra mí.

Exhalo un suspiro estremecedor, incapaz de ahogar el gemido, y abro y cierro los ojos cautivada por el placer que se apodera de mi cuerpo. Me acaricia el clítoris con pericia y no tardo en recostar la cabeza sobre su hombro.

—Zade —gimo cuando mis muslos empiezan a temblar.

—Basta —grita Xavier dejando entrever un dolor en su voz que va más allá de la flecha que lleva hundida en la espalda.

—¿Estás enfadado porque nunca gimió tu nombre? —dice Zade desafiante.

Tiene razón: nunca lo hice, por mucho que Xavier lo intentara.

—¿Clamó a Dios a gritos? —insiste.

—Sí —suelta Xavier mientras yo me desmorono. Busco la mano de Zade con el movimiento inconsciente de mis caderas y el éxtasis erosiona todo mi ser.

—Bien —contesta en tono alegre—. Eso significa que clamaba por mí.

—Dios mío, Zade —sollozo mientras el orgasmo crece y se forma justo donde me frota con los dedos.

—Muy bien, nena —ronronea—. Enséñale a quién le rezas en realidad.

—¡Zade! —grito rompiéndome en millones de pedazos mientras mi alma se libera y sale disparada hacia el cielo. Entonces me doy cuenta de que no pertenezco a ese lugar, al menos no cuando mi oscuro dios me arrastra a un mundo de pecado y placer, haciendo que me corra mientras sostengo una flecha contra la garganta de uno de los hombres que me ha violado.

En cualquier caso, todos estamos condenados, obligados a vivir fuera de las puertas del cielo. Y creo que a mí me gusta más vivir en la oscuridad, junto a mi sombra.

Zade saca la mano de las mallas y me acaricia el coño por encima de la tela mientras me sobrevienen los remanentes de euforia.

Vuelvo en mí poco a poco y la vista se me nubla hasta que recupero gradualmente la claridad.

Entre jadeos, miro hacia abajo y veo que Xavier está furioso y me mira con ojos vidriosos.

¿Por qué parece que se siente como si lo hubiera traicionado, si nunca ha poseído nada más que mis pesadillas?

—Eres una puta —espeta con rabia. Zade se levanta y se cierne sobre él; está a pocos segundos de ponerse a los mandos y enviar a Xavier al más allá. Le recoloco la punta de la flecha

en el cuello y se forma una gota de sangre bajo la punta.

—¿Y qué te hace pensar que tu opinión sobre mí significa algo? —pregunto.

Antes de que pueda responder, se oye un fuerte chillido lleno de dolor y frustración.

—¡Puta zorra psicópata!

Es Francesca.

Me pongo de pie con las piernas temblorosas y, al girarme, veo a Sibby arrastrando hacia nosotros el agitado cuerpo de Francesca, cuyo rostro rojo y sudoroso se contorsiona en una mueca de enfado. Zade empieza a dirigirse hacia ella, pero de repente se detiene y señala a Xavier.

—Como la vuelvas a insultar, te corto la puta lengua. Créeme cuando te digo que no serías el primero.

Arrugo el entrecejo.

—¿Quién fue el primero?

Zade sonríe y luego corre hasta donde está Sibby para relevarla. La libera del peso de Francesca y, durante el resto del trayecto, carga con la chillona mujer, que lleva una flecha clavada en la nalga.

Me he quedado pensando en lo de la lengua, pero decido que en realidad no quiero saberlo. La ignorancia es una bendición y bla, bla.

—¿Dónde están tus secuaces? —grito alzando la voz por encima de los chillidos de Francesca. Por la expresión amarga de Sibby, deduzco que no se estaba imaginando a ninguno arrastrando a su presa.

—Les dije que se quedaran atrás. Llevan todo el día discutiendo entre ellos y me están volviendo loca. Necesitaba descansar un rato de esos imbéciles.

Zade deja caer a Francesca junto a Rocco y los gritos de la mujer no hacen más que aumentar cuando aterriza sobre la flecha. La varilla se rompe, pero la punta sigue profundamente alojada en el músculo y el hueso.

Después, Zade se acerca a Xavier, que abre los ojos de par en par a causa del miedo.

—No seas tímido, ven a tumbarte con tus amigos —dice Zade cogiendo a Xavier por la parte delantera de la camisa y arrastrándolo para colocarlo al otro lado de Rocco.

Sus gemidos agónicos, maldiciones e insultos se mezclan entre ellos y, joder, cómo molesta.

Me aproximo al patético trío de violadores y los miro fijamente. Una parte de mí desearía que Rio estuviera aquí conmigo para ver morir a Francesca. ¿Quién sabe cuánto habrá sufrido a manos de esta mujer? Como en el caso de Sydney, su dolor no justifica el dolor que les ha infligido a otros, pero sé que no ha sido menos importante que el mío.

—Qué vergüenza —digo con un sentimiento de repulsa que se me espesa en la boca del estómago—. ¿Cuántas chicas pasaron por esta misma situación mientras tú lo celebrabas y te excitabas con su tormento?

—¡Vete a la mierda! —grita Francesca escupiendo saliva por la boca—. ¿Te crees mejor que

nosotros? Te veré en el puto infierno y entonces…

—¿Entonces qué? —la interrumpo antes de reírme cuando me fulmina con la mirada. Me agacho y pego mi cara a la suya—. ¿Vas a torturarme allí también? Nunca serás más fuerte que yo, Francesca… ¿Quieres saber por qué? Porque yo te he sobrevivido a ti, pero te juro por mi puta vida que tú no me vas a sobrevivir a mí.

Saco un regalo especial que tenía guardado en un bolsillo y se lo enseño. Es un tacón que rompí de uno de sus zapatos.

—Te voy a ahogar con él, zorra.

Ella abre la boca para maldecir, gritar o lo que sea que fuera a hacer, y yo aprovecho para meterle el tacón hasta la garganta y luego sonrío cuando los ojos se le salen de las órbitas. Empieza a convulsionar mientras se ahoga con él, pero yo ya estoy de pie y me dirijo hacia Xavier.

—Espero que te diviertas con ella, Sibby.

Sibby sonríe mientras se pone de rodillas y luego se arrastra sobre el cuerpo de Francesca. Levanta su cuchillo rosa por encima de la cabeza y lo hunde en el pecho de la mujer, que agoniza lentamente.

—No, no, no, espera, espera, todo fue culpa su… —comienza a decir Rocco, que se frena de manera abrupta cuando Zade le clava el cuchillo directamente en un lado de la boca. Le entra por una mejilla y le sale por la otra, de forma que la hoja le queda atrapada entre los dientes.

Rocco grita y la sangre le sale a chorros por la boca. Sonrío y me centro en Xavier. Parece que está a punto de desmayarse, aunque no sabría decir si es por las heridas o porque se enfrenta a las consecuencias de sus propios actos como un blandengue.

Seguramente lo último.

—Tan solo… mátame ya —gimotea—. Te suplicaré si es necesario.

—¿Quieres que me apiade de ti? ¿Eso hacías cada vez que me cortabas? ¿Tuviste tú piedad de mí cuando me violaste? ¿Acaso no pagaste dinero e intentaste comprarme como si fuera un puto objeto para poder atormentarme el resto de mi miserable vida?

Tartamudea y el sudor le resbala por la cara, cada vez más desesperado y presa del pánico. Sobre todo, cuando Sibby empieza a quitar miembros y Zade se pone a sacarle los ojos a Rocco.

—L-lo siento much…

—Xavier, no quiero que te disculpes. Quiero verte sufrir.

Antes de que pueda abrir la boca y articular más súplicas inútiles, me saco dos cuchillos de la correa que llevo ceñida al muslo y, primero con uno y después con el otro, lo obligo a poner planas las manos y se las atravieso por completo con ellos, dejándolo clavado al suelo.

Se le abren los ojos de par en par y sus gritos se mezclan con los de Rocco… Qué sonido tan hermoso.

No me molesto en quitarle los pantalones. Tan solo levanto el cuchillo y se lo hundo en la pelvis mientras observo cómo el carmesí mancha al instante sus sucios pantalones caquis. Lo

sigo apuñalando hasta que le destrozo la zona de las ingles y jadeo de cansancio.

Ahora sí que está a punto de desmayarse, así que lo agarro por el pelo, lo obligo a mirarme a los ojos y le rebano la garganta con mi cuchillo.

Él abre los ojos con incredulidad mientras empieza a ahogarse, y el rojo le mana de la herida y avanza por la parte delantera de la camisa.

Me inclino hacia su cara lo más cerca que puedo para asegurarme de que soy lo último que ve.

4 de junio de 2022

La primera vez que Xavier me provocó un orgasmo, gemí el nombre de Zade. Me pegó tan fuerte que creí haberme quedado ciega. Lloré mientras me corría porque sentía que estaba traicionando a Zade, aunque era a él a quien me imaginaba entre mis piernas. Eso no cambia el hecho de que en realidad no era él. Así que lloré. Y luego lloré un poco más cuando Xavier me pegó.

En ese momento, me sentí muy indefensa.

Tan jodidamente indefensa.

No quiero volver a sentir eso.

¿Es vergonzoso admitir que disfruté matándolo? Suena horrible decir algo así, joder.

Debería estar avergonzada por lo que hice, ¿verdad? Pero no es así. Realmente, Zade ha conseguido corromperme... Y ni siquiera me importa. Ahora me siento mucho más fuerte. Mucho más capaz.

He cometido el peor de los pecados y en realidad me ha hecho sentir más segura de mí misma. Como si quizá ya no necesitara ir con tanto cuidado.

Será porque, si me encuentro a alguien que quiere hacerme daño, ahora puedo matarlo. Y eso... sienta genial.

La hostia de bien.



CAPÍTULO 35

El cazador



Normalmente, después de asesinar a alguien, siento que mi cuerpo se libera de cualquier tensión. A veces puede resultar afrodisiaco. Es tan raro no estar tenso que, cuando mis músculos se relajan y languidecen, parece que estoy teniendo un puto orgasmo. Ese es otro de los motivos por los que soy adicto a Addie y a todas las formas en las que me derrito con el tacto de sus dedos.

Pero esta vez llevo un cabreo de cojones. Sibby se comportó como es habitual en ella y se pasó de la raya. Decidió que podía ser divertido jugar al puto frisbi con partes del cuerpo o algo por el estilo, así que nos pasamos una hora intentando localizar cada uno de los trozos de Francesca para poder enterrarlos.

Para cuando conseguí recoger sus diez dedos, ya no me importaba una mierda. Tampoco ayudó el hecho de que Sibby decidiera montarse una orgía imaginaria justo después y nos obligara a Addie y a mí a irnos hasta que acabara. Literalmente.

Y, por supuesto, durante las dos horas que tardamos en cavar y enterrar los cuerpos, sintió la necesidad de contarme todos los sórdidos detalles de lo que sus secuaces le habían hecho. O, mejor dicho, de lo que ella se había hecho a sí misma.

La dejé hablar y desconecté en las partes que no me interesaba escuchar. Sibby nunca ha tenido amigos de verdad y, a pesar de lo poco que me apetece escuchar cómo le han dado por el culo, me niego a que se haga una idea equivocada de lo que es la amistad haciéndola callar.

Subo los escalones cansado y suspirando, con movimientos pesados y somnolientos. Estoy cubierto de tierra y sangre, y probablemente de otras cosas que no me hace falta saber.

Cuando entro en el dormitorio de Addie, veo que sale vapor de las profundidades del cuarto de baño. Echo la cabeza hacia atrás y de inmediato comienzan a sucederse imágenes de ella bajo la ducha, con el agua resbalándole por las curvas desnudas. Se me pone la polla dura al instante y la tensión de mis músculos los convierte en piedra.

Empujo la puerta suavemente y me sorprende encontrármela de pie frente al espejo del tocador, recorriendo con los ojos la piel de su cuerpo desnudo. Tiene los labios fruncidos y mira

su reflejo con una mezcla de aversión y curiosidad.

Se tensa al oír la intromisión, pero no despega los ojos de su imagen. Está completamente desnuda y verla así casi hace que me ponga de rodillas.

Tanto por adoración como por pena.

Dos largas e irregulares cicatrices le atraviesan la espalda. Al verlas, siento una rabia visceral que reaviva mi deseo de matar al hombre que se las hizo. Recuerdo vivamente las imágenes de la cámara que mostraban al doctor Garrison suturándole esas heridas.

Aprender a aceptar mis propias cicatrices fue un proceso al que me enfrenté en solitario. Pero Addie nunca volverá a enfrentarse a nada sola. Pronto le pasaré la lengua sobre todas y cada una de ellas y le demostraré que sigue siendo hermosa.

Las cicatrices tan solo nos recuerdan a qué hemos sobrevivido, nunca a lo que nos mató.

La sangre y la suciedad cubren su pálida piel; se le desprenden del cuerpo y caen sobre el suelo de roca caliente. Se pasa la mano por el abdomen, totalmente plano, atrayendo mi mirada hacia sus dedos. Me acerco despacio hasta que veo con más claridad lo que hace. Como si pulsara la cuerda de una guitarra, se rasca una diminuta cicatriz blanca con las uñas.

—Esperaba que se desvanecieran —murmura en voz baja para ocultar el temblor—. Son más trágicas cuando es otra persona la que te graba recuerdos dolorosos en la piel.

Desvía la mirada hacia mí.

—Las odio.

Aprieto los dientes; la furia se me acumula en el pecho. Me habría encantado haber sido yo quien matara a Xavier. Tomarme mi tiempo con él, como hice con Max. Pero no me pertenecía a mí consumar esa venganza. Aunque siempre me quedará la satisfacción de hacer que Addie se corriera delante de él.

—Cada vez que las veo, pienso en él —continúa en voz baja—. No quiero mirar mi cuerpo y ver a nadie que no seamos ni tú ni yo.

Guardo silencio y me saco la sudadera y la camiseta por la cabeza de un tirón. Ella ni siquiera hace amago de mirarme; está demasiado perdida en los recuerdos de cómo le hicieron esas cicatrices.

—¿Todavía te duelen, cariño? —le pregunto mientras me desabrocho el cinturón y los vaqueros antes de quitármelos también.

Cuando me contesta, ya me he desvestido del todo.

—A veces —susurra—. A veces queman. Como si la hoja del cuchillo no dejara nunca de cortarme la piel.

Respondo con un zumbido áspero mientras la rabia me sigue subiendo por el pecho. Como ocurre con el agua que hierve en una olla, rebasará hasta quemar todo lo que toque.

—A veces —empieza de nuevo con voz ronca— me pregunto cómo es posible que aún me quieras.

La miro fijamente a través del espejo mientras me acerco a ella por detrás. Ese carnoso labio

inferior se abre paso entre sus dientes y el miedo le centellea en sus ojos de color caramelo.

Me recuerda la época en la que yo era un extraño y ella una obsesión que solo conocía de lejos. Cuántas veces vi en sus ojos esa misma mirada. Cuando encontraba mis rosas o cuando yo me ponía frente a su ventana. Más aún cuando se retorcía entre mis manos, arqueándose al sentir mi tacto mientras me suplicaba que me fuera.

Satisfacía esa parte oscura que llevo dentro, reservada únicamente para la mujer que ahora se mira al espejo y se pregunta cómo de fuerte es en realidad.

Ansiaba estar con ella más allá de las buenas intenciones, de la moralidad y de hacer lo correcto. La deseaba tanto que tiré por la borda todas esas cosas para hacerla mía.

Y, si cree que una mente oscura y las cicatrices que marcan su carne pueden disuadirme de ello, es que aún no comprende la profundidad de mi anhelo.

Me aprieto contra su espalda y el calor de nuestros cuerpos se transfiere del uno al otro. Ella es como el trozo de un cielo que, si bien nunca llegaré a ver, me parece mucho menos apetecible que el paraíso que encuentro en las profundidades del cuerpo de Addie.

Le deslizo la mano por la columna de la garganta, animándola a inclinar la cabeza contra mi hombro. Su boca ya está entreabierta.

—Adeline, te he seguido a través de muchas generaciones. Mi alma te necesita tanto que me he convertido en una sombra, y mi único destino es cazarte durante toda la eternidad.

La agitación se refleja en sus ojos y se le escapa un leve gemido mientras se retuerce imperceptiblemente ante la promesa de que atormente su alma.

Está hecha para mí, joder.

—Si crees que las cicatrices van a hacer que me eche atrás, es que no has visto lo cruel que puedo llegar a ser —digo con rudeza.

Se le entrecorta la respiración y abre de par en par sus ojos de color caramelo, que reflejan su inquietud a medida que los va centrando en mí. Le noto palpitar salvajemente el pulso a través de mi mano y quiero hincarle los putos dientes para saborear cuánto me teme.

Lanzo un gruñido y dejo que la negrura de mi alma se desangre y se vierta sobre su piel, manchando cualquier resto de inocencia que le quedara. Esos hombres me arrebataron esa parte de ella y ni en broma voy a permitirles que se lleven nada más.

Con la mano que me queda libre, aparto la suya y le recorro la cicatriz que ella estaba arañando, arrancándole un gritito ahogado.

—Estas también serán mías. Las abriré con un cuchillo y las reclamaré para mí. Lo único que verás cuando las mires seré yo —gruño con la mano flexionada alrededor de su garganta.

—No serías capaz —jadea con un brillo desafiante en sus iris.

Sonrío con perversión y me deleito en ver cómo aumenta su miedo al tiempo que se le tensan los pezones y los fluidos de su excitación impregnan el aire húmedo.

—Así, muy bien —le susurro justo antes de apretarle el cuello hasta dejarla sin aire—. Es a mí a quien debes temer, ratoncita. No a esos putos enfermos que no tienen ningún derecho sobre ti.

Entonces dirijo mi otro puño hacia el espejo y lo rompo. Noto cómo se estremece y me perfora la carne con las uñas mientras saco un trozo de cristal y se lo muestro.

Aflojo la mano y ella aspira oxígeno con voracidad sin despegar los ojos del fragmento de cristal. Mientras tiembla, aprieto mis caderas contra su culo respingón y gimo cuando siento que se estremece aún más.

—Señálame cuál va a ser la primera —ordeno.

Le estoy dando a elegir. Puede que la esté aterrorizando, pero ella sabe cómo liberarse de mí. Sabe cómo darle la vuelta al arma para que apunte en mi dirección.

Joder, sabe luchar contra mí.

Con la respiración entrecortada, se señala el abdomen.

Lentamente, muevo la mano hacia la zona donde se encuentra la cicatriz que ha elegido mientras la observo con atención a través del resquebrajado espejo. Ella no despega la mirada del trozo de cristal e inhala con fuerza cuando se lo aprieto contra la piel, directamente sobre la cicatriz.

Me detengo, ofreciéndole una última oportunidad de echarse atrás, pero ella gira la cabeza y me pone los labios sobre el cuello, dejando que el calor de su aliento me recorra la piel.

Así que aprieto el fragmento contra la antigua cicatriz y me pongo a gruñir cuando ella abre la boca y me muerde en la garganta sin ningún tipo de contención. Se acaba tan pronto como empieza y me suelta al instante, mirándome con el pecho agitado. La herida no es muy profunda, pero sí lo suficiente como para que salga sangre.

La negrura me va cerrando la visión al tiempo que claudico frente a la bestia que llevo dentro.

—La siguiente. —Apenas reconozco mi propia voz, pero Addie confía en ella porque echa un rápido vistazo a través del espejo y señala una cicatriz que tiene en la cadera.

De nuevo, mientras la corto, ella me muerde. Y así una y otra vez hasta que por delante está cubierta de cortes y no deja de temblar. Entonces le doy la vuelta y la subo al lavabo, acunándola contra mi pecho mientras le hago cortes sobre las cicatrices de la espalda hasta que se mancha de sangre y yo tengo el cuello y los hombros llenos de marcas de mordiscos.

Los dos respiramos con dificultad, rebosantes de lujuria, agonía y un desasosiego que nos deja a ambos al límite.

Ella tiembla a mi tacto y sus ojos parecen manzanas de caramelo glaseadas; es como si las endorfinas que recorren su organismo la hicieran parecer colocada. Dejo caer el cristal y froto una herida con cada pulgar, embriagado por el agudo silbido que se le escapa de entre los dientes.

—¿Crees que hay algo trágico en mi modo de amarte? —pregunto rozando mis labios contra su mandíbula.

—Sí —gime—. Que un día se acabará.

Un rugido me desgarra la garganta, la agarro por el pelo y le echo la cabeza hacia atrás, obligándola a ver la verdad.

—Ratoncita, lo nuestro no se acabará nunca. Incluso cuando estemos a dos metros bajo tierra y nuestros huesos se hayan convertido en polvo, perseguiré tu alma hasta que sienta dolor al librarse de mí. Y, entonces, te abrazaré aún más fuerte.

Le tiemblan los labios y lucha contra la fuerza de mis manos para acercar su cabeza a la mía mientras me roza el pecho con sus rígidos pezones.

—No quiero librarme de ti, Zade. Ni en esta vida ni en todas las siguientes.

Me coge la cara con ambas manos y estruja sus labios contra los míos. Sus uñas rozan la barba incipiente que se me ha formado en las mejillas.

Se aferra a mí como si se estuviera cayendo, pero no tengo ningún interés en cogerla. Siempre me precipitaré tras ella, persiguiéndola incluso en la muerte.

Cuando cierra las piernas alrededor de mis caderas, la sujeto deslizándole las manos por su escurridiza piel y la llevo hasta la bañera, que tiene las patas en forma de garra. Se aparta tan solo unos centímetros y, al ver cómo le castañean los dientes, se me escapa una sonrisa. Frota su coño contra mi miembro, resbalando una y otra vez de lo empapada que está.

Con cuidado, entro en la bañera y nos meto dentro. El carmesí tiñe la porcelana de manchas de huellas y gotas frescas.

No puedo evitar gemir enseñando los dientes cuando ella se pone a hacer movimientos ondulantes contra mi polla, amenazando con arrancarme la cordura de la cabeza tal como hacen los monstruos con los corazones en las películas de terror malas.

Antes de perder la razón por completo, alargo el brazo para coger la alcachofa de ducha que hay junto al grifo. Luego abro el agua caliente a todo trapo y regulo la temperatura a mi gusto.

—Zade —suplica perdida en el delirio. A Addie solo le habían mostrado el dolor que causa un cuchillo, pero ahora está experimentando lo cataclísmico que puede resultar cuando se usa bien.

A partir de hoy, el único cuchillo del que caerá presa será el mío, y me lo suplicará con desesperación, joder.

Cambio la posición de la palanca del inversor para que el agua salga por la alcachofa de la ducha, me reclino y la uso sobre su cuerpo. Ella sisea entre dientes, echa la cabeza hacia atrás y sigue moviendo las caderas lentamente.

Sus gemidos roncos llenan el espacio, rebotan en la piedra y la porcelana y se pegan a mí como cera caliente. El rojo de la sangre resbala por sus curvas antes de irse por el desagüe formando remolinos.

Luego giro la alcachofa hacia mí y me limpio la sangre y la suciedad que se han acumulado en mi cuerpo tras la actividad del día. Cuando termino, veo que me mira fijamente, con un ardor en los ojos que me deja sin aliento.

—Mírate las nuevas cicatrices —le exijo con firmeza. Tarda unos segundos en apartar la mirada de la mía y dirigirla hacia su cuerpo. Las heridas siguen sangrando; el agua caliente no permite que la sangre coagule—. ¿Qué es lo que ves?

Desliza una mano por la misma cicatriz del abdomen que se había estado arañando y exhala

temblorosa.

—A ti.

Me incorporo un poco, le coloco el dedo bajo la barbilla y hago que levante de nuevo la mirada hacia la mía.

—Ratoncita, algún día eso será lo único que veas. Yo seré el único villano de tu historia, y el único con la capacidad de hacerte gritar.

En cuanto la última palabra sale de mi boca, giro la alcachofa de la ducha hacia su coño y le dirijo el potente chorro directamente sobre el clítoris.

Se sobresalta y emite un jadeo que enseguida se transforma en un grito. Se coge a la bañera con una mano a cada lado y, de nuevo, echa la cabeza hacia atrás. Sin embargo, esta vez grita, tal como he dicho que haría.

—Joder, nena, estás preciosa cuando gimes por mí —le espeto apretando los dientes mientras ella se agita contra mí sin control. Me incorporo y le paso un brazo por la cintura; el placer me crece demasiado deprisa en la base de la columna. La levanto unos centímetros por encima de mí, pero ella apenas se da cuenta.

—Dios mío, Zade —gimotea. Me meto uno de sus pezones en la boca y le hago círculos con la lengua sobre la punta antes de morderlo. Sus gemidos se agudizan y me araña con las garras en los hombros.

Le sigue brotando sangre de las heridas y su cuerpo se tiñe de rojo. Parece un ángel de la muerte cabalgando sobre mí con las manos manchadas de una sangre que nunca podrá limpiar.

Es la perfección absoluta, y nunca me cansaré de demostrarle lo mucho que la adoro, joder.

—Voy a… —Aparto la alcachofa de la ducha y, esta vez, grita de frustración. Me clava las uñas en la piel y me deja unas marcas de medias lunas enfadadas. Aprieto los dientes y el dolor se transforma en un intenso placer.

—¿Qué tienes que hacer para conseguir lo que quieres, Adeline? —le digo—. Rézale a Dios; solo así dejaré que te corras sobre mi polla.

—Por favor, Zade, por favor… —ruega desesperadamente. Sin aliento.

Yo niego con la cabeza.

—Por favor, ¿qué? Nena, no puedo responder a tus plegarias si no sé cuáles son.

—Deja que me corra —jadea—. Por favor, deja que me corra.

—Buena chica —murmuro volviendo a acercar el chorro a su clítoris. Ella pone los ojos en blanco y, en unos instantes, se derrumba sobre mí, frotándose contra mi polla y explotándome encima mientras sigo azotándole el clítoris con la potencia del agua. Canta mi nombre como si fuera un avemaría y no hubiera otra forma de recibir el perdón.

Cuando la intensidad se vuelve insoportable, me aparta la mano para dejar de sentir el chorro. Entonces me inclino hacia delante y golpeo la palanca del inversor para que el agua vuelva a salir por el grifo. Dejo caer la alcachofa de la ducha y me siento otra vez, sin molestarme en tapar el desagüe.

Ella sigue jadeando, las réplicas del orgasmo la sacuden y hacen que se retuerza sobre mí como un robot averiado.

Tiene el coño a escasos centímetros por encima de mi polla y estoy prácticamente cegado por la necesidad de hundirme tan dentro de ella que acabe saliendo por el otro extremo. Sería tan fácil hacerlo… sobre todo mientras sigue recuperándose.

El impulso de hacer daño. De herir y causar dolor, de doblar y romper… Siempre estará ahí. Siempre querré destrozar a Addie para mi propio disfrute enfermizo, pero eso no invalida la necesidad que tengo de protegerla. De atesorarla y aferrarme a ella como si fuera la rosa de plástico que me regaló mi madre.

Estoy enamorado de ella hasta las putas trancas y, aunque mi amor es brutal y despiadado, también sé que la reconforta. Decidir cuándo ser amable y cuándo dejarme ir siempre constituirá una ardua batalla.

Y este es uno de esos momentos en los que necesito domar a la bestia. Por mucho que me haga sentir que se me va a caer la polla de dolor.

Addie vuelve los ojos hacia mí, mirándome casi con timidez bajo las espesas pestañas. Tiene el pelo húmedo y las puntas se le pegan al cuerpo mojado y le recorren la forma de las tetas y las costillas. Le resbalan gotas de agua por todas partes, y soy incapaz de decidir cuál le voy a lamer primero.

Mierda. De verdad que ahora mismo no quiero ser amable. Quiero dejar al diablo en evidencia.

—Date la vuelta —le ordeno con voz tensa y ronca. Ella sacude lentamente la cabeza y se inclina sobre la punta de mi polla, que va resbalando contra su cuerpo hasta que queda apoyada sobre mi abdomen. Luego empieza a deslizarse sobre ella, envolviéndome en su húmedo calor.

Lanzo un gruñido desde la garganta y agito las caderas hacia arriba a modo de amenaza.

—Adeline, no me pongas a prueba, joder.

—No vas a follarme —exclama curvando sus labios rosados en una sonrisa.

—No estés tan segura. Soy capaz de hacer muchas cosas, pero diría que resistirme a tu dulce coñito no es una de ellas.

—Sabes que no te lo perdonaría jamás —dice con un destello de maldad en los ojos.

Gruñendo, la agarro por el cuello y la acerco hacia mí.

—Tu odio siempre me ha sabido a gloria, ratoncita. Si tengo que pasarme lo que me quede de vida de rodillas, usaré la boca para algo más que para suplicarte que me perdones. —Sonrío con aire siniestro y noto cómo se le entrecorta la respiración—. Para cuando acabe, tú estarás arrodillada a mi lado.

Menea la cabeza: se niega a ceder. Mi pequeña ramera mueve las caderas y me desliza el coño hasta la punta para luego volver a descender hasta la base, atrayendo con fuerza mis pelotas. Los ojos le aletean mientras se frota el clítoris contra mí, indiferente al hecho de que su vida pende de un precario hilo.

—Quédate así —me susurra mientras repite el movimiento una y otra vez hasta que estoy a punto de partirle el cuello como si fuera un puto palillo.

Se encienden mis terminaciones nerviosas y el cuerpo se me entumece de placer. No tengo ni idea de la fuerza con la que le estoy apretando el cuello, del mismo modo que no sé qué hay más allá de la chica que se frota contra mí. Si se detiene, moriré, pero todo apunta a que será ella la que muera antes de que yo pueda acabar.

Hago todo lo que puedo por no mover las caderas. Miro cómo me rodea la muñeca con su manita y entonces me doy cuenta de que se me marcan todas las venas del cuerpo a través de la piel.

Me empuja enérgicamente hacia atrás por los hombros hasta que choco contra el respaldo de la bañera de porcelana y le suelto la garganta. Respira hondo, pero no deja de restregarse contra mí.

Llevo las manos a sus redondeadas caderas y no puedo evitar seguir frotándola contra mi miembro, controlando sus movimientos y marcando mi propio ritmo.

El placer se me acumula en la base de la columna y siento que todos los músculos de mi cuerpo se tensan a medida que me acerco al momento de la liberación.

Cuando me pierdo en el placer soy fácil de dominar. Entonces se apoya sobre las rodillas, alejándose de mi palpitante polla justo cuando estaba a punto de explotar.

Al instante, me invade una frustración que no había sentido jamás.

—Adeline, te juro por mi puta vida que si no te sientas ahora mismo… —Me tapa la boca con la mano y me quedo tan asombrado como si me hubiera metido un pararrayos por el culo.

—Shhh, cariño… —susurra con una leve sonrisa.

Que. Le. Den.

Ella gana.

Y es totalmente consciente de ello mientras se mueve para rodearme con la mano la base de la polla y apuntar con ella hacia arriba. Todas las palabras se me mueren en la lengua, y acabo olvidándolas por completo cuando comienza a bajar suavemente hasta que la punta se abre camino en su entrada.

Le tiembla la voz cuando dice:

—Yo tengo el control, Zade. No tú. Yo.

Suelta la mano y me clava los ojos; reflejan un fuego tan abrasador que parecen dos charcos de whisky.

Mi favorito.

Aprieto los dientes y los frágiles huesos de mis encías amenazan con desmoronarse cuando baja más aún, hasta que su apretado ardor me devora la punta de la polla. Golpeo la bañera con el lateral del puño, que ya está casi desencajado de la increíble sensación que es estar dentro de ella.

—Joder, Addie…

Se inclina hacia delante y me pone las manos en la parte baja de las caderas, presionando con

firmeza. Los brazos le juntan los pechos y, si no estuviera a punto de estallar, los tendría entre mis dientes.

—No te muevas —dice suspirando, sin aliento y ronca de deseo.

Siento que escupo llamas por los ojos mientras la miro fijamente. Soy de acero templado y podría romper diamantes sobre mi polla, pero con esta mujer nunca he tenido ningún tipo de control.

No hay peor tortura a la que someter a un hombre, pero la sufriré con gusto si de esa forma puedo tenerla alrededor de mí aunque sea un centímetro.

—No dejes que ese control se te escape entre los dedos porque, si eso ocurre, seré responsable de todas y cada una de mis acciones. Te follaré tan profundamente que me gritarás que pare, pero no lo haré, Adeline. Tendrás que matarme para que eso suceda, y moriré sin el más mínimo remordimiento.

Se suele decir que los ojos son las ventanas del alma, y joder si es cierto, porque veo cómo el miedo se apodera de su cuerpo. Sin embargo, sigue excitándose igual que cuando yo no era más que una sombra en la noche.

Su coño se tensa y siento cómo sus fluidos me resbalan por el miembro, arrancándome un profundo gruñido gutural del pecho.

El agua caliente me llega por la mitad de los muslos y nos salpica cuando ella reajusta la postura para mantener mejor el equilibrio.

Siseo cuando hace un movimiento circular con las caderas y me hunde las uñas en los costados.

—Más fuerte —bramo. Necesito el dolor para tener algo a lo que agarrarme. Para mantener la cordura. Si solo la siento a ella, voy a volverme loco—. Clávame las uñas más fuerte.

Ella me hace caso y los agudos pinchazos me hacen estremecer. Pero logran evitar que me corra dentro de ella.

Mueve ligeramente el culo con movimientos tan imperceptibles que apenas hacen que su coño se trague un par de centímetros más de mí. Sin embargo, consigue ponerme los ojos en blanco.

Levanta una mano para envolverme con ella la base de la polla, pero la detengo. Si me toca, estoy acabado.

Yo mismo rodeo la base con el dedo índice y el pulgar para estabilizarla y, con la otra mano, le acaricio el clítoris haciendo pequeños círculos sobre él. No me tiene lo suficientemente dentro como para excitarse. E, incluso en ese caso, necesitaría que la estimulara la mayor parte del tiempo.

En el pecho se me despliega un gemido largo y desigual.

—Joder, necesito sentirte el coño. Necesito que me envuelvas con él. Cada una de tus partes es mía, ratoncita; nunca volverás a estar completa si no me tienes dentro.

—Zade… Ahora mismo solo puedo llegar hasta aquí. No puedo hacer más —me dice casi suplicándome que la comprenda.

—Métetela todo lo que puedas soportar, cariño. Dame todo tu dolor.

Vuelve a ponerme la mano en la cadera junto a la otra y, de nuevo, me clava las uñas. Suelto un gemido a través de los dientes apretados; la felicidad me nubla la vista. Todavía queda mucho de mí, pero no voy a obligarla a bajar más.

—Lo estás haciendo muy bien, cariño. Además, estás preciosa, joder. No puedo esperar a verte cuando me envuelvas por completo.

Los dientes le vuelven a castañear y se le escapa un gemido.

—Me siento muy orgulloso de ti —murmuro embriagado por la imagen de su dulce coño suspendido sobre mi miembro, aunque haya tomado tan poco de él en su interior.

—Zade —ruega con la voz ronca.

—He echado de menos ver cómo me empapabas la polla —digo con voz áspera mordiéndome el labio para contener otro gemido.

Se estremece al oír mis palabras y sus fluidos caen hasta los dedos con los que me sujeto la polla. Le froto el clítoris más deprisa, provocándole un escalofrío estremecedor.

—He echado de menos la fuerza con la que me atrapa tu coño. La facilidad con la que te amoldas a mí.

Ella asiente con la cabeza, tan perdida en el placer como yo. Cierra los ojos mientras empieza a seguir un ritmo más agitado y se concentra en frotarse contra mi mano.

—No es suficiente, ¿verdad? —susurro viendo cómo se le arrugan las cejas. Se muerde el labio e, incluso con los ojos cerrados, sé que está luchando consigo misma. Lucha contra el instinto de sentarse completamente sobre mí.

Lo desea. Joder, puedo ver hasta qué punto. Pero se resiste.

—Necesitas más de mí, pero no te vas a permitir tenerme. Así que tendrás que conformarte con que te llene con mi semen.

Abre la boca y de su lengua se desprende un gemido ronco que me recorre la columna. Siento que está al borde del abismo, desesperada por tirarse.

—Tienes cinco segundos, Adeline, si no, te follaré de todos modos.

Esa chispa de miedo es suficiente para hacer que se tire por el precipicio. Se rompe, los muslos le tiemblan y aprieta los ojos. Un grito brutal resuena por todo el cuarto de baño, pero no sabría decir quién lo ha proferido.

Enseguida me lanzo tras ella por el precipicio y un relámpago me atraviesa la espina dorsal y me priva de todo sentido común. Me envuelve con tanta fuerza que casi impide que los chorros de semen salgan de mi polla.

Si esto es lo que uno siente en el cielo, lamento no haber hecho nada para merecerlo.

Transcurre un periodo de tiempo imposible hasta que ambos nos desplomamos, sin aliento y azotados por persistentes corrientes eléctricas.

Me apoya la mejilla sobre el pecho y sus mechones mojados caen sobre mi piel como una fina lluvia de chocolate. Sé que siente los latidos de mi corazón rebotándole entre los dientes.

Sumerjo los dedos entre sus hebras de pelo enmarañado y la rodeo firmemente con el otro brazo. Permanecemos así varios minutos, recuperando el aliento y volviéndolo a perder con cada caricia.

Al final, la convenzo para que se dé la vuelta. Ella se abraza las rodillas mientras yo me echo champú en las manos y le lavo minuciosamente el pelo, aliviando las tensiones que tiene acumuladas en los músculos.

Le hablo de la primera persona a la que maté y ella me cuenta quién fue la suya. Una chica llamada Phoebe, que ayudó a salvarle la vida a Addie solo para que poco después a ella la obligaran a matarla. Llora al hablar de esa chica pelirroja con el cabello de fuego y del miedo que siempre le calaba los huesos, salvo cuando realmente importó. Al final, acabó por encarnar las llamas que le colgaban alrededor de los hombros.

Aclaro con agua el jabón mientras sus lágrimas se van uniendo a la espuma que cae por el desagüe y su cabeza se inclina hacia delante a causa del dolor.

Después, la saco de la bañera y la dejo en la encimera del lavabo, donde le cepillo los dientes mientras ella abre la boca. Le retiro cada lágrima con un beso y le recuerdo que Phoebe siempre estará con ella, por lo que ahora esas llamas también son suyas.

Capítulo 36

El diamante



—Han hablado de la desaparición de Xavier en el telediario nacional —me cuenta Daya por teléfono.

—¿Tienen alguna idea de quién lo ha hecho? —pregunto masajeándome un hombro.

Me duele todo el cuerpo por el entrenamiento que he tenido con Sibby y estoy a punto de desplomarme en el suelo y quedarme ahí para siempre.

Sería un buen fertilizante. Me podrían crecer rosales trepadores de la caja torácica mientras me fundo con la tierra.

Seguramente Zade diría que soy una dramática por pensar algo así.

—Su único punto de partida es lo que pasó en el Supple, pero vosotros teníais el rostro tapado, claro, lo cual es una ayuda.

—Y yo llevaba peluca —añado.

—No podrán identificarte. Como mínimo, el público general, pero estoy segura de que Claire sabrá que habéis sido vosotros dos.

—Pero no pueden demostrarlo.

—No les hará falta. Controla a todo el gobierno y a las abejas obreras que lo hacen funcionar. La policía, los federales… Todos.

Me muerdo el labio y aplico más presión en un punto en concreto del hombro.

—Entonces ¿crees que la cara de Zade acabará en las noticias de la noche?

Se queda callada durante unos instantes.

—O la tuya.

Me da un vuelco el corazón y me empieza a latir con fuerza en la boca del estómago. En realidad, a Claire le iría muy bien culparme a mí del asesinato. Terminaría con mi reputación como autora, pero eso no sería lo peor. Podrían presentar cargos, falsificar pruebas para que me delataran y condenarme. Y no iría a la cárcel: terminaría otra vez en manos de Claire.

Joder.

—Zade no permitirá que te hagan nada, Addie —me asegura Daya—. No te pongas nerviosa. Ya se nos ocurrirá algo, y estoy convencida de que Zade ya había previsto que podría pasar todo esto.

Aunque no puede verme, asiento con la cabeza, pero eso no consigue que se me ralenticen los latidos.

—Quizá no tendría que haber…

—Addie, no seas una de esas personas que solo se arrepiente de haber hecho algo cuando la pillan. Si te arrepientes de algo, que sea porque realmente no estás cómoda con ello. Para serte sincera, yo no siento nada por haber acabado con la vida de Luke, así que supongo que ahora las dos estamos en la lista de Dios de personas de mierda. En cualquier caso, lo que estamos haciendo con Claire es enorme. Es más grande que tú y que yo. Y le salvará la vida a mucha gente.

Vuelvo a asentir y cierro los ojos con fuerza.

—Tienes razón, ya lo sé. No me arrepiento de lo que hice. —Dejo ir un suspiro hondo—. Es que me da miedo no saber qué pasará.

—Todo irá bien. No te olvides de quién está de tu parte.

Justo entonces, como si lo hubiese hecho a propósito, siento unos dedos que me apartan la mano del hombro y Zade aprieta el dedo gordo contra ese nudo tan persistente.

Dejo caer la mano y una mezcla de dolor y placer brota de la presión de sus habilidosos dedos sobre mis músculos.

—Sí, no lo olvido —murmuro, y me obligo a reprimir un gemido en la garganta cuando me toca un punto especialmente doloroso—. Gracias, Daya. Te llamaré más tarde, ¿vale?

En cuanto colgamos, suelto otro gemido. Me ha parecido que tal vez le molestaría a Daya si me oyera. Su otra mano se une al ataque y me provoca más sonidos de placer. Joder, me duele pero a la vez me encanta.

—¿Daya ya te lo ha contado? —pregunta en voz baja con un tono grave.

—Sí —respondo, aunque se me rompe la voz.

—No te…

—No me pasará nada, ya lo sé —lo corto—. Pero a veces las cosas no salen como uno quiere.

Tras indicarme que dé media vuelta, me giro con un suspiro cansado. Su cicatriz se arruga por la sonrisa divertida que se le esboza al ver mi expresión descarada.

—Pues en ese caso será mejor que pongas las noticias a las ocho en punto.

Frunzo las cejas, y las comisuras de los labios se me tuercen hacia abajo.

—¿Qué has hecho?

—Todavía no he hecho nada, pero lo haré.

Me da un toquecito en la punta de la nariz y yo respondo espurreando y apartándole el dedo con un manotazo. Se le ensancha la sonrisa hasta que se convierte en la protagonista de su rostro marcado por la cicatriz y se le iluminan los ojos, que parecen el yin y el yang.

Su sonrisa es un puto peligro. Solo con verla se me detiene el corazón.

—A las ocho en punto, ratoncita. Me sentiré ofendido si te lo pierdes.



—¡No te puedes sentar aquí, Addie! Estarías en el regazo de Baine, y él está hecho un saco de huesos, así que no es muy cómodo.

Tengo el culo en pompa a media sentadilla, suspendido sobre mi sofá de cuero, cuando Sibby me detiene.

—Hum… Vale. —Suspiro, un poco harta de no poder usar mis propios muebles porque los amigos imaginarios de Sibby los están ocupando. ¿No pueden ponerse de pie? Ni que se les fuesen a cansar sus piernas imaginarias…

Cuando me yergo, oigo que Sibby sofoca un chillido, lo cual me hace dar un brinco y casi se me cae el vino.

—¿Qué? —pregunto, alarmada, y estudio el sofá por si hay una araña o algo. A mí no me dan miedo, pero Sibby tiene tendencia a convertirse en una niña aún más pequeña cuando ve algún bicho.

—Lo siento mucho, Addie. Baine te ha manoseado el culo. Baine, ¡no hagas eso! Zade te matará, ¿sabes? Se le pone un nudo en las pelotas cuando alguien la toca.

—¿Que se le pone un nudo en las pelotas? —murmuro, confundida y absolutamente exhausta. Alzo un pulgar por encima del hombro, incómoda, mientras ella continúa echándole la bronca a Baine—. Bueno, me voy para allá… —mascullo, algo perturbada.

Enciendo la tele y pongo las noticias de Channel 8. Para variar, siguen dándole vueltas a lo de Xavier, y de inmediato empiezo a sudar con la expectativa de que aparezca una fotografía mía en la pantalla como si fuese sospechosa del caso.

Me digo que, si estuvieran investigándome, la policía ya habría venido a buscarme, pero la ansiedad me supera de todos modos.

Bebo un gran trago de vino y miro qué hora es en el móvil. Las 19.59. Conociendo a Zade, haga lo que haga, será puntual. A las ocho en punto. Ni un segundo antes ni uno después.

Vuelvo a dar un trago y pongo los ojos en blanco cuando Sibby se desliza una mano por la pantorrilla y se aparta el vestido negro a topos que lleva. A continuación, se da un manotazo en su propia mano y le grita a Mortis por intentar ligar con ella delante de mí. Cada vez se le da mejor guardarse sus actividades sexuales para sí misma.

Me da un vuelco el corazón cuando empieza a fallar la imagen del periodista que está hablando en la tele, hasta que al final las interferencias lo cortan del todo. No puedo evitar reprimir un chillido cuando aparece un hombre en la pantalla para sustituir al periodista: lleva puesta una capucha oscura, tiene el rostro cubierto por una máscara negra que me resulta muy

familiar y frunce el ceño con gesto imponente, acompañado de la cicatriz que le atraviesa el ojo.

Hostia, no puede ser.

Poco a poco, me levanto y me acerco al televisor boquiabierta.

«Hola, queridos compatriotas», empieza Zade. Arqueo las cejas al percatarme de que su voz suena mucho más grave de lo habitual. Se la ha modificado. «A raíz de la desaparición del magnate del petróleo Xavier Delano, este mensaje es para el cuerpo policial, todos los funcionarios y, como siempre, los ciudadanos».

Se acomoda entrelazando los dedos de las manos, que están cubiertas por unos guantes negros.

«Xavier Delano se dedicaba a comprar mujeres jóvenes de traficantes de personas para usarlas como esclavas sexuales y luego las asesinaba cuando se aburría de ellas. He publicado todas las pruebas en internet, y en la parte superior de la pantalla aparecen fotografías de varias mujeres a las que compró, torturó, violó y mató. Memorizad sus nombres. Yo ya lo he hecho. En honor a todas las mujeres que perdieron la vida por culpa de este hombre, tomé cartas en el asunto. Xavier Delano no está desaparecido. Está muerto».

Zade se inclina hacia delante y ladea la cabeza. Las ondas que se emiten de la pantalla son espeluznantes. Al clavar la mirada en los agujeros sin fondo donde se ocultan sus ojos, una impresión de peligro puro me recorre todos los huesos y hace que me estremezca y me deleite a la vez.

«No es el primero en sufrir las consecuencias de sus acciones, y no será el último. Yo soy Z y estoy vigilando. Nadie está a salvo. Y menos aún los que me han traicionado».

El vídeo desaparece y de nuevo vemos al periodista del telediario, que tiene el rostro pálido y está alterado.

Un fuerte crujido me hace salir del efecto hipnótico en el que me había sumido. Giro la cabeza de golpe hacia Sibby y me la encuentro llevándose un puñado de palomitas a la boca. Imagino que se da cuenta de que la estoy mirando porque se detiene mientras mastica, todavía con las mejillas hinchadas, y me devuelve la mirada con los ojos inocentes y muy abiertos.

—¿Qué?

—Ha asumido toda la responsabilidad —digo, aturdida.

Sibby parpadea, parece confundida.

—Bueno, pues claro. O sea, tampoco es una mentira del todo, pero Zade haría cualquier cosa por protegerte. —Ladea la cabeza—. ¿De verdad dudabas de él?

Se me entreabren los labios.

—Supongo que no me esperaba… eso.

Sibby se encoge de hombros, y apenas se traga lo que tiene en la boca antes de volver a llenársela.

—Ha sido un movimiento inteligente.

Sí. Nadie se va a creer que quien ha matado a Xavier no es Z sino una chica normal y corriente que, para colmo, es una autora conocida y respetada. Si ahora alguien intentara culparme a mí,

parecería un estúpido. Además, todo el mundo sabe que he sido víctima de trata sexual. Podrían intentar darle la vuelta y argumentar que yo quería vengarme, pero entonces tendrían que cargar con el estrés añadido de que Zade removería cielo y tierra por acusar a una inocente superviviente. Por no mencionar que Zade nunca permitiría que me llevaran a la cárcel. Me trasladaría a algún lugar escondido y también asumiría la culpa de eso. Y, de nuevo, la gente se posicionaría a favor de él, en lugar del gobierno, y eso es lo último que querría Claire.

Mierda. La verdad es que Zade le ha jodido a Claire cualquier plan que pudiera tener, y todo por protegerme.

—¡Ah! —grita Sibby, y yo vuelvo a sobresaltarme—. Tendrías que escribir un libro sobre todo esto. A tus fans se les caería la baba por el tiarrón imponente y escalofriante que va a salvarte y luego asesina al hombre que abusaba de ti.

No se equivoca. Incluso a mí se me cae la baba.

Pero llevo un tiempo demasiado agotada mentalmente como para escribir. Consigo reunir un poco de energía para colgar algo de vez en cuando y poner al día a mis seguidores antes de volver a desaparecer, pero ni siquiera leo los comentarios por lo cansada que estoy. Mi asistente personal se encarga de interceptar todos los mensajes y las preguntas hasta que esté lista para retomar mi carrera, aunque no creo que pueda concentrarme de verdad en escribir hasta que Claire esté muerta.

—¿Te ha molestado que se haya atribuido el mérito de la muerte de Xavier? —pregunta Sibby, que ha malinterpretado mi silencio.

Me río.

—No me importa la gloria.

—Entonces ¿por qué estás tan tensa?

Porque la sangre se me ha convertido en lava. Que Dios me ayude si Sibby está cerca cuando vea a Zade, porque no estoy segura de que pueda contener las ganas de abalanzarme sobre él, y está claro que la rarita de Sibby no estaría dispuesta a irse.

Un sinfín de emociones me recorren el cuerpo descontroladas, y en mi cabeza está la necesidad de darle las gracias a Zade. Y, joder, quiero agradecérselo de muchas maneras diferentes.

Al verlo en la pantalla, con esa voz tan grave y la máscara negra, poniendo toda la atención en él para protegerme…, lo único que podía pensar es en cuánto lo quiero. Y en que me muero por demostrárselo. Me muero por decírselo.

Zade no sufrirá prácticamente ninguna consecuencia por matar a Xavier, como mínimo por parte del público general. No necesita el apoyo de la ciudadanía para seguir haciendo lo suyo y, de todos modos, Z siempre ha contado con la aprobación de todo el mundo. Además, dará igual que la gente decida ponerse del bando de sus oponentes, porque ha sacado de las calles a un depredador.

En el conjunto de los sacrificios que Zade ha hecho por mí, esto en realidad no ha sido uno

grande, pero para mí lo es todo.

Lo que estamos haciendo es mucho más que escribir libros, pero aun así me habría quedado destrozada si me arrebataran una carrera que me apasiona tanto. Habría sido como perder otra parte de mí misma, y a estas alturas no es algo que me pueda permitir.

—Ah… —dice Sibby en voz baja al entenderlo—. Lo que quieres es follártelo. Ya lo pillo.

Se me encienden las mejillas, pero no lo niego. Porque tiene razón. Estoy apretando los muslos y esa sensación embriagadora tan familiar se me arremolina en lo más profundo del estómago.

No voy a mentir y decir que verlo ahora en la tele no me ha puesto cachonda. Me arde la sangre y estoy prácticamente vibrando por el deseo. Ha sido… Bueno, ha sido sexy de cojones. ¿Qué más puedo decir?

Sibby gruñe y se incorpora haciendo un mohín.

—¿Por qué vosotros dos podéis hacer mucho ruido mientras folláis y yo no?

Me giro hacia ella con los ojos muy abiertos y una expresión que quiere transmitirle «¿me lo dices en puta coña?».

—Porque tú intentas hacerlo delante de todos, Sibby.

Se reclina sobre el sofá con un bufido y se mete un triste puñado de palomitas en la boca.

—No es culpa mía que seáis unos aburridos.

Pongo los ojos en blanco. Zade y yo somos muchas cosas, pero «aburridos» sin duda no.

5 de junio de 2022

Nunca le he dicho a un hombre que lo quiero. Jamás. Porque odio tener que pronunciar esas putas palabras. Aparte, en realidad nunca he estado enamorada de nadie antes de Zade. Pero incluso en el instituto, cuando llegas a esa fase de mirar a tu novio con ojos acaramelados de cachorrillo, ¿sabes? Cuando piensas que lo quieres, pero la verdad es que ni tan solo sabes qué es el amor... Siempre ha habido algo que me ha frenado.

Todavía no quiero decirlo, pero porque me da miedo.

No sé, es como que tengo que prepararme para hacerlo (?). Y ni siquiera sé por qué. Ya sé qué siente Zade por mí. Lo he sabido desde la primera nota que me dejó.

Pero igualmente estoy sudando como una rata de gimnasio.

Tal vez sea porque no sé CÓMO decírselo. Joder, es esto. ¿Se lo suelto así, sin más, cuando entre por la puerta? ¿O primero le doy un beso? ¿Le hago un discurso?

A la mierda.

A la mierda todo.

Se lo diré cuando menos se lo espere y punto.

Y entonces echaré a correr a toda puta velocidad.



Capítulo 37

El diamante



Estoy hecha un manojo de nervios cuando Zade entra por la puerta de mi dormitorio. Entre las pisadas que recorren el pasillo arriba y abajo y mi anticipación por ver a Zade, no he podido conciliar el sueño.

Ya pasa de medianoche y llevo todo este rato en la cama vestida solo con un camisón negro preparándome para su llegada.

Me giro y lo observo mientras cierra la puerta con suavidad y empieza a arrastrarse hacia el baño, impregnando el ambiente de sulfuro, sangre y humo. Las puertas del balcón están entreabiertas para dejar que pase el aire frío de la noche y algunos rayos de la luz de la luna.

Me incorporo y enciendo las lucecitas que tengo encima de la cama. Me siento como la típica mujer que está sentada en una habitación completamente a oscuras y enciende una única lámpara cuando llega su marido a escondidas después de ponerle los cuernos.

Aunque la idea de que Zade me ponga los cuernos me hace reír. Eso es algo de lo que jamás tendré que preocuparme.

Se detiene y levanta la barbilla por encima del hombro hacia mí.

—¿Ahora es cuando nos comportamos como un matrimonio y te pregunto dónde has estado y por qué llegas a casa tan tarde? —pregunto, mofándome un poco.

Las luces irradian un suave brillo de color amarillo que crean un juego de claroscuros. Zade se lleva la mano hasta el hombro y tira de la sudadera para sacársela por la cabeza, arrastrando consigo la camiseta blanca.

Me muerdo el labio mientras mis ojos devoran su espalda musculada y tatuada y sus imponentes brazos.

—Claro, nena —dice con un tono de voz suave—. Pero los dos sabemos que mi polla te pertenece solo a ti.

—Bien. Entonces sabes que puedo cortártela si quiero. Porque es mía y tal.

Se vuelve con una sonrisa. No está preocupado en lo más mínimo.

Me cruzo de brazos, ofendida. Ahora yo también soy una malota.

—Me he entretenido porque el tío al que le seguía la pista estaba en medio de un aeropuerto intentando coger un vuelo.

—¿Cómo has conseguido sacarlo sin que nadie se dé cuenta?

—Le he tendido una emboscada cuando estaba meando. Y luego he tenido que vaciar una maleta para meter su cuerpo a presión.

Parpadeo. Suena… interesante.

Hace un tiempo habría dicho que estaba pirado. Enfermo. Psicótico. O sea, sigue siendo todas esas cosas. Pero ya no me provoca rechazo, como sucedía antes. O tal vez nunca fue así y en el fondo me estaba mintiendo a mí misma.

Es algo que hago mucho.

—¿Quién era? —pregunto.

—Un tío que Jillian me pidió que matara. Había sido su padrastro y abusaba de ella cuando era pequeña —explica. Se saca las botas con el dedo gordo del pie opuesto y las coloca perfectamente en la esquina de la habitación.

No me resultó sorprendente descubrir que Zade vive meticulosamente. No parece la clase de hombre que se deja la ropa interior tirada por ahí durante una semana o que olvida los platos sucios en el fregadero.

—Bien —murmuro, contenta de que haya podido hacer lo que Jillian le pidió—. ¿Es el único al que has matado esta noche?

—Sí —se limita a responder, y arquea una ceja.

Asiento y me lamo los labios secos. Me pone nerviosa la idea de sacar el siguiente tema de conversación.

—Bueno, ¿y Rio sigue esquivándote?

Zade me mira con fijeza.

—Sé dónde está, Addie —contesta, y se me acerca. No lleva nada aparte de los tejanos negros y un cinturón.

Me da un vuelco el corazón, pero me esfuerzo por mantenerme inexpresiva.

—No quieres que muera —afirma sin más, sentándose en el borde de la silla que hay junto a la cama.

Estoy segura de que tendremos que limpiarla, porque está cubierto de sangre de la cabeza a los pies.

—¿Por qué piensas qu…?

—No me mientas —me corta con un tono de voz firme. Tiene la mirada clavada hacia delante, pero su ojo blanco revolotea hacia mí antes de devolverlo a la pared negra—. Veo la cara que se te pone cada vez que alguien menciona su muerte inminente, pero tus bonitos labios nunca dicen nada. Hace tiempo que tengo su ubicación, y he decidido que me esperaré para matarlo hasta que abras la boquita y me digas qué quieres de verdad.

Estoy nerviosa. Es casi como si me hubiese pillado poniéndole los cuernos y ahora tuviese que confesárselo. No es nada por el estilo, pero igualmente me siento como si me hubiese comportado mal.

—No sé qué siento —admito, apoyando la espalda contra la fría piedra—. Me hizo daño. En numerosas ocasiones. Pero no como tú te imaginas.

—No te violó —ofrece Zade.

—No…, no me violó. Pero fue testigo de cuando lo hicieron los otros hombres y no los detuvo. De todos modos…, no podría haber hecho nada.

—Claro que sí —replica Zade—. ¿Te crees que yo me quedaría plantado observando la escena?

—Aunque pud…

—No. La respuesta es que no, en ningún escenario. Si no estuviera armado y tuviera cinco pistolas apuntándome, no me quedaría ahí plantado observándote mientras sufrías todo eso, a ti o a cualquier otra chica. Y entiendo que estaban usando a su hermana como daño colateral, pero podría haberme pedido ayuda.

Frunzo el ceño. No me lo había planteado así. Rio era muy consciente de a quién se enfrentaba desde el principio. ¿Por qué no traicionó a la gente que tenía secuestrada a su hermana? Podría haberle pedido ayuda a Zade.

—Tienes razón —concedo en voz baja—. Independientemente de sus decisiones, no es fácil olvidar cuánto me ayudó. Cuando Sydney me hacía alguna encerrona, a veces él asumía la culpa en mi lugar, y Rocco le daba unas palizas tremendas. Tal vez no logró intervenir en todas las ocasiones, pero hizo lo que pudo en una situación en la que se sentía atrapado.

Zade no dice nada, así que continúo:

—Francesca lo obligó a encargarse de los cuidados de las heridas que me hice en el accidente de coche porque fueron culpa suya. Pero entonces me empezaron a hacer heridas los demás hombres y luego Xavier, y Rio también se encargó de curármelas. No… No sé cómo explicarlo. En cierto modo se convirtió en mi amigo. Al principio, cuando estábamos con el doctor Garrison, fue un poco cruel, pero nunca me miró como si… Es el único hombre de la casa que jamás me sexualizó, y supongo que al final se convirtió en un lugar seguro para mí. Sí que me hizo daño, Zade, pero también me protegió.

Aunque veo que tensa la mandíbula, me resulta imposible adivinar qué está pensando. Tarda unos instantes, pero al final gira la cabeza hacia mí y me mira con un rostro inexpresivo.

—¿Quieres que le perdone la vida? —pregunta con voz monótona.

Abro la boca, pero no me sale ninguna palabra.

—No lo sé —respondo con sinceridad—. La verdad es que no lo sé.

—¿Qué habíamos dicho? Decide con qué puedes vivir y con qué no. ¿Puedes vivir sabiendo que he matado a Rio o no?

Frunzo el ceño y bajo la mirada hasta mis manos mientras lo pienso. Sin darme cuenta, he

estado tirando de una pielecilla del pulgar y ahora tengo una gota de sangre en el lateral del dedo.

—¿Lo harías? —pregunto, alzando la vista hacia él—. Si te lo pidiera, ¿le perdonarías la vida?

—Sí. Mataría por ti… De hecho, he matado por ti. Pero también dejaría de lado la pistola y no volvería a cogerla nunca más si tú me lo pidieras. Es aterrador todo lo que haría por ti, ratoncita. Podrías destrozarme con una gran facilidad, y yo me tumbaría y lo aceptaría. Me da igual si vivo o muero, siempre y cuando sea por ti.

—No digas eso —murmuro.

—Yo no miento, Adeline, y no empezaré a hacerlo ahora. Venga, dime: ¿quieres que le perdone la vida?

—Sí —contesto al cabo de unos instantes—. Quiero que Rio viva con sus propias decisiones. Tanto si se arrepiente de ellas como si no, quiero que viva con ellas. Y no quiero que ninguno de nosotros dos sea responsable de arrebatarle a Katerina su hermano.

Zade deja caer la cabeza, pero asiente. Y el amor que prácticamente me estallaba en la lengua cuando lo he visto en el televisor vuelve a estar aquí, aunque en realidad nunca se ha ido.

Gateo por la cama hasta ponerme de rodillas entre sus muslos, le cojo la cara entre las manos y le doy un beso tierno en los labios.

—Gracias —digo—. No solo por esto, sino también por lo de antes. Por asumir la responsabilidad de la muerte de Xavier.

—¿Acaso no he dicho que haría cualquier cosa por ti? —pregunta, y gira la cabeza para darme un beso en la palma de la mano antes de despegarse de mis dedos y levantarse—. Tengo que ducharme. Vete a dormir, cariño.

Abro la boca, pero antes de que pueda procesarlo ya está cerrando la puerta del baño detrás de él. Me quedo de rodillas en el suelo un poco abatida.

Se me hunde el corazón y la culpa me corroe por dentro por haberle pedido que le perdone la vida a Rio. Me pregunto si tendría que retirarlo, aunque, para ser sincera conmigo misma, me parece que lamentaría su muerte. Y nunca podría volver a mirar a Katerina a los ojos, a pesar de lo que su hermano me hizo vivir.

Estoy sentada en la cama dándole vueltas a lo que tendría que hacer cuando reaparece Zade seguido del vapor que escapa de lo más profundo del baño. Solo lo cubre una toalla negra que lleva alrededor de la cintura; no está apretada muy fuerte y parece que está a punto de desprenderse.

Se me hace la boca agua al verlo y me pongo muy caliente. La sangre me hierve tanto que al final no soy más que vapores.

Nunca habrá otro hombre que tenga este aspecto. Nunca habrá otro hombre que se le parezca en lo más mínimo. Y hay una pequeña parte de mí que está aterrada por el día en que Zade muera. Aunque tendré mucho que decir si la palma antes de cumplir los noventa años.

El cabrón las pasó canutas para conseguirme, y ahora tendrá que soportar una larga vida a mi lado.

Nunca entenderé por qué los humanos le tienen tanto miedo a la muerte cuando en realidad el tiempo es más aterrador. Al final nos lleva a la muerte, porque es la única cosa que nos hace ser mortales. Estamos atrapados en esta ilusión sin ninguna escapatoria.

Joder, me encantaría tener una.

Cuando me ve, se detiene un momento antes de suspirar.

—Todavía estás despierta.

—Y tú te estás escondiendo de mí —replico.

Se ríe, aunque no le hace gracia.

—Soy un acosador, nena. Yo siempre me he escondido de ti.

—Basta ya —le espeto.

—¿Qué quieres, Adeline? —pregunta con brusquedad, cada vez más frustrado.

—Joder, Zade, te quiero a ti. Siento que Rio pueda seguir viviendo, ¿vale? Hostia, es una de las pocas cosas en las que me permites tener poder, y me estás haciendo sentir culpable… —Se me corta la voz cuando se me acerca a grandes zancadas. El miedo me cierra la garganta.

En cuestión de segundos, se sitúa delante de mí, me coge por la mandíbula con una mano y me levanta hasta que mis rodillas apenas tocan la cama. Le clavo las uñas en el brazo con un chillido, pero él no cede.

—Te encanta hacer ver que estás desamparada, como una ratoncita que ha quedado atrapada en una puta trampa. Si eso es lo que quieres ser, entonces puedo demostrarte qué significa de verdad estar desamparada. Te puedo demostrar qué significa ser yo.

Se me abren los ojos por la sorpresa, y le clavo las uñas con aún más fuerza.

—¡¿Ser tú?! —repito, horrorizada por las implicaciones de sus palabras.

—¡Sí, yo! —grita—. No tengo ningún control cuando se trata de ti. Lo perdí cuando te vi en esa librería y ya nunca lo he recuperado. ¿Te crees que cuando te acosaba era porque tenía el control de la situación? ¿O cuando bebía de tu cuerpo a pesar de tus lamentos? ¿Te crees que tengo el control ahora, joder? —gruñe, y me sacude la cabeza para enfatizar su mensaje.

Sus ojos echan fuego y están dilatados por la rabia y por otra sensación tan potente que me abrasa viva.

—Lo has dicho tú misma, que puedo usar tu cuerpo para mi propio placer, pero ¿qué es lo que nunca podría arrebatarte? ¿Qué es lo que más deseaba obtener de ti, Adeline?

—Mi amor —gimo. Los ojos se me humedecen y las lágrimas me empiezan a rodar por las mejillas.

—Exacto. Tu amor. Es lo único que he necesitado de ti jamás. Quien tiene el poder eres tú, solo que nunca has sabido qué coño hacer con él.

Tardo varios instantes, pero poco a poco lo proceso y sus palabras permean el cráneo tan grueso con el que me ha maldecido Dios.

Zade cedió ante cada uno de sus instintos más oscuros porque nunca tuvo el control para detenerse. Tomó y tomó y tomó de mí porque era lo único que podía hacer. Pero eso en ningún

momento le dio el poder, sino que se lo quitó.

Hasta ahora no lo había entendido porque él siempre ha hecho lo que ha querido. Acosarme, tocarme, follarme cuando le daba la gana. Independientemente de cuántas protestas escaparan de mis labios y de cuántas veces forcejeara contra él.

Me perseguía cuando yo corría, me acercaba a su cuerpo cuando yo lo apartaba, pero se arrodillaría ante mí para venerarme si se lo pidiera.

Y al fin entiendo el porqué. No puedes usar tu poder si no lo controlas.

—Me alegro de ver que ocupas el trono de una vez por todas —murmura, irradiando frustración desde sus ojos desparejados.

Sacudo la cabeza, aparto las uñas de su brazo y, con suavidad, despego sus dedos de mi mandíbula. Zade me suelta rebosante de energía.

—No voy a ocupar el trono, Zade. El trono eres tú. Tú siempre has sido mi pilar de fuerza, y lamento que haya tardado tanto en verlo.

Su mirada busca la mía con desesperación, intentando cazar cualquier rastro de una mentira. Sería como encontrar una bomba activada. Si lo encontrara, al instante desgarraría a Zade en mil pedazos.

Me incorporo de la cama con lentitud y lo empujo hacia atrás hasta que puedo levantarme. No me deja mucho espacio, pero tampoco lo quiero.

El corazón me late a toda velocidad. Bajo la mirada y observo mi mano, que se alza para encontrarse con su piel caliente. Está prácticamente ardiendo, y nunca había deseado tanto que el fuego me consumiera.

Con la yema de los dedos le acaricio los músculos definidos, sus preciosos tatuajes y las diversas cicatrices blancas que tiene en el torso. Se me debilitan las rodillas cuando me centro en el dragón que le sube por el pecho.

Joder. Si este ser no representa al hombre que tengo delante, entonces no sé qué lo representaría. Un dragón que escupe fuego y que es capaz de lanzarme por los aires.

Aplano la mano sobre su vientre y lo empujo. Me fascina ver que él cede sin ofrecer resistencia.

—Quítatela —ordeno fijando la vista en la toalla. La voz me tiembla por el deseo.

Se me queda mirando en un silencio arrollador y caótico mientras acata mi orden.

Me esfuerzo en tragar saliva cuando él se desata la toalla de manera metódica y con lentitud, provocándome con sus ojos yin yang clavados en mí.

Es como si en el estómago tuviera una galaxia entera arremolinándose, con un agujero negro que devora toda la sensatez y la lógica. Un sol provocándome una erupción solar por todo el cuerpo, calentándome desde dentro hacia fuera hasta asentarse en el ápice de mis muslos, con una supernova a punto de explotar.

Zade suelta el nudo y la toalla cae al suelo con un suave sonido seco.

«Hostia puta».

Tiene la polla dura, con la punta enrojecida y las venas marcadas, y prácticamente me hace caer de rodillas para rezarle. Joder, es glorioso. Se me encoge el corazón al recordar que este hombre —no, este dios— es mío.

Cuando se endereza, intento decirme a mí misma que beba de él sin ninguna prisa.

«A sorbitos, Addie. Saboréalo».

Pero no puedo evitar que mis ojos codiciosos devoren todo su físico, entreteniéndose en especial por debajo de la cintura.

No he olvidado lo terrorífica que es su polla. Pero cada vez que la veo en directo es como si me hubiesen dado un puñetazo en el pecho, al ser consciente de que tiene que metérmela entera.

Se me hace la boca agua cuando recuerdo el escozor de mi cuerpo dándose de sí al penetrarme y sus esfuerzos para entrar hasta el fondo. Coño, es como si fuese adicta al dolor de cuando te haces un tatuaje. Con cada pinchazo de la aguja te dan ganas de salir por patas, pero te quedas porque el resultado es una felicidad pura.

Zade me mira con ojos cargados de significado, se acerca a la cómoda y saca algo del cajón. Por el amor de Dios, la parte trasera de su cuerpo es tan deliciosa como la frontal. Se me cierran los pulmones, no puedo respirar.

El sonido metálico es lo que al final me hace apartar la mirada de su cuerpo. Al ver que avanza hacia mí con unas esposas negras, el corazón me da un vuelco como si fuese una piedrecita rebotando sobre la superficie de un lago.

Doy un gran paso hacia atrás. La mayoría de los hombres se detendrían al percatarse de que la otra persona duda, pero Zade ni se inmuta y continúa acercándose.

—¿Qué vas a hacer con eso? —pregunto. Una sensación de alarma me inunda el pecho.

—No te preocupes, nena, son para mí.

Nuestras miradas se cruzan y de inmediato me tranquilizo. Una mezcla de emociones se refleja en sus ojos blanco y negro. Deseo, amor, picardía. Pero, joder, está tan tranquilo…, y eso hace que yo también me calme.

Frunzo el ceño y lo observo mientras me tiende las esposas y una llave, pero todavía no las acepto.

—¿Qué tienes planeado? —pregunto levantando la vista hacia él.

—¿No te he dicho ya que no tengo control cuando se trata de ti? Te dije que te dejaría hacerme lo que quisieras, y por eso ahora quien tiene el poder eres tú.

No sé por qué, pero no me sorprende oír esas palabras. Me ha dejado claro que el poder es mío, pero ver que me lo entrega físicamente me resulta estremecedor.

Me lamo los labios, cojo las esposas titubeante y dejo la llave en la mesita de noche. En cuanto lo hago, se gira de nuevo, enseñándome el enorme pulpo que tiene tatuado en la espalda, con los tentáculos enroscándosele por los hombros y el cuello.

A veces, por la noche, sigo una y otra vez las líneas mientras duerme, familiarizándome con el tacto de su piel cuando no me lo exige él.

Al igual que esas noches, le acaricio los cuidados detalles del pulpo y me dejo maravillar por el talento que requirió un tatuaje como ese.

Los músculos de su espalda se tensan por mi contacto, y no puedo evitar sentirme vigorizada por el efecto que le provoco.

Disfruto de su reacción, así que juego con él. Deslizo la yema de los dedos con suavidad por su espalda y sus brazos, hasta llegar a sus manos. Al ver que se le pone la piel de gallina, tengo que reprimir una sonrisa. Creo que jamás le había visto experimentar algo tan trivial como esto. Es una reacción humana de lo más normal, pero ¿cuándo ha actuado Zade como si fuese algo más liviano que una deidad?

Aprieto las esposas alrededor de sus muñecas e inhalo con brusquedad cuando se gira de nuevo y se queda de pie delante de mí. Perséfone apresando a Hades; es demasiado dulce como para que no empiece a salivar.

—¿Me dejarás hacerte todo lo que quiera? —insisto, reacia a creérmelo. Parece tan… indefenso que a mi cerebro le cuesta procesarlo del todo.

Se le oscurecen los ojos y se le escapa una sonrisa.

—Siempre has sido atea a mis palabras. Eres incapaz de creer en algo que no puedes ver y careces de fe porque no ves lo que tienes delante de tus narices. Soy tuyo, puedes ordenarme lo que quieras. Siempre ha sido así. Solo tienes que verlo para creerlo de una vez.

Carraspeo.

—Siéntate en la cama —susurro.

Sin dudarlo, da un paso hacia atrás y se sienta sin ninguna prisa con las piernas separadas. Mis ojos gravitan a su entrepierna de nuevo y el corazón me revolotea como las alas de un colibrí, a la par embelesada e intimidada.

Me obligo a concentrarme, cojo la parte inferior del camisón y me lo quito por encima de la cabeza, manteniendo un ritmo lento y tortuoso. Cuando Zade emite un «hum» de aprobación desde lo más profundo del pecho, me da un subidón de valentía. La suficiente para bajarme las bragas por los muslos y sacármelas.

Nunca hay una manera sexy de hacerlo, pero, a juzgar por cómo me devora con la mirada Zade, parece que acabe de hacer un numerito sumamente complicado en una barra de *stripper*. En realidad, si lo hiciera, seguro que me rompería el cuello en el intento.

—Súbete a la cama y arrodíllate —ordeno con un gesto de barbilla.

Zade sonríe, pero hace lo que le digo: se sube a la cama con la elegancia de una pantera y se recuesta sobre los talones con las rodillas separadas. Lo que más deseo en este momento es poder hacerle una fotografía para volver a ella cuando seamos viejos y tengamos canas y ya ninguno de los dos sea capaz de tener sexo.

Los rayos de la luz de la luna y el suave brillo de las lamparitas acentúan sus fuertes pectorales y abdominales y le resaltan todos los músculos.

Solo el diablo puede dirigir las sombras alrededor de su cuerpo con tal divinidad. Un diablo y

un dios: dos fuerzas opuestas que forman a un ser muy contradictorio.

Me lamo los labios por la anticipación y gateo por la cama hasta ponerme sobre su regazo, dejando el coño suspendido sobre la punta de su polla. Sus labios me susurran en el cuello, y le pongo las manos sobre los hombros no solo para mantener el equilibrio, sino también para controlarlo.

El torso me palpita cuando un grave gruñido me vibra por las manos, intensificándose mientras froto mis pezones endurecidos contra su cara. Me aparto justo cuando Zade intenta mordérmelos, lo cual hace aumentar los temblores de su cuerpo.

Echa la cabeza hacia atrás hasta que nuestras miradas se encuentran, y la lujuria desenfrenada de sus ojos me hace estremecer. Me mira como si estuviera esperando el momento adecuado. Como si estuviera haciendo lo que le digo hasta el instante en que le desabroche las esposas.

En un abrir y cerrar de ojos, reaccionará y me atacará como si fuese una víbora. Sus manos me envolverán la garganta y mi corazón estará entre sus dientes.

El miedo me palpita en el clítoris y me acelera el corazón a un ritmo peligroso.

—¿Crees que ahora estás rota, Adeline? Pues espera a que me liberes —me advierte, y la gravedad de su tono de voz parece afilada como el borde de un cristal—. Te follaré hasta que cada uno de tus huesos se rompa debajo de mí. Serás una ratoncita desamparada que podré moldear y manipular.

Está claro que pretende asustarme, consciente de que mi cuerpo se deleita por el miedo que me infunde.

Mis instintos me dicen que huya de sus promesas terroríficas. Me inquieta que haga realidad sus amenazas, pero a la vez quiero retarlo a que lo haga de verdad.

El corazón me late con fuerza contra las costillas, pero no aparto la mirada de sus ojos. Me muerdo el labio y extiendo la mano entre ambos para cogerle la polla en toda su longitud mientras me deleito en cómo se le curva el labio superior hasta formar una sonrisa pícara.

Y entonces, con mucha lentitud, deslizo la punta por mi apertura, mojándola, antes de descender sobre él milímetro a milímetro, hasta que es imposible distinguir cuál de los dos está temblando.

Me inclino hacia delante y envuelvo los brazos alrededor de su cuello, amoldando mis suaves curvas a sus líneas duras, y poco a poco lo hago entrar en mí. Es exactamente como lo recordaba: el escozor cuando mi coño se da de sí y la felicidad insaciable que lo acompaña.

Mis demonios me producen un cosquilleo en la parte trasera del cerebro, suplicándome que los deje entrar para sembrar el caos en mi cordura, para intentar sacarme a rastras de este momento tan valioso en el que estoy recuperando algo que me robaron. Así que centro toda mi atención en el hombre que está debajo de mí.

Tiene la respiración entrecortada, un terremoto le sacude todo el cuerpo y le palpitan las venas del cuello mientras lucha por mantenerse quieto.

Rozo los labios contra su oreja y permito que ese poder embriagador suba por mi garganta

hasta llegar a la lengua.

—¿Quieres ver lo fácil que me resultaría romperte? —murmuro con falsa modestia.

Zade gruñe cuando vuelvo a descender sobre él, enterrando más de la mitad su polla en mí. Me da la sensación de que ya es demasiado y a la vez que no es suficiente. Nunca es suficiente. Aunque esté llena hasta el fondo, quiero más.

No espero a que responda. Los nervios me están devorando, a pesar de que me siento bien. Joder, muy bien.

—Te quiero, Zade. A veces no lo aguanto —digo con voz rasposa e inestable—, pero es lo único que me mantuvo con vida. Tú me salvaste. A pesar de que no estábamos juntos, me salvaste. Y espero que nunca dejes de perseguirme.

Echa la cabeza hacia atrás, llevando la mirada al techo, y se queda quieto debajo de mi cuerpo, sólido como las paredes de piedra de Parsons Manor.

—Suéltame, Adeline. —Su voz suena tan tensa que apenas la reconozco.

Me hundo hasta el final, sentándome sobre él por completo. La piedra se quiebra y su pecho convulsiona con una inhalación brusca.

—Que me sueltes de una puta vez —gruñe de nuevo, pero sacudo la cabeza, aunque no me está mirando. La nuez de su cuello sube y baja al tragar.

Ya sé lo que me está pidiendo. Que le quite las esposas. Podría deshacerse de ellas él solito si quisiera. Y el hecho de que espere a que lo haga yo es muy significativo.

Tengo la sensación de que, a pesar de lo que él piense, Zade ha tenido más control a lo largo de todo este tiempo de lo que él cree. Pero, en cuanto el metal se desprenda de sus muñecas, el control se disipará. Ahora que se lo he dado todo, experimentaré al Zade desatado de verdad.

En ningún momento he dudado de que atacará en cuanto quede liberado de las esposas, pero ahora es un animal famélico con una presa fácil al otro lado de la jaula.

—No voy a hacerlo.

No te jode. Voy a aprovechar la situación mientras pueda.

Se me entreabren los labios al mecerme contra él, y me permito que los ojos viajen libres y que la cabeza se me eche para atrás por la euforia que crece en mi interior desde el punto en el que estamos conectados.

Unos gemidos bajos y desiguales llenan el espacio, y me pierdo moviéndome sobre su polla y dejándome llevar por la sensación de usar su cuerpo para mi propio placer. Cuando su aliento cálido me acaricia el cuello es como si despertara de un delirio y no recordara dónde estoy.

—Espero que lo estés disfrutando, nena —me gruñe en la oreja—. Espero que goces de la sensación de tener el coñito intacto y la piel inmaculada.

Se me entrecorta la respiración por su tono, más oscuro que un agujero negro tragándose las estrellas del cielo. No se les escapa ningún rastro de luz, ni a los agujeros negros ni a Zade.

Me muevo contra él con más fuerza, y no puedo evitar apretar los dientes cuando sus palabras punzantes engullen mi valentía. Una capa de sudor nos cubre el cuerpo a ambos, aunque por

motivos completamente diferentes: él tiene que esforzarse por contener a la bestia, mientras que la mía está desenfrenada y descontrolada.

—No me das miedo —miento, y me estremezco cuando, al mover las caderas, consigo que la punta de su polla me presione en el lugar perfecto.

—Qué pena —murmura, mordiéndome la piel tan sensible de la clavícula, lo cual me hace temblar de nuevo—. Me encanta cuando eres una ratoncita asustada que se revuelve bajo mi garra, desesperada por huir.

—¿Te hace sentir poderoso? —pregunto rechinando los dientes. Le estoy repitiendo las palabras que me dijo él mismo no hace mucho. Un orgasmo que empieza a coger forma en la parte baja de mi vientre me arrebata el control y mis movimientos se vuelven descuidados.

—Claro que sí —susurra con la voz grave y retorcida. Nuestros gemidos se entrelazan al hacer rodar las caderas contra él—. Cuando te tengo en la palma de la mano es el único momento en que realmente creo que vale la pena salvar el mundo.

Acelero los movimientos entre jadeos, buscando ese orgasmo que estoy a punto de alcanzar.

—Te gusta usar mi polla para correrte, ¿verdad, cariño? Recuérdalo cuando creas que no me necesitas. No hay nada capaz de darle más placer a tu coño que yo. Y, mira, ni siquiera tengo que intentarlo.

Se me nubla la visión y bajo la mano entre nosotros para frotarme el clítoris mientras empujo contra su polla en el ángulo exacto hasta que al fin llego a la cima.

Es como si mi alma se hiciera añicos en cuestión de segundos. Un grito escapa de mi garganta, aunque no puedo oírlo porque diferentes fragmentos de mí misma están esparcidos en cientos de miles de dimensiones diferentes.

Pierdo la noción del tiempo y del espacio. Solo veo colores y noto una sensación de culminación. Como si antes me hubieran montado mal y, ahora que me he roto en mil pedacitos, las piezas se hubieran unido de nuevo pero en el orden correcto.

Es una puta adicción. Cuando vuelvo a la realidad y Parsons Manor reaparece a mi alrededor, quiero volver adonde estaba. Sea donde sea, ese es el sitio al que quiero volver.

Zade está cabizbajo, en cierto sentido parece derrotado. Me quedo tan desconcertada que me giro sobre las caderas y cojo la llave que había dejado en la mesita de noche. Justo cuando estoy a punto de levantarme de él, alza la cabeza un par de centímetros.

—No —me advierte.

No tengo claro en qué está pensando, pero le hago caso y estiro el brazo hasta envolver su cuerpo y busco a tientas la cerradura. Al final consigo meter la llave, pero titubeo antes de girarla.

Tengo un presentimiento amenazante. Sé que atacará, pero… lo que me inquieta es no saber exactamente qué hará.

—Zade…

—¿Qué pasa, Adeline? —tantea con tono siniestro, todavía sin levantar la vista—. Gira la

llave —susurra.

Hostia, es terrorífico.

—No sé si quiero —confieso.

—¿Preferirías que me libere yo solo? Puedes tomar esta decisión tú misma o, si no, la tomaré yo por ti.

O sea, lo que está diciendo es que solo tengo la ilusión de poder escoger. Qué caballeroso, joder.

Me esfuerzo por tragar saliva, aguanto la respiración y giro la llave. En cuanto el metal emite un ruidito, su mano me envuelve la parte inferior de la mandíbula, me levanta de su polla y me alza en el aire.

Chillo cuando me lanza sobre la cama, y unos dedos duros se me clavan en el cuello mientras se abre camino entre mis piernas y me sube una de ellas hasta sus caderas. Sin ofrecerme ninguna clase de aviso, se sumerge en mí hasta que no tiene nada más que darme.

—Repítelo —me ordena—. Quiero que me mires a los putos ojos y lo repitas.

Embiste de nuevo contra mí y un sollozo escapa de mi garganta.

Se me reseca el cuello y las palabras me salen como si fuesen pan duro. Pero clavo la mirada en sus ojos salvajes, donde encuentro un universo entero.

—Te quiero —digo—. Y me lo has quitado todo.

Mientras reflexiona sobre mis palabras, deja caer la cabeza entre los hombros y desliza la mirada por todo mi cuerpo hasta el punto donde nos unimos. Y entonces levanta la vista hasta mí y me observa con picardía por debajo de sus gruesas cejas. Como si lo único que hubiese querido jamás fuese quitármelo todo.

Zade… Joder, Zade da miedo. Me recuerda a un hombre que al fin está saboreando una venganza que llevaba mucho tiempo buscando.

Una inhalación temblorosa escapa de mi garganta cuando vuelve a empujar contra mi interior; una amenaza directa de destruir todo lo que queda de mí.

—Me has quitado el corazón entero y mi alma y la habilidad de querer a otros hombres. A veces te odio por ello —le digo con un hilo de voz. Él alza la barbilla y me mira desde arriba con una sonrisa esbozándosele en la cara y arrugándole la cicatriz de la mejilla derecha, pero yo prosigo, a pesar de que el corazón me palpita con fuerza mientras él empuja dentro de mí, disfrutando al ver que me cuesta pronunciar las palabras—: A veces me gustaría no haberte conocido jamás. Porque ahora que te conozco, ahora que estoy enamorada de ti, nunca podré sacarte de mi interior. Dijiste que me desangraría antes de que eso llegara a ocurrir, y tenías razón. Y te odio por ello.

Zade suelta un «hum» y se lame los labios como si se hubiera comido algo delicioso. Lleva una mano hasta mi mejilla y me acaricia el labio inferior con el pulgar.

—Nunca me cansaré de oírte decir que me quieres y, si alguna vez dejas de hacerlo, te pondré unos hilos en los putos labios y te obligaré a decirlo. —Entonces se inclina más hacia mí hasta

que noto su aliento en las mejillas, y susurra—: Pero no te creo.

Me quedo boquiabierta y frunzo el ceño.

—¿Qué coño me…?

Me acalla con su polla, que se empuja contra mí otra vez con un movimiento de caderas.

—He perdido de vista mi fe, tengo que encontrarla.

Entorno los ojos, preguntándome qué más podría querer de mí.

Zade me frota el labio con más fuerza.

—Dices muchas cosas que en realidad no piensas, nena. La verdad se oculta en la yema de tus dedos y en las suaves curvas de tu cuerpo. En las lágrimas tan bonitas que derramas por mí y en la intensidad de cuando te corres conmigo. Demuéstrame la verdad.

Durante unos instantes estoy perdida, no sé cómo hacerlo, pero entonces lo comprendo. Él debe de verlo en mis ojos, porque vuelve a sonreír y me mira divertido.

Su expresión me enfada. Se piensa que me voy a arrodillar ante él como si nada y ponerme a recitarle poesía o alguna gilipollez así. Su desafío me arde en el pecho y mis ojos viajan hasta la mesita de noche.

Zade sigue mi mirada, arquea una ceja y se vuelve hacia mí. Ha entendido mis pensamientos sin que tuviera que decirle nada.

He sangrado por Zade, pero solamente para sustituir las cicatrices de otro hombre.

Poco después de que me secuestraran, él se grabó una rosa en el pecho. Y ahora… quiero que me haga lo mismo.

Se inclina hacia delante y coge el cuchillo de la mesita.

—¿Es esto lo que quieres? —pregunta, haciendo girar el cuchillo hasta que la luz se refleja en él.

—Sí —digo, aunque no sueno para nada convencida.

—¿Y qué quieres que haga con esto? ¿Que te vuelva a hacer cortes?

Sacudo la cabeza y alzo la mano para acariciarle con la yema de los dedos la rosa desigual que tiene en el pecho.

—Quiero esto —admito. Lo cojo por la muñeca y guío la mano donde tiene el cuchillo hasta justo encima de mi pecho. Cualquier diversión previa desaparece de sus ojos, y la sustituye algo oscuro y traicionero—. Quiero una como la tuya —explico, y hago rodar las caderas para recordarle que esto es real.

Al tensarse, se le marcan las venas del brazo y le palpita el cuello mientras me estudia a fondo. Yo empiezo a perder los nervios.

—Por favor, Zade —le suplico en voz baja.

Cierra los ojos y respira hondo, y cuando vuelve a abrirlos la bestia ha ocupado su lugar.

—Frótate el clítoris, nena —me ordena.

Sigo sus instrucciones y deslizo la mano entre nosotros hasta encontrar ese nudo tan sensible, y empiezo a trazar suaves círculos a su alrededor. Los párpados se me entrecierran por el intenso

placer que crece en mi interior y me roba la respiración. Siento que mi coño se aprieta a su alrededor y palpita por el deseo a medida que mis dedos se vuelven más firmes.

Él gruñe y hace girar las caderas de modo que yo lo sienta hasta el fondo.

Una de sus manos viaja hasta debajo de mí y me acuna la nuca con firmeza a la vez que se inclina sobre mí y sitúa la punta del cuchillo encima de mi corazón.

Alza la vista, mirándome por debajo de sus pestañas y esperando a ver mi reacción. Me limito a responder con un gemido ronco mientras me froto contra él. Ya he estado a merced del dolor de Zade en otra ocasión y fue una de las experiencias más eufóricas de toda mi vida.

—No voy a detenerme —me advierte.

—No me das miedo —aseguro, y vuelvo a gemir cuando un orgasmo empieza a coger forma.

—Cuántas mentiras… —susurra justo antes de presionar el filo y comenzar a rasgarme la piel.

Inhalo con brusquedad al sentir que un dolor abrasador me estalla en el pecho. De modo metódico y con lentitud, vuelve a embestir contra mí, entrando y saliendo, y mantiene los movimientos suaves para poder hacer cortes nítidos.

Ahora no son cortes pequeñitos como la última vez, sino una incisión larga y continuada. Es prácticamente cegador, así que me masajeo el clítoris con más fuerza, hasta que gimo por el abundante placer y la agonía que me arrasan entera.

Es como si una rosa empapada de gasolina me penetrara la piel y se prendiera bajo su roce.

—Te dibujaré un jardín de cicatrices en la piel, ratoncita. Solo cobrarán vida con mi dolor —asegura, y echo la cabeza hacia atrás. La punzada del cuchillo hace que se me escape un gruñido —. Solo crecerán cuando yo te toque.

Cierro los ojos con fuerza, pero su voz firme me corta:

—Mírame, Adeline. Quiero que me mires mientras te marco como mía.

Aunque me cuesta, me obligo a abrir los ojos, que viajan entre la macabra rosa que me está grabando en la piel y sus brillantes ojos desparejados.

—Lo estás haciendo muy bien, pequeña —me susurra a la vez que me dedica una mirada rápida.

Unas gotas de sudor me empiezan a empapar la frente a la vez que estas dos sensaciones tan opuestas se enfrentan entre sí en mis terminaciones nerviosas.

—Joder, lo aguantas tan bien… —gruñe, y se muerde el labio.

La sangre borbotea y mana de la herida, dejando un charco de sangre en el hueco de mi cuello y en las sábanas.

Se me entrecorta la respiración cuando su polla presiona en el punto exacto y me obliga a poner los ojos en blanco. Arqueo la espalda, clavándome aún más el cuchillo, y muevo los dedos con mayor rapidez. Me da igual lo grotesca que pueda quedar la rosa.

No hay nada de nuestro amor que sea bonito. Está repleto de líneas desiguales, trozos astillados y bordes afilados. Duele de cojones, pero no es una auténtica obra de arte si no te ha hecho sangrar.

Zade maldice y el filo del cuchillo me atraviesa la piel más rápido.

—No te atrevas a correrte todavía, Adeline, coño. No lo hagas hasta que yo te lo diga.

No le hago caso; persevero en mi búsqueda a pesar de su advertencia. Ahora mismo lo único que me importa es correrme alrededor de su polla con su cuchillo en el pecho.

Tras gruñir de nuevo, Zade sube la mano que tenía alrededor de mi nuca y me coge por el pelo con tanta fuerza que se me escapa un grito. Al cabo de unos instantes aparta el cuchillo, pero la agonía todavía me consume por la rosa ensangrentada.

Estoy tan cerca… Estoy a punto de llegar al precipicio. Pero entonces tira de mi cabeza hacia atrás, obligándome a arquear el cuerpo hasta levantarme unos centímetros de la cama. Unos segundos más tarde noto el nítido filo del cuchillo presionándose en mi yugular, y la voz de Zade me llena la oreja con un tono peligrosamente suave:

—No me costaría nada cortarte el cuello. Y, cuanto más intenso sea el orgasmo, más rápido se desangrará tu cuerpo —dice arrastrando las palabras.

Mis dedos se quedan congelados, y una clase diferente de agonía me roba la respiración mientras me obligo a disipar el orgasmo.

—No te correrás hasta que yo te lo diga, joder —repite con un tono mordaz y áspero como una lija. A pesar de la amenaza, me folla con más fuerza, y al presionar su pecho contra el mío me hace gritar de dolor en respuesta.

Tiene la respiración cada vez más agitada, y el filo se me clava en la piel sensible del cuello. Cada vez que embiste contra mí, empuja mi cuerpo y hace que el cuchillo me arañe la piel.

—Zade, por favor —le suplico—. Joder, me encanta. Lo necesito tanto…

Inhala con brusquedad y arroja el cuchillo al otro lado de la habitación. El sonido del espejo del tocador resquebrajándose por el impacto se lo tragan mis chillidos agudos.

Su mano me envuelve la garganta y continúa presionando la boca contra mi oreja.

—Repítelo —me ordena, acelerando el ritmo.

Me muerdo el labio hasta que me noto una sensación cobriza. Me cuesta aguantar, no explotar a su alrededor. Estoy perdiendo la batalla, y es verdad que soy una puta mentirosa. Me aterra lo que Zade pueda hacer, lo suficiente como para que pelee para mantener el control. Sin embargo, si me dejo llevar, sé que luego recibiré su castigo con el mismo caos con el que he aceptado la punta del cuchillo.

—Te quiero —digo ahogándome. Las palabras apenas consiguen escapar de mi lengua antes de que Zade apriete la mano, atrapando el oxígeno en mis pulmones.

—Eres una niña buena. Quiero que empapes las sábanas con tu excitación igual que has hecho con la sangre, ¿me entiendes?

Abro la boca, pero no consigo producir ningún sonido. Zade me agarra la garganta con tanta fuerza que no permite que ni un puto decibelio salga de mis labios.

La oscuridad empieza a nublarme los bordes del campo de visión, y se mofa de mí a medida que voy viendo menos. Se intensifica la presión que noto en la cabeza y me percato de lo

enrojecida que tengo la cara. El pánico se apodera de mi estómago hasta crear un remolino de felicidad y agonía. Es una batalla entre necesitar que Zade se detenga y preferir que me parta el cuello si lo hace.

Me aferro a su brazo hasta clavarle las uñas, pero me suelta la garganta cuando se me empiezan a poner los ojos en blanco, y justo entonces un tsunami me recorre entera.

La combinación de la sangre bajándome de la cabeza a una velocidad vertiginosa y el orgasmo desmesurado me reduce a un delirio. Mi coño se aprieta con fuerza alrededor de él y lo noto esforzándose por hundirse más en mí.

—¡Zade! —grito con la garganta asolada, con la voz ronca y rota. Envuelvo los brazos alrededor de su cuello, desesperada por sujetarme a algo y porque lo necesito para mantenerme en tierra mientras me rompo en mil pedazos.

Me pitan las orejas y se me arquea todo el cuerpo; la euforia que me desgarra por dentro es demasiado intensa como para que la pueda procesar.

Él se niega a detenerse y me folla aún más fuerte, aunque yo forcejeo bajo su agarre. Sus manos se aferran a mis caderas con tanta fuerza que seguro que me dejará unos moratones; si pudiera ver más allá de la imagen de Dios mirándome a los ojos y preguntándome si estoy lista para irme a casa, me encontraría a un hombre de rodillas, desatado, preguntándome si puede acompañarme.

Se me humedecen los ojos y se me retuerce la cara con un chillido indefenso mientras arrasa con mi cuerpo. Todas estas sensaciones… son demasiado intensas.

—¡Dios, por favor, no puedo más!

Noto que su puño impacta contra el colchón a la altura de mi cabeza a la vez que emite un gruñido gutural, y su lengua se desliza por mi pómulo cazando unas lágrimas.

—Mírame cuando me reces —me espeta. Al sacudir la cabeza se me escapan más lágrimas—. Joder, estás tan preciosa cuando lloras por mí… ¿Te crees ahora que jamás me detendré? Quiero beberme tus putas lágrimas como si fuesen la sangre de Jesucristo.

Sacudo la cabeza de nuevo, suplicándole en silencio que pare, pero él se niega. Me pregunto cuánto más puedo aguantar antes de desmayarme.

—¿Yo también soy tu salvación? —consigo musitar. Tras apenas pronunciar estas palabras, un sollozo se libera de mi interior.

—Tú siempre has sido la persona que iba a salvarme, ratoncita —responde, y se estremece.

Su cuerpo se tensa al acercarse a la recta final. Yo también estoy a punto, y me asusta en qué me pueda convertir cuando llegue.

Me folla aún más rápido y desliza una mano entre nuestros cuerpos hasta que sus dedos encuentran mi clítoris, y esta vez no veo ya nada más. Se me abre la boca en un chillido casi silencioso y él ruge, proporcionando el sonido de ambos rompiéndonos, flotando en nuestra propia aniquilación.

Zade se queda inmóvil, pero mis caderas tienen vida propia y se frotan contra él hasta que los

dos quedamos reducidos a polvo.

«Porque polvo eres, y al polvo volverás».

El tiempo deja de existir y, cuando ambos recuperamos la conciencia, estamos jadeando y temblando por las réplicas. Tengo las mejillas empapadas por las lágrimas, que siguen derramándose de mis ojos a la vez que intento recuperar la respiración. Pero no puedo. Y menos aún con los sollozos que me torturan en la garganta amoratada.

Zade envuelve un brazo alrededor de mi cuello y me arropa con fuerza mientras los dos intentamos recuperarnos de… lo que sea que ha sido eso.

—Yo también te quiero —carraspea.

Cada día nos acercamos un poco más a la muerte. Nuestros cuerpos se deterioran un pelín más. Y, si esto es lo que se siente cuando te mueres, entonces nunca quiero sentir nada más.

Capítulo 38

El cazador



Todo está tranquilo.

Demasiado tranquilo.

Las agujas del reloj resuenan de fondo, y unas pisadas metódicas chirrían por encima de mí. Yendo arriba y abajo.

Tic, tac, tic, tac.

Pero está todo en silencio. Concretamente, Claire está en silencio.

Después de mi aparición en la tele hace cuatro días, Claire tomó precauciones y destruyó todos sus dispositivos esa misma noche.

Sabía que cabía la posibilidad de que Claire llevase mi amenaza a ese nivel; habría sido un estúpido si no hubiese considerado esa variable. Pero si así conseguía evitar que acusaran a Addie de asesinato, lo cual podría haber conducido a otro intento de secuestro cuando estuviera en manos de la policía, entonces era un riesgo que estaba dispuesto a asumir. La podría haber llevado a algún lugar donde nadie pudiera encontrarla, pero eso habría significado despojarla de cualquier semejanza a una vida normal. Tampoco es que su vida sea ahora muy normal, pero como mínimo tenemos una posibilidad de recuperar la normalidad cuando nos hayamos encargado de Claire.

Esperaba que la zorra pelirroja fuese demasiado orgullosa como para plantearse la opción de deshacerse de sus dispositivos, pero imagino que Claire no estaría donde está si fuese idiota.

Hemos triplicado la seguridad alrededor de Parsons Manor, de modo que ni un puto pájaro entrará en el perímetro de la casa sin que yo me entere. Mientras tanto, estamos intentando recuperar las señales de los dispositivos de Claire. Ahora que sabemos con exactitud dónde está, puedo hacer que uno de mis hombres se acerque a su isla tanto como sea posible. Entonces enviaremos un dron que pueda mandar un ataque de pulso electromagnético a su ubicación, lo cual provocará que toda la tecnología que haya a su alrededor quede infectada con un virus, y a partir de ahí podremos determinar qué dispositivos nos resultan valiosos. Sin embargo,

tardaremos un par de días en hacer que alguien se desplace hasta la isla y se pueda situar en el rango exacto, y Claire puede planificar muchas cosas durante este tiempo que está aislada del resto del mundo.

Tic, tac, tic, tac.

Estiro el cuello y suelto un gruñido al crujirme los músculos.

Claire todavía no ha hecho ningún movimiento. Pero eso no puede ser correcto. La muy zorra no sabe estarse quieta. Tiene la cabeza del mismo tamaño que Parsons Manor, y la mente tan oscura como el interior de esta casa.

Las pisadas se detienen, como si me hubiesen leído los pensamientos y les ofendiera esa comparación. Bebo un trago de whisky como retando al cabrón a meterse conmigo. Estoy tan tenso que hasta podría luchar contra el aire, y ganaría.

Al cabo de unos instantes, se reanudan las pisadas y resoplo con una carcajada, aunque no me hace gracia.

Sea el fantasma que sea, está tan inquieto como los huesos de mi cuerpo. Tal vez es un reflejo directo de cómo me siento. Una manifestación o alguna mierda así. Esta casa está rebosante de energía y no me sorprendería que fuese posible manipularla con tanta facilidad.

Me trago lo que queda en el vaso y bufo ante el escozor del destilado. Las agujas del reloj continúan resonando por la casa, acercándose cada vez más a las tres de la madrugada.

He llegado a casa hace unas pocas horas después de desarmar una banda que se dedicaba a la trata. En este caso las víctimas eran tan jóvenes que hasta había algún recién nacido, y todavía no he sido capaz de conciliar el sueño. La rabia me consume, y soy consciente de que Claire tiene algo planeado.

Unos aterrorizantes dedos fantasmales trepan por mi columna vertebral como si se tratara de una araña, tensándome los hombros con cada pinchazo. Sea lo que sea, estoy seguro de que me tocará mucho los huevos. No, si al final seré un puto vidente…

Tic, tac, tic, tac.

Saco el móvil y llamo a Jay, incapaz de mantener la pierna quieta mientras el teléfono suena.

—Me odias —responde medio atontado.

—Hay algo que no va bien —digo, hurgando en el bolsillo para encontrar el tabaco.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, y esta vez suena más despierto.

Sacudo la cabeza. Me cuesta describirlo con palabras.

—Todavía no lo sé. Todo está muy tranquilo por aquí. No hay ni rastro de nadie. Pero eso es demasiado obvio.

Jay se queda en silencio durante un momento.

—Supongo que lo dices por Claire. ¿Qué podría hacer ella?

—Vete a saber —refunfuño, irritado conmigo mismo, y me meto la punta de un cigarro entre los labios con brusquedad—. A esa guarra seguro que se le ocurrirá algo muy creativo, eso está claro.

Bosteza.

—¿Lo has hablado con Addie? ¿No podrías haberla despertado a ella para hablar de tus sentimientos y luego llamarme a mí cuando sepas qué ocurre de verdad?

Cabronazo.

—Addie está durmiendo —replico.

—Y yo también estaba durmiendo.

—Además, se ha ido a la cama enfadada porque ha tenido una discusión con su madre sobre no sé qué gilipollez de medicarse. No quería molestarla.

En realidad, me parece que su madre intentaba convencer a Addie de que yo me medicara. Con antipsicóticos, para ser exactos. Me he reído y entonces Addie enseguida le ha dado la razón a su madre.

Como respuesta, la he atraído hacia mí para tenerla a la altura de mi cara y le he comido el coño hasta que estaba empujando las caderas contra mi lengua para olvidarlo todo y a todo el mundo. Esa mentirosilla me quiere tal y como soy.

Jay suspira.

—Tienes suerte de que entienda la ira de una mujer despechada. —Hace una pausa—. Y de un hombre, si te soy sincero.

Pongo los ojos en blanco. Idiota. Si lo entiende es porque sus ligues no son más que eso, y no les gusta. Pero ¿acaso eso detiene a Jay? Por supuesto que no.

—Estoy seguro de que harán las paces —responde—. Por lo que tengo entendido, se quieren mucho, pero tienen una manera un poco rara de demostrarlo. O de admitirlo.

Enciendo el mechero, preparado para encenderme el puto cigarro, pero justo cuando aparece la llama se me ilumina también la bombilla de mi cabeza y se me detiene el corazón.

—Mierda, Jay, confirma que vaya todo bien en casa de los padres de Addie —digo, y al fin enciendo el cigarrillo e inhalo hondo.

Jay hace una pausa.

—No crees que Claire intente hacerles daño, ¿no?

—¿A quién más podría hacerle algo? Yo no tengo familia, pero Addie sí, y no le costaría descubrir que su madre la ha estado visitando últimamente.

Oigo unas sábanas revolviéndose y entonces el zumbido de su ordenador al encenderse. El pavor se ha apoderado de mí y presiento en todas y cada una de las fibras de mi ser que Jay descubrirá algo raro.

«¿Dónde coño está mi portátil?».

No lo suficientemente cerca.

—Jay —lo llamo, cada vez más impaciente, mientras doy otra calada y mi pie rebota contra el suelo sin parar.

—Estoy en ello —murmura, y unos segundos más tarde oigo que maldice—: Mierda, tienen una cámara de vigilancia y veo que alguien se ha colado en su casa hace unos treinta minutos.

«Me cago en todo». Me levanto del taburete a toda velocidad, y casi hago que se caiga al suelo de baldosas a cuadros.

—Sus padres no tienen cámaras dentro de la vivienda, así que no puedo ver qué está pasando —dice tenso.

Ya he apagado el cigarrillo en el fregadero y voy hacia las escaleras corriendo y soltando algunos improperios de camino.

—Envía un dron para tener controlado qué sucede en el exterior de la casa. Voy para allá —ordeno al llegar a la barandilla, y empiezo a subir las escaleras de dos en dos.

—Ahora mismo.

—Gracias —digo, y cuelgo el teléfono.

Recorro el pasillo tan rápido como puedo y cruzo la puerta de la habitación de Addie. Está de espaldas a mí, hecha una bolita y durmiendo a pierna suelta. Las puertas del balcón están abiertas para que entre el aire fresco, porque a menudo se queda acalorada a causa de las pesadillas, así que siempre dejamos las puertas abiertas.

Corro hacia ella sin preocuparme de no hacer ruido.

—Addie —la llamo, y le doy unos golpecitos suaves. Odio tener que despertarla cuando parece estar disfrutando de un rato de tranquilidad mientras duerme, pero me mataría si se enterara de que les ha pasado algo a sus padres y yo me he ido para encargarme de ello sin decírselo.

Entreabre los ojos con el ceño fruncido.

—¿Qué? —gruñe, preparándose para echarse las sábanas por encima de la cabeza.

La sujeto por la muñeca y aprieto con fuerza para que se haga cargo de la gravedad de la situación.

Addie se queda congelada y abre mucho los ojos para clavarlos en los míos.

—¿Qué pasa? —pregunta, presa del pánico, incorporándose.

Joder. Está completamente desnuda, y el hecho de que apenas me distraiga es señal de que mis alarmas interiores están sonando a todo volumen.

—Vístete, nos vamos a casa de tus padres —ordeno, y me aparto de ella para dirigirme hacia su cómoda.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

Sacudo la cabeza.

—Tenía el presentimiento de que Claire tramaba algo, así que le he pedido a Jay que vigilara su casa. Alguien ha entrado a la fuerza hace media hora, más o menos.

Se apresura a salir de la cama y al cabo de unos pocos segundos ya está a mi lado, dándome manotazos para apartarme y que ella misma pueda seleccionar la ropa que necesita.

—¿Por qué querría Claire ir a por mis padres? —pregunta mientras se viste frenéticamente.

—Porque, aparte de Daya y yo, es la única manera de llegar a ti. No ha habido ninguna comunicación por su parte, lo cual significa que lo más probable es que todavía no haya hecho

nada drástico.

Sacude la cabeza y vuelve a fruncir el ceño, alarmada.

—No lo entiendo. No entiendo por qué me ataca de esta manera.

Cojo una de mis pistolas de la cómoda, compruebo el peine del arma y me la meto en la parte trasera de los tejanos. El cuchillo que le regalé por su cumpleaños está en la planta de abajo, pero me llevaré alguna pistola de más para Addie.

—Cariño, a estas alturas ya es un tema personal. Yo soy la mayor amenaza para su organización, y tú eres el cheque más gordo que verá en toda la vida. Tú solita puedes hacer que sea más rica de lo que cualquier persona tendría derecho a ser y, a la vez, eso conseguiría que me arrodille ante ella.

—Xavier ya les pagó por mí, y ahora está muerto. Claire está intentando conseguir el doble de dinero conmigo —escupe, y luego corre hacia sus deportivas, que están tiradas de cualquier modo a los pies de la cama—. No puede pensar de verdad que esto le funcionará. ¿Se cree que soy lo suficiente estúpida como para meterme de cabeza en la misma situación dos veces?

—No se trata de inteligencia, sino de desesperación. Si consigue hacerse con tus padres y los usa como daño colateral, estarás tan desesperada que harás cualquier cosa.

Addie rebufa y pisa fuerte contra el suelo para que le entre el zapato.

—Ni de coña me convertiré en Rio —murmura entre dientes.

Me moriría antes de permitir que ocurriese eso.

—En cualquier caso, ¿qué narices puede hacer? —continúa en voz alta, aunque parece una pregunta retórica, y se vuelve hacia mí con la mirada acerada—. Esa cabrona intentará que intercambie mi vida por la suya, ¿no?

—Seguramente —concedo, y la sigo cuando sale del dormitorio.

En cuanto cruzamos la puerta, es como si las paredes abrieran los ojos y nos observaran mientras nos apresuramos a recorrer el pasillo oscuro. Addie atraviesa sombras que acechan a nuestro paso sin prestarles atención.

—¿Tendríamos que despertar a Sibby?

Abro la boca, pero justo entonces, como si se tratara de una película de Rob Zombie, Sibby aparece en la puerta de su habitación, que está junto a las escaleras, y se cubre la boca al bostezar. Tiene las coletas torcidas y uno de los tirantes del camisón lila le cuelga del hombro.

Entorna los ojos y nos observa confundida. Addie se detiene de golpe, la mira de arriba abajo y luego dice:

—Vístete, deprisa. Tal vez esta noche puedas divertirte un poco.

La fatiga que pudiera experimentar Sibby se desvanece en cuestión de segundos y abre los ojos, emocionada.

—¿Mis secuaces también pueden venir?

Suspiro.

—Solo caben dos, y solo pueden venir si no estorban.

Son imaginarios, pero los muy cabrones consiguen darnos problemas igualmente. La chica vuelve a meterse en su habitación chillando.

—¡Dadnos dos segundos! —grita desde el interior de su cuarto, pero Addie ya está zapateando contra las escaleras como si fuese un correcaminos bajo los efectos del crack.

—No te olvides de los cuchillos y las pistolas, ratoncita —le recuerdo—. Y, Sibby…, tú limita los cuchillos y las pistolas.

Oigo un suspiro dramático proveniente de su habitación, pero lo ignoro y me pongo el auricular *bluetooth* en la oreja.

Dos minutos más tarde estamos metidos en mi coche y salimos hacia la casa de los padres de Addie. Está a una hora de aquí, pero estoy decidido a llegar en treinta minutos.



Cuando llevamos diez minutos en el coche, unos hombres sacan a los padres de Addie de la casa a rastras, y rápidamente Jay toma la decisión de disparar a su camioneta. El dron que está usando es especial, está equipado con balas y es muy ilegal.

Los hombres han vuelto a entrar en la casa junto con los padres de Addie y esperarán a que lleguemos. Hay una pequeña posibilidad de que los maten enseguida, pero eso sería una auténtica estupidez.

Si sus padres murieran, Claire no tendría poder de negociación. Y, si intentaran escapar, Jay les dispararía. En cualquier caso, saldrían perdiendo.

—Saben que estamos aquí —le recuerdo a Addie en cuanto llegamos a la calzada de la casa de sus padres.

A pesar de que a Serena nunca le ha gustado Parsons Manor, lo de vivir en una casa apartada se ve que viene de familia. No viven en una zona residencial como yo me habría imaginado, sino en una casa preciosa medio oculta tras unos árboles y lejos de la carretera. No está tan aislada de la civilización como la casa de Addie, pero tampoco es que sea fácil de encontrar.

—No crees que los hayan matado, ¿no?

—No, cariño —respondo con sinceridad—. Ya saben que los mataría si lo hiciesen. Y, si no, sin duda lo haría Claire. Perdería el poder de negociación.

Addie se muerde el labio inferior cuando detengo el coche. La casa está oscura y los árboles de su alrededor se balancean por el viento. Las ramas dibujan sombras irregulares sobre la vivienda, creando una sensación amenazante. Se trata de una casa grande y blanca de tres plantas con un ventanal enorme en la parte superior central, donde se distingue la silueta de una araña de techo.

Llamo a Jay, que me responde de inmediato.

—Vigila la casa y asegúrate de que no entre nadie más —ordeno.

—Ya estoy en ello, jefe —contesta, y a continuación oigo que teclea algo en el ordenador.

Me vuelvo hacia Addie.

—¿Estás lista?

Me dedica una única mirada antes de abrir la puerta del coche y salir, respondiendo a mi pregunta sin decir nada. Sibby se apresura a bajar también detrás de ella, y yo apago el coche y las sigo.

Las caderas de Addie se contonean con rabia mientras camina medio corriendo hasta la puerta de entrada.

Acorto la distancia que nos separa con unas grandes zancadas, la cojo por el brazo y tiro de ella. Casi se le parte el cuello por la fuerza con la que se gira hacia mí.

—No entres sin pensar.

Aparta el brazo de mi agarre y me bufa.

—No soy idiota —me espeta.

Le sonrío con picardía y levanto las manos en señal de rendición. Si no fuese su madre quien está en peligro, haría que se doblase hacia delante y me la follaría hasta que se volviese estúpida.

—Lo siento, nena. Adelante.

Me deja atrás y se dirige hacia la entrada muy decidida. Entonces, como si se tratara de una escena a cámara lenta, sus movimientos se vuelven graduales y delicados cuando extiende el brazo hacia el pomo.

Tras girarlo, abre la puerta en silencio. La oscuridad lo engulle todo desde las profundidades del vestíbulo mientras su otra mano agarra el cuchillo que tiene atado al muslo, preparándose por si alguien se abalanza sobre ella y la ataca. Pero no aparece nadie y el silencio se vuelve ensordecedor. Da unos cuantos pasos más hacia el interior de la casa y pasea la vista por todos lados. Cuando determina que no hay ningún peligro, nos hace un gesto con la cabeza a Sibby y a mí para que avancemos.

Me muerdo el labio y me permito deleitarme por ver a mi chica al mando. Es fuerte y capaz, y la seguiré con gusto.

La negrura nos traga enteros cuando cierro la puerta detrás de mí sin hacer ningún ruido. Todo está en un silencio absoluto, hasta podríamos oír a un ratón que se tirase un pedo. Addie se adentra en la casa y desaparece en la oscuridad. No puedo ver demasiado, pero lo noto todo.

El frío que me pone los pelos de punta por todo el cuerpo, el calor que recorre las tuberías y los ojos que estudian cada uno de mis movimientos. Provienen de todas las direcciones y, a la vez, de ningún lado. En cualquier caso, son tan reales como los dedos fantasmales que me recorren la piel en Parsons Manor.

Por suerte, Sibby se hace cargo de la situación y se contiene. Está acostumbrada a escabullirse con sigilo por las casas, pero antes siempre tenía la protección de las paredes. En Satan’s Affair, los ojos insidiosos eran los suyos.

Tal vez ahora comprenda qué se siente al saber que alguien que quiere hacerte daño te está

observando, pero no sabes dónde se encuentra hasta que lo tienes ante las narices.

Recorremos un largo pasillo repleto de retratos de Addie, que progresan de forma gradual desde que era una niña hasta que llegó a la adolescencia. En otro momento me habría detenido a mirar las fotos de su infancia, fantaseando con que, si la hubiese visto cuando era pequeño, también me habría enamorado de ella. Hay algo en mí que me dice que me quedaría embelesado con ella independientemente de la edad que tuviéramos.

Pero ahora es todo tan espeluznante que las miradas sonrientes de las fotografías parecen siniestras. Como si las diferentes versiones de Addie se estuvieran riendo de nosotros, pues son conscientes del peligro que nos acecha. Me entran ganas de reírme, porque antes el peligro que la acechaba era yo.

Tras llegar a la cocina, confirmamos que la amplia sala está vacía. Addie empieza a dirigirse hacia la izquierda, pero entonces nos llega un sonido casi imperceptible desde la derecha. Addie se detiene y me mira, y yo asiento hacia la zona de donde provenía el sonido. Aunque se muera de ganas de encontrar a su madre, no podemos dejarnos por el camino a hombres peligrosos.

Me devuelve el asentimiento y se gira hacia la derecha.

—Vigilad por dónde pisáis —susurra Addie un instante después.

Sin apartar la vista de los pies de Sibby, veo que Addie desciende un escalón hasta que sus botas se hunden en la suave moqueta.

Nos encontramos en un salón muy grande. A nuestra derecha hay un televisor enorme colgado de la pared y rodeado de unos sofás afelpados y una butaca. Supongo que aquí es donde se sienta su padre y le grita al equipo de fútbol americano de turno que esté jugando en ese momento.

La imagen del hombre desaparece porque la sustituye otra persona: un cuerpo emerge de la oscuridad como si fuese un demonio atendiendo a la llamada de su señor.

Addie y Sibby lo ven a la vez que yo, y del susto sus cuerpos se tensan unos instantes antes de que los tres entremos en acción. Cuando Addie se abalanza contra el tío, me doy cuenta de que otra persona se nos acerca por detrás. Atisbo el metal justo antes de coger a Sibby por una de las coletas y tirar de ella para apartarla de un cuchillo que le pasa volando a unos pocos centímetros de la cabeza.

Entonces siento una bocanada de aire caliente en la nuca. Un segundo más tarde ya me he girado, me he sacado la pistola de la parte trasera de los tejanos y estoy apuntando contra el responsable de haber lanzado el cuchillo. Disparo y acierto en su cuello. Apenas esquivo otro cuchillo que iba directo a mi cara; lo cojo por la muñeca antes de que pueda hacer contacto conmigo. De todos modos, a Addie le ponen caliente mis cicatrices, así que no me habría molestado si se hubiese salido con la suya.

El silenciador emite un sonido mínimo, más silencioso que el hombre que está convulsionando en el suelo ahogándose en su propia sangre. Al girarme me encuentro a Addie peleándose con el primer tío. En cuanto me dispongo a intervenir para ayudarla, Addie le da un puñetazo desde abajo y su cuchillo le atraviesa la mandíbula hasta penetrarle el cerebro.

Tras sacarle el cuchillo de la cabeza, el hombre se desploma en el suelo, muerto antes siquiera de impactar contra la moqueta, que ha quedado destrozada.

Joder, esa es mi chica.

Sibby echa un vistazo a nuestro alrededor y, a pesar de la oscuridad, veo que hace un puchero. Tiene los labios fruncidos por la decepción de que no haya podido participar.

—Habrá más —le aseguro en voz baja mientras el corazón me late con fuerza por la adrenalina que me recorre todo el cuerpo. Es como si tuviera morfina en las venas; me ha dado un subidón que las drogas jamás conseguirían emular.

Addie me mira con los ojos redondos y la mano empapada de sangre. Está jadeando, pero puedo oler su excitación incluso desde donde estoy.

Un ansia primitiva empieza a apoderarse de mí. Quiero lanzarla al suelo y tirármela en el charco de sangre. Pero su madre está en algún lugar de esta casa, seguramente herida y retenida como rehén.

Doy un paso hacia atrás y asiento en señal de aprobación, consciente de que mi mirada debe de parecer muy salvaje. Addie se esfuerza en tragar saliva, da media vuelta y analiza la estancia para distraerse de la energía que se puede palpar entre nosotros.

Me obligo a alejarme de mi ratoncita asesina y me voy a comprobar todos los rincones de la sala. Encuentro unas pequeñas escaleras en la esquina trasera y miro hacia arriba, pero lo único que veo es una oscuridad infinita.

—Eso es mi habitación —susurra detrás de mí.

Me giro y la miro por encima del hombro.

—Me parece que de momento me mantendré alejado —respondo con la voz ronca—. Ve a comprobar que ahí arriba no haya nadie. Rápido.

—Tenemos que encontrar…

—Addie —gruño—. Si no confirmamos que la casa está vacía, podría haber alguien aguardando hasta que te distraigas y entonces matarte. Así que, por favor, ve a comprobar la puta habitación, pequeña.

Cierra la boca de golpe y sigue mis instrucciones. Pasa por mi lado manteniendo la distancia y solo tarda un minuto en descender por las escaleras.

—Despejado —confirma—. Ahora vamos a mirar en su habitación, por favor. Está al otro lado de la cocina.

—Después de ti —digo arrastrando las palabras.

Se apresura y nos conduce de nuevo hasta el salón ensangrentado y luego hacia las escaleras que hay en la parte trasera de la cocina, justo antes de llegar al comedor.

Se mueve con ligereza y sube las escaleras con rapidez, mientras Sibby y yo la seguimos de cerca. Los atacantes son plenamente conscientes de que estamos aquí, pero si nos paseásemos por la casa dando fuertes pisotones lo único que conseguiríamos es ocultar dónde se esconden ellos.

La planta superior se conforma de un gran círculo alrededor de las escaleras, con la enorme araña de techo justo en el centro. Los diamantes que cuelgan de esta lámpara tan chillona reflejan destellos de la luz de la luna que entra por el ventanal.

Aquí arriba el ambiente está más cargado, y me pesa sobre los hombros como si el mismísimo Dios intentara contenerme.

Hay alguien, pero no se deja ver. Como mínimo, por ahora. Un mal presentimiento me recorre los huesos, y basta para que dé un paso hacia delante y empuje a Addie hasta colocarla detrás de mí. Le taparé la boca con cinta americana si intenta discutírmelo. Me da igual lo hábil que pueda ser, yo siempre la protegeré.

Pero no dice nada, lo cual significa que ella ha tenido la misma sensación que yo. Cuando miro a mi alrededor, esperando a que pase lo que tenga que pasar, me noto una presión en el torso.

Solo tarda unos cuantos segundos. Un láser rojo aparece por la ventana y se posa directamente en mi pecho.

—¡Zade, abajo! —grita Jay a través del auricular.

—Mierda —suelto antes de abalanzarme sobre Addie y Sibby para tirarlas al suelo. Casi nos caemos por las escaleras los tres juntos.

La ventana se hace añicos y siento el calor de la bala que me pasa junto al brazo, llevándose un pedazo de mi bíceps.

Una lluvia de cristales afilados cae sobre nosotros, y los pequeños fragmentos me hacen arder las mejillas y las manos. Addie y Sibby se cubren la cabeza en un intento de protegerse de la descarga de cuchillos diminutos.

—Joder, ¿estáis bien? —pregunto entre dientes.

—Todo bien —gruñe Addie, y a continuación Sibby emite una confirmación furiosa.

—El muy hijo de puta tenía el cuerpo cubierto con algún material y por eso los sensores infrarrojos del dron no lo han detectado hasta que se ha movido —explica Jay a toda velocidad, y luego añade en voz baja—: Seguramente poliestireno.

Antes de que pueda dar la orden, un fogonazo ilumina el cielo y luego se disipa enseguida.

El francotirador ha muerto a manos de un dron.

—Eliminado —anuncia Jay en mi oreja. Suspira y enseguida se pone nervioso de nuevo—. Por favor, dime que estáis todos vivos. Estáis todos vivos, ¿verdad? —pregunta una y otra vez.

—Estamos todos bien, pero podría haber más —digo—. Nos mantendremos tan alejados de las ventanas como podamos. Avísame si hay cualquier movimiento.

Otro suspiro de alivio.

—Cuenta con ello.

Sibby gruñe y se retuerce debajo de Addie, que me está agarrando el brazo herido para estudiarlo y mi sangre ya le cubre los dedos. Me apresuro a echarle un vistazo y confirmo que es superficial.

—¿Estás bien, cariño? —pregunta con un hilo de voz.

A mí solo podría derretirme un incinerador, a excepción de Addie. Joder, hace que me convierta en aguanieve.

Le doy un beso en la frente.

—Estoy bien, ratoncita. Venga, sigamos adelante.

—Me muero de ganas de apuñalar a alguien ahora mismo —espeta Sibby, que al fin consigue salir de debajo de Addie. Debe de tener fragmentos de cristal clavándosele y provocándole cortes, pero parece que no se da cuenta porque está demasiado ocupada gritándose a sí misma—. ¡Muévete, Mortis! Deja de pegarte a mí como si fueras una sanguijuela, estoy bien. Es Zade el que ha recibido el impacto de la bala, idiota.

Intenta zafarse de su amigo imaginario, pero termina dándome un golpe en la cabeza.

¿Ves? Estos cabrones siempre la lían.

—Sibby —bufo entre dientes.

—¿Qué? No es culpa mía —responde con descaro. Está claro que no lo lamenta ni un pelo.

Con un gemido, me aparto de encima de Addie y me incorporo.

—Venga, arriba. Tenemos que alejarnos de la ventana. —Me pongo de pie y entonces ayudo a las chicas a levantarse.

Sibby está de mala leche. Su humor empeorará hasta que consiga apuñalar a alguien, y mi dolor de cabeza no hará más que aumentar hasta que eso ocurra.

Con suavidad, se sacuden los trozos de cristal que se les han clavado por todo el cuerpo. La luz de la luna que se cuela en la habitación me permite ver que tienen muchos cortes diminutos por toda la cara.

—¿Cuál es la habitación de tu madre? —le pregunto a Addie sin alzar la voz, y le quito unos fragmentos de cristal del culo que había pasado por alto.

Sibby tiene el culo en pompa y se lo está frotando para quitarse los cristales, pero seguro que en su cabeza la está ayudando uno de sus secuaces.

—La primera puerta a la izquierda —responde.

—Sibby, quiero que vayas a repasar las otras habitaciones —le digo.

Por sorpresa, sale disparada sin quejarse, seguramente rezando para que aparezca alguien que la ponga a prueba. Y yo también rezo para que así sea.

Unos cristales crujen debajo de mis botas mientras avanzo pegado a la pared hasta llegar a la puerta. Addie me sigue de cerca.

Tras abrir la puerta unos centímetros me protejo detrás de la esquina por si alguien nos vuelve a disparar.

—Espérate aquí por ahora —le ordeno, y no le doy tiempo para replicar.

Sujetando la pistola hacia arriba, me adentro en la habitación. Al percatarme de que está todo a oscuras, pienso que tendría que haber traído mis gafas de visión nocturna.

Fuerzo los ojos y me fijo en si oigo algo, pero está todo en silencio. Ni siquiera se oye ninguna

respiración.

A medida que mis ojos se adaptan a la oscuridad, cada vez veo la cama con más claridad. Está vacía, no hay más que las sábanas arrugadas y las almohadas descolocadas. Se ha caído una de las lamparitas de noche, que está tumbada hacia abajo con el cable arrancado de la pared. Deben de haber forcejeado para sacarlos de la cama.

Exhalo lentamente y continúo paseando la vista por cada rincón de la habitación intentando detectar cualquier figura que esté escondida entre las sombras o tumbada en el suelo.

—No están aquí —anuncio en voz baja.

Addie entra en la habitación con sigilo y movimientos ligeros, en posición de alerta por si surge alguna amenaza. Ha llegado muy lejos, ya no es aquella chica que se metía de cabeza en cualquier situación sin analizarla antes. Ahora es una asesina bien entrenada y, joder, se me llena el pecho de orgullo al verla.

Nunca he querido cambiar a Addie. A pesar de lo peligrosas que eran su impulsividad y sus tendencias valerosas pero estúpidas, eso es lo que hacía que fuese tan fascinante. Pero sus circunstancias se lo arrebataron de las manos y, aunque yo todavía necesitaba la valentía de mi chica, ya no había cabida para sus acciones irreflexivas.

Ahora no hay nada irreflexivo en cómo se mueve, y mi fascinación por ella no ha hecho más que aumentar. Todas esas amenazas vacías que me hacía antes diciendo que me iba a matar o a hacer daño ahora las podría hacer realidad.

«Joder. Y tanto».

—¿Dónde crees que podrían estar? —susurra, y me hace volver a la situación que nos ocupa.

Me reprendería a mí mismo por distraerme con ella si supiera que eso cambiaría algo, pero no lo hará. De todos modos, morir pensando en Addie es la única manera en la que quiero abandonar este mundo.

Sacudo la cabeza.

—No lo sé. Pero si hay gente en la casa significa que lo más probable es que tus padres todavía estén aquí.

Addie se acerca a la cama y presiona la mano sobre las sábanas.

—Están frías, así que ya hace rato que se han ido. —Se vuelve hacia mí y añade con resignación y pavor—: Me parece que tenemos que ir a mirar en el sótano. —Su cuerpo está rígido y se le tensan los hombros.

—¿Qué problema tienes con el sótano?

Encoge un hombro.

—¿Que es espeluznante? —dice, aunque suena más bien como si fuese una pregunta.

—A ti te gustan las cosas espeluznantes.

Parece que se detiene a reflexionar sobre mis palabras y entonces se relaja y asiente.

—Sí, tienes razón. Es verdad que me gustan las cosas espeluznantes. Vamos.

Sibby aparece de una de las otras habitaciones en cuanto salimos del cuarto de sus padres, y

diría que está aún más frustrada.

—Aquí arriba no hay nadie, he entrado en todas las habitaciones —explica, decepcionada.

—El sótano —intervengo—. Puede que estén ahí.

Addie nos indica el camino. Bajamos por las escaleras y luego, en el comedor, nos dirigimos hacia la puerta que conduce al sótano.

—Si están ahí abajo, oirán nuestras pisadas y sabrán que nos acercamos —murmuro, y de nuevo aparto a Addie para ponerla detrás de mí. Es mejor que sea yo quien reciba el impacto de una bala, así ella puede encargarse de sus padres.

La puerta chirría al abrirse y me da la sensación de que es como si miráramos hacia un agujero negro descomunal en el suelo.

—¿Es muy grande el sótano?

—Sí, bastante. No está acabado —responde Addie en un susurro—. Y hay algunas habitaciones.

Poco a poco, desciendo por las escaleras. No veo absolutamente nada. Aquí se respira un aire frío y se palpa el peso del temor, como si una diosa malévola me hiciera señas para que me acercara a su guarida. Joder, una bienvenida de lo más cálida.

En la esquina más lejana se ve un hilo de luz minúsculo que brilla desde las profundidades de lo que parece ser un pasillo.

Se ensancha ese pozo de terror y me consume por dentro hasta que lo único que siento es mi sino.

Addie y Sibby me acompañan, una a cada lado. Aunque no les veo la cara, noto que están inquietas.

—Nos encontramos en el salón, y por ese pasillo se llega a la parte que no está terminada —me informa Addie sin levantar la voz más allá de un susurro.

En cuanto doy un paso hacia delante, el resplandor desaparece como si alguien hubiese cortado la electricidad. Me quedo quieto y dejo que los ojos se me empiecen a ajustar a la oscuridad.

No han cortado la electricidad, sino que hay alguien de pie junto a la puerta del pasillo. La figura no se mueve, pero noto que tiene la mirada clavada en nosotros. Mi mano se tensa alrededor de la pistola y la levanto con lentitud, preparándome para su ataque. Sin embargo, en ese momento la persona retrocede poco a poco y desaparece por el pasillo, y el brillo vuelve a ocupar el espacio que ha dejado su figura.

El corazón me palpita con fuerza contra el pecho. Hostia, qué mal rollo. Incluso yo puedo admitirlo.

Sibby bufa.

—He pasado demasiado tiempo en casas encantadas, no hay nadie que dé más miedo que yo. Déjame ir delante.

Me encojo de hombros y decido que no nos hará ningún daño que Sibby los joda un poco.

—Diviértete —balbuceo. Bajo el arma un par de centímetros, pero me niego a relajarme. Podría haber más gente merodeando por aquí.

A Sibby se le escapa una risita fuerte y siniestra, y luego se encamina hacia el pasillo cantando una nana en voz baja. No puedo estar seguro, pero conozco a Sibby y estoy bastante convencido de que está caminando dando saltitos.

Le cojo la mano a Addie y la llevo hacia donde se encuentra nuestra amiga. Está en la puerta del pasillo y la luz se refleja en su cuerpo menudo.

En una mano tiene el cuchillo rosa, y clava la punta en la pared que tiene al lado. Entonces, alzando la voz mientras continúa cantando, recorre el pasillo arrastrando el cuchillo por la pared.

Addie se estremece, pero no me atrevo a decir si es porque Serena se pondrá furiosa por la pared o si es porque Sibby es tan escalofriante como ella misma ha prometido.

Ambas opciones son sobrecogedoras.

Nos llegan unas voces desde una habitación. Parecen nerviosas y algo enfadadas.

—No os acerquéis más —gruñe una voz grave.

Sibby se detiene, deja de cantar de forma abrupta y ladea la cabeza.

—Eso no ha sido muy amable —susurra, y su tono infantil me provoca un escalofrío en la columna vertebral—. Solo quiero jugar.

—Te volaré la puta cabeza, zorra —escupe el tipo.

Una figura grande ocupa el marco de la puerta que hay al final del pasillo, y me apresuro a apartar a Addie antes de que nos vea al inicio de ese mismo corredor. Me presiono de espaldas contra la pared y echo un vistazo por la esquina.

Si intenta algo, seré yo quien se ponga a volar cabezas.

Es un hombre corpulento y alto, calvo, con la piel pálida cubierta de tatuajes negros y una barba mullida alrededor de unos labios finitos. Tiene una pistola en la mano, con la que apunta directamente a Sibby, pero ella no parece que esté asustada lo más mínimo.

Desde la habitación nos llegan unas lamentaciones amortiguadas, tanto masculinas como femeninas, y eso hace que me relaje un poco. Puede que los padres de Addie estén heridos, y seguro que se encuentran aterrados, pero también están vivos. Ahora mismo, eso es lo único que importa.

—Mis secuaces no lo permitirán —asegura Sibby.

No tengo ni idea de dónde se imagina que está su harén, pero en estos momentos la única que está intimidando a ese hombre armado es ella.

Lo cual es muy admirable, considerando que apenas mide un metro y medio.

—Suelta el cuchillo —le ordena el hombre.

Con un suspiro, la chica le hace caso y deja que el cuchillo caiga por la pared con un chirrido.

—Si vas a quitarme las cosas, la próxima vez podrías pedirme que me quite la ropa —se queja con un puchero, y a continuación coge el borde inferior de su camisa y eso es justamente lo que hace.

El hombre se queda con la boca abierta y se le cae la pistola mientras observa a Sibby quitándose la camisa. Suerte que lleva un puto sujetador.

Sacudo la cabeza. Sus métodos son raros de cojones, pero, de todos modos, son eficaces. Sibby le arroja la camisa al hombre, lo cual hace que este retroceda, y la chica aprovecha esos instantes para coger un cuchillo que tenía atado al muslo y lanzárselo. La punta le perfora el ojo por completo.

Cuando el hombre se desploma de cabeza como si fuese un saco de patatas, las lamentaciones se convierten en fuertes gritos horrorizados. El peso de su cuerpo al caer sobre el cuchillo hace que el arma blanca termine de clavársele en el cráneo.

Sibby se apresura a recuperar el cuchillo y la camisa del suelo, se viste y se dirige hacia la sala dando saltitos. Incluso pisa a su víctima, que está convulsionando en el suelo.

—Vamos —le digo a Addie. Le cojo la mano y corro hacia la habitación detrás de Sibby, intentando esquivar el lío del suelo.

Serena y su marido, William, están atados a dos sillas en el centro de la estancia, ambos amordazados con cinta americana. Sobre ellos se balancea una única bombilla, que ilumina a los dos hombres, uno a cada lado, ambos con una pistola apuntando hacia la cabeza de los padres de Addie.

Los atacantes están tensos después de que Sibby le haya clavado un cuchillo en el ojo a su compañero muerto.

—Mamá… Papá… —los llama Addie con la respiración entrecortada, y noto que se le eriza todo el cuerpo por la necesidad de salir corriendo hacia ellos.

Serena tiene los ojos húmedos e inyectados de sangre, con la máscara de pestañas negra emborronada, el pelo rubio revuelto y el cuello del pijama de seda desgarrado. William se retuerce a su lado, completamente sudado. El pelo canoso se le ha pegado a la frente y su camiseta blanca está empapada. Luce un corte feo en el pómulo y ya se le empieza a formar un moratón alrededor de un ojo.

—Habéis llegado más rápido de lo que me esperaba después de que vuestro amigo nos jodiera la furgoneta —dice el tío de mi izquierda mientras hunde la pistola en la sien de Serena.

El tipo tiene el pelo negro azabache, que se ve grasiento y enredado y le llega hasta las orejas, y una cicatriz le atraviesa la enorme nariz aguileña. El otro es un hombre rubio, bajo y con cara de niño pequeño, y parece que se siente fuera de lugar.

—Tenía ganas de divertirme un poco más con ellos. Quizá podría ver si la mami también tiene el coño dorado.

Cuando sus dedos se enroscan alrededor de un mechón de pelo de Serena, la mujer se aleja de él con un grito amortiguado.

—No acerques tus putos dedos a mi madre —le suelta Addie, pero él se limita a sonreír.

—Y también quería convertir a tus padres en una bonita exposición —continúa el hombre, haciendo caso omiso de Addie. El hombre encoge un hombro para parecer indiferente—.

Aunque supongo que con vosotros sería una exposición aún mejor: podría colgar a Z del gran ventanal que hay en la parte frontal de la casa, al igual que hiciste con ese médico. Mira que sería poético…

—Me encantaría hacer manualidades contigo —murmuro, sacándome una navaja automática de debajo de la sudadera. El sonido metálico que hace al abrirla se pierde entre los gritos contenidos de Serena.

El hombre responde amartillando la pistola, y así deja clara su amenaza.

—Si la matas, estarás matando a lo único que me impide disparar una bala que te atraviese el cerebro —le advierto.

—Ah, o sea, que la mami es la favorita, ya lo veo. Bueno, entonces podemos prescindir del padre, ¿no?

Su pistola vira hacia William, que ahora tiene dos pistolas presionadas contra la cabeza. Las intenciones del matón son claras: si mata a uno de ellos, cimentará la necesidad de Addie de intercambiar su vida por la del único progenitor que le quede vivo.

—Si lo haces, entonces ya no habrá ningún diamante.

Mi vista sale disparada hacia Addie y se me detiene el corazón en seco cuando veo que está sujetando el cuchillo contra su propio cuello.

De ninguna manera. No.

Capítulo 39

El diamante

Me clavo el filo en la piel hasta que noto un fuerte pinchazo y la sangre empieza a brotar de la herida poco a poco. Los ojos furiosos de Zade no le quitan la vista de encima.

El hombre del pelo grasiento vuelve a apuntar la pistola hacia mi madre con una sonrisa de listillo.

—*Touché*, diamante. —Levanta la barbilla haciéndole un gesto a su compañero, que todavía tiene el arma apuntada hacia mi padre—. Cógela. Y vosotros dos —añade dirigiéndose a Zade y Sibby— soltad todas las armas y apartadlas con el pie.

Cuando el chico que tiene cara de niño pequeño se me acerca, doy un gran paso hacia atrás.

—No vas a poder tocarme. Como mínimo, hasta que sepa que no les haréis daño.

El hombre entorna los ojos, pero luego levanta la vista hacia un punto por encima de mi hombro y un instante más tarde noto el peligro a mis espaldas.

—¡Mierda, Addie, muévete! —ladra Zade, pero ya es demasiado tarde.

Una pistola se presiona contra la parte trasera de mi cabeza y me distrae lo suficiente para que el recién llegado pueda extender el brazo, quitarme el cuchillo y tirarlo a un lado.

Mis huesos se llenan de cemento y mi cuerpo se vuelve de piedra cuando el hombre me envuelve el cuello con un brazo y me empuja hacia él a la vez que mueve la pistola hasta mi sien.

—Os habéis olvidado de mirar en la buhardilla —me susurra en la oreja. Suelta el brazo que tenía alrededor de mi cuello y desliza la mano por mi coxis hasta llegar a los muslos buscando armas, y a medida que las encuentra las va tirando al suelo. También aprovecha para manosearme el culo, y soy incapaz de reprimir el gruñido que escapa de mí.

Sí, cien por cien. Este tío va a morir.

Zade emana una fuerte tensión y su mirada asesina no se aparta de la mano del hombre. Seguro que se está imaginando de cuántas maneras diferentes podría cortársela, como hizo con Arch. En paralelo, Sibby está quieta, moviendo los ojos de un lado a otro. Supongo que está calculando lo que tardaría en matar a uno de ellos antes de que aprieten el gatillo.

—Más te vale ir con cuidado —murmura Zade fulminándolo con la mirada—. El diamante tiene los bordes afilados.

El hombre con cara de niño apunta su arma hacia Zade.

—Cállate de una vez. Los dos, poneos de cara a la pared.

Zade le dedica una sonrisa de suficiencia y levanta las manos como si se rindiera, pero la expresión de su mirada es letal.

En cambio, Sibby se niega a moverse, así que el hombre se dirige hacia ella con grandes zancadas, la coge por el brazo e intenta arrastrarla hasta la pared él mismo, pero la chica enloquece, empieza a arañarlo y provoca un alboroto tremendo.

En la parte interior de la manga tengo escondido un bolígrafo pistola, un arma pequeña y muy útil que me dio Zade. Lo he puesto ahí precisamente por si nos encontrábamos en una situación como esta porque no está en un lugar donde se esperarían que tenga un arma. Solo tiene una bala, pero será suficiente.

El caos basta para distraer a los tres hombres y me permite sacarme el bolígrafo pistola de la manga sin que ninguno de ellos se dé cuenta.

Tengo la frente empapada de gotitas de sudor. Aunque la adrenalina me recorre todo el cuerpo descontrolada, también me inunda una agradable sensación de calma.

Deprisa, apunto hacia el hombre del pelo grasiento y aprieto el botón del bolígrafo. La bala sale disparada del arma minúscula y le atraviesa el cerebro, matándolo al instante.

La absoluta sorpresa me regala el tiempo necesario para apartar de un golpe la pistola que me apunta a la cabeza. Los reflejos del hombre que me retenía no son lo suficiente rápidos y solo logra dispararme a los pies, pero lo esquivo por los pelos. La bala rebota y me parece que oigo un grito ahogado, pero ya me he dado la vuelta y le estoy asestando un puñetazo en la cara.

Mi padre grita a pesar de estar amordazado, pero ahora mismo no puedo mirar, porque mi oponente se saca un cuchillo del bolsillo y lo blande hacia mi cara.

Retrocedo justo a tiempo y el filo del cuchillo atraviesa el aire a un par de centímetros de mi nariz, pero consigo cogerle la mano con la que sujeta el mango, se la retuerzo hacia atrás y oigo el ruido que hace su muñeca al partirse por la fuerza.

El hombre chilla y suelta el cuchillo. Antes de que pueda asestarle otro puñetazo, esta vez en la garganta, su cabeza se arroja hacia atrás con un agujero en el centro de la frente.

Me giro con los ojos muy abiertos y me encuentro a Zade guardándose la pistola.

—Lo siento, nena. Te ha tocado el culo, así que tenía que matarlo.

Un grito desgarrador me distrae y mis ojos salen disparados hacia Sibby. Está entusiasmada apuñalando al otro hombre, que está debajo de ella, mientras mi padre se retuerce como un gusano clavado en un anzuelo. Sus ojos no paran de moverse como locos ante la chica psicótica que su esposa tiene a los pies.

Me quedo de piedra cuando consigo ver bien a mi madre. Tiene la cabeza inclinada hacia delante, con la barbilla mirando hacia el pecho, y la camisa empapada de sangre.

—¡Ay, por favor! —grito, y salgo corriendo hacia ella.

Zade llega antes que yo y presiona los dedos contra el cuello de mi madre para ver si todavía tiene pulso.

—Está viva —asegura—, pero sus pulsaciones son débiles. Tiene que ver a un médico ahora mismo.

Los ojos se me empiezan a llenar de lágrimas y la sensación de pánico me convierte el cerebro en papilla. Abro la boca, pero estoy completamente congelada y soy incapaz de apartar la mirada de mi madre agonizante.

—Adeline —ladra Zade, y mis ojos se posan sobre él—. Céntrate, cariño. Necesito que vengas aquí y hagas presión sobre la herida.

Mis músculos al fin se desbloquean y hago lo que me dice. Al presionar ambas manos sobre su pecho, un rojo carmesí burbujea entre mis dedos y pocos segundos más tarde ya me recubre por completo las manos.

Veo con claridad que Zade la desata primero a ella y luego a mi padre. Después le ordena con tono tajante a Sibby que deje de refregarse contra el muerto que tiene debajo y oigo que le dice algo a Jay a través del auricular, pero todo lo que viene a continuación lo tengo borroso.

Demasiada sangre me viene a las orejas de golpe. Demasiada ansiedad me corroe por dentro.

—Mamá —la llamo con un hilo de voz.

Los brazos de papá la envuelven y le alza la cabeza con suavidad mientras dice su nombre. Me fijo en que tiene las mejillas coloradas y empapadas de lágrimas, y es entonces cuando me doy cuenta de que yo también tengo la cara mojada.

—Serena, cielo, mírame —la intenta persuadir papá, pero sus ojos se mantienen cerrados con firmeza.

—Tengo que levantarla —explica Zade.

—¡No la toques! —grita papá, y hace ademán de darle un manotazo en los brazos para apartarlo—. Tenemos que llamar a una ambulancia.

—¡Papá! —exclamo, extendiendo una mano para detenerlo—. Para, Zade solo intenta ayudar.

—Yo iré más rápido que una ambulancia, te lo prometo —asegura él, clavando la mirada en mi padre.

Papá siempre sigue las normas a rajatabla. Aunque ahora mismo está enloquecido, es capaz de entender que Zade no la llevará al hospital solamente porque él es más rápido, sino también porque hemos cometido un crimen y no quiere que se descubra.

Lo cual significa que tampoco iremos a un hospital de verdad.

Rechinando los dientes, papá suelta a Zade y le permite levantar a mi madre. La cabeza de mamá se apoya en su pecho mientras se pone de pie.

—Todos al coche. Sibby, vamos, ¡ahora!

Subimos las escaleras del sótano, avanzamos a toda velocidad por la casa y nos apelotonamos en el coche de Zade. Todo es muy borroso. Dejo que papá se ponga de copiloto y tumbamos a

mamá en la parte trasera del coche, sobre mi regazo y el de Sibby. En paralelo, continúo aplicando presión sobre la herida y susurrándole que se mantenga con vida.

Zade todavía debe de tener a Jay al otro lado del auricular, porque dice:

—Llama a Teddy y dile que estamos de camino. Herida de bala en el pecho.

—Déjame adivinar, te has inventado alguna clase de historia, ¿no? —espeta papá mientras Zade sale de la calzada y se dirige a la carretera.

Zade conduce con facilidad, a pesar de que vamos a una velocidad vertiginosa.

—Bueno, no, en realidad no —responde, y no parece en absoluto preocupado por la rabia de mi padre—. No iremos a la policía. Y ahora vamos a ver a un cirujano, a uno con experiencia de verdad…

—¡¿No vamos al hospital?! —estalla mi padre.

Su voz resulta tan ensordecedora que no puedo evitar encogerme. Ya le he contado a Zade que mi padre nunca ha sido una parte importante de mi vida. Siempre estaba de fondo, pero no estaba presente de verdad. En cierto modo, me recuerda al espíritu de Gigi en Parsons Manor.

Pero cuando era pequeña mi padre alzó la voz alguna vez, y en todas esas ocasiones los pájaros salían volando de las ramas donde estuvieran, asustados, y se me encorvaba la espalda en un intento de hacerme más pequeña.

Es un hombre sencillo, pero también puede dar miedo.

—No —responde Zade como si nada. Nunca se deja intimidar, y, si no las hubiese visto de cerca, habría pensado que las pelotas que tiene entre las piernas son de acero.

—Me importa una mierda quién seas, ¡más te vale dar la vuelta ahora mismo y llevarnos a un PUTO HOSPITAL! —grita. A pesar de la oscuridad del coche, me percato de que tiene la cara cada vez más roja.

—Levántame la voz una vez más —lo amenaza Zade con un tono de voz grave— y te aseguro que puedo dejarte inconsciente sin dar siquiera un volantazo.

Mi padre retrocede con los ojos muy abiertos, impactado.

—Papá —intervengo antes de que mi padre también reciba un balazo. Hablo con voz suave pero firme—. Nunca permitiría que mamá muera, lo sabes. Por favor, confía en nosotros.

Me fulmina con la mirada, pero no rompo el contacto visual con él. Me empieza a temblar todo el cuerpo por la mezcla de adrenalina, conmoción y pánico.

Mi padre rebufa y se da la vuelta.

—No me puedo creer todas estas gilipolleces —murmura entre dientes—. Adeline, ¿en qué mierdas te has metido?

Frunzo el ceño.

—Yo ni siquiera he hecho nada, papá.

Se vuelve y me mira incrédulo.

—¿Te crees que no os he visto a los tres matando a esos hombres a sangre fría? Y esa chica menuda tan loca…

—¡No me llames loca! —grita Sibby a mi lado, y no puedo evitar encogerme del dolor de oído que me provoca su chillido.

Me detengo y me fijo en que parece que esté desenfrenada. Tiene la respiración acelerada y sus ojos marrones nos miran con expresión salvaje, como si fuese un tigre arrinconado en una jaula pequeña.

Papá también debe de verlo, porque vuelve a posar la vista sobre mí.

—No te quedes ahí sentada y pretendas ser la hija a la que crie —gruñe—. Acabas de asesinar a una persona.

—¡Que iba a matar a mamá! —me defiendo, incrédula por que me esté dando un sermón en este preciso momento. Está enfadado y en estado de *shock*, y lo está pagando conmigo.

Tensa la mandíbula y me enseña los dientes al contestar:

—Si tu madre muere, todo esto será culpa tuya. ¡Ha recibido el balazo por tu culpa!

Sus palabras impactan en mí como si fuesen auténticas balas. Me golpean en el pecho y me roban todo el aire de los pulmones.

—¿Qué? —consigo decir.

—Cuando estabas luchando con ese tío y ha disparado —ladra, con la cara cada vez más roja. Me mira como… si fuese un monstruo—, la bala ha rebotado y ha impactado contra tu madre.

Me quedo boquiabierta, incapaz de articular ni una sola palabra. Recuerdo que ha rebotado, pero no he visto adónde ha ido a parar porque estaba concentrada en luchar contra ese hombre.

Un tsunami de culpabilidad me golpea de lleno. Joder… Sí que es culpa mía. Parpadeo porque se me ha nublado la vista por una nueva oleada de lágrimas. Es como si se me estuviera abriendo el pecho de par en par y el corazón se me estuviera desparramando junto al de mi madre.

—Ella no es quien ha apretado el gatillo —gruñe Zade para defenderme.

Mi padre vuelve a bufar, se gira y se pone a mirar por la ventanilla. Todo él tiembla de la rabia.

—También es culpa tuya —acusa con malicia a Zade—. Es culpa de los dos. No habría pasado nada de todo esto si no fuera por el criminal de tu novio, Adeline.

Zade se vuelve hacia mi padre. El volante de cuero cruje debajo de sus puños apretados, y por un momento me parece que va a romperlo por la mitad.

—Creo que lo mejor es que a partir de ahora cierres la puta bocaza, o, si no, te la cerraré yo. Como ya has dejado claro, no soy una buena persona, y me preocupa mucho cómo le hables a Addie. Ese hombre estaba apuntando una pistola hacia la cabeza de tu propia hija, joder. Los únicos culpables son los tíos que os han atacado en vuestra casa.

Papá se lo queda mirando. Parece que esté a punto de decir algo, pero al final sacude la cabeza y se gira para mirar por la ventanilla de nuevo, satisfecho con sus acusaciones.

El coche queda sumido en un silencio tenso. Los cuatro estamos alterados, pero por motivos distintos.

Cuando bajo la mirada hacia mi madre, un sollozo me sube por la garganta mientras observo

su tez pálida. Me caen unas lágrimas sobre sus mejillas, pero no me atrevo a levantar las manos de la herida para limpiarle el rostro.

—Lo siento mucho, mamá. No quiero vivir esta vida sin ti, así que quédate conmigo, ¿vale?



Por mucho que lo intente, los síntomas del trastorno de estrés postraumático empiezan a resurgir veinte minutos más tarde cuando Zade entra a toda velocidad en la calzada de una casita de madera cuyas ventanas emiten un brillo amarillo reconfortante. Reconozco la casita…, pero apenas la recuerdo.

Zade me trajo aquí cuando me encontró, pero casi no me acuerdo de nada, ni de este lugar ni de Teddy, solo que ambos fueron agradables y acogedores. Lo contrario de los recuerdos de otro médico que de pronto hacen que se me dispare la tensión.

—¿Esta es la casa de Teddy? —pregunto con las manos entumecidas.

Tengo *flashbacks* de despertarme en un hospital improvisado y que un hombre con los ojos de color azul claro y una sonrisa enloquecida bajo un bigote espeso se inclinara sobre mí y me pidiera que lo siguiera. Se me acelera tanto el corazón que me da la sensación de que me estallará la caja torácica por la fuerza de las palpitaciones.

En cuanto el coche se detiene, Sibby se apresura a salir del vehículo como si estuviera atrapada bajo el agua sin poder respirar. Desaparece a grandes zancadas mientras balbucea no sé qué de que ha tenido que dejar atrás a sus secuaces, pero ninguno de nosotros tiene la capacidad mental de preocuparse por ella ahora mismo.

—Sí. Ya sé que seguramente no lo recuerdas muy bien, pero se llama Teddy Angler y su hijo es Tanner. Son buenos amigos míos —responde apagando el motor, y luego corre hacia la puerta de los asientos traseros—. Continúa aplicando presión en el pecho —me indica Zade.

Con rapidez y mucho cuidado, levanta a mi madre de mi regazo y la acuna contra su pecho a la vez que yo mantengo las manos presionadas con firmeza sobre la herida. Entre los dos la llevamos corriendo hacia la puerta, que se abre justo cuando llegamos.

Dos hombres nos hacen pasar a toda velocidad, y papá nos sigue de cerca. Me suenan tanto la calidez como el ambiente reconfortante de la casa, pero mi cuerpo sigue en *shock*.

Reconozco a los dos hombres. El mayor es Teddy, y el más joven —aunque, como mínimo, tendrá unos cuarenta años— es Tanner.

Nos conducen por un pasillo hasta una habitación equipada con una cama de hospital, un portasueros y varias máquinas.

El pánico vuelve a apoderarse de mí y de pronto ya no estoy en la habitación de hospital de

Teddy Angler, sino en la del doctor Garrison. Está de pie frente a mí, suplicándome que vaya con él, y sus ojos azul claro me miran enloquecidos. Le falta la mitad de la cabeza por el disparo de Rio, y su materia gris hecha papilla queda expuesta a la vista.

No, no. ¡No! No quiero ir. No quiero…

—Adeline —me llama Zade con brusquedad, y me sacude hasta que el doctor Garrison desaparece y lo sustituye su mirada preocupada que parece el yin y el yang—. Estás aquí conmigo, ratoncita. Nadie va a alejarte de mí.

Parpadeo. Se me nublan los ojos y me noto una presión en el pecho por el miedo.

—Lo siento —susurro, y me empiezan a embargar la frustración y un millón de emociones que apenas puedo contener.

—No tienes por qué sentirlo, pequeña. Ven, siéntate, dejemos que la operen. Tu madre se recuperará, ¿vale?

—¿Eso ha dicho Teddy? —pregunto, mirando por encima del hombro de Zade, pero no veo prácticamente nada de lo que hay detrás del gran cuerpo de Teddy y con Tanner al otro lado.

Papá está sentado en una esquina, mirando a mamá con la cara contraída.

—No ha dicho gran cosa, lo cual es buena señal. Si la está operando significa que es posible que se recupere.

Asiento y dejo que me lleve hasta un pequeño salón repleto de sofás a cuadros de color verde y azul oscuro, con una alfombra de piel de oso y la cabeza de un ciervo colgada sobre la chimenea marrón, donde chispean unas llamas. Los suelos, las paredes y el mobiliario son de madera pulida, lo que le da a la vivienda un toque relajado y acogedor.

Me dejo caer en un sofá. Estoy a punto de apoyar la cabeza en las manos cuando me aparto de golpe al recordar que están cubiertas de sangre seca. Miro a mi alrededor, con la esperanza de que no le haya ensuciado el sofá a Teddy, y al final opto por sentarme en el suelo.

Entonces me doy cuenta de que Sibby todavía no ha regresado y mi cabeza no deja de dar vueltas.

—¿Dónde se ha ido Sibby? —pregunto, limpiándome los mocos que me caen de la nariz. Sinceramente, lo último que tendría que sentir ahora mismo es vergüenza. Y algo me dice que Zade me vio en situaciones mucho más ridículas cuando me acosaba, así que las burbujas de moco son la última de mis preocupaciones.

Zade se sienta a mi lado, me acerca a su pecho y me envuelve entre los brazos. A pesar de que es una sensación muy agradable, soy incapaz de relajarme. Siento que tengo miles de insectos trepándome por todo el cuerpo, por debajo de la piel, y me llenan el cráneo con el zumbido de su aleteo.

—Dentro de un rato iré a ver cómo está. No había sitio para sus secuaces en el coche y los hemos tenido que dejar atrás. Me parece que se ha puesto nerviosa. No estaban a su lado cuando se la llevaron al centro psiquiátrico, y me imagino que ahora tiene ansiedad por haberse separado de ellos.

Asiento. Para ella, sus secuaces son tan reales como que Zade está sentado a mi lado ahora mismo. No puede hacer que se evaporen así como así, ni tampoco hacer que aparezcan ante ella cuando le plazca. Sibby los ve como personas de carne y hueso, de modo que tiene que encontrar una explicación lógica cuando aparecen.

Tarde o temprano regresarán. Seguramente Sibby verá a dos hombres vestidos como monstruos caminando por la calzada hacia ella.

—Tiene razón —susurro—. Ha sido culpa mía que la dispararan.

—Tú no has apretado el gatillo ni has apuntado la pistola hacia tu madre. No ha sido culpa tuya.

Me separo de sus brazos, incómoda en mi propia piel. Da igual que no apretara yo el gatillo; lo he provocado al empujar hacia abajo el brazo de aquel hombre.

Zade se percata de que estoy agitada y hace rodar el cuello para petarse los músculos. Se incorpora hacia delante, apoya los codos en las rodillas, que tiene apartadas, y entrelaza los dedos de las manos.

Clavo la mirada en sus manos y recorro con la vista las venas que se le marcan. Estas manos han matado a muchas personas y, asimismo, han protegido a muchas otras. ¿Cómo es capaz de compartimentar sus pecados y sus buenas acciones?

—Si fueses yo, ¿te sentirías culpable? —pregunto con la voz ronca por las lágrimas.

Zade baja los ojos y reflexiona sobre mis palabras.

—Me has visto cargar con la responsabilidad de una muerte que no provoqué. Una vez, cuando desmantelé una banda que se dedicaba a la trata, dispararon y mataron a una niña pequeñita justo antes de que yo entrara en el edificio. O cuando te secuestraron a pesar de que se suponía que tenía que estar protegiéndote… Coño, es difícil no tomárselo como algo personal. Sentir el peso de todo esto es lo que te hace ser humana. Pero hay una diferencia entre sentir el dolor de otra persona y culparte a ti misma porque alguien le ha hecho daño.

Cuando alza la vista, la intensidad de su mirada me abrasa desde dentro.

—La rosa que tengo grabada en el pecho demuestra que nunca es tan sencillo. A veces me aferro a esa culpa porque así no me siento tan mal. Pero eso no significa que no vaya a recordarte cada día que la culpa con la que cargas no es digna de ti.

Cierro los ojos en un intento inútil de retener otra oleada de lágrimas. Me sube un sollozo por la garganta y me cubro la boca para contenerlo, pero ya no lo consigo.

—Mi madre estaba intentando forjar una relación conmigo —digo—. Y yo… Yo no se lo estaba poniendo nada fácil.

Zade me coge la mano y me acerca hacia él. Aunque siento que no me merezco su consuelo, lo acepto igualmente y dejo que me penetre en los huesos mientras lloro contra su pecho.

En otras ocasiones he sentido placer al matar, pero eso no significa que no tenga corazón. Y lo único que puedo pensar ahora mismo es en la tranquilidad que se debe de sentir si estás vacío.



—Addie, despierta.

Una mano me tira con suavidad del brazo y me saca de un sueño que no me ha permitido descansar. Abro los ojos soñolientos, secos e irritados por las lágrimas.

—¿Está bien? —pregunto de inmediato, todavía medio dormida, y miro a mi alrededor.

Mi padre, que parece cansado, está sentado en otro sofá con el ceño fruncido, y Zade, Teddy y Tanner están de pie ante mí. Por cómo me miran, me siento un poco como si estuvieran evaluando a un paciente.

Teddy y su hijo son casi idénticos. Ambos tienen los ojos verde clarito, las líneas de expresión marcadas y la mandíbula cuadrada. La única diferencia es que Teddy tiene bastantes más canas y arrugas. A diferencia del doctor Garrison, su presencia me resulta tranquilizadora, a pesar de las palabras que pronuncia a continuación.

—Tu madre todavía no está completamente a salvo —responde con suavidad—. La bala estuvo a punto de impactarle en el corazón, pero por suerte lo esquivó y fue una herida limpia. No le ha dado en ningún órgano vital, pero ha perdido mucha sangre y todavía corre el riesgo de coger una infección. Estará inconsciente durante un tiempo, y quiero que sepáis que todos vosotros os podéis quedar aquí —explica, dirigiéndole una mirada a mi padre.

Asiento, aunque no estoy muy aliviada. Está viva, pero su estado podría cambiar con facilidad.

—¿Tengo que donarle sangre o algo? —pregunto con voz ronca. Tengo la garganta tan reseca como los ojos.

—No hace falta, cielo. Tu padre es compatible y ya ha donado sangre muy amablemente. Además, tengo algunas bolsas de 0 negativo por si acaso.

Asiento otra vez y me levanto.

—¿Puedo verla?

—Claro —accede con un tono de voz suave, y alza el brazo para indicarme el camino.

—Voy a ver qué tal está Sibby —dice Zade, señalando hacia detrás de su hombro.

Frunzo el ceño.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —pregunto. No recuerdo cuánto rato he estado llorando hasta que al final me he quedado dormida en los brazos de Zade.

—Solo han pasado unas tres horas. Sibby todavía está fuera, sentada en los escalones de la puerta de entrada, esperando a sus secuaces.

Asiento de nuevo y doy media vuelta para ir hacia la habitación que me ha señalado el médico. Mi corazón está a punto de desbocarse. En cuanto abro la puerta y la veo tumbada en la cama, tan quieta y pálida, casi me ahogo.

La máquina que tiene al lado emite unos soniditos que indican que sus latidos por ahora se mantienen estables. A su lado ya hay una silla, que imagino que es donde estaba sentado mi

padre; él se ha quedado en esta habitación con mi madre todo el rato, y eso también me hace sentirme un poco culpable. Tendría que haber estado a su lado.

Sin embargo, el hecho de estar aquí sigue amenazándome con devolverme a ese hospital con el doctor Garrison. Deslizo las manos por mi pelo y me cojo unos mechones con fuerza en un intento por mantenerme aquí. Por mantenerme en el presente.

Estoy a salvo. Zade está fuera. Y no hay ningún médico diabólico que quiera secuestrarme.

Exhalo hondo, me siento en la butaca y le cojo la mano a mi madre. Está fría, pero transmite… vida. No está helada y rígida como la de un cadáver, lo cual me tranquiliza un poco.

—¿Quieres saber una cosa que es una mierda? —empiezo en voz baja—. Cuando volví a casa, en varias ocasiones me pediste que habláramos sobre lo que me había pasado y yo nunca fui capaz de encontrar las palabras para describir el terror de despertarte ante unos hombres que te tienen como rehén y amenazan con matarte. La incertidumbre de no saber si seguirás con vida o si morirás. Te dije que no lo entenderías. Pero me parece que ahora ya sabes qué se siente, ¿no?

»Y entonces tú me intentabas explicar el pavor que sentías porque yo había desaparecido y no sabías si seguía viva o si habría muerto. Y tú también dijiste que yo nunca lo entendería…, pero ahora ya no es verdad, ¿no?

Me empiezan a escocer los ojos de nuevo y suelto a mi madre para frotármelos con la palma de las manos mientras me amenazo en silencio a mí misma para mantener la compostura. Estoy harta de llorar. Joder, es agotador.

Cuando me parece que vuelvo a estar más o menos tranquila, me destapo los ojos y le cojo la mano otra vez.

—Te estoy cogiendo la mano, pero igualmente no estás aquí. Y no sé si volverás a despertarte. Así que ahora lo entiendo. Y… Y es una auténtica mierda.

Sorbo por la nariz y le acaricio la mano con la yema del dedo pulgar. No estoy segura de si pretendo consolarla a ella o si me estoy hablando a mí misma.

—Y ahora papá también me odia —susurro—. Me he liado con un criminal. —Suelto una risita débil—. Y yo soy una criminal. Supongo que esto es de lo único que es responsable Zade. De entrenarme para convertirme en una asesina. Pero ¿sabes qué? Me gusta. Me gusta poder protegerme a mí misma. Y me gusta no sentirme tan débil. ¿Acaso eso me convierte en una mala persona? —Hago una pausa y frunzo el ceño—. No respondas. Me pedirás que me detenga. Y me dirás que quieres recuperar a la Addie de antes. Pero ya no está, mamá. Y soy consciente de que a papá no le gusta esta nueva versión de mí, pero espero que algún día los dos podáis aprender a querer a la persona en quien me he convertido.

Una lágrima solitaria escapa de mis ojos y la maldigo por traicionarme. Me enjugo la cara enseguida y me sorbo los mocos otra vez.

—Lo entenderé si no sois capaces de hacerlo. A veces a mí también me cuesta quererme a mí misma. Pero ¿sabes quién es la persona que me quiere? ¿Que me querrá siempre pase lo que pase? Mi novio, el criminal. Y, joder, ¿no te parece que es admirable? —Sonrío, pero no porque

me parezca divertido—. Creo que lo justo es que lo intentemos. Cuando volví a casa, decidiste que era digna de amor, aunque solo fuese la carcasa rota de una persona. Me parece que podrás aprender a quererme como alguien que es feroz y fuerte, ¿verdad? Y ahora quiero que tú vuelvas a casa e, independientemente de la versión de ti misma que seas cuando te despiertes, o la versión en la que te conviertas más tarde, yo también te querré.

28 de junio de 2022

Siempre he sentido bastante indiferencia hacia mi padre. De pequeña no jugaba conmigo y prácticamente ni siquiera me hablaba. Mamá fue quien tomó todas las decisiones en cuanto a mi crianza. Me daba la sensación de que papá nunca se molestaba por mí y que no le interesaba.

Creo que dejó de importarme una mierda cuando tenía cinco años, más o menos.

Lo último que siento ahora mismo es indiferencia. Para ser sincera, me parece que lo odio. En alguna ocasión 2ade había bromeado con que tengo problemas sexoafectivos debido a la relación con mi padre, pero siempre me había parecido que no era así. Sin embargo, ahora no lo niego. Porque en estos momentos lo odio.

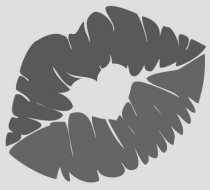
No me deja ver a mamá.

Siempre se la he SUDADO, pero ahora de pronto le preocupa lo que haga con mi vida. Ahora le importa que no vaya por el buen camino y tiene los cojones de decir que *él* no me crio así. Él no me crio en NINGÚN SENTIDO.

No servía de nada que llamase, así que hoy he ido a su casa, pero se ha apresurado a cerrar con llave para que no entrara.

Además, ha sido la primera vez que he conducido desde que tuve el accidente de coche, y me he pasado todo el trayecto de vuelta llorando. Me sorprende que no haya tenido otro accidente. Habría sido una putada teniendo en cuenta que le he robado el coche a 2ade.

No estaba preparada para subirme a mi coche
y ver que ya no está la mancha de kétchup.



Capítulo 40

El diamante



—Déjame hablar con ella —le exijo por teléfono, pasándome una mano temblorosa por el pelo.

—Addie, estoy cansado de tener esta conversación. Lo mejor es que por ahora le des un poco de espacio a tu madre —responde papá, que suena agotado.

—¡Pues dejemos de tener siempre la misma conversación! —grito.

Hace un solo puto minuto que estamos hablando, y es culpa suya porque se niega a pasarle el teléfono a mamá. Lo he intentado cada día desde que están en casa, pero mi padre no cede. Incluso fui yo misma en coche, pero no me permitió entrar.

Teddy la tuvo en su casa durante más de una semana para vigilarla de cerca mientras poco a poco recuperaba la salud.

Estuvo inconsciente prácticamente todo el tiempo. Se despertó algunas pocas veces, pero me parece que no recuerda mucho de esos ratos. En general, estaba muy confundida y desorientada, y bastante dolorida.

Papá, Zade y yo estuvimos a su lado toda la semana, mientras que Sibby se fue a casa con sus secuaces. Tardaron cuatro horas en volver a aparecer, y en cuanto llegaron la chica volvió a ser la de siempre. Estoy segura de que tuvieron muchas orgías cuando Zade y yo no estábamos en casa.

Cuando a Teddy le pareció que mamá ya estaba estable y podía continuar la recuperación en casa, Zade nos llevó a los cuatro en coche hasta allí. Su equipo se había encargado de los cuerpos e incluso habían restaurado la vivienda para que quedara como antes. Me parece que papá estaba un poco aturdido cuando entró, porque parecía que no hubiese pasado nada.

Dejó que Zade y yo lo ayudáramos a acomodar a mamá en la cama y luego enseguida nos echó. Eso fue hace cinco días y todavía no me deja ni verla ni hablar con ella.

Lo único que me alivia es que a Daya sí que le permite entrar; supongo que debe de pensar que mi amiga no tiene nada que ver con mi vida de criminal o algo así. Pero ahora ya no estoy segura de que siga permitiéndole ir.

—¿Por qué? ¿Lo ha dicho ella misma o eres tú quien está tomando la decisión?

—Yo sé qué es lo que le conviene a mi esposa, joder —me espeta, cada vez más enfadado.

Pero no me encojo como habría hecho antes. Le dije a mamá que esa versión de mí misma ya no existía, y es la verdad.

—O sea, que lo que estás diciendo es que yo no soy buena para mamá —concluyo, con la voz temblándome por la rabia. Aprieto el puño y casi se apodera de mí la necesidad de estamparlo contra la pared.

—Tu novio y tú —me corrige papá—. He accedido a no ir a la policía por todo este tema, pero eso no significa que os permita formar parte de la vida de Serena si esto es lo que ocurrirá. Si quieres irte a la mierda y convertirte en una criminal, muy bien, pero no nos involucres a nosotros.

Cuando la llamada se corta un segundo más tarde, estallo. Suelto un grito de frustración y arrojo el teléfono al otro lado de la habitación justo cuando Zade cruza la puerta.

Se queda inmóvil y sigue con la mirada el teléfono hasta que impacta contra la pared de piedra y cae al suelo hecho añicos.

—¿Quieres que secuestre a tu madre? —se ofrece.

Giro la cabeza hacia él con un gesto brusco y mi ira se intensifica.

—No me deja verla porque dice que somos unos criminales, y tu solución es… ¿cometer otro crimen?

—Bueno, visto así…

Gruño, le doy la espalda y me acerco al balcón con grandes zancadas. Necesito espacio.

El cálido viento me despeina en cuanto piso el balcón, y varios mechones se me arremolinan en la cara. No hace más que personificar cómo me siento: como Medusa con una corona de serpientes enfurecidas.

No es justo, pero cada vez me resulta más y más difícil mirar a Zade y no culparlo a él también. Estoy empezando a volver a esa amargura, a esa parte de mí misma que estaba llena de odio y convencida de que mi vida no sería un puto desastre si Zade no hubiese aparecido de golpe y hubiese arrasado con todo.

Y, al igual que Medusa, quiero castigar a todos los demás como represalia de que me acusen erróneamente.

Siento a Zade a mis espaldas antes de oírlo. Siempre se mueve en silencio, siempre se me acerca con sigilo.

—Tu padre se está comportando como un gilipollas, Addie, pero tu madre se recuperará y entonces él no podrá mantenerla alejada de ti —me asegura Zade con voz tranquila.

¿Y si para entonces papá ha conseguido comerle la cabeza? ¿Y si la convence de que soy mala para ella y mamá decide que, después de todo, no soy digna de su amor?

Y se sentirán así mientras esté con Zade. Siempre lo verán como una mala decisión. Mientras tenga una relación con Zade, no me permitirán formar parte de sus vidas.

Justo cuando tenía la oportunidad de forjar una relación de verdad con mi madre, me la arrebatan. Es como si toda mi infancia estuviera condensada en un día y me estuvieran obligando a revivirlo.

—Quizá tendrías que irte —murmuro.

Pasan unos instantes antes de que responda.

—¿Me lo puedes repetir, ratoncita? —dice arrastrando las palabras.

Contraigo la mandíbula.

—Tienes que irte —gruño.

Le dije a mi madre que Zade siempre me querría pasara lo que pasase, pero ese amor es precisamente lo que estuvo a punto de provocarle la muerte. Lo dijo él mismo: Claire va detrás de mí con tanta ansia por él. Por lo que significo para él.

Me costó aceptar su amor, pero aprendí a asimilarlo cuando yo era la única que estaba en peligro. Ahora ya no sé si es así. Puede que mis padres sean unos gilipollas, pero ¿vale la pena sacrificar sus vidas por esto?

Mantengo la vista clavada en el agua reluciente bajo el sol de la tarde, pero su silencio es tan intenso que me invade los cinco sentidos. Los seis, a decir verdad. Porque siento su rabia.

—Te crees que así solucionarás todos tus problemas, ¿verdad? —dice con una risita, y me giro de golpe hacia él.

—Quizá. Tú podrás matar a Claire y a todos sus hombres, y yo al fin podré vivir tranquila.

Arquea una ceja. Sus ojos nunca le habían sentado tan bien como en este momento: uno gélido y el otro lleno de oscuridad; dos lados peligrosos de Zade que se reflejan en mí.

—Otra vez lo mismo, Adeline.

Retrocedo un paso.

—¿Y qué? ¿Estás enfadado porque no puedes obligarme a obsesionarme contigo hasta el punto de que necesite que estés a mi lado cada puto segundo de cada día? ¿O porque no puedes…?

—¿Qué, nena? ¿Qué es lo que no puedo hacer? ¿Hacer que me quieras? ¿Que te preocupes por mí? ¿O es que acaso te hago sentir todas esas emociones que no te quieres permitir?

Se me acerca a la cara. La ira le estrecha las cicatrices y amplifica la oscuridad gélida de sus ojos yin yang.

¿Alguna vez has estado cara a cara con un oso enfurecido? ¿Has mirado a los ojos a una bestia furibunda? La mayoría de la gente no vive para contarlo.

—¿Te piensas que me voy a creer tus mentirijillas? Ni que tuviera un solo gramo de inseguridad en el cuerpo —añade con una carcajada, lo cual me pone de los nervios.

Noto que me sonrojo a la vez que se me oscurece la mirada. Se está riendo de mí, y quiero hacerle daño. No con los puños, sino con las palabras. Quiero que me odie para que así entienda lo que se siente cuando odias profundamente a alguien pero a la vez lo deseas.

Por una vez, quiero que él sienta lo que yo experimenté cuando entró en mi vida a la fuerza.

—No, pero te joderá cuando descubras que todos tus esfuerzos han sido en vano. —Saboreo mi primera gota de victoria al ver que su sonrisa pierde fuerza. Doy un paso hacia él, disfrutando de que se tense—. Todo el tiempo que has dedicado, todas las veces que has usado mi cuerpo en contra de mí y en nombre del amor, para que al final no consigas hacer que te quiera lo más mínimo.

Esta vez, cuando sonríe, no hay ni una pizca de diversión. Es el gesto feroz de un hombre que tiene una soga alrededor del cuello y debe enfrentarse a la decisión de colgarse él solo y salvar a su amada del mismo destino o bien mandarla a ella a la horca en su lugar.

¿Contratacará para protegerse a sí mismo? ¿O se quedará aquí plantado y se limitará a recibir el impacto?

—Ah, ¿sí? —me reta—. ¿Y lo de declarar tu amor por mí y suplicarme que te grabara una rosa en el pecho fue para divertirte un poco? —Se me constriñen los pulmones cuando me muestra los dientes—. ¿Se te da tan bien escribir libros que ya no eres capaz de discernir entre la realidad y tu imaginación?

Entorno los ojos.

—El síndrome de Estocolmo es real —afirmo—. Es una reacción humana cuando te sientes amenazado constantemente. Tiene sentido que engañes a tu cerebro para creer que quieres a esa persona. Aunque solo sea para que te resulte más fácil tolerarla.

Vuelve a arquear una ceja. No parece muy impresionado por mis palabras, y su actitud es tan arrolladora como siempre.

—¿Te hace sentir bien? ¿Te hace sentir bien que me castigues por algo que está haciendo tu padre? —Su voz no es más que un susurro grave, y esa pequeña gota de victoria se convierte en una piscina y luego en una riada cuando el dolor le atraviesa la mirada.

«¿Ya me odia? ¿Se da cuenta de cómo se siente el amor de verdad?».

No puedes querer de verdad a alguien si nunca lo has odiado. Son los dos lados de una espada de doble filo, y ambos provocan cortes muy profundos.

—Lo que siento es que por fin me estoy liberando —espeto.

Asiente con lentitud mientras su mirada penetrante me evalúa.

—Y dices que no tienes problemas por la relación con tu padre —comenta divertido, y da unos pasos para alejarse de mí.

Me da un vuelco el corazón al ver que se aparta.

La riada de victoria ahora me azota entera, y cuando el agua retrocede empiezo a sentir las ramificaciones.

Zade retrocede un paso más y gira el cuerpo hacia las puertas del balcón. Se ha formado un cráter que está llenándose con el océano que nos divide. Es gracioso que ahora sea cuando me he sentido más lejos de él, incluso más que cuando nos separaban cientos de kilómetros.

En mi interior germina una semilla de pánico, pero tal vez solo sea la adrenalina. Porque, por cómo me mira Zade en estos instantes, parece que vaya a decidir salvarse a sí mismo.

Contratacará y dejará que sea yo la que se ahorque.

—Pues sé libre, nena, por favor. Demuéstrame hasta dónde puedes llegar antes de darte cuenta de que lo único que estás haciendo es huir de ti misma. ¿Cuánto aguantarás, teniendo en cuenta que yo poseo todo lo que te da vida?

Se me encoge el pecho, pero suelto una carcajada, riéndome de él igual que él hace conmigo.

—Lo único que tú posees es un demonio en tu interior.

Me ignora.

—Tu corazón, tu alma e incluso tus alientos. Corre, ratoncita. Esta vez no te perseguirá nadie.

Sus últimas palabras me hacen sofocarme, y entonces sale de mi habitación y cierra la puerta con suavidad detrás de él.

«Mierda». Inhalo con brusquedad, pero mis pulmones se niegan a funcionar. «Mierda, mierda, mierda».

Me giro y me esfuerzo por continuar respirando, pero es como si mis pulmones se estuvieran constriñendo aún más, hasta que quedan reducidos a unos minúsculos cables metálicos que me atraviesan por dentro con cada inhalación.

«Basta, Addie. Has tomado la decisión correcta».

¿Seguro?

«Estás protegiendo a tu familia».

Entonces ¿por qué me da la sensación de que he enajenado a mi alma de mi cuerpo? La he echado a la fuerza como si no encajara.

«No necesitas a Zade para sobrevivir, Addie».

No, no lo necesito. Quedó demostrado durante los meses en los que me vi obligada a no hacer nada más que sobrevivir. Puedo vivir sin Zade.

Pero eso no significa que no vaya a doler de cojones. Eso no significa que no vaya a faltarme una parte enorme de mí misma. Es como perder una extremidad; siempre sentiré a Zade aunque ya no forme parte de mí. ¿Eso implica que soy una persona débil? ¿Que dependo de él?

O quizá solo soy una persona que está locamente enamorada.

«Mierda».

Me paseo por el balcón mientras el pánico impide a mi cuerpo funcionar como debería. Voy arriba y abajo gritándome a mí misma que corra a buscarlo, pero el miedo me obliga a dar la vuelta y quedarme donde estoy.

Zade podría rechazarme. He sido insensible y una auténtica gilipollas cuando él ha desmenuzado el mundo entero para recuperarme. ¿Y yo qué he hecho? Alejarlo de mí.

Joder. He pasado de culparme a mí misma a culpar a la única persona que lo ha hecho todo por mí.

Me quedo congelada durante un instante y entonces me dejo caer hasta que estoy hecha una bolita, como si me hubiera atropellado un camión.

—Coño, Addie, eres una idiota —me gruño a mí misma.

Si no fuera por Zade, habrían secuestrado a mis padres y lo más probable es que los hubieran torturado. Zade sabía que Claire iba a hacer algo, se preocupó de confirmar que estuvieran bien, nos despertó y fuimos juntos hasta allí antes de que pudieran llevárselos. Quién sabe lo que Claire les habría hecho. No me creo ni por un instante que no hubiesen sufrido ningún daño.

Joder, Zade los salvó, igual que me ha salvado a mí y a cientos de personas.

Qué idiota he sido.

Al final, mi cuerpo entra en piloto automático y salgo corriendo hacia la puerta. Será como en esas películas románticas tan cursis, me digo a mí misma. Abriré la puerta de golpe y ahí estará él, esperándome al otro lado porque en todo momento ha sabido que iba de farol.

Pero cuando abro la puerta, lista para sincerarme y pedirle perdón, me encuentro que no está. Se ha ido.

Siento que me desinflo, mi esperanza escapa de mí como el helio que escapa de un globo cansado.

No, a la mierda. Lo último que haríamos Zade y yo es protagonizar una de esas comedias románticas.

Salgo de la habitación dando grandes zancadas, recorro el pasillo y me dirijo hacia las escaleras. Mis pies avanzan demasiado rápido y, con las prisas, casi me caigo de cabeza contra las baldosas a cuadros, pero la barandilla me salva por los pelos. Me quedo a un par de centímetros de tener que enfrentarme a Zade con los incisivos rotos, lo cual habría sido vergonzoso.

Como una especie de karma instantáneo al que solo podría condenarme Dios.

La puerta de entrada hace un ruido molesto al chocar contra el tope del suelo y salgo disparada hacia el porche antes de que la puerta de madera, que debe de pesar más que yo, rebote y se me lleve por delante.

Ahí. Logro ver un refilón de su espalda antes de que desaparezca por completo en la espesura del bosque.

—¡Ey! —grito antes de arrancar a correr detrás de él. Me acerco lo suficiente para ver que levanta la barbilla por encima del hombro un segundo y luego él también echa a correr. Se me escapa un grito ahogado por el absoluto descaro de este hombre—. ¡Eh, cabrón!

«Te lo merecías».

—Cállate —me digo a mí misma mientras lo persigo.

Sé que el hecho de que nos hayamos intercambiado los papeles, de que sea yo quien corre tras él, le está produciendo un placer enfermizo.

Me está dando a probar mi propia medicina, y tiene un sabor asqueroso.

He ganado velocidad después de haber estado todos estos meses corriendo, y mi resistencia ha mejorado. Pero todavía no estoy a la altura de Zade. Sus largas piernas avanzan por el terreno boscoso más deprisa que las mías, y me frustro al ver que se ensancha la distancia entre nosotros.

No tarda en esfumarse por completo. Me detengo, jadeando y a punto de ponerme a llorar.

Doy algunas vueltas sobre mí misma, pero enseguida tengo que parar porque lo único que consigo es marearme. Durante varios minutos me dejo embargar por la miseria mientras recupero la respiración. Las lágrimas amenazan con escapar de mis ojos, y la única culpable de todo esto soy yo.

Puede que ahora mismo esté un poco rota, pero eso no justifica la actitud que he tenido con Zade.

Justo cuando doy media vuelta para regresar a Parsons Manor, oigo el crujido de una pequeña rama detrás de mí.

Una siniestra sensación hace que se me ericen los pelos de la nuca y se me revuelva el estómago. No puedo evitar soltar un chillido cuando me giro y me topo con Zade.

La sorpresa me paraliza. Antes de que consiga pronunciar una sola palabra, me agarra por la garganta, me alza y me empotra contra un árbol que hay a mi lado.

Grito desorientada y casi sin aliento; me está arrebatando el oxígeno de los pulmones y aprieta con tanta fuerza que estoy segura de que me romperá el cuello. A pesar de que le clavo las uñas en la mano, él no cede, sino que me levanta aún más. Desesperada, doy algunas patadas al aire y envuelvo las piernas alrededor de su cintura, lo cual me permite arquear la espalda para aliviar un poco la presión.

Mi cuerpo está a punto de ejecutar los movimientos para apartarle la mano de mi cuello, pero entonces me detengo. Sea lo que sea que me quiere decir o hacer, me lo merezco.

La verdad es que no quiero escapar de su agarre.

Zade respira con dificultad, pero, a pesar de la agonía y del pánico, sé que es resultado únicamente de su excitación. Tiene la boca a un par de centímetros de la mía y su aliento mentolado por la pasta de dientes se mezcla con el aroma del cuero y de varias especias, con un rastro de humo; unas embriagantes fragancias que me nublan los sentidos. Aprieta más la mano de forma gradual, y mis instintos se apoderan de mí: forcejeo contra él, pero él se limita a aplicar más presión.

—¿Qué te pasa, nena? ¿No tuviste suficiente con la primera vez y has venido a por más?

Le doy una bofetada. Se me empieza a oscurecer la visión, y no necesito un espejo para confirmar que tengo la cara roja como un tomate y que está a punto de tornarse de color violeta. Al fin afloja los dedos y yo inhalo con voracidad, pero no aparta la mano.

—Imbécil de mierda —consigo decir. Y sí, me doy cuenta de la hipocresía, pero que se joda igualmente.

Apenas me da un instante para respirar antes de amenazar con privarme de aire de nuevo. Esta vez no me agarra con tanta fuerza, sino que me deja un huequecillo en la tráquea para que pueda inhalar.

—Venga, ratoncita, ya sabes que yo solo respondo ante dos nombres —me provoca—. Déjame oírte pronunciar mi nombre. Suena mucho más dulce cuando no puedes respirar.

—Zade —gruño, pero él sacude la cabeza.

—No —dice con la voz envuelta en un veneno dulce, y chasquea la lengua—. Quiero que me llames por mi otro nombre, Adeline.

Los ojos se me llenan de lágrimas de frustración, y una consigue liberarse y rebasar mis pestañas. Él no le quita la vista de encima y esboza una sonrisa salvaje antes de extender la lengua rápido y atrapar la gota de agua salada de mi cara con la punta.

Aprieto los dientes al sentir que me inunda el orgullo, avivado por la rabia hacia este hombre tan insoportable. Cuando Zade y yo estamos felices, es fácil olvidar cuánto disfruta al verme sufrir. Y me pregunto si es por eso por lo que a veces lo ataco sin pensarlo dos veces. Puede que a una parte de mí también le guste que me haga sufrir.

Pasea la punta de la lengua hasta un lateral de mi mejilla y luego hasta la oreja, dejando un rastro húmedo a su paso, y a continuación la sustituye la calidez de unos oscuros susurros sobre mi piel.

—Si me haces repetirlo, te ataré a este árbol hasta que los pajaritos tengan ganas de comer.

—Dios —escupo, con la voz ronca por la presión—. ¿Ya estás contento?

Me muestra los dientes, y es entonces cuando me doy cuenta de que el miedo que me infunde seguramente me devorará viva antes incluso de que los pájaros tengan ocasión de hacerlo.

—Para nada —bufa—. Creo que me gusta mucho la idea de atarte al árbol y dejar que los pájaros se den un festín con esta ratoncita desamparada.

El terror me desciende por la garganta, todavía oprimida, y llega hasta el estómago, donde muta a una sensación embriagadora que arde y arde hasta que se me entrecierran los ojos.

—Pues castígame. Me lo merezco —siseo.

Es más, quiero que lo haga.

Que esté aquí, tocándome, haciéndome daño… es mejor que el hecho de que se convierta en otro fantasma que me acecha en Parsons Manor.

—¿O acaso al gatito le da miedo la ratoncita?

Echa la cabeza hacia atrás y de su garganta emana una carcajada que me da un escalofrío. Ha sido malvada, una carcajada malvada, y mi excitación se dispara.

De pronto me suelta y da un paso hacia atrás, aunque apenas me deja tiempo para recuperarme. En cuanto me incorporo, Zade me alza la barbilla.

—¿Has venido a pedirme perdón?

—Sí —susurro—. Lo…

—Quítate la ropa —me ordena, cortando mi disculpa.

Me trago una réplica, le hago caso y empiezo a quitarme las diferentes prendas que llevo puestas hasta que estoy desnuda. A pesar de que hace calor, sus ojos abrasadores hacen que me estremezca.

Se me endurecen los pezones bajo su mirada, que se pasea por todo mi cuerpo, y se le ensanchan los orificios nasales. Reprimo la necesidad de taparme y me apoyo contra el tronco, lo que me provoca otro escalofrío por el contacto con la corteza del árbol.

Zade se lame los labios y me observa de la misma manera que un águila miraría a un ratón. Con ojos predatorios y llenos de intención. Tomándose su tiempo, sus alargados dedos desabrochan la hebilla del cinturón antes de quitárselo de los tejanos negros con un movimiento brusco.

Se me forma un nudo en la garganta, pero no me molesto en tragármelo porque sé que regresaría enseguida. Sobre todo, en cuanto se me acerca con decisión y se sitúa detrás del árbol. El tronco no es demasiado grande, así que me dispongo a girar la cabeza, pero su mano aparece por detrás de mí y me coge por la mandíbula para obligarme a mirar hacia delante.

—Ojos al frente, Adeline —ordena, desprendiendo un claro tono de advertencia con su voz grave.

Retira la mano, pero el corazón me palpita de forma errática y me da un ataque de hipo. El peso de la anticipación es asfixiante y, cuando por fin alcanzo a ver el cinturón, no puedo evitar encogerme.

Lo envuelve alrededor de mi cuello y del tronco antes de apretarlo. El cuero gruñe por la fuerza y se me abren mucho los ojos cuando se me corta el preciado suministro de aire por tercera vez al abrochar la hebilla. El cabrón ha usado el cinturón para atarme al árbol.

Aparece por detrás de mí y me mira de nuevo con una sonrisita maliciosa observando su obra maestra.

—Estás fatal de la puta cabeza —le digo, pero el cuero se me clava en la piel y me hace toser.

Canturrea mientras me sigue observando.

—Usas palabras bonitas como cuchillos afilados, y me parece que te has encariñado con verme dolido. ¿Acaso te humedecen el coño, nena?

Alzo la barbilla y esta vez decido optar por una ruta alternativa y decir la verdad.

—Sí —admito con tanta firmeza como puedo.

Se me queda mirando. Sus ojos desiguales son tan intensos como el frío viento que me azota el cuerpo. La pálida cicatriz que le atraviesa el ojo blanco destaca con orgullo en contraste con la suavidad del resto de su cara.

Me duele verlo.

Zade entrecierra los ojos y se me acerca hasta que percibo el dichoso calor que emana su cuerpo.

—No lo he dicho en serio —susurro antes de que él pueda pronunciar las palabras que descansan en su lengua—. Lo siento.

Hace una pausa, y mi inquietud aumenta a medida que su mirada se intensifica.

—Yo siempre te he dado la verdad, y tú continúas dándome mentiras. ¿Acaso se trata de otro intento de atraerme a ti para luego volver a echarme a patadas?

Trago saliva. Tengo la garganta más seca que el tronco que se me clava en la espalda.

—No —respondo con voz ronca, y me tiembla el labio por la vergüenza que me arde en los ojos—. Tienes razón. Yo… No hay ninguna excusa que pueda justificar lo que he dicho. No

quiero que te vayas. Y te quiero de verdad.

—Eso dices —murmura ladeando la cabeza—, pero has intentado retirarlo. Me diste algo muy valioso y luego has intentado quitármelo a la fuerza.

Sacudo la cabeza. La desesperación me forma un nudo en la garganta.

—No volveré a hacerlo jamás —le juro, y otra lágrima me rueda por la cara quemándome la mejilla fría. Le llama la atención a Zade y veo que la sigue con la mirada hasta que llega a la barbilla y cae.

Cuando vuelve a mirarme, me doy cuenta de que no se trata solo de un castigo. Será una prueba de mi amor. Para demostrarle que le digo la verdad.

—Me hiciste esos cortes porque sabes que estaré encantado de sangrar por ti. Ahora quiero que tú sangres por mí.

Abro la boca para rebatir que ya lo he hecho, pero antes de que pueda decir nada se inclina hacia delante y coge una rama alargada y torcida que hay en el suelo y aprieta el puño alrededor de ella. Las palabras que estuviera a punto de decir retroceden de golpe hasta mi garganta y se me encoge el corazón.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto, dubitativa, mientras observo la rama como si fuese una pistola.

De hecho, puestos a escoger, preferiría la pistola. Ya sobreviví a eso en una ocasión.

A modo de respuesta, tira el brazo hacia atrás para coger impulso y me golpea en el muslo con la rama. Durante un instante de felicidad, estoy demasiado aturdida como para sentir nada, pero entonces me invade un dolor preciso y agudo y lo único que puedo hacer es soltar un grito ahogado. Incrédula, bajo la mirada hacia mi muslo, donde empieza a asomar una rojez furiosa.

Me cuesta respirar mientras observo que un hilo de sangre desciende por mi pierna desde la herida.

Alzo la vista hacia él con los labios entreabiertos, los ojos como platos y una expresión de desconcierto absoluto en la cara.

—Joder, me has azotado —gruño, incapaz de decir nada más allá de esta obviedad.

Se pone de cuclillas y estudia de cerca el hilito de sangre que me tiñe la piel. Cuando levanta la mano y me acaricia la herida con la yema de los dedos, respondo con un bufido.

Me mira a través de sus pestañas gruesas y negras. Si no estuviera atada a un árbol, me derrumbaría por la intensidad pura de su rostro.

—¿No estás dispuesta a sangrar por mí?

Me muerdo el labio, que no para de temblarme. Le he hecho un corte muy profundo, una herida invisible que le dejará una cicatriz tan permanente como las marcas que tiene en el cuerpo. A veces me pierdo tanto en mis propios pensamientos que me olvido de que Zade quiere con mucha intensidad.

—Recé para no darte jamás mi corazón —susurro—. Pero tú siempre has sido un dios, y no era consciente de que mis súplicas iban directamente a tus manos. Y nunca recibían respuesta.

Al verlo ahora, arrodillado ante mí, entiendo por qué. El día que le entregué mi amor fue la primera vez que un dios cayó de rodillas, agachó la cabeza y rezó. Rezó porque yo le había dado la única cosa que no podría controlar jamás y que no quería perder nunca.

Se me nubla la visión y me esfuerzo por mantener las lágrimas a raya.

—Sangraré por ti, Zade. Siempre sangraré por ti.

Se le cierran los ojos y baja la cabeza antes de que pueda descifrar la emoción que se refleja en su mirada.

Se levanta con lentitud. Cuando alza los párpados, lo único que veo es mi propio reflejo. Me intento preparar para lo que vendrá a continuación, pero nada podría prepararme para el relámpago que me atraviesa la piel cuando la rama impacta contra mi estómago.

Respiro hondo para superar el dolor.

—Déjame ver tus cicatrices —le suplico.

Me sorprende que me conceda este pequeño favor, y se quita la sudadera por la cabeza.

Absorbo su torso desnudo y suelto una exhalación temblorosa. El punto donde me ha azotado coincide casi a la perfección con el lugar donde él tiene una cicatriz en el estómago. A pesar de la visión borrosa, veo que vuelve a blandir el brazo para azotarme de nuevo, esta vez imitando la herida que tiene en el pecho, y me reabre la rosa, que todavía no se había curado.

Le pedí que me grabara esa rosa en la piel porque quería experimentar el dolor que sufrimos juntos. Cuando vuelve a azotarme, replicando otra de sus cicatrices, me doy cuenta de que me está dando su dolor, lo está compartiendo conmigo.

El escozor de cada herida trasciende de forma incesante hasta que siento la agonía de cada impacto en el ápice de mis muslos. La sangre me cubre el cuerpo y me pinta la piel con un mosaico de dolor y placer. Con cada impacto me palpita el clítoris, me humedezco más y siento que me sube la temperatura. Cuando suelta la rama, estoy jadeando y las piernas me tiemblan y amenazan con ceder bajo mi peso.

Su pecho también sube y baja, y sus tejanos de tiro bajo no hacen más que definir lo duro que está.

Un rugido grave escapa de su garganta mientras su mirada devora la obra de arte que ha creado en mi cuerpo. Mi piel es el lienzo donde puede liberar su dolor, y estoy encantada de aceptar cada uno de sus azotes enfurecidos.

—Lo único que he deseado siempre es quererte. Pero me parece que odiarte sabe igual de agridulce.

—Por favor —gimoteo, incapaz de pronunciar nada más.

Un instante más tarde estoy entre sus brazos y el cinturón alrededor de mi cuello me roba la respiración. Pero me da igual, apenas me doy cuenta, porque lo único que siento es el roce de su piel contra la mía. Coge el cinturón y me levanta más entre sus brazos, haciendo que la correa de cuero se alce conmigo para acomodar esta nueva posición. Mis piernas se envuelven con fuerza alrededor de su cintura y hago girar las caderas. Sentir su dureza frotándose contra mi coño me

provoca un escalofrío, y la rugosidad de sus tejanos intensifica el placer.

Sus manos se pasean por las marcas, lo cual me hace bufar con brusquedad, pero sus labios enseguida engullen el sonido. Arqueo la espalda y una felicidad pura me recorre toda la columna mientras Zade me devora. Su lengua delinea el borde de mis labios antes de abrirse paso para explorar mi boca a la vez que sus manos estudian mi cuerpo.

Cada roce me duele, aunque también alimenta el fuego cada vez más intenso que arde bajo mi piel. Estiro de sus tejanos desesperada, pero la cremallera apenas cede. Sin embargo, instantes después su polla se libera de la tela que la retenía.

Envuelvo una mano alrededor de toda su longitud, lo cual le provoca un estremecimiento que no tiene nada que ver con el viento que sigue azotando Seattle. Zade tiene la piel caliente y, joder, está tan duro que no puedo evitar inquietarme por un momento.

Pero al dios oscuro le da igual que yo flaquee. Me coge por la parte trasera de las rodillas y me obliga a abrirme de piernas, liberándose de mi agarre. Se arrodilla ante mí de nuevo, se coloca mis piernas encima de los hombros y lleva la boca a la cara interior de mi muslo.

Reprimo una exclamación al sentir sus labios cerca de una de las rojeces, y un intenso dolor estalla en mí cuando sus dientes se me clavan en la piel. Un hilo de sangre desciende entre sus dientes, y a mí se me escapa un grito por la agonía que me sobrecoge.

Cuando al fin me suelta, ha dejado un mordisco impecable al lado de la rojez, acompañado de unos puntitos de su saliva.

—Me parece que podría comerte viva, Adeline. Podría consumir hasta el último pedazo de ti mientras tú chillas debajo de mí. Y me continuarías torturando incluso cuando pasaras a mejor vida. Me moriría de inanición porque nada podría compararse contigo.

—Nunca podrás vivir sin mí, Zade —digo con la respiración pesada—. Si tú eres mi muerte, entonces yo soy tu puto salvavidas.

Sonríe divertido. Sus peligrosos labios ladeados me recorren la pantorrilla acercándose a mi coño dolorido. Estoy empapada, y el más mínimo contacto de su lengua me hará levitar.

—Así es. Eres lo único que necesito para sobrevivir. Te seguiré hasta el más allá, ratoncita. Y entonces, ¿cómo escaparás de mí? No tendrás adónde huir cuando te arrastre hasta el infierno.

Su boca se cierra sobre mi clítoris antes de que pueda pensar una respuesta, y se me echa la cabeza hacia atrás por la explosión de placer que estalla bajo su habilidosa lengua.

Grito y se me ponen los ojos en blanco mientras él trabaja con una gran precisión. Es como si yo no fuera más que un violín que canta por él cuando me toca de este modo.

Los fuertes gemidos que me provoca Zade podrían considerarse una obra de arte.

Tal como me ha prometido, me devora. Muerde y succiona hasta que le ruego que tenga piedad conmigo, y entonces me lame hasta que en mi lengua no existe ninguna palabra salvo su nombre.

Mis muslos se contraen alrededor de su cabeza mientras me sacudo contra él sin pensar. Estoy escalando una montaña, y cuanto más subo, más me cuesta respirar. Es un truco muy sucio:

engañarme para atraerme al peligro. En cuanto llegue a la cima, no me quedará aire, y el ascenso habrá sido para llegar solo al cielo.

Sus manos rozan mis muslos maltrechos, manchando de carmesí mi piel y reavivando ese fuerte dolor.

Al embestir contra mí, hace que mi cuerpo caiga en picado desde lo alto de la montaña y que mi alma descienda hasta el paraíso. Un grito ronco y fatigado se abre camino en mi garganta, aún oprimida, mientras me froto contra él, atrapándolo entre mis muslos y privándolo de oxígeno.

Zade me separa las piernas, me coge por debajo de las rodillas y me levanta unos centímetros más a la vez que se pone de pie, lo cual alivia un poco la presión sobre mi cuello, y tengo que apoyar las manos en sus anchos hombros para mantener el equilibrio.

Mi excitación brilla en sus amplios labios, su barbilla y su alargado cuello. Zade saca la lengua con lentitud y la saborea como si fuese un hombre pobre probando una comida exquisita por primera vez en la vida.

Complacido por el sabor de mi cuerpo, emite un gemido de aprobación. Se me encoge el estómago en respuesta a su mirada, que roza la locura.

Zade amolda su cálido cuerpo contra mí y me provoca un escalofrío al notar su piel presionada contra la mía. Jamás podría negar lo bien que me hace sentir Zade, ni siquiera cuando estaba desesperada por hacerlo.

—Envuélveme con las piernas —me ordena con brusquedad en voz baja.

Aparta los brazos de debajo de mis muslos y los envuelvo con fuerza alrededor de su cintura. Entonces Zade desliza una mano por la cara externa de mi pantorrilla mientras pone la otra en el árbol, junto a mi rostro, para aguantar nuestro peso. Tiene la cabeza agachada y me acaricia el cuello con la nariz.

—Soy demasiado adicto a ti como para dejarte ir —murmura, y se me cierran los ojos a la vez que otra oleada de alivio impacta de lleno en mi corazón—. Pero no sé cómo hacer que te quedes —continúa, esta vez con un tono de voz más oscuro.

Se me frunce el ceño al percibir un peligro inminente en el horizonte.

—Haré…

Alza la barbilla hasta que su boca queda a la altura de mi oreja.

—No te creo —me corta con un susurro.

Me dijo lo mismo hace apenas un par de semanas, y entonces le pedí que me grabara una rosa en el pecho para demostrar mi amor. Pero ahora he intentado retirarlo, y no sé cómo voy a demostrarle de nuevo que lo digo de verdad.

El corazón me palpita con fuerza mientras me esfuerzo por encontrar una manera de convencerlo. No es que tenga un historial maravilloso, ya lo sé. Siempre me ha resultado muy fácil apartar a Zade y huir de él.

Demasiado fácil, la verdad. Pero dejar que se escabulla entre mis dedos… Eso es algo que nunca he conseguido hacer.

—Ya sabía que me harías esto, ratoncita. Siempre he sabido que pasaría —dice con suavidad.

Toda yo estoy confundida, y el corazón me late a mil por hora despavorido.

—¿Qué…? —empiezo, pero, antes de que pueda terminar, Zade rota mis caderas lo suficiente para bajarme con fuerza sobre su polla a la vez que él empuja hacia mí.

Por muy cachonda que esté, nunca es suficiente para prepararme ante sus dimensiones. Arqueo la espalda, pero el cinturón de cuero me retiene por el cuello a la vez que escapa de mí un chillido oprimido, que enseguida desaparece con el viento.

Zade echa la cabeza hacia atrás. Un gruñido grave empieza a tomar forma en su pecho, y me presiona más aún contra el árbol, aferrándose a mis caderas con tanta fuerza que seguro que me dejará un moratón. Hunde la polla dentro de mí, incesante, hasta que ya no me cabe más.

Suelto otro chillido ahogado por todas las sensaciones que nacen del punto donde estamos conectados y me recorren todo el cuerpo. La áspera corteza se me clava en la piel, pero apenas me percato de ello porque Zade está invadiendo mi cuerpo concienzudamente.

La mano que me sujetaba la cadera sube hasta mi estómago y me clava los dedos en la piel.

—Si tu vientre estuviera hinchado porque llevaras a mi hijo, ¿te quedarías? —pregunta con un tono de voz siniestro, y lo acompaña de un gruñido como si tal pensamiento lo llenara de felicidad.

Se me entreabren los labios. Mi atención está dividida entre sus palabras casi amenazantes y la manera en que se mueve dentro de mí.

—Ah. —Mi intento de respuesta parece más bien un gemido—. ¿Tal vez algún día? —consigo decir, medio tosiendo porque el cinturón me aprieta la tráquea.

Sale de mí casi del todo, dejando solo la punta, y luego vuelve a entrar hasta el fondo a la vez que menea la pelvis contra mí. Me ahogo, apenas puedo evitar poner los ojos en blanco de lo llena que me siento.

Un aliento cálido me acaricia la oreja, como si fuese una advertencia.

—No te estaba pidiendo permiso, nena. ¿Te quedarías o huirías con mi hijo?

Estoy tan confundida por la clase de preguntas que me está haciendo que tardo unos instantes en digerir sus palabras, y al entender lo que me está diciendo me da un vuelco el corazón y tengo que reprimir un grito ahogado tanto por lo que está implicando como por sus movimientos contra mí. Con la pelvis me está estimulando el clítoris en el punto exacto.

—Tú… Tengo un diu —digo. Sería difícil que pudiera manipularlo, a no ser que me lo quitara físicamente del interior de mi cuerpo.

—¿Estás segura? —murmura con un tono de voz grave, como si me retara. Su entonación sugiere que él sabe la respuesta a esa pregunta mejor que yo misma.

Mis uñas se hunden en sus hombros y, cuando empiezo a procesarlo, lo empujo para apartarlo de mí. Por supuesto, él se resiste; es como una fortaleza de acero que ni siquiera una bomba nuclear podría derrumbar.

—No puedes haberlo hecho —le espeto.

—A veces duermes muy profundamente —responde, empujando más aún dentro de mí mientras yo intento quitármelo de encima. Vuelve a salir antes de embestir contra mí de nuevo, lo cual me provoca una especie de gemido mezclado con un grito furioso.

—Zade —le advierto con voz temblorosa.

Gruñe contra mi piel a la vez que me folla sin darme un respiro.

—¿Hará que te quedes? —insiste.

Giro la cabeza hacia él y lo fulmino con la mirada, a pesar del ciclón de placer que se arremolina en lo más profundo de mi estómago. Al ver mi expresión, el muy cabrón tiene la osadía de sonreír.

—No me estás preguntando si un bebé me haría quedarme. Me estás preguntando si me quedaría en el caso de que me dejaras preñada contra mi voluntad —escupo.

La mano que apoyaba nuestro peso contra el árbol se desliza hasta situarse sobre el cinturón, de modo que lo aprieta más y me priva de oxígeno.

Me estoy ahogando, pero Zade no cede. Tiene una mirada salvaje, y en este momento me pregunto cómo es posible que mis palabras le hayan afectado tanto.

A veces hace unas cosas horribles, pero aquí estoy, con las piernas envueltas alrededor de él a pesar de que me está amenazando.

—¿Todavía soy digno de amor, ratoncita? —pregunta entre dientes.

Intento tragar saliva, pero se me queda atascada en la garganta.

Joder, este cabronazo a veces saca lo peor de sí mismo. Y lo hace sin ninguna pizca de remordimiento, exhibiendo sus partes más siniestras sobre una bandeja de plata, como retándome para ver si las acepto o no.

La oscuridad empieza a apoderarse de los bordes de mi visión, pero le doy la verdad. Asiento como respuesta a sus dos preguntas. Es digno de amor. Y me quedaría.

Suaviza el agarre del cinturón y toso, desesperada por inspirar, aunque no sirve de nada. Todo el oxígeno que pudiera haber retenido en los pulmones escapa de golpe cuando Zade acelera el ritmo. A la vez, la mano que tenía sobre mi estómago desciende hasta que su pulgar llega a mi clítoris y empieza a trazar círculos alrededor del pequeño nudo de nervios hasta que pongo los ojos en blanco.

No estoy preparada para tener hijos. Nunca he estado preparada para nada de lo que Zade me ha hecho vivir. Pero eso no impide que mi cuerpo se encuentre a medio camino con sus embistes a medida que se me va formando un orgasmo en el vientre bajo.

—Nunca podrás escapar de mí, ratoncita. ¿Te crees que alguien podría hacer gritar a tu coño igual que yo?

Entonces rota ligeramente las caderas y consigue darme en un punto exacto que hace que me contraiga a su alrededor. Sacudo la cabeza, incapaz de hablar. Ahora mismo lo único que puedo hacer es aferrarme a él, clavarle las uñas en la espalda hasta provocarle unos cortes profundos y rojos como los que él me ha hecho a mí.

—Te reto, Adeline —dice rechinando los dientes a la vez que un gruñido escapa de las profundidades de su pecho—. Dime que no es verdad que mi nombre está grabado en cada una de las estrellas que ves cuando hago que te corras, y te demostraré que un dios puede crearlas o destruirlas con la misma facilidad.

Se me aprieta aún más el nudo que siento en el estómago, hasta que está a punto de petar, y mis gemidos se convierten en gritos roncos mientras me folla con brutalidad contra el árbol y continúa dibujando círculos alrededor de mi clítoris con el pulgar. El cinturón se me clava en el cuello y me contrae la tráquea lo suficiente para hacer que me suba una gran cantidad de sangre a la cara.

—Solo tú —balbuceo, pero las palabras se pierden en los sonidos de placer que se abren paso entre mis labios.

—Así es, Adeline. Y ahora acepta mi semen como una niña buena.

Arqueo la espalda y estallo con un fuerte grito por la potencia del orgasmo que me recorre entera. Noto que me contraigo alrededor de él mientras su polla continúa empujando en mi coño con una intensidad que compite con el placer que me consume.

Mi visión se apaga como el sol detrás de la luna en un eclipse solar. Su oscuridad devora mi luz, y decido que estoy bien viviendo en las sombras.

Su mano impacta junto a mi cabeza y, con un embiste final y un gruñido, explota. Frota la cadera contra la mía y se vacía en mi interior a la vez que maldice entre dientes hasta que ha exprimido hasta la última gota.

Pasan varios minutos antes de que ambos volvamos a la realidad poco a poco y recuperemos la respiración. Bueno, él recupera la respiración. A mí todavía me cuesta respirar con el cinturón alrededor del cuello.

Sonríe al percatarse de lo roja que tengo la cara, que me arde bajo su mirada. Zade estira los brazos y desabrocha la hebilla, y un segundo más tarde el cinturón cae al suelo.

Se me marcan las costillas en la piel de lo fuerte que inhalo. Es como la primera bocanada de aire después de quedar atrapada bajo el agua.

Precisamente así es como describí el amor de Zade en una ocasión, y nunca me había parecido más cierto que ahora.

Todavía estoy inhalando el preciado oxígeno cuando me coge por la mandíbula y me obliga a mirarlo.

—Nunca más, Addie. Podía entender que me apartaras de tu vida cuando todavía estabas descubriendo lo que sentías por mí, pero ya no. Esta ha sido la última vez. ¿Lo entiendes?

Asiento, y la vergüenza se prende de nuevo en mi interior.

—Sí, nunca más. Lo siento —consigo decir, y envuelvo los brazos alrededor de su cuello con fuerza—. Pero espero que sepas que siempre huiré de ti. Me gusta que me persigas.

Se muerde el labio y se le enciende una llamarada en los ojos. Se inclina hacia delante y le doy un beso suave con la esperanza de que entienda que lo digo de verdad.

Su mano se hunde en mi pelo, amplificando la dulzura a algo más salvaje. Pero enseguida empieza a apartarse. Lo persigo y consigo robarle otro beso antes de que me deje en el suelo, y permite que me apoye en él mientras mis piernas, que tiemblan incontrolablemente, se acostumbran a soportar el peso de mi cuerpo de nuevo. Estoy convencida de que al imbécil de Zade se le está volviendo a inflar el ego.

—¿Necesitas una silla de ruedas, nena?

—No —balbuceo con un resuello, ofendida—. Solo me noto las piernas cansadas porque me has hecho correr.

Ríe por debajo de la nariz, consciente de que no hay ni una pizca de verdad en esa frase. Pero le devuelvo la sonrisa y entonces me doy cuenta de que la risa de Zade me gusta tanto como sus castigos.

—¿Cómo te sentirás cuando estés embarazada de nueve meses y te esté persiguiendo?

Frunzo los labios, pero unos instantes después esbozo una sonrisa victoriosa cuando me doy cuenta de que ni siquiera estoy ovulando. Cuando se lo hago saber, él se limita a dedicarme una sonrisita de superioridad.

—No te he sacado el diu —dice agachándose para recoger nuestra ropa.

Me quedo boquiabierta.

—Pues ¿a qué coño ha venido todo eso?

Sin dejar de sonreír, se encoge de hombros y se pone los tejanos. Le echa un vistazo al móvil antes de volver a guardarlo.

—A ver, no me malinterpretes, estoy aliviada. Pero, joder, ¿qué ha sido eso, Zade?

—Tenía que asegurarme de que estás conmigo al cien por cien. Un hijo es lo único que te ataría a mí de forma permanente. Como mínimo, desde un punto de vista legal. Desde un punto de vista ético… Bueno, siempre estaré en tu vida, lo sepas o no.

Sacudo la cabeza y me subo los tejanos. La aspereza de la tela me hace daño al rozarme las rojeces que tengo en las piernas, y la camisa no me resulta mucho más agradable.

—Lo que tú digas —murmuro—. Eres un cabrón.

Se ríe de nuevo, aceptando mi afirmación sin ninguna vergüenza. Se gira para dirigirse hacia Parsons Manor, pero lo cojo de la mano para que se vuelva hacia mí.

—Basta de mentiras —digo—. Por parte de los dos.

—Cariño, yo no he dicho ninguna mentira. En ningún momento he dicho que te hubiera sacado el diu.

—Pero me has hecho creer que era así —argumento.

Me dedica una media sonrisa cruel.

—Cuando te deje embarazada de verdad, lo sabrás —me promete, aunque suena como otra amenaza—. Verás con tus propios ojos cómo te saco el diu yo mismo.

Eso… curiosamente me hace sentir mejor.

Tengo que ir al psicólogo.

Suspiro.

—Siempre serás un acosador, ¿verdad?

—Y que sea un acosador siempre hará que se te humedezca el coño. Venga, volvamos. Jay ha intentado llamarme, puede que sea algo relacionado con Claire.

Capítulo 41

El cazador



Me sorprende encontrarme a Jay sentado en el sofá al lado de Daya, ambos tecleando en sus respectivos ordenadores. Cuando hemos entrado ha dado un brinco considerable; está claro que todavía le aterroriza la casa.

—¿Qué fantasma te ha estado jodiendo? —le pregunto con una sonrisita.

—Tío, te lo juro por Dios, estaba meando y de pronto he notado un aliento en la nuca. Me he quedado esperando a que extendiera el brazo para meterme mano.

Daya me mira con una expresión divertida en el rostro.

—Le he dicho que vuelva a hablar conmigo cuando haya subido a la buhardilla. Yo todavía estoy enfadada con Addie por ese tema.

Addie abre mucho los ojos.

—¡Solo fue una vez! —se defiende—. Y no te pasó nada —balbucea, y se deja caer en el sofá que hay delante de su amiga.

Mientras me siento al lado de Addie, oigo que Sibby gruñe y cierra un cajón de la cocina con un fuerte golpe. Está enfadada por algo. Otra vez.

—Dejé de vivir tranquila. Eso es lo que me pasó —replica Daya—. Ese demonio podría haberse encariñado conmigo y entonces me habría acompañado hasta casa y yo habría vivido el resto de mi vida atormentada.

—¿Podrías culparlo? Eres irresistible —rebate Addie, y sonríe cuando Daya la mira entornando los ojos.

—Lo de halagarme solo funciona a veces.

—¿Y ahora está funcionando?

—Un poco.

—Chicos, ¿habéis visto mi cuchillo rosa? —chilla Sibby desde la cocina a la vez que abre y cierra los cajones y armarios desesperada.

Le he acabado cogiendo mucho cariño a Sibby, como si fuese una hermana pequeña muy

molesta y psicótica. Pero, joder, tengo que encontrarle una casa y un trabajo. Darle un propósito en la vida más allá de tocarme los cojones todo el rato.

—¿Se lo has preguntado a Jackal? —pregunto, y arqueo una ceja cuando me fulmina con la mirada. Sabe perfectamente que me refiero a esa vez que sintió la necesidad de compartir con toda la clase que Jackal se la había follado por el culo con un cuchillo. Como si alguien quisiera saber esas cosas.

—Solo lo usó conmigo esa vez, y creo que me acordaría si me hubiesen metido un cuchillo por el…

—Quizá se te ha caído en tu habitación —la corta Addie enseguida.

Sibby bufa.

—Ya lo he mirado, pero volveré a comprobarlo —murmura, y se dirige hacia las escaleras con el ceño fruncido y arrastrando los pies.

Lo único capaz de hacerla enloquecer por completo, aparte de perder a sus secuaces, es perder ese cuchillo.

Jay carraspea y se ruboriza cuando su mirada se posa sobre Sibby durante unos instantes, intrigado y perturbado a partes iguales.

—Me parece que al fin he descubierto quiénes son los socios de Claire —anuncia, dejando de lado el tema de los fantasmas y de que una persona imaginaria te folle con un cuchillo.

Arqueo las cejas, sorprendido.

—Ah, ¿sí?

Hemos llegado a la conclusión de que será mucho más fácil hacer que Claire salga de su isla, donde está tan cómoda, si primero llegamos a sus socios.

Yo estoy a punto de mandarlo todo a la mierda y bombardear la isla. Podría conseguir los recursos, pero tardaría demasiado. Y, a pesar de que estoy muy tentado por reclutar a tanta gente como pueda de mi organización e invadir su isla, Claire cuenta con un pequeño ejército y no estoy dispuesto a sacrificar tantas vidas valiosas por esa guarra.

Menos aún cuando puedo sacrificar la vida de sus socios.

—Como sabes, se ha estado comunicando con dos fuentes, pero era imposible rastrear sus direcciones IP y sus identidades estaban ocultas. Sin embargo, el dron que enviamos ha resultado muy útil y acabo de recibir información que acredita que ha reservado un vuelo para que esas mismas dos personas vayan a visitarla. Sus nombres constaban en el registro de vuelo —me explica mientras abre la ventana con los datos y gira el portátil para enseñármelo.

Gary Lawson y Jeffrey Shelton.

—Ambos trabajan para *lobbies* —añade Daya.

—Qué oportuno —murmuro, estudiando las imágenes de los dos hombres que aparecen en la pantalla de Jay.

Típico. Dos viejos verdes que se ponen cachondos con niños pequeños y haciendo que los estadounidenses vivan desquiciados mientras ellos están rodeados de lujos.

—¿Cuándo son los vuelos?

Jay sonríe y se le iluminan los ojos de color avellana.

—Mañana. Saldrán de un aeropuerto privado de Los Ángeles.

Me giro hacia Addie y me percato de que tiene una ramita asomando entre el pelo, así como unos fragmentos de corteza de árbol, tierra y una pequeña hoja. Además, su camiseta azul se empieza a empapar de unos puntitos de sangre, aunque se está esforzando por esconderlos. Lo peor de todo es que alrededor del cuello ya se le está dibujando un moratón de un color intenso, y sería un puto mentiroso si dijera que no se me está volviendo a poner dura la polla.

Me cuesta reprimir la sonrisa. Está completamente destruida, aunque intenta que no se le note.

Posa los ojos sobre mí y me mira como diciendo «cállate o verás», y se me empieza a escapar la sonrisa.

Es una ratoncita terrorífica.

Pero, por una vez, le haré caso.

Lo cual es muy difícil de hacer cuando Daya también la está estudiando, en su caso con las cejas arqueadas. Addie aprieta los labios, formando una fina línea, y me da la impresión de que discutirán hasta el más mínimo detalle el encuentro tan íntimo que ha tenido con todo lo que tiene por ofrecer la naturaleza.

—Eso nos da el tiempo necesario para interceptar su vuelo.

Addie ladea la cabeza, curiosa.

—¿Qué tienes pensado hacer, exactamente?

Ahora sí que libero por completo la sonrisa y le doy rienda suelta a la ferocidad.

—Sé cómo conseguiremos que Claire venga hasta nosotros.

Frunce el ceño, más curiosa aún.

—¿Y qué es lo que harás?

Desvío la mirada hacia Jay, que parece igual de curioso que Addie, pero también cauteloso. Es un gilipollas y nunca le gustan mis planes. Lo cual es estúpido. Porque son geniales.

—Gary Lawson y Jeffrey Shelton tendrán un enfrentamiento con Z. ¿Y adiviná is quién perderá?

—Ellos —responde Addie, confiada.

—No, pequeña. Yo.



Addie no deja de rebotar sobre sus pies, toda ella irradia una energía nerviosa. Está inquieta desde que hemos llegado al aeropuerto, hace un par de horas. Cogimos un vuelo a Los Ángeles

tan pronto como pudimos para tener tiempo para planificarlo todo y prepararnos. Ahora estamos esperando en un avión privado en la pista de aterrizaje, y Addie ha empezado a transformarse en el Demonio de Tasmania de los *Looney Tunes*.

—¿Por qué no te sientas? Estas butacas son cómodas de cojones —sugiero. Para enfatizarlo, levanto los pies y los pongo sobre la mesita marrón de madera que hay delante de mí y reclino la espalda hacia atrás.

—¿Cómo puedes estar tan relajado en estos momentos? —pregunta, pero observa el asiento como si quizá no la fuese a matar sentarse durante un segundo.

—Es lo menos interesante que he hecho jamás en una misión.

Addie arquea una ceja como si se hubiera ofendido.

—Joder, qué borde —dice seca.

Sí, está claro que se ha ofendido. Sonrío.

—¿Quieres que vayamos al asiento delantero y follemos al lado del cadáver del piloto? —propongo, y estoy muy interesado en saber qué responderá.

Siempre me sorprende.

Justo cuando abre la boca nos llegan unas voces lejanas y Addie se distrae como si fuese un perro que acaba de ver a un gato.

Mierda. Tendré que conseguir que me responda más tarde.

Las voces se acercan más, y Addie enseguida se yergue y hace rodar los hombros para liberar la tensión. Todavía no se ha acostumbrado a las misiones y no es capaz de deshacerse de la ansiedad, aunque ahora sea capaz de luchar. Algunos días incluso consigue superar mis defensas y me tira de culo. Pero ahora mismo me mira como si estuviese a punto de presentarse ante un juez y recibir una condena de por vida o algo así.

—No te subestimes, Addie —digo perezosamente, con los músculos lánguidos y relajados. Suelen estar así cuando se me están a punto de empapar las manos de sangre.

—No lo hago —se defiende—. Son unos viejos decrépitos. Sus guardaespaldas…

—Son mis hombres —la corto.

Addie se queda boquiabierta.

—Qué astuto —susurra, esbozando una sonrisa con sus labios carnosos. Sus orbes de color caramelo me miran con un toque de diversión.

Los dos nos quedamos callados mientras los hombres y sus respectivos guardaespaldas se acercan a las escaleras y empiezan a subir. El metal repica debajo de su peso.

—Tarde o temprano Claire tendrá que volver a Estados Unidos —murmura uno de ellos, que parece irritado.

La primera persona en cruzar la puerta es Michael, y casi se me escapa la risa cuando se saca la pistola de la funda y me apunta.

Jeff y Gary entran detrás de él, y otro de mis hombres, Baron, cierra el grupo.

—¿Qué tenemos aquí? —exclama Gary, y los dos hombres mayores se detienen y retroceden

en cuanto nos ven.

Levanto una mano para saludarlos.

—He venido a entregarme, Gary. ¿Por qué otro motivo iba a estar aquí?

—¿Entregarte…? ¿Se puede saber de qué hablas? ¿Quién eres?

—Ay, cuánto lo siento —me disculpo con una sonrisa. Extiendo el brazo hacia el asiento de al lado, cojo la máscara y la sujeto a la altura de la cara—. ¿Y ahora?

Es gracioso ver lo poco que tardan en palidecer, y abren mucho los ojos al reconocer la máscara de mi aparición televisiva.

La tiro a un lado.

—¿Os gustó mi presentación? —los provoco—. Estaba muy nervioso.

Gary balbucea, no sabe cómo responder. Cuando me levanto, ambos retroceden enseguida como dos idiotas titubeantes y se topan con Baron al intentar ensanchar la distancia entre nosotros, pero mi mercenario es como un muro de ladrillos.

Jeff se vuelve hacia Michael y empieza a ponerse rojo.

—¿Por qué no le disparas? ¡Venga, dispara!

Michael se lo queda mirando inexpresivo, lo cual hace que su rostro ahora adopte un tono violáceo. Entonces Michael suelta la pistola y sonríe cuando Jeff empieza a balbucear sinsentidos.

—Veo que os habéis acomodado detrás de la cortina de humo —observo—. Satisfechos dando órdenes a gritos, seguros de que nadie os iba a descubrir jamás.

—Qué vagos —interviene Addie. Ahora su cuerpo está relajado: en lugar de estar tan agobiada, se mueve como un elegante felino con las garras extendidas, lista para abrirles la garganta de un zarpazo.

La presa se convierte en el depredador.

Es la criatura más preciosa que he visto en toda la vida.

Gary clava la mirada en ella y prácticamente dispara rayos láser por los ojos, como si así esperara intimidarla, pero, por desgracia para él, se equivoca.

—¿Y tú quién narices eres?

Addie se gira hacia mí con una sonrisita tonta.

—Me moría de ganas de decir algo cursi, como «tu peor pesadilla» —se mofa, y vuelve a mirar a Gary con los ojos muy abiertos.

El hombre le gruñe. Está claro que a él no le hace ninguna gracia. En cambio, yo estoy sonriendo como un idiota.

Addie sacude una mano como para restarle importancia.

—Ahora en serio, soy el diamante que tanto os gusta a todos. Me ofende un poco que no me hayáis reconocido. Sobre todo, porque siempre me estáis dando por culo.

Jeff hace una mueca al darse cuenta de quién es.

—Ya sé que quien tuvo la magnífica idea de ir a por mis padres fue Claire, pero ¿acaso alguno

de vosotros dos tuvo algo que ver en todo eso? —pregunta Addie, y una oscuridad se apodera de su rostro. Ya no queda ni rastro del humor alegre de antes.

Gary ni siquiera puede ocultar su asqueroso gesto triunfal. Addie se percata de inmediato y, sin decir ni una palabra más, levanta la pistola y le dispara en la rodilla sin inmutarse.

Al hombre casi se le salen los ojos de las órbitas, y un instante más tarde se derrumba en el suelo mientras chilla y empieza a perder sangre. Jeff vuelve a chocar contra Baron. Tiene las entradas relucientes por el sudor y observa a su socio con expresión ceniza.

—¡Hija de puta! —exclama Gary.

Me invade la rabia, así que le disparo en la otra rodilla, lo cual provoca que se le escape otro grito de dolor. Michael y Baron sacuden la cabeza y miran a los dos hombres como si fueran las personas más tontas de todo el planeta.

Y tengo que darles la razón.

—Ahora tendremos que cargar contigo para sacarte de aquí, Gary. No será nada práctico. Bueno, esto es lo que ocurrirá: vendréis con nosotros hasta Seattle e iremos a una ubicación aislada donde mi chica me atará y me amordazará, y puede que incluso le deje darme algunos puñetazos. Mis hombres también atarán a Addie, pero nadie le tocará ni un pelo.

A pesar de su estado, Gary alza la vista hacia mí con incredulidad.

—Entonces llamaréis a Claire y la informaréis de que habéis atrapado a Z y al diamante, y le diréis que venga ella en lugar de ir vosotros, aprovechando que nos habéis capturado.

—¿Y por qué haríamos tal cosa? —pregunta Jeff, y se le crispa el rostro con una mezcla de emociones.

—Me parece que ya es hora de que Claire salga a jugar, ¿no? Lleva demasiado tiempo escondida.

Jeff y Gary intercambian una mirada. A este último le bajan ríos de sudor por la cara, roja debido a la agonía.

—No quiero participar en tu estrategia —empieza Jeff, pero levanto la mano para cortar la gilipollez tan inútil que fuese a salir de su boca.

—La cuestión, Jeffrey, es que no tienes ninguna puta alternativa.



Jeff sigue pensando que tiene alguna otra opción.

Se pasa todo el viaje a Seattle y el trayecto en coche hasta la ubicación defendiendo su caso. Que todo fue idea de Claire. Que ellos solo la apoyan en sus negocios y la ayudan con temas logísticos y económicos.

Bla, bla, bla.

No se calla la puta boca hasta que Addie pasa del asiento del copiloto a los asientos traseros y

le presiona la pistola contra la rodilla. Jeff aprieta tanto los dientes que hasta puede que se le queden pegados en esta posición de forma permanente.

Michael nos lleva a una destilería de vino abandonada y corroída por la naturaleza. En cierto sentido me recuerda a Parsons Manor: está repleta de enredaderas descontroladas que trepan por las paredes grises de piedra y es el único edificio en medio de un viñedo y una zona de césped descuidada.

La camioneta se sacude por el camino de tierra irregular y prácticamente se la tragan las plantas que envuelven el camino. Gary está en el suelo del vehículo hecho una bolita, abrazándose las rodillas ensangrentadas, y con cada sacudida palidece aún más. Baron le ha vendado las heridas para detener el sangrado, pero parece que esté a punto de desmayarse. En cuanto ocurra, no vivirá mucho más.

Si tiene que morir, que se muera. En cualquier caso, solo necesitamos a uno de los dos.

Michael aparca junto al edificio y sale de la camioneta de un salto. Se nos adelanta para abrir las puertas, que están tapiadas, mientras Baron me ayuda a sacar el inútil cuerpo de Gary.

El interior de la destilería es tan escalofriante como el exterior. Las enredaderas también han afectado a las paredes de dentro, y por las grietas de los cimientos se abren paso algunas malas hierbas, cuyas raíces se extienden por el suelo.

Es un espacio diáfano enorme. Aún se conservan algunas de las máquinas antiguas, que están oxidadas y desgastadas. Por todo el techo se ven tuberías expuestas, y algunas de ellas se han empezado a romper y están colgando.

Arrastro a Gary a un lado de la sala y lo coloco justo debajo de una de estas tuberías. Que sea Dios quien decida si quiere que ese pesado trozo de metal le caiga encima de la cabeza. Si me toca demasiado los cojones, puede que yo mismo le dispare a la tubería para que se desprenda. Lo dejo tirado en el suelo sin ningún miramiento, haciendo caso omiso de sus insultos, y Baron escolta a Jeff hasta el interior de la destilería y lo sitúa de pie al lado de su socio tullido.

Addie está trayendo tres sillas metálicas y lleva varias cuerdas enrolladas en los brazos. Me ofrecería a ayudarla, pero mi chica me cortaría los huevos si lo hiciese. De todos modos, yo se los entregaría encantado.

Ha ganado mucha fuerza e independencia desde que sobrevivió a la trata de personas, y a veces el pecho me duele físicamente tanto por el orgullo como por las ganas de follármela.

Me mira con una sonrisa carnal en el rostro mientras deja las sillas en el suelo y las abre. Me acerco a ella con sigilo, maravillándome por cómo su cuerpecito se contrae por la necesidad. Un anillo morado le mancilla la garganta, y cada vez que lo veo la bestia que hay encerrada en el interior de mi pecho lucha por salir.

—Conociéndote, diría que te emociona la perspectiva de hacerme daño —murmuro. El deseo se prende en mí al ver cómo contonea las caderas.

—Serás el gatito desamparado —dice en un susurro, y su sonrisa se ensancha cuando la miro con una expresión oscura.

—¿Lo seguirás pensando cuando estés atrapada entre mis dientes?

La cojo por el cuello y la atraigo hacia a mí. Sus ojos de color caramelo se dilatan por el deseo y exhala con un estremecimiento cuando mis labios le rozan el lateral de la boca.

—Solo estuve desamparado cuando me enamoré de ti. Y puede que tengas todo el control sobre mí, ratoncita, pero eso no significa que esté indefenso. No confundas mi falta de control con debilidad. Todas las maneras en las que te he hecho daño han sido a propósito.

Reprime una sonrisa antes de mover el puño hacia atrás y golpearme de lleno en la mejilla. Se me oscurece la visión por un breve instante y mi equilibrio se tambalea cuando me da la vuelta y me empuja hasta sentarme en una de las sillas metálicas.

La fuerza de mi peso casi provoca que la silla caiga hacia atrás, pero el pie de Addie la atrapa entre mis piernas y evita que suceda, aunque se queda a unos putos milímetros de aplastarme la polla.

Es como si mis huesos estuvieran partiéndose por el monstruo que hay en mi interior, luchando por salir, y un gruñido consigue escapar de entre mis labios. Cuando me propongo contratacar, Addie ya me tiene cogido por la garganta, me empuja hacia atrás y se sube encima de mí para envolverme la cintura con sus gruesos muslos.

Mis manos se posan sobre sus caderas y aprietan mientras ella se inclina hacia delante.

—No confundas mi sumisión con debilidad, cariño —me susurra en la oreja, con la voz rasposa por el deseo—. Todas las maneras en las que te haré daño serán a propósito.

Antes de que pueda empezar a dar forma a las amenazas que suben por mi garganta, sus labios impactan contra los míos y no solo acallan mis siniestras promesas, sino que también las hacen añicos.

Su boca se mueve sobre la mía con violencia, y me pierdo en su forma de dominarme. Podría darle la vuelta con gran facilidad, pero me encanta arrodillarme ante esta diosa oscura.

Addie me coge las manos, me obliga a moverlas hasta detrás de la silla y me las ata.

Un fuerte dolor me atraviesa el labio inferior: sus dientes se han hundido en mi delicada carne hasta hacerme sangrar. Antes de que pueda reaccionar, se echa para atrás y estudia mi rostro con orgullo.

Es entonces cuando me doy cuenta de que la cuerda alrededor de mis muñecas está muy bien atada. Si no me muriera de ganas de arrancarle el cuello y follármela hasta dejarla ciega, estaría impresionado.

—Un moratón en los ojos y el labio ensangrentado. Creo que ya te he dado una buena paliza por ahora.

Me da un bofetón con gesto firme, como diciendo «buen trabajo, colega», antes de levantarse de encima de mí y sentarse en la silla de al lado.

Lo único que puedo hacer es quedarme mirándola y fantasear con todo lo que haré más tarde para castigarla. Pero a la vez tengo la polla más dura que el granito, porque ha sido una de las experiencias más excitantes que he vivido jamás. Siempre que creo que no podría ponérmela más

dura, Addie va y me demuestra que me equivocaba.

Debe de percatarse de mis pensamientos insidiosos, porque hace rodar los hombros y pretende que está aburrida.

Siempre le ha gustado huir…, sobre todo de la verdad.

—Si ya habéis terminado con los preliminares, acabemos con esto, ¿vale? —interviene Michael.

Está de pie junto a Jeff, que tiene la cara como un tomate, los brazos cruzados y también intenta parecer aburrido. Es un mentiroso, seguro que se la ha recolocado mientras yo estaba distraído.

Gary continúa lamentándose en el suelo, y Jeff se mueve incómodo a su lado. Sus ojos se pasean inquietos por todo el espacio, pero siempre evitando mi mirada.

Respiro hondo e intento concentrarme de nuevo en la situación que tenemos entre manos.

—Parece que no le dimos en las arterias femorales, así que tendrá una muerte muy lenta. Por ahora dejaremos que siga sufriendo en un rincón.

Tras asentir, Michael agarra a Jeff de un brazo y lo arrastra pasando por delante de nosotros.

—Átame, Baron —le dice Addie a mi mercenario, que todo este rato ha estado apoyado contra la pared de mi derecha. Addie esboza una sonrisa pícara, consciente de lo sugerente que han sonado sus palabras.

—¿Intentas que Zade me mate? —pregunta este. Su voz de barítono suena más aguda de lo normal.

Addie pone los ojos en blanco.

—No permitiré que te mate.

No tendría que estar tan segura. Pero me callo la boca y lo observo con fijeza cuando finalmente cede. Sé que las únicas dos opciones para atarla son Michael o él, puesto que yo ya estoy maniatado.

Baron trabaja a gran velocidad con la cuerda y se aparta antes de que pueda encontrar un motivo para cortarle las manos. ¿A quién pretendo engañar? No necesito ningún motivo.

Michael se vuelve hacia Jeff.

—Dame tu móvil —le ordena, y le quita el dispositivo con brusquedad en cuanto el hombre se lo saca del bolsillo—. Muy bien, chicos, haced ver que os han dado una paliza dos viejunos que tienen que crujirse la espalda tras levantarse la polla para mear.

Se podría haber limitado al típico «decid “patata”» y el resultado habría sido el mismo.

Mientras yo clavo la mirada en él, Addie la aparta y cierra los ojos con fuerza, como si le diera mucha vergüenza que le hicieran una foto en esta situación.

—Haces la foto un poco borrosa y con un ángulo de mierda y, *voilà*, ya tienes una fotografía que parece que la haya tomado un degenerado —dice Michael con una sonrisa victoriosa tras conseguir la instantánea, y luego gira el teléfono hacia Jeff—. ¿Qué dirías de forma natural si hubieses hecho una foto así?

Jeff observa la imagen.

—Que nos hemos gastado el dinero en todas las otras gilipolleces y que tendríamos que haberlo hecho nosotros mismos desde el principio —escupe. En cuanto se percata de que ha contribuido a que el mensaje de Michael parezca auténtico porque literalmente le ha sacado las palabras de los labios, se le oscurece la mirada por la rabia.

Los dedos de Michael se mueven por el teclado mientras él va repitiendo las palabras que escribe para fastidiar a Jeff. Luego hace una pausa y mira al hombre con una sonrisa malévola.

—Oye, ¿cómo se escribe «gilipolleces»?

A Jeff le palpita una vena en la frente y fulmina a Michael con la mirada como diciendo «¿me estás tomando el puto pelo?». Este se lo queda mirando como si nada, resuelto a conseguir que el hombre responda y, con un gruñido, al final Jeff deletrea la palabra entre dientes.

Cuando termina de redactar el mensaje, Michael le da una palmada en el hombro con brusquedad.

—Gracias, tío. No sé qué habría hecho sin ti —añade.

Addie suelta una risita. Ahora también tendré que cortarle alguna extremidad a Michael por hacer reír a mi chica.

—Oficialmente han capturado a Z —anuncia tras hacer clic en el botón de enviar con gesto triunfal—. Y ahora… a esperar.

—Más vale que no le hayas dicho a Claire que nos han dado una paliza —le digo a Michael señalando con la cabeza a Jeff.

Mi hombre hace un gesto con la mano como para restarle importancia.

—No te preocupes, princesita, Claire sabrá que han necesitado al ejército entero para derribar al gran lobo feroz. Tu reputación no se verá mancillada.

—No me preocupa mi reputación. Es más que nada que no se lo creería nadie.

Capítulo 42

El diamante

Mi equilibrio titubea al tener los pies colgando por el acantilado. Estoy sentada en el mismísimo borde del precipicio, esperando a que la tierra ceda debajo de mí y me haga caer en picado contra las rocas.

Me balanceo en la línea entre la vida y la muerte, y no puedo negar la excitación que me provoca. El corazón me palpita con fuerza y, aunque tendría que poner la cabeza entre las piernas para caer al vacío, me da la sensación de que mi fin está a solo un par de centímetros de distancia.

Me encanta.

El sol empieza a ponerse en el cielo, que parece algodón de azúcar, y una preciosa gama de colores se estrecha ante mí. No estoy segura de si lo que me hace sentir viva es la belleza que tengo delante o mi precario juego con la muerte.

Ambas opciones tienen el poder de hacerme sentir muy insignificante.

—Veo que hoy es el día que ambos moriremos —anuncia Zade detrás de mí, y no puedo evitar dar un brinco.

—¿Por qué íbamos a morir los dos?

Qué pregunta más estúpida. Ya sé qué me responderá en cuanto la última palabra escapa de mis labios.

—Porque si caes yo saltaré detrás de ti.

—A Claire le encantaría —digo, y doy una patada contra la roca—. Lo mejor que podría pasarle jamás es que te mueras.

Para sorpresa de nadie, Claire hizo un millón de preguntas antes de creerse que Jeff y Gary nos habían capturado de verdad. Jeff tuvo que explicarle cómo encontraron a Z: de camino a Los Ángeles les informaron de que Zade pretendía desmantelar una casa de subastas en Washington, así que enseguida planificaron el ataque y lo capturaron. Por supuesto, yo fui a buscarlo corriendo cuando me enteré de que lo habían secuestrado, y *voilà*. Así es como capturaron a Z y

al diamante.

Cuando Claire dijo que quería hacer una videollamada por FaceTime, nos percatamos enseguida de las intenciones de Jeff. En cuanto Claire lo llamara, su socio iba a delatarnos. Pero Zade ya se había anticipado; no es muy difícil imaginar que ese viejo verde intentaría jugárnosla. Es tan predecible como estúpido.

Todo el mundo tiene un punto débil. Como el punto débil de los bebés en la parte trasera de su cabeza. Si les golpeas en ese punto con la fuerza necesaria, están acabados.

De todo el mundo —su mujer, sus hijos y su amante—, la catalizadora fue su madre. Es gracioso que sea un hijo de mamá cuando las mujeres están en el primer puesto de cosas que no respeta.

Bernadette Shelton ya se encuentra prácticamente en su lecho de muerte, pero después de que uno de los mercenarios de Zade le hiciera una foto encantadora donde se la ve tumbada en la cama con una pistola apuntada a su suministro de oxígeno, Jeff decidió actuar como debía. Lo que no sabe es que Zade estuvo a punto de darle una paliza a su empleado y lo obligó a dejarle una cesta de comida para compensar el susto, pero la amenaza funcionó de todos modos.

Zade se esforzó para que Jeff se aprendiera toda la historia y luego este respondió a las preguntas de Claire hasta que ella decidió que era lo suficientemente creíble como para alejarse de su cómoda isla.

Misión cumplida.

Su vuelo tarda dieciséis horas, así que decidimos volver a Parsons Manor para recuperar tiempo de sueño mientras un equipo de Zade vigila a Jeff en la destilería. Gary… Bueno, se ha muerto. Era inútil con las rodillas jodidas, así que al final Michael ha puesto fin a su sufrimiento.

—Nena, si quieres que me muera, yo mismo te daré el cuchillo para que me lo claves en el pecho. Hacer que los dos caigamos por el acantilado sería un poco exagerado.

—Y yo que pensaba que la dramática era mi madre… —balbuceo.

Todavía le estoy dando la espalda, pero estoy convencida de que oigo cómo sonríe.

—Tienes razón, tú eres la sensata.

Cabrón.

—¿Vas a contarme qué haces aquí fuera?

—No podía dormir. Estaba oyendo las pisadas otra vez —admito.

—Parece que son una representación de tus miedos —dice.

Su presencia se me acerca, y siento que se acuclilla a mi lado. Si la tierra que tengo debajo de los pies no estaba ya a prueba, ahora no hay ninguna duda de que lo está al sumarle su peso.

—¿A qué te recuerdan las pisadas? —me susurra con suavidad en la oreja.

—A mi falta de libertad —respondo mirando hacia la bahía—. Me recuerdan que estaba atrapada. Cada vez que oía sus tacones dirigiéndose hacia mí, siempre ocurría algo terrible, y nunca había ninguna forma de escapar. En una ocasión, cuando oí sus pisadas, intenté arrancar todos los clavos de la ventana para poder tirarme. Me daba igual que pudiera morir. Pero lo

único que conseguí fue romperme las uñas.

Sus manos se posan sobre mis caderas y me empuja hacia atrás, presionándome contra su fuerte pecho.

—¿Y sentarte aquí, en el borde del acantilado, te hace sentir libre?

—Sí —digo, y giro la cabeza para mirarlo. Sus ojos brillan con la luz del sol, y no puedo asegurar qué es más peligroso: el borde del acantilado o la manera en que Zade me mira—. Y me hace sentir viva.

Su mano sube hasta mi garganta y me inclina la barbilla hacia atrás. Sus labios carnosos rozan los míos y me provocan un cosquilleo punzante por todo el cuerpo.

—¿Lo que te hace sentir viva es la promesa de la muerte, ratoncita?

—Sí —susurro, y siento la electricidad que baila entre sus labios y los míos.

—Entonces probaremos el cielo juntos —murmura.

Me besa con suavidad, lentamente, y siento cada segundo del beso en mi alma antes de que se aparte.

—Mírame, nena —ordena.

Me muerdo el labio, me giro y me echo para atrás, apoyándome sobre las manos. Doblo las rodillas y las dejo separadas.

Zade baja la mirada y la pasea por las curvas de mi cuerpo, lo cual me provoca un escalofrío que me recorre toda la columna vertebral. Me mira como si quisiera despedazarme con los dientes, y me parece que no lo detendría si lo intentara.

Se me acelera la respiración cuando su mano se cuela por debajo de mi camiseta, y vuelvo a estremecerme por el contacto de su piel contra la mía. Poco a poco, levanta la tela hasta que me veo obligada a inclinarme hacia delante para que pueda quitármela del todo.

Mi cuerpo experimenta otro temblor cuando la brisa me acaricia la piel acalorada.

—¿Confías en mí? —pregunta.

—Sí —respondo sin dudarlo.

Me pone una mano en el pecho y me empuja con brusquedad. No puedo evitar soltar un grito ahogado, convencida de que estoy a punto de caer por el acantilado, pero él me atrapa. Estoy tumbada bocarriba, con la cabeza colgando por el borde del acantilado, pero eso no me calma en absoluto el terror que me corroe entera.

Levanto la cabeza y me lo quedo mirando con los ojos muy abiertos mientras el corazón me late con fuerza.

—Dios mío… —murmuro.

Zade me dedica una sonrisa pícara, desliza la mano por debajo de mi cuerpo y me desabrocha el sujetador. Los pezones se me endurecen de inmediato por el frío viento. Entonces se cierne sobre mí y su calor corporal penetra en mi piel a medida que sus labios descienden desde mi mandíbula hasta el cuello.

—No es a él a quien tendrías que estar rezándole —susurra con un tono siniestro, y me

estremezco de nuevo—. Solamente yo seré tu salvación.

Sus dedos se cierran alrededor de la cinturilla de mis mallas y me las baja, arrastrando también las bragas. Aunque el aire es cálido y húmedo, la lluvia de toda la semana ha dejado una bruma fría que hace que se me ponga la piel de gallina.

—Echa la cabeza hacia atrás —me ordena.

A pesar de los nervios, trago saliva y hago lo que me dice. Estoy abrumada tanto por el vértigo como por el miedo. La adrenalina me recorre todo el cuerpo con más intensidad aún a medida que el corazón me late de forma errática.

Sus labios me acarician el torso y se deslizan por encima de mis pechos hasta llegar a los pezones. Entonces asoma la lengua para juguetear con uno de los picos endurecidos antes de que su cálida boca se cierre a su alrededor y succione con fuerza.

Se me escapa un gemido y arqueo la espalda, y el movimiento hace que mi cabeza resbale unos centímetros hacia atrás y que casi me muera del susto. Zade se ríe con crueldad y me libera el pezón antes de continuar explorando mi cuerpo.

El corazón se me está a punto de salir por la boca, pero de todos modos noto que los muslos se me humedecen por la emoción. Sobre todo, cuando me los separa con lentitud y me mordisquea la piel sensible mientras desciende hasta mi centro.

Cuando su aliento se posa sobre mi coño, las piernas ya me tiemblan y me arden por la hendidura de sus afilados dientes.

Me da un suave beso en el clítoris, y entonces doy un brinco de nuevo cuando sus dedos se deslizan por mi apertura para recoger mi excitación.

—Ven aquí —exige.

Levanto la cabeza, mareada por volver a ver el mundo del derecho, y él me abre la boca con los dedos hasta que encuentra mi lengua. Los succiono de manera instintiva, y a Zade se le ensanchan los orificios nasales como respuesta.

—Acabas de saborear la libertad. Quiero que retengas el sabor en la lengua mientras ves el atardecer, y te demostraré lo plena que es tu vida.

Retira los dedos y me da un golpecito en la barbilla para indicarme que vuelva a dejar caer la cabeza. Así lo hago, y se me nubla la visión.

Las emociones me obstruyen la garganta, atrapando el sabor en mi boca cuando él vuelve a mi coño. Me estremezco entera cuando su lengua se desliza por mi apertura, lamiéndome minuciosamente entre gruñidos.

—El puto nirvana —murmura, y hunde la lengua dentro de mí antes de ascender hasta el clítoris.

Se me escapa un chillido ahogado al sentir que succiona con intensidad. A medida que Zade empieza a frotarme en el nudo de nervios, el atardecer se vuelve borroso y se me cierran los párpados. Arqueo la espalda otra vez, pero ahora estoy preparada para el pequeño descenso y ya sé que me quitará la respiración.

Mis manos se cierran sobre el césped y tiran con fuerza cuando me da en un punto en concreto y me arranca un intenso gemido.

—Zade —le suplico.

A su boca se le unen los dedos, y dos de ellos se hunden en mi interior y se enroscan hacia arriba, a la vez que hago rodar las caderas contra su cara con tanta brusquedad que noto que mi cuerpo se desliza un par de centímetros más hacia el borde del acantilado. De mi garganta escapa otro gemido por la intensa sensación, como si mi corazón estuviera a punto de combustionar.

La mano que tiene libre se apoya en mis caderas para sujetarme mientras me devora el coño, tomando a lengüetadas todo lo que tengo que ofrecer, como si él fuese un recluso en el corredor de la muerte y esto fuera su último bocado de libertad.

Mis labios empiezan a esbozar una sonrisa, los ojos se me llenan de lágrimas y unos gemidos me estallan en la punta de la lengua mientras observo el atardecer. He encontrado lo que buscaba. Un orgasmo crece en mi bajo vientre y se acentúa ante el hecho de que mi arriesgada existencia cuelgue de un hilo.

Su lengua se mueve sobre mi clítoris con una gran habilidad, y no le cuesta demasiado hacerme explosionar. Se me ponen los ojos en blanco y mi grito rebota por las rocas escarpadas que hay debajo de mí hasta llegar al agua. Me da la sensación de que yo lo sigo de cerca, como si cayera por las piedras afiladas y finalmente me hundiera en las profundidades de un océano en el cual estaría encantada de ahogarme.

Me parece que pasan horas antes de que mi cuerpo regrese a la realidad y, en cuanto lo hago, Zade me arrastra hacia él y me da la vuelta para que quede bocabajo. Aún estoy desorientada y me resulta imposible ofrecer cualquier tipo de resistencia, pero Zade tira de mí por las caderas hasta ponerme de rodillas con la cabeza todavía inclinada hacia abajo, asomando por el acantilado.

Suelto un grito ahogado y me aferro al borde, clavando los dedos en la tierra y las rocas a la vez que Zade desciende sobre mí y me empuja la barbilla hasta que queda sobre el vacío. Se me tensan los muslos por el esfuerzo de mantener esta posición.

Su polla desnuda se desliza por la hendidura de mi culo, pero es como si me estuviera tentando con una bala recubierta de azúcar. Oculta bajo la deliciosa ilusión se encuentra una promesa amenazante capaz de destruirme.

Aprieta el puño alrededor de mi pelo y me obliga a tirar la cabeza hacia atrás ligeramente para darme una vista panorámica del paisaje.

—¿Ya has encontrado la absolución, nena? ¿O necesitas que te la dé mi polla?

La oscuridad de sus palabras hace que se me pongan los pelos de punta, y me estremezco por lo exquisitas que suenan.

—Mi vida jamás podría estar completa sin ti —gimo.

Un gruñido grave me llega a las orejas antes de que Zade tire de mis caderas hacia sí y se hunda en mi interior. Solo consigue entrar algunos centímetros antes de que ya me resulte

demasiado, y se me cierran los ojos con un grito por el ardor de su tamaño.

Hostia puta, tiene que hacerse una reducción de polla.

Noto que sonríe a modo de respuesta, como si me hubiera leído los pensamientos, y estoy a escasos segundos de lanzarnos a ambos por el acantilado solo para fastidiarlo.

—Joder, Addie, la resistes muy bien —me susurra en la oreja con tono malvado—. Nunca me cansaré de la sensación de cuando tu coño sucumbe ante mí y los gemidos tan bonitos que sueltas.

Como si lo hubiese cronometrado, justo entonces un gemido penetrante escapa de mi garganta cuando Zade entra un par de centímetros más, y mi cuerpo sucumbe ante él tal como ha dicho.

—Continúa mirando —dice, pecaminoso.

Me obligo a abrir los ojos y observo el sol, que empieza a descender detrás del agua, bañando el mundo de un intenso color rojo oscuro.

Zade se hunde un poco más dentro de mí, entrando y saliendo con lentitud hasta que consigue llegar hasta el final, y así confirma mis propias palabras.

Estoy tan llena de él…, y nunca me he sentido tan completa.

—Estás buscando la vida en el atardecer, pero yo busco la muerte entre tus muslos —gruñe, y su voz es ronca por el deseo.

Cuando sale hasta la punta y vuelve a embestir contra mí con fuerza, gimo tanto por el placer como por el miedo de que me empuje y caiga por el acantilado.

Pero él no cede, sino que continúa follándome y poniendo a prueba con cada movimiento la resistencia del suelo que hay debajo de nosotros. Su puño sigue apretado alrededor de mi pelo con firmeza, y me vuelve a tirar hacia él cada vez que sus caderas me empujan hacia delante.

Paseo la mirada entre el agua y las implacables rocas, que cada vez parece que están más y más cerca.

Se me oscurece la visión por el intenso placer que se irradia entre mis muslos, y los sonidos que se liberan de mi garganta son incontrolables.

—Ay, Dios —gimoteo, y Zade embiste contra mí con tal fuerza que hace que me castañeteen los dientes.

—No encontrarás a Dios en el sol si ya está dentro de ti —ruge.

Extiende la mano por debajo de mí para llegar al clítoris y me lo empieza a frotar con pericia a la vez que su polla me da en ese punto exacto, abusando de él de forma incesante hasta que exploto y mi cuerpo se desploma por la potencia del orgasmo que me provoca.

—¡Zade! —grito. A estas alturas me da igual que siga viva o no, siempre y cuando esta sensación nunca muera.

Zade rechina los dientes y me folla con movimientos salvajes hasta que encuentra el fin que tanto buscaba. Un gruñido escapa de su garganta y empuja dentro de mí con tanto ímpetu que por poco no conocemos ambos la muerte al otro lado del acantilado.

Acecharíamos Parsons Manor juntos, y no puedo negar que me encanta cómo suenan estas

palabras.



—Tienes una frente espectacular, colega —comenta Zade, mientras un remolino de humo emerge de las profundidades de su boca.

Jeff está atado a una silla metálica y Zade está sentado delante de él. Con una mano se fuma un cigarro a la vez que con la otra le lanza una pelota que rebota en la frente del hombre antes de regresar a él.

—¿De dónde narices has sacado la pelota? —pregunto, y sacudo la cabeza cuando vuelve a rebotar en la cara rojísima de Jeff antes de posarse de nuevo en la mano de Zade, que ya estaba posicionada para esperarla.

Nuestro rehén no está muy contento. Fulmina a Zade con la mirada y le tiembla el cuerpo entero por la rabia que lo consume.

Zade se encoge de hombros como si no tuviera importancia.

—La he encontrado por ahí.

Vale. En fin.

El sonido de unos neumáticos haciendo crujir el camino de tierra y las briznas de césped me distrae, y me da un vuelco el corazón tanto por la adrenalina como por la anticipación.

—Claire ha llegado —anuncio.

A modo de respuesta, Zade se limita a lanzarle la pelota otra vez. Está tan relajado como siempre.

La zona está rodeada por unos cincuenta hombres, como mínimo, todos ellos ocultos. Si nos sale el tiro por la culata, tendremos muchos refuerzos.

—Jay, ¿viene acompañada de un batallón? —le pregunta Zade. Nunca se quita el auricular *bluetooth*; seguramente morirá con él puesto—. ¿Tres? Parece que alguien está nervioso —murmura.

—¿Tres coches? —digo para confirmarlo. Mi ansiedad está empeorando. Tengo la frente sudada y no sé si estoy alterada por si se produce un tiroteo por todo lo alto o si es porque veré a Claire.

Los momentos previos a una confrontación es lo que me pone de los nervios. La anticipación de lo que pueda suceder. Quién saldrá herido o morirá. Pero, en medio del caos, encuentro la paz, como si estuviera en el ojo del huracán.

Lo que pasa es que odio la calma que precede a la tormenta.

—¿Te esperabas que viniera sola? —espeta Jeff, y me mira como si fuese estúpida.

Entorno los ojos, tentada por arrancarle la pelota a Zade de las manos y lanzársela a la frente. A ver quién parecería estúpido entonces.

Zade debe de leerme los pensamientos, porque le tira la pelota a la cara sin apartar la vista de mí. Cuando la pelota regresa a su mano a la perfección, se le ensancha la sonrisa.

—Gracias. —Vuelvo la mirada hacia Jeff—. La próxima vez será una bala.

Jeff es inteligente y mantiene la boca cerrada. En realidad, quería que no se callara.

Zade y yo nos ponemos de pie cuando oímos que se cierran las puertas de un coche con un fuerte golpe. La pelota verde cae de su mano, rueda por el suelo hasta quedar en un rincón y es sustituida por una pistola. Yo también tengo mi propia arma en la mano y el corazón me late desenfrenado mientras esperamos a que entre Claire.

Tras unos instantes angustiantes, se abren las enormes puertas y primero accede su séquito con las pistolas preparadas. Por supuesto, se detienen en seco en cuanto nos ven, esperando órdenes de la pelirroja demoniaca que avanza desde el final del grupo, abriéndose paso poco a poco entre sus guardaespaldas.

—Tal como me esperaba, Jeffrey. ¿De verdad te pensabas que me habías convencido? —suena la voz musical de Claire cuando al fin emerge de entre sus secuaces.

Sus hombres, incómodos con que la mujer esté expuesta en cualquier sentido, se apiñan a su alrededor. Del mismo modo que parece que Claire no es tan estúpida como para creerse que Jeff nos haya capturado de verdad, tampoco se creería que no tenemos la zona acordonada por completo.

Será cuestión de quién dispara más rápido. O quién tiene mejor puntería.

Me noto los hombros tensos cuando dirijo la mirada hacia la hija de puta responsable de tantas almas perdidas y rotas. La melena pelirroja le enmarca el rostro perfectamente, con un pintalabios a conjunto y delineador de ojos negro en los párpados. Luce un traje de pantalón de color blanco de arriba abajo, lo cual es un mensaje por sí mismo: espera salir de esta nave con la ropa impoluta, igual que cuando ha entrado. Sin derramar ni una gota de sangre. Como mínimo, de la suya.

Y una mierda.

Una rabia asesina se enciende en mi interior. No porque hiciera que me secuestraran y porque estuvo a punto de venderme a un hombre muy cruel, sino porque fue a por mi madre.

Supongo que tendría que darle las gracias por la psicoterapia gratis que me ha dado respecto a los problemas que tenía con mamá. No tengo claro en qué punto está nuestra relación, pero lo que sí sé es que ambas queremos arreglarla, cosa que no teníamos antes de que Claire pusiera mi mundo patas arriba y me jodiera.

—Me alegro de volver a veros a los dos —remarca con un tono de voz pijo, como si estuviéramos dando un paseo por un jardín tomándonos unas galletas y un té en tacitas bonitas.

Será guarra. No hay ni una pizca de elegancia ni en ella ni en su manera de hacer negocios.

—¿Por qué has venido si sabías que era una trampa? —pregunto.

—No acabaremos con un baño de sangre, querida. Creo que ha llegado la hora de que arreglemos las cosas. Z ha demostrado que cuenta con muchos recursos, igual que yo. En lugar

de… enfrentarnos los unos contra los otros, me parece que podríamos llegar a un acuerdo.

Desvío la mirada hacia Zade, que arquea una ceja. El resto de su rostro está inexpresivo.

Vuelvo a clavar la vista en Claire y me pregunto si pretende quitarse de encima la amenaza de uno de los hombres más peligrosos del mundo. Tiene razón: en efecto, Claire cuenta con muchos recursos. La arpía tiene a todo un gobierno a su disposición. Pero es tan débil como el escudo detrás del cual se esconde. Se ve obligada a usar a otras personas para protegerse porque es incapaz de hacerlo ella misma.

Ella solo es el cerebro que hay detrás de sus operaciones, pero no tiene la fuerza. En cambio, Zade… Zade tiene la fuerza y el cerebro.

Claire sabe que no podrá esconderse en esa isla para siempre, del mismo modo que no podrá esquivar la ira de Zade toda la vida. Está acorralada y es consciente de que le costaría mucho matar a Zade. Claire ha encontrado un rival que está a la misma altura que ella, y su única escapatoria es negociar.

—Vamos a sentarnos, ¿os parece?

—Claro —murmura Zade. Se gira para coger la parte trasera de la silla donde está sentado Jeff, lo tira al suelo literalmente y me hace un gesto para que me siente, como si me ofreciera una silla en un restaurante de lujo.

Claire coge la silla que hay delante de mí, de modo que el cuerpo atado de Jeffrey queda entre nosotras. El rostro del hombre ha adoptado un preocupante tono violeta debido a la rabia y la vergüenza. Claire apenas le dedica una rápida mirada antes de hacerle un gesto con los ojos a uno de sus secuaces.

—Deshazte de él.

Unos segundos más tarde, una bala le atraviesa el cerebro a Jeff y le sale por el otro lado del cráneo. Está muerto antes incluso de que su cabeza golpee el suelo.

Zade y yo intercambiamos una mirada, y en sus ojos desparejados veo un destello de diversión mientras coge la tercera silla, le da la vuelta y se sienta a horcajadas del revés clavando la vista en Claire.

A Claire le palpita una vena en el cuello y traga saliva con dificultad. Se me escapa una risita. Parece que sus zonas íntimas no son más inmunes a Zade que las de cualquier otra mujer de sangre caliente. Si tuviera la oportunidad, seguro que estaría encantada de tirárselo antes de atravesarle el cuello con un cuchillo.

—¿Y si establecemos una confianza mutua antes de empezar? Todos mis hombres están ocultos, no tienes ni una sola pistola apuntándote a la garganta, así que ¿podrías enviar a tus matones a la puerta? Pueden quedarse si hace falta y tendrán el campo despejado para dispararme, pero, joder, no los quiero respirándome en la nuca, ¿vale?

Claire entrecierra los ojos y reflexiona sobre la petición de Zade durante unos segundos antes de aceptar. A regañadientes, sus guardaespaldas se reparten por la entrada principal, asegurándose de que nos continúan viendo a la perfección.

—Suéltalo, Claire. ¿Qué es lo que nos propones? —pregunta Zade, pero entonces alza una mano para detenerla justo cuando ella abre la boca—. Y asegúrate de que es una propuesta interesante. Hiciste que secuestraran, violaran y torturaran a mi chica, y estuviste a punto de matar a su madre.

Sus labios rojos se fruncen hasta formar una línea firme. Al parecer, no le gusta que le recuerden todas sus malas acciones. Me pregunto cómo coño duerme por la noche. O quizá es que en realidad es un reptil y no necesita dormir. A decir verdad, esto me parecería más realista ahora mismo.

—Te ayudaré a terminar con la trata de personas —dice Claire. Zade y yo nos quedamos callados, procesando sus palabras, así que ella prosigue—: Aunque es un negocio muy rentable, hay otra cosa que quiero obtener.

—¿Y qué es? —interviene Zade con voz grave, animándola a continuar.

—Control absoluto de toda la población humana. En estos momentos la gente es demasiado consciente de su inútil existencia. Yo quiero tener el poder absoluto. Quiero que ambos —se corrige— tengamos el poder absoluto.

Frunzo el ceño y la fulmino con la mirada.

—¿Y qué piensas hacer con ese poder absoluto? —quiere saber Zade—. ¿Exactamente qué es lo que pretendes hacer?

—Está claro: crear una nueva era. Juntos podemos conseguir todo lo que queramos. Podríamos lograr que sus vidas sean útiles, darles un propósito real.

—¿Y cuál sería ese propósito? —me meto—. ¿Que sean robots sin pensamiento propio que lo único que hacen es servirte a ti?

—Se terminaría el sufrimiento —espeta, y posa sus ojos verdes glaciales sobre mí. No se ve ni un atisbo de alma en su mirada—. Y el planeta podría prosperar. Si los humanos tuvieran una ley y un orden de verdad, podríamos hacer muchas cosas. Poner fin al hambre en todo el mundo, estrechar la brecha entre los ricos y los pobres, reducir la pobreza y que haya menos gente sin hogar.

Sacudo la cabeza.

—Estás intentando que el hecho de privar a la gente de libertad suene virtuoso.

—Es que lo es —replica.

Parpadeo, absolutamente confundida.

—¿Estamos en una película? No puede ser que lo digas en serio. —Me giro hacia Zade y me lo encuentro mirando a Claire mientras se frota los dedos con semblante distraído. Su cerebro está maquinando algo—. Lo dice de verdad, ¿no?

Él arquea una ceja.

—Eso parece.

Ojalá supiera qué está pensando. Lo que afirma Claire es algo que solo se ve en el cine o en la literatura. Esas gilipolleces de implementar un nuevo orden mundial parecen tan lejanas a la

realidad que la gente lo convierte en ficción como forma de ocio. Yo misma he escrito algún libro que trata de eso.

—Quieres cambiar una forma de esclavitud por otra —dice Zade al fin.

—Lo que quiero es cambiar el sufrimiento humano por un mundo nuevo y mejor —argumenta —. La tecnología que podrías crear nos permitiría avanzar hasta una era del todo nueva. —Ahora centra su atención en mí, y me doy cuenta de que, en efecto, es un puto reptil. Es una serpiente de mierda—. Nadie volvería a pasar por lo que tú viviste. No se sacrificaría a más niños ni niñas. No se vendería a más mujeres. Lo desmantelaría todo.

—¿Qué es lo que te impide hacerlo ahora? —pregunto—. ¿Qué te impide intentar apoderarte de todo el mundo?

—Zade —se limita a responder, y se gira hacia él—. Te convertiste en un problema cuando creaste tu organización y te propusiste destruir aquello que me ha costado tanto construir. Y lo admito, se te da bastante bien; por eso quiero forjar una alianza para que trabajemos juntos, en lugar de enfrentarnos el uno al otro. Yo te daré lo que tú te mueres por tener y, a cambio, tú me ayudarás con lo que yo quiero.

—Explícamelo como si fuese estúpido, Claire —dice Zade con tono seco—. ¿Quieres que deje de exponer al gobierno? No, quieres más que eso. ¿Quieres que cree una tecnología para que se la implantes a la gente en el cerebro para convertirlos en robots de verdad? ¿Para que así no puedan oponerse?

Claire arquea una ceja y empieza a esbozar una sonrisa.

—Eso sí que es una buena idea. Yo puedo crear un nuevo mundo con leyes y consecuencias si las infringes, y tu tecnología podría propulsarnos y facilitar que hagamos cumplir las leyes. Podríamos obligar a la gente a andar en fila recta siguiendo una línea que hayamos trazado nosotros mismos donde queramos. Pero ¿arrebatarles la capacidad de pensar por sí mismos? Sería fantástico. —Se le ilumina la mirada—. ¿Podrías hacerlo?

Me la quedo mirando boquiabierta. Ni siquiera sé qué decir. ¿Terminar con la trata de personas suena como un sueño hecho realidad? Claro que sí. Pero sería a cambio de su fantasía de arrebatarle la libertad a la gente y convertirlos en zombis.

Ni siquiera estoy segura de qué haría Claire con toda esa gente, pero no me interesa saberlo. Lo que yo quiero es lo mismo que Zade ha querido todo este tiempo: erradicar la trata de personas. Sin embargo, ese deseo jamás ha ido acompañado de expectativas ingenuas.

—La tecnología puede hacer cualquier cosa. Su única limitación es su creador —afirma Zade.

Claire sonríe, y en su mirada veo un destello de algo que le ha robado a mucha gente. Que me ha robado a mí.

Esperanza.

Pero no le pertenece a ella, sino a las almas que se han roto por su culpa.

—¿Lo ves? Podemos hacer todo lo que queramos —prosigue Claire—. Estoy convencida de que tú no tienes limitaciones.

Al ver que los ojos de Zade se oscurecen, la presión que sentía en el pecho se aligera.

—Tienes razón, Claire. No tengo limitaciones.

La mujer malinterpreta por completo sus palabras y se le ensancha la sonrisa. Está demasiado deslumbrada ante las posibilidades como para darse cuenta de lo que le espera.

—Tú ya tienes poder —le recuerdo—. Eres un gobierno en la sombra que controla todo el país. Y más ahora que tus socios están muertos. ¿No te basta con eso? ¿Ahora quieres el control absoluto de todo el mundo?

Se inclina hacia delante y sisea mostrándome los dientes.

—Tal vez tu diminuto cerebro no es…

—¿Sabes cuál es tu problema? —la corta Zade—. No tienes ni puta idea de cómo se forja una alianza. ¿De verdad crees que conseguirás algo insultándola?

Zade se levanta y, aunque veo que Claire está luchando consigo misma, se obliga a erguirse. Sus guardaespaldas nos apuntan, pero Zade se mueve como si estuviera protegido por un chaleco antibalas.

Se me acelera el corazón y noto que se me dispara la adrenalina, porque el muy idiota no lleva ningún chaleco, y como se le acerque una bala me cagaré en todo.

—No es muy inteligente que menosprecies a la gente que te apoya. ¿No has leído los libros de historia? Usar el miedo para exigir respeto es una técnica muy frágil. No dura demasiado porque la gente no confía en ti, y aprovechan la primera oportunidad que se les presenta para traicionarte. Z no está basado en el miedo, Claire. Se basa en el deseo compartido de matar a las personas como tú. ¿Y sabes qué? Mi organización confía en que haga precisamente eso.

A la mujer se le abren mucho los ojos al darse cuenta del destino que le espera. Hay una hilera de bombas situada en la parte frontal de la destilería, justo debajo de donde están los hombres de Claire, y en cuestión de segundos detonan todos los explosivos con un estallido ensordecedor.

La fuerza de la detonación nos hace retroceder un par de pasos y me cubro la cara para protegerme de la lluvia de escombros. Nos hemos asegurado de que las bombas no fuesen tan potentes como para que se derrumbe todo el edificio, pero que a la vez tuviesen la fuerza suficiente para hacer que una persona —o varias— estalle en mil pedazos.

Algunos de los guardaespaldas que estaban en los extremos se retuercen en el suelo. Les falta alguna extremidad, pero todavía están vivos y pretenden morir con las botas puestas. Sin embargo, antes siquiera de que puedan volver a apuntarnos a Zade y a mí reciben un balazo de muerte por parte de los hombres de Zade que estaban detrás de nosotros, ocultos en las profundidades de la destilería.

Hecho una furia, Zade agarra a Claire por el cuello y la alza. La mujer se queda ojiplática al ver el fuego que se propaga detrás de ella, iluminándola con el mismo brillo en el que se consumirá para siempre su alma.

—Hiciste que mi mundo se derrumbara a mi alrededor exactamente así, ¿te acuerdas? Hiciste detonar aquellas bombas y luego me arrebataste a Addie. ¿Cómo te sientes, Claire? ¿Cómo te

sientes al haber estado tan cerca de conseguir tu objetivo y ver que te acaban despojando de tu alma?

Desesperada, la pelirroja sacude las piernas en el aire en un intento fallido de conseguir apoyar los pies en el suelo para aliviarse del agarre de Zade. Le clava las uñas en la piel y le deja un rastro rojo, como el color de su pintaúñas.

—¿Te gustaría hacer los honores, nena? —me pregunta, observándome por encima del hombro con una mirada tan iluminada como las llamas que tenemos delante.

Algo profundo y carnal se me enciende en el estómago, y no puedo negar que una sensación de excitación me recorre las venas, al igual que a Zade.

—Sí —digo con una sonrisa, y me acerco a ellos.

Zade se recoloca para coger a Claire por la nuca y mantenerla quieta, a pesar de sus intentos desesperados por escapar de él. Me aferro a mi cuchillo negro y lila, lo alzo hasta su cuello y lo presiono sobre su piel hasta que la sangre empieza a brotar por debajo del filo.

Esta mujer es la responsable de todos y cada uno de mis demonios. Yo tenía una vida relativamente normal antes de que la Sociedad se fijara en mí. Y, aunque el miedo y la adrenalina siempre han tenido un efecto inexplicable en mí, la idea de matar a alguien me resultaba repugnante. Me rebelé contra ello cuando Zade llegó a mi vida, y aún después de haberme enamorado de él era un tema que todavía no había aceptado del todo.

Y mira ahora: Claire se enfrenta a su propia creación, un ángel de la muerte que le presiona un cuchillo contra el cuello, embriagado al ver su sangre.

—¡Por favor! —suplica con un chillido estridente—. ¡Podemos encontrar alguna solución!

—Cada uno cosecha lo que siembra, Claire —digo, y entonces deslizo el cuchillo poco a poco por su cuello atravesándole los tendones y los músculos. La sangre me salpica en la cara, pero me regocijo por la sensación. Me detengo justo antes de llegar a la yugular, porque quiero que su muerte sea lenta y dolorosa.

¿Acaso verá escenas de su propia vida antes de morir o contemplará todas las vidas que ha robado?

Espero que desciendan del paraíso y que la arrastren al puto infierno con sus propias manos.

Zade empuja a Claire, que se empieza a ahogar con su sangre, hasta las llamaradas que hay en la parte frontal de la destilería, donde están esparcidos los cadáveres de sus hombres.

La mujer intensifica su lucha. Incluso a las puertas de la muerte es consciente de que las cosas no harán más que empeorar. Zade se detiene ante el fuego, la agarra con una mano por el cuello ensangrentado y la alza en el aire mirándola a los ojos grandes y desesperados.

—Quiero que ardas, hija de puta —gruñe, y entonces la arroja al fuego.

Las llamas consumen su cuerpo de inmediato. Claire emite unos gritos ahogados, pero apenas se oyen los sonidos. Su figura convulsiona y se revuelca, y tengo que fruncir la nariz por la peste a rancio que nos llega a continuación.

Ha entrado en la nave con la convicción de que podría dominar el mundo si le daba a Zade lo

que él lleva tanto tiempo trabajando por conseguir.

¿Acaso no lo sabe?

Zade es un dios.

Y el único que dominará el mundo es él.

Capítulo 43

El diamante



Sibby está bailando en el salón. Sus pies, cubiertos por unos calcetines de lunares, se deslizan en círculos sobre las baldosas a cuadros disfrutando de nuestro éxito tan esperado. En paralelo, Zade vuelve a interrumpir un programa de televisión para dar un comunicado.

Ha expuesto al gobierno en la sombra y el control que tenían sobre la trata de personas, secuestrando a niños y niñas pequeños, así como a mujeres, para venderlos a gente asquerosa. Lleva diez minutos hablando y le ha dado al mundo la esperanza de que la explotación sexual empezará a morir lentamente.

«Claire Williams no es la primera persona en contribuir a las crueldades que azotan a nuestro mundo y tampoco será la última. Una a una, desinfectaré todas las plagas de nuestra sociedad, y solo entonces podremos vivir en paz. Yo soy Z y estoy vigilando».

Su mensaje se corta y, de nuevo, lo sustituye una periodista con los ojos muy abiertos a quien se le escapa una risita nerviosa.

—¿Quién ocupará el puesto de Claire? —pegunta Daya a mi lado mientras se mete un puñado de palomitas en la boca.

Arqueo una ceja.

—¿Crees que tendría que haber otro gobierno en la sombra? —digo con curiosidad a la vez que cojo un puñado de palomitas yo también y me lo llevo a la boca.

Daya se encoge de hombros y traga antes de responder:

—Claro. Para mí es obvio que el gobierno tendría que controlarlo alguien, pero no una persona a quien solo le interese arreglar los problemas del mundo para beneficio propio. Necesitamos a alguien a quien le importe el medioambiente, que fomente los avances científicos y médicos sin recurrir a experimentos crueles y básicamente sin usarnos como esclavos. Me parece que ya hemos vivido demasiadas mierdas como esta a lo largo de la historia. Tenemos que purificar el planeta, pero la gente que está al mando ahora mismo no lo hará.

Frunzo los labios.

—Creo que tienes razón, pero no sé quién podría hacerlo.

—¿No piensas que Zade lo podría hacer?

Sacudo la cabeza y mastico unos granos de maíz que no se han abierto del todo. Son mi parte favorita de comer palomitas.

—No puedo decirlo al cien por cien, pero me parece que Zade disfruta demasiado con lo que está haciendo en estos momentos. Con independencia de quién esté en el poder, pasará mucho tiempo antes de que la trata de personas desaparezca de verdad. Soy incapaz de visualizar a Zade satisfecho detrás de un escritorio tomando decisiones en lugar de estar a primera línea para ser él mismo quien acaba con los delincuentes.

Daya asiente. Sus ojos verde salvia viajan de nuevo a la pantalla, donde los periodistas intentan recuperarse después de la interrupción de Zade. Los medios de comunicación están controlados por el gobierno, y eso significa que toda la información que ofrecen al público está censurada precisamente por las personas a las que Zade amenaza con destruir. No es de extrañar que estén incómodos cuando son las bocas que le permiten al gobierno lavarnos el puto cerebro.

—Ya lo haré yo —interviene Sibby, y acompaña su anuncio con un giro de ballet.

Daya y yo intercambiamos una mirada.

—¿Querrías dirigir el gobierno? No eres estable mentalmente, Sibby —digo sin tapujos.

La chica deja de dar vueltas y me mira con los ojos entornados. He entrenado tanto con ella que ya no le tengo miedo.

—Me preocupo por el mundo y quiero eliminar los demonios que lo habitan. ¿Te lo imaginas? —Se le dibuja una gran sonrisa en la cara, como si estuviera soñando—. ¿Te imaginas vivir en un mundo rodeado de flores? Un gran jardín, como se supone que tendría que ser el mundo.

—¿Ves? Inestable.

Me gruñe y da un pisotón en el suelo.

—Podría hacerlo, Addie. Ya sé que a veces me pongo de mal humor y que necesitaría ayuda. Pero podría arreglar el mundo —me dice vehemente.

Ladeo la cabeza y reflexiono en serio sobre sus palabras. Habría que controlar los métodos de Sibby, pero… hay que admitir que jamás he conocido a alguien más obsesionado con eliminar del mundo a las personas malvadas. ¿Acaso podría hacerse realidad su objetivo? Está claro que no. Pero quizá no estaría tan mal tener a alguien que cree que sí es factible. Y con su habilidad para detectar a las personas que están podridas, podría contar con un equipo de gente que tenga buenas intenciones.

—¿Qué harías? —le pregunto.

—Espera, ¿de verdad crees que podría hacerlo? —interviene Daya, incrédula, y pasea la mirada entre Sibby y yo.

Sonrío y me encojo de hombros.

—Sería mejor que Claire. Y no estaría sola. Su único propósito en la vida es hacer que el mundo sea un lugar mejor, ¿no?

Daya entreabre los labios buscando una réplica, pero no encuentra ninguna. En realidad, se podría argumentar en contra de cualquier persona que estuviera en esa posición de poder. No hay nadie perfecto. Sibby no lo es, pero sus intenciones son genuinas.

Curiosamente, es quien tendría menos probabilidades de dejarse llevar por el poder o de ser influenciada de modo negativo.

Es demasiado… apasionada.



Un suave golpecito en la puerta me distrae cuando estoy entrenando con Sibby. Por supuesto, su puño impacta contra mi mejilla un instante más tarde y casi me hace caer al suelo.

Me pitan las orejas y me acuno el lateral de la cara fulminándola con la mirada. Ella me dedica una sonrisa salvaje, y no hace falta que abra la bocaza para que sepa qué me dirá.

«Nunca apartes la vista de tu oponente».

La señalo con el dedo.

—Nunca duermas con los dos ojos cerrados, ¿me oyes?

Suelta una risita y se dirige a las escaleras mientras yo me encamino hacia la puerta de entrada, sudando de arriba abajo y con la cabeza palpitándome. Estoy tan cabreada que abro la puerta de golpe sin molestarme en comprobar primero quién hay al otro lado.

Se me ponen los ojos como platos al encontrarme a un hombre extraño al que no había visto jamás al lado de mi madre.

Me quedo embobada mirándolos, demasiado sorprendida como para hacer mucho más. Como siempre, mamá lleva la melena rubia peinada a la perfección y una capa de pintalabios rosa claro le ilumina el rostro. Ella también se me queda mirando, esperando a que diga algo, pero soy incapaz.

—Hola, cariño —dice dedicándome una sonrisa débil.

Al final consigo volver a la realidad y mi cuerpo se mueve en piloto automático.

Me inclino hacia delante y la envuelvo en el abrazo más suave de todo el mundo, preocupada por su herida, pero a la vez contentísima de verla. Unas lágrimas me humedecen los ojos y me nublan la visión a la vez que la nariz me escuece por el intento de mantener a raya los mocos.

Mamá me da una palmada en la espalda.

—Cielo, hueles fatal.

—Lo siento —me disculpo, aunque en realidad no lo lamento en lo más mínimo. Parpadeo varias veces para evitar que se me escapen las lágrimas y retrocedo.

Normalmente mamá me pondría mala cara, pero en este caso me mira sin hacer ninguna

mueca. Es un alivio porque no la he visto ni he hablado con ella desde el día que la llevamos a casa, hace ya más de un mes. Dejé de llamar a mi padre porque al final decidí que sus insultos no nos ayudarían a nadie.

—¿Por qué estás aquí? ¿Dónde está papá? ¿Y tú quién eres? —La última pregunta la formulo mirando al desconocido que hay a su lado.

Ahora que lo veo bien, estoy aún más confundida. Tiene el pelo castaño claro, con la parte superior despeinada y revoltosa, los ojos azules muy bonitos y una sonrisa espectacular. Casi tanto como su cuerpo. No puede ser mayor que yo, pero se mueve con una increíble seguridad en sí mismo, algo que la mayoría de los hombres de mi edad no poseen.

Hay algo en él que me pone nerviosa, aunque no lo sé identificar con exactitud.

Lo único que sé es que está buenísimo. ¿Qué coño hace mi madre con él?

—Kraven —responde con una sonrisa pícara.

—Por el amor de Dios, ¿es tu novio? —le pregunto a mamá con los ojos muy abiertos.

—Adeline Reilly, no seas inapropiada. Por supuesto que no. Me ha estado ayudando mientras me recupero. Y ahora déjame entrar, me quedan diez segundos antes de que me desplome en el umbral de tu puerta y no vuelva a levantarme.

Veo que sigue siendo tan dramática como siempre.

Al sonreír, a Kraven se le marcan los hoyuelos. Le coge el brazo a mi madre para ayudarla a entrar en la casa y se dirigen hacia el sofá de cuero rojo. Me los quedo mirando como una tonta y me pregunto cómo narices habrá convencido a mi padre para permitir que alguien la ayude con la recuperación. Sobre todo, alguien que tiene… ese aspecto.

Y puede que no sea su novio, pero, a juzgar por el rubor de sus mejillas, está claro que no es inmune a él. A decir verdad, si mi madre termina con un hombre más joven…, pues bien por ella.

Estaría orgullosa.

Regreso a la realidad, cierro la puerta y me siento delante de ella. Sibby debe de estar arriba, duchándose, y Zade está rastreando a un usuario de la *Dark Web* a quien le gusta torturar a niños en una retransmisión en directo por vídeo.

Cuando no entreno con Sibby estoy trabajando en una nueva historia. He echado de menos escribir y está siendo una excelente forma de evadirme ahora que Claire por fin está muerta. Pronto terminaré mi primer libro desde que volví a casa, y creo de todo corazón que es lo mejor que he escrito hasta la fecha.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto, pero desvío la mirada hacia Kraven.

—Irritada —bufa—. Tu padre me está volviendo loca.

Frunzo los labios y siento una punzada de dolor en el pecho con tan solo pensar en él, pero también me resulta tranquilizante que a mamá le parezca tan ridículo como a mí.

—¿Sabe que estás aquí? —quiero saber.

—¿Cambiaría algo que lo supiera? —replica. Ahí está, esa mueca de superioridad. Me hace

sonreír.

—Intenté ir a verte —murmuro.

Su expresión se suaviza.

—Ya lo sé, cielo. Estaba demasiado débil como para hacer algo, pero no estaba de acuerdo con tu padre. A pesar de que tienes un gusto horroroso en cuanto a hombres, eres mi hija y siempre lo serás.

Le dedico una mirada divertida.

—Está claro que no soy la única que tiene un gusto horroroso en cuanto a hombres.

Mi madre hace una pausa y luego, sorprendentemente, suelta una risita. Ahora me siento como si fuese yo quien tiene una herida de bala. O sea, ya sé que soy graciosa. Pero a mi madre nunca se lo ha parecido.

—Supongo que no —reconoce—. Por cierto, ¿dónde está tu novio? Me gustaría darle las gracias.

Alzo las cejas por el asombro y me pregunto si Sibby me ha golpeado con tanta fuerza como para mandarme a un universo alternativo.

—No me mires así —dice con insolencia—. Puede que sea una mala influencia, pero me salvó la vida. Junto con ese doctor amigo suyo tan amable.

—No está aquí ahora mismo, pero se lo diré.

Asiente con rigidez y mira hacia el techo cuando la tarima de la planta superior cruje.

Puede que haya sido Sibby, pero también es posible que no fuese ella. Tal vez se trate de Gigi, hace bastante que no la veo. Pero esa es la gracia de Parsons Manor: en el fondo nunca lo sabes.

Me remuevo incómoda y abro la boca preparándome para disculparme de nuevo, pero ella alza una mano para acallarme.

—Ya sé lo que dirás. Otro tema con el que se equivocó tu padre, que a veces puede ser muy cruel. No fue culpa tuya que me dispararan, Adeline. No recuerdo gran parte de lo ocurrido, y agradezco que sea así, pero lo que sí sé es que había un hombre apuntándote en la cabeza con una pistola. Y, si recibir un balazo en el pecho permitió que a mi hija no le disparasen en el cráneo y que acabara criando malvas…, entonces ha valido la pena.

Me tiembla el labio y los ojos se me empiezan a llenar de lágrimas. Bajo la barbilla y me esfuerzo por mantener la compostura para no empezar a lloriquear como una tonta.

—Gracias —susurro con la voz ronca y tensa.

Cuando su mirada se encuentra con la mía, es suave y casi triste. Lo único que consigue es que el pecho me duela aún más.

Carraspeo, me enjugo las lágrimas y me preparo para cambiar de tema.

—Oye, Kraven, ¿por qué te llamaron así tus padres?

Mamá suspira y sacude la cabeza por mi pregunta borde. En fin.

Es una pregunta válida.

El hombre sonríe.

—Es el nombre de mi padre —se limita a responder, sin entrar en detalles.

—Vale, Kraven Jr., ¿y para qué empresa trabajas?

—Addie —me espeta mamá.

La ignoro. También es una pregunta válida.

—Mi madre trabaja como enfermera a domicilio y a veces, si los pacientes dan su visto bueno, la acompaño para ayudarla. —Encoge un hombro y mira a mi madre—. Nos caímos bien enseguida, así que le echo un cable a Serena cuando tiene que hacer recados o ir a algún sitio.

Mi madre esboza una sonrisa cálida.

—Su madre es un sol, de verdad, y Kraven también ha sido un auténtico descubrimiento. Tu padre está trabajando mucho otra vez, así que me ha ido genial tener un apoyo extra.

Me relajo y asiento, aliviada de que esté tan cuidada.

En general no soy una persona que sospeche de los demás, pero mis habilidades de combate no son lo único que he perfeccionado en los últimos meses. Mis instintos están afilados, y, aunque Kraven no me transmite necesariamente mal rollo, me da la sensación de que no es tal como se presenta.

Antes de que pueda pronunciar otra palabra, Sibby aparece por las escaleras dando pisotones, con el pelo mojado de la ducha, la cara recién lavada y ataviada con un vestido camisero de color azul regio y unas grandes zapatillas de estar por casa rosas con el diseño de un conejito.

Justo cuando está a punto de decir algo, se detiene en seco y todo su cuerpo se tensa. Como si fuera en cámara lenta, sus ojos se posan sobre Kraven y se le abren mucho cuando sus miradas se encuentran.

—¿Qué narices haces tú aquí? —le suelta Sibby.

Mierda. Ya decía yo que había algo en él que no cuadraba.

Con las cejas arqueadas, me giro hacia el cuidador de mi madre y me lo encuentro tan sorprendido como Sibby.

—Podría preguntarte lo mismo, Sibel.

Epílogo

El cazador



Tres meses más tarde

—¿Todavía no la habéis encontrado? —le pregunto a Daya. Levanto la mirada hacia ella mientras clavo el tenedor en mi ensalada y me fijo en un picatoste que me cae del plato.

Daya hace un mohín y veo un destello de culpabilidad en sus ojos verdes.

—No —admite—. No me extraña que consiguiera esquivar a la policía durante tanto tiempo cuando la buscaban por asesinato. Está claro que sabe desaparecer.

Asiento luchando por mantener a raya la frustración. No es culpa de Daya ni de Jay ni tampoco mía siquiera que no podamos encontrarla. Esa pequeña cazademonios sabe esconderse; lleva haciéndolo desde hace demasiado tiempo como para cometer el error de dejarse atrapar por segunda vez.

Hace tres meses Sibby desapareció. No sabemos dónde está, pero lo que sí sabemos es que Kraven está con ella.

Addie dijo que, cuando Kraven vino con Serena de visita, se dio cuenta de que había algo raro en él. Y entonces, cuando Sibby lo vio, fue como si un fantasma se le hubiese materializado en las narices.

No dijeron gran cosa, seguramente porque Addie y Serena los estaban observando, pero al parecer se dijeron sin palabras todo lo que se tenían que decir.

Esa noche Sibby se fue mientras Addie y yo dormíamos. Y no los hemos vuelto a ver desde entonces. Kraven también desapareció sin decir nada a nadie, y tanto su madre como la madre de Addie están preocupadísimas.

—Sibby hará que me salgan canas —murmuro, pinchando el tenedor en una hoja de la ensalada.

Daya juguetea con el aro dorado que tiene en la nariz, y se le tensan las comisuras de los ojos cuando Addie y ella intercambian una mirada.

Aunque a Sibby se le da muy bien esconderse, la cuestión es que mi programa de reconocimiento facial no la ha detectado en ninguna puta cámara en ningún lugar del planeta durante tres. Putos. Meses. Las chicas creen que está muerta.

Pero me niego a creerlo. Y una mierda.

Sé que está en alguna parte, y ojalá supiera qué trama.

—Ya aparecerá —interviene Addie, aunque no suena muy convencida. Pincha el tenedor en la ensalada y murmura—: Siempre ha sabido sorprendernos.

Frunzo los labios. Sus palabras me han recordado el secretito que me está ardiendo en el bolsillo trasero. Si se lo escondo, no solo seré incapaz de vivir con ello, sino que, además, Addie se sentiría dolida si algún día se enterase. Y, aunque me encanta provocarle dolor, solo me resulta placentero si al final se corre en mi cara o en mi polla.

Gruño por dentro y hago de tripas corazón.

—Hablando de sorpresas…

Sus ojos de color caramelo se alzan, confundidos, y me meto la mano en el bolsillo para sacar la nota y pasársela. Con una mueca, Addie la coge y la lee enseguida. Se le van abriendo los ojos de forma gradual a medida que procesa el mensaje.

Sus ojos redondeados viajan poco a poco hasta mí y le arqueo una ceja.

—Estaba en el buzón. Pero me parece que todavía no estoy del todo convencido, la verdad —le digo con relación a la nota.

Se le dibuja una sonrisa, y la sorpresa se desvanece con lentitud hasta convertirse en alivio.

Y supongo que puedo vivir con el hecho de que Addie sea feliz, aunque sea por un gilipollas de mierda.



Addie se sacude con un gesto brusco, y su mano se queda a escasos milímetros de mi cara mientras un grito agónico escapa de su lengua, seguido de lo que parece ser el nombre de Xavier. Mi visión se oscurece, furioso de que los monstruos que contaminan sus pesadillas no sean yo.

Soy el único monstruo que tiene permitido acecharla en sueños, coño.

Apretando la mandíbula, la cojo por el brazo con el que casi me ha golpeado y la hago ponerse de lado de modo que me dé la espalda. Le doblo el brazo para que quede junto al pecho y la aprieto con fuerza contra mí. Su piel desnuda se desliza contra la mía y me despierta un deseo carnal en el pecho. Va más allá de reivindicar a Addie como mía. Quiero poseerla. Marcarla. Incrustarme en ella tan profundamente que ya no exista Adeline Reilly fuera de mí.

Me apoyo sobre el codo y le suelto el brazo para escupirme en los dedos y frotarme la polla. Tras respirar profundo, me hundo dentro de ella, y tengo que cerrar los ojos tanto por la fricción como por lo bien que me hace sentir.

Addie se despierta con un chillido sobresaltado. Se le marcan las pulsaciones en el cuello y se le cierra el coño alrededor de mi longitud. Reprimo un gruñido, demasiado embelesado por su mirada de pánico y los temblores de su cuerpo.

—¿Zade? —susurra con voz ronca por los gritos.

Cuando embisto en su interior, entre sus labios carnosos escapa una exclamación ahogada. Addie se tensa y luego se relaja, amoldando la curva de su culo para que pueda entrar más adentro.

—¿Me sientes, nena? —pregunto también en un susurro.

Subo la mano por su estómago hasta llegar al valle que hay entre sus pechos y a su delicada garganta. Se le acelera el corazón y enseguida le noto las pulsaciones en la piel del cuello.

Todavía jadeando, Addie se humedece los labios antes de responder:

—Sí, te siento.

—Hum… ¿De quién es este coño, Adeline? —pregunto con voz siniestra.

—Tuyo —murmura de forma automática.

—Buena niña. El hombre de tu cabeza no es el monstruo, ratoncita. Lo soy yo. Cada vez que grites el nombre de otro hombre, lo sustituiré por el mío. Y me importa una mierda si duele.

Empujo las caderas contra ella, que se estremece por el contacto y emite un gemido.

La luz de la luna se cuela por las puertas del balcón y nos pinta el cuerpo con un aura suave que solo puede crear el cielo. Mis ojos trazan las curvas de nuestros cuerpos, las suaves líneas que separan su alma de la mía.

Dos seres marcados y profanados, pero aun así parecemos putas obras de arte. Una obra maestra a la que no podría hacerle justicia ni siquiera Da Vinci. Quiero sujetarla contra la pared y enseñarle cómo es el arte cuando está alimentado por la pasión.

—Cuando tengas miedo y apenas puedas respirar, aquí es donde estaré. Dentro de ti. Tanto si estoy contigo físicamente como si es solo en tu corazón, siempre estaré aquí.

Un escalofrío le recorre el cuerpo. Retiro las caderas antes de volver a hundirme en ella, arrancándole un gemido ronco de la garganta.

Pierdo el control y me permito romperme por un momento. Se me echa la cabeza hacia atrás, se me ponen los ojos en blanco y gruño al sentir su coño perfecto envolviéndome la polla.

El puto nirvana.

Bajo la barbilla y con los labios trazo la curva de su cuello palpitante antes de clavarle un mordisco en las pulsaciones como si estuviese poseído. Su miedo sabe mucho mejor de lo que me imaginaba.

Addie inhala con brusquedad y acerco mi boca hasta su oreja, embelesado por cómo tiembla debajo de mí.

—Ahuyentaré a tus demonios, Adeline, y saldrán corriendo y se esconderán porque yo doy más miedo.

Embisto dentro de ella tanto como puedo para hacer hincapié en mis palabras, y consigo que

emita un grito ahogado. Su mano se posa sobre mi cadera con una palmada y luego la tira hacia atrás para clavarme las uñas en el culo.

—Zade —susurra, arqueando la espalda y frotándose contra mí.

Reprimo otro gruñido, le levanto una pierna y paso mi brazo por debajo de su rodilla a la vez que empujo con movimientos cortos e intensos para darle en ese punto que hace que su coño solloce. Addie pone los ojos en blanco y unos gemidos todavía confundidos por el sueño llenan la habitación y mi pecho, incitándome a follarla más fuerte y deprisa.

Para fijar su pierna más arriba, deslizo la mano hasta su garganta y aprieto con firmeza. Este nuevo ángulo le provoca unos gemidos muy agudos, y tengo que contraer los dientes porque una lluvia de emociones me supera. Rabia. Amor. Necesidad. Obsesión.

A medida que se intensifican, mi mano asciende por su cuello hasta llegar a la parte inferior de la mandíbula.

—Mírame mientras acabo contigo, Adeline. —Le giro la cara hacia mí con fuerza para capturar sus grandes ojos de color caramelo con los míos—. Siempre serás mía —gruño—. Incluso en tus putas pesadillas.

Un grito se libera de sus labios, pero no se avergüenza. No, responde a cada uno de mis embistes con sus propios movimientos.

El placer me recorre toda la columna vertebral hasta concentrarse en la base, y casi me ciega del éxtasis.

—Dios mío, Zade, por favor —me suplica sin aliento.

Le suelto la mandíbula y bajo la mano hasta las llanuras de su estómago para llegar a su coño empapado, y con la punta de los dedos la tiento en el clítoris.

—Tus ruegos son tan bonitos, ratoncita —murmuro—, pero quiero oír tus gritos cuando me pidas que tenga piedad contigo.

Salgo de ella a pesar de las fuertes protestas de mi polla. Me resulta prácticamente doloroso apartarme de ella para rebuscar en la mesita de noche.

—¿Qué haces? —se queja Addie, y no tengo ninguna duda de que su coño está contrayéndose por mí, buscándome.

Cojo lo que necesitaba y vuelvo a empujarla contra mis brazos, de modo que su barbilla se apoye en su hombro mientras intenta entender qué pretendo hacer. Joder, está tan sublime bañada por la luz de la luna que casi me distraigo.

Le quito la tapa al lubricante, me embadurno la polla y aprieto los dientes al repartírmelo por toda mi longitud. Todavía dolidas por la ausencia de su coño, mis caderas se estremecen contra mi mano de forma involuntaria como si fuese un primitivo que no sabe controlarse.

Es lo que siempre le he dicho: no tengo ningún control con ella.

—Zade —me llama, y detecto que en su tono de voz suenan unas campanas.

Antes de lanzar la botella por encima del hombro, me pongo una generosa cantidad de lubricante en los dedos y se lo reparto por la entrada del culo. Addie inhala sorprendida y suelta

unos gimoteos cuando le meto un dedo y luego otro para abrirla y prepararla para lo que vendrá. Se estremece y solamente es capaz de coger una gran bocanada de aire, aunque no sé si se debe al asombro o al miedo.

Me tomo mi tiempo para que se dé de sí, a la vez que le mordisqueo los hombros, le dejo un rastro de chupetones y le arrebato suaves gimoteos. Cuando saco los dedos, está jadeando y tiene los músculos relajados. Deslizo la mano por debajo de su muslo y la vuelvo a levantar.

—Espera —me pide—. La tienes muy grande, no sé si podré.

—Tu cuerpo está hecho para mí, joder. Así que serás una buena niña y la aceptarás.

En ningún momento dudo de que el miedo le está recorriendo el cuerpo entero y de que se le ha empapado el coño como respuesta. Está nerviosa, pero mantiene esos bonitos dientes blancos sellados.

Chica lista.

—¿Confías en mí? —pregunto. Me hace gracia ver que sus ojos salen disparados hacia mí y me fulmina con la mirada.

—Te confiaría la vida. Pero ¿confío en que no vayas a partirme por la mitad? Para nada.

Se me esboza una sonrisa salvaje que deja al descubierto mis dientes.

—Pero te pone cachonda el dolor, ¿no, Addie?

Antes de que pueda protestar, sitúo la punta de la polla en su entrada, que está tensa, y empujo con suavidad. Sus ojos se abren mucho al registrar el dolor mientras la penetro con lentitud. Mis dedos corren enseguida hacia su clítoris para encontrar un punto medio entre la agonía y el placer.

—Zade —gime, y en su interior se desata una guerra. Me clava las uñas en la cara exterior de los muslos de nuevo cuando traspaso el aro más apretado y me hundo poco a poco dentro de ella.

Le muerdo el hombro con un gruñido. Estoy prácticamente temblando por la necesidad de hacerla sangrar y de follarle el culo hasta que esté sollozando.

No sé cómo, pero consigo refrenarme de ambas cosas. Aunque me encanta hacerle daño, no tengo ningún deseo de hacerlo si no le brinda placer.

De forma metódica, voy entrando en su interior hasta que ya no puedo darle más.

—Joder, pequeña, la coges tan bien —la felicito—. Así es, buena niña, ábrete para mí.

Se aferra a las sábanas y, como una planta floreciendo bajo la luz del sol, todo su cuerpo se relaja y me acepta en su interior como si fuese lo único que le diese vida.

Ambos estamos temblando, a punto de estallar por lo apretados que estamos. Le doy treinta segundos, un pequeño periodo de tiempo para que se ajuste. Es lo máximo que me puedo controlar.

Suelto una respiración profunda cuando termino de contar mentalmente y salgo hasta la punta antes de volver a hundirme en ella, lo que provoca que Addie suelte un chillido. Al frotarle el clítoris con más fuerza, me gano un gemido sexy que hace que me tense por la necesidad.

—Poseo todo tu cuerpo, Adeline, y cuando acabe contigo me sentirás durante varios putos

días.

Encuentro un ritmo estable, y su cuerpo se convierte en una suave arcilla bajo mis manos persistentes. La moldeo hacia mí hasta que pasamos de ser dos a ser uno solo.

—Dios —gime, y se le rompe la voz por el placer.

—Eso, continúa diciendo mi nombre con gemidos. Si rezas lo suficiente, haré que ambos lleguemos al paraíso —la tiento a la vez que me empiezo a mover con más intensidad.

—Ay, Dios, así —dice con un grito ahogado, y se le echa la cabeza hacia atrás—. Así, Zade.

Gruño al sentir que el placer se me concentra en la base de la columna vertebral mientras la habitación se llena de los sonidos de nuestros cuerpos impactando.

—Mírate, aceptando mi polla como una buena putita —rujo—. Me aprietas tanto… Como si no pudieras permitirte perderme.

—Sí —contesta con la voz ronca y rota por la lujuria.

—Ah, ¿sí? ¿Quieres que entre más?

Cuando asiente con entusiasmo entre jadeos, tengo que reprimirme para no correrme dentro de ella.

Le doy la vuelta para que quede bocabajo y me sitúo encima de ella, y a continuación le levanto las caderas de modo que se ponga de rodillas. Su exclamación de sorpresa se intensifica cuando vuelvo a entrar en su culo tan apretado, pero este ángulo me permite adentrarme más.

—Joder —gimotea, y termina emitiendo un chillido agudo. Se tira hacia delante, como si quisiera apartarse, pero la cojo con más fuerza de las caderas y me niego a dejar que escape.

—¿Puedes con mi polla, ratoncita? —la reto—. Ya sé que te encanta huir de mí, pero quiero ver qué pasa cuando te quedas.

Empuja contra mí entre jadeos, y se me echa la cabeza hacia atrás por la felicidad absoluta. Tardo unos segundos en recuperar la cordura, pero estoy a punto de perder el control por completo.

—Putita mía —murmuro, y empiezo a moverme acelerando el ritmo de forma gradual para no provocarle ningún desgarro.

—Zade… —gime en voz alta y clara mientras la follo más rápido, animado al ver que arquea la espalda y prácticamente me suplica que le dé más.

Enseguida su cuerpo vuelve a empujarse contra el mío, y se acentúa el placer que se me había asentado en la base de la columna vertebral. Me sitúo sobre ella y con una mano le agarro algunos mechones de color canela para tirarle la cabeza hacia atrás hasta que se encuentran nuestros labios. En paralelo, la otra mano se desliza por debajo de ella hasta encontrar su clítoris, que está hinchado, y me deleito cuando empieza a sollozar.

Tenemos la piel recubierta de sudor, y los sonidos vulgares de la penetración compiten con los fuertes sonidos de nuestros cuerpos impactando. Aun así, sus gritos los superan a todos, y llenan la habitación a la vez que se entrelazan con mis propios gemidos, produciendo un crescendo de placer que resuena por todo Parsons Manor.

Voy intercambiando entre besarla, morderle los labios y cernirme sobre ellos para tragarme cada puta sílaba que pronuncia.

Addie se tensa y su culo se cierra alrededor de mi polla cuando se acerca al clímax. Acelero el ritmo de mi dedo sobre su clítoris, empujándola con desesperación hacia el orgasmo para que ambos alcemos el vuelo.

Pone los ojos en blanco y se estremece como si estuviesen haciéndole un exorcismo. Y entonces se rompe. Un grito escapa de su garganta, y el sonido atormentado se fusiona con mi nombre.

—¡Joder, Addie!

Echo la cabeza hacia atrás y un orgasmo me arrasa entero, robándome el aliento y la vista. La intensidad del clímax me ciega, y mi semen la llena tanto que se sale por su apertura hasta crear un charco debajo de nosotros.

Los sonidos que se abren camino desde mi garganta están desatados, y tengo la voz ronca por el éxtasis que me consume.

Tardo varios minutos en recuperar la visión, y cuando sucede me encuentro a Addie bocabajo jadeando, como si estuviera a punto de desmayarse.

A mí también me cuesta volver a respirar. Salgo de ella con suavidad y me dejo caer de espaldas sobre la cama mientras me sigue dando vueltas la cabeza.

Pero me niego a dejarla así, de modo que me obligo a levantarme y voy al baño, donde cojo una pequeña toalla y la humedezco con agua tibia.

Cuando regreso al dormitorio, la limpio con cuidado y me aseguro de que no haya sangre ni ningún desgarro. En cualquier caso, tendré que comprarle alguna pomada porque se quedará dolorida.

—La próxima vez —balbucea contra el colchón— huiré de ti.

Sonrío y extiendo el brazo para coger una rosa de la mesita de noche y se la pongo detrás de la oreja.

—Ya sabes que me encanta perseguirte, cariño —susurro.

—Eres un peligro —gruñe, y toma la rosa para hacer girar el suave talle entre los dedos.

Reprime una exclamación de sorpresa cuando de la flor cae un anillo y se hunde en la cama. Lo coge dubitativa, como si fuese una araña, y lo gira para verlo bien. Es un anillo de oro blanco en forma de enredadera con unas pequeñas joyas blancas incrustadas. Termina en una rosa, que está formada por rubíes brillantes.

—No hay ningún diamante —murmuro.

Addie traga saliva.

—¿Me estás pidiendo matrimonio porque estás enamorado de mí o porque te he dado sexo anal? —pregunta con voz ronca.

Echo la cabeza hacia atrás cuando una carcajada estalla en mi garganta. Tras bajar la cabeza de nuevo, veo que Addie esboza una sonrisa y se está poniendo el anillo.

—No me contestes. Me harás cambiar de opinión si dices que es porque estás enamorado de mí. Quiero que sea mi recompensa por el anal.

Se me ensancha la sonrisa y me acerco a ella para besarle el hombro desnudo.

—Te quiero, lo sabes, ¿no?

—Sí —susurra—. Y me casaré contigo en cualquier caso porque yo también te quiero.

Nunca me cansaré de oírla decir estas palabras.

—Oye, Zade.

—Dime, pequeña.

—Gracias por este chute de felicidad.

Me muerdo el labio y noto que se me quiebra el pecho por la enorme adicción que tengo a esta chica.

Me equivocaba.

El cielo no es el lugar al que vas cuando mueres, sino que está en el interior de esa persona por quien vale la pena morir.

—¿Addie?

—¿Sí?

Acerco la boca a su oreja y me deleito al ver que se estremece. Ya vuelvo a estar duro por ella; mi obsesión no tiene fin.

—Echa a correr, ratoncita.

No sé qué has hecho para convencerlo y en el fondo no quiero saberlo.

Gracias por salvar a Katerina y por mantenerla a salvo. Pero que te jodan por salvarme la vida. Sobre todo, porque supongo que lo has hecho para tocarme los huevos, y ni siquiera puedo culparte por ello.

Cuídate, princesa.

AGRADECIMIENTOS

Tengo que darle las gracias a mucha gente, pero siempre empiezo por mis lectores. Sois la luz de mi vida, y me siento muy agradecida por todos y cada uno de vosotros. Gracias por seguir apoyándome, incluso cuando me cuesta entender el porqué.

A mis alfas —May, Amanda y Tasha—, seguro que a estas alturas ya estáis hartas de mí. Me quejo mucho y me lamento por lo fatal que se me da todo esto y lo malos que son estos libros, pero vosotras continuáis animándome. En serio, no sé qué haría sin vosotras. Seguramente escribiría libros peores aún. Me parece que me moriría si no os tuviera, de verdad, y nunca encontraré las palabras en el diccionario para expresar cuánto os quiero. No me abandonéis nunca.

Quiero dedicarle un agradecimiento especial a Autumn por encaminar este libro. Me has ayudado más de lo que crees con esta novela, y siempre te estaré muy agradecida. Y a mis otras betas: gracias por aguantar una versión chapucera de estos libros y ayudarme a mejorarlos.

Angie, tampoco sé por qué narices me aguantas, pero soy egoísta y no te soltaré nunca. Gracias por quedarte a mi lado, por hacer que siempre pueda confiar en ti, y por ser tan cálida y una amiga fantástica. Te quiero.

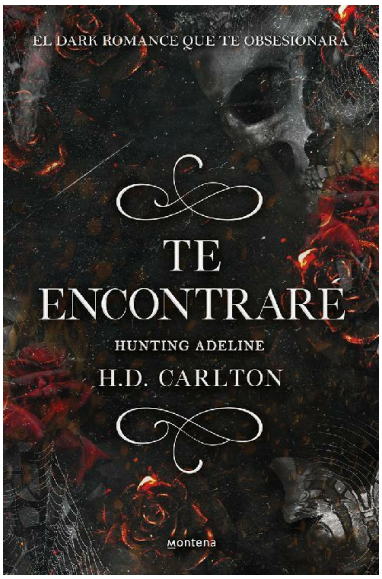
Rumi, a ti tampoco te queda otra y tienes que aguantarme. Gracias por hacer un trabajo tan increíble puliendo esta novela para dejarla espectacular.

Por supuesto, también le quiero dedicar un agradecimiento especial a Cat por estas cubiertas tan PRECIOSAS, y a Chelsea por hacer que las tripas hayan quedado tan bonitas.

Y, por último, pero no por eso menos importante, quiero darle las gracias a Victor, que es básicamente quien gestiona mi cerebro y evita que esta faceta de ser escritora se estrelle y fracase, y luego explote. Te quiero.



Después del éxito de *Haunting Adeline*, llega el final de la bilogía *dark romance* más deseada en TikTok: el juego del gato y el ratón acaba en *Te encontraré: Hunting Adeline*.



El diamante

La muerte camina junto a mí, pero la Parca no es un rival para mí.

Estoy encerrada en un mundo lleno de monstruos, vestidos con trajes de hombre, y de gente que no es lo que parece.

No podrán retenerme para siempre.

Ya no reconozco a la persona en la que me he convertido y lucho por hallar el camino que me lleve de vuelta junto a la bestia que me da caza por las noches.

Me llaman el diamante, pero lo único que han creado es un ángel de la muerte.

El cazador

Nací siendo un depredador, con la crueldad incrustada en todos y cada uno de mis huesos.

Y cuando, en mitad de la noche, me roban lo que me pertenece, como un diamante escondido

dentro de una fortaleza, noto que ya no puedo retener a la bestia que hay en mí.

La tierra se teñirá de sangre mientras destrozo este mundo para encontrarla.

Y la devolveré al lugar al que pertenece.

Nadie se librará de mi ira, especialmente aquellos que me hayan traicionado.

Advertencia: este libro incluye contenido que puede herir la sensibilidad, escenas de maltrato y contenido sexual explícito. Recomendado para mayores de 18 años. Para más detalles, consultar la web de la autora y los trigger warnings al comienzo del libro.

H.D. Carlton es una autora *best seller* internacional. Vive en Ohio con su pareja, dos perros y un gato. Cuando no está bañándose en las lágrimas de sus lectores, está viendo programas paranormales y deseando ser una sirena. Sus personajes favoritos son los que tienen una moralidad cuestionable y cree que todo el mundo debería dejar de lado la cordura antes de sumergirse en sus historias.



Título original: *Hunting Adeline*

Primera edición: septiembre de 2023

© 2022, H.D. Carlton
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Alícia Astorza, Yolanda Casamayor, Mariola Cortés-Cros
y Miriam Lozano, por la traducción
Traducción publicada por acuerdo con Sandra Dijstra Literary Agency
y Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Adaptación del diseño original de TRC DESIGNS

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19848-11-6

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
Twitter: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Te encontraré. Hunting Adeline

Lista de reproducción
Nota importante
Nota de la autora
Primera parte
1. El diamante
2. El cazador
3. El cazador
4. El diamante
5. El diamante
6. El cazador
7. El diamante
8. El diamante
9. El diamante
10. El cazador
11. El cazador
12. El diamante
13. El cazador
14. El diamante
15. El diamante
16. El cazador
17. El diamante
18. El diamante
19. El cazador
20. El diamante
21. El cazador
22. El diamante

Segunda parte
23. El cazador
24. El diamante
25. El diamante
26. El diamante
27. El diamante
28. El cazador
29. El cazador
30. El diamante
31. El diamante

32. El diamante
33. El diamante
34. El diamante
35. El cazador
36. El diamante
37. El diamante
38. El cazador
39. El diamante
40. El diamante
41. El cazador
42. El diamante
43. El diamante
Epílogo. El cazador
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre H.D. Carlton
Créditos